Enséñame a Quererte



Ana Carolina Zegarra

Enséñame a Quererte

Ana Carolina Zegarra

Acerca del autor



Ana Carolina Zegarra es una escritora políticamente incorrecta y ocasionalmente poetiza. Cursó estudios en la Universidad San Agustín. Ha publicado Make & Gum (Marcapasos, 2009), 21 Casas de Verano (2011) y poemas en revistas locales. Ganadora del premio nacional 'Abraham Valdelomar' y finalista en otros premios literarios. A su escasa edad es una prolífica, laureada, y talentosísima escritora de novelas eróticas y pseudo-románticas, que se abre paso como una de las promesas literarias de su país. También es profesora de inglés, madre de dos hijos (de cuatro patas), ama de casa y ufóloga aficionada. Dedica su tiempo libre a escuchar música (punk, rock alternativo, Celia Cruz, Iván Cruz, Artik Monkies, Tony Rosado), mirar películas, tantísimas que cree conversar con el difunto Andrecito Caicedo y comentarle las ultimitas.

No escribe para ser famosa, ni para hacerse millonaria, pues se hubiese dedicado a alguna otra actividad más lucrativa y aunque algunos libros suyos hayan sido tachados de vacuos y banales por sus colegas escribidores y pechofríos, las críticas no le quitan el sueño, pues no se considera una persona profunda (literalmente). Escribe porque siente deseos de hacerlo, porque cree que es lo mejor que sabe hacer, porque es su forma de expresarse, de contener la avalancha de imágenes e ideas que la acosan por las noches y no le permiten disfrutar de la paz de una salchipapa o un pollo a la brasa junto a su novio, porque la hace sentirse plena y satisfecha, porque escribir se adapta a la forma de vida que desea, pero sobretodo, para ganarse la vida.

Desde su debut con 'Prometida Por Conveniencia', sus libros han logrado posicionarse entre los más vendidos. Desde pequeña sintió inquietud por las ciencias; sin embargo, un día se sentó a escribir, le gustó y ya no quiso dejar de hacerlo. No se siente atraída a escribir poesía, aunque ha publicado una plaqueta de poemas pornográficos, pues se siente igual de hábil y capaz que sus coleguitas poetas arequipenses, a quienes acusa de preocuparse más de hacerse un nombre, antes que por escribir.

Es hija única y actualmente reside en Arequipa intentando compaginar todos los aspectos de su vida como escritora, profesora de inglés, y novia. Está comprometida con un talentoso, hermoso novio, follador, comprensivo, y aunque no comparten los mismos gustos y aficiones la ha apoyado siempre con cada uno de sus proyectos y a superar sus vicios y adicciones. Se describe a sí misma como una melodramática pluridiversa, llena de todo, romántica empedernida y en peligro de extinción.

Zegarra ubica la tensión de su obra en la pérdida de la juventud, en como esta se desplaza dejando a los adultos que seremos. Es un viaje, y no necesariamente uno bueno. Dentro de la cabeza de Carolina el conocimiento académico y las lecturas clásicas se entremezclan con bandas indie, combis y platillos voladores, chichasara, cine de autor, divagaciones, literatura y referencias a la cultura pop, que lindan casi con el autismo, y del que se nutre para escribir sus obras. Comprometida con su novio y con su profesión, ya no toma ni fuma, se siente un poco vieja después de su alocada supervida, y se compromete a tomarse más en serio el oficio de escribir.

Puedes contactarla en:

https://www.facebook.com/posera.tercermundista

Derechos de autor

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes, son producto de la imaginación del autor y son usados de manera ficticia. Cualquier referencia sobre personas actuales, vivas o muertas, eventos o locales es enteramente coincidencia.

Dedicatoria

Primero que nada a mi novio, sé que probablemente muera de vergüenza cuando finalmente leas esto, pero he tenido bastante tiempo para superarlo también sé que elevaras una ceja de vez en vez mientras lo haces. Pero quiero que sepas que nadie me hace sentir más querida que tú, y te agradezco por decirme una y otra vez con abrumadora certeza que soy mejor de lo que siempre pienso. Gracias por confiar en mí, por nunca cuestionarme cuando estoy escribiendo y por regalarme buena parte de nuestro tiempo como pareja para que yo pueda desatar mi loca imaginación.

A Archie, que nos conocimos hace relativamente poco pero que ha bastado para que encuentre en ti un alma gemela, porque aunque sabes que yo solo he visto esto como meramente una forma de des estresarme, me has impulsado a llevarlo más allá, has invertido tiempo de calidad al lado de tus maravillosas niñas para poder llevar juntas esta historia a la luz. Sin tus críticas, agudeza editorial, llamadas de atención y la forma en la que muchas veces aterrizas a mi loca creatividad en el suelo, por la manera en la que pateas mi trasero cada vez que quiero quitar o agregar esto o aquello, sé que de ninguna manera hubiera sido posible esto, junto con Yanina que se une a este equipo de trabajo, gracias chicas por no permitir que me quedara rendida en el camino.

A todas mis chicas del grupo, que me han alentado una y otra vez a lo largo de todo este tiempo, con sus palabras de aliento o de odio, dependiendo las circunstancias, siempre me han robado una sonrisa y me han sonrojado con sus halagos, esto es por y para ustedes.

Índice

Sinopsis

Él es oscuridad, amargura, dolor, ira.
Los vicios son su segunda naturaleza.
Adicciones. Peleas. Sexo. Todo eso lo define.
Sus demonios son más fuertes que su voluntad.
Hasta que ella llegue a su vida…
Ella sufre, ama, miente y solo quiere ser libre.
Su único pecado es amar demasiado.
Su único deseo es ser libre.
Su única protección la mentira.
Todos tenemos un propósito en la vida.
Todos queremos salvarnos.
¿Pero qué estarías dispuesto a hacer para lograrlo?
¿Cuánto estás dispuesto a sacrificar?
¿A quién estás dispuesto a usar?
¿Cuánto vas a destruir para conseguir lo que quieres?
El engaño y la mentira serán la base de esta relación.
¿Podrá esta vez el amor ser más fuerte que el odio?

Prólogo

Dos meses antes

Mentiras, sexo y violencia.

Mucha violencia.

¿Cómo todas esas cosas se podían reunir en un solo lugar y ser legales?

Brielle definitivamente ya no entendía el mundo y odiaba su vida, de hecho, estaba segura de que no podía odiarla más. Frente al espejo una extraña le devolvió la mirada, una persona totalmente desconocida para ella. Su cabello largo y rizado caía frente a sus pechos casi descubiertos, las pestañas postizas eran tan abundantes que podían servir como un abanico. Y sus ojos, normalmente claros y brillantes, estaban oscurecidos, incluso lucían opacos con tanto delineador negro.

El corsé azul que llevaba era tan entallado que no le permitía respirar bien, se le clavaba de forma molesta en las costillas. Sin poder evitarlo, suspiró viendo su imagen: piernas delgadas, piel demasiado blanca. Al menos no había moretones, eso era lo único bueno de no vivir más bajo el techo de Hank.

—¡Brie! —Katie Clark, su nueva "amiga", se acercó por detrás de ella para estrujar con fuerza los lazos de su corsé—. Éste se te ve precioso. Cada día logras más aparentar veintiuno.

Brie sonrió aunque la sonrisa no llegó a sus ojos. Katie se había dedicado a jugar con ella a lo largo de estos meses, desde el primer día que la había visto su saludo no había sido un «Hola, ¿cómo te sientes?», no. Había sido algo como:

«Tenemos mucho que hacer con ese rostro tuyo», así habían transcurrido los demás meses, con Katie haciendo que se midiera todo tipo de vestuario por demás indecente, maquillándola y peinándola a su gusto. La chica no lo hacía con afán de molestarla, solo quería ayudarle, aunque la castaña se sentía terrible con cada cosa descarada que se medía.

—No sé bailar, creo que nadie me ha escuchado —murmuró entre dientes.

—Deja de ser tan quejumbrosa, Brie. Ahora lo más importante… ¡zapatos!

—Allison, su otra compañera, traía en sus manos dos trampas mortales, brillantes, de charol negro.

Brie no estaba segura de cómo sentirse frente a esa rubia, le parecía a veces que era un poco envidiosa e hipócrita, pero igual, quizás solo eran alucinaciones suyas. Después de todo, Allison era así con todo mundo.

—Brie no ha practicado en zapatos tan altos… —comentó Katie un poco preocupada.

—¡Esto es para hoy, niñas! —Spencer entró aplaudiendo, pero se interrumpió al verla. Muy lentamente, la comisura de sus labios se elevó en una sonrisa, mientras la miraba lascivamente de arriba abajo, Santo Dios, si no fuera por eso, de verdad Brie había pensado que su jefe era una momia—. ¿Quién te viera? Tu piel ha mejorado muchísimo, pareces una muñequita de porcelana. Blanca y exquisita.

La chica frunció el ceño cruzándose de brazos, no le gustaba parecer ni muñeca, ni nada. Sin más preámbulo Katie y Allison comenzaron a caminar hacia las plataformas, bueno, ellas en realidad iban algo así como desfilando. A Brie le bastaba con tratar de no estrellarse contra nadie más. Había tenido suerte de que con semejantes tacones no se cayera o tropezara con nada. Finalmente las tres llegaron a las plataformas que las situaban justo en el centro de la pista, donde Brielle se sujetó al tubo como si la vida se le fuera en ello. La joven cerró los ojos, tratando de pensar en su lugar feliz.

—Pronto te acostumbrarás, luego hasta te va a encantar —aseguró una sonriente Katie. Brie negó, incluso estremeciéndose cuando escuchó la voz de Spencer anunciando su salida.

—¡Demos la bienvenida a Katie! —Ella la miró con una sensual sonrisa antes de guiñarle un ojo.

Lucía preciosa con su cabello corto y lacio. Su vestido de látex negro, que a duras penas le cubría el trasero, marcaba cada una de sus curvas. Con una mano se sujetó al tubo, la otra la elevó al cielo como lista para hacer su entrada al estilo Broadway.

—¡Demos la bienvenida a Allison! —La rubia no la miró mientras trepaba al tubo de forma magistral, dejándola con la boca abierta.

El corsé rojo estaba sujeto por cintas que estilizaban su figura, haciendo que los pechos abundantes y siliconados, literalmente salieran proyectados si hacía un falso movimiento. La multitud rugió eufórica al verla salir. Brie cerró los ojos sintiéndose mal como cada noche, esto era su fin del mundo, cada día terminaba en esto, cada día se moría un poquito más. Lo peor no solo era estar en un espantoso lugar como éste, sino que además, no había manera de que pudiera bailar o moverse como ellas, no había manera de que esto le gustara… *nunca.*

—Damas y caballeros, ¡demos la bienvenida a Sophia!

La plataforma rechinó mientras comenzaba a subir, a Brie se le atascó la respiración cuando aquella cosa la dejó rápidamente en medio de la pista. El denso olor a cigarro y alguna droga la hizo sentir náuseas, la música tronaba con fuerza, los gritos eran ensordecedores. Divisó a Allison y Katie, deslizándose

con suma facilidad por el tubo, sus piernas parecían que tuvieran mantequilla integrada mientras subían y bajaban al ritmo de la estruendosa música. Brie miró hacia la multitud. Hombres elegantes, jóvenes, sexagenarios, de todo tipo de personas había en el lugar, pareciera un contraste entre unos y otros pero todos ellos tenían algo en común: Anhelo. Ese deseo implícito en sus ojos mientras le miraban ávidamente todo el cuerpo.

La joven respiró hondo, intentando transportarse a su lugar feliz, en la cafetería lavando los trastes y moviéndose al compás de la música. Aunque muy en su interior sabía que seguramente no se veía sexy, más bien parecía Bambi de recién nacido, con las mismas piernas de gelatina y literalmente laxas. Brie trató lo mejor que pudo de controlar sus movimientos con los tacones. Respiró entrecortadamente, odiaba ese olor. Además todos estaban más eufóricos de lo normal. Los hombres le gritaban halagos como: *preciosa, ricura, enséñame el culo*.

Cosas finas de ese tipo mientras bailaba, pero había algo más… algo que no podía explicar.

Miró alrededor buscando sin saber bien qué, hasta que su mirada se topó con un impresionante moreno que a su vez la estaba mirando. Brie bajó rápidamente los ojos, era un alivio que estuviera del otro lado de la pista. Porque aquel moreno parecía que podía comerse viva a una mujer, y no necesariamente de buena manera.

Sacudió la cabeza, necesitaba concentrarse, así que por primera vez se animó a hacer otros movimientos. Subió por el tubo sosteniéndose firmemente con las piernas, recordando en todo momento el truco que le dijo Katie: *«No tenses las piernas y te deslizarás como mantequilla».* Respirando hondo, abrió los brazos dejando caer el cuerpo hacia atrás.

La música, los gritos, los halagos y los improperios, todo quedó para ella en silencio mientras se deslizaba finalmente por aquel tubo.

¡Había funcionado!

Sonriendo, se deslizó lentamente y sin problemas consiguiendo silbidos y más dinero. Sin poder dejar de sonreír, iba a continuar con otros movimientos que nunca pensó que podía hacer, pero entonces un escalofrío le recorrió la espalda como si fuera una descarga eléctrica. Aturdida, se sujetó con fuerza del tubo para no tambalearse y miró frenéticamente hacia todos lados, sintiendo particularmente una penetrante mirada, pero no encontró nada, y no, nada tenía que ver con la que le había lanzado aquel sexy moreno.

—Ya se va… —susurró Allison casi para ella misma, pero aun a pesar del ruido Brie alcanzó a escucharla.

Quiso mirar a esa dirección, pero de pronto la plataforma en la que estaba

comenzó a descender, asustándola, logrando que trastabillara por culpa de sus tacones. Una vez que la plataforma se detuvo, lo primero que vio fue a un muy sonriente Spencer.

—Tengo un trato para ti. —Y si lo conociera mejor diría que estaba algo nervioso.

—¿Trato… de qué?

—Uno sencillo que si haces bien, te da un pase directo a tu libertad.

La castaña parpadeó confundida, quizás después de todo sí se había caído y el golpe la había dejado alucinando.

—¡Vete a la mierda! ¿Me escuchaste?

Jared miró a Zoey con ojos inexpresivos. El pecho de la chica subía y bajaba erráticamente mientras jadeaba, sus ojos verdes estaban inyectados en rojo haciendo un contraste por demás ridículo en su piel. *Maldita bipolar.*

Y no lo pensaba metafóricamente, la realidad es que su novia era jodidamente bipolar. Sí, a veces con tendencias suicidas, homicidas, medicada y todo eso. Un momento gritaba que lo amaba y al otro lo mandaba justo a la mierda.

Se podría decir que era una enfermedad muy injusta, y justo hoy era lo último que necesitaba.

—Eres igual que yo, ¿no lo ves? —replicó cruzándose obstinadamente de brazos.

—No. —Ella sacudió frenéticamente la cabeza, sus rizos golpeando sus mejillas—. No es lo mismo, ¡yo no elegí esto!

—En eso te doy la razón —convino, dándose la media vuelta para largarse.

—¿A dónde vas? —rugió, sosteniéndolo del brazo.

—Tómate el medicamento, Zoey. Estaré aquí por la noche.

—Me lo prometiste, y sin embargo vas a volver a hacerlo, vas a drogarte, vas a destrozar todo… ¡Te odio, Jared! —En un momento estaba con él, y de nueva cuenta al otro estaba lanzándole cosas.

Mierda, un florero de cristal pasó muy cerca de su rostro, estrellándose directamente en la pared, haciendo que pedazos de cristal salieran proyectados por todos lados. La que estaba destruyendo todo era ella.

Incluyéndolo a él.

Jared se ajustó su chaqueta de cuero mientras el frío viento le golpeaba de lleno en el rostro, sin volver la vista y suplicando que Zoey se tomara las medicinas, se marchó. Había días jodidos como hoy, donde se preguntaba por qué mierda seguía en este mundo, o por qué seguía aguantándola.

«Porque después de todo no te gusta estar solo, ¿dónde más encontrarías a alguien tan jodido como tú?»

Ah, sí. Jared tenía una vocecilla molesta como todos en la cabeza. A veces le daba buenos consejos, otras solo era un maldito cabrón sarcástico. Ignorando todo, siguió caminando por el lugar desierto, una ligera llovizna comenzó a cubrir la ciudad de Las Vegas, afortunadamente no estaba lejos de su destino. El inconfundible olor le llegó desde un espacio industrial en la avenida Balzar, y mientras caminaba por la sucia calle, no se molestó en bajar la mirada ante un grupo de lo que parecían inmigrantes saliendo de uno de los callejones. Jared nunca bajaba la mirada ante nadie, ya había tenido problemas por eso, no que le importara, estaba acostumbrado a manejarse en este tipo de lugares donde parecía un mito aquello del sueño americano.

En el interior del Cooper's*,* un DJ tocaba una mezcla eléctrica de rock, al fondo, un tipo que bien conocía con capucha negra, repartía a un par de clientes *cannabis,* hechos de una mezcla de mantequilla y cerveza de raíz que le daba un ridículo sabor a caramelos. Gary era de esos tipos de los que tus padres te advertían de niño que no les aceptaras dulces de mierda, el chico se giró con una sonrisa tonta en su dirección, ofreciéndole un *cannabi.*

—Te ves jodido, *Frío* —dijo con una sonrisa de imbécil plasmada en el rostro.

—Te he dicho mil veces que *odio* que me llamen así —gruñó Jared.

No obstante, el joven le arrancó literalmente el caramelo de las manos y se lo comió, mientras veía a la distancia a un par de sopladores de vidrio mostrando el arte de hacer pipas para usarlas con marihuana. ¡Ah! El Cooper's, siempre lleno de gente decente.

La música, la bebida, las drogas y el sexo ya no estimulaban su adrenalina; ahora lo hacían querer malditamente desaparecer. Ese coctel de cosas le daba la sensación de ir en un viejo taxi, en el asiento del copiloto esperando solo lo que el chofer decidiera hacer, dónde detenerse o aumentar la velocidad. Era como si solo fuera un espectador en su propia-jodida-vida.

Lo que resultaba realmente extraño, porque al fin y al cabo, él había elegido aquel destino, ofreciéndose voluntariamente. Y hablando de cosas banales…

—¿Dónde dejaste a Zoey? —escupió Spencer en cuanto lo vio. *Su suegro,* siempre un placer verlo.

—Se quedó en casa, se sentía mal.

—¿Tuvo una recaída? No debiste dejarla sola, llamaré a Anna... —Spencer miró enfadado sobre su hombro, donde su sombra, es decir, su hermano Jeff, venía justo detrás de él—. Dile a Jared contra quién va a el día de hoy.

—Sígueme —ordenó Jeff en tono helado.

Siguió al rubio mientras la horda de personas les abría paso, aunque estaban visiblemente aturdidos por el éxtasis y la cocaína, esos cuerpos medio embotados todavía tenían el suficiente instinto de preservación como para entender que Jared era una gran amenaza. Y mientras caminaban, los silbidos y el ajetreo en el fondo de la pista llamaron su atención, donde apreció a tres chicas contoneándose de arriba abajo en tubos sobre unas plataformas.

Las luces moradas y brillantes resaltaban su belleza, los hombres estaban eufóricos lanzándoles dinero. Solo conocía a una de ellas: *Allison*. Esa perra se encontró con su mirada y sonrió como si fuera el mismo sol. No importaba cuánto hubiera pasado desde que se la había cogido tras bastidores, ella seguía malditamente encaprichada con él. Había estado demasiado borracho y jodido cuando lo habían hecho y la verdad, Jared no quería ni recordarla. Asqueado, desvió la mirada a la derecha, encontrándose con el apetitoso culo de una chica que jamás había visto antes, ella llevaba un atuendo diminuto que escasamente le cubría su delgado pero bien formado cuerpo.

La suave piel blanquecina parecía brillar bajo todo ese innecesario maquillaje. Su cabello en ondas, bajaba hasta su cintura haciendo el contraste perfecto contra su piel. Era demasiado puñeteramente joven para estar aquí. La chica miraba al tubo como si fuera un enorme reto hasta que, de pronto, vio la resolución en sus facciones cuando se subió con destreza sobre él, Jared no pudo evitar sonreír al ver la determinación en su mirada cuando abrió los brazos y se lanzó hacia atrás, deslizándose suavemente y sin problemas por el tubo, ella terminó con una enorme sonrisa que deslumbraría en cualquier lado. Una jodida sonrisa que por alguna razón logró contagiarlo. Al parecer no solo a él. Los hombres rugieron extasiados y... ¿Acaso era estúpida? ¿Cómo podía estar feliz de trabajar en esa mierda? Realmente sintió pena por ella, dejó de sonreír como pendejo y se enfocó en el camino, pero para su desgracia, Jeff Cooper había visto todo.

—¿Viste algo que te gustara? —preguntó en tono burlón.

—Sí, de hecho tuve un *déjà vu*, mi puño en tu puto rostro. Fue tan jodidamente genial —respondió. La sonrisa del rubio desapareció al tiempo que le enseñaba el dedo medio.

—Apresúrate, imbécil, ya deben estar esperándonos —farfulló molesto.

Caminaron hacia una puerta escoltada fuertemente por el equipo de seguridad, donde descendieron por un oscuro camino subterráneo hasta que finalmente llegaron a donde estaban "las bodegas" como le llamaban. En realidad el joven no sabía por qué ese estúpido nombre, debería ser algo como: "matadero" o "ring de boxeo" pero claro, a los Cooper les encantaba complicarse. Jeff abrió otra puerta frente a ellos e inmediatamente la oleada de

olor a cerveza y a cuerpos sudorosos, junto con el compás de una vieja canción de *Linkin Park*, lo golpeó como una bofetada en el rostro.

Ahí dentro, las chicas literalmente se reunieron en seguida de él, chillando y tocándolo como si fuera una jodida estrella de cine. Una rubia le restregó los senos en el brazo mientras que le deseaba buena suerte, *como si la necesitara*. Otra morena le enseñó un tatuaje, una réplica en su piel de uno de los tatuajes del brazo de Jared, eso le hizo poner los ojos en blanco, y cuando otra le pidió un hijo, resopló exasperado, las jodidas mujeres venían a él a raudales. En otro tiempo quizás habría cedido a esas necesidades, pero ahora estaba Zoey. Bipolar o no, la quería y aunque estuviera más que jodido en todos los sentidos, no era un bastardo infiel. Sin prestar atención, se abrió espacio entre el flujo de personas hasta que llegó a la arena donde pelearía el día de hoy.

—¡Vamos, *Frío*! Aposté cien de los grandes esta noche —gritó alguien, seguido por un coro de gritos.

Frío. Ese puto apodo de mierda Jared quería encontrar al imbécil que se lo había puesto y estrangularlo con sus propias manos. El que fuera seco, rápido y letal, no significaba que fuera precisamente *frío*. Si lo fuera, dejaría muertos a sus rivales. Inmediatamente se tensó con el pensamiento. Matar, era una palabra que quería sacar de su sistema *para siempre*. Subió a la arena, donde lo esperaba un tipo enorme que bien conocía...

Zack Miller sonrió desde la otra esquina, su dentadura incluso destelló. Se encontraba sentado con los brazos apoyados en sus rodillas. Era un maldito bastardo arrogante, con un cuerpo jodidamente enorme como un tanque de guerra y una mirada negra como el carbón. Su estatura de más de un metro noventa lograba impresionar a varios, y sus músculos rayando en lo puñeteramente exagerados, tenían boquiabierta a la muchedumbre. ¿Estaba de más agregar que se odiaban de siempre? ¿No? Bueno, lo jodidamente odiaba.

—Hola, *Frío* —escupió con desdén, sabiendo cuánto odiaba ese apodo. Jared no permitió que en su rostro se reflejara cuánto le afectaba escuchar de su boca aquél puto apodo.

—Hoy vienes feroz como un perro, ¿no? Creo que ya tengo ganas de cerrarte a patadas ese hocico de mierda. —Zack se soltó riendo mientras negaba con la cabeza, pero el joven pudo ver un atisbo de tristeza en su mirada.

Si en un tiempo Jared hubiera podido marcharse de esta vida, lo habría hecho; estaba absolutamente hastiado de esta mierda. Sin embargo, hacía ya mucho tiempo que había pasado esa oportunidad, ya no podía vivir sin esto, su cuerpo necesitaba el desfogue, casi lo exigía. Su jodido pasado y su presente estaban engarzados de manera que no podía separarlos, aunque hubiera querido, aunque hubiera dado cualquier cosa por no seguir los pasos de Caleb, aquí

estaba, y la única forma de no volver a cosas peores, era justamente ésta. Se estremeció ligeramente, ya podía sentir en sus puños el progresivo, arrollador y atroz deseo de golpear, ese mismo que a su vez dejaba más destrozado su muerto corazón. Quizás el apodo le quedaba bien después de todo.

—Cada día estás más jodido, Jared, de verdad que sí.

—Espero que esta vez te hayas entrenado lo suficiente, porque hablando de jodidos, la última vez pensé que te ibas a quedar malditamente paralítico —espetó el joven con una sonrisa, el semblante del moreno se descompuso ligeramente, pero se recompuso, sonriendo casi al instante.

—Entrené un poco *bastante* más, ya podrás verlo.

—¡Bueno, ya, señoritas! Mucho parloteo y poca acción —gritó Jeff—. ¡Que comience la pelea!

Jared ni siquiera se detuvo a darle tiempo de procesar, sus músculos estaban listos y se lanzó hacia adelante como si fuera una jodida bola de demolición estrellándose contra Zack en un despliegue de fuerza impresionante, que sin duda, dejó al moreno sorprendido. Zack le respondió al segundo y comenzaron con una especie de mezcla entre artes marciales y golpes de barrio callejero.

Después de lo que pareció tan solo un calentamiento, el joven se separó un poco de su contrincante, plantándose firmemente en el suelo con los pies ligeramente separados y los puños a la altura de la cara. La adrenalina en su cuerpo lo recorría como pequeñas dosis de la mejor droga, irremediablemente se estremeció. Dios, podía tener un puto orgasmo aquí y ahora.

Si había que definir a Jared Brown, entonces sería como *sombrío y letal*. Se encontraba demasiado a gusto en medio de la puta violencia, sus ojos antes azules ahora estaban oscurecidos, bailando con un extraño brillo de excitación. A Zack le chocaba la expresión fría y calmada del joven, lo perturbaba a más no poder, de su amigo no quedaba nada. Jared estaba consumido en todos los sentidos.

No pasó mucho tiempo para que se engarzaran de nuevo en una pelea donde por primera vez, Jared no pudo ganar al primer round, lo que no estaba mal. De verdad necesitaba acción, y su rival se había vuelto tremendamente fuerte. El moreno rugió lanzando con fuerza el puño contra su mandíbula y cuando impactó volteándole el rostro, realmente llegó a pensar que se le había jodidamente roto.

Jared sonrió, limpiándose con el puño cerrado un hilo de sangre que descendía por la comisura de sus labios, Miller sí que había entrenado, pero tantos músculos a su vez lo hacían lento, torpe, y cuando se abalanzó contra él aprovechando que Jared estaba aún en el suelo, Jared lo agarró con fuerza de las axilas y en un movimiento rápido se lo quitó de encima con un poderoso

empujón para cambiar de posiciones, colocándose a horcajadas sobre él. Zack trató de quitárselo, de pegarle, pero no pudo. Jared estaba drogado, excitado incluso en un ligero trance, sin poder dejar de ver la sangre que salpicaba sus puños cada vez que jodía el rostro del moreno. Una y otra puta vez le dio en las costillas y en medio de la euforia, perdió la cuenta de cuántas veces lo golpeó en los costados así como en el rostro, estaba completamente desconectado de sí mismo, hasta que sintió que alguien tiraba de él.

—¡Mierda, detente de una puta vez, *Frío*! —rugió Gary en su oído, tirando con tanta fuerza de su cuello como le era posible. Aun así no lograron moverlo, el rostro de Zack estaba cubierto de sangre, casi irreconocible.

—¡Sáquenlo de aquí! Llévenlo a los privados —gritó un ansioso Jeff.

Entre Owen y Gary lograron a duras penas quitar a Jared de encima del pobre moreno, entonces el joven por fin salió de ese estupor donde únicamente sonaba el martilleo de su corazón, los jodidos sonidos volvieron dejándole escuchar los gritos eufóricos de las personas, la música, los vítores, pero él solo podía ver con horror que casi mata al pobre chico. Se dejó entonces arrastrar de regreso al concurrido Cooper's, pero solo unos instantes después se sacudió del agarre de Gary.

—No vuelvas a tirar así de mi cuello, nunca en tu puta vida, o te voy a cortar el miembro y te lo meteré a la boca —rugió furioso, empujándolo.

—¡Estuviste a punto de matarlo, *Frío*! —El joven elevó ambas manos en son de paz—. Tienes que controlarte, ¡harás que todos nos quedemos sin empleo aquí!

—regañó Gary, pero Jared no podía controlarse, estaba temblando de adrenalina—. Jeff ya le dijo a Spencer lo que hiciste.

—Esos bastardos me tienen sin cuidado —rugió caminando de un lado a otro, como alguna especie de animal encerrado. Puta mierda.

Hoy se sentía encerrado en su propio jodido cuerpo, como el puto asesino que era. Su vida de mierda cada día se volvía increíblemente más mierda, Zoey lo tenía al borde, como si la espiral en la que últimamente se encontraban solo fuera de mal en peor. El deseo de algo más fuerte lo recorría, necesitaba calmarse, necesitaba tranquilidad, necesitaba…

—Toma esto, hermano, creo que ayudará… —Gary estiró hacia él un paquete de aluminio: *cocaína*.

Jared miró fijamente aquel paquete por unos instantes. *«Pasado y presente, siempre engarzados. Te lo dije, cae más pronto un hablador que un cojo.»*

El joven sonrió fríamente, su voz interna tenía razón. Entonces sin pensarlo dos veces, le arrebató el paquete a Gary de las manos.

Brielle sentía que su vida estaba en una especie de conteo final justo en este momento. Es más, era como si caminara hacia un terrible acantilado y no hubiera absolutamente nadie lo suficientemente prudente para pedirle que se detuviera. Se dejó llevar con la elegancia de un robot, absolutamente anestesiada e incapaz de creer que estuviera haciendo aquello. Pero, bueno, ¿de qué otra forma iba a suceder algo como lo que le habían pedido?

La imagen de un posible hombre gordo, canoso, con bigote, mal oliente y una sonrisa torva y amarillenta al que llamaban *el Frío*, era lo único que se reproducía en su cerebro, una y otra vez. Castigándola con flashes de lo que le haría, de la manera en la que pasarían las cosas. El trato con Spencer era simple, según él, tan solo tenía que estar con un hombre a cambio de su libertad… *parcial.* El enorme jefe de seguridad, Owen, la estaba llevando a donde estaba ese detestable hombre con el que debía… bueno, ni para qué pensarlo.

Entraron a la sala VIP, la cual tenía su propia barra de bebidas y su personal, las camareras aquí iban vestidas como verdaderas *strippers* de clase alta, enfundadas en trajes de lencería costosos y diminutos, largas alas en su espalda las hacían parecer de esas mujeres de los catálogos de *Victoria Secret's*, eran hermosas mientras se paseaban sobre tacones altísimos. Aquí los clientes también eran otra cosa, todos llevaban traje y las mujeres iban ataviadas con ropa cara que apenas cubría su anatomía, cubiertas más bien por joyas. Era una gente ostentosa… que le provocó náuseas.

La extraña sensación que la había estado embargando toda la noche se incrementó, mientras se habrían paso entre algunas miradas curiosas, incluso esa sensación nauseabunda se estableció en la boca de su estómago haciéndola sentir como si fuera cayendo.

—Recuerda lo que te dijo Spencer —recalcó Owen, asustándola con su voz profunda—, si quieres, te tomas el vaso con la bebida rosa, pero es *muy* importante que él se tome la azul.

Brielle asintió con la cabeza como una autómata, esta era la cuarta vez que se lo repetían. Efectivamente la castaña llevaba en sus pequeñas manos dos bebidas; una rosa para ella y una azul para él. Spencer le había dicho que era mejor si lograba que *el Frío* se tomara esto, añadió que también era bueno para ella y, aunque joven, ella sabía perfectamente que seguro quería emborracharla o algo peor. Así que no se tomaría nada; cuando llegaron hasta un privado, Owen literalmente la empujó dejándola sola.

Estaba terriblemente asustada mientras los láseres verdes y morados iluminaban muy poco el privado, jugando en su humedecida piel, haciendo formas y colores extraños sobre los sillones *lounge* de color blanco. A un lado,

una enorme pared de cristal deslizaba agua simulando una cascada artificial, y desde donde podía ver con horror a sus amigas bailando. No sabía que las podían mirar incluso mejor que desde el primer piso, no sabía de esta vista terriblemente privilegiada y se sintió mareada. Pero todo aquello pasó de lado, cuando de pronto Brie tomó conciencia de su realidad, aquí había una corriente extraña y el aire se sentía cargado de algo.

Fue entonces que escuchó una extraña risa ronca y profunda del otro lado de la sala, haciéndola dar un respingo, la bebida en sus manos se derramó un poco.

Temblorosa subió la mirada de golpe, viendo entonces a una enorme silueta oscura caminar hacia ella. Retrocedió aterrada, porque a pesar de que era muy alto y delgado no dejó de darle la impresión de que parecía un enorme felino acechándola. Entonces frunció el ceño, ¿en dónde estaba el señor gordo?

—Mira nada más, ¿qué haces justamente *tú* aquí? —preguntó el desconocido mientras caminaba hasta ella haciéndola sentirse acorralada, desplegaba un poder oscuro que la hizo temblar inconscientemente y… *suficiente*. Ya no quería esto, a la mierda el estúpido trato de Spencer.

—Yo… —balbuceó mirando hacia las bebidas—, venía a ver si… si se le ofrecía algo… —El desconocido soltó una carcajada musical y rica haciendo que dejara de hablar.

«Respira, maldita sea, tú puedes hacerlo, vas bien. ¡Solo hazlo!», le gritó su vocecita interna.

Armándose de valor, se animó a elevar la mirada para verlo directo a los ojos, pero al instante se quedó quieta, su respiración se atascó pensando si todas aquellas mujeres disfrazadas de ángeles en realidad no lo eran, porque sin duda ella estaba muerta. El hombre que estaba frente a ella ni era gordo, ni feo, era más bien la encarnación de todos los sueños hermosos que uno pudiera evocar: Alto, fibroso, lleno de un despliegue sexual que la sacudió entera, con unos ojos impresionantes que la dejaron sin aliento. Tratando de controlarse, aspiró entrecortadamente y sus pulmones se llenaron de un extraño olor que la hizo fruncir el ceño, olía... ¿a droga? Sus intensos ojos azules parecían querer comerla viva mientras la analizaba también. Brielle hubiera jurado que era un ángel si no estuviera vestido todo de negro, francamente aquello lo hacía lucir escalofriantemente aterrador, quizás era un ángel vengador.

—¿Si se me ofrecía algo? Te refieres a algo como… —Se inclinó hacia ella, acercando aquellos sedosos labios a su oreja, donde inesperadamente le chupó el lóbulo de ésta—. ¿Esto? —inquirió en un tono burlón pero tan condenadamente sensual.

¡Cristo! ¿Pero que había sido eso? Jadeando, Brie se estremeció y las bebidas se sacudieron, mojándola. Más asustada y atontada que antes retrocedió,

pero no había más lugar ahí, lo supo al chocar contra la pared.

—No… algo como, de beber —murmuró con torpeza, haciéndolo sonreír perezosamente.

—¿Qué tienes ahí? —apuntó a las bebidas. Tenía un musculoso y tatuado brazo apoyado contra la pared, sin dejarle ninguna escapatoria.

—Yo… traje una bebida para mí y una… p-para usted.

—¿Y por qué mierda piensas que quiero que te quedes? —espetó con ironía —. Además, no pruebo mierdas que traen… extrañas en diminuta lencería. ¿Nunca te dieron ese jodido consejo tus papás? —respondió antes de soltar una sonora carcajada, como si se estuviera acordando de algún chiste privado.

Brie frunció el ceño al verlo bien bajo las luces, tenía la mejilla morada y un corte cerca de la barbilla, otro más grande a la altura de la ceja izquierda de donde incluso aún podía ver la sangre fresca, él además llevaba una camiseta sin mangas que dejaba ver unos enormes y tatuados brazos, los vaqueros caían seductoramente por sus caderas y terminaban en unas monumentales botas de combate.

—No soy una extraña y le aseguro que no le va a pasar nada —espetó con una seguridad que no sentía pero necesitaba y, ya que se había armado de valor, elevó las dos copas—. ¿Cuál quiere? —*Que no quiera la rosa, que no quiera la rosa.*

—Te dije que *no* bebo cosas que me traigan *putas* —bufó de pronto molesto.

Brielle se enfureció por aquello, quería aventarle la bebida en la cara pero sería como firmar su fin. Además nunca se había sentido tan avergonzada por bailar hasta hoy, Brie sintió como el valor la abandonaba a pasos agigantados, por lo que dio un sorbo a su copa tratando de lucir despreocupada, pero esa mirada la estaba matando. Dios mío ¡qué intenso era este hombre! Por unos agonizantes minutos eternos él no dijo nada, solo la miró. Incómoda, dio otro sorbo, sintiendo repentinamente mucho calor y ya no sabía si era por la bebida o por semejante escrutinio. *«¿Qué diablos estoy haciendo? No soy esto, no soy una bailarina, ni una puta, ni nada... Solo quiero irme a casa.»* La joven cerró los ojos sintiendo como lágrimas imprudentes picaban por salir.

—Bueno, será mejor que me vaya —susurró derrotada, con toda el alma resquebrajada y humillada.

—¿Te vas porque no quise tomar una mierda contigo? —preguntó él elevando esa ceja magullada y Dios, ¿por qué incluso ese movimiento lo hizo ver tan sexy?

—Sí, y además usted dijo que no me quería por acá —contestó, y automáticamente se dio cuenta de sus palabras. «*Bravo, Brie, así seguramente*

¡te pedirán que te quedes!»

Pero para su asombro y desconcierto, él puso los ojos en blanco y acto seguido le arrebató la copa con el líquido azul, tomándose todo de un solo trago.

Brie lo miró boquiabierta, *¡lo hizo!* Quería alegrarse, pero luego, el miedo a lo que venía comenzó a devorarla, como *sus ojos*. No pasó ni un minuto cuando la respiración de él se aceleró, abrió ligeramente los labios como si no pudiera respirar, sus parpados incluso se veían cansados y sus ojos tremendamente brillantes. Brie reunió el coraje necesario para elevar una mano y tocarle levemente una mejilla.

—Está herido. —Él la miró con el ceño fruncido, quizás había ido demasiado lejos tocándolo pero necesitaba que esto funcionara, por lo que no desistió y continuó deslizando las puntas de sus dedos por aquella magnífica e increíblemente dura mandíbula.

—Golpeé a un bastardo.

—Entonces si es así, me alegro.

—¿Por qué? —indagó, una sonrisa ligeramente torcida curvando sus esculpidos labios.

—No lo sé, seguramente se lo merecía.

—¿Y eso te excita? —Su tono fue oscuro y bajo, se acercó más encerrándola ahora con ambos brazos a los lados de su cabeza—. ¿Te gustan los chicos malos o los héroes?

Brie se encogió en aquel espacio, quería gritarle que por supuesto que no, que si tenía que gustarle alguien seguramente no sería él, pero entonces recordó qué estaba haciendo realmente aquí.

—Sí… los malos —susurró en voz demasiado baja y tensa. Él sonrió torcidamente.

—Buena respuesta.

Y así, en un movimiento increíblemente rápido, el hombre hundió sus largos dedos en su cabello y la estampó con rudeza contra la pared. Brie gritó, pero en cambio él dejó escapar un gruñido tomando la iniciativa, besándola con sus labios suaves, hasta que ella ya no pudo respirar. Cuando la lengua del joven rozó la comisura de sus labios, Brie la succionó enseguida empujada por el instinto, sintiendo como el inmenso cuerpo de él se estremecía y se apretaba contra ella.

Nunca en sus diecisiete años había besado a nadie, no solo era la primera vez en eso, sino que además… «*voy a tener que lograr que se acueste conmigo».* El recordatorio la enfrió de sobremanera.

Intentó empujarlo pero su pecho era sumamente duro y firme, era como tratar de empujar una roca. Entonces Brie se paralizó dejando de mover sus

labios presa del pánico, pero a él no le importó, estaba como absorto en algún trance, por lo que unas lágrimas traicioneras comenzaron a bajar por las mejillas de la castaña, mojando esas grandes manos que le sostenían con firmeza el rostro. Él estaba como poseído, era como un animal salvaje que no se podía controlar. Su duro cuerpo estaba presionando cada una de sus curvas, moliendo ahora descuidadamente las caderas contra su pelvis.

Envueltos en el estruendo de la música y el bullicio de las personas, Brie se sintió perdida. Como si su mente se hubiera vuelto líquida y se hubiera derretido ante el calor que generaba ese desconocido. La boca del joven era demandante y supo que no iba a soltarla. Una de sus grandes manos liberó su rostro descendiendo trémulamente por sus pechos, apretando con fuerza robándole un chillido. Solo entonces, él dejó de besarla, la taladró con esos fríos ojos que lograron dejarla sin aliento.

—Abre más la puta boca —ordenó con voz firme. Brie negó mientras lo miraba con los ojos anegados en lágrimas; él ladeó la cabeza, contemplándola como si no la comprendiera, antes de… sonreír.

Maldita sea. Era como un condenado modelo de pasta de dientes: sonrisa blanca, dientes perfectos. *Él* era perfecto, sabía delicioso pero parecía no tener alma, sus ojos carentes de brillo y su sonrisa torcida le provocaban escalofríos, ahora podía ver por qué le llamaban el *Frío.* Y lo peor, pudo ver cómo le gustaban los retos, ella se había opuesto y a él eso pareció encantarle.

Al final y al igual que todos los hombres en su vida, la obligó a hacer algo que no quería: abrir más la boca. Los besos continuaron durante un largo rato.

Parecía no haber fin para la cantidad de variaciones y las distintas sensaciones que se producían al rozar, al deslizar y empujar la lengua del uno contra el otro. Brie sin darse cuenta, estaba derritiéndose en esos anchos brazos y su boca no era la única que participaba… Todo su cuerpo sentía lo que estaba haciendo, y a juzgar por la manera en que aumentaban el calor y el deseo entre sus muslos, la castaña pensó que iba a estallar.

Aunque tenía muchísimo miedo, había quedado parcialmente oculto ahora, así que aprovechó aquello. Necesitaba que él se involucrara aún más si quería su libertad. Así que comenzó a bajar ligeramente su pequeña mano por ese tonificado pecho hasta que se topó con una enorme protuberancia que la dejó sin aliento.

Él se retiró bruscamente de sus labios.

—Tal vez sería mejor que tuvieras cuidado al hacer eso —murmuró con la voz jadeante y áspera. Brie se mordió el labio, repitiéndose que tenía que ser fuerte.

—¿Esto? —Lo acarició por encima de los vaqueros. El desconocido echó la

cabeza hacia atrás y siseó, pero no detectó dolor… así que volvió a hacerlo. Y lo siguió haciendo hasta que él comenzó a morderse el labio inferior—. ¿Por qué debo tener cuidado, señor?

El desconocido levantó la cabeza bruscamente, tenía los ojos turbios y dilatados, sonriendo acercó la boca a la oreja de ella.

—Porque estás provocando que quiera eyacular en tu boca.

Brie sintió que la sensación de tibieza se arremolinaba más caliente en la unión de sus propios muslos, Dios estaba loca. ¿Por qué en el mundo iba a querer que él hiciera eso con su boca?, peor aún, ¿por qué lo había deseado tanto? Él volvió a atacar sus labios mientras ella le enredaba los dedos en el cabello, era suave y desordenado. Pero luego el desconocido gruñó, y no, al parecer esto no le gustaba, así que lo soltó asustada, ese hombre más que *frío* era como un hombre de las cavernas. «*Gruñe, resopla, muerde…»*

—Respira —ordenó de pronto contra sus labios, ella abrió los ojos y se topó con una sonrisa que la relajó un poco, al parecer también hablaba—. ¿Cómo te llamas?

—So… Sophia —dijo su segundo nombre, él deslizó los labios por su cuello haciéndola estremecer—. ¿Y usted? —preguntó, y no pudo evitar morder su labio cuando él la sujetó por las nalgas acercándola contra su pene, restregándole su dolorosa excitación.

—Jared. —Y es todo lo que dijo antes de que su respiración se convirtiera en jadeos entrecortados, y ella se descubrió jadeando por igual.

El cosquilleo que sentía se transformó en un placer abrasador que jamás había experimentado. ¿Qué le había dicho Owen sobre aquella bebida? Jared los giró abruptamente haciendo que torpemente cayeran contra uno de los sofás. Su cuerpo, grande y tonificado, estaba ahora completamente enredado al de ella, y no pudo evitar por primera vez en su vida realmente sentirse bonita y deseada.

Sabía que esto estaba mal, deberían de confesarla o exorcizarla, sin embargo en lugar de eso le hundió las uñas en la espalda, sonriendo al escucharlo gemir ahogadamente.

—¿Qué haces? —preguntó al parecer enojado, pero estaba tan ebrio o drogado que arrastró las palabras. Así que tomando más valor, la castaña se revolvió debajo logrando acomodarse de alguna manera a horcajadas sobre él, así como había visto que hacían algunas mujeres mientras tenían sexo en el Cooper 's, pero casi al instante ahogó un grito al sentir la dureza que la golpeó —. *Puta madre* —siseó él, y en un movimiento rápido tiró de su cabello para volver a besarla.

«Muy bien, esto parece gustarle», pensó. Solo que era muy brusco con sus movimientos, su lengua parecía querer probar cada rincón, sus dientes

mordisqueaban sus labios provocándole dolor, pero uno que curiosamente le gustaba. Sin poder evitarlo, volvió a colar los dedos por ese cabello. Y sí, era tan suave que no pudo evitar sonreír.

—Eres extraña, Sophia… —murmuró seductoramente. Sus ojos bailaban oscuros—. Tócame, me gusta que lo hagas.

—Pensé que lo había molestado —confesó.

—No. —Tomó con fuerza su mentón y la obligó a mirarlo.

Mientras veía esos enormes ojos del color de la miel, Jared no podía creerlo.

No supo en qué momento perdió todo jodido tipo de cordura, pero esa chica lo estaba volviendo puñeteramente loco. Portándose entregada y a la vez cohibida, mierda, era una loca combinación, una que estaba dando resultados. El instinto de lucha estaba ahí, oculto pero estaba ahí. Ella no quería esto y eso despertaba en él un ridículo instinto de caza.

De un brusco tirón, bajó el corsé queriendo ver esos redondeados pechos y sonriendo al poder sentirlos entre sus manos, encantado observó cómo sus pequeños pezones iban creciendo entre sus dedos. Tiró, fuerte, haciéndola jadear.

—No, por favor, no así, no haga eso... —suplicó entre lágrimas, pero su cuerpo la traicionaba arqueándose bajo sus manos. Si lo pidiera de otra forma pararía, pero si lo pedía así… simplemente no podía jodidamente hacerlo, tampoco quería.

—¿Por qué dices que no y luego te frotas contra mí?

—Yo… yo no me froté contra usted, está loco —gimoteó, dándole un ligero tirón en el cabello.

Y puta mierda. Aquello sublevó su excitación y teniendo en cuenta el estado en el que se encontraba, enfrentarse a esta chica no era la idea más adecuada. Él lo sabía, condenadamente lo sabía pero su cerebro estaba actuando en su forma más primaria y gracias a la cocaína había dejado a un lado cualquier pensamiento coherente. Jared amaba las peleas, amaba la puta adrenalina que sentía cuando hacía algo que se suponía no debería, pero la droga duplicaba aquellas ganas de perderse.

Se repitió mil veces que solo estaba fastidiándola por haberse atrevido a creer que sabía más que él, a pretender emborracharlo para meterse con ella, sin embargo su cuerpo tenía otros planes distintos a su mente, *necesitaba* liberarse.

Después de la sangrienta batalla con Zack, su cuerpo entero rugía por un desfogue y sabía que Zoey no lo estaría esperando con los brazos abiertos en casa... Y fue entonces que cayó en la puta cuenta de que seguramente ésta era una trampa de Spencer, claro, eso era lo más jodidamente probable.

Ese adorable suegrito de mierda tenía muchos meses queriendo separarlo de Zoey, pero no lo lograría, así que haría pagar a esta puta chiquilla por atreverse siquiera a intentarlo, le daría un escarmiento que la dejaría traumada de por vi… De pronto, esas pequeñas y suaves manos liberaron con facilidad su pene que saltó como un mástil pesado quedando contra su abdomen. Jared no se inmutó, si había aprendido algo a lo largo de sus veintiocho años de vida, era que podía excitarse hasta el punto de rayar la lujuria insana sin necesidad de que su pene entrara en ningún puñetero coño, así que podría ignorar el ramalazo de excitación que estaba sintiendo, ¿verdad?

Sin embargo, un puñeteramente lento fuego avanzaba por sus músculos, por sus venas, por cada terminación quemando su piel y carbonizándole la ya embotada mente. Sophia se estaba retorciendo encima de él, jadeando y gimiendo mientras se frotaba en busca de su propio placer, y de pronto se encontró con que todo lo que jodidamente podía pensar era en penetrarla. La respiración jadeante se había vuelto profunda y laboriosa por culpa de la cocaína permitiendo que involuntariamente sus instintos controlaran sus movimientos cuando la sujetó por las caderas no para alejarla, sino para acercarla. ¿Y por qué mierda había permitido que las cosas llegaran tan malditamente lejos? Intentó sacudirse del estupor de lujuria, quiso quitársela de encima, pero solo hasta ese momento se dio cuenta de que tenía todo el cuerpo dominado, claro, por su otra maldita cabeza.

¿Qué jodidos le había dado esa tal Sophia? *Mierda*, la bebida seguro era un coctel de drogas que se había mezclado con lo que ya había consumido…

—Quítate a la mierda de encima de mí, quítate ahora mismo. —Su voz, cargada con una oscura necesidad, no sonó como si fuera suya, ronca y baja.

—Quiero terminar esto cuanto antes… —Los ojos de la chica ahora lucían vidriosos, dilatados y ligeramente perdidos, como si estuviera viendo al infinito en lugar de a su rostro. ¿Estaría también bajo los mismos puñeteros efectos?

Jared intentó con todas sus fuerzas moverse, ordenó a todos sus músculos a tensarse, a trabajar bajo el escaso peso de la chica, pero simplemente era un espectador de su propio cuerpo, podía sentir y oír todo, mas no podía conectarse con sus extremidades. Impotente, observó cómo con manos temblorosas Sophia guiaba la cabeza de su pene hacia la caliente y húmeda entrada de su feminidad.

—¡Quítate de una puta vez! —rugió, pero fue en vano.

Ella intentó introducirse en su pene algunas veces, lo que lo confundió hasta la mierda. Y si no estuviera tan encabronado y asustado se habría reído, pero todo tipo de humor salió volando por la ventana cuando inesperadamente ella se alineó en la posición correcta y se dejó caer despacio sobre él, tomándole por completo.

Jared gruñó presa del placer pero un segundo después el horror se apoderó de él.

Miró a la chica y se encontró con que se mordisqueaba el labio, al parecer insegura de qué hacer. Por el contrario a ella, su pene sí que sabía qué hacer, temblando literalmente dentro de su exageradamente estrecho calor, sin su permiso sus caderas comenzaron a moverse contra ella provocando que cerrara sus claros ojos, negándose a mirarlo hasta que finalmente la chica comenzó a moverse de forma jodidamente lenta, una tortura por la que nunca había pasado.

Lo único que podía pensar mientras era cabalgado, era en no hiperventilar. Y mientras buscaba fuerzas para moverse, en el sentido de quitársela de encima, algún retazo de cordura para gritar, se encontró disfrutando por primera vez en la puta vida de ser sometido. Y trató de apartar los sonidos de piel chocando contra piel, y trató de ignorar los puñeteros jadeos de ella, junto con el aroma dulzón de su lujuria pero no pudo. Todo aquello lo envolvió en una espiral que le calcinó el cerebro. Sin aviso, el clímax le golpeó con fuerza, apoderándose de él como si fuera un puto adolescente.

Brie sentía que se iba a partir en dos.

Sus ojos estaban colmados de lágrimas, y mientras jadeaba, no se detuvo a pensar en el dolor que estaba sintiendo, ni en la forma en la que esos oscuros orbes azules querían matarla y a la vez le rogaban que siguiera. Respiró hondo, por el contrario a lo que se podía esperar de ella, se encontró marcando un ritmo implacable sobre Jared, subiendo y bajando por aquel duro mástil que se había engrosado y crecido aún más, no escuchó los gritos en su mente que le pedían que no continuara, por el contrario, se concentró en el sonido de las bofetadas que hacía su piel cada vez que chocaba contra la de él, en sus gruñidos y gemidos ahogados, a la vez que sentía el ardor en sus piernas por el esfuerzo en moverse más rápido.

La joven no tenía ninguna experiencia en el sexo, y solo podía implorar porque parara de crecer dentro de ella o moriría. Se sintieron como horas eternas los minutos que su cuerpo tardó en acoplarse a él, pero quizá por instinto se encontró subiendo y bajando con un vaivén que la fue envolviendo al tiempo que un nudo de fuego comenzaba a apoderarse del lugar donde él estaba entrando y saliendo de ella, hasta que pensó que iba a quemarse viva… y no le pareció que eso fuera tan malo como esperaba, de hecho no era nada malo.

No le gustó la sensación de disfrute, pero cerrar los ojos no sirvió de nada.

Y tratar de convencerse de que todo estaba bien, tampoco. No tenía ningún derecho a disfrutar de esto, había sido forzada pero aun perdida en extrañas

sensaciones y sintiéndose mareada, no podía simplemente detenerse, *no quería* detenerse. Debajo de ella, Jared gruñó un par de maldiciones, todos los músculos en su cuello se tensaron, una fina capa de sudor cubría su perfecto rostro cuando segundos después, se impulsó hacia arriba empalándola por completo y un líquido caliente se derramó entre sus muslos robándole un sollozo.

Finalmente él había terminado… y por terminado se refería a *todo*.

Con manos temblorosas se impulsó para bajarse de encima de él, ahora estaba temblando completamente como una frágil hoja de papel mientras observaba el enorme cuerpo del hombre, jadeante y sudoroso. Jared estaba intentando recuperar el aliento, Brielle se tensó dándose cuenta de que ahora su vida corría peligro, por lo que sujetó su enorme chaqueta de cuero que había estado reposando despreocupadamente en uno de los sofás y se la puso. No había dado ni dos pasos hacia la puerta cuando Owen entró como una tromba.

—Ahora hay que sacarte cuanto antes de aquí, pequeña.

Sintió vergüenza al pensar que todos hubieran visto aquello. Sentía con cada paso apresurado que daba como su mente se desconectaba de ella y giraba en espiral, y luego simplemente dejó de sentir.

Capítulo Uno

Tal vez si dejo de caminar, todo deje de moverse…

—¿Estás bien? Te ves como si fueras a caerte en cualquier momento —murmuró Matt, mirándola con aprensión.

Genial, alguien más estaba notando su precario equilibrio. Brie suspiró, mirando esos expresivos ojos verdes que ahora la analizaban en forma reprobatoria, justo antes de que él soltara un suspiro mortificado.

Matt Jones podía ser en la misma medida: increíblemente guapo y analítico.

Dios, su mirada lograba ruborizarla haciéndola sentirse, más que nadie, como la adolescente que era. Él había sido el primer empleado que Hank había contratado para ayudarles en la cafetería, la cual era únicamente atendida por ella, Emily, la cocinera, y él, que se dedicaría a la limpieza, mientras que ella le daría prioridad a ser mesera.

«Como si ser mesera fuera una prioridad», pensó con ironía. Su mamá, Natalie, ya no podía ayudarles más a causa de su enfermedad, y desgraciadamente se le había ocurrido la *para-nada-brillante-idea* de dejar a cargo a su padrastro, Hank, que como el dueño que era ahora, únicamente se presentaba para cobrar… o gritar.

—Estoy bien —aseguró, tratando de restarle importancia. Incluso hasta sonrió sosteniéndose despistadamente de una mesa.

—Quiero revisar tu presión sanguínea, te noto demasiado pálida.

Él estrechó ligeramente los ojos mientras continuaba con aquel análisis exhaustivo, era muy difícil engañar a Matt. La conocía demasiado como para pasar por alto el detalle de su palidez excesiva. Quería vomitar, y quería hacerlo en calidad de urgente. Su penetrante mirada verde, sin embargo, logró curiosamente relajarla, calmando tenuemente los sudores fríos que recorrían su piel. La castaña podía jurar que él tenía un don o algo, siempre lograba tranquilizarla.

—Está bien —murmuró finalmente, sintiéndose incluso hipnotizada.

Matt sonrió luciendo todo encantador, provocándole que se ruborizara de nuevo mientras la sentaba al lado de una de las mesas del restaurante. Se acercó a ella y su loción le hizo cosquillas en la nariz, y cuando sujetó su mano, Brie contuvo un escalofrío. Era ridículo que fuera tan tímida, Dios, era peor que ridículo, era *imposible* después de lo que había hecho, lo cual resultaba para nada tímido y sobre todo para nada recatado pero bueno, fuera de *eso*, la realidad

era que no tenía ninguna experiencia… con los hombres.

Él presionó cerca de su muñeca, la sangre ahí se acumuló al tiempo que Matt

observaba su reloj. Brie suspiró mientras lo observaba. Él le parecía guapísimo, con su cabello rubio revuelto, su piel ligeramente bronceada y sus ojos verdes.

Definitivamente Matt era muy diferente al estereotipo que se había formado de los hombres. El que un solo hombre fuera un estúpido, retrógrada e insensible, no significaba que todos los demás también lo fueran, ¿o sí? Matt, muy por el contrario a ese horrible ogro, era amable y trabajador, la trataba siempre como si pudiera quebrarse, como algo sumamente delicado. Conversaban por horas aun pese a la diferencia de edades e incluso, él le había contado que trabajaba para pagarse la escuela de medicina. Le contó también sobre su deporte favorito, surfeo en la playa, Brie sonrió cálidamente mientras miraba su musculosa espalda, definitivamente ese deporte explicaba su complexión delgada pero fibrosa.

—Está un poco baja, Brielle —regañó con reprobación, ella miró hacia sus manos mordiendo ligeramente su labio—. ¿Por qué no descansas un poco en lo que te traigo un jugo? —La joven iba a agradecerle, pero en eso la campanita de la puerta del local sonó, indicando que había entrado un cliente—. Yo atiendo, descansa un poco —se apresuró a decir antes de levantarse rápidamente.

La castaña sonrió de forma débil al tiempo que asentía. Observó a su amigo correr hacia la cocina mientras se quitaba el delantal. La joven se relajó en su asiento, mirando distraídamente hacia los dos clientes que habían entrado. En realidad fue un destello rojo lo que llamó su atención, al fijarse descubrió que era cabello, abundante, impresionantemente largo y en perfectas ondas. Qué decir de la chica, lucía preciosa y el contraste de ese cabello como el fuego contra su piel blanca era increíble. Su rostro salpicado de pequeñas pecas estaba disimulado con su impresionante maquillaje. La chica sin duda lucía perfecta con su chaqueta negra y sus vaqueros de cuero. La castaña terminó su escrutinio mirando sus tacones de más de doce centímetros *Jimmy Choo*.

Sonrió mientras negaba con la cabeza, esas eran las pocas ventajas de trabajar en un club nocturno. Gracias a Katie se sabía los diferentes estilos en zapatos, su amiga ya estaría dando saltitos emocionada. Brie contuvo un escalofrío mirando sus propias ropas, deberían apodarla *Briecienta*. Así se sentía, con sus desgastados *Converse*, con su blusa sumamente delgada y gastada…

—¿Por qué quieres comer *aquí*, princesa? —preguntó una voz dulce, aterciopelada y… *familiar*.

El cuerpo de Brie sufrió un escalofrío seguido de una parálisis. Su corazón primero se detuvo y luego empezó a palpitar como loco. Se dijo que no debería mirar, sin embargo se encontró haciendo todo lo contrario. *Él* tenía una media sonrisa torciendo sus delgados labios mientras sujetaba por detrás a la mujer, le plantó un suave beso en el cuello haciéndola reír. Se veía, al menos si no enamorado, contento, despreocupado, hermoso y… oscuro.

Brielle estaba en shock, como si acabara de cortarse con un cuchillo y se hubiera desgarrado las venas o algo similar. Las suelas de sus *Converse* estaban pegadas al suelo y sus pulmones no podían conseguir el suficiente aire para respirar con normalidad. Se encontró jadeando antes de dejar caer todo su cabello hacia enfrente en un intento absurdo por ocultarse. Cualquiera que volteara a su lugar pensaría que era una hipster, o una indigente, no que le importara. Quería pasar desapercibida sí o sí. Cerró los ojos con fuerza e incluso comenzó a rezarle a todos los dioses habidos y por haber que no la fuera a ver. *«Dios, ayúdame con esto, por favor y te juro que nunca más volveré a ese lugar, solo por favor…»*

Escuchar su voz aterciopelada al hablarle a la otra mujer, le retorció las entrañas.

«Bastardo, *eso es lo que eres.»*

Brie se quedó a medio pensamiento… ¿Como por qué se estaba enojando?

No lo sabía bien, y definitivamente tampoco era el momento para detenerse a pensar cosas que en dos meses no se había cuestionado nunca, como por ejemplo, por qué aún dormía con su chaqueta, la cual por cierto ya casi no olía a él, o por qué recreaba mentalmente en las noches su voz ronca, o por qué su mirada fría la cazaba en todos los sueños. Sabía bien que juzgarlo era lo más estúpido del mundo, porque cuando se enterara, el enojado sería él, sin embargo era ella la que se encontraba furiosa en estos momentos.

Sintiéndose como una tonta adolescente hormonal, miró con cuidado a través de la cortina de su espeso cabello, quería verlo. Tuvo que parpadear dos o tres veces ante la visión, tragó saliva compulsivamente, procesando la imagen ya que se veía mejor de lo que sus estúpidos recuerdos tenían de él. La camisa negra remangada hasta los codos destacaba sus penetrantes ojos azules, y los vaqueros oscuros terminaban en unas botas de puntera metálica que resaltaban aún más su tremenda estatura. Dios mío, definitivamente no recordaba a Jared y… ¡Oh mira, su cabello era negro! Por fin lo sabía ahora.

Además lucía caótico, no por producto del alcohol, al parecer así lo peinaba.

Sus ojos azules eran del más claro que hubiera visto nunca, como un océano limpio, claros y con un ligero brillo mientras le hablaba a la pelirroja, y cuando se pasó una mano por el cabello, pudo ver los músculos de sus brazos, fuertes,

amplios y sin un gramo de grasa, cubiertos por intrincados tatuajes que no se quiso detener a contemplar.

Síp, estaba buenísimo.

Su atractivo hacía parecer al mismísimo Robert Pattinson un candidato a rey feo. Era encantador, claro, pero no un buen chico. Ah no, señor, Jared era todo menos un buen chico, a la castaña le quedó claro al momento de conocerlo. Algo oscuro, impreciso y voluble se notaba detrás de su fría mirada, no solo eso, ella lo había experimentado de primera mano, y de forma inevitable se ruborizó furiosamente con el recuerdo. Además, estaba segura de que cualquier cosa que no le pareciera lo arreglaba a golpes. ¿Cuántos años tendría? Y... ¿por qué diablos estaba pensando todo eso? Enojada, aún ruborizada y un poquitín herida, se escondió nuevamente detrás de su cabello, él no debía verla.

Si Spencer se enteraba de esto, que Dios los agarrara confesados a todos. Se lo había prohibido, es más, casi esa era la única condición que le había pedido a cambio de dejarla, podría decirse, que en libertad. Nadie nunca se enteraría de su trato con los Cooper, Spencer había jurado hacerse cargo de los inconvenientes resultantes a cambio de la sencilla tarea de que Brie desapareciera.

Con el corazón tronándole contra las costillas y la vista nublada, la castaña se quedó hundida en la mesa, escuchando sus risas, su conversación. ¿Por qué engañaría a su novia o esposa? Podía apreciar que la quería por la manera en la que tocaba su rostro, por la forma en la que deslizaba esas enormes manos a su cintura...

Es oficial, estaba... ¿celosa?

¿Por qué? No lo sabía, pero ya lo odiaba… *otra vez*. Y cuando el joven soltó una feliz carcajada, el aleteo en su corazón convirtió cualquier ruido en un zumbido y su estómago se agitó con fuerza. Cerró nuevamente los ojos tratando de aguantar, tratando de no vomitar, pero al parecer su estómago no estaba muy cooperativo hoy. Sin poder pensar en otra cosa, sin poder evitarlo, se levantó abruptamente y por las prisas estuvo a punto de caerse al tropezar con una silla. Una de las mesas se tambaleó tirando un salero, pero Brie se negó a detenerse. Entró como un huracán hacia la cocina y de ahí corrió directo al baño donde se encerró.

—¿Brie? —Matt llamaba con los nudillos en la puerta, pero ella estaba vomitando hasta su nombre y no podía responder—. ¿Todo bien, Brielle? ¿Te traigo agua? —preguntó, su voz llena de angustia.

—*Ajá…* —logró gemir entre arcadas.

Después de unos interminables minutos logró recomponerse. *«Eres una torpe, Briecienta, ¿ese fue tu mejor intento por que nadie te notara?»,* se reprendió.

Contuvo las lágrimas mientras se mojaba el rostro con agua fresca, luego se sujetó el cabello en una alta coleta, respiró hondo tratando de controlar su respiración y se negó rotundamente a mirarse frente al espejo antes de abrir la puerta. Ahí estaba Matt, con su dulce sonrisa mientras le extendía un vaso con agua y una dona.

—No dudo que ni siquiera hayas desayunado. ¿Hank te lo prohibió otra vez?

—Brie desvió la mirada hacia el vaso con agua.

—No, yo… lo olvidé… ¿Ya… ya se fueron los clientes? —balbuceó con la voz impregnada de miedo.

—Están por irse, pero Hank ya vino y está cobrando la cuenta. —Ella asintió, un poco asustada de que su padrastro no la viera atendiéndolos, eso no era nada bueno. Inesperadamente las pequeñas puertas que separaban la cocina de la cafetería se abrieron con fuerza de par en par, azotando contra las paredes —¿Por qué mierda están aquí los dos? —bramó Hank, luciendo peor que otros días. Con la ropa muy desgastada y los ojos turbios, demasiado rojos—. A ti te pago para limpiar el puto piso y a ti te tengo para atender a los clientes —recalcó apuntándolos—. ¿Es tan difícil eso?, ¿tan difícil es hacer la única jodida cosa que les pido?

—Lo siento, señor, yo… me sentí mal pero inmediatamente iré al comedor…

Tratando de apurarse, la castaña pasó en seguida suyo, pero él tomó su muñeca con fuerza, retorciéndola de forma que todo su cuerpo tuvo que detenerse y enfrentarlo, gimió quedamente por el dolor y el asombro.

—Escúchame bien, Brielle, no me importa tu jodido trato con los *Cooper*, necesito más dinero —ladró. Ella boqueó de forma incrédula sintiendo como toda la sangre se drenaba de su cuerpo.

—Sabe que Spencer dijo que era todo lo que me daría este mes…

—¡Me importa una mierda! —maldijo histérico—, dile que necesitas ropa o zapatos, invéntate algo. *Necesito el dinero.*

—¡Es que ya me inventé todo eso! —chilló enojada.

De verdad que ya no podía ir a ese club, a ese lugar, la familia Cooper la mataría tarde o temprano, estaba segura de que Hank ya les estaba colmando la paciencia y no podía exponerse ni exponer a su ánge… Una fuerte bofetada cortó el hilo de sus pensamientos, el dolor escoció en su piel y por el impacto cayó torpemente contra el suelo. Jadeando se llevó la mano a la mejilla.

—¡Detente, Hank! —gritó Matt furioso, empujando a su padrastro hacia atrás. Brie respiró hondo mientras paladeaba el sabor a hierro… es decir a sangre —. No vuelvas a tocarla, ¡¿escuchaste?!

—¡Quítame las manos de encima, imbécil, estás despedido! —espetó Hank zafándose del rubio, encolerizado; la castaña abrió los ojos de par en par y recuperando la compostura se puso de pie.

—¡Basta! Haré lo que me pide, pero no corra a Matt —sollozó aterrada, abrazándose a sí misma, el rubio realmente necesitaba el trabajo y no por su culpa iban a despedirlo—. Si lo deja seguir aquí, yo… yo haré lo que quiere. —Se relamió nerviosamente los labios—. Hoy mismo iré con Spencer... solo, por favor… —Hank escupió hacia el suelo, y aquella asquerosidad por poco le provocó arcadas.

—Brie, no es necesario… —comenzó a decir su amigo, pero ella le lanzó una mirada de *déjame-a-mí-esto*. Él suspiró para nada convencido mientras la ayudaba a levantarse. El rubio la volvió a mirar una última vez antes de desaparecer hacia la cocina.

—Es la última vez que tolero eso, ¿escuchaste, Brielle? —La joven asintió mientras veía a su padrastro marcharse.

Esa noche Brie estuvo dando vueltas en la cama, incapaz de dormirse ni dejar de pensar.

Respiró hondo mirando el techo, ella mejor que nadie sabía qué cosa la tenía así de inquieta, y no, no era la fuerte bofetada que su padrastro le había propinado, tampoco era la hermosa figura de Matt, no. Para no perder la costumbre, unos ojos azules de hielo estuvieron persiguiéndola en pesadillas, incluso despierta, su voz, su figura, incluso esa aura que él despedía parecía perseguirla hasta en la inconsciencia. Se acarició con deliberada lentitud el vientre dando un respingo ante el dolor de su muñeca, Hank había presionado con demasiada fuerza también sus brazos. Brie respiró profundo, cada día veía venir lo de antes, golpes reales, y no sabía cómo iba a poder detenerlo.

Por la mañana corrió al baño puesto que no aguantaba las ganas de orinar, aquello se le estaba saliendo literalmente de las manos, respiró hondo controlando el malestar que se estaba volviendo una costumbre. Luego, frente al espejo, vio con horror los grandes círculos que se habían formado bajo sus ojos, y para rematar su nuevo *outfit*, su mejilla lucía ligeramente morada. Genial. Aún estaba enojada mientras el agua caía por su cuerpo, trató de relajar sus tensos músculos, cosa que no pudo ya que el agua estaba fría.

Casi no había comida, ella ya no tenía ropa, y estaba segura de que a este paso en poco tiempo tampoco tendrían luz. ¿Cómo iba a tener dinero para el medicamento de su mamá, además?

Tiritando se envolvió en una diminuta toalla antes de apresurarse a su habitación, abrió la puerta rápidamente pero con tan mala suerte que resbaló con el agua. Chilló mientras caía golpeándose el trasero, la toalla se le subió más de

lo debido dejando ver su piel ya enrojecida. Estaba segura de que le saldría un cardenal en la cadera. *Genial, más golpes.* Maldiciendo comenzó a ponerse en pie.

—¿Qué demonios te ocurre?

La oscura silueta de Hank apareció a mitad del pasillo. Llevaba una camisa de cuadros rojos, unos degastados vaqueros y sus pesadas botas de trabajo; sus ojos bailaban oscuros, repasándola de arriba abajo. Brie se estremeció, esta vez presa del terror.

—Na-Nada —balbuceó, jalando la toalla lo más que pudo. Se puso de pie rápidamente, y sin otra palabra dio media vuelta para seguir el camino a su habitación.

—Un momento, Brielle. —Su padrastro sujetó fuertemente su brazo, haciéndola gemir un poco al tiempo que lo encaraba. Su sucia barba comenzaba a notarse más y la gorra que tenía puesta ensombrecía sus marcadas facciones—. Se nota que estás cambiando… —murmuró con voz trémula, sus ojos ahora oscurecidos lograron que se le formara un doloroso nudo en el estómago y en la garganta, impidiéndole articular alguna palabra—. ¿De quién es?

—S-Spencer no me deja decirlo… —susurró. Hank le estaba mirando con avidez los pechos antes de que un sonido ronco y bajo en forma de risa escapara de entre sus dientes.

—Ese maldito, pero no te preocupes, ya averiguaré por qué tanto secreto. —La liberó lentamente con una tácita caricia en su brazo pero inmediatamente después frunció el ceño—. Asegúrate de ocultar bien estas marcas, tu maldita piel sensible nos puede meter en problemas. ¿Entendiste?

—Sí… yo… sí, con permiso…

Encontrando fuerzas en sus paralizadas piernas, Brielle dio media vuelta y subió casi corriendo hasta su habitación. Mientras intentaba controlar su respiración se abrazó a sí misma, pero hizo una mueca de dolor cuando se apretó los brazos, mordió su labio al tiempo que se liberaba, dejó que su espalda se resbalara contra la puerta hasta que llegó al suelo donde se quedó contemplando por largo tiempo el ropero. No quería ir con Spencer Cooper, pero Hank podía ser un buen dolor de cabeza, así que finalmente decidió vestirse con sus peores ropas. Unos vaqueros azules desgastados, no porque estuvieran a la moda, claro, un amplio y viejo suéter azul que cubría todas sus marcas y sus inseparables *Converse*.

Las grandes y brillantes puertas del Cooper ’s irremediablemente hicieron que le temblaran las piernas incluso antes de entrar, se sintió mareada mientras miraba el lugar. Los pocos meses que había trabajado aquí habían sido los más espantosos de su vida, y lo último que quería era volver. El olor a cigarro y

alcohol era espeso en el aire, se había quedado sin duda impregnado por todo el lugar.

Suspiró una última vez armándose de valor antes de llamar a la puerta.

—Las chicas como tú no deberían volver a este lugar. —Owen parecía un enorme gorila y su mirada oscura la hizo sentir aún más pequeña.

—Tengo que hablar con Spencer —balbuceó. El hombre la miró largamente antes de dejarla pasar y conducirla a la oficina de los Cooper.

Aquel lugar le parecía tan excéntrico y bullicioso de día y de noche, recalcando la clase de depravaciones y cosas ilegales que ahí pasaban. El Cooper ’s era un club nocturno sumamente reconocido, manejado por los dos hermanos Cooper, nadie querría meterse con ellos en ninguna deuda, nadie claro excepto Hank. Dios, ¿pero qué había visto su mamá en él?

—Te ves de la mierda, *Porcelana* —notó Spencer, riéndose sin control en cuanto Owen se fue—. No tenías que venir vestida así para pedirme más dinero. — Ella se ruborizó ante su señalamiento, y sin poder evitarlo bajó la mirada hacia sus pies—. ¿Qué mierda te pasó en la cara?

Brie cerró los ojos, había sido tan tonta en no maquillarse un poco…

—¿Por qué no pasas y visitas a las chicas? Te firmaremos otro cheque —comentó Jeff, apareciendo detrás de su hermano.

—Gracias… —suspiró con alivio antes de regalarles una tímida sonrisa y encaminarse a los camerinos.

—Ese Hank…

Spencer estaba furioso mientras hablaba con su hermano, pero ella no se detuvo a escuchar lo que decían, tenía horror de pensar en lo que harían con su padrastro o su mamá. En cuanto Katie y Allison la vieron chillaron de felicidad y corrieron a abrazarla, sacándola un poco de sus tormentosos pensamientos.

—Ayer lo vi —confesó en voz baja, no quería que ni por error alguien la escuchara.

—¿Estamos hablando del *Frío*? —indagó Allison al tiempo que elevaba una perfecta y delineada ceja, su tono de voz seco y algo incrédulo la hizo fruncir el ceño antes de asentir.

—¡Brie! —regañó Katie—. ¿No le hablaste, verdad?

—¡No! —chilló casi escandalizada—, por supuesto que no.

—Sabes que eso te puede ocasionar problemas con los Cooper, no lo hagas.

Además ese tipo está loco, Brie, te lo digo en serio —aseguró la joven de forma contundente.

—Fue a comer a mi cafetería, ¿pueden creerlo? —Ellas soltaron carcajadas mientras negaban de forma incrédula—. P-Pero con su novia… —susurró, recordando lo que vio y lo mal que eso la hizo sentir.

Él se veía diferente, igual de temible pero más accesible, abrazando a la pelirroja y sonriendo de vez en cuando, nada que ver con el horrible ogro en el que se había transformado cuando ambos estuvieron juntos. De pronto dejó de escuchar las risas de sus amigas por lo que las miró, ambas la estaban viendo a su vez, pero ahora de forma extraña.

—¿Qué?

—¿Eso quiere decir que el plan de Spencer no funcionó? —indagó Katie.

—Al parecer no —murmuró la castaña en forma temerosa—. ¿Creen que Spencer ya lo sabe?

—Esperemos que no. ¡Dios, Brie! Sería el fin del mundo, créeme por favor cuando te digo que esos hombres son muy violentos —habló la joven con los ojos dilatados—. Y en cuanto a Jared, tienes que evitarlo. ¡No debe verte!

—Cálmate, Katie. No quiero verlo tampoco, ni a él ni a su estúpida novia, ¡los odio!

—¿Y por qué piensas que al *Frío* puedes importarle? —interrumpió Allison con una extraña sonrisa. Algo en su tono de voz y en su mirada le provocó a Brie un escalofrío, se recompuso negando rápidamente con la cabeza.

—Yo no dije que le importe, ni siquiera lo conozco, me cogió en un mugroso sofá, ¡es todo lo que sé de él! Ni lo quiero, ni lo celo, ni nada —afirmó furiosa.

Allison la miró unos instantes más, su mirada azul se volvió helada por unos segundos, pero no agregó nada más. Agradeciendo mentalmente que no siguieran con el escabroso tema de sofás y noches violentas de copas, cambió de conversación, contándoles sobre su trabajo en la cafetería, y ya que había sido tan tonta como para no ocultar su golpe en la mejilla, tuvo que contarles sobre lo mal que la trataba Hank. Katie ladró maldiciones contra su padrastro, pero no había mucho qué hacer. También les habló de la enfermedad de Natalie…

Conversaron hasta que se hizo muy tarde y Gary, el chofer de los Cooper, finalmente la llevó a casa.

Explicarle a Zoey la mierda en la que había caído, sería una de las cosas más difíciles por la que Jared hubiera pasado hasta ese día.

Sin embargo, se encontró con que pasaban los días, incluso las semanas sin nadie que hablara sobre lo ocurrido en el Cooper ’s. Y justo cuando creía que nada pasaría, se encontró con que Allison, esa perra, le había contado a su novia que lo había visto consumiendo cocaína. Zoey realmente se había vuelto loca, había amenazado incluso con jodidamente suicidarse intentando ingerir un montón de sus pastillas.

Dios lo librara si se enteraba de qué otra mierda había hecho ese día.

Pasaron unos días para que la pelirroja entendiera que Spencer le había tendido una trampa. Ella no había querido creerlo del todo, pese a que sabía los alcances de su padre, se negó a echarle toda la culpa. Ahora seguían enojados pero al menos estaban en algo así como un proceso de reconciliación.

Necesitaba que lo que sucedió aquel día, quedara jodidamente borrado de la historia.

—¿Por qué quieres comer *aquí*, princesa? —preguntó en su mejor intento de voz suave. Zoey seguía puñeteramente extraña y *necesitaba* reconciliarse con ella.

La había convencido que ya no iría al Cooper's, le había dicho que dejaría de pelear y drogarse, incluso había caído tan jodidamente bajo prometiéndole que buscaría un trabajo si lo perdonaba. Sin embargo, las peleas eran lo que podían mantener su cuerpo a raya, eran como una droga para él, y al no tenerlas, se encontró varias noches sudando frío y literalmente temblando, necesitaba malditamente un desfogue, y Zoey no lo estaba ayudando realmente nada. Incluso negándose a tener sexo.

—Es lo más cercano a mi trabajo. Es tarde, no te pongas especial, Jared —lo regañó juguetonamente.

El joven respiró hondo, la cafetería en la que estaban no era precisamente a donde hubiera querido llevarla, sin embargo no era por eso que estaba nefasto.

Habría querido que comieran en casa, alimentarla él mismo y después cogérsela sobre la mesa como un poseso. Realmente se estaba convirtiendo en una especie de animal, ya no podía pensar ni razonar claramente.

—¿Qué les sirvo? —preguntó el mesero.

—Quiero un espagueti a la boloñesa, ¿y tú, amor?

—Lo mismo —pidió, sin molestarse en mirar el menú.

Zoey estaba contando alguna mamada sin trascendencia, cuando al fondo se escucharon sillas golpear contra el suelo, y acto seguido vio a una chica intentando huir a toda velocidad hacia las puertas de la cocina. Su cabello castaño le ocultaba el… *puta mierda.*

Toda la sangre se drenó del cuerpo de Jared al ver quién era. *Sophia*, por poco se cae contra una mesa, pero logró desaparecer detrás de unas pequeñas puertas. Para cuando la comida de ambos llegó, el joven seguía hundido en un puñetero estupor y con la furia sacudiéndolo de arriba abajo. Bullendo dentro de su piel.

Esa pequeña perra se las pagaría.

Jared estuvo cazándola como un psicópata a partir de ese día, necesitaba asegurarse de que la chica no diría hasta dónde habían llegado, estaba claro que

ella también lo había reconocido. Tuvo que recurrir a pedir ayuda de su hermano, aunque era lo último que hubiese querido.

—Diablos, Jared. —Adam se pasó una mano por su cabello corto—. ¿Por qué te interesa esta chica?

—No quieres saberlo —masculló el joven entre dientes.

Se encontraba sentado en la ostentosa oficina de su hermano, sintiéndose tan fuera de lugar como siempre. Ser la oveja negra de la familia nunca le había importado.

—Créeme que sí quiero saberlo —contradijo su hermano, luciendo todo abogado profesional.

—Esa perra me tendió una trampa, ¿ya? —dijo, mientras se pasaba una mano nerviosamente por el cabello, revolviéndolo.

—¿Trampa? ¿Qué clase de trampa? ¡Mierda!… —Sus ojos azules se abrieron de par en par en comprensión—. Por favor, no me digas que te la tiraste…

—Algo así, solo dame el puto informe, ¿quieres? —regañó malhumorado.

—¡Es menor de edad, Jared! Mierda, ahora sí la jodiste…

Aquello fue como un balde de agua helada para el joven. ¡Puta mierda! ¿Esa chiquilla era de verdad menor de edad? El corazón se trasladó a su garganta y se encontró hiperventilando, la historia daría un horrible y puñetero giro si ella lo denunciaba por acoso, puta madre…

—¿Quieren explicarme los dos qué está ocurriendo? —preguntó William, luciendo emputado como la mierda. Claramente los había escuchado.

Genial, ahora su papá estaría metido en todo esto también.

Después de aquel jodido descubrimiento, solo quedaba hacer lo que William le había dicho. Ofrecerle una millonaria cantidad de dinero para que la chica guardara silencio, Dios librara a su familia de caer en habladurías. El prestigioso despacho Brown no necesitaba cargar con una mala reputación y, sin duda, lo que Jared había hecho pondría a prueba los estándares con los que supuestamente se manejaba su padre.

No obstante, se asombró de que con el paso de los días Zoey siguiera normal, eso quería decir que la niña no había hablado, sin embargo no podía jodidamente confiarse. Tuvieron que pasar tres días para que pudiera controlarse y así negociar con ella sin caer en un asesinato. Porque aunque fuera mujer, de verdad quería golpearla. Fue así que dejó a Zoey en casa de Anna, su madre, y se condujo inmediatamente a esa estúpida cafetería de mierda.

La encontró tarareando una canción felizmente, ajena a todo. Y justo ahí dudó. Le parecía una niña, tranquila e incluso puritana. Dudó que fuera la misma perra que lo había drogado en el Cooper 's. Pero en cuanto sus ojos se

encontraron, pudo regodearse en el terror y la incertidumbre que empañó esa mirada.

Tres días habían pasado desde que Jared se había aparecido por la cafetería, y ella seguía sin poder sacárselo de la cabeza.

No importaba cuánto lo intentara, cuánto se enojara consigo misma por aquellos pensamientos, no podía dejar de volver una y otra vez a su recuerdo. No podía describir lo que sentía, pero ya no quería pensar en él. Así que trató de concentrarse en las tareas y en lo bien que se veía Matt todos los días.

El martes la pequeña cafetería estuvo repleta de gente, eso era genial para Brie. Significaban más propinas, un poco de dinero extra siempre la hacía feliz.

Podría comprar algunos de los medicamentos de Natalie, por lo que apresurada estaba limpiando las mesas cuando su sonrisa se borró al ver entrar a ese horrible cliente.

Esta vez no le dio tiempo de ocultarse, venía solo y… venía directo hacia ella.

Paralizada, se le resbaló el trapo con el que estaba limpiando las mesas, sintió que el corazón le daba un vuelco mientras la mirada intensa y fría de él la traspasaba, la estaba comiendo viva. La castaña sentía como si la sangre en sus venas se hubiera helado y no podía ni siquiera respirar.

—*Tú.* —Su voz, generalmente suave, fue baja y llena de violencia—. Tenemos que jodidamente hablar. —Aquel tono la hizo temblar de pies a cabeza.

«Esto es lo peor, no, no podemos hablar, no debemos hablar. ¡Finge!», gritó su vocecita interna.

—¿Q-Qué le puedo ofrecer? —tartamudeó fingiendo. Era más fácil si no lo veía, por lo que mantuvo los ojos en el suelo.

—No te hagas la jodida estúpida. —Tomó su muñeca con rudeza, justo donde Hank la había lastimado. Brie gimió quedamente, aterrorizada más que dolorida. Él la soltó inmediatamente, luciendo contrariado para luego sujetarle de nuevo, pero con más cuidado, su mano—. ¿Quién te hizo esta mierda?

Ahora se veía visiblemente curioso, aquel brillo violento en sus ojos azules se había atenuado incluso un poco. Sin embargo, Brie estaba furiosa y cansada, muy cansada, por lo que irritada tiró de su mano. *¿Quién se creía?*

—¿Qué te importa? —preguntó en voz alta, recomponiendo la compostura lo miró directamente a los ojos—. ¿Qué necesitas? ¿Quién eres? —La sonrisa de Jared fue torcida, burlona, sinceramente llena de malicia.

—¿Vas a seguir con esta mierda, Sophia? —*Diablos*, se sabía el nombre que ella le había dado, la recordaba. Dios-mío. Un escalofrío la sacudió mientras lo

miraba horrorizada.

—¿Te está molestando, Brie? —inquirió Matt en un tono amenazante, la castaña no supo a qué hora, pero él estaba a su lado. Jared dejó de verla para enfocarse en el rubio, una sonrisa aburrida y ligeramente torcida se dibujó en sus labios al tiempo que elevaba el mentón.

—No, el señor ya se va —le aseguró. Jared ahora tenía un brillo demente en los ojos, y por la forma en la que abría y cerraba los puños, podía esperarse lo peor.

—Me voy una mierda —siseó—. Vine porque necesitamos jodidamente hablar. —Ella cerró los ojos, no tenía escapatoria, no se iría; y si las cosas se volvían a salir de control, esta vez Hank correría a Matt sin pestañear, o peor aún, el joven lo golpearía.

—Dame un segundo con él, Matt —suplicó mirando aquellos ojos verdes que tanto quería—. No sé qué es lo quiere… pero… —Se acercó más a él y le habló en voz baja—: Estate pendiente, por favor. —Su amigo asintió con recelo, y después de volver a lanzarle una furiosa mirada al joven, regresó a la mesa que estaba atendiendo antes de que Jared apareciera como un huracán.

Jared la siguió mientras caminaban en silencio hacia la puerta de servicio, las piernas le temblaban como gelatina y su cabeza estaba dando mil vueltas. El olor de ese hombre la estaba volviendo loca, se mordisqueó el labio. *«Diablos, diablos, diablos. ¿Qué le voy a decir?»*

El golpe de aire frío le revolvió el cabello mientras salían por la puerta trasera que daba directo a un callejón nada bonito, y menos en la noche. Había contenedores de basura a lo lejos y agua sucia esparcida en el suelo llegaba hasta sus pies. Armándose de valor se abrazó a sí misma antes de animarse a mirarlo, lo encontró con el ceño fruncido y una visible mueca de desagrado plasmada en su demasiado apuesto-para-ser-verdad rostro. Además estaba mirando sutilmente hacia todos lados, sin duda odiaba el lugar. De pronto sus ojos se encontraron, los de él se volvieron oscuros, incluso negros y carentes de toda emoción.

—Te voy a jodidamente denunciar. —Es lo primero que dijo en cuanto abrió su linda boca. El corazón de la castaña retomó su loca carrera mientras retrocedía torpemente un paso.

—¿D-De qué hablas? ¿Quién eres? —Fingió de nuevo, pero era un intento patético y lo sabía.

—Ya déjate de mamadas, Sophia. Bien sabes quién soy yo. Nos acostamos en el Cooper's. ¿Quieres que describa los detalles o prefieres recordar de memoria? — inquirió con una sonrisa burlona pero terriblemente seductora en sus labios. Y que lo dijera así, que la viera así, la hizo querer desfallecer—. Me drogaste, perra — siseó, dando un paso peligroso en su dirección.

—Y-Yo no…

—Sí, tú sí. Me engañaste, me drogaste y *me* jodiste, como una maldita puta inteligente. Pero esto no se va a quedar así. Ya que te prostituyes, y ahora que sé que eres menor de edad, conseguiré que te metan a un puto reformatorio. Y a tus padres a la cárcel… —Ella abrió los ojos como platos al tiempo que se tambaleaba hacia atrás, un pitido intenso en sus oídos no la dejaba escucharlo con claridad—. ¿Qué te pasa? ¿Estás fingiendo otra vez? —demandó burlón, cerrando la distancia entre ellos.

Pero Brielle no podía respirar, no podía verlo ni dejar de temblar, y de pronto ya no pudo ni siquiera sentir.

Se acercó a ella, pero los ojos de Sophia se habían vuelto blancos antes de que simplemente se desplomara. Mierda, apenas alcanzó a sujetarla.

—¿Qué mierda está pasando aquí? —inquirió el rubio abriendo la puerta trasera de la cafetería. Vio a la castaña y sus ojos se dilataron mientras se acercaba rápidamente a ellos—. ¿Qué le hiciste, bastardo? ¿Qué no ves que está embarazada?

—Yo… mierda, lo siento, no lo sabía… ¿tú eres el padre? —preguntó desconcertado y esperando que así fuera.

—No, ella me dijo que es de un tal Jared y es todo lo que tienes que saber, ¿quién rayos eres tú y por qué vienes a molestarla?

Esa simple afirmación cambiaría todo lo que Jared había sido hasta ese momento.

Esto no es una pesadilla.

Lo sabía porque él seguía ahí, mirándola con lacerantes y fríos orbes azules, traspasándola, llenos de odio. Sabía que nada iría bien desde que había accedido a ese acuerdo con Spencer, pero pensó que tendría unos meses antes de que las cosas se supieran. Sin embargo, ahora solo le restaba esperar que Jared no supiera el resto, porque seguramente las cosas irían de mal en peor.

Aunque, por su respiración, por cómo se estaba pellizcando el puente de la nariz con el pulgar y el índice, y por cómo no dejaba de mirarla, intuyó que ya lo sabía. Sus ojos la hundían en una espiral de emociones interminables. Era tan alto que tenía que elevar la mirada para verle directamente a los ojos, tan imponente que no podía evitar sentirse pequeña. Con los brazos enormes y tatuados parecía un delincuente pero su aroma, Dios, olía tan exquisito que por un momento se permitió cerrar los ojos. *«Esto no debió haber pasado, te dije que era una mala idea»,* murmuró su vocecita interna.

Ella abrió los ojos de nuevo, y desgraciadamente se encontró con que seguía donde mismo. Las oleadas de tensión que emanaban del cuerpo de Jared la iban a quemar viva. Brielle suspiró, ya era muy tarde para arrepentimientos. Su gabardina de cuero negra destacaba esa afilada y endurecida mandíbula. Y aunque sus ojos eran fríos y violentos, estaban remarcados por sus espesas y largas pestañas, era un adonis enfurecido.

—¿Cómo mierda pudiste? —rugió literalmente, su voz ronca y profunda, por extraño que pareciera, la recorrió con un estremecimiento delicioso. ¿Por qué se sentía así con algo como eso? Estaba loca, definitivamente se había vuelto loca.

—Deja de gritarle, imbécil. ¿Qué no ves que acaba de volver en sí?

Matt lo empujó con todas sus fuerzas, sin embargo solo logró moverlo ligeramente hacia atrás. Para Jared fue demasiado al parecer, ya que su semblante se endureció instantáneamente, tenía los puños cerrados y los labios en una delgada línea. Dios mío, definitivamente era de los que resuelven todo a golpes, así que la joven se incorporó lentamente y de una buena vez.

—¿Podrías darme unos minutos, Matt? Tengo que explicarle a… este señor unas cosas.

—Pero, Brie…

—¿Por favor? —suplicó de nuevo mirando a su amigo. Él bufó y con bastante recelo finalmente asintió. En cuanto se quedaron solos volvió a sentirse indefensa, Brielle respiró hondo pensando que era mejor empezar con una disculpa, rodeó su vientre protegiéndolo entre sus brazos—. Está de sobra que le diga que lo siento, ¿verdad?

—Mierda, sí —espetó él entre dientes.

—De todas formas quiero decirle que lo siento.

—¿Lo sientes? No te bastó solo con drogarme sino que además… —Pellizcó el puente de su nariz visiblemente enfurecido, al parecer trataba de controlar su temperamento. Brie respiró hondo mirando hacia el suelo, hacia sus sucios *Converse*.

—¿Qué diablos está ocurriendo aquí? —La joven cerró los ojos al escuchar la voz de Hank—. ¿Por qué tardas tanto en…? —Su padrastro se calló al ver al enorme hombre de pie a su lado.

Solo hasta ese momento Jared desvió su penetrante mirada hacia Hank, lo miró de arriba abajo como si de una basura se tratara. Lo miró exactamente como lo hacía con ella. *«Me odia, es un hecho».* Y luego, el hombre al que ella le había destruido al parecer la vida, dijo con voz ronca cuatro palabras que cambiarían toda la vida como la conocía, incluso su destino de forma permanente e irrevocable.

—Vas a venir conmigo.

—¿Te refieres a Brielle? —prorrumpió Hank, soltando una ácida y sonora carcajada—. Sí que estás confundido, esta chica no sale de aquí.

—No te estoy malditamente preguntando si puede salir o no —gruñó—, a partir de hoy, ella vendrá a *vivir* conmigo, no es opción.

—¡¿Qué?! —preguntaron Hank y ella al mismo tiempo.

—Es la futura madre de mi hijo… —Una comisura de sus labios se elevó en una perversa sonrisa torcida—. ¿O no, *Brie*? —expresó lentamente, mirándola. Sus ojos bailaban oscuros y fríos, terriblemente seductores.

La cara de Hank se convirtió en un poema, y de nuevo, bajo los pies de la castaña la tierra se movió. De todas las cosas que temía que Jared hiciera, ésta era la que menos se esperaría. Lo sabía, maldita sea, él *lo sabía.* Un sudor frío recorrió su columna, estaba a punto de hiperventilar… *de nuevo*.

—¿Es de éste de quien te embarazaste? —exclamó su padrastro incrédulo.

—No, yo… —La castaña no podía ni formular una oración, estaba temblando como una hoja.

—¿No nos habremos visto en las bodegas, o sí? —murmuró el joven dirigiéndose hacia Hank, quien parpadeó confundido.

—Tú e-eres… bueno… —Se le quedó viendo casi como en un trance antes de sacudir la cabeza—. Brielle es menor de edad —especificó Hank, chasqueando la lengua—. Estás metido en un gran problema, hijo, uno que se resuelve de forma muy fácil, claro… si tú quieres. —Se encogió de hombros con una sonrisa.

—¿Ah, sí? —murmuró Jared, su tono mortalmente suave—. ¿De qué forma?

Instrúyeme. —Sonrió.

—Cuarenta mil dólares. Sé que no deben ser mucho para ti, he visto cuánto ganas por pelea —indicó, devolviéndole la sonrisa. La castaña abrió la boca pero nada salió de sus labios. Su padrastro la estaba vendiendo… Las náuseas le subieron como la espuma por la boca.

—Es mucho por una puta, ¿no crees? —inquirió el joven. ¿Y acaso esto era en serio? ¿Estaban negociando con ella como si se tratara de un auto? *¿Otra vez?*

—No, para nada, eso es lo que quiero… de momento, quizás después algo de la mercancía de Gary. —Los dientes amarillentos de Hank quedaron al descubierto cuando esbozó una malintencionada sonrisa. Jared hizo una mueca de asco que no trató de disimular.

—Vete a la mierda. No hay trato —aseveró el joven. A Hank se le descompuso imperceptiblemente el rostro, pero Brie lo conocía bien, detrás de aquella máscara de indiferencia realmente había un hombre terriblemente furioso

—. ¿Qué te parece si mejor te doy setenta mil dólares, liquido tus *deudas* con Gary y tú solo te encargas de desaparecer de mi puta vida para siempre?

—Que sean cien —negoció Hank. Jared elevó una ceja antes de reírse incrédulamente.

—Te estoy diciendo que te doy más jodido dinero y que liquidaré deudas que pueden salvarte la puta vida, ¿y aun así te atreves a pedirme más?

—Podrías ir a la cárcel, y no solo por lo de Brielle… —advirtió Hank de forma mezquina.

—¿Piensas que la jodida cárcel me asusta? —se rio incrédulo—. Yo no tengo nada que perder, en cambio tú... —sonrió indiferentemente el joven—. Así como tu esposa, no lo olvides, tienen más que perder. Tenías trabajando a tu hija en un prostíbulo, incluso hay un video que lo comprueba… puedo traerlo y haré que venga la policía por sus muy jodidos padres.

Brielle cerró los ojos, no podía creerlo, esto no podía ser cierto. ¿Por qué Spencer adelantaría los planes? Su vida nunca se había caracterizado por ser precisamente buena, pero esto era el colmo.

—Bueno, yo… —titubeó, mirándola como si fuera una mercancía—. Hecho, dame lo que dijiste —indicó Hank malhumorado después de pensárselo mejor.

Jared sonrió al tiempo que deslizaba sus largos dedos hacia el bolsillo trasero de sus oscuros vaqueros negros de donde sacó una chequera. Delicadamente trazó la cantidad y plasmó su firma en ella, luego se lo extendió a Hank.

—Ahora piérdete a la mierda de mi vista —ordenó secamente.

—Claro, solo que te aviso que te llevarás a Brielle hasta que vaya a cobrar este dinero —anunció su padrastro con una amplia sonrisa, mirando el cheque como si se tratara de un filete y él estuviera hambriento.

—De ninguna puta manera —contradijo Jared, aún con el cheque en la mano —, nos vamos *ahora*. —Bajó sus lacerantes ojos hacia ella. La chica no podía creerlo, apenas estaba procesando que estaba muda y estática—. Ve por tus cosas.

—¡No! —ladró su padrastro, sujetando con fuerza su muy lastimada muñeca.

Brie no pudo evitar un leve quejido—. Ella no va a ningún lado hasta que yo…

En un movimiento que pilló desprevenido a Hank, Jared lo empujó con violencia haciéndolo chocar contra la pared, lo sujetó del mugriento abrigo que llevaba y lo alzó hasta su altura, como si no pesara nada. Asombrado, Hank

parpadeó confundido, sus pies apenas tocaban el suelo.

—Nos vamos a ir en este puto instante —declaró el joven—, y no te opondrás, no volverás a joderme la vida ni te atreverás a tocarla de nuevo, desaparecerás a la mierda de mi vista, de la ciudad si es preciso… porque si no…

no querrás verme emputado, ¿o sí? —sentenció con voz fría y certera. Soltó a Hank

como la basura que era, haciendo que éste torpemente trastabillara hacia un lado.

Brie soltó un chillido ante el contacto frío del joven con la piel de su brazo, la puso de pie con rudeza para sacarla del restaurante. Sin poder evitarlo, mordió su labio presa del dolor, no que le estuviera causando Jared, sino por sus viejos moretones.

—Nos vamos ahora mismo —dijo con voz casi ronca. Sus orbes violentos y llenos de ira controlada solo apenas.

—No me he despedido de mi mamá, Jared… —sollozó—, por favor… ¡No!

—chilló aterrada al pensar en lo que haría Spencer, esto no era parte del trato, esto nunca debió haber salido a la luz, histérica se revolvió como una demente—. Él va a matarlos, por favor, ten corazón…

—¿Por favor? —Jared se detuvo abruptamente sin soltarla, haciéndola tropezarse contra su enorme espalda. Brielle estuvo a punto de caerse pero él la sostuvo haciendo una mueca de desagrado, como si haberla tocado le diera muchísimo asco—. ¿Te tocaste alguna vez el puto *corazón* conmigo? —arguyó entre dientes, mirándola con odio. Parpadeó atónita, lágrimas silenciosas comenzaron a correr por sus mejillas—. Eso creí.

Como no contestó nada, él reanudó el paso. Frente a ellos, una limusina reluciente los esperaba. Jared abrió la puerta y casi la aventó hacia adentro.

—¡Brielle! —La joven pudo ver a Matt correr hacia ellos.

—¡Matt! —chilló mientras el auto comenzaba a andar.

Y solo hasta que ya estaban a una distancia donde no podía ver como su amigo corría hacia ellos, se dio cuenta de que no iba sola con Jared en el auto. Un hombre apuesto de cabello rubio y ojos azules los acompañaba, Brie no pudo evitar medio gritar al verlo. No esperaba ver otro hombre ahí, y sus penetrantes ojos azules la cimbraron dejándola sin aliento, tenía las piernas ligeramente abiertas y las manos recargadas en las rodillas. Jared estaba a su lado, y ambos la observaban como si tuviera una segunda cabeza, por lo que avergonzada, se limpió torpemente las lágrimas con el dorso de la mano y miró por la ventana.

—¿Puedo saber por qué la trajiste? ¿Qué pasó?—habló el rubio luciendo desconcertado, y por cómo se le escoció la piel, Brie supo que ninguno le había quitado el ojo de encima—. ¿No accedió?

—Está embarazada —contestó Jared en voz monótona. Brie lo miró y vio que tenía la mirada perdida, como si estuviera en un trance.

Después de eso se quedaron en un denso y espantoso silencio, pero la castaña sabía lo que Jared pensaba sin necesidad de que hablara. En sus ojos podía ver la ira que empañaba sus preciosos orbes azules. En sus gestos bruscos notaba que estaba también nervioso. Seguro que pensaba que era una traidora, oportunista, la puta barata que lo había traicionado. *«Bueno, ni tan barata»,* suspiró.

—Esto no puede ser, Jared. ¿Qué mierda estabas pensando al meterte con una niña? No puedo entenderte, a Debbie le va a dar un ataque al corazón y será tu culpa…

—¡Esto no estaba planeado, William! ¿Qué no lo ves? —Sacudió la cabeza, una sonrisa llena de ironía plasmada en aquellos delgados labios—. Claro que no lo entiendes, alguien como tú nunca lo entendería. ¿Crees que sería tan pendejo como para haber hecho esto si lo hubiera sabido? —siseó el joven.

—Nunca piensas las cosas, eres voluble e irritable, no aceptas consejos y mira la mierda en la que te has metido… —De pronto la limusina se detuvo afuera de una gran residencia. La verja de color negro era impresionante y estaba custodiada—. ¿Qué vas a hacer con ella? Irás a la cárcel. *Mierda.* —Se pellizcó el puente de la nariz—. Tal vez podrías resolverlo diciéndole al padre que…

—Setenta mil lo resolvieron, ella vivirá conmigo y nadie levantará cargos —lo interrumpió. El rubio abrió la boca pero nada salió de ella—. Te juro que te pagaré todo.

—El dinero me importa una jodida mierda, y aunque no lo creas, entiendo de errores.

—¿Lo dices por mí? —preguntó burlón. Los ojos azules del rubio se endurecieron como dos piedras.

—No quise decirlo así. ¡Dios!, Jared, contigo todo tiene que ser un problema. Hablaremos sobre el futuro de ese bebé, te quiero mañana en mi despacho y no es negociable. —El rubio la miró—. Sophia —dijo a forma de despedida. Abrió la puerta sin mediar otra palabra y salió como si el auto estuviera en llamas.

Entonces oficialmente se quedaron solos. El estómago de Brie daba vueltas, su cabeza daba vueltas. El camino era sumamente silencioso e intentó no hacer ningún sonido, ni siquiera quería que la escuchara respirar. Encogió inconscientemente los dedos de sus pies mientras se abrazaba a sí misma tratando de proteger a su ángel que crecía dentro de ella. Quería convertirse en una estatua, no quería que él la notara, pero como siempre, logró todo lo contrario. Quizás venía tan seria que por eso la estaba mirando fijamente. Dios,

pero qué molesto. Parecía un depredador, un lobo listo para comerse a un cordero. *«¿Por qué me mira como si quisiera comerme?»*

Quería gritarle que era de mala educación mirar fijamente, quería decirle que lo odiaba también, que el sentimiento era mutuo, pero sobre cualquier cosa, quería saber…

—¿Qué vas a hacer conmigo? —susurró, odiando como su voz salió suave y empañada de miedo.

Él la miró, una lenta y seductora sonrisa se curvó en sus labios robándole un escalofrío que no supo si era producto de los nervios o del miedo. Lentamente, Jared se movió como una enorme pantera para sentarse en seguida de ella. Su primer impulso fue gritar, moverse. Pero apretando la mandíbula, no lo hizo. Su olor a cuero y lilas se coló por cada poro de su cuerpo, ¿por qué se sentía así? En su interior se estaban construyendo toda clase de anhelos irracionales… Jared se acercó tanto que quedó a pocos centímetros de su rostro. Diablos, la dejó totalmente deslumbrada. Él se relamió los labios y no pudo evitar ver que eran suaves y sedosos. ¿Pero como por qué diablos estaba pensando que le gustaría besarlo?

—Durante tu embarazo me pertenecerás. —Lentamente deslizó un largo dedo por su rostro—. Cada puto día, cada momento. Si tengo hambre me harás comida, si tengo sueño desaparecerás de mi vista. —Se inclinó hacia su cuello donde olisqueó la suave piel, haciéndola dar un respingo, estaba tan encima de ella que lo sintió sonreír contra su sensible piel—. Y si quiero coger… estarás lista, *siempre* que yo jodidamente quiera.

Ahora sus labios se movían contra su piel antes de subir por su mandíbula hasta tirar gentilmente del lóbulo de su oreja. Brie se quedó muda, paralizada. No sabía qué responder, su boca ardía en deseos de gritarle, pero dentro, muy dentro de su cuerpo también otra clase de sentimientos irracionales la tenían acalorada. Lo odiaba, no iba a dejarlo salirse con la suya.

—N-No… —balbuceó, moviéndose ligeramente lejos de él—. No puede obligarme…

—Acabo de pagar por ello, ¿no has visto? —preguntó ahora con rabia contenida.

—Soy un ser humano —su voz se escuchó débil—, no… no un objeto.

—Yo tampoco, y sin embargo me utilizaste como tal —advirtió con voz dura.

«Diablos, ya que lo pone así se oye muy feo». Nunca fue su intención entrometerse en su feliz vida, quería encontrar el momento adecuado para explicarle… Se animó a elevar el rostro para mirarlo y ahogó un grito al casi rozar sus labios con los suyos. Aterrada, lanzó bruscamente la cabeza hacia atrás

chocando contra el cristal de la ventana, él sonrió de forma lasciva haciéndola enojar más. Obvio que no le importarían sus explicaciones, así que se las guardó.

—Escaparé en cuanto pueda —formuló, pero sonó como un gatito asustado.

—¿Ah sí? ¿A dónde irás, Sophia? —inquirió burlón—. En cuanto vea que no estás te reportaré a la policía, y como eres menor de edad, la corte te llevará, *una*:

de regreso a tu casa donde tu padre te entregará de nuevo a mí, o *dos*: si no te encuentro —se encogió de hombros—, le quitaré todo el dinero que le di, y entonces su cabeza rodará en cuanto haga eso, lo sabes, ¿verdad? Está hasta el cuello con los Cooper. —Brie mordió su labio. No, no sabía eso, ese no era el trato que hizo con Spencer. Dios, ese *no* era el trato, su padrastro no podía deberles nada, ella misma había saldado esa cuenta—. Después irán tras tu madre… —Se le agitó la respiración al pensar en *Natalie*.

—Solo quiero irme… —susurró con una ridícula voz quebrada, lágrimas brotando libremente de sus ojos.

—Y lo harás, pequeña —aseguró con voz ronca, luego, sujetó con firmeza su mentón para que lo viera. Su mirada destilaba frialdad, podía verse reflejada en aquellos pozos sin fondo—. En cuanto nazca *mi* hijo te largarás de nuestras vidas, no antes. Después podrás revolcarte con cualquier otro y tener más hijos como la puta que eres.

La castaña abrió la boca pero nada salió de ella, lo miró incrédula. La había llamado *puta* más veces que ningún hombre en toda su corta vida. Brie pensó en su padre, él nunca habría permitido aquello y seguro estaba revolcándose en la tumba.

Sintió como todo se rebelaba dentro de ella, durante meses le habían gritado muchas cosas, pero nunca puta.

Maldito, ¿quién se creía? En sus escasos diecisiete años le habían pasado cosas que seguramente en la vejez de él nunca le habían pasado, se recordó cuánto lo odiaba, se recordó una y otra vez la forma en la que él la había utilizado aquella noche en el Cooper 's, y ahora que oficialmente se habían declarado la guerra, lo haría pagar. Brielle Sophia Evans no vivía en 1930, sino en pleno 2015, y ya no se iba a dejar oprimir. Sintiendo cómo todo su cuerpo se revolucionaba, se levantó en armas.

—Bueno, pero eso no significa que yo le haga la vida fácil tampoco —aseguró, aparentando más confianza de la que sentía—. Y también lo odio.

Lo vio fruncir el ceño, pero rápidamente se recompuso sonriéndole *en-canta-*

do-ra-men-te. *Maldita sea.* ¿Por qué lo hacía? Se veía más joven y guapo cuando lo hacía.

—¿Ah, no? —preguntó en tono juguetón. La joven se quedó sin aliento cuando él se acercó más, justo así se veía todo sexy, cabello revuelto, vestido todo de negro, loción exquisita… pero no. Se recordó que lo odiaba y mucho.

—No, y desde ya le digo que no sé cocinar, créame que yo tampoco lo quiero ver antes de dormir, usted es horrible y prepotente, además quiero que deje de llamarme Sophia, mi nombre es Brielle.

—Pues tendrás que aprender, *Sophia* —aseveró con una sonrisa, que por más que fuera encantadora, la hizo enfurecer.

—Lo haré, pero practicando *con usted…* —advirtió con una sonrisa, quizás era una pésima amenazadora, pero había visto telenovelas. Justo ahora se sentía una villana, así que se atrevió a agregar—: Cariño. —Luego, sonrió como había visto tantas veces en las telenovelas, y con gratitud lo vio estremecerse ligeramente y echarse hacia atrás.

¿Eso quería decir que lo había logrado?

En eso la limusina se detuvo haciendo que ambos miraran por la ventana, Brie no sabía dónde estaban pero lucía tenebroso, e incluso de muy bajo nivel social. No porque ella fuera rica, *por-Dios…* Pero bueno, ¿qué hacían aquí?

—Bájate —gruñó Jared. Su humor de perros había vuelto, pero no pudo evitar mirarlo asombrada. *«¿Y ahora qué? ¿Piensa prostituirme en alguna esquina?*

¿Vender mis órganos?»

Su mirada fría y mortífera la incitó a no tentar más su suerte, por lo que abrió rápidamente la puerta odiando en todo momento como le temblaban las manos. Se apresuró a bajarse, sin duda Jared podía ser peor que cualquier maleante, más valía estar lejos de él.

El frío aire le golpeó el rostro de forma horrible, como si fuera una bofetada. Y para colmo, una ligera llovizna comenzaba a cubrir la ciudad mientras caminaba hacia la acera. En un intento por darse calor, se frotó los brazos y se dio cuenta que sus pezones estaban erguidos bajo su frágil camiseta. Brie suspiró. Justo hoy tenía que pasarle todo, hoy que se le había ocurrido ponerse una fea y desgastada blusa blanca, la cual era tan delgada que de nada servía que fuera de manga larga. Jared bajó también de la limusina, murmuró algunas cosas al chofer y después éste arrancó dejándolos allí, en ese lugar peligroso a una hora incierta de la noche.

Caminó hacia ella de nuevo con esa mirada, con ese semblante, como si un felino caminara hacia su presa. *Dios*, era siniestro vestido todo así de negro y con esa mirada oscura, de verdad quería desviar los ojos pero no pudo hacerlo, se movía de forma tan elegante y agraciada que la tenía hipnotizada, le robaba el aliento, junto con un par de escalofríos extraños, y cuando vio como él desviaba

la mirada hacia sus pechos, se quedó sin aliento, por lo que ruborizada se cruzó de brazos. Él se rio de esa forma oscura que tanto temía.

—¿Q-Qué… qué hacemos aquí? —balbuceó cohibida cuando estaba a tan solo un paso de ella. Su aroma la golpeó con fuerza. Él tomó su muñeca, la que no estaba lastimada, como si darle la mano fuera tan complicado.

—Aquí vamos a vivir. —Sonrió socarronamente—. ¿Te gusta, *cariño?*

Brielle parpadeó, asombrada por dos cosas: La había llamado *cariño* y había dicho que *vivirían* aquí. ¿Lo estaba diciendo en serio? ¿Habría escuchado bien? No pudo seguir viéndolo, porque él tiró de su muñeca conduciéndolos hacia el viejo edificio frente a ellos, el cual amenazaba con venirse abajo en cualquier momento, y sí, al parecer estaba hablando muy en serio.

Capítulo Dos

Brie se sentía como un trapo mientras Jared tiraba de su mano.

—Por favor… no haga esto… —suplicó de nuevo mirando el lugar al que se dirigían. Dios, le parecía sumamente aterrador y solo podía esperarse lo peor. Brie nunca rogaría por su vida, pero la vida del bebé era otra cosa.

—¿Qué se siente ser vulnerable? ¿Jodido, no? —Él la estaba taladrando con esos fríos ojos azules—. Ahora deja de puñeteramente quejarte.

Volvió a su camino sin decir otra palabra. El edificio frente a ellos era enorme, de al menos quince pisos y amenazaba con caerse en pedazos. Sin soltarla, el joven comenzó a subir unas escaleras en forma de caracol, que rechinaban peligrosamente con cada paso que daban. Las paredes de lo que algún día fuera blanco, ahora lucían amarillentas y en ruinas. Pudo ver como la ropa estaba tendida en los diferentes balcones y de banda sonora, los acompañaban los gritos de una señora que estaba regañando a su hijo. ¿Por qué diablos vivía Jared aquí?

«Seguro que vende droga, quizás es un narcotraficante, con esos atuendos negros, con todos esos tatuajes, seguro que era…» Como si escuchara sus pensamientos, repentinamente él se giró para mirarla. Como siempre sus ojos helados la analizaron de arriba abajo, pero curiosamente, disminuyó un poco la velocidad de sus grandes zancadas. Quizás, después de todo, no la odiaba tanto. *«Quizás es porque llevas en tu vientre a su hijo. Recuérdalo»,* dijo su vocecilla interna.

Llegaron al cuarto piso donde el joven se detuvo frente a una descolorida puerta de madera, deslizó sus suaves y largos dedos hacia el bolsillo de su chaqueta para sacar una llave. Quizás éste sería el lugar donde la iba a tener viviendo y luego se iría.

—Espérame aquí —pidió con voz árida. Sin embargo en sus ojos pudo ver un atisbo de duda. Como si de pronto este lugar tampoco le pareciera seguro—. Entraré primero.

La puerta rechinó sonoramente cuando la empujó para abrirla, entró con paso seguro e inmediatamente después la oscuridad se lo tragó. Brie se quedó paralizada, llena de miedo por estar en un lugar que no conocía. Pasaron algunos minutos sin que él volviera y el estruendo que hizo un auto al rechinar las llantas la hizo dar un respingo. Quería ir tras él porque le daba pavor continuar sola, pero luego recordó sus palabras:

«Si quiero coger, estarás lista».

Ah sí, *eso*. ¿Cómo se le había olvidado *ese* pequeño detalle? Lo mejor sería que se lo tragara la oscuridad. Se abrazó a sí misma intentando calmarse, aunque la ira de nuevo la estaba invadiendo. De pronto, el pequeño departamento se iluminó y Jared apareció frente a ella. Era tan alto e imponente que le robó un escalofrío.

—Entra —ordenó.

Odiaba obedecerlo, en realidad odiaba todo de él, pero diecisiete años obedeciendo no se iban a ir en un dos por tres, así que entró al departamento. El lugar era muy pequeño, de una sola planta. Un sofá de lo más austero decoraba la sala, casi en seguida de él había un comedor con solo tres sillas. Las cortinas en las ventanas eran de un percudido blanco, y de pronto a Brie la asaltó una imperiosa y compulsiva necesidad de ponerse a lavar todo. Quizás solo la había traído a limpiar.

Su mirada se topó con la de Jared, él estaba contemplándola como absorto, una ligera sonrisa torcida curvaba sus labios, la miraba como si estuviera disfrutando de un regalo de Navidad.

—¿Por qué está tan divertido?

—Me llamo Jared, no me hables con tanto formalismo… *cariño* —se burló.

—Y yo le dije que me llamaba Brielle y a usted no le importó, así que le hablaré como el señor que es —aseguró, pero inmediatamente se arrepintió al ver el gesto crispado en sus finas facciones.

—Estoy puñeteramente divertido porque me entretiene ver tu cara de asco.

Se nota que ya amas nuestro hogar. —Ella frunció el ceño.

—Yo no… yo no hago caras de asco… —Él puso los ojos en blanco.

—Ven —dijo dándose la media vuelta y guiándola por un feo pasillo hacia…

la única habitación.

La cama era muy pequeña, un desabrido edredón gris la cubría, y dos almohadas. Al fondo, una ventana lucía tan sucia que ni siquiera se podía ver hacia afuera, de nuevo la necesidad de limpiar se intensificó y estuvo a punto de preguntarle dónde estaban los productos de limpieza, pero se encontró preguntando otra cosa:

—¿No hay espejos? —Jared se encontraba apoyado en el marco de la puerta viéndola, con su figura cubría casi toda la salida, y la castaña contuvo un escalofrío cuando él elevó una negra ceja.

—¿Quieres vernos cuando te esté cogiendo? —preguntó sutilmente.

Brie boqueó como un pez fuera del agua. Era tan estúpido que le daban ganas de abofetearlo. Mordió su labio tratando inútilmente de controlar el calor

que estaba subiendo por su cuello. No quería que él la viera tan *vulnerable*, por lo que bajó la mirada hacia sus *Converse*, respiró hondo antes de hablar de nuevo.

—Lo digo para saber dónde podré arreglarme. —*«Idiota»*, pensó internamente.

—En el baño.

Trató de relajarse mientras se giraba de nuevo hacia la cama, tocó delicadamente con los dedos el borde del edredón gris y no pudo evitar un suspiro.

Aquel lugar era tan deprimente que la hacía sentir más vacía, si es que eso era posible. Se abrazó a sí misma pensando lo que seguiría de ahora en adelante. Jared la había secuestrado y… bueno, si por secuestrado estamos hablando de pagar setenta mil dólares, entonces sí, más bien, Hank la había *vendido* por segunda vez en el año. Se estremeció pensando en Spencer, a quien había sido vendida primero, y en cuanto los Cooper se enteraran de que ahora estaba con Jared… seguro se volverían locos.

Tenía que avisarle de alguna manera a Spencer, le aseguraría que nunca le contaría lo que él había tramado para perjudicar a Jared.

Estaba perdida en pensamientos cuando escuchó el cierre de una cazadora, Jared se quitó lentamente la chaqueta negra que parecía de un motociclista, lanzándola de forma despreocupada sobre el sofá. Brie se giró extrañada para mirarlo y ahogó un grito cuando vio cómo iba desabotonándose la oscura camisa.

Su pecho fue quedando al descubierto, dejándola ver que era enorme, y por supuesto también estaba tatuado, cerca de las costillas tenía una leyenda en forma horizontal, flanqueado por más líneas de músculos que se deslizaban por su esculpido abdomen. Tragó en seco, no lo recordaba así. Porque bueno, ¿a quién quería engañar? Se lo había imaginado un montón de veces para ser sincera.

Cuando recreaba esa fatídica noche, no podía ir más allá en sus estúpidas fantasías ya que él nunca se quitó por completo una sola prenda.

De pronto, un pequeño clic sonó en su cerebro. *¿Piensa que vamos a estar juntos… ahora?* Aterrada, lo miró directo a los ojos y se quedó sin aliento al ver que estaban más oscurecidos de lo normal y centrados únicamente en ella. Sin pensarlo dos veces, salió disparada rumbo al baño.

Jared andaba deambulando por su antiguo departamento.

¿De verdad iba a hacer esto? Aún no se explicaba por qué mierda se había

apropiado de Sophia… o *Brie,* como sea, y mucho menos tenía cabeza para ir al departamento que compartía con Zoey.

¿Qué jodidos le iba a decir? En cuanto la castaña desapareció de su vista, aprovechó para revisar una y otra vez las ventanas y puertas, el departamento estaba ubicado en un barrio bajo de Las Vegas, lo había comprado con mucho esfuerzo y orgullosamente sin la ayuda de la familia Brown, pero ahora simplemente ya no le parecía apropiado para… nadie. Lo había dejado al juntarse con Zoey, y hablando de placeres… *«Fuiste un poquito exagerado en traer a la chica, ¿no crees? Capaz que ni es tu hijo y tú ya te ofreciste como el padre, ¡felicidades!»*

Pero entonces recordó otra vez lo que le dijo el tal Matt aquel día: *Ella me dijo que es de un tal Jared…* bla, bla… eso.

Así que no pensaba ser un puto cobarde dejándola sola sin hacerse responsable, porque si ese niño resultaba suyo, no iba a permitir que ni por error fuera a caer en el puñetero infierno de un orfanato. Diablos no. Nadie de su sangre pasaría por ahí… otra vez.

La mantendría oculta aquí el resto del embarazo, luego haría un examen de paternidad al niño, y cuando tuviera los jodidos resultados sabría qué hacer. Tenía varios meses para pensar, y mientras tanto Zoey… no tenía por qué saber. Así de sencillo y maduro.

—*¡Ahhhh!* —Un horrible grito provino del baño. *Mierda*, asustado corrió como un huracán, podía haber algún delincuente.

Casi entró derrapando al pequeño lugar pero no encontró nada, ni tampoco a Brie. Esa niña, ¿estaba haciéndolo jodidamente a propósito? Lo último que necesitaba era otra bipolar.

—¿¡Qué jodidos te pasa!? —ladró furioso entrando a la habitación—. ¿Por qué andas por ahí corriendo y gritando como loca? Los vecinos seguramente te escucharon —regañó y frunció el ceño al ver que ella jadeaba.

—Es que… allí en el baño… hay… hay una… una cucaracha. —Hundió el rostro en las rodillas, se veía muy pequeña en el centro de la cama.

Ay por Dios. Jared no le dijo nada, en cambio, abrió el closet donde tenía sus cosas, desde que Zoey y él habían discutido, había tenido que regresar a este lugar.

Sacó unos pantalones de deporte azules y una camiseta gris. Lentamente comenzó a desabrocharse el cinturón cuando la escuchó hablar otra vez.

—¿No la va a matar? —inquirió con voz amortiguada al hablar contra las rodillas.

—Ella no le está haciendo daño a nadie… ¿por qué habría de matarla? —comentó sarcásticamente mientras se quitaba los vaqueros seguido de los

calcetines.

—Por… favor… señor, es que las odio… por favor. —Elevó el rostro y sus ojos se encontraron. Ella se ahogó y comenzó a toser escandalosamente—. ¿Por qué está desnudo? Vístase, por favor… —medio gritó cubriéndose el rostro con las manos.

Señor. Le había dicho señor. Jared intentó con todas sus fuerzas no emputarse ni por eso, ni porque fingiera que era una inocentona. Respiró hondo al tiempo que terminaba de vestirse.

—Ahora resulta que te asustan los hombres desnudos, sí, claro. Hazte para un lado —exigió, hundiendo una rodilla en el colchón.

—¿Qué… qué va a hacer? —preguntó, sus ojos estaban llenos de cautela.

—Una fiesta. —Ella se quedó mirándolo fijamente y tuvo que contener el impulso de poner los ojos en blanco—. Me voy a dormir.

—Pe-Pero… pensé que se iría…

—Te dije que aquí viviríamos. Ahora duérmete. —Se dio la vuelta dándole la espalda.

—¿Y dónde voy a dormir yo?

—Naturalmente aquí, o en el sofá, como quieras. —De verdad esperaba que no quisiera el puto sofá, o iba a tener que dejarle la cama. No era tan estúpido como para mandarla a dormir allá.

—No traje mi pijama, no traje nada. —El joven contuvo una sonrisa mientras se giraba para verla. El cabello oscuro enmarcaba ese delicado rostro, la joven se mordisqueaba su carnoso labio inferior.

—Puedes dormir desnuda, así estarás lista por si decido cogerte más tarde —ronroneó. El rostro de ella enrojeció, pudo verlo incluso en la oscuridad y aquello le provocó mucha satisfacción.

Le haría la vida *una-mierda,* claro que sí.

—Además, pensé que si usted quería dormir, yo tenía que irme —contraatacó socarronamente.

—¿Piensas mucho, no es así? —preguntó encabronado, solo eso faltaba, una comediante más en la casa. Enojado la miró de arriba abajo, era muy frágil y blanca, parecía una muñeca quebradiza—. Desvístete.

—Le dije que no traje mi pijama.

—Y yo te dije que te-quiero-desnuda.

—Eso no dijo y no… no puede obligarme… —balbuceó, encogiéndose más si fuera posible.

—¿Me estás retando? —cuestionó en tono juguetón, en realidad dentro de todo el caos por el que estaba pasando, encontraba interesante molestarla, así que se apoyó en un codo para verla. Sin embargo ella abrió los ojos como platos y se

puso lívida.

—No lo estoy retando, señor… es solo que aquí hace frío, no quiero enfermarme porque no puedo tomar medicamentos… al bebé le harían daño.

Entonces Jared sintió la habitación muy helada, de hecho todo el cuerpo se le entumeció, excepto su corazón que comenzó a palpitar dolorosamente contra sus costillas. *El bebé.* El joven se estremeció al procesar esa palabra, y sin pensar, desvió la mirada hacia el vientre plano de la chica. *Mierda,* ahora se sentía como todo un pendejo. La castaña llevaba una desgastada camiseta y unos pantalones de mezclilla demasiado gastados y sin duda muy poco abrigadores.

¿Qué tal que le daba hipotermia?

No que le importara una mierda, claro, pero el *bebé* era otra cosa.

Señor ogro= Cero. Brielle= Uno.

La castaña de verdad tuvo que contener una sonrisa. La sencilla palabra:

"bebé" había puesto a Jared más blanco que una hoja de papel. Cabrón, se lo tenía bien merecido si pensaba chantajearla y portarse como un tonto, ya tenía que irse formando en la fila de idiotas.

—Esto es para ti, vístete y ya no quiero escucharte más. —Ella abrió la boca para protestar cuando él le arrojó bruscamente una enorme camiseta, pero entonces, de nuevo Jared le leyó el pensamiento—: No me interesa si te queda grande, mañana veremos qué comprarte.

—Mañana tengo que ir a la escuela y al trabajo.

—Me importa una mierda tus actividades, iremos a comprar algunas cosas para *nuestro* departamento, me harás comida y por la noche puedes alistar tus cosas, además ya no vas a trabajar en esa cafetería. —Brie abrió los ojos como platos, Hank se volvería loco y su mamá pagaría el precio.

—No puedo hacer eso —respiró agitada—, por favor, es importante…

—También te embarazaste y pareció no importarte mucho, ¿o sí? Así que no me vengas con pendejadas y acuéstate de una puta vez —espetó con crueldad.

Brie sintió aquello como una patada, y cerró los ojos tratando de controlarse porque estaba a nada de llorar y odiaría hacerlo frente a él. Si pudiera le gritaría, pero ahora con su bebé en camino, permanecer en este lugar era mejor que con Hank. Se vistió rápidamente y suspiró resignada mientras se acostaba lo más lejos que podía del *ogro*. Sin embargo en cuanto levantó las cobijas, un delicioso olor a fresco se coló por su nariz haciéndola estremecer. Se quedaron en silencio un par de minutos… u horas, ella podía sentir su calor a través de las mantas y aunque no quería, le gustó la sensación.

—¿Cuánto tiempo me va a tener aquí? —musitó en medio de la noche.

—Hasta que nazca el bebé, ¿crees que te dejaré al lado de ese pendejo que te ha estado maltratando? No voy a permitirme correr ese riesgo. —Brie contuvo el aire.

—¿A… a qué se refiere?

—Te encanta fingir, ¿no? Es como tu jodida segunda naturaleza, pero si piensas que puedes seguir jodiendo conmigo, desde ahora te digo que no se te da.

Pude ver algunas marcas en tu piel, incluso en tu mejilla, no volverá a tocarte si quiere seguir respirando —aseguró con una nota de furia en la voz. La castaña respiró hondo, quizás él no era tan malo, quizás podían entablar una conversación más racional…

—Mire… sobre lo que pasó, sé que querrá hablar y yo…

—¿Hablar, sobre qué? ¿Sobre tu color favorito, sobre tu puta comida preferida? Oh, espera… ¿te refieres al bebé?

—Escuche…

—¿Cómo nunca se te ocurrió decírmelo? Ya sabes, "oye, fíjate que además de violarte me embaracé de ti… felicidades, vas a ser papá". Hubiera sido bueno saberlo —expuso con el mismo sarcasmo.

—¿Y qué ganaba diciéndoselo? Al parecer no se toma para bien las noticias.

—¿Pensabas ocultármelo siempre? —Sonaba bastante malhumorado, la temperatura bajó algunos grados, por lo que Brie se acurrucó aún más entre las mantas—. Es mi hijo también, tú no me conoces y no tienes ningún puto derecho a negármelo por anticipado.

Brie frunció el ceño, durante estos meses nunca se había puesto a pensar que quizás a Jared podría… importarle. De hecho, durante este tiempo, para ella solo había una cosa importante: mantener al bebé a salvo. Sin embargo, ahora estaba viendo cuánto había afectado a Jared. Cuando aceptó aquel trato se encontraba en uno de los más horrendos episodios de su vida, sin saber qué hacer, sin poder decidir. Hank les debía la vida a los Cooper, así que la había entregado a cambio de saldar sus cuentas. Ahora ella tenía que quedarse a trabajar en el club hasta que resultara inservible o se hiciera vieja, por eso cuando Spencer le ofreció otra salida… De pronto las náuseas la recorrieron de arriba abajo y se tuvo que sentar conteniendo un jadeo.

—¿Q-Qué te pasa? —preguntó el joven acercándose a través de las cobijas como si fuera a tocarla, pero deteniéndose en el último momento.

—No es nada, solo son náuseas. —De nuevo se quedaron en silencio, sin embargo él no dejó de verla y aquel escrutinio la tenía al borde de una crisis nerviosa, odiaba que la mirara fijamente.

—Dime una cosa… —murmuró, al fin volviéndose de espaldas,

contemplando el techo—, ¿planeaste esto con Spencer? —Brie mordió su labio.

—No, yo...

—¿Cuánto te pagó? ¿O es que en realidad no te pagó una mierda y solo estabas tan desesperada por un pene que te ofreciste gratuitamente? ¿A cuántos hombres te has jodido? —inquirió, sin moverse de su sitio y sin siquiera inmutarse.

Brie contuvo un gemido, él no sabía sus verdaderas razones, quizás tampoco eran justificables, de ninguna manera era justificable lo que le había hecho, pero estaba harta de que le hablara así.

—Usted no sabe nada. —Pretendió levantarse de la cama, pero en un súbito movimiento que la tomó desprevenida, él se giró sujetándole las muñecas por encima de la cabeza y la presionó con su enorme cuerpo contra el colchón, no obstante seguía moderando su fuerza, Brie no pudo contener un grito.

—No te vas a ir a ninguna jodida parte, no me vengas con esas pendejadas de santurrona, me drogaste, prácticamente me violaste, te embarazaste, me lo ocultaste y todas las mierdas que terminen con *aste* —enumeró.

—Yo no lo obligué nunca, usted estaba ahí esperándome, ya estaba mal desde que llegué. —Intentó empujarlo.

—Tú-me-drogaste.

—Ah, claro y ¿también estaba drogado cuando le ofrecí la copa?, ¿o cuando me quise ir? —Lo miró con odio, él parpadeó frunciendo el ceño ligeramente.

—Te veías asustada, solo quería molestarte…

—Ah, pues mire las consecuencias —renegó, empujándolo ligeramente, pero claro, no pudo moverlo.

Se quedaron mirando fijamente y con odio hasta que ambos controlaron sus respiraciones. Jared le soltó las manos pero no se quitó de encima, se apoyó con ambos codos a un lado de su cabeza. Brie tenía muchísimo miedo de lo que él pudiera hacer, era muy voluble, sin embargo no pudo evitar pensar lo bien que se sentía tenerlo encima, no estaba colocando ni un gramo de su peso sobre ella y era cuidadoso en no lastimarla. Su cuerpo enorme parecía protegerla, como una gigantesca manta.

—Spencer me tendió una trampa —comenzó el joven a decir, interrumpiendo el silencio—. Su hija es mi novia y nunca le ha parecido que salgamos. Desde entonces se la ha vivido buscando un pretexto para separarnos, haciendo cuanta mierda puede y tú fuiste la gota que derramó el vaso —murmuró en tono oscuro.

Brie mordió su labio, en realidad no se informó de nada, solo pensaba en una cosa: su libertad.

—Yo no sabía nada de eso… —Sacudió la cabeza, lo último que hubiera

querido era destrozar una feliz relación o lo que fuera—. Yo solo… olvídelo.

—No voy a olvidar una mierda, destruiste lo poco que tenía, pero no te preocupes que ahora vas a remediarlo. —Sonrió torcidamente antes de deslizar la nariz por su cuello—. Cada vez que yo quiera.

De nuevo Brie se quedó sin aliento, lo aborrecía muchísimo, no veía la manera de poder quitárselo de encima, sin embargo, su cuerpo al parecer tenía otra idea de ese ogro. Un cosquilleo que nada tenía que ver con que estuviera embarazada se alojó en su vientre y entre sus piernas, e incluso hasta se sintió acalorada. Se removió incómoda pero solo logró que él se acunara perfectamente entre sus caderas demostrándole lo bien que embonaban, y tuvo que contener un jadeo cuando algo duro presionó contra ella.

—Yo no… no pienso que esta sea la…

—Tú no piensas. Efectivamente no sabes una mierda —dijo con voz ronca, y después de decir eso, se levantó ágilmente dejándola sola… y extrañamente vacía.

Jared tenía cada músculo de su jodido cuerpo tenso.

Frustrado, se pasó ambas manos por el cabello en un intento de relajarse, Brie lo ponía al puto límite, al borde de sí mismo y esa era la razón por la que se había tenido que alejar. Ella era como un puto detonador, sacaba lo peor de sí mismo, y además estar peleando todo el tiempo con ella le despertaba un instinto muy ridículo: el de la caza. No ayudó el hecho de que lejos de tenerle asco, su maldito pene seguía duro como una roca después de haber estado en el lugar preciso entre sus piernas. *Puta mierda*, todo su cuerpo se sacudió ante el recuerdo.

Se moría por hundirse en ella otra vez y Dios, ¿qué rayos pasaba con ese bastardo de su pene traidor? Mientras se lo reacomodaba entre los pantalones, el deseo de pelear o esnifarse algo comenzó a hacerlo sudar.

Salió para intentar relajarse, encendió un cigarro para inmediatamente después darle una dura calada. Trató de no pensar en esa chica, ni en cómo de suave era su piel, ni en cómo sus grandes ojos parecían honestos, ni en cómo olía.

Mientras fumaba con furia contenida, estaba tan absorto en sus propios pensamientos de mierda que no vio la sombra que se acercó a él hasta que la tuvo casi enfrente, lo que, naturalmente, lo hizo enfurecerse.

Nunca estaba desconcentrado, nadie nunca lo había tomado con la jodida guardia baja, pero claro, últimamente toda su concentración se había ido a la mierda, y el que no se lo creyera que se lo preguntara a Brielle.

—Hermano, ¿eres tú? —Genial, simplemente genial.

—¿Qué rayos quieres aquí, Adam? ¿A qué has venido?

El enorme cuerpo de su hermano apareció de entre las sombras. Adam podía intimidar fácilmente a cualquiera, incluso a él. Con esa estatura de más de un metro noventa o esos bíceps como si consumiera esteroides, era difícil que pasara desapercibido.

—Quiero saber si es cierto lo que me dijo papá, ¿de verdad te trajiste a vivir a la chica… aquí? —Ah claro, en su familia se portaban como viejas chismosas, no soportaban que nadie pudiera tener un secreto.

—¿A ti qué más te da?

—Maldita sea, Jared. —Su hermano suspiró visiblemente frustrado—. Parece que estoy hablando con un animal que solo puede reaccionar, siempre que trato de hablar contigo terminamos peleando, solo Dios sabe qué estaba pasando por tu cabeza cuando decidiste traerla a este lugar.

—Gracias por los dos cumplidos, hermano. Me llamaste animal y pocilga a mi hogar, eres tan jodidamente dulce. —Dio una última calada al cigarro—. Ahora, si no te molesta…

—Quiero conocerla —pidió Adam, su tono fue duro y exigente.

—¿Como para qué?

—Para que se sienta segura. Estoy convencido que contigo no ha de haber tenido la mejor de las bienvenidas. —Jared rechinó los dientes.

—¿Crees que me interesa darle una bienvenida?

—Al menos que se sienta segura.

—¿Qué quieres decir?, ¿que conmigo no se siente segura, que no puedo protegerla?

—Tienes un temperamento de mierda, hermanito, no dudo que puedas protegerla, pero tampoco dudo que puedas herirla con tu constantes cambios de humor.

—¡Sé perfectamente controlarme! —Síp, ese rugido era prueba de ello, Adam pareció pensar lo mismo, porque su estúpida boca se curvó ligeramente en una sonrisa.

—Y hablando de situaciones que sabes controlar…

—Ni lo intentes, Adam, no voy a hablar de eso.

—Ah, pero claro que vamos a hablar de eso —gruñó acercándose más—, ¿qué va a pasar con Zoey? ¿Sigues drogándote? ¿Sigues peleando?

—Solo te diré que necesito hablar con Zoey, y de lo otro, solo sé que Brie me drogó.

—¿Así se llama? ¿También consume drogas? ¿Aun estando embarazada? —Su hermano elevaba cada segundo más la voz y parecía estar a punto de tener un

puto derrame cerebral.

—Ya basta, Adam, ¿por qué no pasas de una puta vez y la conoces?

Brie se limpió las lágrimas con furia.

Cerró los ojos con fuerza y se obligó a respirar, por supuesto que no estaba llorando por el inútil ese, claro que no, estaba llorando porque odiaba estar sola en un lugar que no conocía y con una condenada cucaracha acosadora que no la dejaba ir al baño.

Quería tomarse algún calmante o aspirina, pero no podía tomar ningún medicamento. No quería perjudicar al bebé de ninguna manera. Escuchó la puerta principal abrirse y se permitió respirar aliviada, no que le diera gusto que ese ogro inútil volviera, pero para ser completamente honestos, estaba aterrada de pensar que se quedaría sola en ese departamento. Pero cuando escuchó más pasos, se le quedó la respiración a medio latido. *No venía solo.*

—Alguien quiere conocerte, Brielle. —Su voz sonó fuerte y clara, pero encolerizada como siempre.

—Hola… —Una enorme silueta apareció en el umbral de la puerta, dio unos pasos en su dirección y la habitación se hizo realmente pequeña con semejantes hombres—. Soy hermano de este cavernícola, mi nombre es Adam.

Brie tuvo que parpadear, no una, sino dos veces. ¿Hermanos? El hombre frente a ella era inmenso, incluso más que Jared, su cabello no era como el del ogro, que parecía la piel de un cuervo. Por el contrario, este hombre era rubio y la única similitud con su hermano era el color de los ojos.

—Sé cómo de loco se puede poner mi hermano, por eso vengo a presentarme como la otra cara de la familia, no todos los Brown somos así —aseguró con una radiante sonrisa que por alguna extraña razón la tranquilizó.

—No soy un *Brown* —escupió el joven con desdén, su hermano puso los ojos en blanco.

—Ya vas otra vez con esa mierda, supéralo de una vez, hermano. —Jared gruñó algo que no pudo entender pero Adam lo ignoró—. Vengo a proponerles algo a los dos.

—¿Qué? —Ahora el joven parecía realmente confundido.

—Bueno… primero, ¿Brie? ¿Te puedo decir así?

—Sí… señor —murmuró tirando un poco más de las cobijas para taparse.

—¡Por Dios! Soy un par de años mayor que este inútil pero no me llames así, nunca me ha gustado ser un señor. —Le guiñó un ojo—. Bueno, sé que eres menor de edad —suspiró de forma reprobatoria—, no puedo imaginarme cómo es que acabaste teniendo un hijo de mi hermano, pero te tengo una salida, a los

dos de hecho.

—¿De qué rayos estás hablando, Adam?

—Sencillo, hermano. Estoy enterado de tus actividades extrañas con las que te ganas la vida, estoy seguro de que no te ves con un hijo ni a corto ni a largo plazo, tienes una chica a la que según tú amas, ¿no? —El joven se quedó mirándolo fijamente, pero Jared solo desvió la mirada y por ridículo que fuera, aquello la ofendió, no quería compartir a Jared y sí, oficialmente se estaba volviendo loca—. ¿Qué piensas decirle ahora a Zoey? ¿Y tú, Brie? Seguro que tenías otros planes, otros sueños que se verán truncados al ser una adolescente y madre soltera, seguro querrás ir a la universidad, estoy seguro que tienes un futuro por delante… así que esta es mi propuesta.

—No quiero escucharla —refunfuñó Jared cruzándose de brazos pero su hermano le restó importancia.

—Mi esposa y yo no podemos tener hijos, hemos intentado durante años y no hemos obtenido resultados favorables. Tramitamos la adopción sin respuesta alguna hasta el momento, y de pronto me entero que mi pequeño hermano sin proponérselo tendrá lo que más deseo en el mundo. Entonces lo que quiero decir, es que Nicole y yo podemos adoptar a su hijo.

La habitación se quedó completamente en silencio después de aquello.

Brielle se sacudió antes de mirar hacia su regazo, intentando digerir aquello. *Dar en adopción al bebé.* Nunca en todo este largo proceso había pensado en eso, tampoco había pensado bien en las consecuencias de ser mamá, de hecho no había pensado en nada de esto para no abrumarse. Su cabeza rebotaba de Hank pidiéndole dinero, hasta Spencer exigiéndole silencio. ¿Qué iba a hacer ella con un bebé?, ¿qué había de sus sueños, de un futuro?

—De-ninguna-jodida-manera —explotó el ogro.

—Bien, esa es tu respuesta, hermano… ¿qué me dices tú, Brie?

Ella se mordisqueó el labio, insegura sobre qué decir, justo ahora se sentía más pequeña de lo que era. ¿Regalar a su bebé? Simplemente le resultaba inconcebible… pero, ¿cómo lo iba a mantener?, ¿cómo iba a sacarlo adelante? No podía llevarlo a vivir con Hank, no podría soportar que ese bastardo le pusiera una mano encima, tampoco podía conseguir trabajo por su edad…

—Es más, no tienes que responderme ahora, ¿por qué no se mudan a uno de mis departamentos, Jared? Nicole podría estar al pendiente de ella cuando tú no estés y de esta forma no estaría sola… ¿por qué no lo piensan los dos?

—¡No tenemos nada que pensar! —rugió furioso, Brie dio un respingo y ahogó un gemido al ver una vena marcada en su perfecto rostro, decir que estaba enojado era poco—. El niño es *mío* lo quiera ella o no, y ésta es su puta casa de ahora en adelante.

—Sí, sí. Éste es mi número, Brie. Puedes llamarme a cualquier hora y vendré, ahora tengo que irme… Jared, ¿puedes venir un segundo?

Jared ni siquiera pudo dormir un puto segundo toda la noche.

Primero por la extraña sensación de otro cuerpo que no fuera el de Zoey, luego por la estúpida y jodida conversación de Adam queriendo quedarse con su hijo, luego por… todo lo demás. Incapaz de permanecer un solo minuto fingiendo que dormía, se levantó y se fue directo al baño.

Se dio una larga ducha intentando relajarse, dejó que el agua cayera por su inerte cuerpo como si de alguna manera pudiera lavar toda la mierda que sentía encima antes de que el agua se pusiera helada. Finalmente salió y enrolló una toalla en sus caderas. Cuando entró en la habitación, se sorprendió al ver a Brie sentada al borde de la cama. El largo cabello le cubría parte del rostro y la camiseta que le había prestado se veía enorme en su pequeño cuerpo. Ella elevó la vista abruptamente, y en cuanto sus ojos se cruzaron, pudo apreciar ese enrojecimiento como jodido rubor cubrir su rostro y cuello.

El joven no pudo evitar el suspiro puñeteramente mortificado que abandonó sus labios, ¿de verdad iba a seguir fingiendo no haber visto nunca un hombre? *Oh, espera.* Podía hacerla emputar aún más, así que sonriendo cerró la puerta. Los enormes ojos de Brielle se abrieron como platos cuando dejó caer la toalla, se ruborizó aún más antes de desviar la mirada.

—Tiene un serio fetiche con andar desnudo por ahí, ¿no? —Él se encogió de hombros restándole importancia—. Yo creo… creo que si vamos a vivir juntos deberíamos de poner algunas reglas, ¿no cree? —refunfuñó, desviando la mirada hacia la sucia ventana. Sus mejillas estaban sumamente sonrosadas.

—Claro, empecemos. Regla número uno: te quiero desnuda todo el jodido tiempo.

—Deje de portarse así, mire, si lo que quiere es fastidiarme… —De pronto el color abandonó su rostro—. *Ángel,* ahora no… —susurró haciendo una mueca.

—¿Ángel? —preguntó Jared frunciendo el ceño… ¿Quién jodidos era ese?

No alcanzó a terminar de preguntarle, porque ella se precipitó sin importarle chocar contra él al correr directo al baño. Ni siquiera alcanzó a cerrar la puerta, de hecho a duras penas llegó al inodoro. Jared la miró atónito mientras su pequeño cuerpo se sacudía presa de las arcadas y se sintió ridículo al no saber qué hacer.

Algunos minutos después ella se incorporó lentamente, no se atrevió a mirarlo antes de cerrar la puerta y acto seguido escuchó la regadera. Suspiró con

vacilación mientras se vestía, recreando lo que había pasado una y otra vez. Había tenido que jodidamente controlarse cuando la vio precipitarse hacia el baño, un ligero remordimiento… bueno, ¿a quién demonios engañaba? Se había asustado hasta la mierda cuando la vio correr y vomitar todo.

Pasó sus dedos por el cabello aún húmedo en un intento de aplacarlo, pero como siempre, era imposible. Y mientras lo hacía, se preguntó cómo mierda iba a ser… *papá*. Brielle salió unos minutos después, vestía la misma ropa desgastada del día anterior, salvo que más que asustada lucía como un fantasma. Su largo cabello húmedo cayendo por su espalda, y su rostro surcado por grandes y oscuras ojeras que resaltaban demasiado en su piel blanquecina. No que le importara. Más bien…

estaba preocupado, por el bebé.

—¿Estás bien?

—Sí —susurró un tanto cohibida, mientras pasaba los dedos por su cabello en un intento de peinarlo—. Es solo que no he desayunado.

Jared apretó los labios. Dios, de verdad quería hacerla sufrir pero no así, había olvidado comprarle un puto cepillo, alimentarla, darle cosas de ese jodido tipo. Anoche no le había llevado cena y ahora tampoco le había dado algo para desayunar. ¿Qué clase de pendejo era? Sin duda se estaba convirtiendo en un negligente de mierda, y las palabras de Adam se sintieron más duras que antes.

—Yo… —murmuró avergonzado—, me cambiaré rápido para ir a desayunar algo.

Brie cerró los ojos mientras disfrutaba del delicioso sabor de las patatas.

—Haces jodidos ruidos cuando comes —dijo de nuevo esa maldita voz, estremeciéndola.

Jared se encontraba frente a ella, y para variar estaba vestido todo de negro, llevaba una camiseta con un logo que decía *Led Zeppelin*, unos vaqueros oscuros de talle bajo, y esas condenadas botas que temía en un arranque usara contra ella. Su cabello negro se había secado por completo y se había asentado caóticamente, era ridículo que fuera tan brillante, por algún motivo que no lograba entender, se moría por pasar lo dedos a través de él tan solo para comprobar si era tan suave como parecía.

—No me esté escuchando —refunfuñó desviando la mirada de aquellos penetrantes ojos azules.

—¿Estás satisfecha?

—Sí —confirmó, regalándole una verdadera sonrisa—. No me vendría mal algún postre.

Por un segundo le pareció que el joven le iba a devolver la sonrisa, pero no, claro que no. Rápidamente fue sustituida por su habitual línea en los labios y su ceño fruncido, el cual ya estaba marcado permanentemente en medio de su frente.

De hecho, era su única arruga. ¿Cuantos años tendría?

—Qué bueno, ahora vámonos, tenemos que comprarte ropa y esas mierdas.

—Ahora fue el turno de ella de fruncir el ceño.

—Tengo ropa, ¿sabe? Necesito ir a mi casa por mis apuntes y mi uniforme.

—Jared estiró la mano y tomó una de las patatas, en un suave movimiento se la llevó a los labios. ¿Por qué todo lo que hacía era tan terriblemente elegante?

—Mandaré a Adam por tus cosas —murmuró tomando otra patata—, ahora vámonos.

—¿Nos mudaremos con él?

—Me lo estoy pensando; ahora, ¿podemos irnos, cariño? ¿O quizás quieras parlotear hasta el anochecer?

Era un amargado, un ogro. En cuanto salieron, Jared suspiró mortificado y ella se preguntó ahora por qué, ¿estaría recordando a la hija de Spencer? El frío viento logró sacudir su cabello robándole un escalofrío, de la nada unas tormentosas nubes cubrían por completo el cielo. Dios, ¿por qué tenía celos?

—Apresurémonos —indicó, el viento previó a la lluvia se colaba por su largo cabello en ondas, moviéndolo—. No querrá que nos alcance la lluvia y pesque un resfriado… ya sabe, no puedo tomar medicamentos.

Tal como lo había pensado, Jared volvió a ponerse lívido al mencionar implícitamente al bebé. Brielle se permitió sonreír internamente, no solo él podía molestarla. Ni siquiera pudo hacer mentalmente el baile de la victoria, porque un segundo después él le estaba sujetando la muñeca, de nuevo como si darle la mano fuera tanto problema.

El autobús olía espantoso.

No es que Brielle se fuera a quejar en voz alta, pero la mezcla de diferentes perfumes le estaba provocando náuseas. Comenzó a sentirse mareada, su cuerpo se perló de sudor, estallando en un incómodo calor. Cerró los ojos aunque claro que no sirvió de nada, respiró por la boca pero aquello le dio asco, Dios iba a vomitar y el autobús venía repleto. Les había tocado ir de pie y Jared estaba a su lado, mirando fijamente al frente como si su mente estuviera a años luz de ahí. Brie volvió a sacudirse presa de un escalofrío y entonces, tomó una decisión.

Si iba a vomitar, lo haría encima de él.

Después de todo, ese ogro se merecía al menos eso, ¿no?, lo odiaba demasiado. Así que en un movimiento rápido, soltó la barandilla de la que venía sujetándose y se abrazó de la estrecha cintura del joven. Sin segundos

pensamientos, enterró el rostro en su pecho, amplio y bastante duro. Entonces pasó algo por demás inesperado, aquel olor que él desprendía era embriagador, resultaba ser un gran distractor sobre el resto de los aromas.

—¿Qué mierda te pasa? —espetó con voz dura, sujetándola de los hombros en un intento por quitarla.

—Estoy muy mareada, me siento terrible, señor, solo… por favor… —pidió con la voz entrecortada, se sentía mejor que antes de abrazarlo, pero débil mientras intentaba aferrarse a él con más fuerza.

Dios, si la quitaba estaría perdida. Cerró los ojos esperando lo inevitable, sin embargo, solo escuchó algo como un gruñido, y para su asombro, un fuerte y tatuado brazo le rodeó la cintura pegándola a su cuerpo, Brie se quedó de piedra cuando una corriente eléctrica la atravesó, incluso tuvo que contener otro escalofrío. Nunca jamás admitiría lo ridículamente segura que se estaba sintiendo entre esos fuertes brazos.

Cada vez que más gente subía, Jared la estrechaba de forma protectora, impidiendo que nadie la tocara. Por un momento se dejó de odios hacia él, no le importó que parecieran la pareja feliz que no eran, tampoco las miradas inquisitivas de algunas señoras, no le importó que todo mundo lo viera como un delincuente lleno de tatuajes, o a ella como una adolescente promiscua que debería estar en la escuela. Tan solo se concentró en ese masculino aroma, en la sensación de su tonificado brazo rodeándola, en la forma en la que él la protegía a ella y a la vida que ambos habían creado.

Al abrirse las puertas llegando a su destino, inmediatamente la burbuja se reventó. Él la soltó como si hubiera estado agarrando ácido haciéndola perder el equilibrio, para luego con un bufido mortificado al verla tambalearse, volver a sujetarla por la cintura. Caminaron fuera del autobús y luego hacia una zona comercial, cuando ella se sintió mejor, no se lo dijo, así que continuó dejándose abrazar. *«Cristo, después de todo soy una masoquista»*, pensó cuando finalmente llegaron a *Macy's.*

—Voy a comprar algunas cosas… puedes ir viendo qué llevar. —Comenzó a alejarse de ella, pero unos pasos más adelante se giró para mirarla, sus ojos azules la taladraron—. Ni se te ocurra intentar huir, sabes bien lo que pasará si haces esa mierda. —Ella frunció el ceño y le sacó la lengua.

El joven puso los ojos en blanco y caminó deprisa, sus grandes zancadas pronto lograron que su amenazadora silueta se perdiera de vista. Así que sin saber muy bien qué hacer, Brielle se abrazó a sí misma mientras caminaba distraídamente hacia la ropa. Frunció el ceño al ver los precios de la ropa interior. Diablos, un sostén costaba veinte dólares y ¡sin las bragas!

Puso en el pequeño carrito cinco cambios, así al menos tendría uno de lunes

a viernes y ya el fin de semana podría lavar. Suspiró al ver los vaqueros tan caros, solo se llevó tres, de sus labios escapó un gruñido de nuevo cuando vio el precio de más de veinte dólares de la blusa más barata.

Faltaba el pijama, pero ya era demasiado dinero, podría dormir con la sudadera que Jared le había ofrecido.

—¿Por qué llevas tan pocas cosas? —susurró una seductora voz sobre su hombro, la joven ahogó un grito dando un respingo.

—¿Es otro más de sus sarcasmos? —Se giró para encararlo y se quedó sin aliento al ver por primera vez sus ojos brillando… divertidos.

—No. —Miró hacia el carrito—. Solo que como no traje nada de tu jodida ropa pensé que llevarías más cosas, con eso que llevas no te alcanzará ni para dos semanas. —Ella se encogió de hombros.

—Así está bien.

Jared bufó y colocó la ropa que al parecer había escogido para él, e inmediatamente después, se puso a curiosear removiendo todo y sacando uno de los sostenes que ella había elegido. Elevó una ceja mirándola, y de nuevo, Brie no pudo evitar ruborizarse.

—¿No se te hacen jodidamente anticuados? —preguntó, su voz era cálida.

Ella tragó en seco mientras negaba—. Te escogeré unos cuantos. —Abrió los ojos sorprendida mientras lo veía colocar nueva ropa en el carrito.

—No me los pondré. —Cruzó los brazos en su pecho.

—No estamos negociando, Brielle, lo sabes —dijo sin dejar de poner ropa, el colmo fue cuando comenzó a guardar *baby dolls.*

—No gaste en vano, ¡no me pondré nunca eso! —gritó enfurecida, provocando que varias vendedoras se giraran a mirarlos.

—Eres como un pequeño tigre enfurecido cuando quieres, ¿no? —La miró sobre su hombro al tiempo que lanzaba nuevos sostenes.

Eso la hizo enfurecer más, esta vez no iba a ceder en eso. Podría en pleno siglo XXI pertenecerle, pero no se vestiría con lo que él dijera, eso sí que no.

Enfurecida, se giró sobre los talones y salió disparada sin rumbo fijo.

—Stephany, tienes que mirar a la derecha.

—¡Oh mi Dios! Qué guapísimo, *ese* es mío —cuchicheó una de las vendedoras entre risas, sus miradas lascivas dirigidas hacia Jared.

«Todo tuyo», pensó Brie, mientras daba grandes zancadas para desaparecer de ahí. Sin quererlo, llegó hasta el departamento de bebés. Eso la hizo sentir mejor, sonriendo tocó la imperceptible pancita que pronto empezaría a crecer.

—Yo siempre te voy a querer, ángel.

Deslizó los dedos sobre la fina sábana en color azul con animalitos estampados y no pudo evitar preguntarse por trillonésima ves si sería niño o

niña…

si se parecería a él. Sonrió de pronto ante el pensamiento, un pequeño bebé con el ceño fruncido permanentemente y cabello negro, solo que ojalá no heredara esos fríos ojos azules… quizás si se pareciera a ella tendría los ojos de color miel, serían cálidos y bonitos. De cualquier forma que se viera, estaba segura de que sería hermoso. Continuó caminando sin poder evitar sonreír al ver los diminutos pijamas, eran tan lindos y suaves que los pasó por su rostro, disfrutando de la suave tela.

—¿Es para su hermanita? —preguntó un intento de voz seductora detrás de él.

—No es mi hermana. —Se giró molesto para mirarla. La pequeña perra de estatura media lo veía como si nunca hubiera visto el sol, parpadeando como si le dolieran los ojos y sonriéndole de forma asquerosamente tonta.

—Um, en ese caso, quizás le gusten estos modelos de por acá… para adolescentes. Acompáñeme.

La siguió, pero luego se preocupó al no ver a Brielle por ningún lado.

¿Habría huido? Puta mierda, esperaba que no, abrió y cerró los puños nerviosamente. El parloteo de la vendedora debería molestarlo, pero estaba más preocupado pensando en la estúpida chiquilla. ¿Habría huido? ¿A dónde podía ir sola? ¿Ya estaba lloviendo?

Sin decir una sola palabra, dejó a la vendedora hablando y salió disparado en busca de Brielle, el corazón le latía con violencia de solo pensar en no encontrarla, en imaginarla jodidamente huyendo de él, volviendo al lado de Hank, ¿y si no volvía con ese bastardo?

Detuvo su paso abruptamente cuando la vio, ella estaba sonriendo mientras se restregaba cual gato sobre una pequeña manta. Su cuerpo entero se relajó al verla, la castaña caminó deslizando los dedos por una cuna, estuvo un rato viendo diferentes zapatos. Y no, mierda no. No sé permitiría enternecerse con esa engañosa imagen.

—Brielle —mascculló con una voz ligeramente más alta de lo normal, ella dio un respingo al escucharlo y de sus manos se resbalaron aquellos diminutos zapatos—. Vámonos, aún nos faltan las cosas de la cocina.

Ella asintió dejando todo en su lugar, caminó hacia él y por poco resbaló con unos juguetes tirados. Jared suspiró, de verdad parecía tener dos putos pies izquierdos, ¿cómo diablos era tan torpe?

Adam pensó que su hermano ya no podía sorprenderlo más… hasta que

volvió a estacionarse afuera del departamento donde vivía con la pequeña Brielle.

De verdad pensaba mantenerla viviendo en este detestable lugar, era un hecho.

Tocó la puerta, y naturalmente fue Jared el que atendió. Su hermano ahora tenía la masa muscular de un luchador profesional, pero era tan alto que el peso se repartía a lo largo de sus huesos, era de complexión elegante y fibrosa. La camiseta negra se le pegaba al cuerpo como una segunda piel. Uno de sus muchos tatuajes era de un eclipse en el hombro derecho, del cual podía ver las llamas del sol sobresaliendo por debajo del pliegue de la camiseta, otro tatuaje en la cara interna del brazo izquierdo en un idioma que Adam definitivamente no conocía, y claro, seguro tenía más tatuajes que no le interesaba ver.

—Estás de broma si piensas seguir aquí —aseguró rompiendo el silencio.

—Hola, hermano, como siempre un gusto verte, pasa a mi *pocilga*. —Se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—¿En dónde está Brie?

—En el cuarto, cambiándose.

—Entonces… —Dio un paso mirando de reojo el lugar—. ¿Qué decidiste?

Cristo, aquel lugar era tan espantoso y deprimente que ni siquiera le daba confianza el sofá que estaba en… bueno, la sala comedor.

—Deja de joder con eso, no voy a darte a mi hijo —aseveró, pasando nerviosamente una mano por su cabello en ese gesto que, aunque no quisiera, había adquirido de su padre.

—No eso, me refería a lo de mudarte a uno de mis departamentos, y hablando de cosas, ¿qué has sabido de Zoey?

—Quedé en verla mañana —confirmó con una estúpida sonrisa torcida, a Adam le daban náuseas esa mujer, pero se ahorró sus comentarios. Si quería que su hermano le hiciera caso, decir que su novia estaba loca era un mal comienzo, así que se decidió por decir otra cosa.

—Otra razón más para que se muden cerca de nosotros, ¿acaso dejarás sola a Brie aquí? ¿Qué pasa si se mete algún delincuente? ¿Qué pasa si alguien la deja herida? ¿Si necesita ver a un médico por el bebé? No tiene manera de comunicarse con nadie, de pedir ayuda… por una puta vez en tu vida, Jared, sé ra-zo-na-ble. —Su hermano cerró los ojos mientras se pellizcaba el puente de la nariz.

—Yo… es solo que yo… estoy tan emputado con ella que quiero verla sufriendo aquí, quiero hacerla tan miserable como me hizo a mí. —Su voz era como una afilada daga.

—Está embarazada, no la hagas pasar malos ratos.

—Ella me ha hecho pasar los peores ratos en mi vida, que se joda —siseó.

Adam elevó la mirada incrédulo hacia él, donde pudo apreciar los círculos negros que se formaban debajo de sus ojos, reforzando su apariencia de matón. Una apariencia terrible por cierto. Pero Jared no había sido siempre este ser frío y despiadado, no. De hecho había cambiado mucho a lo largo de los años. La vida le había golpeado con dureza cuando tan solo era un niño, y después, en lugar de andar lloriqueando por el mundo, se encerró en sí mismo. Así que a estas alturas ya no quedaba nada del introvertido niño que Adam había conocido alguna vez. No solo cambió su cuerpo, su mente y su personalidad también lo hicieron… pero para mal, lo que realmente era una pena.

—Nadie te obligó a embarazarla… —dijo con voz suave, sabiendo que eso tranquilizaría a su hermano.

—Me drogó, Adam.

—Bueno, ya. Lo hecho, hecho está. De nada sirve que le hagas la vida miserable.

—Quizás no gane nada, pero definitivamente no tengo nada que perder. —Sonrió torcidamente y no era una sonrisa feliz—. Sabes que estoy jodido.

—Solo múdate al departamento, déjanos cuidarla y tú sigue haciendo lo que quieras. —Jared suspiró, se quedó callado por una eternidad hasta que finalmente gruñó.

—Está bien —farfulló entre dientes. Adam quería saltar de felicidad, pero en cambio solo asintió restándole importancia, frente a su hermano había que actuar así.

—Jared, ¿quiere que también guarde…? —Brielle salió de la habitación, lucía demasiado delgada y pálida. La noche anterior no había tenido la oportunidad de apreciarla realmente ya que se había estado ocultado bajo las mantas. Su cabello castaño enmarcaba su rostro destacando sus muy afilados rasgos. Frunció el ceño, el estúpido de su hermano la iba a matar de hambre. Furioso, lanzó una mirada envenenada hacia Jared—. Lo siento no sabía que estaba aquí, señ… digo… perdón, Adam, hola…

Él no pudo evitar ponerse de pie e ir hacia ella. No la odiaba, de hecho le caía muy bien. Nunca entendería por qué la dulce chica había drogado a su hermano, pero no le importaba, era difícil de creer eso, y más viniendo de la boca de su muy retorcido hermanito.

—¿Qué tal, Brie? —Llegó hasta ella y besó suavemente su mejilla. No pudo evitar sonreír al ver a la chica sonrojarse, ¿cómo alguien seguía sonrojándose a estas alturas?

—¿Te ofrezco algo de tomar? —susurró ella de forma cálida.

—No, de hecho venía por ustedes, Jared accedió a mudarse a uno de mis

departamentos…

—Oigan, par de jodidas amigas, dejen las pláticas para otro día. —Adam

cerró los ojos, su hermano podía ser un cabronazo cuando se lo proponía, justamente como ahora—. Brielle, tengo hambre, quiero que prepares algo antes de irnos.

Adam fulminó nuevamente a su hermano con la mirada, iba a protestar, pero temía terminar en algún altercado y que Jared decidiera no mudarse, así que se apresuró a decir:

—Mandaré a Frederic por sus cosas. Cuanto antes estén en el departamento, mejor.

Sándwiches.

Haría sándwiches y solo haría tres, de los cuales se comería dos ella solita.

Jared, el *Frío* para todos, el *ogro* para ella, estaba muy equivocado si pensaba que estaba haciendo la cena porque él se lo hubiera pedido, lo estaba haciendo porque también tenía demasiada hambre. Por supuesto que Brie sabía cocinar, pobre de ella donde no supiera, teniendo una cafetería que atender y con un padrastro loco para exigírselo, pero no pensaba cocinarle nada más elaborado a ese loco ogro de lo peor.

Así que mal cortó la lechuga, no le puso mayonesa a un pan y tampoco queso, le sirvió agua en lugar de refresco y casi le aventó el plato. El joven abrió la boca como si fuera a decir algo, pero finalmente solo parpadeó, en un gesto que le pareció a la castaña distinguir como incredulidad.

—¿Por qué dos para ti y para mí uno solo?

—Porque sí —farfulló, sin prestarle más atención, él mordió ligeramente su labio mientras negaba con la cabeza.

Mientras cenaban, la mente de la joven voló a su mamá. Se preguntó qué estaría haciendo y en lo que seguramente estaría sufriendo al no saber nada de ella, pensó en el regreso a la escuela después del descanso, pensó en todo lo que la rodeaba… particularmente ese extraño hombre que estaba frente a ella. Por Dios, era tan abrumador que la mirara con esos ojos de hielo, que preferiría ser enterrada viva antes que sentarse de nuevo sola en la cocina con él. Se sentía tan devastada que ni siquiera tocó el segundo sándwich.

—Has comido muy poco. —Jared, quien al parecer no tenía otra cosa mejor que hacer que estar ladrando órdenes y viéndola comer, ahora molestaba con que no había comido lo suficiente.

—Estoy satisfecha.

—Debes de alimentarte bien para que mi hijo sea fuerte y sano. —No pudo

evitar sonreír al escucharle decir *mi hijo*—. Cuando te vayas, conseguiré una fórmula suficientemente nutritiva para que esté bien sin ti.

La castaña cerró los ojos, su corazón se oprimió incluso. *¿Cuando te vayas?* Ella nunca dejaría a su pequeño angelito con nadie, era suyo.

—No lo dejaré.

—Sí que lo harás —gruñó—, él no tiene que saber que su madre es una cualquiera, no tiene que saber que se concibió en un mugriento antro, no tiene por qué saber que *existes*. —Brielle apretó los puños furiosamente poniéndose de pie.

—Es *mi* hijo también. —Durante toda su vida se había visto privada de muchas cosas, entre ellas la libertad para opinar, pero por su pequeño angelito haría cualquier cosa—. Estaré a su lado siempre.

—No tienes madera para ser madre, Brielle, tan solo eres una niña —murmuró él mientras daba un sorbo a su agua.

—Usted tampoco es un padre modelo, es un repulsivo drogadicto.

Los ojos de él llamearon con una ira que la hizo estremecer, pero justo en ese momento alguien llamó a la puerta. Era Frederic, el señor que había mandado Adam para ayudar con la mudanza.

Cuando Adam les había pedido mudarse cerca de él, casi quiso abrazarlo de felicidad, era un hombre muy amable. Pero ahora, mientras veía a Jared empacando luciendo realmente furioso, pensó que no importaba a dónde fuera, mientras siguiera con el ogro, su vida sería un infierno.

Capítulo Tres

—Esto es… increíble.

Brie parpadeó deslumbrada viendo los enormes y costosos departamentos frente a ella, las enormes letras que decían *Insignia* eran impresionantes y… ¿a qué se dedicarían exactamente los Brown?

—Adam, cabrón arrogante —dijo el ogro entre dientes mientras examinaba todo—. Ni te acostumbres, no viviremos aquí por mucho tiempo.

La castaña lo ignoró mientras continuaba admirando la recepción de cristal de donde colgaban unos majestuosos candelabros. Frederic los condujo hacia el elevador, donde después Brielle pensaría que iba a odiarlos por el resto de su vida.

El pequeño espacio retenía la loción de Jared, y la calefacción solo concentraba todo aquel aroma de forma permanente e intensa. La chica se revolvió con incomodidad chocante, no queriendo aceptar cuánto le gustaba ese aroma y repitiéndose hasta el cansancio que debería de odiarlo.

Respiró hondo y un cosquilleo le recorrió la nuca, esa sensación de sentirse observada la acechó de nuevo, se sentía exactamente igual que aquel día en el Cooper's. Se preguntó si Jared la había visto en aquel momento, elevó el rostro y contuvo un grito, apresando su labio cuando vio que, efectivamente, él la estaba mirando. Ahora no le quedaban dudas de que hubiera sido él. La camiseta oscura marcaba sus ridículamente anchos hombros, hacía lucir diminuto el espacio. Ahí apoyado contra la pared, manos en los bolsillos, Jared parecía todo un depredador consumado y esos ojos… Dios, dos zafiros azules escaneándola como si fuera una intrusa, como si la que estuviera fuera de lugar fuera ella y no él, con todos esos tatuajes y esa ropa negra. Y cuando las puertas finalmente se abrieron, fue la primera en salir disparada de ahí.

Frederic le entregó a Jared una tarjeta, y después de despedirse, se fue de la misma forma educada y silenciosa en la que había llegado. Brie por poco se le cuelga a las piernas, lo último que quería era otra horripilante noche con el creador de todas y cada una de las pesadillas.

En cuanto entraron al departamento, de nuevo contuvo una exclamación que impugnaba por abandonar sus labios. La decoración en blanco la hizo casi derretirse de gusto. ¡Todo era tan pulcro y limpio! La estancia era amplia, una pequeña mesa de cristal en medio de los sillones y una gran pantalla incrustada en la pared. El comedor brillaba tenuemente por la luz que se colaba a través de

los enormes ventanales… Pero por favor, tan solo por favor, ¿podía alguien bajarle a la calefacción?

—¿A qué hora vas mañana a clases? —preguntó detrás de ella, haciéndola dar un respingo.

—A… a las ocho. —*Dios,* se estaba cocinando, acalorada se quitó el suéter.

—Bien, te llevaré.

—No es necesario yo… —Él elevó una ceja retándola a cuestionarlo.

—¿Piensas ir caminando sola? Ah, sí claro, como no.

—No soy una fugitiva y tengo una camioneta… podemos ir por ella, volveré aquí sana y salva…

—Y yo no tengo diecisiete jodidos años, *cariño.* ¿Por quién me tomas? No soy como tus compañeritos de clases que te creen tus puñeteras mentiras —aseguró con una estúpida sonrisa que hizo que la temperatura en la habitación subiera algunos grados más. Se sentía abochornada y muy enfurecida, por lo que dejó que la furia hablara por ella.

—No, de hecho usted es como *mi papá*. —La sonrisa arrogante fue sustituida inmediatamente por una mirada llena de ira, se dio la media vuelta y comenzó a andar a grandes zancadas hacia la sala—. ¿Me dejará ir sola? —lo presionó.

—¿Para que le cuentes a todo el jodido mundo que te retengo a la fuerza?

—No pensaba decirle a nadie —respondió ofendida.

—Me alegro, de cualquier manera nadie te va a creer y lo sabes. Fin de la discusión, te llevaré y te esperaré a la salida, sin importar parecerme a tu padre.

—Pero es que no es justo… —espetó furiosa, casi echando chispas.

—No puedes hablar de "justicia" cuando es claramente un puto concepto que no conoces. —Jared la taladró con esos fríos orbes, y de pronto la castaña comenzó a ver todo distorsionado, se sujetó del borde de la silla sintiendo un sudor frío en la piel mientras intentaba mantener los ojos abiertos.

Jared miró en cámara lenta como Brie trastabillaba un poco, estaba por caerse… *mierda.*

Sus ojos se volvieron blancos al tiempo que su pequeño cuerpo se desplomaba. Solo Dios sabía de dónde sacó una velocidad casi absurda y alcanzó a sostener su cabeza antes que golpeara contra el suelo. Sus largos mechones castaños se derramaron por el piso y su cuerpo quedó frágil y laxo. El joven se fijó que tenía la piel totalmente pálida y el labio inferior algo hinchando, producto del mal hábito que había visto que tenía, se lo mordía todo el jodido tiempo.

—Oye. —La sacudió ligeramente—. Oye… ¿Brie?, ¿estás bien?

La estrechó entre sus brazos, alarmado de que no respondiera, y no pudo evitar notar lo pequeña que era, mucho más ligera que Zoey, más frágil. Y mientras Zoey olía a gel de ducha, esta chica olía a… ¿sándalo?

Qué-Mierda. ¿Como por qué en el mundo estaba comparándolas? Dios, eran tan opuestas, Zoey alta, llena de curvas, con un cabello rojizo que se derramaba como la sangre por su espalda, mientras que Brie era sumamente delgada, con una cabellera castaña abundante y rizada… y además *una adolescente.* Bien formada, pero adolescente al fin y al cabo.

Caminó con ella en brazos a la habitación, pensando en lo liviana que se sentía entre sus brazos. De pronto ella gimió quedamente y, de alguna manera, su rostro quedó enterrado en su cuello, lo que lo hizo estremecerse. ¿Qué mierda le pasaba? Elevó el cuello intentando en lo menos posible que lo tocara, y cuando finalmente intentó depositarla en la cama… ella se aferró a su camiseta.

Jared frunció el ceño, teniendo que sostenerla en su regazo. Intentó soltarse de nuevo pero ella se presionó más contra él, por lo que le movió el hombro.

—Oye, despierta…

—Ya cállate —balbuceó, apretando más los ojos.

Jared abrió los ojos con sorpresa, *nadie* nunca lo había callado sin haber librado una jodida golpiza. Estuvo a punto de reírse de la situación, pero entonces recordó que la odiaba así que obligó a su cuerpo a mantenerse sereno. Bajó la mirada para verla y se topó con que la estrecha blusa se le había bajado más de lo debido, mostrando unos redondeados pechos que si mal no recordaba eran más pequeños de lo que lucían ahora. ¿Y qué tan retorcido era eso de estar pensando que de alguna manera era atractiva? Cristo, pero si era una puberta, una niña diez años menor que él y… ¿cuán enfermizo era que estuviera esperando un hijo suyo?

—¿También finges los desmayos? Porque sí es así, déjame decirte que ya estás lista para actuar en telenovelas —comentó al tiempo que le movía la barbilla de un lado hacia el otro. Ella refunfuñó, golpeándole la mano para luego abrir los ojos, Jared aún estaba asombrado de haber recibido el primer manotazo de parte de alguna mujer en toda su puta vida, pero no tuvo tiempo a procesar nada más cuando vio el pánico reflejado en los ojos de la chica, Brie se sentó tan rápido que golpeó su cabeza con la de él—. ¡Mierda!

—L-Lo siento… yo… ¿qué pasó? —preguntó, sobándose la frente y mirando hacia todos lados.

—Te desmayaste. —Brie cerró los ojos sin importarle seguir aún en su regazo, lo que lo tenía bastante… confundido.

¿Cómo era posible que estuviera sintiendo un ligero placer en sentir su

delicado peso? El autodesprecio pataleó hasta el borde de su cordura, pero por más encabronado e indignado que estaba, el jodido cosquilleo que estaba sintiendo no se detuvo, sino que se extendió por cada parte de su cuerpo que estaba en contacto con ella.

Y para colmo, en ese momento también odió a su maldita naturaleza, odió más que nunca a su traidor pene que estaba respondiendo a esos ridículos estímulos.

—Bueno, si ya te sientes mejor, ¿te molestaría quitarte de mi regazo? —Ella abrió los ojos como platos, el rubor extendiéndose por su rostro hasta su cuello, mientras intentaba dar un salto para quitarse.

Pero claro, no lo consiguió y regresó a sus brazos con más fuerza, cayendo torpemente hacia atrás, por lo que Jared apenas alcanzó a sujetarla con rudeza por las muñecas para que no se diera contra el piso, provocando que ella se quejara con dolor. Rápidamente la arrastró a sus brazos y la sostuvo con firmeza. La chica suspiró, y por su respiración supo que seguía agitada.

—Lo... lo lamento mucho, señor.

—¿Pues qué no te fijas en lo que haces? —comentó mirándole distraídamente las muñecas, había algunos cardenales viejos en su piel.

—Lo siento, señor.

—¿Quieres dejar de llamarme *señor*? —medio gritó, haciéndola dar un respingo. *Por Dios.* Bufó sintiéndose exasperado, a veces le parecía que Brielle reaccionaba con ciertas cosas como un animal herido, ¿la golpeaba seguido ese bastardo de Hank?

—No quiero. —Su voz, aunque temerosa, no dejaba de ser testaruda como el infierno. *«Ni tan herida, ni tan temerosa…»,* pensó.

Podía apreciar lo miedosa y cohibida que era, pero muy en el fondo se resistía a ceder ante él. Lo que realmente le resultaba novedoso, había personas que le huían, o que querían acercársele por su forma de pelear, por el puto dinero que ganaba, por droga, por su jodido rostro o su cuerpo, incluso por el sexo, y luego…

estaba Brielle.

Detestándolo como si fuera un aborigen, huyendo de él como si se le apareciera el mismo diablo, sus ojos color miel taladrándolo con todo el odio que una sola mirada podía reunir, pero para su puta desgracia: esperando un hijo suyo.

Con tan solo diecisiete puñeteros años y plantándosele ahí, como si tuviera opciones, como si le importara una mierda salir lastimada, como un gatito furioso… Respiró hondo porque por alguna jodida razón quiso sonreír.

—¿Por qué no?

—Usted… usted me provoca algo de miedo.

—No voy a morderte —dijo, sonando menos molesto. Ella dejó escapar un suspiro, y de nuevo, el movimiento de su pecho llamó su atención.

—A veces pienso que está a punto de hacerlo —cuchicheó sin mirarlo. Esta vez Jared no pudo evitar reírse entre dientes.

—Ganas no me faltan, sobre todo cuando te pones toda necia, pero todavía no llegamos a ese jodido extremo, entonces… ¿podrás dejar de tratarme como un señor?

—¿Me dejará ir sola a la escuela?

—No.

—Entonces olvídelo. —Él apretó los labios intentando no volver a caer en ese juego, desvió los ojos de esa boca que le parecía demasiado tentadora y se fijó nuevamente en su piel.

—¿Y esto? —Trazó con los dedos algunos moretones en sus brazos, su piel se sentía como terciopelo y lamentó que se viera arruinada.

—Me caí. —Vaya que sí había notado su falta de coordinación, pero diablos, ¿hasta cuándo seguiría mintiendo? Se enfureció.

—¿Algún día podrás hablar con la verdad? ¿Quién te hizo esta mierda, tu padre?

—Ese bastardo no es mi padre. —La nota amarga en su voz lo tomó por sorpresa.

—¿Entonces qué es?

—¿Por qué quiere saberlo? —murmuró, mirándolo reticente. El joven solo se encogió de hombros—. Es mi padrastro.

Oh, al menos tenían algo en común.

—¿Te golpeaba seguido? —La castaña mordió su labio sin mirarlo, y aunque no respondió, supo la respuesta—. ¿Por qué?

—Porque no soy su hija, supongo. —Se encogió de hombros.

—Es una respuesta muy pobre, ¿sabes que quisiera matarlo solo por eso?

—¿Porque me golpea? —Él asintió—. Es una justificación muy pobre para matar a alguien.

—Pues la tuya es una justificación igual de pobre para permitirlo —rebatió mirándola, ella se ruborizó y desvió la mirada.

—No es lo mismo…

El timbre sonó haciéndola dar un respingo. Jared resopló como si le molestara que por todo se asustara, así que decidió dejar de fastidiarlo al estar sobre su regazo y se bajó, dándole gracias a los cielos por la campana, ahora sí

que de la salvación.

Estaba aturdida por haberse desmayado, por haberse despertado rodeada de grandes y tatuados brazos, por haber escuchado que se reía… Dios, él de verdad se reía. Era un sonido bajo y melodioso, aún estaba aturdida por ese sonido, por haber sentido sus dedos largos contra su piel, por la manera en la que trazó con delicadeza sus horribles moretones… esos que su padrastro le había hecho. Lo último que le apetecía era hablar de Hank, el desgraciado la atormentaba incluso en sueños.

El joven se apresuró a abrir la puerta, e inmediatamente después bufó como era su costumbre.

—También me da gusto verte, Jared.

El repiqueteo de unos tacones dio paso a una despampanante mujer que entró sin que se le invitara a pasar, seguida por Adam que parecía su escolta. La chica llevaba un oscuro traje sastre que marcaba unas curvas exuberantes y su largo cabello rubio caía en una hermosa cascada por su espalda.

—No puede ser, maldito bastardo —jadeó la rubia al verla.

—¡Amor! —regañó Adam—. Dijiste que serías neutral.

—¿Cómo voy a ser neutral viéndola a ella? —La apuntó.

Brielle mordió su labio sintiendo que el estómago se le iba al piso, por lo que se abrazó nerviosamente a sí misma, lo único que faltaba era caerle mal a la esposa de Adam. No solo porque sus ojos verdes eran muy intimidantes, o porque se veía que podía ponerle una paliza si se lo propusiera, sino porque le agradaba Adam, había considerado que era al único que tenía de su lado.

—Sigo esperando mi abrazo de felicitación —canturreó Jared, haciendo por supuesto que la rubia se girara en redondo a verle, lucía una mueca de desagrado en el rostro.

—Eres un puto mal nacido y pervertido. ¿Cómo pudiste embarazar a una niña?

—Cuida tu vocabulario, Nicole —advirtió el joven con voz profunda, sus ojos azules lucían encendidos—. Ella no es ninguna *niña*, trabajaba en el Cooper's de bailarina exótica. —Brie se ruborizó, incrédula de que sacara eso a colación—. Me drogó, y aunque ustedes no lo crean, me violó. —Oficialmente la castaña se puso roja como el fuego.

—¡Usted ya estaba drogado!

—¡No lo estaba! —rugió Jared, viéndola con odio.

—Basta, chicos, por favor —concilió Adam, elevando las manos—. No venimos a discutir, ni a hacer problemas. Brie, ella es Nicole, mi esposa.

La rubia respiró hondo, se llevó ambas manos al cabello, acomodándolo un poco como si la furia se lo hubiera despeinado, y finalmente extendió la mano.

—Lo siento, es que… bueno —suspiró—, solo lo siento, pequeña.
—El placer es mío —susurró, intentando no irritarse, detestaba sentirse tan "niña" alrededor de todos.
—Jared, Federic ya recuperó tu motocicleta y la dejó afuera —comentó Adam.
—Perfecto. —Brie se quedó atónita al ver por primera vez una sonrisa sincera en el joven.
—Por cierto… papá te está esperando en el despacho. Se veía bastante furioso.
—Él siempre está furioso —refutó. Ambos hermanos se alejaron un poco, dejándola bajo la escrutadora mirada de la rubia.
—Bueno… fue un mal comienzo, Jared logra sacarme de mis casillas, en serio. —Se acercó a ella—. Es que es… tan difícil, tan testarudo, y tú luces tan pequeña… lamento lo que sea que te haya hecho.
—Yo también tuve la culpa en esto. —Sonrió, pero más bien pareció una mueca.
—Ni siquiera eres mayor de edad, no creo que supieras en lo que te estabas metiendo.
Brie no quiso rebatir eso, ni indignarse porque la llamara niña, de forma al parecer inconsciente, tampoco quiso insistir en que de hecho sí había engañado a Jared, por lo que se dedicó a escucharla y a respirar libremente al no tener al ogro merodeando. Al pensar en él, sus ojos se desviaron levemente en su búsqueda, justo al tiempo que lo veía tirar de su cabello y salir del departamento maldiciendo.
Suspiró. ¿A dónde iría?

No iba a cambiar.
William lo estaba sermoneando, otra vez. Como en los viejos tiempos, hablando de los valores y la familia, de lo bueno y lo catastrófico, recordándole todo el camino de mierda por el que habían pasado para llegar hasta aquí, suplicándole que recapacitara en su trato hacia Brielle. Pero no había palabras, formas ni dinero que hiciera que Jared Brown cambiara lo que era.
—Pensé que estabas mejor, que esa tal Zoey te tenía a raya… —Sus ojos azules lucieron cansados al mirarlo—. No le he dicho a Debbie, no he tenido el valor para decírselo, sabes bien cuánto te adora y esto va a lastimarla. —Tiró de su cabello—. ¿En qué estabas pensando? Es tan solo una niña... ¿me estás escuchando?
—¿Cuándo vas a dejar de meterte en mis cosas? No necesito que veles por

mí, te pagaré el dinero que me prestaste y fin del problema. —Tiró algunas cenizas de su cigarro sobre el cenicero.

—Ya te dije que no se trata del dinero, ¿qué mierda piensas hacer con esa jovencita? ¿Cómo vas a mantenerla?

—Ese es mi jodido problema, y es ella la que debería habérselo pensado dos veces antes de meterse conmigo.

—Déjate de rencores, tienes un hijo que viene en camino. ¿Quieres que acabe como tú?

Ah, *mierda*. Esa sí le había dolido.

De todas las indirectas bastante directas de su padre, sin duda esa dio en el clavo. Ya era bastante malo haber tenido una zorra por madre, poseer a temprana edad demasiado poderío físico, para que encima le recordaran que era una aberración de la naturaleza. Así que sintiéndose jodidamente incómodo y emputado, se levantó del sofá.

—Ahora vas a huir. Escúchame, Jared, no me malinterpretes, no quise decir que te hayas merecido lo que te pasó, solo te digo que la educación y…

No terminó de escuchar la cantaleta de su padre. El fuerte ruido de sus botas chocando contra el suelo lograba aminorar un poco los furiosos latidos de su corazón, y mientras abría y cerraba los puños intentando controlarse, en su mente solo había una cosa: *Zoey.*

Llevaba los suficientes años que había descubierto que la lucha y el sexo eran sus desahogos. Eran los dos únicos tranquilizantes que funcionaban en él, y los usaba como un maldito drogadicto. Cantidades constantes de ambos le ayudaban a mantenerse sino sereno, al menos en control. Se subió a su *Harley* sin importar nada más que el viento frío arañándole el rostro, no obstante la sensación duró muy poco al sentir la ansiedad escalando por su piel. Puta mierda, como odiaba esas necesidades de su cuerpo. Claro, el rostro y la fuerza desmedida estaban bien, pero encantado habría preferido nacer jorobado si eso significara algo de puñetera paz.

Ni siquiera recordaba cómo era la serenidad.

Ni siquiera recordaba quién era él.

La corrupción de su propio yo se había producido a temprana edad. Así que a estas alturas ya había abandonado toda esperanza de ser alguien por así decirlo "normal". Ahora, era en su mayor parte un ser insensible, frío, nada más que un aparador ostentoso y en realidad vacío.

Se estacionó fuera del departamento que compartía con su novia e inmediatamente sintió que tenía los pies ligeros. Su cuerpo comenzó a estremecerse de excitación mientras descendía de la motocicleta.

En cuanto ella abrió la puerta se quedaron mirando. Una energía violenta

cargándose con fuerza a su alrededor. El destello de furia en los ojos verdes de la pelirroja le dijo que no había olvidado que durmió sola la noche anterior. Así que ambos estaban en un plan tan jodido que, cuando Jared estampó los labios con rudeza en ella y tiró de su cintura restregándole las caderas con necesidad, la lengua de la chica salió rápidamente a su encuentro. Era como un maldito ritual que tenían.

No preguntas, no reclamos, solo tomaban ese momento y después… pensaban.

—Un día de estos me voy a negar —jadeó ella mientras se dejaba empujar hacia adentro.

Jared sonrió sacudiendo la cabeza, ella nunca en todos estos años se había negado. Se desabotonó rápidamente los pantalones y dejó salir libre al bastardo de su pene. Lo cubrió rápidamente con un condón, de forma casi experta a estas alturas. Lo último que necesitaba era otro… *bebé*. El pensamiento casi le baja la erección, pero al ver los ojos cargados de lujuria que tenía su novia, se olvidó de todo.

Zoey se relamió los labios lascivamente antes de darse la vuelta y apoyarse contra el comedor. Se le ofreció como un jodido banquete, separando las piernas largas y suaves al tiempo que elevaba ligeramente el culo, la pequeñísima falda de cuero de verdad le resultó toda una bendición. Jared deslizó la mano moviendo las suaves bragas hacia un lado, y sin preámbulos se enterró con tanta fuerza que la hizo gimotear, lanzándola hacia adelante comenzó a embestir. Cerró los ojos, imposible de contenerse, se le escapó un gruñido de placer ante la sensación.

—Eso no va a pasar —susurró cerca de su oído—, no podemos luchar contra lo que somos.

La pelirroja gimió estremeciéndose, haciéndolo sonreír nuevamente.

Entonces comenzó a empujar contra ella sin piedad, a Zoey siempre le había gustado el sexo rudo, lo que estaba perfecto para Jared, de hecho no conocía otra manera de hacerlo. El sexo era eso, sexo.

Escuchando con abandono el golpeteo de carne con carne, sintió el cuerpo de su novia tensarse, sus gritos inundaban la habitación. El rostro se le perló de sudor mientras estaba ahí perdido en las sensaciones, bajó la cabeza y enterró los dientes sobre el hombro de su chica haciéndola chillar, el orgasmo la tomó duro, debilitándole las piernas, así que le sujetó con una mano las caderas para sostenerla en la misma posición y con la otra tiró de su cabello, arqueándola para recibir sus acometidas. Zoey jadeó en placer, dejándole continuar empujando un par de minutos sintiendo su propia liberación acercarse. Apretó los dientes con fuerza mientras sentía su pene hincharse y estallar con fuerza.

Claro, lo bueno no dura para siempre, pensaría el joven unos instantes después. Habían quedado tan agotados, que se deslizaron torpemente hasta quedar extendidos en el suelo. Jadeando y con una sonrisa satisfecha, la pelirroja encendió un cigarro y le dio una fuerte calada antes de pasárselo.

—¿Dónde estuviste anoche, amor?

—Pensé que querías tiempo para pensar las cosas, me quedé en mi departamento.

—No así, no quiero que te quedes en ese lugar. No me gusta, nadie debería vivir allí…

De improvisto, unos grandes ojos color miel, acompañados de una estúpida y cálida sonrisa se colaron por la mente de Jared, ni siquiera *ella* debería haberse quedado una sola vez en ese jodido lugar. Apenas tenían un día viviendo juntos, pero su actitud le resultaba increíblemente difícil de leer. No sabía si estaba enojada, si estaba feliz, indiferente o si solo no le importaba una mierda nada de lo que pasaba a su alrededor. No era como Zoey, que aunque bipolar, era más fácil de leer… no que las estuviera comparando, claro.

—Iré a vivir a uno de los departamentos de Adam.

—Regresa a casa, ya no quiero que peleemos, bebé, te amo tanto. —Buscó su mano para entrelazar sus dedos—. Me prometiste dejar de hacer todas esas cosas destructivas y te creo, sé que aprendiste tu lección. —Sonrió la joven, Jared apretó su mano de vuelta antes de darle una calada a su cigarro.

—Adam me va a dar trabajo ahí mismo en sus departamentos, quiere que repare algunas cosas, me dijo que podía quedarme… creo que es una buena idea, además puedo venir a quedarme contigo un par de noches...

—Estás mintiendo —afirmó la chica soltando su mano, sus ojos ahora llameando en furia—, ¿hasta cuándo piensas verme la cara? —Jared suspiró, entreteniéndose con los diseños extraños que ella había pintado en la pared.

—Te estoy diciendo lo que quieres escuchar —murmuró, soltando el humo lentamente entre los labios.

—¿¡No puedes solo dejar de ir a las bodegas!? —rugió poniéndose de pie.

Su cabello que ahora se había esponjado la hacía lucir como una leona furiosa y sexy.

—Sabes que lo necesito.

—¡Estás jodido! Estás perdido en estupideces. ¿Qué no lo ves? No necesitas esas mierdas, pensé que con el tiempo lo cambiarías, de verdad que lo pensé. —Lo empujó en el pecho.

—Siempre te he dicho lo que soy, y no está por demás recordarte que nos conocimos precisamente ahí —escupió, tomándola de las manos.

—¡Es que detesto ese lugar!, ¿qué no lo entiendes? —En un momento se

liberó de su agarre y se levantó, furiosa vio lo que eran lienzos y pinceles desperdigados por el comedor y comenzó a lanzarlos. Él suspiró de nuevo mientras se ponía de pie.

—Y yo pensé que a estas alturas ya estarías jodidamente acostumbrada.

Trabajo para tu padre. —Esquivó una paleta de acuarelas que venía directo a su cara —. ¿Qué mierda, Zoey? ¿Sabes qué?, no volveré por aquí hasta que seas tú la que me llame.

—¡No lo haré! No te voy a llamar jamás… —Sus gritos y sollozos lo acompañaron incluso cuando arrancó la moto.

Pocos minutos después, Jared se encontró observando el desenfrenado nido de depravación que era el lugar frente a él. El Cooper's estaba ubicado en un peligroso barrio en Las Vegas, sin embargo sus clientes eran refinados y adinerados, cuando menos en la parte frontal. Porque detrás de todo ese piso rodeado por mujeres casi desnudas, gente adinerada, apuestas y máquinas de juegos, había un matadero.

Las jodidas bodegas.

Se abrió paso entre las personas que bailaban algún tipo de música sin sentido, y con cada paso que daba, su cuerpo parecía hervir de ansiedad, el picor en su piel se estaba volviendo insoportable y sus fuertes músculos estaban acalambrados. Abrió y cerró las manos buscando un poco de alivio, estaba desconcertado, por lo general un poco de sexo lo hacía sentir mejor, pero ahora ni eso, por lo que gruñó frustrado.

Sus malditas adicciones le habían arrastrado el cuerpo de un lado a otro durante tanto tiempo que pensó que ya era normal, sin darse cuenta de que lo estaban llevando cada vez a territorios más peligrosos, lo supo hasta el día que conoció a Spencer Cooper, quien le ofreció un desfogue, y aparte, le pagaba por hacerlo.

Claro, todo iba medianamente bien hasta que se enganchó de la pelirroja más hermosa que hubiera conocido nunca: Zoey Cooper. Spencer no tomó bien la noticia, como el mafioso y traficante que era, quiso matarlo disfrazando sus intenciones con rivales cada vez más poderosos en la arena. Pero en cuatro años nadie lo había jodido, ningún rival, ninguna puñetera droga o bebida, hasta que una pequeña de ojos claros lo consiguió de la forma más puñeteramente estúpida que pudiera existir.

—Te ves de la mierda, *Frío*. —Gary tenía una tonta sonrisa en su rostro, sus ojos entre amarillos y rojizos le indicaron cuán drogado estaba.

—Entonces somos dos.

—Jeff está nervioso, pensó que no ibas a venir hoy.

—¿Contra quién voy? —preguntó, abriendo y cerrando los puños.

—Es el puto de James —murmuró Gary, mientras se abría paso golpeando torpemente a un trío de dos chicos y una chica que tenían las manos bastante ocupadas. Una sonrisa por poco abandona los labios del joven al escuchar el nombre de James.

—¡Ten cuidado imbécil o…! —Uno de los chicos del trío enmudeció al ver a Jared y solo se hizo a un lado.

Era una reacción natural que las personas tenían al verlo. Continuaron, y en cuanto entraron a las bodegas, pensó que finalmente iba a sonreír. Para alguien como Jared que dependía de la lucha, pelear contra el bastardo arrogante que estaba frente a sus ojos era como una buena dosis de droga. Y en ese momento ya no trató de convencerse de que era algo más que una amenaza. ¿Para qué hacerlo? Si la verdad era, que nadie estaba seguro a su jodido alrededor.

—Éste es tu nuevo celular, he guardado mi número y el de Nicole para cualquier cosa que necesites. —Adam extendió el celular hacia ella.

—No, no puedo aceptar eso, es demasiado…

—Anda, tómalo y llama a tu mamá o a tu papá. Sé que has estado aislada y no te mereces eso.

—Ese cabrón de tu hermano —masculló Nicole entre dientes. Adam solo sonrió a forma de disculpa, por lo que no quedó más remedio que tomar el teléfono —. ¿Ya comiste?, ¿no quieres que te traigamos algo? —preguntó después.

—Jared compró suficientes cosas, haré algo de comer, gracias —aseguró Brielle, la rubia suspiró.

—¿En dónde está, por cierto?

—Dijo que iría al despacho, mi papá lo quería ver, pero a estas horas la verdad no tengo idea de dónde está.

—Sí la tienes, Adam. Seguro está en ese antro de mala muerte… —Brie abrió los ojos de par en par, ¿se referirían al Cooper's?, ¿qué estaría haciendo él allá?

—O quizás esté con Zoey, no lo sé. Lamento mucho todo esto, Brie, esperemos que con el tiempo tome mejores decisiones, mi hermano está muy confundido…

—Tu hermano no es ningún niño, corazón. ¿Cuándo vas a dejar de justificarlo?

—Estaré bien —los interrumpió la castaña—. Estaré en casa cuando él vuelva y si necesito algo ya tengo manera de comunicarme. —Movió el celular frente a ellos regalándoles una tímida sonrisa.

—Está bien —murmuró la rubia.

Después de que la pareja saliera, Brie cerró la puerta y se arrojó a uno de los enormes sillones en la estancia. Se quedó contemplando su reflejo en la pantalla del celular, ¿estaría Jared con *Zoey?* Las curvas mortales de esa mujer sin duda eran algo que el joven estaría buscando, no había forma ni manera de competir contra ella.

¿Y competir como para qué? El pensamiento vino de la nada y se sintió ofendida consigo misma. ¿Por qué sentía tanta posesividad hacia alguien que nunca le había pertenecido? ¿Qué rayos le estaba pasando? Sacudiendo la cabeza, trató de enfocarse en pensamientos más coherentes, así que se encontró llamando a Natalie.

—*¿Diga?*

—Mamá… —Su voz se cortó con un sollozo.

—*¿Brie? Oh, Dios mío, ¿eres tú?*

—Sí. —Sorbió su nariz.

—*¿En dónde estás, mi niña?, ¿qué pasó, qué te hizo Spencer?* —Claro, su mamá seguramente no estaba enterada de las nuevas noticias.

—El padre de mi bebé apareció, me pidió que me fuera a vivir con él —mintió. Su mamá estaba muy enferma, ¿para qué atormentarla?

—*¿El joven al que Spencer quería ponerle una trampa?*

—Sí, él, bueno… no se lo tomó bien al principio, pero ahora me trajo a vivir con él a un departamento, es precioso, mamá… estoy muy feliz.

Claro, entiéndase por feliz, al menos tener un techo y comida.

—*Cielo, ¿pero entonces por qué te fuiste sin despedirte? Me temí lo peor…*

Sé que no tengo derecho a decirte qué hacer… yo… solo estaba preocupada.

A Brielle se le hizo un nudo en la garganta. Era difícil pensar que todo esto estaba pasando frente a las narices de su mamá y no hiciera nada para ayudarla, era increíble pensar que prefiriera a su padrastro por encima de ella y cada vez que lo pensaba, lejos de sentir algún rencor hacia la persona que le dio la vida, sentía un enorme vacío. Se sentía desprotegida y sola, terriblemente sola.

—Iré en cuanto pueda, mamá. ¿Tú estás mejor? —preguntó con una voz baja, a punto del llanto.

—*Sí… ya sabes, lo normal.*

—Tengo que colgar —susurró mientras lágrimas desbordaban ya por sus ojos—. Mamá, estaré en contacto. Te quiero.

—*Y yo a ti, cielo, guardaré tu número.*

Después de colgar, Brie miró hacia la ventana. El condominio estaba situado en una zona céntrica de Las Vegas, aquella ciudad calurosa que solo le

había traído problemas desde que se había mudado junto con Natalie. Y aunque trató, no pudo evitar sollozar ante la impotencia. Odiaba estar aquí, odiaba no poder ser libre.

Odiaba que su mamá hubiera puesto a Hank en sus vidas, aunque al principio ese hombre no era así, Brie entendió que para ambas fuera una sorpresa su radical cambio, lo que no lograba entender era cómo su mamá seguía con él. ¿Por qué permitía esto? Después de llorar lo que pareció una eternidad, por lo mismo de siempre, se repitió que el bebé no merecía esto y que ella no sería como Natalie.

Nunca.

Rogó porque el bebé aún no fuera capaz de sentir sus emociones mientras acariciaba suavemente su inexistente pancita. Más calmada, cocinó ravioles y dejó un poco de comida para el ogro, no fuera a ser que regresara de un humor de perros y no, no quería más problemas. Anduvo deambulando de aquí para allá por el enorme departamento, deteniéndose al ver asombrosos cuadros, o el baño inmaculado y fue así que descubrió que había dos habitaciones.

Se preguntó si podría dormir en una habitación y él en otra. Las maletas aún estaban hechas en la entrada, por lo que esperanzada, acomodó toda la ropa de él en una habitación y la poca ropa suya en otra. Quizás él se enojaría, pero no podía perder nada con intentarlo. Odiaba estar cerca de él tanto como a las cucarachas, Dios, es que ese hombre la ponía nerviosa, con esos profundos ojos azules, con ese semblante que precedía calamidades, con ese cuerpo de infarto que por alguna razón le provocaba… no, para qué ir ahí. El inútil ni siquiera la dejaba dormir, y dudaba mucho soportar otra noche en vela. Se sentía hecha polvo mientras preparaba todo para la escuela.

Pero entonces, un escalofrío la recorrió al pensar en eso, a veces la escuela era otro pequeño infierno.

—¡Dale en la puta boca, *Frío*! —rugió Owen agitando los puños. Todo el público estalló en gritos, alentados por la sed de sangre.

«Y dicen que los humanos tenemos raciocinio…», murmuró su voz interna mientras movía la cabeza en forma negativa.

James sonrió ante los gritos, haciendo un gesto con las manos invitándolo a venir, a seguir combatiendo. Jared sabía que debería asestarle un golpe en ese jodido rostro, cerrarle la boca era lo que todos querían… salvo él. El joven aún quería jugar más, y esa provocadora invitación le recorrió las venas como lava hirviendo. Odiaba al puto de James y Spencer lo sabía, sin duda ésta era otra de sus jodidas trampas.

James era sobrino de nada más y nada menos que de Nathan Douglas, uno de los mafiosos más influyentes además de Spencer. Golpear a su sobrino hasta la mierda solo traería problemas, y no a Spencer, claro que no. Sino a él. Y por estar malditamente distraído como últimamente le pasaba, no pudo leer el movimiento del cuerpo de James cuando se lanzó hacia él como si fuera a pegarle en el rostro, pero en el último segundo desvió el puño hacia su tórax.

El aire explotó en sus pulmones y el joven tosió curvándose, jadeando escupió sangre hacia un lado. El golpe había sido fuerte y contundente, haciéndolo literalmente ver borroso. Se apoyó en las rodillas intentando respirar, cuando observó los pies del rubio que se deslizaron rápidamente hacia la derecha, Jared pudo ver cuando dio un salto para enterrarle el codo en la nuca. Eso lo acabaría, sino fuera porque James era un pendejo.

No importaba cuánto dolor infringieran en él, solo alimentaba más su sed de pelear. Cada golpe causado por descuido, le traía a la mente la voz profunda y oscura de Caleb. El puro pensamiento le provocó una adrenalina inesperada, se enderezó alcanzando a quitarse del camino del rubio, dejándolo caer contra el suelo, seguido por el sonido característico de los huesos al quebrarse y un alarido desgarrador.

Jared dejó de perder el tiempo, estaba furioso por cómo estaban resultando las cosas, por estar distraído, por la pelea con Zoey, por sentir a su padrastro Caleb

susurrarle al oído y sin duda, hasta la mierda por la jodida perra de Brie viviendo con él, así que embistió contra el hombre que gruñó mientras su cabeza chocaba contra el suelo al tener a Jared encima, los ojos azules del joven bailaban locos de furia, y tenía los tendones del cuello tensos cuando descargó el puño contra la garganta del rubio.

Otra vez se había dejado llevar por la violencia.

Lo supo porque en algún momento, Jeff y Owen estaban empujándolo con todas sus fuerzas intentando retirarlo del ring, Gary le gritaba cosas que se escuchaban distorsionadas. Terminó despatarrado en algún sofá, empujando a Lillian y a Layla que intentaban limpiarle el rostro con un montón de hielo.

—*Frío, Frío*, ¿qué voy a hacer contigo? —Spencer entró negando con la cabeza, llevaba una de sus ridículas batas color escarlata—. Puteaste hasta la madre a James y eso no tendrá consecuencias agradables.

—Dejaré de pelear aquí si eso es lo que quieres —dijo antes de escupir más sangre hacia un lado.

—Sabes que eso no es lo que quiero, pero si la familia Douglas te encuentra en las calles… bueno, puede pasarte algo y no solo a ti. Sino también al hijo que estás esperando.

Jared iba a reclamar el hecho de que dejaran a James entrar a las bodegas, pero cuando procesó las palabras *el-hijo-que-estás-esperando,* toda discusión quedó de lado, la furia lo invadió haciéndolo ver todo rojo.

—Nadie se va acercar a él, ¿entendiste? —rugió, poniéndose de pie y asustando a las chicas quienes mejor decidieron irse. Spencer suspiró con cansancio mientras se aseguraba de cerrar la puerta para dejarlos solos.

—Eso podemos arreglarlo, pero hay otras cosas que tú necesitas arreglar para mí. No le he dicho a Zoey sobre tu "pequeño" problema, no lo he hecho porque se pone mal si hablamos de ti —suspiró negando con la cabeza—. Es tan estúpida, no puedo creer que se enamorara del más jodido de todos los jodidos. Te pedí que te alejaras de ella por las buenas y no lo hiciste —apuntó, sus ojos negros lo miraban en aparente calma.

—Entonces mandaste a una niña para embaucarme.

—Esa *niña* también me debía favores —contestó moviendo la mano, restándole importancia.

—¿Qué favores? —preguntó realmente curioso, ¿qué mierda podía deberle esa chiquilla a alguien como Spencer?

—Que te los cuente ella, lo que me interesa es lo siguiente. Vas a dejar a mi hija, vas a decirle que te enamoraste de otra, que la embarazaste o como mejor quieras arruinarlo, y lo vas hacer con tacto, de forma paulatina.

—No voy a dejar a Zoey —siseó, pasándose una mano por su desastroso cabello. Spencer siguió hablando como si no le hubiera escuchado.

—Anna y yo nos encargaremos de que Zoey tome el medicamento para que no reaccione tan mal. —Miró distraídamente a las bailarinas que habían salido por las plataformas—. Otro intento de suicidio es algo por lo que no sería capaz de pasar.

—No-voy-a-dejarla.

—Ya déjate de estupideces, Jared, porque estás acabando con mi paciencia, si no te encargas de esto cuanto antes, yo no haré una mierda por contener a la familia Douglas y tú sabes cómo son. Un día puedes encontrarte con que la pobre de Brielle apareció violada y degollada en algún terreno. ¿Quieres eso?

Lo que le pasara a esa niña lo tenía sin cuidado, ¿pero el bebé?

—Ya déjate *tú* de estupideces. Zoey y yo hemos pasado por cosas peores que tus putas amenazas. ¿Por qué no te vas haciendo a la idea?

—Bueno, sobre aviso no hay engaño. Me tengo que ir, pero piénsalo, *Frío.* No quiero más incidentes.

Acto seguido se dio la media vuelta y salió de la habitación dejándolo furioso. A los segundos, Gary entró acompañado por la perra sonriente de Allison y una chica de cabello corto y lacio, que si mal no recordaba se llamaba

Katie.

—*¡Frío!* —gritó la rubia acercándose a él—. ¿Qué te hicieron? Oh, Dios mío —chilló escandalizada.

—Dame eso. —El joven le arrebató a Gary un poco de lo que parecía heroína.

—Tómatelo con calma, *Frío*. Spencer solo está intentando amedrentarte, Jeff

ya se encargó de sacar a James y sobrevivirá. Nathan no te va a tocar, a los Cooper les conviene todas las ganancias que tú les dejas, el viejo solo está furioso porque estás con su hija, es todo.

—¿En dónde tienes a Brie? —interrumpió Katie. Tanto Allison como Gary la miraron con expresiones horrorizadas, él por su parte elevó una ceja ante su tono exigente.

—¿A ti qué más te da en dónde la tenga?

—Te advierto que si le haces daño… —Jared se puso de pie y todos retrocedieron, menos la pelinegra.

La chica estaba vestida en una diminuta falda de látex que no dejaba nada a la imaginación. Las medias de red terminaban en unos tacones que la elevaban por lo menos doce centímetros. Su tono y su altanería le recordaron un poco a la castaña.

Ya iba entendiendo quién la había mal influenciado.

—Nadie nunca me advierte nada, ¿escuchaste, perra? En donde yo tenga a esa *cualquiera* es algo que no te incumbe —aseguró, antes de inhalar un poco más y sentir cómo su cuerpo comenzaba a cosquillear.

—Por tu bien espero que la tengas a salvo, te lo advierto —lo retó con una sonrisa que lo encabronó a grados insospechados, pero no le dio tiempo a nada porque ella se dio la vuelta, balanceando sus caderas hasta salir de la habitación.

.

.

.

Brie se despertó abruptamente al escuchar ruidos.

El terror la hizo estremecerse de miedo y tirar de las cobijas hasta taparse la barbilla. *Hank no podía entrar, por favor...* Parpadeó confundida tratando de ubicarse y no supo si sentirse aliviada o no. Por un lado no estaba cerca de su padrastro, no iba a golpearla ni a zarandearla, pero por el otro…

Jared irrumpió en su habitación. Su enorme cuerpo enfundado de negro lo hacía parecer una enorme y peligrosa sombra, su cabello era un absoluto desastre, y lo que más preocupó a Brie fue un marcado golpe que tenía en el pómulo izquierdo.

—¿Te he despertado? —Su voz fue ronca y áspera.

—Sí.

—Así que ésta será nuestra habitación —arrastró las palabras. Afilados ángulos enmarcaban su rostro, y cuando una de las esquinas de su boca se elevó en una media sonrisa, el corazón de Brie dio un vuelco.

Diablos, esperaba que no quisiera comenzar a cumplir sus amenazas, decidió mejor distraerlo.

—¿Q-Qué le ocurrió en el rostro?

—Me peleé con un bastardo.

—¿Todo lo arregla a golpes, no? —La boca del joven se curvó en una lenta y seductora sonrisa.

—Esa boca sarcástica tuya… tengo otras formas de arreglar las cosas… —Comenzó a caminar… bueno más bien daba tumbos hacia ella—. ¿Quieres ver?

—A-Aquí no hay problemas, no hay nada qué resolver —susurró, recogiendo sus piernas contra su pecho.

Él puso los ojos en blanco y en un movimiento inesperado se dejó caer contra la cama, cayendo de espaldas. Ella gritó cuando el colchón la impulsó hacia arriba haciéndole perder el equilibrio.

—Siempre te estás cayendo —canturreó mirándola. Brie mordió su labio para evitar contestarle, Jared olía a cigarros y algo más, y entre toda esa mezcla aún quedaban rastros de su colonia—. No te muerdas el labio.

—Sangró… —comentó, viendo la sangre seca en la comisura de sus labios.

Él suspiró dándose la vuelta mirando hacia el techo.

—Es sangre de otra persona, un asqueroso hijo de puta… me quitaré la camisa…

Torpemente pero se desabrochó los botones, luego hizo ademán de quitarse la camisa pero no pudo levantarse, su brazo izquierdo tenía un gran hematoma y dificultaba sus movimientos, por lo que con un bufido se dejó caer derrotado. Brie se sorprendió a sí misma inclinándose hacia él en un intento por ayudarlo.

—¿Qué haces? —preguntó mirándola extrañado, sus ojos azules estaban oscurecidos, lucían más profundos e hipnóticos—. No necesito tu puñetera ayuda.

—Entonces supongo que los bufidos y las muecas de dolor que está haciendo son imaginaciones mías.

—Esa boca… —Sonrió negando con la cabeza, levantó una mano y le rozó el labio inferior haciéndola estremecer, él suspiró e intentó incorporarse, por lo que la castaña le ayudó a quitarse la camisa. Agradeció sinceramente cuando él no arguyó más, sabía que estaba lleno de orgullo, pero seguramente debía dolerle como el infierno para dejar que…

—*Diablos* —gimió al ver las contusiones en su pecho—. ¿Contra *qué* peleó?

—Enojada, se levantó de la cama para ir al cuarto de baño donde encontró algunas gasas y alcohol.

Cuando volvió, encontró a Jared roncando quedamente. Sus largas piernas colgaban de la cama por lo que aprovechó para quitarle las botas del terror, él balbuceó incoherencias pero no se despertó. Tenía el pecho lleno de cicatrices viejas, y mientras le limpiaba los restos de sangre, no pudo evitar ver la tabla de chocolate que era su abdomen.

Una súbita imagen de él en esta misma pose y debajo de ella arqueándose en placer, la sacudió como un cable de alta tensión. Se le cayeron las gasas. Dios, respiró hondo mientras las recogía, evidentemente las hormonas estaban haciendo su trabajo, destruyéndole el cerebro, malditas fueran. Enojada, continuó limpiándole, tratando de no distraerse ni con esos músculos ni con los tatuajes…

pero no pudo.

Como en un trance, acercó la mano titubeante deslizándola por sus duros abdominales, diciéndose a sí misma que solo quería quitarle los restos de sangre, tenía demasiados tatuajes pero destacaba el de un eclipse en el brazo y otro en la parte interna de sus bíceps, cuando llegó a su costado derecho, trazó con el borde de los dedos los elaborados tribales hasta las letras que estaban en forma vertical, se preguntó qué significarían, cuántos más tendría y si no le dolería tatuarse tanto aunque quizás no, al parecer amaba el dolor.

—¿Te gustan? —preguntó una voz ronca. Brie pegó un grito y un poco de alcohol se derramó sobre el pecho del joven haciéndolo sisear—. ¡Mierda!

—Lo siento tanto. —Se apresuró a secarlo.

—Ya déjame. —Intentó levantarse pero ella le detuvo el pecho empujándolo con facilidad hacia atrás.

—No, terminaré lo que estoy haciendo. Recuéstese —ordenó en tono autoritario.

Y si Jared no estuviera tan drogado y la odiara tanto, pensaría que era sexy.

Una gatita fuerte y autoritaria. Cerró los ojos y a los pocos segundos volvió a quedarse profundamente dormido. Brie cerró el alcohol y tiró las gasas. Regresó del baño y se quedó mirándolo un par de segundos, pensando que en ese estado en que el joven se encontraba, podía… *huir.*

Podía acudir a las autoridades y decirles que un drogadicto la tenía secuestrada. Ya fuera que después lo dejaran salir, pero ella podía aprovechar para perderse. ¿Pero a dónde iría? ¿Y si le hacía algo a su mamá?… Un lastimero gemido la hizo dar un respingo, miró sobre su hombro, él se había

curvado ligeramente hacia un lado, uno de sus poderosos brazos extendidos a lo largo.

Tenía una mueca de dolor.

Jared podría ser un ogro de lo peor, por eso ahora mismo le resultaba desconcertante verlo indefenso. Después se regañaría por esto, pero inconscientemente se acercó a él y se recostó a su lado quedando enfrentada a su rostro. Tenía los pómulos marcados y unas pestañas largas, envidiablemente rizadas y claro, su ceño permanentemente fruncido. El joven había sido rudo con ella, amenazante e incluso brusco, pero nunca le había hecho daño… como Hank.

Brielle no pudo dejar de preguntarse por qué no la había lastimado, puesto que estaba acostumbrada a que a la más mínima equivocación, su padrastro se descargara contra ella. Quizás por el bebé. Él volvió a gemir y su enorme cuerpo se sacudió. Dios, por alguna extraña razón quería ayudarlo, temerosa deslizó los dedos por su cabello en un intento por reconfortarlo y se sorprendió de lo increíblemente suave que era.

—Eres un ogro, estoy segura de que en cuanto despiertes vas a gritonearme y amenazarme, y sin embargo aquí estoy tratando de aliviarte…

De pronto, Jared la sorprendió impulsándose hacia donde se encontraba.

Brie se quedó paralizada cuando le pasó un brazo por la cintura y la arrastró hacia él, suspiró satisfecho enterrando el rostro en su cuello.

—Si te resulto tan horripilante, ¿por qué lo haces?… —Brielle parpadeó atónita ante lo suave de su voz.

—Yo… no… no lo sé.

La mano que él tenía en su cadera, ascendió lentamente por lo largo de su cintura, se deslizó entre sus pechos para quedarse finalmente sobre su corazón. Brie aspiró audiblemente una bocanada de aire sin darse cuenta hasta ese momento que había dejado de respirar. Él se retiró de su cuello, y sus ojos antes vidriosos, ahora eran oscuros como dos profundos pozos, le robaron el aliento.

—¿Por qué? —insistió.

—No soy tan mala como cree que soy. —Él volvió a tirar de su cintura haciendo que cada curva de su cuerpo quedara en contacto con la de él, entonces envolvió una de sus manos en un puñado de su largo cabello e inesperadamente la acercó a sus labios.

—Lo que creo es que estás queriendo manipularme, fingiendo que eres una jodida santurrona samaritana. —Su voz era grave y terriblemente gutural.

—Eso no es cierto…

—Sí lo es y ¿sabes qué?, es hora que cumplas una de tus funciones.

—¿C-Cuál? —balbuceó jadeante.

—Satisfacerme.

Capítulo Cuatro

Qué romántico.

Pensó después de que las palabras *satisfacerme,* abandonaran sus labios.

Jared incluso se sorprendió a sí mismo diciéndolas, respiró hondo y por un momento se sintió confundido, estaba rodeado por un fresco aroma frutal y, definitivamente, éste era el último lugar donde pensó que iba a terminar este día de mierda.

Claro, encabronar a Zoey y a su padre tampoco estaba en sus planes, de hecho no pensaba haber recibido golpes ni tampoco darlos… pero nuevamente, debajo de él estaba la prueba de que el día no había acabado. Mirándolo con grandes ojos mientras él tenía las manos enredadas en su suave cabello y su olor como jodido sándalo, rodeándolo.

—En la cocina dejé la comida. Puede satisfacerse —aseguró la castaña. Jared parpadeó procesando sus palabras, estaba drogado, pero en serio ella tenía que estar jodidamente bromeando.

—Estoy viendo a mi comida justo aquí. —Odió el tono ronco de su voz, pero tener esos malditos pechos suaves y redondeados presionados contra su pecho, le hacía cosas jodidas a su revolucionado cuerpo.

—Dijo que no me mordería.

—¿Siempre estás enumerando lo que digo?

—Yo no lo llamaría enumerar, sino *recordar.* —Ella intentó empujar su pecho, por lo que Jared la presionó más contra el colchón, colándose entre sus piernas.

—Bueno, entonces dime, ¿qué más recuerdas que te he dicho?

—Mejor hablemos de lo que *no* me ha dicho —respondió malhumorada, sus mejillas estaban arreboladas y tenía que darle crédito, no estaba jodidamente gritando ni aventando cosas como Zoey… aunque claro, tampoco era como si pudiera hacerlo.

—¿Qué quieres saber?

—¿De dónde viene? —El joven elevó una ceja, ella estaba hablando muy en serio. Por instinto o por placer, se acercó a ella aún más, disfrutando del puñetero y ridículo rubor en sus mejillas, disfrutando de su respiración entrecortada. Deslizó los labios cerca de su oreja para murmurar:

—Vengo de cogerme a mi novia. —No pudo evitar sonreír al sentir todo el cuerpo de la chica tensarse.

—Es un idiota. —Comenzó a revolverse bajo su cuerpo como si fuera un ratón asustado.

—Te estoy diciendo lo que malditamente querías escuchar, ¿no es así? —espetó molesto, sujetándole las manos, llevándolas por encima de su cabeza. ¿Por qué las mujeres hacían preguntas cuyas putas respuestas no querían escuchar?

—Suélteme. —Se arqueó debajo de él en un intento por zafarse, logrando un efecto por demás contrario.

—Deja de moverte. —Puso un poco más de peso sobre ella para intentar contenerla.

—Usted se queja de mí porque no le cuento la verdad, cuando claramente usted tampoco lo hace… —renegó tirando de su cabello.

Buen punto, salvo por que él no le debía ninguna puta explicación. Ella no le gustaba, de hecho, la parte donde la odiaba quedaba corta para todo lo que sentía cada vez que pensaba en ella. Pero su cuerpo... a ese cabrón no le importaba nada, no sabía de orgullo ni de prejuicios. Brielle era una mujer, aunque su mente se negara a aceptarlo, una que además llevaba a su hijo.

—¿Crees que no estuve con mi novia?

—Sí lo creo, y también creo que estuvo en una jaula luchando con algún animal salvaje… —jadeó, tirando con más fuerza de su cabello despertando con eso aún más su deseo por poseerla.

—¿Alguna vez fuiste a las *bodegas*?

—¿Bodegas? No sé de qué está hablando. —El cabello castaño le enmarcaba su rostro blanco y angelical, sus ojos grandes del color de la miel lo miraban enojados. Jared se preguntó si de nuevo le estaría mintiendo, o si tan solo adivinó lo que realmente había estado haciendo.

—Es un lugar donde peleo, porque para tu jodida información, me gusta pelear, es como una droga para mí.

—¿Y después de que pelea se siente mejor?

—Sí, mucho mejor. —En un movimiento deliberado se onduló contra ella, pelear siempre lo dejaba excitado.

El jadeo ahogado que soltó la mocosa le hizo sonreír. Al principio le gustaba cuando Zoey lo recibía con los brazos abiertos. Él ganaba una pelea y ella lo recibía frenética, tenían sexo descontrolado y carnal como si ambos celebraran que había ganado, mientras ella le gemía —literalmente— que estaba orgullosa de él. Y por primera vez en su miserable vida sintió que le importaba a alguien. Sí, como un jodido marica, pero se sintió tan malditamente bien que fue así que se involucró de otra forma con ella.

—Pues no se ve mejor. —Brie le enterró las uñas sobre los hombros y eso le

mandó una descarga de placer directamente a su entrepierna.

—¿Y a ti qué más te da? —gruñó.

Ella mordió su labio de nuevo, luciendo toda niña de diecisiete. ¿Qué diablos le estaba pasando?, ¿por qué no solo la dejaba ir y ya? Era insano cómo le soltó las manos para tocarle el rostro, era estúpido cómo liberó el labio de entre sus dientes con el pulgar para luego dejar los dedos ahí, sintiendo su suavidad. Fue de lo más jodido evocar su sabor y desear probarlo de nuevo.

Llevó una mano a su cuello donde pudo sentir lo desbocado de su respiración, incluso el latir de su corazón. Podría rompérselo justo aquí y ahora, y si no estuviera embarazada quizás se lo habría pensado, porque la odiaba hasta la muerte. ¿Entonces por qué mierda en lugar de eso, bajó más la cabeza y rozó sus labios con los suyos?

Y para colmo, no lo hizo de forma brusca ni violenta como solía hacerlo con Zoey, de hecho, se sentía estúpido como si le estuviera dando un beso a una criatura por demás inocente e inexperta… precisamente toda la mierda que *no* era Brielle. Ella se tensó, todo su cuerpo se volvió rígido lo que le mandó una descarga de placer, quería que le tuviera miedo. Así que lo hizo de nuevo, tiró de su labio inferior y luego profundizó el beso, pero para su puta sorpresa en lugar de miedo, fue recompensado con un gemido.

Ella jodidamente gimió.

Y no fue uno de esos gemidos temblorosos del estilo: *¿qué mierda me estás haciendo?* No. Más bien fue un jodido gemido del estilo: hagámoslo lento y concienzudamente. Puta mierda. El sonido fue directo a su pene que se endureció al instante. El deseo lo recorrió como una descarga y se encontró explorando su boca con ardor, su lengua saqueando todo lo que encontraba a su paso y esta vez no con la intención de hacerla enojar, lo estaba malditamente haciendo por necesidad, y aunque una parte de su cerebro le estaba gritando que era un pendejo, la otra quería más.

El cuerpo de ella era suave, pequeño pero hecho a la medida. Aunque muchas adolescentes de diecisiete años ni siquiera tenían pechos, Brielle tenía dos majestuosidades. Sus caderas pronunciadas y suntuosas lograrían soportarlo en el frenesí que lo poseía después de cada pelea en las bodegas, el puro pensamiento logró que toda clase de posturas indecentes se pasearan por su retorcida mente. Los rasgos de su pequeño rostro eran finos, delicados con una nariz diminuta y respingona, ligeras pecas bañaban sus mejillas y esos labios…

La droga le estaba matando neuronas y no le había dado la importancia debida hasta hoy.

Porque no había justificación en el mundo para sentir lo que estaba sintiendo. Y de hecho, se asustó con el camino de mierda que estaban tomando

sus pensamientos. No iban a hacerlo, no la tocaría jamás de esa forma, y no porque la respetara, claro que no… Aunque de hecho, debería tomarla las veces que quisiera porque había pagado por ella, era su perra después de todo.

Pero no lo haría porque al parecer a ella le *gustaba esto.* ¿O cómo mierda explicaba los delicados dedos de ella paseando por su cabello, a veces tirando a veces acariciando? ¿O por qué cuando se onduló contra ella simulando el acto, ella dejó escapar otro gemido necesitado? Frustrado hasta la mierda, comenzó a besarla de forma ruda, cruel, castigadora y brutal, mordisqueándole los labios y clavándole las manos con fuerza en la cintura, porque después de todo, ella era la única culpable de que su vida de mierda increíblemente empeorara.

Sin embargo, los pensamientos comenzaron a acumularse uno tras otro en su mente logrando retirarlo de esos labios infernales, también hubiera querido retirarse de ese cálido cuerpo que realmente lo hacía sentirse como si estuviera en llamas, pero por el contrario se encontró besándola a lo largo de la mandíbula, totalmente poseído por su puñetero aroma. Olía tan malditamente bien, a lavanda, a sándalo… *estaba jodido.*

Humillado, se retiró de encima de ella haciéndolo con torpeza, puesto que aún se sentía algo *grogui*, y como pudo rodó hacia un costado, oficialmente convertido en el ganador de los pendejos. Estaba respirando como si hubiera corrido un jodido maratón cuando se levantó de nuevo decidido a marcharse, necesitaba volver a su cuerpo, necesitaba controlar su respiración a su estado "antes-de-querer-cogerse-al-enemigo".

.

.

.

Brielle observó la enorme figura del joven dando tumbos mientras salía de la habitación, e inmediatamente después contuvo las lágrimas.

¿Y a ti qué más te da?

Eso había preguntado el ogro, y *exacto,* ¿a ella qué más le daba? Que lo golpearan hasta matarlo, que se hiciera daño con sus estúpidas peleas, de verdad nada de eso debería importarle, incluso debería alegrarle. Dios, lo odiaba tanto. Si él desaparecía, por fin ella sería libre… pero desgraciadamente muy en el fondo le importaba. Por un lado lo detestaba, y mucho, pero por el otro estaba siempre esa sensación de querer proteger a los demás, tal como lo había hecho con su propia madre. Jared se veía tan abatido como Natalie, así que no podía odiarlo completamente aunque lo intentara.

Se permitió incluso por un momento pensar qué le habría pasado para que fuera así.

Respirando aún el olor de él impregnado en las sábanas, la castaña se tocó

los hinchados labios mientras miraba por la ventana, la noche era como él: fría y oscura. Trató de dormir pero su mente estuvo viajando de un pensamiento a otro, mandándola hacia una espiral de pesadillas interminables. Todas relacionadas con profundos ojos azules.

Por la mañana se sentía tan cansada que no podía abrir los ojos. Las sienes le pulsaban como el día que había bebido de aquel horroroso trago que le había dado Spencer, e inmediatamente el recuerdo del sabor del líquido hizo que las náuseas aparecieran. Salió disparada hacia el baño, por poco se cae antes de llegar al inodoro y vomitar la cena de la noche anterior… y un poco más.

—¿Brielle? ¿Qué mierda? —Muy en la distancia escuchaba esa voz aterciopelada. Se sentía tan débil que no creía que pudiera ponerse de pie—. ¿Qué te pasa?

—Estoy embarazada, tonto —comentó con odio entre arcadas. Él no le respondió, por el contrario, la sorprendió luciendo alarmado mientras le retiraba el cabello de la cara—. N-No… —Peleó contra sus manos, no quería verlo ni que la ayudara pero, ¿a quién quería engañar? Se sentía tan débil que no podía ni siquiera moverse, así que cerró los ojos derrotada.

De pronto, fuertes y tatuados brazos la levantaron con un cuidado desconcertante, haciéndola sentir como si fuera una muñeca de trapo. La loción de Jared se coló por su nariz mientras la llevaba a su alcoba donde la recostó, al sentir las frías mantas Brie no pudo evitar suspirar, diablos, le dolía la cabeza y el estómago. ¿Cuándo se iban a terminar las náuseas?

—Llamaré a Nicole…

—No es necesario —dijo con voz ronca—, todas las mañanas me pasa lo mismo… estoy cansada, es todo. —Él se quedó ahí, luciendo inseguro, abriendo y cerrando las manos en puños.

—Lamento haberte jodido la noche… es decir, yo… lamento haberte desvelado. —Lo miró, extrañada de que estuviera balbuceando y pudo distinguir...

¿culpa?

Grandes círculos oscuros surcaban sus ojos azules, el golpe en su pómulo se había puesto peor y tenía el cuerpo tenso.

—Tengo que vestirme para ir a la escuela…

—Preferiría que no fueras.

—Yo tampoco quisiera ir, pero es mi último semestre en la preparatoria…, necesito ir. —Por un momento pensó que dado que era un ogro, le diría que ya no fuera, pero por el contrario la sorprendió diciendo:

—Te traeré agua… avísame si necesitas algo más.

Dicho eso salió como alma que lleva el diablo, como si ser "normal" le

costara la misma vida. Brie contuvo una sonrisa, cerrando los ojos pensó que cada día lo entendía un poco más. Jared era un ogro, pero no uno consumado, la vida lo había vuelto así, era muy claro. Incluso ella le había hecho daño y estaba segura de que bajo todas esas capas de maldad que él fingía tener, había más que eso.

Suspirando, se duchó rápidamente, el agua caliente relajó sus músculos y se llevó los mareos. Se vistió atropelladamente tratando de no demorarse y bajó hacia el comedor donde se detuvo en seco al encontrarse con Jared.

—Pensé que querrías algo… pero no sé hacer otra mierda más que cereal —comentó, mirando la despensa y dándole la espalda.

Brie parpadeó confundida y, cuando él se giró para mirarla, volvió a parpadear, esta vez deslumbrada. Estaba increíble justo en ese lugar, con el sol bañándole el rostro y robando increíbles destellos a su cabello negro.

—Está bien, yo… haré el desayuno. —Aún asombrada de su extraño acto de generosidad, así como de su belleza absurda decidió prepararle un buen desayuno.

Cocinó un *omelette* con jamón, queso y champiñones. En una copa agregó un poco de fruta y sirvió jugo, no podía hacerle algo más elaborado porque llegarían tarde, y cuando puso el platillo frente a él, para su deleite, dejó a Jared con la boca abierta.

—Esto se ve delicioso —murmuró, para después esbozar una sonrisa torcida. Brie intentó no ruborizarse ni tampoco devolverle la sonrisa, por más contagioso que fuera.

—Espero le guste.

Dicho eso, también intentó no observar los modales con los que comía, bastante refinados para un cuerpo tan grande y una fachada tan ruda. Trató de dejar de mirar esos largos dedos, o los tatuajes en su antebrazo y se enfocó en su vaso con fruta, incapaz de comer nada más por el momento.

—De nuevo estás desayunando muy poco.

—Es tarde, ¿podemos irnos? —Él profirió un par de maldiciones antes de levantarse y tomar su chaqueta.

Brie lo siguió en silencio, lamentando un poco el haber arruinado su buen humor y cuando subieron al elevador, cerró los ojos odiando su delicioso olor o la corriente eléctrica que sentía atravesarle el cuerpo. La chaqueta de cuero negra resaltaba su pálida piel, marcando cada uno de sus rasgos, desde la marcada mandíbula cubierta por una incipiente barba, hasta las ridículas y pronunciadas pestañas. Lo habían golpeado y, aun así, lejos de restarle belleza se veía increíblemente guapo y… muy bien, tenía que cambiar el rumbo de sus pensamientos ahora mismo.

—¿A qué hora sales? —preguntó el joven, deteniéndose al lado de una enorme motocicleta. Brie vio la máquina con horror.

—¿M-Me llevará en eso?

—¿Tú qué crees?

—Nunca me he subido a una, además llevo falda.

—¿Ahora resultaste pudorosa? ¿En serio, *tú*? Por favor no me vengas con esas mierdas, igualmente nadie te verá porque irás detrás de mí. —Le tendió el casco—. Súbete.

Brie se quedó callada pensando en un ingenioso comentario, si no perspicaz, esperaba que al menos rayara en lo sarcástico; elevó el mentón, abrió la boca para soltarle un par de cosas pero, cuando encontró sus ojos, todo sarcasmo, odio, hilo de pensamientos, quedó de lado. Incluso, por un momento le pareció que la veía de forma hambrienta, sembrándola justo donde estaba. A Brie se le atascó la respiración en la garganta y no pudo desviar la mirada, incluso cuando el joven le sonrió ladinamente. Todo en él despertaba algo en Brie que nunca había sentido:

miedo, deseo incluso curiosidad. Desde su descontrolado cabello hasta sus tormentosos y fríos ojos.

—Interesante —comentó mirándola de arriba abajo. Brie sacudió la cabeza saliendo del estupor, no quería preguntarle a qué se refería, y sin buscarse más problemas, se puso el casco.

Lo rodeó con precaución de la cintura puesto que sabía que estaba golpeado, pero entonces… el rugido de la moto fue estruendoso cuando aceleró. Brie sintió que el corazón se le trasladaba a la garganta y se abrazó a él con más fuerza, entre sus manos el joven se estremeció, seguro le dolía, pero por ningún motivo iba a dejar de sujetarlo.

Y conforme fueron desplazándose entre las calles, Brie se encontró realmente aterrada, incapaz de cerrar los ojos y aunque el aire frío le escocía, no pudo siquiera moverse. Se concentró en no vomitar, no podía hacerlo otra vez. Así que recurrió a la única cosa que por alguna ridícula razón lograba calmarla, enterró el rostro en esa musculosa espalda. Jared se deslizaba con facilidad entre los autos, como si él y la motocicleta fueran una misma persona; iban demasiado rápido, cada vez a mayor velocidad, y cuando pensó que ya no podía contenerse más, finalmente se estacionó en la esquina del instituto.

—¿Entonces, a qué hora vengo? —preguntó sobre su hombro. Pero ella no podía responder ni moverse—. ¿Brielle?

—C-Creo que necesito sentarme.

—¿Otra vez te sientes mal?, ¿es el bebé?

—Estoy mareada… —Él se bajó rápidamente y la ayudó a bajar con

cuidado. Brie literalmente se desplomó en el suelo y enterró el rostro en las rodillas.

—Lo lamento, no pensé que fuera a ocasionarte esto…

—Es que por todo tengo náuseas.

—La próxima vez cierra los ojos, será más fácil.

—La próxima vez le vomitaré en la espalda, hice un esfuerzo hercúleo para no vomitarle el desayuno, no tendrá tanta suerte otra vez —gimió molesta, pero entonces lo escuchó.

Una risa, una verdadera risa masculina y retumbante brotó de su pecho.

Desconcertada, dejó su postura para mirarlo y lo encontró a pocos centímetros de su rostro, la dejó aturdida, incapaz de desviar la mirada, justo así se veía extremadamente joven y guapo.

—Entonces… ¿a qué hora vengo por ti? —indagó sonando divertido.

—¿Vendrá en la moto?

—Pues… —Se pasó una mano por el cabello—. Veré si puedo pedirle el auto a Adam.

—A las dos y media.

—Entonces nos vemos a esa hora, y creo que ya sabes…, no se te vaya a ocurrir largarte a ninguna otra parte. —Brie puso los ojos en blanco mientras se ponía de pie.

—Ya debería de darse cuenta que no me pienso escapar, puede confiar en mí —gruñó molesta sacudiendo su falda.

—¿Confiar en ti? Dime por favor que es una de tus puñeteras ocurrencias — murmuró burlonamente. Ella se contuvo de ponerle los ojos en blanco de nuevo, y por el contrario se ajustó la mochila apresurando el paso.

—Lo veré a esa hora.

—Solo a un imbécil se le ocurre llevar a su novia embarazada en motocicleta. ¿Qué clase de retraso tienes, en serio?

—Esa mujer no es nada mío. —Jared abrió y cerró las manos en puños tratando de relajarse. Nicole Hudson no iba a lograr su cometido, no la golpearía aunque al parecer estuviera rogando por ello.

—Nicole, no le hables así a mi hermano. Ya vio que hizo mal y por eso me está pidiendo el auto, y el tuyo es perfecto.

—¿Y por qué tiene que ser mi auto? —preguntó molesta.

—Porque no tengo otro puto remedio, lo último que quisiera es algo de ti, pero al parecer esa niña se desmaya por todo —la interrumpió encabronado.

—Está embarazada, Jared —comentó Adam, tratándolo también como si

tuviera un retraso, lo que naturalmente lo encabronó a grados descomunales—. Te prestaré el *Mazda* de Nicole porque será más fácil para ustedes, estoy seguro… y a ti, amor… —Deslizó un brazo entre la cintura de su esposa y la acercó a sus labios —, creo que podemos ver ese *BMW* que hace tiempo has querido.

—¿En serio? —Ahora sonaba contenta, malditas mujeres.

—Sí, lo prometo. De hecho, hermano… —Lo miró con una sonrisa—. ¿Por qué no te compras un auto con el dinero en tu cuenta?

—No voy a tocar dinero que no es mío —siseó.

—Ya déjate de estupideces, necesitas comenzar a utilizarlo, ver las cosas del bebé, llevarla al doctor, decorar la habitación de tu futuro hijo… a menos claro, que hayas pensando bien lo que te ofrecí —comentó de forma seria, y el aire en la habitación bajó algunos grados. Jared parpadeó sintiéndose muy abrumado.

Detestaba usar el dinero que su papá le había dado, siempre había sentido que no pertenecía a los Brown y tomar de ese dinero lo hacía sentir como si les debiera algo. Y estar en puñetera deuda con las personas siempre implicaba muchas cosas. Justo ahora, quería gritar de frustración.

—¿Por qué estás todo golpeado, Jared? Está claro que no vas a poder cuidar de nadie si sigues así.

Efectivamente, tenía que cambiar muchas cosas por ese bebé, tendría que llevar a esa niña a consulta, no le gustaban nada esos jodidos desmayos, y estaba demasiado delgada y pálida, además tendría que dejar la moto y conducir el estúpido auto de Nicole, pero lo peor, tendría que tomar de ese dinero porque:

—No hay manera de que te dé a mi hijo, ni en ésta, ni en ninguna otra vida, Adam.

—Cálmate, hermano, no todo lo que hago es con afán de molestarte. No me quiero quedar con tu hijo como si fuese un maldito roba niños, te lo estoy diciendo porque también existe la policía, ¿cómo vas a explicarles que te dedicas a golpear personas ilegalmente? ¿Cómo vas a educar a una criatura de ese modo? —Suspiró sacudiendo la cabeza—. Mira, tan solo… llévate el auto, puedes guardar tu motocicleta en el estacionamiento subterráneo, le diré a Frederic que la vigile.

«La verdad no peca pero incomoda, ¿no?», murmuró su estúpida voz interior. Enojado, iba a decirle a su hermano que no quería su jodido auto cuando en sus bolsillos su celular vibró. Frunció el ceño al ver el número.

—¿Qué quieres tan temprano? —preguntó al tiempo que se despedía con un gesto de mano de su hermano y su fastidiosa esposa.

—*Te quiero en el Cooper's, ya.*

—¿Y si no quiero ir?

—*No estoy de humor, Frío, trae tu culo para acá inmediatamente.*

Se hubiera molestado más, de verdad que lo habría hecho, pero la llamada parecía importante viniendo de Jeffl Cooper. Minutos después se seguía sintiendo extraño, el auto había resultado más cómodo y veloz de lo que había pensado, malditamente veloz. ¿Qué tenía que hacer una fastidiosa mujer como Nicole con un auto así? Quizás se lo compraría después de todo.

En cuanto descendió del automóvil, el olor a tabaco que seguía brotando a raudales por debajo de la puerta del Cooper's le golpeó en el rostro, se preguntó si alguna vez ese olor se iría del todo aunque no estuviera abierto el lugar.

—*Frío*, ¿qué haces aquí tan temprano? —preguntó Owen dejándolo pasar.

—Jeff me llamó.

—Entonces supongo que debes darte prisa.

Claro, cuando alguno de los hermanos llamaba, todos corrían como mariquitas asustadas, no dijo nada mientras se aproximaba hacia la oficina. El Cooper's de día lucía ridículamente plastificado, y qué decir de las grotescas bolas de discoteca. Parecía una ironía que lo que por la noche fuera todo un espectáculo, de día era tan solo un enorme salón decorado en tonos chillones. Pero para ironías, la oficina de Spencer. La alfombra roja marcaba el camino hacia su despacho personal, todo el camino estaba decorado por pinturas abstractas que Zoey había colgado. Peor al entrar a la oficina, donde se podían ver los cuadros de lo que parecían siglos de antigüedad y una enorme barra de bebidas, Spencer se encontraba detrás de un enorme escritorio de caoba, como si fuera el maldito rey de alguna parte.

—Bienvenido, Jared, ¿te ofrezco algo? —preguntó con su tono amable y cándido.

—¿Qué mierda quieres?

—Ah, siempre tan respetuoso —exclamó Spencer sonriendo mientras negaba con la cabeza. Jeff solo puso los ojos en blanco.

—Estoy ocupado y no tengo mucho tiempo, ¿para qué me llamaron? —Los miró con recelo.

—Bueno… ¿conoces el nuevo club que abrieron?, ¿el Red’s?

—Me la vivo recorriendo jodidos clubs para bailar un poco, claro —escupió con sarcasmo. Spencer dejó pasar su comentario y siguió hablando.

—Pues resulta que al igual que el Cooper's, esconde todo un campo de lucha bajo su escaparate.

—Qué novedad.

—El problema no es otro antro compitiendo por peleas clandestinas, *Frío*.

El problema es el dinero que invirtieron para crearlo y quién está detrás de eso. ¿Te suena el apellido Douglas? —suspiró dando un sorbo a su bebida—.

Esos cabrones… por eso mandaban a James, para que se diera una idea de nuestro lugar y hacer uno igual. Jeff fue anoche a visitar el lugar.

—¿Y lo amaron?

—Tiene dos túneles subterráneos —interrumpió Jeff—, uno de entrada y otro de salida, alumbrado por antorchas bastante separadas, lo que te da la sensación de ir hacia un lugar antiguo y tenebroso, como si ahí se efectuaran peleas contra gladiadores. El campo de ring es un pequeño estadio, con gradas incluso.

—¿Y qué tiene que ver todo eso conmigo? —De verdad al joven se le estaba acabando la paciencia.

—Estamos perdiendo clientes, necesitamos una remodelación y para eso se necesita dinero.

—¿Y me estás pidiendo prestado? —Se soltó riendo.

—Algo así, vamos a aumentar el número de peleas por día y la brutalidad en ellas, necesitamos llamar la atención, ¿y sabes qué? —Sus ojos negros brillaron llenos de codicia, como si estuviera viendo un filete—. Tú eres el platillo principal.

Jared definitivamente la hacía sentir como si su papá le estuviera gritoneando. Involuntariamente, un suspiro abandonó su pecho al recordar a su papá, lo extrañaba tanto…

—¿Qué tal el descanso?, ¿estuvo muy interesante… *Brie?* —La susodicha cerró los ojos mientras presionaba los cuadernos contra su pecho.

—¿Eso es un sí? —canturreó acercándose más.

—No sé de qué hablan. —La joven trató de abrirse paso entre la pared humana que habían hecho, nada más y nada menos que Madison Harris y Evelyn Green.

—Carter dijo que escuchó a unos amigos que dijeron que unos compañeros les contaron que tú… estás embarazada —aseguró Madison con una petulante sonrisa.

La castaña hubiera puesto los ojos en blanco ante su sosa explicación… si al final no hubiera concluido con la verdad. Cuando tienes diecisiete años y estás en una estúpida escuela donde no importa qué tan grande sea la ciudad, al final todos son unos chismosos, lo último que quieres es que se sepa que estás embarazada.

Y embarazada no de otro compañero, ni siquiera de alguien de tu edad o de un chico agradable… *no*. Embarazada *y* secuestrada por un tipo que tenía de loco lo que tenía de guapo, bastante mayor que ella y sin una pizca de compasión por

nadie.

Brielle no sabía el reglamento escolar, no creía que expulsaran a alguna alumna por resultar embarazada, faltaban solo un par de meses para la graduación y no podía arriesgarse…

—No tengo idea de qué están hablando y necesito llegar a Biología, ¿podrían dejarme pasar? —pidió la castaña intentando que su voz no sonara temblorosa. Odiaba la preparatoria, de verdad que sí.

—¿Es cierto que tu *novio* te trajo en su motocicleta? —insistió Madison cerrándole el paso. Brie mordió su labio buscando inventar un pretexto, rápido.

—Ese es mi primo…

—¿Tu primo?

—Déjala, Madison. No creo que mienta, además ¿quién podría hacerle el favor a semejante fenómeno? —Sonrió Evelyn burlonamente, mirándola de arriba abajo.

Oh, el *bullying*, bendito fuera aquí y en China.

—Tienes razón, y supongo que la motocicleta de su primo es de repartidor de pizzas, seguro es igual de estúpido que ella.

—Hola, Brie. —La cálida voz de Alyssa llegó detrás de su espalda, haciéndola sentirse aliviada.

—Mira, pero si es su *amigui*, la ñoña número dos, ¿pero qué le pasa al mundo?

Evelyn se soltó riendo dándose la vuelta, Madison la siguió sonriendo y ambas chicas desaparecieron, especialmente contoneándose por el pasillo hacia la clase. Brie sabía que esto solo sería el comienzo del interminable cuchicheo de cosas que le esperaban, ni siquiera quería pensar en la hora del receso, quizás hasta se lo saltaría.

—Gracias por ayudarme con ese par, Aly —susurró, regalándole a su compañera una tímida sonrisa.

—No me agradezcas nada, esas locas solo andan inventando chismes. Es todo en lo que pueden pensar. Sé que eres una excelente chica y no estás embarazada. —Se rio de forma incrédula—. Ni novio tienes, ¿o sí?

La imagen del musculoso y tatuado cuerpo de Jared cubierto de golpes la hizo respirar entrecortadamente, tuvo que acudir a cada retazo de cordura que tuviera para evitar sonrojarse.

—No, yo… no tengo novio. —Y ciertamente no estaba mintiendo, él era su captor, un ogro, un salvaje, todo menos su *novio.*

—¿Ves? Los chismes están a la orden del día —aseguró su amiga empujando ligeramente sus lentes por el puente de la nariz.

Brie solo sonrió mientras se encaminaban a clase. Al llegar a Biología se

encontró con dos cosas desagradables: la primera; tendrían que abrir una lagartija, la segunda; Jordan Sanders, el mariscal del equipo, nuevamente le había guardado un lugar a su lado.

—¡Brie, por aquí! —gritó con entusiasmo, haciendo que algunas chicas bufaran, entre esas Madison, que parecía tener una seria obsesión con él.

La castaña nunca había entendido al chico. Jordan podía tener a toda la escuela a sus pies, las chicas babeaban y trataban a toda costa de acercársele, pero desde que se había matriculado, el rubio había puesto sus ojos en ella. Primero pensó que se trataba de alguna estúpida apuesta o algo, pero con el tiempo descubrió que Jordan verdaderamente tenía interés en ella.

Lástima por él. Brie ni siquiera podía tener amigos, no cuando llegas un día con las mejillas moradas, marcas en los brazos y demás cosas desagradables, eso siempre alejaba a las personas, y por ella mejor, odiaba dar explicaciones. Además Hank se lo tenía prohibido.

—Jordan, hola, yo… no sé si pueda quedarme…

—¿Es cierto que estás embarazada? —preguntó, sus ojos azules escaneándole el vientre. Brie suspiró de forma mortificada.

—No, Jordan, es solo que yo…

—Ya sabía yo que eran chismes estúpidos —aseguró, sonriendo abiertamente.

—Sí, chismes… bueno, quería pedirte…

—¿Una cita? —Movió las dos cejas—. Claro, además estaba esperando que me pidieras que sea tu compañero en el baile.

La castaña cerró los ojos, maldición. Ni siquiera se acordaba del baile, mucho menos pensaba ir y ¿por qué tenía que interrumpirla con todo?

—No, yo… ¿solo encárgate de la práctica, quieres? Te prometo hacer tu tarea de Literatura si tú te encargas de todo eso de disecar a la lagartija, por favor…

—¿Qué te parece si mejor nos vemos saliendo de clases y me explicas la tarea en lugar de hacerla? Así entenderé y tendré un pretexto para verte.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Ya sabes… tengo que ir a la cafetería de mi mamá —murmuró, sintiéndose nerviosa.

—Pues diles que tienes tarea, Brie, vamos, no seas tan correcta, estoy seguro de que puedes inventarte algo, piénsalo mientras yo me encargo de esta lagartija. — A la castaña no le quedó otro remedio que asentir, Jared se volvería loco si tenía que esperarla, por lo que decidió disuadir a su compañero.

—Sí puedo inventarme algo, pero para mañana, por favor, Jordan…

—Está bien, mañana entonces.

Sonriendo, la castaña se puso de pie y salió disparada al tocador. Se sentía bastante acalorada y casi creía que podía oler a la lagartija muerta. No que le diera asco la sangre ni esas cosas, pero su estómago estaba de un humor que ni para qué provocarlo. Tomó un poco de agua del lavamanos y se refrescó el rostro.

Ya que se sintió mejor, caminó fuera de la escuela hacia los jardines que estaban en la parte de atrás, asegurándose en todo momento de que nadie la viera. Se sentó debajo de un árbol y sacó de su bolsillo una barrita de fruta que había guardado, comenzó a comérsela con una sonrisa, saboreando excesivamente lo que antes le parecía un sabor horrendo. El sol calentaba su piel y se sentía bastante cómoda mirando el paisaje luminoso.

Sacó su celular y comenzó a juguetear con las teclas, había alguien a quien quería llamar, y explicarle todo lo sucedido no era nada fácil. Casi le temblaban los dedos cuando marcó el número, tomó largas respiraciones tratando de calmarse.

—*¿Diga?* —saludó esa dulce voz.

—¿Matt? Soy yo, Brie. —Hubo un largo silencio antes de que él se aclarara la garganta.

—*Mierda, lo siento, yo… Brie, ¿dónde rayos estás? Estaba tan preocupado por ti, Dios mío, me temí lo peor, nadie me dice nada, nadie sabe nada…*

—Lo sé y lo siento, Matt, estoy bien, estoy en clases…

—*¿Y si estás en clases cómo es que me estás llamando?* —preguntó, y por su tono se lo imaginó sonriendo.

—Me salí de clase de Biología, me dio asco.

—*¿Cómo estás, cómo está el bebé?*

—Mi angelito y yo estamos bien —canturreó, frotándose su inexistente pancita—, ¿y tú?

—*Estaré bien cuando te vea.*

—De hecho… —Brie mordió su labio, era sumamente estúpido lo que estaba por pedirle a Matt, pero de verdad necesitaba aclarar un par de cosas—. ¿Podríamos vernos hoy? Necesito pedirte un favor.

—*El que sea, Brie, solo dímelo.*

—Necesito que me lleves al Cooper's.

—Estás jodido —escupió el joven mirando con odio a Spencer.

—No siempre he sido un ciudadano modelo y lo sabes —sonrió, fingiendo inocencia—, y ahora de verdad te necesito más tiempo en las bodegas.

—¿Piensas que soy una máquina de mierda, que puede golpearle el culo a todos sin descanso?

—Para serte sincero, sí —sonrió—, esa impresión me das. Además de pelear, enseñarás a un montón de pendejos que Gary convenció para participar, necesitamos más personas luchando.

—¿Y qué pasaría si te digo que no quiero?

—Trataré de convencerte.

—¿Y si no lo logras?

—Bueno… —Spencer sonrió esta vez en forma perversa—. Diré que *traté* de convencerte de no morir… pero no pude.

—Pues lamento decepcionarte, no me convencerás ni de morir ni de ayudarte.

—¿Por qué? ¿Estás muy ocupado con tu pequeña zorra?, ¿probando su seguramente estrecho calor? O no me digas que tan solo te estás aprovechando de su ingenuidad. —Sus ojos brillaron como si supiera que eso iba a molestarlo.

Lo cual no debería hacerlo, el que hablaran de Brielle no debería molestarlo, pero por alguna jodida razón, lo hizo. Le emputó que hablaran de la que sería la madre de su hijo, y se encontró dando grandes zancadas hasta donde se encontraba parado Spencer, sin segundos pensamientos, lo sujetó de la garganta y lo estrelló con brusquedad contra la pared.

—Vete a la mierda —siseó a centímetros de su rostro.

—¡Esto es nuevo, *Frío*! —medio canturreó con dificultad—, te estás interesando por ella, perfecto, cuanto antes te olvides de mi hija, mejor. —Nuevamente estaba desprevenido, lo supo cuando recibió un puñetazo a la altura del tórax, donde ya lo había golpeado anteriormente James.

Gruñendo soltó al bastardo y trastabilló hacia atrás, eso solo lo hizo enfurecerse más. Nadie lo golpeaba sin recibir algo a cambio, plantó firmemente los pies en el suelo, y los ojos de Spencer se dilataron con un poco de miedo al intuir sus intenciones. Lo iba a golpear hasta la mierda.

—¿Qué está ocurriendo? —Esa voz, esa suave voz lo recorrió como una caricia y no pudo más que girar en redondo para ver a Zoey.

Su largo cabello estaba recogido en una jodidamente hermosa trenza que caía hacia enfrente hasta sus generosos pechos, llevaba unos vaqueros desgastados y sus inseparables tacones de infarto.

—Nada, cariño, ¿qué te trae por aquí? —Spencer lo quitó de su camino, apresurándose hacia ella.

—Supe que Jared había venido, quería saber qué estaba haciendo aquí tan temprano, yo… me preocupé —murmuró mirando al suelo, negándose a enfrentarse con su mirada, lo que lo hizo sentirse mal. Diablos, no quería

lastimarla de nuevo.

—¿Quién te avisó? Jared solo vino a hacer negocios con nosotros, nena —concilió Jeff quien había permanecido en una esquina, observando la disputa entre él y Spencer con una sonrisa.

—¿Negocios? ¿Vas a seguir peleando? —Sus preciosos ojos verdes inmediatamente se llenaron de lágrimas, robando bufidos entre sus familiares.

—Ahora entrenará a un montón de gente, es mejor que solo pelear, ¿no lo crees, princesa?

—No quiero que él siga peleando. —Sacudió su cabeza y Jared odió escuchar lo rota que sonaba su voz.

—Lo dejará de hacer gradualmente, por lo mismo se ofreció a ayudarnos con personas nuevas, las entrenará y después se saldrá de todo esto, ¿no es así, Jared?

—Sí, definitivamente lo que sea que te haya pasado en estos días debió volverte loca —aseguró Matt mientras negaba con la cabeza.

Brie solo sonrió terminando de maquillarse como le había enseñado Katie.

Después de que Jared fuera por ella, gracias a Dios en un auto, le comentó que no regresaría quizás ni a dormir. Lucía ligeramente abatido y distraído, así que aprovecharía la oportunidad para escaparse a arreglar sus propios asuntos. Tenía que ser hoy, con Jared nunca se sabía.

—Después de que te dijera todo el infierno por el que me ha hecho pasar ese señor, deberías comprenderme —reclamó, girándose para mirarlo—. ¿Ya parezco de veintiuno?

Matt suspiró mirándola de arriba abajo.

—Diablos, sí.

—Entonces andando, no quiero que se haga más tarde.

Aunque enojado, su amigo no dijo nada más y la llevó hasta ese lugar que se encontraba en los límites de la ciudad, en ese barrio feo al que tanto le temía. Era ridículo que el club luciera como un edificio común por fuera, para lo que en realidad se desarrollaba dentro. Tan solo ver las letras en neón del lugar se sintió un manojo de nervios, pero armándose de valor entró con Matt pisándole los talones.

El olor a sexo y tabaco era espeso en el ambiente y la golpeó con fuerza, Brielle tuvo que comenzar a respirar por la boca para tratar de controlarse.

La música era tan fuerte que hacía que su pecho vibrara, los recuerdos de todo lo que había tenido que hacer en este lugar le llenaron los ojos de lágrimas.

Las deslumbrantes luces de colores brillando en la oscuridad dejaban ver a

gente bailando, o teniendo sexo en algunas esquinas, se prohibió rotundamente mirar hacia el fondo donde alguna vez había tenido que bailar casi desnuda, y se apresuró al pasillo donde sabía que estaba la oficina de Spencer, detrás de ella escuchó a Matt

resoplar.

—¿Estás segura de que te dejarán hablar con él? —preguntó mirando hacia el enorme gorila que estaba en la entrada. Brie sonrió dando un paso adelante.

—Owen, ¿cómo estás? —El susodicho la miró de arriba abajo antes de esbozar increíblemente una pequeña sonrisa.

—Me da gusto que estés bien, te ves mucho mejor que la última vez.

—Gracias, ¿crees que pueda ver a Spencer?

—Ha estado un poco ocupado… lo llamaré a ver qué dice, espera aquí. —Caminó unos cuantos pasos hacia otro lado mientras sacaba su radio.

—No puedo creer la familiaridad con la que te manejas aquí —cuchicheó Matt sonando asombrado.

—Por favor, no me juzgues, no soy así —pidió la castaña. Ya bastante vergüenza le daba que su amigo supiera su profesión como para tener que lidiar con su cara de asombro.

—No lo hago, estoy aquí para protegerte no para juzgarte.

—Puedes pasar —los interrumpió Owen —Él viene conmigo y…

—Solo tú. Spencer no acepta verse con extraños.

—Pero es que…

—¡Brie! —Una voz familiar le gritó desde atrás. Vestida con una minifalda y un top de cuero, Katie corrió hacia ella con gracia incluso sobre esos enormes tacones y se estampó literalmente con ella.

—Katie —susurró dejándose abrazar, disfrutando de la calidez que la embargaba cada vez que ella la abrazaba de esa manera. No importaba cuántas cosas malas pasaran, Katie siempre la hacía sentir mejor, como en casa.

—Te vi desde las plataformas, te grité pero no me escuchaste, así que vine a verte y…

—Spencer está esperando, ¿quieres dejarlo para otra ocasión? Sabes lo que le molesta esperar —dijo el guarura.

—No, yo… —Se giró para mirar a una sonriente Katie y a un muy confundido Matt—. ¿Podrías hacerme un enorme favor?

—Los que quieras, amiga.

—Este es mi amigo Matt, viene acompañándome, ¿podrías quedarte con él en lo que hablo con Spencer?

—Pero, Brie, no quiero que entres sola en ese lugar... —El rubio sujetó su mano mirándola con algo de aprensión.

—No le va a pasar nada, ella ha lidiado con cosas peores. ¿Por qué no vamos por un trago?

Matt no pudo decir mucho más, ya que Katie tiró de su mano y Owen condujo a Brie hacia las oficinas, iban caminando por el largo pasillo decorado con una ostentosa alfombra roja, cuando se toparon con un tipo vestido todo en cuero negro.

—¿Dónde están las bodegas? —le preguntó a Owen—. Estoy listo para pelear.

Brie lo miró y se preguntó si las puntas fijadas con gel de su cabello castaño eran tan afiladas como parecían. Con su pelo a la moda, sus piercing, y su ropa de cuero negro, el chico daba un aspecto extraño, aunque muy acorde con el resto del lugar.

—¿Eres Derek, no? —El hombre asintió—. El *Frío* te está esperando desde hace un buen rato, está emputado.

—Ese "*Frío*" no puede hacerme nada —comentó riéndose mientras enfatizaba las palabras.

—No te recomiendo que lo hagas enojar, créeme. No quisiera sacar tu culo ensangrentado de las bodegas.

—Es bueno saber que te caigo bien, te veo al rato. —Luego la miró—. Preciosa, ¿quizás también nos veamos en un rato? —preguntó con voz seductora, Brie parpadeó sintiendo el rubor acudir a sus mejillas.

—A ella ni se te ocurra mirarla —advirtió Owen con voz ligeramente siniestra.

—¿Por qué?, ¿es tuya? —De nuevo el chico parecía divertido con la situación.

—Digamos que… de nuevo tiene que ver algo con el *Frío*.

—¿Es su novia? —Ahora sonaba alarmado.

—No precisamente y déjanos pasar de una vez, te veo en unos minutos.

¿Qué tendría que ver Jared con ese chico? Y un momento… ¿las bodegas?

Repentinamente recordó al joven mencionándolas, entonces trabajaban en unas bodegas, ¿pero haciendo qué? Sus preguntas tendrían que esperar porque Spencer la recibió con una enorme sonrisa, y por primera vez, estaba solo. Jeff no se veía por ningún lado.

—¡Brielle! —canturreó, llegando a su lado y estrechándola más de lo necesario—. Me moría por saber de ti, *Porcelana*. Después de toda la mierda que pasó entre tú y el *Frío* te perdimos el rastro.

—Lo siento —balbuceó ruborizándose—, las cosas se salieron de control.

—Pero mantuviste tu palabra, ¿no es así? No le has dicho nada sobre nuestro pequeño trato, ¿verdad?

Spencer caminó hasta una barra de bebidas y se sirvió una copa con un líquido de color tan espeso que simulaba sangre. Su cabello era ridículamente brillante, le caía en una cortina recta hasta los hombros, y Brie comenzó a odiar que a los hombres se les viera el cabello mejor que a ella.

—No le he explicado nada.

—Perfecto, sería una lástima tener que visitar a Natalie. —La castaña sintió su mandíbula caer al suelo.

—Creí que nuestra deuda estaba saldada en cuanto me acosté con él, me lo prometiste —medio gritó, sintiéndose furiosa.

—Te prometí tu libertad y lo cumplí, pero la deuda que tiene Hank con nosotros sigue y lo sabes.

—¿Por qué? Tú…

—No aclaramos eso. —Se encogió de hombros—. Debiste pensar bien lo que querías a la hora de hacer un trato conmigo, si mal no recuerdo solo dijiste "quiero mi libertad", nunca agregaste "y saldar la cuenta de mi padrastro".

Brie se abrazó a sí misma sintiendo la bilis subir como la espuma por su garganta. Quería llorar, gritar en frustración, sin embargo se encontró diciendo algo completamente distinto:

—Ese hombre está seguro de que le tendiste una trampa para separarlo de tu hija, ¿qué es lo que tengo que ocultar si ya lo sabe?

—Sí, en eso tienes razón. —Bebió un poco de su copa—. De cualquier manera no quiero que hables con él de nuestro trato, ni que le expliques nada.

Quiero las cosas tal como están, tú sigues en deuda conmigo y necesito otros favores.

—¿Más? —balbuceó nerviosa.

—¿Qué has pensado del *Frío*?, ¿te trata bien?

—¿Jared? —Parpadeó, tratando de salir del estupor que le había producido las palabras de Spencer, él la miró aguardando con paciencia su respuesta—. Sí… él me trata más o menos bien.

—Y tú lo tratas más o menos bien también, al parecer. —La castaña lo miró confundida, ¿cómo podría él saberlo?—. Quiero que sigas como vas, será tu obligación enamorarlo o alguna mierda. Ya lo embaucaste con el niño, pero no ha sido suficiente para mantenerlo lejos de mi hija, lo quiero malditamente fuera del camino, ¿entiendes eso, Brielle? —De pronto sonaba molesto, sus ojos negros taladrándola con ira.

—Pero es que, yo…

—Escúchame bien, *Porcelana*. Si no consigues esa mierda, me veré en la obligación de apoderarme de esa mugrienta cafetería, puedo traer a tu madre a trabajar aquí, como puta, ¿te gustaría eso?, puedo conseguir que la golpeen cada

puto día que no consigas lo que te he pedido, ¿entiendes? —rugió a centímetros de su rostro.

—S-Sí —gimió sacudiéndose y conteniendo las lágrimas.

—Entonces tienes que darte prisa, pero no llores… —Tomó su rostro entre sus manos limpiándole las lágrimas—. De alguna manera lograste que te llevara a vivir con él, ¿qué tan difícil puede ser lograr quitarlo del futuro de mi hija? Ustedes están jodidos, nena, muy jodidos. No quiero lo mismo para mi princesa.

Brie contuvo el deseo de sacudirse de su toque y lo miró por primera vez con odio. Era como una sensación prohibida para ella, por lo general esos deseos nunca la habían asaltado, no era partidaria de la violencia, de alguna manera había logrado sobrevivir los últimos cuatro años sin siquiera molestarse, pero entonces, Spencer lograba sacarla de todo juicio.

—Lo haré si después de esto prometes dejarnos en paz. Quiero que esta vez des por saldada la cuenta de Hank.

—¿Cuántas veces te he dicho que tú no me dices qué hacer? —La miró irritado, la castaña mordió su labio y se abrazó a sí misma sintiendo más lágrimas acumularse en sus ojos, finalmente respiró hondo—. En fin, niña, ya no llores, daré nuestro trato por cumplido.

Brie suspiró sin albergar esperanzas. Estaba tan cansada de luchar contra todo que en ese momento, aunque entre el miedo y las dudas, tomó una decisión, de cualquier manera no tenía muchas opciones.

—¿Qué hace Jared para que lo odies tanto?

—No tienes idea, niña —contestó Spencer sonando mortificado.

—Entonces ayúdame a entenderlo, quiero que me lleves a las bodegas.

Capítulo Cinco

Jared se pasó ambas manos revolviéndose el cabello. ¿Qué demonios le estaba pasando con eso de pedir disculpas y mierdas sensibleras?

Se estaba volviendo un puto sensible, y eso lo iba a terminar destruyendo más que las estupideces que Spencer le hiciera. Tan solo unos ojos llorosos y esperanzados lo tenían afligido mientras entrenaba a una bola de pendejos salvajes, que solo Gary sabía de dónde diablos los habían sacado.

Para muestra un botón. Por Dios, ¿qué pasaba con estos mocosos? El individuo que llegó corriendo y derrapando frente a él tenía el cabello en picos con tanto maldito gel que seguro si le enterraba la cabeza al rival lo perforaría. Podría ser una buena técnica, pensándolo bien.

—Escúchame bien, si vuelves a llegar tarde te voy a golpear hasta borrarte esa sonrisa come mierda, ¿te queda claro?

—Sí, señor —comentó, pero por la sonrisa en su boca más bien pareció una burla. El joven se tuvo que obligar a calmarse, abriendo y cerrando los puños ya que estaba listo para saltarle encima.

—Derek, hoy pelearás contra Benjamín. Es un chico bastante fuerte y del mismo grupo de los *Ghetto*. Si tienes algo de cerebro pondrás atención a lo que te está diciendo Jared —ordenó Jeff, jugando con las ridículas ondas rubias que le caían hasta los hombros—. Ahora te diré las reglas dentro de la bodega… *no las hay*. Incluso si mueres, lo único que haré será lanzarte a un terreno desierto como si fueras un puto perro —aseguró sonriendo de forma malévola. Derek elevó una ceja, el imbécil seguía sin creerlo, pero se limitó a decir:

—Comprendo.

Jared se ahorró el suspiro cansado que quería abandonar sus labios. Enseñar a las personas a… cualquier cosa, no era una tarea que quisiera hacer. *Nunca*. Sin embargo, al cabo de un tiempo Jared acabaría diciéndose que uno nunca sabe para quién trabaja, ni lo que le puede deparar el porvenir. Por Dios, él había aprendido a golpear hasta la mierda a muy corta edad, claro mediante la técnica prueba y error, muchas veces quedó inconsciente en algún sucio callejón, otras terminó despertando en algún hospital. Nunca hubo nadie que le dijera cómo subir los puños o cómo agacharse, eso era para afeminados… Como los que justamente tenía enfrente.

—Entonces, si todo quedó claro, muevan su culo directo a las peleas. ¡Esto es para hoy, señoritas, me estoy haciendo viejo viéndolas ahí! —Jeff se dio la

media vuelta rumbo a las bodegas, seguido por los mocosos.

Jared dubitativamente miró su celular. Un pensamiento lo tenía inquieto, o más bien, *una* persona y aunque no quisiera aceptarlo, su jodida mente regresaba a ella una y otra vez.

Brielle.

Después de recogerla en la escuela la había llevado en silencio a casa. Ella le dijo que se sentía bien y de verdad lo parecía, sus mejillas tenían color y no parecía que quisiese vomitar o esas mierdas, se repitió que necesitaba inspeccionarla para asegurarse de que no le mentía hasta con su salud. Quizás no debió verle más tiempo del debido las piernas, tampoco debió imaginársela quitándose ese puto uniforme del demonio en forma seductora mientras caminaba hacia él…

Sacudió la cabeza deseando tener un martillo a la mano y destrozarse el puto cerebro. Definitivamente se estaba volviendo un pervertido loco, y no solo de deseo sino de nervios. ¿Qué si se desmayaba y no estaba ahí para auxiliarla? Verla débil y demacrada era peor que verla enojada y altanera. ¿Se acabaría el mundo si le mandaba un puto mensaje de texto preguntándole si todo estaba bien? Adam le había pasado el número para que la tuviera en los contactos, así que se decidió.

¿Todo bien por allá? Llegaré a las once.

J.

—No tienes idea de lo que son las bodegas, ¿ah? —preguntó Spencer, mirándola como si fuera la persona más ingenua sobre la faz de la Tierra.

—Yo… hum… —Se humedeció los labios—. Sé que pelean ahí…

—Es más que una “pelea”, niña. Es una *carnicería* —lo dijo sonriendo como un tiburón, lo que logró robarle un escalofrío.

—Es que yo, bueno, lo que pasa es que Jared tiene un comportamiento muy difícil. Es voluble e irritable, no sé comprenderlo y pensé…

—¿Pensaste que verlo peleando te ayudará a entender? ¿Tienes acaso una visión retorcida de cómo ayudarlo?

—¿A-A qué te refieres?

—Sé manejar mejor de lo que te imaginas a las personas volubles e irritables. Para ejemplo tengo a Zoey —suspiró mirando por una de las enormes ventanas de su oficina—. Mi hija padece bipolaridad, pero el *Frío*… Bueno, es un ser despiadado, no por nada le hemos puesto ese apodo. No tiene compasión ni sentimientos, está muerto.

Brie parpadeó asombrada ante la nueva información. ¿Zoey era bipolar?

Dios mío, no podía imaginarse en un millón de años a una mujer con el carácter similar a Jared, seguro era una bomba de tiempo. Sin embargo el joven no era tan malo como Spencer decía, y por alguna razón eso la molestó. Estaba cansada de que hablaran de las personas como si no fueran otra cosa más que objetos. Jared podía no quererla, pero se preocupaba por ella y por su angelito, definitivamente no estaba muerto. Por eso envalentonada aseguró:

—Salvo cuando está con tu hija, no parece ningún muerto cuando se trata de ella. —El rostro sonriente y burlón de Spencer se trastornó por la furia, haciendo que un escalofrío recorriera a la castaña.

Spencer no respondió nada, sino que se dedicó a mirarla. La miró tanto tiempo que comenzaron a sudarle las manos, se abrazó a sí misma intentando no temblar y se arrepintió enormemente de haberle dicho eso. ¿De dónde rayos había sacado el coraje para enfrentarlo? Después de lo que pareció una eternidad, sus ojos negros finalmente dejaron de perforarla y rompió contacto visual. Se dio media vuelta y caminó a grandes zancadas hacia su escritorio donde descolgó el teléfono, realizó una llamada hablando tan bajito que Brie no alcanzó a escuchar nada, así que se temió lo peor, ¿qué si mandaba a matarla?, ¿o si le provocaba daño al bebé?

—Si fueras hombre te diría que tienes bastantes bolas para hablarme de esa manera. —Caminó hacia ella de forma lenta y sinuosa, como las serpientes—. Eres una mocosa impertinente y malagradecida. Te saqué del infierno que vivías con Hank y así me pagas… —sonrió a centímetros de ella—. Sin embargo, supongo que por eso sigues viva al lado del *Frío*. Ahora lárgate, te dejarán entrar.

¿Sacarla del infierno? ¡Pero si la había condenado a otro! No obstante susurró:

—Gracias. —Tragándose todos los pensamientos, comenzó a retirarse, sin embargo Spencer volvió a hablar:

—El trato entre nosotros no termina hasta que lo quites del camino, y si me da la puta gana, te buscaré para más favores. —Brie contuvo un jadeo mordisqueándose el labio inferior—. Ahora escúchame bien, lo que te pase ahí no será asunto mío, ¿entendiste? Si Jared te llega a ver ahí y se emputa a grados descomunales, será solo contigo, tú tienes la culpa de todo y lo resolverás a como dé lugar. ¿Está claro?

—Sí.

—Ahora vete a la mierda de mi vista.

Brie dio un respingo, pero inmediatamente dio media vuelta y con el corazón latiendo dolorosamente contra sus costillas corrió hacia la pista de baile. *Katie*, necesitaba encontrarla y pronto. La música retumbaba en sus oídos

mientras los buscaba frenéticamente entre las personas, abriéndose paso con dificultad entre la multitud que bailaba extasiada y muy probablemente drogada, a lo lejos, los vio en la barra platicando de forma alegre.

—Entonces le dije que tuviera cuidado, pero finalmente se tropezó con la cubeta —dijo Katie riéndose, Matt se soltó riendo de forma tan sonora, que incluso con el estruendo de la música pudo escucharlo.

Su cabello rubio caía en una melena desordenada, llevaba unos vaqueros que acentuaban sus largas piernas y la camisa azul resaltaba sus enigmáticos ojos. En otro tiempo Brie se hubiera sentido terriblemente feliz de escucharlo, de verlo, e increíblemente celosa de encontrarlo así al lado de… quien fuera. Matt había sido su amor platónico por años, con su encantadora sonrisa o su carácter tranquilo y alegre había logrado robarle el corazón. Sin embargo él nunca había demostrado más que interés de amigos hacia ella. No obstante, ella siguió enamorada de él, pero ahora… Respiró hondo mirándolo fijamente. Ya no sentía aquel cosquilleo al verlo, y la realidad de que los latidos desbocados de su corazón fueran producto de a *quien* quería ver en las bodegas, la hizo asquearse.

—¡Brie! —Su amiga la vio antes de ir a su encuentro. Sus pasos eran gráciles como de bailarina, y su figura curvilínea dejó boquiabiertos a varios—. ¿Estás bien? Ya estábamos muy preocupados por ti.

—Sí, estoy bien. Pero tengo que pedirles otro favor.

—¿Qué ocurrió? —preguntó el rubio, que también ya se encontraba a su lado.

—Tengo que entrar a las bodegas, ¿podrán acompañarme?

No era un mensaje muy elaborado ni mucho menos, tampoco preguntaba otra mierda más que lo esencial. ¿Dios, pero qué le estaba pasando?, ¿por qué se sentía tan nervioso? Y lo más jodidamente importante, ¿por qué mierda no contestaba esa pequeña perra? Estaba tentado a marcarle pero no quería verse como un novio celoso… espera, ¿novio?, ¿pero qué mierda…? Enojado, guardó el celular, dando grandes zancadas se dirigió hacia las bodegas.

El olor a cocaína le llegó a la nariz, seguido del estruendo de la música que le golpeó los oídos, escuchar mierdas como *Slipknot* solo ponía a las personas más eufóricas, si lo sabía él. A Jared le gustaba pelear escuchando música o… hacer cualquier cosa de hecho. Escuchar música era relajante de alguna manera, era de las otras pocas cosas que le traían un poco de tranquilidad.

Pero ese grupo ponía a los asistentes a aventarse los unos con los otros, eufóricos y puñeteramente irracionales, así que no le extrañó ver a un grupo de sujetos golpeándose, ni tampoco a Owen corriendo de aquí para allá con su

equipo de seguridad. Derek estaba en el ring, moviéndose de un lado al otro, saltando como si tuviera jodidas hormigas en los zapatos, Benjamín solo lo miraba como si estuviera loco y síp, con esa mirada de: *puedo contra todo el puto mundo yo solo…* y definitivamente a Jared, estar únicamente de espectador, le estaba provocando mal genio.

Jared escaneó el lugar como un halcón, seguro como la mierda de que Zack

Miller debería estar por ahí, los *Ghetto* como se hacían llamar, siempre iban juntos a las peleas, y ésta sin duda no sería la excepción. Benjamín era de sus amigos y David estaba listo para pelear también.

—¡Que comience la pelea! —rugió Jeff por el altavoz.

Benjamín no esperó un segundo y se lanzó con toda su fuerza contra un distraído Derek, golpeándolo con el puño cerrado en la cara. Jared suspiró mirando al chico caer torpemente hacia la lona, ya tenía el labio reventado y los ojos ardiendo en furia. Mierda, ésta iba a ser una noche de lo más jodida.

—Esto es estúpido.

Matt seguía maldiciendo una y otra vez mientras se abrían camino entre el montón de cuerpos apretujados. Los gritos, la música, los gruñidos y el sonido de carne golpeando carne inundaban el lugar, eso se quedaría grabado en la mente de Brielle para siempre. Trató de calmarse con cada paso, no podía retractarse ahora.

A ciencia cierta no sabía qué quería ver en ese lugar, pero no podía detenerse. Era una oscura… *necesidad,* quería verlo pelear.

—Este lugar es increíble. —La suave voz de Katie sonó muy cerca de su hombro.

La chica se había cambiado la falda por unos vaqueros y una sencilla blusa, tan escotada que no dejaba de llamar la atención de las personas, a Brie le había prestado una chaqueta con gorra, así podría ocultar su rostro. Increíblemente Matt

intentaba cubrirlas a ambas, sujetándolas con fuerza por la cintura, protegiéndolas con su cuerpo de los aventones, producto de un extraño baile que parecía más que eso, una danza de golpes.

—¿Estás loca, Katie?, ¿por qué te gusta ver a un montón de hombres portándose como gladiadores? —refunfuñó el rubio.

—Son sexis —respondió encogiéndose de hombros, ganándose una mirada de incredulidad por parte de Matt.

Frente a ellos apareció una especie de ring rodeado por valla metálica en forma de octágono que se encontraba sobre una plataforma, la cual permitía que

todo mundo pudiera verlo con mayor claridad. Las paredes de metal alambrado eran tan altas que asemejaban una jaula, la gente rugía eufórica tironeando de las rejas con tal violencia que parecía que en cualquier momento las iban a tirar. Era un espectáculo sin precedentes que la hipnotizó, Brie se deshizo del abrazo de Matt y se encontró caminando como zombi hacia adelante, necesitando ver quiénes estaban peleando, porque le pareció ver un destello de cabello negro en ese lugar. No sin recibir empujones y escuchar un par de maldiciones, se abrió paso entre las personas, aprovechando su cuerpo pequeño y delgado hasta que llegó casi a la jaula.

—¡Quítate, perra! —rugió un hombre cuando chocó contra él, le había tirado la cerveza sin querer—. ¡Mira lo que hiciste!

Enojado, la empujó hacia un lado. Aún sorprendida, la castaña trastabilló con sus pasos y solo entonces se dio cuenta de su estupidez. ¿Qué tenía que estar haciendo en este lugar? Estaba embarazada y no quería que su angelito sufriera ningún daño. ¿Por qué lo había traído a este infierno? Cubrió con las manos su vientre en un intento por protegerlo y cerró los ojos para no ver el impacto, pero en eso sintió unos enormes y fuertes brazos rodeándola, entonces fue arrastrada hacia un cálido pecho.

—Discúlpate, imbécil —rugió al tipo que la había empujado, el cual mejor optó por bajar la mirada.

—L-Lo siento, señorita.

—Ella viene conmigo, si te vuelvo a ver siquiera mirarla, te sacaré el cráneo, ¿te quedó claro? —Brie seguía demasiado conmocionada como para soltarse de su agarre.

—Está claro, lo siento mucho. —El joven solo asintió y bajó la mirada para verla.

—¿Por qué una chica tan bonita como tú se metería a este lugar? —preguntó, empujando la gorra de su chaqueta que se le había caído hacia enfrente y le estaba tapando el rostro. Brie parpadeó aún aturdida y entonces, a través de sus ojos llenos de lágrimas, lo vio—. ¿Te encuentras bien, ese imbécil te hizo daño?

—No, y-yo estoy bien…

Le era familiar su rostro… y en ese momento lo recordó. Era el moreno que la había casi devorado con la mirada en la pista de baile. Al parecer, eso mismo recordó él, porque sus ojos se abrieron como platos.

—Te he visto antes, trabajas aquí.

Como no era una pregunta, no le quedó más que decir:

—*Trabajaba*, sí.

—¿Y qué te hizo descender al bajo mundo? —Esbozó una sonrisa

encantadora para su duro rostro.

Brie respiró entrecortadamente, seguía sintiéndose intimidada por él, su complexión increíblemente grande le daba miedo, qué decir de sus brazos, seguro podrían triturarla fácilmente, y aunque tenía el rostro ligeramente golpeado, no le restaba ninguna belleza.

—Yo… tan solo quería ver.

—Ah, eres una chica curiosa, ¿eh? Pero es un mal lugar para curiosear. —En eso, se escuchó como un cuerpo chocaba contra las jaulas, la multitud rugió llenando de silbidos el lugar, el hombre miró hacia el lugar y sonrió—. Sabía que Benjamín lo conseguiría.

—¿Ese de allá es tu amigo? —preguntó, sintiendo un poco de temor al ver al enorme hombre que estaba sonriendo por su victoria, al tiempo que iba siendo levantado en hombros.

—Sí, y ganó la pelea. —Se escuchaba bastante orgulloso.

—¿Tú también peleas? —indagó, arrepintiéndose inmediatamente de su bastante obvia pregunta, él se soltó riendo antes de tocar las puntadas en su ceja.

—¿Crees que esto me lo hice accidentalmente?

—¿Quién te lo hizo?

—Un bastardo —siseó. Brie se mordió el labio intentando no sonreír, Jared llamaba así a todo mundo.

—Bueno, supongo que te lo merecías —aseguró, encogiéndose de hombros.

Él abrió los ojos como platos antes de soltar una sonora carcajada.

—Nadie nunca me había dicho eso —afirmó aun riéndose—. Supongo que tienes razón, ¿cuál es tu nombre? —La castaña lo miró, y por alguna razón, a pesar de que sin duda era peligroso, no le inspiró desconfianza.

—Brie.

—Que nombre tan lindo para una chica tan linda. —La chica solo sonrió intentando no poner los ojos en blanco, ese cumplido estaba más arruinado que la economía mundial—. ¿Estás pensando que soy un pendejo, verdad?

—N-No. —Se ruborizó al verse descubierta y tuvo que toser para aclararse la garganta—. Es que no… es nada, yo…

—Tenía que decírtelo, eres muy bonita y transparente. Pareces realmente dulce y encantadora. —Sonrió, la chica abrió los ojos como platos, si algo había aprendido en su corta vida era a mentir, era la primera vez que alguien le decía eso —. Me llamo Zack Miller, y por cierto, ¿cuántos años tienes? No te ves de veintiuno, disculpa que te lo diga.

—Sí los tengo —se apresuró a decir, y odió cómo su voz sonó como un murmullo. Él elevó una ceja, mirándola con tanta intensidad que se ruborizó de nuevo.

—Sí, y yo soy puro y casto.

—Y yo tengo veintiuno.

—Si no acabara de conocerte, diría que tienes bien practicado esto de las mentiras, eres toda una mentirosilla, ¿eh? Conozco gente como tú. —Brie miró a sus pies mordiendo su labio de forma nerviosa.

—Tenía que decirlo para poder entrar aquí —confirmó derrotada. Odiaba mentir todo el tiempo.

—¿Y por qué en la vida querrías entrar a este infierno? Éste no es lugar para ti, es peligroso y violento. Una cosa son las plataformas, aquí no puedes venir sola, sin protección… —Al tropezar, un borracho los interrumpió haciendo que el cuerpo de la castaña chocara literalmente contra el enorme pecho de Zack—. Aunque bueno, si me lo pides así… puedo cuidarte. —Subió las cejas de arriba abajo mientras la estrechaba entre sus fuertes brazos. Brie no pudo evitar reírse, hacía mucho tiempo que no reía y aquello se sintió bien, realmente muy bien.

—Bueno, Zack Miller, serás como mi guardaespaldas.

—Lo que siempre soñé —masculló entre dientes.

—Y-Yo… no quería ofenderte —balbuceó sintiéndose una tonta, por Dios, no paraba de cometer errores.

—No te preocupes, en serio es lo que siempre quise ser.

—¿En serio? —preguntó asombrada.

—Nah, y ya déjame ver la pelea, ¿sí? —bromeó, Brie no pudo hacer otra cosa más que reírse de nuevo—. Es el turno de mi amigo David, ya le dije yo que el *Frío* le va a poner una paliza pero no lo cree, voy a disfrutar mucho de ver su culo volar por los aires. —Toda sonrisa desapareció del rostro de la castaña.

—Jar… es decir, ¿el *Frío*?

—Síp, puedes llamarlo así, o cabrón… —La miró antes de negar con la cabeza—. Lo siento, no quiero sonar, por alguna ridícula razón, tan vulgar contigo a mi lado.

—Está bien. —Se encogió de hombros.

—No, no lo está. Bueno, lo que quería decir es que ese tipo es un salvaje…

—¡Brie! —rugió Katie furiosa detrás de ella, haciéndola dar un respingo—. ¿Se puede saber por qué diablos te separaste?

—Lo siento, me perdí, pero estoy bien…

—Estábamos muy preocupados por ti, no te haces una idea… —reprendió Matt, pero fue interrumpido por Zack.

—Además con lo torpe que es, yo también estaría muy preocupado —agregó guiñándole un ojo.

—¿Quieren ver una pelea de verdad? —gritaron por el altavoz. La multitud rugió extasiada. Brie dejó de prestarles atención y se giró en redondo hacia las

jaulas, donde lo vio.

Jared estaba de pie en una esquina, únicamente llevaba unos pantalones de deporte y estaba descalzo. Aunque su postura aparentemente era relajada, Brie pudo notar que tenía los músculos de los hombros tensos y marcados, tenía el abdomen como una deliciosa tabla de chocolate y el cabello negro era tan oscuro como sus ojos en ese momento, el joven tenía la mirada clavada en el amigo de Zack. La joven se estremeció, Jared lucía más peligroso que nunca, como un enorme depredador listo para saltar sobre su presa… parecía fuera de este mundo.

—¡Que comience la pelea!

Jared ni siquiera pestañeó, corrió hacia David como si la vida se le fuera en ello y chocó contra él como un ferrocarril descarriado, comenzando así con una sangrienta batalla. Los golpes iban y venían de forma rápida y certera. Brie apenas y podía creer que las personas se movieran así de rápido.

Y cuando Jared elevó una rodilla y con violencia la estrelló en las costillas del tipo, la castaña se llevó las manos a la boca intentando no gritar, sin perder un segundo, Jared se colocó detrás de David y deslizó uno de sus fuertes brazos por su cuello, Brie pudo ver que lo estaba asfixiando. El rostro del joven se fue tornando morado, y aunque pateaba y lanzaba manotazos, Jared se mantuvo estoico, su rostro reflejaba tensión contenida. Con una escalofriante serenidad letal, estaba plenamente concentrado.

—Mierda, lo va a matar —dijo Zack en un sonido ronco.

Brie parpadeó saliendo de su estupor, verlo pelear finalmente la hizo comprender lo que todos murmuraban: Jared no tenía corazón. Tenía una sonrisa malévola en sus labios mientras le robaba la vida, un brillo de excitación empañaba sus preciosos orbes. A la castaña los ojos se le llenaron de lágrimas y sintió miedo rápido y espeso corriendo por sus venas, de pronto, para el enojo y sorpresa de todos, liberó al moreno. A su lado, Zack dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Gracias a Dios —susurró la castaña.

—Ya no sé qué es peor, ahora va a jugar con él… —mencionó Zack sin perder movimiento de la pelea.

Después de que David recuperara el aire, su rostro enrojeció de furia al ver la sonrisa torcida que tenía el joven, así que de forma violenta, elevó el puño y lo estrelló con todas sus fuerzas en la mandíbula de Jared, para después dar un giro y descargar con ímpetu la rodilla, pateándolo además en las costillas. Jared apretó los dientes sin dejar escapar sonido alguno, sin embargo cayó en un sonido seco al suelo.

—¡Oh, no! —Brie jadeó intentando controlar las náuseas al ver un hililllo de

sangre correr por la tentadora boca del joven. Tenía que ayudarlo, no podía solo dejarlo ahí…

—Está bien. —Como si intuyera sus pensamientos, Zack le acarició el hombro—. Se necesita mucho más que eso para derribar a Jared —resopló con disgusto. La castaña parpadeó al escuchar el verdadero nombre y no el apodo, ¿se conocerían de algún lado?

David se preparó para dar el último golpe, pero Jared se levantó con demasiada rapidez tomándolo desprevenido, rodaron por el ring engarzándose de nuevo en la pelea, y aunque Zack profería mil maldiciones, la mente de la chica no podía procesar nada más que lo que estaba frente a sus ojos. Brielle se sentía hipnotizada por los movimientos de Jared. Sus relajados saltos, sus golpes certeros, seguros y fuertes, inevitables.

Era como una lluvia de puños sobre su víctima. Inevitable como su sola presencia, y estando ahí, rodeada de violencia, testosterona y droga, fue que vio a Jared como realmente era: mucho más que un peleador, mucho más que un ogro o que un chico malhumorado. Era más de lo que ella había alcanzado a comprender y no tuvo miedo, por el contrario, le resultó devastadoramente glorioso.

No lo iba a matar.

Aunque ganas no le faltaban de matar a alguien en estos días, pero nuevamente, Jared sería un puto salvaje, no obstante nunca más un asesino. Sus manos no volverían a mancharse con la muerte de nadie, así que cuando David quedó en el piso con la nariz rota y quizás un par de costillas, dejó la pose de combate y escupió hacia un lado.

—¡Tenemos un ganador, señores! Paguen sus malditas apuestas —gritó orgulloso Jeff por medio del altavoz.

De nuevo, al salir de las bodegas, fue absorbido por un montón de mujeres que rugían su nombre, queriendo tocarlo, o bien, ya frotándose contra él mientras le pedían jodidos autógrafos. Cada vez que salía de las bodegas era la misma historia. La mayoría de los hombres que allí se encontraban, intentaban pasar frente a él lo más desapercibido posible o quitarse de su camino. Algo muy inteligente por su parte ya que, teniendo en cuenta lo mucho que le gustaba una buena pelea, las cosas podían ponerse bastante feas.

Las mujeres, sin embargo, solían mostrarse un poco menos… temerosas, por decirlo de una manera. Mientras entrenaba, en el ring, en el campo de entrenamiento, en el puto club o como justo ahora, ellas se pasaban las veinticuatro horas del día intentando ponerle las manos encima, puta mierda, si

casi le resultaba imposible caminar entre el mar de personas, con el maldito pene ahora puñeteramente erecto, sin darle a alguna.

En cuanto llegó a lo que pudiera llamarse burdamente "su camerino", revisó su celular y no encontró ningún puto mensaje de Brielle. Esa chiquilla de mierda...

Se quitó los pantalones ensangrentados para inmediatamente después meterse a duchar. Estaba saliendo de las regaderas con una toalla envuelta alrededor de las caderas, cuando se abrió la puerta de su camerino, cerrándose casi inmediatamente de forma inaudible.

No necesitaba girarse para saber quién era, su puñetero perfume dulzón y empalagoso le seguía asqueando igual que siempre.

—¿Qué quieres aquí? —gruñó buscando ropa limpia para largarse cuanto antes.

—Estuviste estupendo.

—Qué bueno que te gustó la masacre, ahora, ¿quieres salir de una puta vez, Allison? —Se enfundó en los vaqueros limpios y se sentó para ponerse las botas cuando, inesperadamente, la mano de ella se posó en su muslo.

—¿Cuándo le dirás a tu noviecita tu secreto? —La mano de ella siguió subiendo por su ingle. Jared se tensó inmediatamente con la pregunta, pero obligó a su cuerpo a relajarse.

—¿De qué mierda hablas? —La empujó ligeramente para ponerse de pie. Su más de uno noventa de estatura hicieron que la joven luciera diminuta a su lado, sin embargo eso no logró que ella retrocediera.

—De Sophia, del bebé que están esperando. —Si Jared alguna vez pensó que no tenía corazón, en ese mismo momento descubrió cuán equivocado estaba, porque el muy cabrón se manifestó golpeando con fuerza contra sus costillas, parecía querer salir de su pecho.

—Si le dices algo a Zoey…

—No te preocupes, mi boca está sellada desde hace un par de meses —aseguró seductoramente, mientras delineaba con reverencia los músculos en su abdomen.

—¿Qué quieres decir? —Allison sonrió. Llevaba solamente un corsé blanco y un liguero del mismo color, los senos parecían a punto de estallarle en el rostro con exceso de maquillaje.

—Sé lo que esa chiquilla tuvo que hacer… —Se encogió de hombros. El temperamento de Jared subió de nivel y la sujetó con fuerza del brazo arrastrándola contra él.

—¿Qué mierda tuvo que hacer? —Ella le pasó un dedo por los tendones del cuello antes de relamerse los labios.

—Toda información tiene un costo.

—¿Estás intentando chantajearme? —preguntó, sin poder evitar sonar ligeramente asombrado.

—Todos queremos algo, y yo te deseo… —Intentó besarlo, pero Jared le sujetó la barbilla a pocos centímetros de sus labios, sonriendo al ver sus ojos cargados de lujuria.

—¿Quieres que te coja de nuevo como la puta que eres? —susurró moviendo los labios contra los suyos, ella se estremeció en placer.

—Por favor —suplicó, restregándose contra su cuerpo. Jared estaba condenadamente duro y no por ella, era su maldita naturaleza después de cada pelea.

—No seré delicado —siseó con un puta voz ronca que odió al instante.

—Lo sé —gimió ella cuando Jared le apresó con demasiada fuerza un pecho, para luego tirar de su pezón erguido en forma dolorosa. Allison estaba loca, definitivamente loca.

Y aunque la parte menos noble de su cuerpo le pedía tomar lo que se le ofrecía, empujarla contra la pared y cogérsela hasta partirla en dos, casi en calidad de urgente, la otra parte quería vomitar con el solo olor de su excitación. Arrastró los labios hasta su oreja.

—No me interesa tu información. —La empujó haciendo que trastabillara —. Lárgate de mi vista, puta.

Allison todavía tuvo el descaro de verse ofendida mientras pasaba a su lado.

Algo en él se retorcía queriendo saber qué ocultaba Brielle, pero ya tendría otra oportunidad para saberlo. Al salir se tropezó literalmente con Gary, que de nuevo lo veía con su sonrisa tonta.

—Te manda esto Spencer, es muchísimo dinero, *Frío*. Aunque el pendejo de Derek no dio el ancho, estamos seguros de que lo entrenarás bien. —Jared puso los ojos en blanco mientras le arrebataba el dinero—. ¿No vas a fumar nada hoy?

—No, tengo cosas importantes que hacer.

Y vaya que las tenía, se estaba muriendo por llegar al departamento. Un presentimiento lo recorría de arriba abajo, ojalá que su pequeña presa estuviera donde quería encontrarla, o se arrepentiría el resto de su miserable vida si había huido.

En cuanto se estacionó afuera del *Insignia,* se bajó literalmente corriendo hacia el ascensor, y mientras abría y cerraba los puños, pensó qué iba a hacer si ella había escapado. No podía privarlo de nuevo de ser padre, no podía huir con su hijo.

En cuanto abrió la puerta del departamento, vio un destello en el comedor. Al acercarse, vio que era el celular de ella, parpadeaba con el mensaje no leído

que tenía en su bandeja.

—¡Brielle! —la llamó furioso sosteniendo el celular. No hubo respuesta, y un escalofrío de una sensación que pensó que ya nunca más sentiría, se deslizó a lo largo de su columna.

Irrumpió en la habitación casi rompiendo la puerta, pero se congeló al instante al ver la imagen frente a él.

Ella estaba dormida en el centro de la cama, sus ojos cerrados y su pecho subiendo y bajando al ritmo de su respiración. En sus labios había una pequeña sonrisa, lo que lo hizo inmediatamente preguntarse con qué mierda pudiera estar soñando para que se viera tan contenta… Confundido, pateó el pensamiento de su mente, ya que era jodidamente ridículo que le importara una mierda sobre lo que alguien pudiera estar soñando.

La chica ni siquiera lo soportaba, claramente lo odiaba. Así que, ¿por qué habría de importarle qué mierda estaba soñando? Se acercó un poco más a ella y descubrió que llevaba la camiseta que él le había prestado, y aunque le quedaba grande, sabía que debajo de la prenda había un cuerpo curvilíneo, al instante un ramalazo de excitación lo recorrió. Mierda, necesitaba desfogarse cuanto antes, así que se obligó a mover sus ojos de ahí rápidamente, ya que después de todo, sí tenía un poco de remordimiento y se sentía como un jodido pervertido mirón… pero qué mierda. ¿Desde cuándo tenía conciencia? ¡La odiaba!

Así que se obligó a liquidar lo que le quedaba de moralidad y la observó sin pudor. El bóxer negro resaltaba su pálida piel más de lo normal. Lucía tan joven y frágil como una muñeca de porcelana, igual de delicada. Suspirando, se sentó con cuidado a su lado. Tenía marcas muy leves en sus brazos y alrededor de las muñecas, pero eran tantas que le resultó obvio que la golpeaban seguido.

De pronto lo vio todo rojo, quería matar a Hank. Ese bastardo se las iba a pagar, no hoy, porque tenía el cuerpo demasiado cansado para volver al Cooper's, pero pronto, muy pronto ese cabrón se las pagaría. Ella suspiró, moviéndose hacia un lado quedando boca arriba. Jared se quedó paralizado, como si estuviera invadiendo su espacio siendo que todo, inclusive ella, le pertenecía.

Se removió incómodo al sentir su erección pulsar contra sus pantalones, creciendo conforme el aroma natural de ella comenzaba a rodearlo, deseaba enterrarse en ella, la deseaba tanto que dolía. Gruñendo, se levantó de la cama, enojado con su puto cuerpo traidor.

—*Jared* —dijo ella suavemente. Él se congeló a mitad de un paso, su pene se endureció aún más al escuchar su nombre salir de esos suaves labios.

Era la primera vez que se lo escuchaba decir en Dios sabría cuánto tiempo, y escucharlo hizo que la sangre corriera por sus muertas venas, un jodido

sentimiento se alojó en su pecho robándole un escalofrío, por lo que maldijo. Debería irse, cuanto antes mejor, sin embargo, se encontró apretando los dientes con las manos cerradas en puños mientras dejaba que el desconocido placer lo recorriera.

Brie estaba teniendo unos sueños muy vívidos, porque no había otra explicación para que se sintiera como si Jared estuviera aquí… salvo que sí podía estarlo, éste era su departamento. Entre la penumbra del sueño y el cansancio, se obligó a volver y sus ojos revolotearon abriéndose lentamente.

—¿Señor? —susurró asustada, aunque con voz soñolienta. Él estaba de pie en mitad de la habitación, llevaba unos vaqueros oscuros y una camisa remangada hasta los codos, tenía el cuerpo tenso y sus ojos lucieron sombríos cuando se giró para mirarla.

—No me llames así, por un demonio —ordenó con una voz ronca que curiosamente la recorrió de forma deliciosa.

—Pensé que no llegaría a dormir.

—Si tal vez leyeras tus mensajes… —En un movimiento lento le lanzó el celular que aterrizó sobre su regazo. Asombrada, vio que tenía un mensaje de él, y mientras lo leía su corazón palpitó como una ridícula adolescente con mal de amores, lo cual no era el caso. Ella lo odiaba, así que se repitió que lo desbocado de su corazón era por el susto.

—Lo lamento. —Elevó el rostro para mirarlo y sus ojos se abrieron con sorpresa al recorrer su cuerpo, e inevitablemente lo recordó… peleando. Jared tenía el cuerpo duro y lleno de raspones, su labio cortado y en los nudillos había sangre fresca—. ¿Quiere que le prepare el baño?

Cuando buscó sus ojos, se encontró con que él la estaba mirando fijamente, y tenía una sonrisa torcida y arrogante en sus labios, ¿habría notado su escrutinio?

—¿Te gusto? —preguntó sonriendo. Sí, definitivamente lo había notado.

Brie se ruborizó furiosamente mirando hacia sus manos.

—Solo estaba tratando de ser amable.

—¿Al mirarme como si fuera un filete?

—Estaba viendo que tiene raspones… peleó —susurró intentando no delatarse.

—Sí, lo hice. Entonces, ¿te bañarás conmigo?

Ya podía imaginarse trazando los tatuajes en su cuerpo, uno a uno delineando particularmente los de sus abdominales, enjabonándole la espalda y sintiendo cada músculo de su tonificado cuerpo, el rubor la recorrió hasta el

cuello y dio un respingo cuando lo escuchó reírse de nuevo.

—No te preocupes, ya me bañé y estas son solo heridas abiertas que necesitan alcohol. —La estudió unos segundos, hasta que finalmente ladeó ligeramente la cabeza—. ¿Por qué finges que no sabes nada de nada? ¿Cómo logras hacer que parezca natural ese rubor de mierda?

—No estoy fingiendo —se apresuró a contestar, pero se estremeció cuando vio fuego azul en su mirada.

—¿Ah, no?

—No.

—Bueno, en ese caso me conviene aprovechar tu momento de sinceridad, ya que no se da con frecuencia.

—Yo no me la vivo mintiéndole.

—Entonces seguro me dirás qué exactamente es lo que le debes a Spencer.

—Brie agradeció estarse mirando las manos en ese momento, así él no notó cómo sus ojos se habían abierto llenos de terror.

—No le debo nada. —La absoluta carencia de humor de la carcajada que Jared soltó, heló la sangre en las venas de Brie.

—Ya decía yo que debía apurarme, las mentiras son parte de tu naturaleza.

—Sí, y ya se odiaba por ello, pero no podía decirle nada. Desvió la mirada hacia una esquina donde vio un juego de ajedrez que él había desempacado.

—¿Le gusta el ajedrez? —Vaya pregunta estúpida, pero tenía que distraerlo.

—Sí.

—¿Gana seguido? —Otra idiotez, pero tenía embotados los sentidos. Su aroma a lilas inundaba la habitación de una manera placentera.

—Como en todo. —Brie mordió su labio intentando no sonreír ante su arrogancia.

—Recuérdeme no retarlo nunca.

—Lo más sensato es que no me retes con nada; de hecho, por tu propio bien, deberías dejarte de pendejadas y responder mi pregunta.

—¿C-Cuál? —Escuchó un bufido y cerró los ojos.

—¿Cómo llegaste a trabajar con Spencer?, ¿qué es lo que le debes?

La castaña suspiró dejando caer la cabeza entre las almohadas, inconscientemente se llevó un brazo al rostro para ocultarse. El cómo llegó con Spencer era un recuerdo que de verdad no quería evocar, los gritos de Natalie o las súplicas de Hank seguían provocándole pesadillas... pero entonces, ¿cómo rayos iba a seguir fingiendo demencia al lado de Jared?

Lo mejor era contarle la verdad a medias, decirle ciertas cosas, ocultarle otras… La cama se hundió a su lado y no pudo evitar gritar. Jared estaba muy cerca de ella, por lo que aterrada se sentó lo más lejos que pudo de él y tiró de

las mantas para cubrirse hasta el cuello.

—No voy a hacerte daño —masculló entre dientes—. Y tampoco me iré hasta que me digas la verdad, podemos pasar toda la puta noche y el resto de los días aquí encerrados, tú escoges.

—Saberlo no hará que las cosas sean más fáciles entre nosotros…

—¿De verdad piensas que no puedo hacerte la vida un puto infierno? Porque no has visto nada, Brielle, nada.

—No me llame Brielle, solo dígame Brie. —Detestaba escuchar su nombre completo, la hacía sentirse como una chiquilla regañada—. Y de todas formas, no creo que usted me crea.

—Pruébame. —Jared esbozó una media sonrisa antes de que sus finos labios se convirtieran en una delgada línea otra vez. No obstante, a Brie le bastó ese único segundo para volver a sentirse atraída por él. Dios, estaba llena de hormonas adolescentes.

—Quería bailar, eso es todo… —Él pellizcó el puente de su nariz en un gesto de molestia.

—Brielle… —advirtió, y su tono duro y amenazador le indicó que no iba a aguantar otra bromita.

—Hank, mi padrastro, tiene un serio problema con las apuestas y los juegos.

Estuvo apostando en el Cooper's, primero su dinero, luego el de mi mamá. Después su auto, la casa… Y cuando la deuda lo sobrepasó, amenazaron con quitarle la cafetería.

Permaneció en silencio por un instante, decidiendo si contarle el resto de los detalles o no. Quizás los veía como meras simplezas, quizás él había sufrido más y lo estaba aburriendo, pero cuando elevó la mirada, se encontró con la curiosidad reflejada en sus preciosos ojos. Mordió su labio mirando las mantas, los recuerdos de todo lo que había sufrido al lado de su padrastro o de Spencer la embargaron, recorriéndola en un sudor frío, tuvo que recurrir a toda su concentración para no hiperventilar.

—¿Y qué tienes que ver tú en eso?

—Hank me… bueno… él hizo un trato con Spencer, me dejó ahí a cambio de liquidar su deuda. —Tragó saliva sintiendo un nudo en la garganta.

No se atrevió a mirar a Jared, tan solo bastaba ver que abría y cerraba los puños para saber que estaba enojado. En las últimas semanas Brie había pasado todo tipo de cosas, sin irse tan lejos, tan solo lo que había visto este día. Spencer la había condenado de nuevo, e incluso antes de llegar a dormir, había visto al joven golpear hasta casi la muerte al amigo de Zack. A estas alturas se sentía desfallecer, había perdido su virginidad en una noche, su dignidad, su poca libertad, sus sueños…

todo, de pronto se encontró temblando sin control, estaba sufriendo un colapso.

—Cálmate, oye… —Un enorme brazo la rodeó e inmediatamente después sintió el duro pecho contra su mejilla—. No pasa nada, cálmate…

Su voz era baja y aterciopelada, incluso dulce, y se quedó pasmada sin poder dejar de temblar. Pasaron un par de minutos, o quizás horas, para que ella volviera de un semiestado catatónico, y en todo ese tiempo Jared no dejó de abrazarla y mecerla de un lado a otro de una forma por demás desconcertante para su frialdad.

Cuando sintió que dejaba de temblar, dejó de arrullarla, más no de abrazarla.

—¿Dónde está tu papá? Bueno, aunque si prefieres hablar de estas mierdas del divorcio de tus padres después… esperaré.

No es que Brielle no quisiera hablar de eso, es que simplemente se entristecía. Mark había sido todo lo que siempre había querido, un papá modelo. Era cariñoso, tierno y muy comprensivo, como arquitecto además era su ídolo.

—Mis papás no están divorciados, mi papá murió hace seis años, en un accidente de construcción, había asistido a supervisar la obra cuando le cayó una viga encima. —Jared se quedó en silencio un tiempo, hasta que finalmente comentó:

—O sea que si viviera, serías una niña rica y mimada. —Brie sonrió con amargura.

—Sí él viviera esto nunca habría pasado. Nunca nos habríamos ido de Los Ángeles para empezar.

—¿Y por qué mudarse a Las Vegas? —La joven se sorprendió de que por primera vez en todo este tiempo Jared no agregara un: *seguro se mudaron para arruinarme la vida*.

—Cuando papá murió, mi mamá… se deprimió mucho. Se enfermó gravemente, y al año de fallecido decidió que no iba a poder salir adelante si seguíamos viviendo allá, dijo que necesitaba un cambio radical y fue así que llegamos a Las Vegas. Con el dinero que había recibido por la muerte de papá, estableció una cafetería.

—¿Entonces ahí conoció a tu padrastro?

—Sí.

Hank era un cliente asiduo, las visitaba seguido y Brie pudo apreciar cómo la luz volvía a los ojos de su mamá cada día que las visitaba. En un principio la castaña se alegró de verla así, ese hombre increíblemente era bueno y gracioso.

Todo fue que se casaran para que su padrastro sacara su verdadero yo.

—No puedo creer que ese bastardo te vendiera, peor aún, ¿qué mierda

estaba pensando Spencer al aceptarte? Eres menor de edad.

En algún momento de su crisis, Brie debió haberle agarrado la mano ya que ahora, e inconscientemente, estaba trazando círculos sobre la palma varonil, con la yema de los dedos. Se ruborizó por el acto, pensó en soltarlo pero el calor de sus palmas era increíblemente agradable, siguió haciéndolo sin detenerse a pensar en nada.

—Yo se lo supliqué —balbuceó, estremeciéndose al sentirlo tensarse—. Spencer no me quería en su club, iba detrás de todo lo que Hank tenía, quería borrarlo del mapa a él y a todos los que lo rodeábamos. Supliqué que me dejara trabajar como bailarina a cambio de que nos permitiera vivir.

Jared cerró los dedos entorno a los de ella y Brie sintió todo su cuerpo calentarse ante el contacto, sus hormonas despertaron del sueño y la sacudieron ligeramente, no se habían tocado así ni siquiera cuando habían tenido relaciones. ¿Y por qué estaba pensando en eso? Sería el cansancio, se sentía muy cansada y seguro se le estaba atrofiando el cerebro.

—¿Por qué…? —El joven dejó a la mitad la pregunta.

Jared guardó silencio, ¿cómo iba a preguntarle lo siguiente sin sonar como un completo imbécil?, ¿por qué mierda suplicaste?, ¿porque te golpeaban?, ¿te violaron a ti también?, ¿qué mierda hacía mientras tanto tu jodida madre?, ¿por qué lo permitió? Se estremeció de rabia ante el recuerdo de su propia madre, era increíble que viniera a tener esto en común con Brielle. Su mente viajó en el tiempo, trayendo esos recuerdos de mierda que tenía encerrados, amenazando con hundirlo aquí y ahora. Necesitaba un poco de cocaína, y la necesitaba ya.

Pero en eso, la joven tiró de su mano, la cual de alguna jodida manera había acabado sujetando cuando dejó de abrazarla. En un principio cuando ella lo hizo, se quedó estupefacto y con ganas de retirarla lejos como si quemara, pero ella comenzó a temblar y parecía que estaba por jodidamente desmayarse de nuevo, si necesitaba apoyo se lo daría… por esta vez.

—¿Por qué, qué? —Brie se removió entre sus brazos y elevó el rostro, quedando inesperadamente cerca de sus labios.

Olía jodidamente bien, a sándalo. Tenía los parpados ligeramente caídos, seguro estaba cansada y otra vez él estaba jodiéndole el sueño. Pero entonces, había algo más… en su mirada había una especie de brillo, un calor que no había visto antes. Decidió no preguntarle eso sino otra cosa, necesitaba aprovechar esto, solo Dios sabría cuándo podrían hablar como personas civilizadas otra vez.

—¿Qué te dio Spencer a cambio de meterte conmigo? —Ella se tensó, el brillo especial en sus ojos se esfumó.

—Spencer no me dio nada.

—¿Vas a seguir mintiendo?

—No me dio nada, yo… lo vi. Me dijeron que le llevara un trago y después usted me atacó, me besó.

—Sí, omite esa parte, llega hasta donde te pedí que no me cabalgaras y seguiste haciéndolo. —La chica se ruborizó bajando la mirada, así que tomó su barbilla elevando su rostro para que lo enfrentara—. Brielle…

—Pensé… ahí en ese momento, yo… entonces yo pensé que si tenía un bebé podría salir de ese lugar. —Jared frunció el ceño.

—¿Qué estás diciendo?

—Al embarazarme no podría bailar más. Y así fue, Spencer se enfureció, sin embargo no le quedó otro remedio que dejarme ir.

—Brielle… —Pellizcó el puente de su nariz—. Trabajo para Spencer, sé que no te dejaría ir tan fácil, ¿por qué no solo me dices que hiciste un puto trato con él?

Spencer te habría matado si hubieras hecho lo que me estás diciendo.

—¿Por qué se empeña en que hubo un trato?, ¿cambiaría en algo si así fuera?

En realidad no, las cosas ya estaban hechas y no cambiaban ni una mierda.

Siempre la detestaría, incluso si había participado o no en algún trato, había actuado de forma egoísta, arruinando la poca paz que tenía con Zoey, volteando su puñetero mundo de cabeza.

—Le tengo una propuesta. —La suave voz de la chica lo sacó de sus cavilaciones.

—¿Tú?

—Sí, yo —sonrió mirándolo—. ¿Qué le parece si empezamos de nuevo?

Estamos esperando un hijo. Por primera vez tendré algo mío, realmente mío y bueno, no sé si usted tenga muchas cosas, pero el bebé también es suyo. —Jared sintió que se ponía pálido, porque ella estaba expresando justamente lo que él sentía —. Creo que podemos llevarnos mejor.

—Ese bebé es solo mío —gruñó necio.

—Pues yo soy la que lo tiene de momento y tendrá que aguantarse.

—¿Ah, sí, con que mandona? —No pudo evitar sonreír—. ¿No quieres también que comience a traerte postres para tus jodidos antojos?

—Me encantaría un poco de helado de vainilla, del que compró. Podría ponerle nuez y chocolate liquido de *Hershey's*. A nuestro ángel le encantaría, estoy segura… —canturreó frotándose el vientre.

Jared desvió mecánicamente la mirada hacia sus manos, donde ella se frotaba cálidamente el vientre y contuvo el ridículo impulso de levantarse y

traerle un poco del jodido helado. Que se lo llevara el infierno si pensaba que iba a verlo complaciéndole sus antojos, la detestaba y nunca le comentaría lo aturdido que se sentía cada vez que tocaban ese tema, lo ansioso que estaba por tener un bebé, porque por lo general los hijos nunca te abandonan… bueno, si te portas bien, *como un padre de verdad.*

Y es que desde que supo que sería papá, solo podía pensar en asegurarse de que al bebé no le faltara nada… y bien, tenía que parar. Necesitaba malditamente ayuda con esto… Miró hacia afuera, seguro ya era pasada la medianoche. *Perfecto.*

—Ya es tarde, duérmete que mañana vas a clases. —Ella resopló haciendo un mohín.

—Está bien, papá, pero no me regañes. —Sonrió de una forma que le cortó la respiración—. Solo es que me siento un poco mal, tengo… náuseas, le agradecería si por esta noche se quedara aquí… por si tengo que ir al baño y eso...

me siento, hum... —Mordisqueó nerviosamente su labio, incluso se ruborizó —. Me siento un poco débil. —El joven abrió los ojos como platos, por primera vez en su vida sintió miedo.

—¿Débil?, ¿quieres que te lleve al doctor?

—No, solo… por favor… —¿Qué mierda iba a hacer con ella toda la noche? ¿Pero, y si se caía y se quedaba inconsciente en el baño? Prefería la tortura de dormir con ella.

—Está bien —la interrumpió con un gruñido al tiempo que se tumbaba con torpeza en la cama—. Ya duérmete de una vez—. Ella suspiró cerrando los ojos.

Para su asombro, no pasaron dos segundos cuando sintió el cuerpo de la joven relajarse y comenzar a respirar acompasadamente.

Jared se revolvió incómodo por varios minutos sin encontrar un lugar hasta que se quedó medio tumbado de lado sobre las almohadas, lo más lejos posible de ella, pero entonces Brie giró y lo rodeó con su brazo alrededor de la cintura.

Sutilmente se acercó a él y enterró el rostro en su pecho. Inmediatamente su aroma fresco lo embriagó y se quedó de piedra. *Mierda*, sacudiéndose intentó quitarla. Sin embargo la chica estaba como muerta, realmente se veía agotada. Así que, tragándose su odio, por una noche decidió dejarla, y ya que no hallaba dónde poner el brazo, le rodeó la pequeña cintura… y se quedó profundamente dormido.

Capítulo Seis

Era la primera vez en Dios sabría cuántos días que se levantaba sin ganas de vomitar.

Brie se sentó en la cama con los ojos cerrados y el ceño fruncido. Podría quedarse dormida hasta mediodía, estaba realmente cómoda. Siguió sentada sin moverse, solo ahí, como en un trance entre dormida y despierta, con el cabello enmarañado cubriéndole el rostro cuando el sonido de una voz profunda la despabiló rápidamente.

—Iré por ti en cuanto me cambie… —Silencio—. Lo prometo, ¿a dónde quieres ir, Zoey?

Bien, eso sí que le había producido náuseas, genial. El ogro arruinando las mañanas desde ahora. Enojada, abrió los ojos y se levantó para bañarse, dando un portazo al encerrarse en el baño. Sí, se estaba portando como una niña pero no le importó. Una vez ahí, estuvo bajo el chorro de agua caliente lo que pareció una eternidad, necesitaba relajarse. ¿Por qué estaba molesta de que él fuera cariñoso con su novia? Simplemente no lo sabía, pero ahí estaba ese sentimiento molesto y fastidioso que no la dejaba en paz. Estaba celosa, *otra vez.*

Después de que la piel se le arrugara un poco y el agua comenzara a caer un tanto fría, decidió salir. No había logrado calmarse mucho, seguía molesta pero sabía que lo mejor era que dejara esa actitud. Suspiró al recordar las palabras de Spencer, tenía que lograr que de alguna manera Jared dejara de odiarla, si no su mamá pagaría las consecuencias, eso era lo más importante, *esa* debía ser su única mortificación y prioridad, pero ¿cómo iba a hacerle para que dejara a Zoey?

Mordió su labio mientras se abotonaba la camisa, contemplando distraídamente su cuerpo.

Los moretones que Hank le había provocado antes de que el joven la llevara con él estaban casi desapareciendo, en algunas partes amarillos y en otras ya no había nada más que algunas viejas cicatrices. Su piel volvía a su habitual color pálido, miró hacia sus pechos los cuales estaban más grandes, siempre se le habían hecho pequeños al compararlos con los de Katie o Allison, pero ahora simplemente no paraban de crecer… así como su pancita.

Por primera vez en todos estos meses comenzó a notar un pequeño bulto y los ojos se le llenaron de lágrimas mientras acariciaba lentamente su vientre, ¿cómo iba a ser mamá? Apenas tenía diecisiete, nunca había ido de fiesta, nunca

había tomado, nunca había dado un beso y mucho menos había tenido un novio. Con Jared había pasado de cero a cien, había cambiado su vida dando un giro de 360

grados y ya no había marcha atrás.

—¿Por qué lloras, te encuentras bien? —preguntó una voz profunda.

Brie gritó ahogadamente llevándose una mano al pecho al ver a Jared. Su silueta era tan grande e imponente que abarcaba casi toda la puerta. Llevaba una camisa negra de botones, metida entre unos vaqueros oscuros que decían en forma lateral *True Religion* y, por supuesto, las botas de combate negras. Tuvo que parpadear un par de veces ante la visión que él le ofrecía, un cosquilleo se alojó en su vientre, era abrumadoramente guapo, pero siempre con esa oscuridad rodeándolo. Sus ojos azules bailaban curiosos, solo Dios sabría cuánto tiempo tenía mirándola.

—Sí, yo… solo estoy asombrada. —Él se le acercó hasta casi tocarla.

—El embarazo ya comienza a notarse, Nicole nos hará una cita para ir al médico.

La castaña sonrió ante el pensamiento de conocer a su bebé, y él la recompensó por primera vez con una sonrisa de vuelta, estiró la mano como si fuera a tomarle un mechón de cabello, pero en el último segundo la dejó caer, sus ojos volvieron a ser fríos, la sonrisa se borró y, por alguna razón, eso la enfureció.

Claro, Jared no la tocaba porque no era *ella,* entonces él tampoco tenía derecho a sonreírle así, ya que claramente no estaban felices por las mismas cosas. Él estaba feliz porque en cuanto la dejara en la escuela, como si se tratara de una maldita guardería, iría corriendo a "cogerse" —palabras de él, no suyas— a su amada Zoey, así que dio un paso atrás.

—¿Qué estaba haciendo ahí parado como acosador? —preguntó irritada. Él elevó una ceja, sus labios presionándose en una fina línea.

—Estás en *mi* casa, puedo andar por donde se me dé la puta gana.

—¿Y también me va a hacer cumplir con mis funciones? —*¿Acaso desea que lo satisfaga?*

Era estúpido estarlo retando, ya se lo había advertido todo mundo. Jared era voluble y se irritaba con facilidad, pero estaba enojada y no podía controlarse. ¿Por qué le daba tanta repulsión tocarla?, ¿acaso era muy difícil?, ¿de verdad le tenía tanto asco? Los ojos del joven chispearon con calor y Brie esperó que le soltara un par de respuestas obscenas de las que tanto hacía alarde.

—¿Por qué estás enojada?

—No es nada.

—Mujeres —dijo entre dientes—. Vamos a que *me* hagas desayuno, se nos

hará tarde.

—¿A qué se refiere con que yo le haga el…? —se interrumpió cuando siguió la mirada de él. Estaba mirándole el vientre, con una expresión extraña, casi ¿feliz? Inmediatamente se ruborizó al ver que no se había abrochado del todo la camisa y se cubrió rápidamente—. Vayamos de una vez, también tengo hambre.

—Me alegro, de esa forma no me obligarás a meterte la comida a la fuerza.

«Vaya, siempre tan caballeroso». Poniendo los ojos en blanco pasó a un lado de él, golpeándolo ligeramente en el hombro y omitiendo su comentario, se encaminó hacia la cocina. El pasillo era largo y ostentoso, con lo que parecían costosos jarrones de porcelana en una pequeña mesa. La luz que se colaba por los enormes ventanales levantaba pequeñas partículas de polvo. Brie todavía no se terminaba de acostumbrar a los lujos del nuevo lugar en el que ahora vivían, la cocina era enorme y elegante, en el centro había una isla rodeada de taburetes, las alacenas modernas de aluminio…, todo el departamento desplegaba una sencillez demasiado elegante.

Inició con huevos revueltos con queso rallado, mientras tarareaba una canción, comenzó a exprimir un montón de naranjas para hacer jugo fresco, picó fruta para acompañar el desayuno, luego sacó crema para endulzar un coctel de frutas y justo cuando estaba chupando una cuchara llena de helado, una risa masculina resonó en el pequeño espacio.

—¿A cuántas personas piensas alimentar, Brielle? —La aludida se giró en redondo para encontrarlo cómodamente sentado en un taburete, tenía el rostro apoyado en una mano y la observaba con una expresión divertida. La castaña se ruborizó al ver toda la cantidad de cosas que había preparado, nerviosa mordió su labio y no pudo evitar balbucear:

—No sé bien lo que le gusta comer, así que como tenemos tiempo y… bueno yo… preparé un poco de todo. —Lo miró un tanto avergonzada.

—Um, gracias —dijo él antes de encogerse de hombros—. Supongo que comeré un poco de todo.

—Sí, yo solo comeré un poco de fruta.

—Comerás un poco de todo también —ordenó, irguiéndose en el asiento, luciendo de pronto amenazador en el pequeño espacio.

—¿Por qué es tan insistente? Le estoy diciendo que no tengo tanta hambre…

—Quizás tú no tengas hambre, pero llevas a mi hijo dentro de ti, así que come.

«Ah claro, no que se preocupe por ti, por supuesto que no», murmuró su vocecilla en tono amargo.

¿Y como por qué le dolía que siguiera portándose así? Brie le dio la espalda, no quería que viera cuánto le afectaban sus comentarios. El que en las últimas semanas se llevaran un poco mejor e incluso ella le hubiera contado cosas de su pasado, no significaba claramente nada. Las cosas no habían cambiado, visiblemente él la seguía odiando y fin de la discusión. No obstante de que sabía todo aquello, se sintió abrumada mientras sujetaba con fuerza una de las naranjas.

—¿Brielle? —preguntó Jared, quien ahora estaba detrás de ella, haciéndola dar un respingo—. ¿Te encuentras bien?, ¿qué pasa, es el bebé?

—No me pasa nada, le serviré en un minuto… —Él interrumpió sus excusas y de forma inesperada la arrinconó contra la alacena, sin tocarla por supuesto, solo intimidándola con su enorme estatura y su musculatura.

—Deja-de-mentirme. ¿Qué mierda te pasa? —Brie todavía estaba tratando de controlar lo que sentía; sus manos eran grandes y fuertes, su aroma mandaba escalofríos por toda su piel, sus ojos de un azul profundo y frío. Era tonto que estuviera sintiendo cosas cuando claramente esas manos se morían por tocar a otra.

—¿Irá a verla? —*Diablos*, el filtro de su boca al cerebro se había estropeado. Él frunció el ceño.

—¿A quién?

—A su novia.

—Quizás —respondió mirándola con cautela—. ¿Necesitabas algo?

—¿Hasta cuándo va a seguir con esto? Ella merece saber que va a ser padre…

—Y tú necesitas comer, ¿por qué estamos siquiera discutiendo esta mierda?

Tú no tienes voz ni voto en mi vida, así que siéntate a comer de una puta vez.

Se dio la vuelta enojado y Brie se abrazó a sí misma sintiendo frío. ¿Por qué a veces era tan cruel? Se repitió mil veces que su obligación era separarlo de ella porque Spencer se lo había pedido, no porque de verdad lo quisiera lejos de ella. Lo odiaba tanto. Todavía se sentía rara mientras los embargaba el silencio, pero se obligó a sentarse con él en la mesa y comer.

Y justo entonces, el olor de la comida le golpeó y dejó escapar un rugido hambriento como si su estómago y ella no se hubieran puesto de acuerdo, y antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, se encontró arremetiendo contra un plato de los que había servido. Picoteó un poco de fruta, comió huevos revueltos pero apartó el tocino, por alguna razón en el último minuto le dio asco y lo reemplazó por un poco más de fruta.

Comía como si no hubiese visto nada de comer en una semana. Cuando iba

por la mitad del tazón de fruta con exceso de crema, y el segundo vaso de jugo, se quedó quieta con el tenedor en la boca. Por Dios, ¿qué estaría pensando Jared de ella? Estaba comiendo como un cerdo y…

—Me alegra que tengas tanto apetito —dijo él.

—¿De verdad le parece bien que luzca hambrienta? —preguntó ruborizada.

Jared asintió con la cabeza y sus ojos azules por primera vez brillaron. Eran claros, tan claros como el mismo cielo.

—Eres una adolescente y además estás embarazada. Es normal que comas así, de hecho, quiero que sigas comiendo hasta que estés tan jodidamente harta que no puedas más.

—No quiero engordar…

—Por favor —bufó en tono sarcástico—, ¿qué putos antojos me dijiste que tienes?

—Los postres —aseguró sin poder evitar llevarse una gran cucharada del helado a los labios—. Me encanta todo tipo de postres y los dulces, cualquier cosa dulce yo… —suspiró—, de verdad la quiero. Intento no comer muchos porque sé que más que nutrirme es alimento chatarra, no contienen las vitaminas que el bebé necesita. Pero no puedo evitarlo.

—¿Vitaminas? No te he visto tomar ninguna.

—No… yo… no he comprado.

Puta mierda.

¿Cómo era posible que esto estuviera pasando? ¡Su bebé estaba creciendo sin vitaminas! ¿Y por qué mierda no podía dejar de ver los labios de Brielle?

Esperaba por Dios que no estuviera lamiendo esa cuchara a propósito, porque por alguna razón estaba teniendo dificultades para seguirla mirando sin parecer un puto pervertido, anhelaba que ella usara esa lengua en una parte muy puñeteramente específica de su cuerpo.

—Definitivamente iremos con el doctor en cuanto salgas de la escuela, además me aseguraré de que Nicole esté contigo el mayor tiempo posible, obligándote a comer y tomar todas las vitaminas de mierda necesarias para que *mi hijo* esté bien.

—También es *mi hijo*, me importa más de lo que usted imagina —refutó.

La miró fijamente sopesando su respuesta, y por primera vez en todo este tiempo, le pareció sincera. Su cabello largo caía en delicadas ondas y sus ojos color miel de nuevo tenían ese brillo reverencial cuando hablaban del bebé. ¿De verdad podía quererlo? Quizás no era tan jodidamente mala, ¿pero tanto así como pensar que fuera decente? No. Aunque quizás la vida le había resultado

una jodida mierda, justo como la suya, quizás tenían en común más de lo que pensaba.

—¿Sabes cocinar postres? —Ella parpadeó, visiblemente confundida por el giro que había dado la conversación.

—Claro, trabajé en una cafetería.

—¿Y por qué cuando nos conocimos dijiste que no sabías hacer nada?

—Quizás porque usted me estaba ordenando las cosas.

—¿Como un ogro? —Ella abrió los ojos como platos y se ruborizó excesivamente. Jared no pudo evitar sonreír al pensar en el apodo que ella le había puesto, era tan jodidamente infantil—. ¿Querrás cocinar un postre por la noche?

—¿Vendrá a cenar? —preguntó elevando una ceja.

—Sí, trataré de llegar temprano para asegurarme de que cenes, aunque sea un jodido postre que no contenga las vitaminas que mi hijo necesita —dijo irritado, pero entonces lo escuchó.

Un sonido musical y bajo salió de los labios de Brie. No esas risas escandalosas de las chicas, tampoco incluso se parecía a la de Zoey. Nunca la había escuchado reírse y era un murmullo agradable, el sonido lo recorrió como si hubiera cantado por toda su piel, erizándole cada terminación.

—¿Cuál es la gracia? —preguntó aún aturdido.

—Ninguna, olvídelo. Entonces lo esperaré y haré un flan de chocolate para cenar.

—¿Sabes hacer pasteles?

—Sí.

—¿Y galletas?

—Las que llevan chispas de chocolate son mi especialidad y también mis favoritas. —Sonrió luciendo radiante, emanando una vitalidad que lo atraía.

Jared apoyó ambos brazos sobre la mesa perdiéndose en pensamientos. Esas eran sus favoritas también. Cuando era niño, era la única cosa buena que Samantha cocinó alguna vez para él. Lo hizo en uno de esos jodidos días donde ella se aparecía de pronto. Por primera vez en meses, ella había ido por él al orfanato y se encontraba lúcida, lista para cumplir con su papel de madre, ese día lo llevó a casa y le cocinó unas galletas de chocolate.

Miró en dirección a Brie y la descubrió mirándolo fijamente, sus profundos ojos como la miel lucían sabios, como si hubiera recorrido este camino un montón de veces, como si fuera un jodido adulto y no una adolescente, parecían desnudarle el alma como si lo conociera de siempre. Y se asustó. Esto era la última mierda que él necesitaba. Además, preferiría que lo enterraran vivo antes que sentarse solo en la cocina con ella, conviviendo como una puta pareja

mientras le preparaba un flan.

Así que no, pensándolo bien, nunca le aceptaría una puta galleta de chocolate ni ningún postre.

—Será mejor que nos vayamos.

Ella asintió sonriendo, todavía estaba de buen humor cuando tomó su gastada mochila, tendría que comprarle otra. Definitivo. El camino en el auto fue cómodo, aunque no había ningún ruido como cuando viajaba en la motocicleta, pero al parecer estaban en paz. Claro, en paz hasta que recibió un mensaje de Zoey.

Tenías razón, voy a suplicarte para que te quedes, y una vez aquí, te haré la mamada de tu vida, luego serás tú el que suplique por más.

Z.

Jared sonrió al pensar que ya la conocía, era más lo que le gritaba que lo que tardaba en pedirle que volviera, como en la mañana, cuando le había marcado y desde ese momento no había parado de mandarle mensajes sugestivos. Sintiéndose relajado desde lo que parecía una vida, sintonizó una estación de radio. La canción *Nocturne* inundó el auto. Los tonos suaves y románticos le recordaron que alguna vez la había interpretado en la casa de su padre.

La melodía siempre lo transportaba a otro lado, a pensamientos sobre sueños que alguna vez deseó cumplir. Una vida mejor, sin drogas, fácil, jodidamente más sencilla. Las notas lo invitaban a deslizar los dedos suavemente por las teclas, como lo haría al tocar la piel pálida y tersa de una mujer:

delicadamente y sin premura, podría recorrerle la espalda con las yemas de los dedos tan solo para sentirla estremecer bajo su toque, subir hasta su cuello y jugar con los largos rizos de su cabello… el auto que iba detrás de ellos tocó la bocina, lo que lo asustó hasta la mierda haciendo que Brielle se riera.

Aunque el sonido de su risa volvió a hacer jodidos estragos en su piel, le lanzó una mirada furibunda haciendo que ella se tapara la boca intentando no seguir riéndose. Aceleró como maníaco enfurecido, repitiéndose que estaba pensando en Zoey y por eso estaba distraído, aunque mientras fantaseaba el cabello era castaño.

Encabronado, apagó el estéreo.

—¿Por qué quitó la canción?

—No me gusta.

—A mí sí, escucho seguido a *Chopin,* además resultará bueno para el bebé.

Leí que puede tranquilizarlo y estimular sus sentidos.

¿Qué mierda?, pensó mientras estiraba la mano para poner de vuelta la estación, y cuando ella hizo lo mismo, sus dedos chocaron. Un escalofrío lo

recorrió y no le importó verse como un marica cuando retiró bruscamente la mano, odiando sentirse tan vulnerable a su alrededor.

Ella bufó mirando por la ventana, y por alguna razón, se sintió mal por su estúpido comportamiento; ¿por qué rayos se portaba como si ella fuera ácido?

Bueno, la jodida verdad era, que quería tocarla lo menos posible porque cada vez que lo hacía, su piel se quedaba hormigueando anhelando por más. Sacudiendo la cabeza de esos estúpidos pensamientos de mierda, trató de enfocarse en otra cosa, así que decidió sacarle un poco de plática.

—¿De dónde conoces esa música? —Ella lo miró parpadeando un par de veces, antes de que sus ojos se perdieran en recuerdos.

—Mi papá la escuchaba cuando era niña, por eso me gusta a mí también.

—¿No deberías escuchar mierdas como esos tipos que parecen maricas y van en una sola dirección?

—¿De verdad está hablando de *One Direction*? —Elevó una ceja mirándolo con diversión.

—La dirección a la que me refería es a la de cómo ser unos afeminados.

Todos acabarán siendo unos jodidos maricas.

—No puedo creer que los conozca —aseguró sonriendo.

—A Zoey le gustan, escucha todo el tiempo esas mierdas —comentó encogiéndose de hombros, ella abrió los ojos como platos antes de mirar por la ventana, luciendo molesta. Cuando llegaron al instituto, Brie seguía sin hablarle —. Vendré por ti a las dos. —Ella volvió a asentir y salió sin más.

No que le importaran sus silencios.

Condujo hacia la casa que alguna vez compartió con Zoey, y mientras lo hacía, pensó que cada vez se veía más complicado su futuro juntos. Últimamente se la vivían peleando, más de lo normal y, por supuesto, cuando se enterara que iba a ser padre, se volvería loca. Normalmente su primer impulso habría sido meter el auto en el garaje y entrar corriendo al departamento, listo para un poco de acción…

pero hoy no era el mismo de siempre.

Prendió un cigarro dando una profunda calada. La primera siempre era memorable para él. Invariablemente era mejor que todas las que seguían. Expulsó el humo despacio, odiándose por su costumbre de enredar las cosas. Si quería propiciar una separación, él iba a tener que iniciarla. El problema es que no estar con ella le resultaba… impensable.

Zoey era su salvación y su destrucción.

…

—¿Eres nuevo por acá?

Jared miró a la pelirroja que estaba de pie en el centro del gimnasio. No

recordaba haberla visto cuando entró, pero la verdad es que tampoco estaba prestando mucha jodida atención. Continuó golpeando el saco de boxeo.

—Sí.

—¿Siempre eres así de expresivo? —Sonrió mientras se acercaba a él haciendo que detuviera su rutina.

—¿Siempre eres así de entrometida? —preguntó, sujetando el saco de boxeo.

Ella se soltó riendo, deteniéndose frente a él.

—¿Cómo te llamas?

Sus piernas torneadas y bronceadas se balanceaban de adelante hacia atrás en forma elegante esperando su respuesta. Sus manos, aunque ocultas detrás de unos guantes de cuero, se veían cuidadas, su cabello rojizo en una coleta alta, seguro era de clase alta. No le convenía, sin embargo por alguna razón totalmente jodida, se encontró diciendo:

—Jared Brown.

—Jared —dijo, y en un inesperado movimiento le pateó un tobillo haciéndolo perder el equilibrio y caer torpemente en la arena—. ¿Quieres entrenar conmigo?

—¿Qué mierda te pasa? —bramó exasperado.

Iba a levantarse cuando ella se rio para luego ponerse en posición de combate, con las piernas bien plantadas en la arena y los puños a la altura del rostro, por primera vez desde hacía una vida, Jared se estaba riendo también.

Cuando William y su familia se habían traslado a las famosas e increíbles "Vegas", le dijo que era para hacer a su lado un nuevo comienzo, pero especialmente para formar una familia junto a él.

De cualquier forma Jared era menor de edad, así que no le quedó más remedio que vivir con William y su familia. Durante un tiempo estuvo tranquilo, Debbie lograba canalizar toda la ira que sentía de formas que nadie lo había conseguido, pero como todo, solo fue cuestión de tiempo para que comenzara a meterse en problemas de nuevo. Así como su papá no sabía qué hacer con él, tampoco Jared había tenido la oportunidad de elegir nunca a sus padres. Los años que había pasado respirando, peleando, comiendo incluso teniendo sexo, tampoco habían mermado en nada su naturaleza: inmutable. Sin embargo, ahora era mayor de edad y tenía la oportunidad de marcharse por propia voluntad, de elegir su destino… y además, aquí le pagaban por lo que más le gustaba hacer.

—¿Piensas pelear conmigo…?

—Zoey Cooper —murmuró con una petulante sonrisa. El joven asintió, definitivamente era adinerada y familiar de los jefes. No le convenía

absolutamente nada.

Se había prometido no involucrarse con ninguno de ellos y ahora, con la primera mujer que hablaba, era justamente con la que no debía. Miró sobre su hombro y encontró a varias prostitutas viéndolos asombradas con las manos en la boca, otras sonriéndole de forma seductora. Debería ir con alguna de ellas.

—¿Te molesta mi apellido? —Él apretó los labios mientras negaba con la cabeza.

—No.

—¿Tienes miedo? —Jared de verdad estaba tratando de no hacer contacto visual con ella, pero era en vano. Zoey era malditamente sexy, se puso duro con tan solo recordar la forma silenciosa y certera con la que lo había derribado, y ahora verla en esa pose, luciendo salvaje y ruda, solo incrementaba su deseo por tenerla debajo, luchando por liberarse de él.

—¿De ti? —Se puso de pie inmediatamente, sonriendo al verla tensarse y subir más los puños.

—Eres un arrogante —siseó lista para golpearlo, podía ver en sus profundos ojos verdes que deseaba hacerlo.

—Y yo creo que realmente eres una mujer muy ardiente. —Ella elevó un puño y lo estrelló con fuerza sobre su hombro. Jared apretó los labios asombrado de la fuerza con la que lo golpeó.

—¿Te dolió?

—Un poco, tienes buen gancho. —Zoey dejó la pose de combate y le regaló una sonrisa que sería su perdición.

—¿Quieres conocer el lugar? —No debería seguirle el juego, pero todo lo que podía matarlo, lo hacía sentir vivo.

—Vamos.

…

Jared sacudió la cabeza, prefería este enredo de mierda que vivir sin ella.

Así que se bajó del auto dando un portazo.

En cuanto Zoey abrió la puerta, supo que estaba excitada. La diminuta falda de cuero negra dejaba ver sus largas piernas, y la camiseta escotada con la imagen de *Credeence* estampada en el frente, acentuaba la curva de sus pechos. Ella se rio antes de hablar.

—Te ves… diferente. No te ves como que hayas tomado, ni te hayas drogado últimamente, de hecho, te ves jodidamente sexy.

Quizás nadie notaría el estado de la chica, a simple vista tenía una encantadora sonrisa, sus ojos brillando de forma que todos pensarían que era de alegría, pero no Jared. Las señales eran obvias, esos ojos verdes centellaban ardientes, él sabía qué clase de pensamientos sucios estaban pasándole por la

mente, había visto esa mirada miles de veces.

—Gracias por todos tus cumplidos… —murmuró con sarcasmo—. Yo también te extrañé, a ti y a todo tu carácter.

—Gruñón. —Se lanzó a sus brazos.

—Bipolar. —La tomó por las nalgas, ella no perdió el tiempo al rápidamente enroscar las piernas en su cintura. Entraron a trompicones, chocando mientras se besaban hasta aterrizar en el sofá.

Estuvieron jugando un poco, a Jared le encantaba tenerla jodidamente hirviendo hasta que ella no pudiera más, le gustaba que se retorciera bajo su cuerpo en gemidos y súplicas, así que frotó su clítoris sobre las bragas húmedas, logrando que gimoteara ahogadamente, malditamente sabía que ella quería más pero había sido justamente ella quien le había llamado, así que sería *ella* quien le diera placer primero. Se retiró solo un poco, respirando pesadamente contra sus labios, haciendo que Zoey abriera los ojos y le sonriera maliciosamente, le conocía muy bien.

—¿Estás esperando lo que te prometí, verdad? —Estaba jadeando mientras tiraba de su cinturón, desabrochándoselo—. ¿Estás listo, amor?

El joven no respondió, sino que le sonrió torcidamente mientras se enderezaba y la tomaba por el cabello para conducirla hacia su más que lista y dolorosamente hinchada erección. Ella se relamió los labios, sonriéndole seductoramente mientras lo tomaba casi por completo. Jared cerró los ojos, dejándose llevar por las sensaciones que le producían esa cálida boca y esa experta lengua. Su boca era suave, húmeda, acogedora y sí...

Ésta era su vida, esto era lo que a él le gustaba.

Había personas con otros vicios como correr autos o apostar… a él le gustaba coger y pelear. ¿Tan malo era eso? Para él ya no existía el amor o esas mierdas, le gustaban las cosas sucias, desagradables y fuera de control. Porque dentro de él, sentía como si estuviera encerrada una jodida bestia, un terrible depredador que quería salir a cazar. Durante mucho tiempo había estado conteniéndose, pero más temprano que tarde, un día simplemente escapó de su cuerpo.

Y como todos los animales encerrados, cuanto más tiempo estuvo aislado más hambriento y jodidamente furioso se volvió. Mientras acariciaba la cabeza de su chica, quien seguía subiendo y bajando a lo largo de su erección, estúpida y extrañamente su mente voló a *ella.* A esa otra chica que también era suya. Con cada minuto que pasaba a su lado, su urgencia por ella crecía, de forma jodidamente insana, sentía un hambre devastadora consumiéndolo y tan solo era cuestión de tiempo para que saltara sobre Brie. Su mente estaba fuera de control cada vez que aspiraba ese puto olor a sándalo. Entre más pensaba en lo que

quería hacerle, más latía la sangre por cada parte de su cuerpo nublándole la puta mente.

Los dientes de Zoey le arañaron el pene seductoramente, haciendo que tirara la cabeza hacia atrás y empujara las caderas contra su boca. Gruñó frustrado buscando su liberación, parecía no poder concentrarse en ninguna otra puñetera cosa, esa mocosa estaba tomando todo de él, ahora incluso hasta sus pensamientos; y fue así que sin proponérselo, ni saber cómo mierda pasó, repentinamente surgió una imagen de Brie de rodillas frente a él.

En su fantasía, ella lo estaba succionando hasta hacerle perder el conocimiento, sus suaves y llenos pechos se bamboleaban con los movimientos de su cabeza, y esos ojos, grandes y expresivos, haciendo siempre contacto visual con él mientras lo tomaba completamente. Jared apretó los dientes mientras el placer lo sacudía, y entonces explotó con fuerza. No pudo detener el fuerte gruñido que escapó de su garganta mientras sentía el cuerpo relajarse inmensamente, pero la mente correr llena de horror ante el giro que habían dado sus fantasías. Y cuando Zoey disminuyó los movimientos hasta que se detuvo, no sin antes sonreírle complacida, por primera vez en sus veintiocho años se sintió un absoluto bastardo.

Brie parpadeó intentando ver las letras frente a ella, tenía demasiado sueño, tanto que los ojos prácticamente se le cerraban. Se levantó dejando la clase de Biología para ir al tocador, necesitaba una barrita de fruta y las había olvidado, así que mojó su rostro con agua fresca, intentando despertarse.

—¿Has estado durmiendo bien? —La voz de Alyssa la hizo sonreír, su amiga la seguía últimamente como una sombra, una preocupada, por cierto.

—No muy bien —murmuró mientras negaba con la cabeza—. Un montón de cosas no me dejan dormir en la noche, ¿no te pasa?

—A veces. —Alyssa se acercó a ella sonriéndole cálidamente—. ¿Qué problemas tienes, es tu padrastro?

Ella era de las pocas personas que sabían de Hank. No porque Brie le hubiera contado, sino porque no había tenido más remedio que confesarlo, cuando un día Alyssa decidió enfrentarla al no creerle su historia de cómo se había lastimado su mejilla o sus brazos. Suspiró mirando a su amiga, hoy era un mal día, se sentía abrumada por todo, tan cansada de ser una mentirosa, así que sin pensarlo se encontró deseando poder sincerarse con alguien sobre todo lo que estaba pasándole.

—¿Si te digo algo, puedes guardar el secreto?

—Por supuesto, mis labios están sellados —aseguró su amiga.

—Tienes que jurármelo. —Brie sabía que una vez que ella lo supiera, no lo diría.

—Te lo juro, Brie, ¿me vas a contar qué te está pasando?

—Estoy embarazada. —Levantó su sudadera para mostrarle su pequeña pancita, una de la cual se sentía muy orgullosa porque ahí estaba su angelito.

—¡Brie! —medio gimió. La aludida no quiso mirarla a los ojos, se sentiría terrible al ver la expresión de decepción en el rostro de su amiga—. Entonces es cierto, ¿quién es el padre?, ¿el chico de la motocicleta no es tu primo, verdad?

Brie negó al tiempo que mordía su labio.

—No, él es el papá.

—P-Pero, ¿cuántos años tiene?

—Veintiocho —susurró.

—¡Oh, Brie! Es tan mayor —chilló, sonando escandalizada. Brie suspiró sintiendo frío, por lo que se abrazó a sí misma.

—Lo sé.

—¿Entonces harán esto juntos? —La castaña suspiró mirando a su amiga, no tenía respuesta para eso, en realidad iba caminando desde hacía mucho por el camino de lo desconocido.

Horas después, Brie estaba sentada frente a la puerta cerrada del colegio.

Pensó que como el padre de su hijo, Jared se apresuraría por ella a la hora de la salida, hoy tenían cita en el consultorio, él mismo le había dicho, pero al parecer lo había olvidado. Estaba sola, en todos los sentidos de la palabra y se negaba a que la palabra asentara bien sobre su mente, porque entonces comenzaría a llorar.

Tomó el celular y llamó a la única persona que podía ayudarla.

—*¿Brie?*

—Nicole… yo…

—*¿Estás bien?, ¿ocurrió algo?*

—Jared no ha venido por mí al colegio, y me preguntaba si no sería mucha molestia…

—*Estoy saliendo para allá* —la interrumpió—*, ¿podrías darme la dirección?*

A las cinco menos cuarto, se encontraba sentada en un inmaculado consultorio con Nicole a su lado. La rubia se veía molesta, pero daba gracias a Dios que al menos no lo estuviera con ella. A su alrededor había un montón de parejas, todos sonriendo o leyendo despreocupadamente las revistas que había en el lugar.

Y estando ahí, rodeada por desconocidos, con esa sensación que venía persiguiéndola de desasosiego, por primera vez Brie deseó que Jared estuviera

con ella, porque de verdad quería esto que estaba viendo en las demás personas. Una familia. ¿Y qué tan aberrante sonaba eso? Deseaba una familia, sí, pero la última persona que debería entrar en esa ecuación era Jared, sin duda. No debería siquiera albergar una loca expectativa de que él se presentara, ni ahora ni nunca.

Seguro estaba con su novia, tal como le había dicho. Brie mordió su labio tratando de no ir ahí. El solo imaginarlo revolcándose con otra le provocaba náuseas. La puerta del consultorio se abrió precipitadamente y su estúpido corazón revoloteó imaginando que él llegaba corriendo, para tan solo ver a otra pareja sonriendo mientras entraban. Se regañó a sí misma por albergar esa esperanza, odiándose porque muy en el fondo de su corazón eso era lo que ella necesitaba y anhelaba. Odiaba sentirse sola y tan estúpidamente necesitada, pero nunca se lo diría, nunca lo presionaría para hacer algo que definitivamente no quería hacer.

—Brie, sé lo que estás esperando… y probablemente él no venga. —La voz de Nicole la trajo de vuelta.

—Lo sé —susurró, jugando distraídamente con el borde de su sudadera.

—No quiero presionarte respecto al bebé… pero Adam me contó lo que habló con ustedes, me dijo de tus problemas y tu edad, también me dijo que te propuso dárnoslo en adopción y… bueno —sonrió con pesar—, solo quiero que sepas que cualquiera que sea tu decisión estaremos apoyándote, incluso te cuento que ya estamos tramitando una adopción.

—¿En serio? —preguntó asombrada ante la nueva información, Nicole asintió.

—Sí, pero de cualquier manera si no te molesta… me encantaría acompañarte a las consultas, me gustaría ver al menos todo el proceso de lo que sé que nunca voy a poder vivir. —Sus ojos verdes se desviaron a otro lado, se veía bastante afligida.

—Por supuesto, Nicole, me siento muy feliz de que puedas acompañarme — aseguró, y en un ridículo impulso la tomó de la mano. La rubia la miró sorprendida y Brie soltó su agarre, encontrándose sorprendida cuando Nicole la sujetó de vuelta y con fuerza.

—Gracias, Brie. Eres muy linda y siento mucho lo que has tenido que pasar.

Eres una chica valiente.

—¿Brielle Evans?

Miró hacia arriba, donde una enfermera con una sonrisa amable sostenía su archivo. Se levantó lentamente, solo para encontrarse con la mirada acusadora de toda la sala de espera. La estaban juzgando abiertamente, Brie suspiró. Era la adolescente embarazada, y además todo indicaba que era una futura madre

soltera, ver la mirada de lástima de algunos y de reproche de otros ya debería de ser parte de su piel, sin embargo no lo era.

Nicole sujetó su codo, lo que realmente agradeció ya que por algún motivo no podía moverse, juntas entraron al consultorio, y cuando la puerta se cerró tras ellas de forma sonora no pudo evitar dar un respingo. Nicole le sonrió burlonamente, no dejándole otro remedio más que reírse bajito de su propia estupidez, Dios estaba tan nerviosa.

—Brielle, ponte esta bata, te estaremos esperando aquí. —La castaña asintió sintiendo nervios. Nunca le habían gustado los hospitales, y la bata que sostenía en sus manos parecía burlarse de sus miedos. Decidió no postergar lo inevitable y salió del baño ruborizada—. Siéntate por aquí. ¿Cómo has estado?

—Tengo náuseas todo el tiempo.

—¿Estás durmiendo bien? —preguntó de forma acusadora, Brie mordió su labio.

—Sí, por supuesto. —Claro que era una mentira más a su lista de mentiras que ya eran parte de su vida, pero no quería ponerse a contar sobre ningún problema frente a las dos mujeres ante ella.

—¿Puedes subirte a la báscula? Veamos cómo está tu peso. —Brie asintió subiéndose, mirando con horror y emoción como la enfermera ajustaba su nuevo peso.

Por un lado estaba feliz de saber que a pesar de que vomitaba todo el tiempo, el bebé parecía estar ganando peso, pero por el otro lado, no podía dejar de pensar que ella estaba engordando mientras, seguramente, el escultural cuerpo de Zoey estaba enredado en el de… Sacudió la cabeza.

—Recuéstate aquí, la doctora Emma ya viene a hacerte el ultrasonido.

Brie se recostó en una silla dejando que sus piernas colgaran por la parte delantera mientras tamborileaba los dedos sobre su pancita, Nicole estaba a pocos metros hablando por celular, cuando se abrió repentinamente la puerta haciéndola dar un respingo… otra vez.

—Escuché que crees tener once semanas de embarazo, vamos a dar un vistazo.

La mujer frente a ella era alta de complexión morena, su cabello corto y negro brillaba bajo la luz, era muy guapa y aunque tenía una sonrisa tranquilizadora, Brie se removió incómoda. Emma se sentó frente a ella, tirando de la mesa con el equipo de ultrasonido.

—Voy a levantar un poco la bata, sentirás un poco de frío pero es normal. — La castaña tembló un poco ante la solución fría y viscosa, e inmediatamente después, la doctora presionó algunos botones en la máquina de ultrasonido.

Entonces, toda la sala quedó inundada con el fuerte y retumbante sonido,

parecían cientos de caballos galopando.

—Ahora que escuchamos los sonidos de su corazón, vamos a ver su tamaño.

—Antes de que siquiera pudiera procesar que eso era el corazón de su angelito, la máquina de ultrasonido fue empujada y Nicole estaba refunfuñando molesta.

—¿Quién te dejó entrar aquí? Vete, Jared. —Miró sobre su hombro para encontrarse con Jared, quien lucía desconcertado y en sus ojos había ¿preocupación?

—La enfermera me dejó. Lo siento, doctora, mi nombre es Jared y soy…

hum, bueno, el papá, lamento llegar tarde.

La doctora lo miró e inmediatamente su boca cayó ligeramente abierta mientras se dibujaba una expresión de asombro en su rostro. La había deslumbrado, por supuesto que sí. Jared lograría deslumbrar a cualquiera que se parara frente a él sin siquiera notarlo… aunque parecía que por su sonrisa torcida y sus ojos sugestivos, sí que se daba cuenta.

—¿Usted es el padre del bebé? —preguntó aún asombrada. De pronto una sonrisa de orgullo se extendió por el rostro del joven.

—Sí.

—Desgraciadamente —farfulló Nicole cruzándose de brazos.

Cuando Jared se encogió de hombros, los músculos tensaron su camisa negra haciendo que Brie deseara golpearle los genitales aquí y ahora, la doctora recorrió el movimiento con unos ojos cargados de anhelo que la hicieron querer vomitar. ¿Qué no se suponía que era una profesional? Carraspeó molesta.

—¿Podemos ver a mi bebé ahora? —La doctora Emma se ruborizó finalmente dejando de ver a Jared, pulsó un par de botones y entonces el latido del bebé volvió a llenar la habitación.

—¿Qué es eso? —preguntó el joven, Nicole volvió a bufar pero la doctora sonrió.

—Eso es nuestro bebé —murmuró Brie silenciosamente, regodeándose un poco al ver sus ojos desorientados. De pronto y por primera vez desde que lo conoció, una sonrisa abrumadoramente hermosa se extendió en su rostro.

—¿De verdad?

—Al parecer no tienes once semanas, Brielle —comentó la doctora Emma mientras anotaba un par de cosas en su expediente. Jared elevó una ceja mirándola, pero no podía culparla, en realidad ella no estaba informada de nada.

Después de que le dieran un par de vitaminas, una nueva dieta y algunas recomendaciones, los tres salieron en silencio del consultorio.

—Yo la llevaré a casa, Nicole. —La joven la miró preguntándole con los

ojos si estaba bien con eso.

—Está bien, muchas gracias por todo —balbuceó.

—Si necesitas algo, no dudes en llamarme *otra vez* —recalcó la rubia, lanzándole una mirada asesina a Jared.

—Claro, Nicole. Lo haré En cuanto ella desapareció, Brie dio media vuelta y comenzó a caminar lejos del joven, asombrada de que él no dijera nada y solo la siguiera en silencio. Trató de concentrarse en el callejón por el que ahora caminaban, lleno de grietas y bastante solo. Cuando el viento helado se volvió a levantar, sintió un golpe frío contra la cara.

Los ojos le ardieron.

Entonces bajó la mirada y unos mechones de su cabello rizado se colaron frente a su rostro como si estuvieran intentando huir también del repentino frío. Lo único bueno es que ahora, cuando los ojos se le aguaran, tendría la excusa del viento. Dios, ¿de verdad estaba llorando?, ¿porque el *ogro* había coqueteado con la ginecóloga?, ¿o porque al parecer se le había hecho tarde por estar con la novia?, ¿iba a llorar por un tipo al que apenas conocía? ¿En serio?

Cerró los ojos, no. No era por él que quería llorar, nunca por él. Ella era el problema. Odiaba saber que estaba exactamente igual a como estaba cuando la secuestró de su casa:

Sola.

Los pequeños hombros de Brie se sacudieron, y aunque sintió el jodido y extraño deseo de acudir inmediatamente a ella, prefirió adoptar una postura con la que se encontraba mucho más cómodo: la del peleador frío y sin compasión que era normalmente. Aunque la verdad, seguía aturdido por el hecho de que Brie tuviera dieciséis semanas y por haber escuchado los latidos de su bebé. Puta mierda, quizás movido aún por todos esos extraños sentimientos, fue que se acercó a ella. Sus largas piernas parecían devorar la distancia, y lo que eran unos buenos quince metros, se volvieron apenas unos poco centímetros.

—Brielle, yo…

—No, no se preocupe. No me debe ninguna explicación. —Mordió su labio inferior y desvió los ojos de los suyos. El impulso de retirarlo de sus ofensivos dientes y besarlo durante horas, días si era jodidamente necesario, lo sacudió en necesidad.

El ansia que sentía por ella cada día crecía más. Mierda. Amenazando con destruir lo poco que le quedaba de cordura. Después de mirarlo solo unos segundos más, ella dio media vuelta, alejándose y por alguna jodida razón tenerla lejos en este momento no era una opción.

—Siento haber llegado jodidamente tarde, Spencer me llamó… Sé que es una excusa de mierda pero así fue. Llegué por ti y no estabas, entonces yo… —Pasó una mano nerviosamente por su cabello. *Pensé que no estabas, que habías huido, me volví loco*—. Mira, no importa, me alegra que Nicole fuera por ti.

—Tiene razón, no importa. —Se detuvo a mitad del callejón y se giró para enfrentarlo nuevamente—. Usted puede hacer lo que quiera, después de todo mi vida depende de lo que usted decida, ¿o no?

El recuerdo de algo similar le asaltó con una nitidez abrumadora, y aunque hacía muchos años que ni siquiera pensaba en ella, se vio sumergido en el pasado:

—Escúchame bien, Jared. De ahora en adelante vivirás aquí.

Samantha lo miró con lágrimas en los ojos, Jared no entendía por qué su llanto pero se sentía sumamente curioso, así que soltó su mano temblorosa y caminó lentamente por el enorme pasillo, echando un vistazo dentro. El lugar era grande y antiguo, el pasillo enorme estaba lleno de puertas y dentro, había muchas camas, muchos niños y todos lo miraron de forma curiosa.

—¿Estás entendiéndome, hijo? —preguntó su madre quien había llegado a su lado.

—No me gusta este lugar —susurró, volviéndose para mirarla. Su mamá llevaba un hermoso vestido de flores, su largo cabello negro caía en ondas hasta su cintura, una delicada cinta rodeaba su frente, pero sus ojos… seguían llenos de lágrimas.

—No se preocupe, señora Smith, el pequeño Jared estará bien con nosotros. —Un hombre muy grande con el cabello largo se acercó lentamente a él, sonriendo.

—Te quiero, bebé, vendré a verte, lo prometo —aseguró dándole un suave beso en la frente.

Después de eso, se dio la media vuelta y Jared comprendió que lo iban a dejar en ese lugar. El niño no quería que su mamá se fuera, ¡era su mamá! Ella necesitaba quedarse, podrían disfrutar de una casa bonita que olía a galletas juntos, ¿por qué se iba?, ¿por qué lo quería dejar ahí?

—¿A dónde vas, mami? —preguntó tomando su mano, pero ella la alejó poniéndola sobre su hombro.

—Mami tiene que hacer cosas, pero el señor Miller se hará cargo de ti, ¿verdad que sí, Aaron?

—Por supuesto, señora Smith. Ven, Jared, te llevaré para que conozcas a mi hijo. —Lo sujetó por la mano.

—Adiós, bebé. —Con un chillido, su mamá dio media vuelta tratando de desaparecer a toda velocidad por el pasillo.

—¿Mami? ¡A dónde vas! —gritó al tiempo que se sacudía de la mano de Aaron para correr detrás de ella—. ¡Mamá! —Entonces Samantha se detuvo, haciendo que el niño chocara contra sus piernas, a las cuales se abrazó con todas sus fuerzas.

—Jared. —Lo miró a través de sus ojos llorosos—. Te dije que no puedes venir conmigo.

—¿Por qué no? Me dijiste que solo veníamos a conocer una casa, ¿por qué me quieres dejar?

—Porque no quiero que vengas conmigo, ¿lo entiendes? ¡No te quiero más a mi lado!

Jared se congeló en su sitio. Su mamá se cubrió la boca y sus ojos estallaron en lágrimas una vez más, sacudió la cabeza y sin decir otra palabra dio media vuelta, caminando apresuradamente hacia la salida. El señor Miller se acercó hasta él y se arrodilló a su lado.

—Todo estará bien, pequeño, ella no quiso decir eso, solo está asustada. Por supuesto que te quiere y vendrá seguido, eres su hijo. ¿Lo entiendes, verdad?

Jared sentía su corazón tronando en los oídos mientras observaba un último destello del vestido de su mamá, no podía escuchar otra cosa, salvo que su mami no lo quería a su lado...

—Yo no te puse en esta situación. —Dio un paso en dirección de Brielle, sintiendo crecer la necesidad de acercarse a ella. La castaña no estaba pasando por lo mismo, él no había decidido, Samantha no le había dejado otra opción.

En cambio Brielle… ella lo había seducido, lo había drogado y violado, había obtenido lo que según ella buscaba para poder largarse, sin importarle una mierda lo que él pudiera querer o necesitar, además pretendiendo arrebatarle a su hijo al no comunicarle sobre su embarazo, y ¿ahora lo culpaba de no dejarle otra opción?

—Escucha, Brielle... —La sujetó de la muñeca para que se detuviera.

—¡No me toque! —rugió sacudiéndose antes de retroceder unos pasos, donde chocó contra la pared del callejón, ese brillo especial que brotaba de sus ojos claros abandonó su rostro—. Sé que le da mucho asco tocarme, así que ni se moleste. —Su pelo castaño caía sobre su rostro formando un velo, y si la conociera mejor pensaría que iba a llorar.

—¿Asco? ¿Qué mierda te pasa?

Brie se quitó el cabello del rostro, alzó la barbilla y estrechó los ojos de tal manera que, a pesar de que tenía que levantar la cabeza para mirarlo directo a los ojos, todavía parecía verlo desde una posición de superioridad, era jodidamente increíble.

—¿Para qué me quiere a su lado? ¿Cómo piensa que nos vamos a tolerar el resto de mi embarazo si ni siquiera puede tocarme? Sé que me odia por lo que pasó, pero ya no puedo soportar esta tensión, de verdad lo intento pero ya no puedo. —Su pecho subiendo y bajando producto de su alteración.

Jared parpadeó sintiéndose confundido como la mierda, y de todo lo que ella había dicho, solo una cosa se repetía una y otra vez en su mente.

—¿Piensas que me da asco tocarte? —Se acercó peligrosamente dejándola sin escapatoria, logrando que esos ojos claros ahora bailaran atemorizados. Así que era una de esas putas persona a las que se podía poner nerviosa con facilidad, pero que no daba su brazo a torcer de buenas a primeras. Vaya, una combinación puñeteramente frustrante.

—No lo pienso, estoy segura. Mire, tan solo… ¿por qué no deja que me vaya? Así podrá estar feliz con su novia, le juro que dejaré que vea al bebé… solo deje que me vaya.

En un momento de lucidez, tuvo la intención de dejar que se fuera. Brielle era una adolescente y ya estaba destruida como para que él le hiciera más daño, y Dios sabía que él deseaba lastimarla de la forma que pudiera. Y lo haría, la jodería por todo el daño que le había causado.

Así que de verdad tuvo la puta intención de dar un paso atrás y dejar que ella simplemente se fuera. Solo que sus labios se abrieron y al mismo tiempo de su garganta brotó un extraño gruñido. ¿De verdad fue él quien había hecho ese sonido tan jodido? De repente, Brie jadeó, y los músculos que subían desde sus hombros se tensaron, como si él le hubiera sujetado el rostro con fuerza. Claro… es que eso era lo que acababa de hacer.

—¿Así que piensas que no quiero malditamente tocarte? —gruñó con una desconocida voz ronca mientras restregaba las caderas contra ella. Brie dejó escapar un grito antes de morderse el labio pero no le respondió, solo se dedicó a mirarlo fijamente.

En el fondo de su retorcido cerebro, sabía que debería parar esta mierda, porque estaba a punto de hacer que una situación que ya era complicada, se volviera absolutamente insostenible. Pero es que ella diariamente estaba dándole justo el alimento que necesitaba para sobrevivir, todos los días lo jodía con su actitud altanera, con su maldita y fingida inocencia. Así que sin saber por qué mierda, estrelló los labios con rudeza en los suyos, pero en lugar de ser recompensando con miedo, con algún grito de horror, fue recibido de nuevo por un gemido, uno largo, profundo, necesitado.

Las manos de ella se aferraron a su cabello, y en cuestión de segundos se encontró moliendo contra ella en una puta necesidad que le resultaba desconocida y aberrante. De nada servía repetirse que esto se le pasaría, porque

ahora estaba seguro como el infierno que cada día era peor, sentía el cuerpo ardiendo en llamas cuando dejó de besarla para arrastrar los labios hasta su oreja, donde le susurró:

—A veces quiero abrazarte fuerte, sentir tu tersa piel presionada contra la mía. Deseo sentir tus pechos suaves y quiero sentir tu corazón latiendo contra mi pecho. —Jadeando, se enderezó para mirarla, sus ojos lucían brillantes, como miel líquida—. Pero entonces veo en tus ojos de niña la mentira. Es entonces que también quiero jodidamente destrozarte.

—Jared… —susurró, ahora con lágrimas en los ojos. Ella lo había llamado por su nombre, por su jodido nombre—. No soy esa persona, por favor entiéndalo, y si no puede, entonces deje que me vaya.

No podía hacerlo, no podía dejarla ir. Quería criar a su bebé… *juntos*, aunque nunca se lo diría, seguía odiándola por mentirle, al igual que todos lo hacían. Pero aunque la detestaba no la dejaría alejarse, mucho menos que se llevara a su bebé. Él no sería como su mamá que lo abandonó en un jodido orfanato de mierda, ella no se preocupó por él.

Pero Jared no cometería el mismo puto error.

Capítulo Siete

Jared solo se dedicó a mirarla fijamente, como si no pudiera dar crédito a sus peticiones, se veía enfadado, sus ojos fríos y su boca apretada en una fina línea.

—No sabe cuánto desearía devolver el tiempo, nos habríamos ahorrado todo este pesar. —Brielle elevó el mentón, tratando que su semblante no se viera tan herido como en realidad se sentía, aunque no pudo evitar un escalofrío al ver esos orbes azules que llameaban furiosos.

—¿Pesar?, ¿qué mierda vas a saber tú de mis pesares? —Brie elevó el mentón desafiándolo.

—Más de lo que usted se imagina, y seguramente tantos como los que usted carga. —Él la miró como si no diera crédito a sus palabras, claramente lo tomó desprevenido y eso la regodeó un poco.

—No sabes nada. —Definitivamente sonaba irritado, sus ojos se cubrieron con un oscuro velo como el acero.

—Podríamos entonces llevarnos mejor, incluso podría ayudarlo si me contara qué es lo que le pasa. —Entonces, él sonrió torcidamente y no era una sonrisa feliz, la joven se estremeció ante lo helado de su mirada.

—No soy un alma torturada, y definitivamente no necesito *tu* compañía, y ya te lo dije, te irás en cuanto nazca mi hijo.

Brie pensó en contestarle con otra cosa, pero la verdad se sentía muy cansada de seguir en ese círculo. Muy cansada incluso de estarlo aguantando, de estar llorando cada día por su culpa, de estar pensando en los "que hubiera pasado si" De ahora en adelante, haría como si no existiera, no le importaba el trato con Spencer, estaba harta de esta situación, así que sin volverlo a mirar, caminó directo hacia el automóvil.

Y mientras el viento frío le golpeaba el rostro y le movía la falda, tomó la decisión de actuar como si las acciones de Jared Brown no le afectasen en nada.

Después de ese día donde perdió todas las putas neuronas y dijo cosas que no debió decir, las cosas no fueron mejor.

En las siguientes semanas, Jared emprendió un plan para sacarse a Brie de la mente. Iba al Cooper´s a pelear, trató de dejar las drogas y aunque no siempre pudo, al menos compensaba su ansiedad visitando a Zoey, todos-los-putos-días. Comenzó a actuar como si Brielle no formara parte de su vida y, para su

sorpresa, ella también. Sin embargo, de alguna manera, tenía la jodida sensación de que no importaba cuánta tensión liberara, no sería la suficiente para conseguir sacarla de su mente.

La deseaba malamente, como nunca había deseado a nadie. Por su lado, ella rara vez le hablaba y solamente la veía durante los desayunos o cuando la llevaba a la escuela. Si algún día llegaba temprano, ella se escondía en su habitación y solo salía para ir al tocador o por algún bocado, y si por error se encontraban en el mismo lugar, ella se escondía de él como si le tuviera pavor.

Sacudió la cabeza. No iba a seguir por ese puto camino. Tomó el celular donde marcó el número de Zoey.

—Voy para allá. —Era una afirmación, no una pregunta.

—Hoy no. No te quiero aquí, Jared —respondió ella con la voz monótona y cortante. Jared pellizcó el puente de su nariz, sintiendo la frustración comenzar a escalar por su piel.

—¿Por qué, Zoey?

—Porque no quiero, estoy aburrida y solo quiero dormir —espetó con rapidez.

—¿Estás tomando tu medicamento?

—¿Crees que eres tan importante? ¡Solo quiero dormir! ¿Tanto te cuesta entender eso? Esto no tiene nada que ver con que tome o no el medicamento —negó obstinada.

—Bien, llámame cuando quieras verme.

—No, llámame tú otro día a ver si me da la gana verte.

—Adiós, Zoey.

—¿Por qué piensas colgarme? ¡Qué mierda te pasa!, ¿estás drogado?, ¿vas a pelear otra vez?

—No —rugió perdiendo el control—, ¿qué mierda pasa contigo? ¿Sabes qué?, tómate el puto medicamento y háblame tú otro día. —Colgó furioso.

A los pocos segundos, su celular comenzó a vibrar. Zoey lo llamó toda la tarde de forma desesperada, incluso llorando, hasta que decidió apagar el celular mandándola directo al buzón de voz. Había días de mierda como hoy donde ella era presa de su bipolaridad. Jared apelaba a cada gota de paciencia para no caer en su puto juego, porque cuando caía en esa espiral, la violencia entre ellos era devastadora y no quería eso. Respiró profundo, pensando que a estas alturas ya se le estaba pegando ese jodido desorden mental.

Frustrado, estaba tirando con ambas manos de su cabello cuando vio una sombra pasar. Brie había salido sigilosamente a la cocina, claramente sin saber que él seguía aquí. Por lo general se iba en las noches con Zoey, así que supuso que ella no lo esperaba. Decidió no hacer ningún ruido, verla como un puto

enfermo en las sombras se estaba convirtiendo en su nuevo oficio, al menos ya no entraba a su habitación por las noches.

Ella iba descalza, vestía aquella camiseta suya de la que se había apropiado, parecía que no trajera nada debajo, tentándolo como el agua a un sediento con esas largas y bien formadas piernas, con esa piel cremosa. Brielle era una sombra con olor a sándalo que lo perturbaba a cada puta hora. Jared desvió la mirada hacia cualquier otro lado, la vergonzosa realidad era que, prefería morirse antes de cambiar algo con ella. Tenían que seguir con el estado actual de la situación, de esa forma esa niña no se metería más en su piel. Porque, independientemente de lo que le había dicho, nunca obligaría a ninguna mujer a estar con él.

—¿Para qué quieres seguir yendo al Cooper's, Brie? —Katie tenía el ceño fruncido y las manos en las caderas.

La joven llevaba un escote que no dejaba nada a la imaginación, pero por suerte se había puesto unos ceñidos vaqueros, su cabello corto y lacio le daba un aspecto juvenil.

—No lo sé. —Mordió su labio incapaz de explicarse, por lo que mejor desvió la mirada.

—¿Te gusta, no es así? —La castaña no respondió, por el contrario deslizó la palma de su mano una y otra vez sobre su vientre. Podía mentir, era lo que mejor le salía sin duda, ¿pero qué caso tenía?—. Oh, Brie. —Su amiga se sentó a su lado y le tocó el vientre—. No debes enamorarte del *Frío*, lo sabes bien. Si bien vas a tener un hijo suyo, no es porque así lo hubieses planeado, tú no lo quieres, todo fue parte de un trato, recuerda eso. Además, él no ha dejado de salir con Zoey, los he visto mucho por ahí últimamente…

Brie se abrazó a sí misma sintiendo aquellas palabras como un golpe, un dolor sordo y profundo se instaló en su pecho sin que pudiera entender por qué aquello le había dolido más que nada. Tenía sin hablar con Jared desde lo que parecía una vida y, naturalmente, él seguía refugiándose en los brazos de su novia.

Desde aquella pelea, ambos habían decidido ignorarse y él le hablaba solo si de verdad era necesario, y siempre para preguntarle por el bebé.

Al principio había agradecido esa distancia, Jared de verdad la perturbaba, no la dejaba ni respirar. Por eso incluso dejó de ir a verlo a las peleas. Trató de que no le importara sus llegadas tardes, se contuvo mil veces de preguntarle por sus heridas, pero al paso de las semanas se dio cuenta de que no podía. Su enorme figura la seducía inconscientemente, su voz oscura y profunda la llamaba como el canto de las sirenas, verlo pelear en esas horribles bodegas le provocaba

cosas indecentes por todo el cuerpo, incluso su preocupación silenciosa.

Cada vez que vomitaba, fuera la hora que fuera, él estaba ahí. Sujetándole el cabello y sobándole la espalda, cada vez que abría el refrigerador, encontraba algún postre que él casualmente dejaba a la vista, así que con el tiempo se dio cuenta de que no podía odiarlo por más que lo intentó, y de pronto, con cada llegada tarde, con cada sonrisa estúpida que se ponía en su rostro cuando hablaba por teléfono, se encontró a sí misma con que ya no soportaba el pensamiento de *compartirlo*.

¿A qué hora se había desviado por ese camino? No lo sabía, pero ya estaba muy adentrada en él. Deseaba estar con él, no porque la hubiera obligado ni secuestrado, y ahora que no había ninguna imposición, lo quería todo para ella. Lo que la convertía en…

—Pensarás que soy una tonta.

—No lo pienso, lo sé, tontita. —Katie la abrazó con fuerza haciéndola sonreír—. Pero ¿qué le vamos a hacer? Nadie decide de quién enamorarse o no.

—No estoy enamorada, es decir… —Sacudió la cabeza, el rubor cubriendo sus mejillas—. Él me gusta, me gusta mucho verlo pelear.

—Sí, es como tipo… sexy. ¿Vamos entonces? —Brie sonrió mientras asentía.

—Y hablando de enamorados, ¿cómo vas con Matt? —Ahora fue el turno de la joven de desviar la mirada.

—No soy chica para Matt, ¿sabes? Él es todo un universitario, es guapo y listo. ¿Qué podría ofrecerle yo, además de sexo?

—¡Katie! —chilló molesta.

—Es la verdad, no quiero que sus amigos lo molesten diciéndole cosas de mí si algún día se enteran en dónde trabajo. No se merece eso.

—¿Entonces te ha seguido llamando?

—Algo así, ahora alístate, que no alcanzaremos un buen lugar en las bodegas.

Brie suspiró, no había manera ahora de que le explicara a Katie que se encontrarían con su amigo, seguro se enojaría. Así que cuarenta minutos más tarde, efectivamente se encontró con una enojada Katie y un regañón Matt.

—Es que pones en riesgo al bebé, ¿qué no lo entiendes? —decía Matt mientras se abrían paso entre la muchedumbre.

—Pronto no podré venir, además tú me estás cuidando. No les pido ir hasta el frente, tan solo quiero ver desde aquí atrás, nadie está fumando aquí, ni corro peligro —gritó Brie por encima del rugido de las personas.

—¿Por qué dejarás de venir? —Brie casi tropieza al ver al enorme moreno.

Zack se abría paso con una facilidad increíble entre las personas, de hecho

se hacían a un lado para dejarlo pasar.

Era tan alto como Jared y su musculatura ponía a prueba la pobre camiseta oscura que lo cubría, llevaba unos vaqueros que terminaban en unas botas cafés de combate, sus ojos café chispeaban alegres. Brie le sonrió inconscientemente, tan solo verlo le provocaba sonreír sin saber bien por qué, quizás su sonrisa era contagiosa.

—Yo… no, yo no… creo que pueda seguir viniendo, es todo. —Con la mirada buscó apoyo en Katie, pero la encontró más retirada, al parecer en una discusión con Matt. Seguro su amigo le estaba reclamando que no contestara sus llamadas.

—¿Por qué? —indagó curioso mientras le pasaba un mechón por detrás de la oreja—. Es obvio que no quieres que te vean, siempre te pones estas chaquetas con gorra, ¿de quién te escondes?

—No me estoy escondiendo.

—Y yo tampoco boxeo. ¿Me dices o seguimos jugando a las mentiritas? —Brie suspiró abrazándose a sí misma—. Oh vamos, Brie, ¿qué tan malo puede ser?

Te he cuidado todo este tiempo sin preguntas, dime, ¿acaso alguien se ha acercado a ti?

—No, pero…

—Cuéntame, ¿somos amigos, no? Te prometo que nadie se acercará a ti mientras estés conmigo, te protegeré siempre, lo prometo.

—No me conoces, ¿por qué habría de importarte lo que me pase? —susurró más bien para sí misma, sin embargo Zack la escuchó y la sorprendió tomándole el mentón.

—Puedo ver en tus ojos que sufres mucho, no deberías pasar por tantas cosas a tu edad. Realmente me gustaría que fuéramos amigos y confiaras en mí.

Puedo ver en tus ojos de niña la mentira. Las palabras de Jared se colaron en su mente, trató con todas sus fuerzas de que no la hirieran como la primera vez, así que mordió su labio.

—¿Por qué?

—Porque no tienes otra opción —comentó al tiempo que le guiñaba un ojo.

Brie sonrió, su corazón inundándose de una calidez extra.

—¿Prometes no enfadarte?

—Promesa de Boy Scout.

—¿Estuviste en los Boy Scout? —cuestionó con una sonrisa.

—No, pero creo que su promesa es válida, ¿no? Es mejor decir eso, que promesa de un hijo de puta que pelea en las bodegas. —Brie se soltó riendo sonoramente, feliz de sentirse así por primera vez en lo que parecían años—.

¿Entonces?

Los ojos oscuros de Zack le daban tranquilidad, y su sonrisa era cálida y acogedora. Quizás era parte de su inmadurez, quizás solo estaba cansada de mentir.

—Bueno… yo… no quiero que Jared me reconozca, a él es a quien vengo a ver. —Zack la miró fijamente por lo que pareció una eternidad, entre ellos se abrió una enorme brecha que quedó cubierta solo por el sonido de la multitud y las peleas.

—Jared, el *Frío* —repitió como si estuviera hundido en sus pensamientos —. ¿Por qué habrías de querer verlo? —Motivada por la misma sensación, se encontró recitando el resto de la verdad.

Jared miró fijamente la pared en blanco frente a él. Cuando vivían juntos, sentía que Zoey era jodidamente increíble, ella era una increíble boxeadora, impresionante atleta. Todo de ella irradiaba luz, vitalidad. Sin embargo, ahora su apartamento carecía de color y vida, por supuesto, tampoco le gustaban más las peleas.

Esto mismo es lo que no pudo dejar de malditamente pensar mientras estaba acostado en su cama. El brazo de la chica a través de su estómago. Uno de sus senos desnudos se apoyaba en su pecho. Su cabeza estaba acurrucada contra su cuello.

Antes solía conformarse con esto, ¿entonces por qué mierda ahora se sentía tan vacío?

—¿En qué piensas tanto? —Cerró los ojos en el momento en que sus suaves labios tocaron la piel de su cuello. Éste sería el momento ideal para apartarla, sin embargo, no lo hizo. Éste era el momento de decirle que ya no estaban funcionado juntos, pero ella ya lo sabía.

—No es nada.

—Yo estaba pensando… en tatuarme.

—¿En serio? —El joven recordó la fantasía que tenía de Zoey con tinta en su cuerpo. La idea de ver algo delicado en un lugar solo para sus ojos… antes le parecía jodidamente sensual.

—Sí, estaba pensando en trazarme tu nombre aquí. —Deslizó los dedos llegando al hueso en su cadera.

—Mejor no, me gusta tu piel tal como está. —Ella abrió los ojos desconcertada.

—Creí que fantaseabas con un tatuaje…

—No, olvídalo, no me gustan más que en mí. —Le dio un suave beso en los

labios intentando borrar de su rostro el gesto de confusión.

—¿Vas a ir con mi padre ahora?

—Sí, voy a entrenar a los niños reclutas que tu papá tan amablemente está echando a perder.

—Prefiero que sean ellos los que peleen y no tú. —Se enderezó trazando los tatuajes en su brazo—. Sabes que antes me gustaba pelear también, Jared, pero es violento, no quiero eso. —El joven no contestó nada, mirando distraídamente el lugar. Suspiró pasando una mano por los hombros de Zoey, atrayéndola ligeramente contra su pecho.

—Éste es quién soy —se limitó a decir, ella masculló algo entre dientes. El joven pensó que iban a comenzar una nueva pelea, pero por el contrario lo sorprendió diciendo:

—¿Quieres que vayamos por algo de cenar?

—¿Cenar? —Alarmado miró su reloj, eran las ocho y veinte de la noche—. ¡Puta mierda! —Se levantó tan apresurado buscando sus vaqueros, que Zoey se quejó.

—¿Qué pasa, bebé?

—No puedo llegar tarde con tu papá, me comprometí con eso.

—Solo dile que estás conmigo.

—No, yo… —Tiró de su camiseta poniéndosela apresuradamente—. Tengo que irme.

—Lo llamaré. —La joven se puso de pie buscando su celular en el bolso.

—¡No! —gritó, haciéndola dar un respingo—. Yo… solo no hagas esa mierda. Quiero esto, me gusta pelear y me gusta entrenar.

—¿Prefieres eso que a mí?

—No me hagas escoger, Zoey.

—¿O qué?, ¿me llevaré una decepción? —rugió, poniéndose de pie.

—Te llamo más tarde. —Y con eso salió, escuchando el inconfundible sonido del cristal estrellarse en la pared. La pelirroja seguramente arrasó con todo cuanto pudo a su paso.

Cada vez que ella hacía eso le sentaba como una patada en las bolas. Respiró hondo mientras aceleraba. Veinte minutos más tarde Jared derrapó su motocicleta en la entrada del Cooper's, haciendo que Owen elevara una ceja.

—¿Tarde otra vez, *Frío*?

—Cuídala como si fuera tu jodida vida. —Lanzó el casco hacia Owen quien lo atrapó a duras penas.

—¡Oye, no soy tu puto valet parking! —gritó, pero Jared no le prestó atención, sabía que a Owen le encantaba conducir su motocicleta aunque solo fuera para estacionarla correctamente.

Se abrió paso rápidamente entre la muchedumbre que bailaba al compás de una canción electrónica. El interior del Cooper's estaba decorado al estilo del *Cirque du Soleil*, con papel de pared color bronce y alfombras afelpadas moradas y naranjas que se extendían por todas partes. Humo de colores, vestuario llamativo… todo lo que había en el club, desde las sillas retro hasta las barras donde bailaban prostitutas, las bebidas, los meseros, eran reproducción exacta del dueño del lugar. Los excéntricos hermanos Cooper eran unos malditos enfermos arrogantes.

A veces cuando se quedaba muy jodidamente arriba con la droga, pensaba que iba a vomitar con tantos colores, y mientras caminaba, vio a las personas que saltaban sin sentido, otros cogían en la misma pista de baile, haciéndolo parecer todo tan natural, que lo retorcido y morboso quedaba fuera de ese club. ¿Cómo podía Brie conocer toda esta mierda? Ella que se veía tan inocente… jodidamente no lo era.

Bufando, aniquiló el pensamiento de que ella fuera inocente, aunque era eso lo que su sentido común le gritaba, era dominado siempre por su sentido de preservación, el cual le aullaba que entre menos pensara en esa niña, mejor.

—¡*Frío*! —Gary corrió a su encuentro—. Jeff está furioso, será mejor que te des prisa.

—Jeff siempre está furioso.

—Ahora lo está más, creo que de nuevo están los *Ghetto* en la arena —gritó, haciendo gestos para que lo siguiera—. Está nervioso por eso.

Durante un breve segundo un viejo recuerdo cruzó por la mente de Jared. De cuando era niño y se quedó sin una puñetera casa. Después de que Samantha lo botara cual basura, las pesadillas eran recurrentes y se despertaba nervioso y jadeando por las noches. Convivir con Zack Miller le había hecho olvidar un montón de mierdas, jugaban fútbol y siempre comían toda cantidad de porquerías que podían hasta casi vomitar. Pensó que era curioso cómo ahora le daban ganas de vomitar cada vez que pensaba en los *Ghetto.*

Mientras seguía a Gary, no pudo evitar recordar que cuando eran niños seguía a Zack a todos lados, a veces fingía que estaba de malas sin razón, pero él sabía que muy en su interior eran los celos. Sobre todo cuando al final del día veía a Zack irse con su papá, él deseaba que lo adoptaran, deseaba con todas sus fuerzas que su mamá volviera.

Deseaba pertenecer a algo, *a alguien*, pero no.

Cuando sus súplicas de mierda se hicieron realidad, no fue adoptado por una familia dulce y amorosa, *no*. Aaron Miller lo había lanzado directo a la peor mierda que pudiera dar el mundo. Y por supuesto que el destino se encargó de joderlo de todas las formas posibles, incluso lo *seguía jodiendo en la actualidad,*

pensó mientras el ruido ensordecedor de las personas clamándolo en las bodegas lo devoraba.

Brie observó a Zack quien seguía paseándose de un lado a otro, la verdad que aquel histérico ir y venir le resultaba peor que si estallara en maldiciones como lo hacía el ogro. Su silenciosa agitación era tan palpable, que el aire podía cortarse con una navaja.

—Necesito un trago, ven. —Sujetó su mano y la condujo hacia la barra de bebidas. Mientras el tipo le servía una espumosa cerveza, Brie seguía pensando por qué le había confesado a Zack todo—. Pediré para ti… un refresco.

—Lo siento —balbuceó ante su tono molesto.

—No puedo… yo no puedo. —Zack sacudió la cabeza incapaz de enfocarse, dio un largo trago a su cerveza y finalmente la miró—. No puedo creer que ese hijo de perra se metiera contigo.

Zack le parecía un tipo medianamente educado. Claro, decía groserías y también golpeaba a los demás, pero lo hacía como un deporte, con ella era un caballero. En cambio Jared era un salvaje que por cualquier cosa mandaba a medio mundo al diablo y solucionaba todo con golpes, y no precisamente por practicar el deporte. De alguna manera se sentía en más confianza con el chico frente a ella.

—Las cosas no son como tú te imaginas. —Ruborizada, se dedicó a contar los cubitos de hielo que flotaban en su refresco.

—Entonces será mejor que comiences a explicarme, porque como yo me lo imagino, no te va a gustar.

—¿Qué te estás imaginando?

—¿La verdad? —inquirió elevando una ceja.

—Sí.

—Imagino que entró, como el maniaco que es, a tu linda habitación decorada en rosa por la ventana, te violó y luego se escapó en medio de la noche mientras tus padres dormían. —Aunque aún sonreía, su voz no había sonado despreocupada como antes.

—¡Zack! —Lo golpeó en el hombro juguetonamente.

—¿Qué? Te dije que no te iba a gustar. —Brie suspiró, pasándose una mano ligeramente por su redondeado vientre, Zack desvió la mirada hacia el gesto y bufó ruidosamente—. Es un bastardo con suerte, ¿al menos se está haciendo cargo de ti?

—Sí, vivimos juntos.

—Pero ese cabrón está con Zoey, ¿no? —La castaña cerró los ojos. ¿Por

qué hoy todo mundo tenía que recordárselo?

—Eso no importa.

—¡Claro que importa! No puede hacerte eso, Brie. ¿Cómo mierdas lo conociste? Es que necesito saber los detalles, me estoy volviendo loco aquí.

—¿Por qué habría de importarte? —volvió a decir incapaz de comprenderlo.

—Porque eres muy linda, porque desde que te vi no he podido dejar de buscarte, y ahora sé que vas a tener un bebé de mi peor enemigo, quizás por eso.

—Zack, yo no… nunca quise… Yo…

—¿Lo quieres?

—¡No! —gritó instintivamente.

—Me alegro, y no te preocupes por mí. Me duele lo que está pasando, me siento estúpido por sentirme tan ridículamente atraído a ti conociéndote tan solo por unas semanas, pero no puedo cambiarlo, tampoco es como que me vaya a suicidar saliendo de aquí. —Le guiñó el ojo—. Tampoco es como que no pueda cuidarte si ese bastardo no lo hace —aseguró después, mirándola intensamente. Brie mordió su labio, las cosas iban tan rápido y de forma tan extraña. Respiró profundo tratando de entender.

—Gracias.

—Lo digo en serio, Brie. Puedo ser una persona muy responsable si me lo propongo. —Ambos guardaron silencio, dejando que las palabras se asentaran hasta que la castaña no pudo más con su curiosidad.

—¿De dónde lo conoces? —Él parpadeó confundido para luego desviar la mirada.

—Eso no tiene importancia. —Pidió otra cerveza, había terminado con esta conversación al parecer, pero Brielle no se daría por vencida.

—¿Qué te parece si jugamos a algo?

—¿A qué? —preguntó Zack, sus ojos bailando confundidos.

—Apuestas. Yo pienso que el chico rubio es el que ganará. —Apuntó con un gesto de cabeza hacia donde estaban las bodegas—. Si pierdo, te contaré un secreto, pero si gano, serás tú.

—Bien, estoy seguro de que serás la única platicando.

Veinte minutos después, Zack se encontró diciendo:

—Lo conocí en el orfanato. —La joven abrió los ojos como platos.

¿Orfanato?, ¿cómo era eso posible?—. No te ha dicho nada, ¿eh?

—En realidad… es mínimo lo que hablamos —susurró recordando todas esas semanas llenas de incómodos silencios.

—Aunque te suene increíble, Jared y yo éramos amigos, casi hermanos ya que nos criamos juntos hasta que la familia Baker lo adoptó, después de eso las

cosas no fueron nunca iguales. Aunque lo detesto y ya ni siquiera nos toleremos, te puedo decir que Jared no era *eso* que ves ahora.

Brie siguió su mirada y se quedó sin aliento. Jared estaba de pie en la arena, sus manos a los costados, abriendo y cerrando los puños en ese gesto de ansiedad que manifestaba. Su cabello negro y revuelto le daba un aspecto caóticamente sensual. Tenía marcadas las venas en sus brazos y cuello así como tensos los músculos de su amplia espalda. Era un peleador oscuro, letal. Miraba a su contrincante como nada más que un pedazo de carne y, él simplemente era un depredador hambriento.

Dos putas semanas.

Esa cantidad de tiempo debería de tenerlo sin cuidado pero no lo hacía. Dos putas semanas era la cantidad de días sin hablarle a Brielle. Jared se preguntó cuánto tiempo más podría torturarse con eso. Ahí, sentado en el auto esperando que la luz cambiara al verde, repentinamente se le vino toda la mierda encima. A veces, la realidad de lo que ella se estaba convirtiendo para él se apoderaba de su mente en el más extraño de los momentos.

Le preocupaba. Mierda. ¿A quién quería engañar? Era mucho más que eso, al verla correr cada vez a vomitar, siempre se ponía nervioso, pero verla caminar vestida en su uniforme, o verla cepillarse el cabello, incluso malditamente acariciándose el vientre le provocaba cosas, quería por alguna razón de mierda formar parte de ella, *ser* algo más que un pendejo o un puto ogro para ella.

Cuando llegó, inmediatamente notó que el instituto estaba desierto y su corazón se trasladó a la garganta. *¿Habían salido temprano?* Trotó hacia la puerta, sus botas haciendo ruido contra la grava en el suelo, entonces una risa melodiosa se escuchó detrás de los jardines y se encontró caminando como si un puto imán lo arrastrara a la fuente de ese sonido.

—¡Hasta que te hacemos reír! Dime que irás a la fiesta, por favor… me pones las cosas terriblemente difíciles, Brie.

Jared se detuvo en seco al escuchar las voces y, peor aún, al escuchar el nombre de *ella.* Decidió quedarse oculto bajo la sombra de unos frondosos árboles, la observó de lejos.

—No te pongo nada difícil, Jordan. Es solo que no creo que mi mamá me deje ir a esa fiesta, es todo. *—Después de todo no solo a mí me miente*, pensó sonriendo deliberadamente.

Su larga cabellera caía por sus hombros y su piel era blanca, como una fina muñeca. Sus ojos como la miel brillaban alegres mientras una de sus manos acariciaba disimuladamente su vientre, tenía las mejillas ligeramente sonrojadas,

como si tuviera calor.

—Bueno y… ¿ya te sientes mejor?, ¿en dónde dices que te lastimaste? —preguntó el rubio, Jared se tensó inmediatamente, todo su cuerpo sufrió una parálisis y, por primera vez en Dios sabría cuánto tiempo, sintió un jodido miedo.

¿Brielle se había lastimado?

—En Educación Física, un balón me golpeó —aseguró ella, pero eso no fue ningún alivio para Jared, quien seguía demasiado tenso como para moverse.

—Sabes que me habría encantado ayudarte, me habría interpuesto entre ese estúpido balón y tú —comentó el imbécil.

—No te preocupes, siempre me pasa… —Su voz sonó monótona, restándole importancia.

—Bueno, y antes de que lograras desviar mi atención… ¿Qué dices si voy por ti para ir al baile? Voy a presentarme ante tu mamá, prometo llevarte temprano.

Será divertido, bailaremos un poco, solo lo que tú quieras… ¿qué dices? —insistió el rubio.

Jared bufó escuchando al pendejo, él nunca había pensado en presentarse con la mamá de nadie. De hecho, no era del tipo que pudieras presentar ante tus padres, definitivo, mucho menos llevar a un jodido baile; y mientras ese chiquillo quería llevarla a una cita de verdad, él solamente pensaba en cogérsela.

No podía entender por qué le molestaba que un mocoso, vestido ridículamente con el uniforme del equipo de americano de la preparatoria le hablara a Brielle. El joven bajó la vista hacia sus *New Rocks*. El cuero negro subía hasta la base de las pantorrillas y estaba cruzado por cordones y tres grandes hebillas cromadas.

Le encantaban, y con esas podría patear hasta la mierda al pendejo que estaba sacándole plática a Brie, en quien no quería seguir pensando, mucho menos quería preguntarse por qué ella guardó silencio por lo que pareció una eternidad para responderle. Por más que trató de negarlo y de repetirse que solo era curiosidad, la verdad es que estaba invadido por un sentimiento indescriptible. ¿Qué decidiría ella?, ¿de verdad querría ir a un puto baile?, ¿pensaría que él no la dejaría ir?

—Hum, además no tengo qué ponerme…

—Harán una temática de disfraces de los años veinte, nos veremos horribles todos, no debes preocuparte por la apariencia —canturreó la voz chillona de otro mocoso. Risas felices estallaron, incluyendo la de ella.

—Lo pensaré, y si voy, te prometo que serás el primero al que le diga. —¿Qué putas significaba *eso*? Una inesperada furia le hizo cerrar las manos en

puños.

—¿Quieres que te lleve a casa?… —ofreció el rubio, tenía una ridícula sonrisa y los ojos clavados en el pecho de su mujer. Un momento… ¿había pensado de verdad eso? Brie no era *su mujer,* es decir sí… pero no—. Quedaste en darme clases particulares, ¿otra vez te vas a negar, Brie?

Y de pronto, ahí estaba él, sintiéndose como si fuera su novio celoso o alguna mierda así, pero no pudo evitarlo. Ira demencial y posesiva lo recorría como lava, *¿clases particulares?,* ¡y una mierda! Sin pensarlo, dio un paso adelante, el sol lo bañó descubriendo su escondite cuando se encontró con el pequeño grupo.

Un chico de ojos rasgados y otro moreno que se veía más alto saltaron hacia atrás atemorizados al verlo, una pequeña con lentes se escondió detrás de ellos. El rubio, cuyo pinche nombre escuchó era Jordan, hizo alarde de su ridícula estatura para colocarse ligeramente delante de Brielle. Jared les sonrió en forma torcida, un escalofrío de adrenalina y placer lo recorrió mientras abría y cerraba los puños.

¿Era jodidamente en serio? Si quisiera, lo mataría sin que el pobre imbécil pudiera parpadear. Diablos, cuando había tenido esa edad había puteado a media escuela.

—Escúcheme bien, ¡no tenemos dinero! —gritó el rubio, Jared lo miró como si fuera un insecto, por un momento de verdad estuvo a punto de reír.

—Brielle —murmuró de forma seca—, vámonos. —Ella tenía sus ojos muy abiertos, y por un momento pensó en ir a sujetarla, no parecía entenderlo.

—Yo… ah… yo… me tengo que ir, chicos, nos vemos mañana. —Tomó rápidamente sus cosas.

—Espera, ¿quién se cree éste? —preguntó el rubio, mirándolo de forma desafiante.

Oh, no, no. Jared, aquí no.

Brie sentía el corazón en la garganta mientras miraba a su apocalipsis personal. Jared estaba ahí, enfundado en negro y luciendo más temible que de costumbre, qué decir del extraño brillo de excitación en sus ojos azules.

—No es un delincuente, Jordan, es… es solo un amigo. Los veo mañana, chicos. —Se zafó del agarre de su compañero.

—*¿Amigo?* —El tono del rubio fue burlón, sin quitar la mirada de Jared.

Brie no quiso detenerse a pensar más, necesitaba salvar el estúpido trasero de su compañero. Jared estaba en su papel del *Frío,* y no quería seguir tentando la suerte —. Pero si es un señor, Brie.

Entonces, el joven se rio y no, no era una risa feliz. Era el sarcasmo mezclado con la demencia, seguro ya quería matarlos a todos. Nerviosa, se apresuró a él ignorando a Jordan, en cuanto estuvo a unos pasos de Jared, su aroma la invadió haciéndola estremecer, y se ruborizó al pensar que no habían estado así de cerca en lo que parecían siglos.

—Pensé que me había olvidado otra vez —susurró, pero él estaba lejos, sus ojos fríos y dementes clavados en Jordan.

Brie mordió su labio al tiempo que nerviosamente posaba una mano en su pecho, cerca de su corazón, el cual pudo sentir que bombeaba con fuerza. Él parpadeó, como saliendo de un trance, y luego sus orbes azules estaban únicamente sobre ella. Así, bañado por la luz del sol, Jared era increíblemente apuesto. Con su ceño eternamente fruncido, con su boca presionada en una fina línea, sus llameantes ojos azules, enfundado todo en negro, era siniestramente hermoso. Una corriente cálida surgió entre ellos y pronto se sintió muy acalorada, definitivamente él no estaba muerto. Jared frunció más el ceño y dio un paso atrás, como si realmente le hubiera quemado el contacto.

—Saliste temprano y no me avisaste —reclamó, Brie suspiró.

—No tuvimos la última hora. ¿Nos podemos ir o piensa asesinar a mis amigos con su mirada? —preguntó quedamente. Jared elevó una ceja y no supo si eso era bueno o malo, no quiso detenerse a pensarlo—. Nos vemos mañana.

Rápidamente les dijo adiós con la mano a sus compañeros, quienes seguían mirándolos con recelo, por lo que se obligó a sonreír antes de darse la vuelta y caminar a grandes zancadas, rogando que el *Ogro Frío* la siguiera, y de verdad suspiró aliviada cuando escuchó el sonido de las fuertes pisadas detrás de ella.

—¿Quiénes eran esos imbéciles?

—Mis compañeros, y le voy a rogar que no entre a la escuela por mí nunca más.

—Tú no me das órdenes, niña.

—No se lo tome a mal… —Se giró para encararlo pero se quedó muda al verlo, tenía unas marcas que antes no tenía en el cuello, y aunque tonta e inexperta, sabía que esos habían sido provocados por una-sola-mujer. Por un momento, su corazón se oprimió como si hubiera sido traicionado, menuda estupidez.

Regañándose mentalmente, lo miró con desprecio—. El rumor de que estoy embarazada llegó a la escuela, no quiero que nadie lo sepa, puede ocasionarme problemas.

Él la miró unos segundos, su mirada tan intensa que parecía querer penetrar en su mente para ver si estaba diciendo la verdad. Dios, aquello era tan molesto, odiaba que la mirara así. Inconscientemente escondió el rostro un poco entre su

cabello.

—Me importa una mierda si la gente habla o no.

—¿Y qué se supone que diga cuando venga a buscarme?, ¿que es mi papá?

—Ahora resulta que das explicaciones, qué raro. Me daba la puta impresión de que más bien eras de la que oculta cosas, ¿o no, Brie? —De nuevo con lo mismo, ella elevó las manos en frustración.

—Bueno, aprovechando que repentinamente le dio por volver a hablarme y como usted por supuesto que no es de los que oculta cosas, ¿por qué no me explica de dónde sacó esas marcas en el cuello? —Él sonrió.

—¿Estás… celosa? —preguntó, sus ojos se iluminaron con diversión, lo que la irritó.

—No. —Sí lo estaba—. Solo quiero saber. —Se abrazó a sí misma, como si de esa forma estuviera lista para soportar alguna fea respuesta.

—Zoey. —Fue todo lo que dijo esta vez, con su voz toda ronca e incluso seductora.

La castaña se dio la vuelta y comenzó a caminar, ignorándolo. Una suave pero fría brisa, le movió el cabello por lo que se arropó bien debajo de su abrigo de tela. Su palma instintivamente encontró su estómago y lo frotó a lo largo del abrigo, como si de esa forma su bebé no pudiera escuchar las feas peleas que tenía con su padre. Suspiró, agradeciendo mentalmente el clima frío ya que le permitía abrigarse bien y que no se notara aquello que no iba a poder ocultar por mucho tiempo.

—¿Qué te ocurrió en el rostro? —La castaña se tensó, pero de alguna manera logró seguir caminando.

—Me golpeé con un balón en clase de Educación Física —aseguró, restándole importancia.

Jared abrió y cerró las manos en puños en un intento por relajarse mientras seguía a Brielle. De nuevo le estaba mintiendo, jodidamente mintiendo. Al principio de ésta ridícula situación, pensó que si tenían un poco de tiempo y espacio para conocerse, todo sería más fácil. Quizás ella dejaría de mentir y él dejaría de odiarla, incluso hasta la vería como la niña que era, así se daría cuenta de que no era del todo una mujer.

Sí… no.

En casa, verla con su puta camiseta lo volvía loco, deseaba tomarla sin contemplaciones y sin quitarle la prenda, eso haría más erótico todo. Deseaba verla retorciéndose bajo su cuerpo, gimiendo su nombre, deseaba enterrarse en ella profundo y por días. Definitivamente sus pensamientos se le estaban

saliendo de jodido control. En cuanto llegaron a *Insignia*, Brie dio grandes zancadas hasta su habitación, donde se encerró dando un sonoro portazo. Jared suspiró sintiéndose frustrado, necesitaba calmarse, aún estaba enojado y le urgía una buena pelea. Tomó su chaqueta para ir al Cooper's, pero al abrir la puerta se encontró con Adam, llevaba una pizza y un par de cervezas.

—Jared, ¿ibas de salida?

—Eh… algo así —comentó, pasándose una mano por el cabello. Su hermano sonrió antes de pasar sin ser invitado.

—¿Por qué no comemos algo y luego te vas?

—Como sea —refunfuñó cuando su estómago gruñó en acuerdo. La comida fue en silencio, pero a su hermano parecía no incomodarle, estaba visiblemente acostumbrado a la relación rara que llevaban. El joven jugueteó con su rebanada de pizza.

—Casi no has comido, ¿estás bien? —preguntó Adam, viéndolo con esos ojos de una forma que solo anunciaba lo peor.

—Sí, estoy bien, solo… como te dije, iba de salida. —Jared comenzó a comer a toda velocidad, ya sentía cómo la piel le temblaba por todo el cuerpo, no quería hablar con él de lo que claramente se veía venir.

—Jared… Ya sé que no es asunto mío, pero ¿por qué sigues portándote así con ella?

Mierda. Más rápido con la rebanada de pizza.

—No sé a qué te refieres. —El joven se puso de pie, masticando como una vaca. Los modales en la mesa lo tenían sin cuidado, aquella conversación tenía que terminar antes de que su cabeza explotara.

—¿Brie todavía está ahí dentro? —apuntó hacia atrás.

—¿Cómo sabes que ella está aquí?

—Porque desde que estás con ella, estás hecho una calamidad. —Jared abrió y cerró las manos en puños.

—No es cierto, siempre he estado así de jodido.

—Pues ahora lo estás más, y además la estás lastimando. Nicole me dijo que come muy poco y padece de insomnio, si quieres que tu bebé esté sano tienes que remediar esto. Ya no por ti ni por ella, hazlo por tu hijo.

El joven miró fijamente a su hermano sin saber bien qué contestar.

—Lo pensaré.

—Mamá quiere verte, le debes una explicación.

—De verdad tú y mi papá son como viejas chismosas, ¿por qué tuvieron que decirle eso a Debbie? —inquirió pellizcando el puente de su nariz, Adam se encogió de hombros.

—Piensa venir mañana, decidí venir a contarte antes de que te llevaras la

grata sorpresa cuando la vieras aquí tocando tu puerta. Claro, si es que estás. Si no, la sorpresa se la llevará solo Brie.

—¿Cómo dices?

—Como escuchaste. —Se puso de pie—. Me voy, hermano, para que hagas lo que sea que ibas a hacer. Pero más vale que pienses muy bien lo que le vas a decir a mamá. Procura omitir la parte del secuestro y la parte donde Brie es menor de edad, no creo que se lo tome bien. Quizás si ella se arregla un poco parezca de al menos veintiuno. —Jared se pasó una mano por el cabello tirando con fuerza de él, se quedó sumergido en pensamientos sin siquiera darse cuenta cuando su hermano se fue.

Cuando su madrastra se ponía terca, no había manera en el jodido mundo de desviarla de su objetivo y, para su desgracia, ella lo tenía en la mira. No podía mandarla a la mierda como a los demás, porque por extraño que pareciera, esa mujer se había ganado su corazón. Nunca pensó que pudiera llegar a quererla, pero con los años, ella se esforzó siempre por hacerlo sentir en familia a pesar de que no era su hijo, y luchó por él hasta que logró la adopción. Y ahora necesitaba hablar con Brielle, no quería que Debbie se llevara una peor impresión de él. De todas las personas que podían repudiarlo, no podía soportar que su madrastra también lo hiciera.

Así que se encerró en el baño con la intención de calmarse, de pensar. Tardó más tiempo del normal cepillándose los dientes y haciendo las jodidas abluciones.

Luego comenzó a reorganizar los bastoncillos de algodón y a releer los beneficios de tomar el calcio que Brielle había guardado, así como las otras medicinas del armario; después se fue a su habitación a escuchar un poco de música, y cuando estaba saltando de una jodida canción a otra, se dio cuenta de que era hora de enfrentarla.

Brie cerró los ojos sintiéndose contenta, mientras dejaba que la música que escuchaba el ogro desde su habitación inundara sus sentidos.

—Algún día puedes ser un importante músico, un pintor, un abogado, podrás ser todo lo que quieras, angelito, nunca te cortaré las alas —susurró, dejando su cuaderno de dibujo a un lado y moviendo la palma por su estómago, frotando a lo largo de su amplia camiseta.

Estaba dibujando en un intento desesperado por dejar de llorar. Había hablado con su mamá y la había escuchado más enferma, la extrañaba y quería verla, pero como estaban las cosas con Jared, no se atrevía a pedirle ningún favor.

Mientras tocaba su vientre, suspiró pensando que tenía suerte de que estuvieran en invierno, de esa forma el frío le permitiría abrigarse bien. Justo ahora, la camiseta del ogro, la cual era demasiado grande, escondía un vientre aún más grande. Definitivamente no iba a poder ocultarlo por mucho más tiempo.

Inesperadamente unos golpeteos a la puerta la sobresaltaron, haciéndola literalmente saltar en la cama.

—¿Brielle, puedo pasar? —*Santo Dios*, Brie se quedó paralizada al escuchar aquella magnifica voz llamándola.

Tenían semanas sin dirigirse la palabra, y después de la pelea de la tarde, se imaginó que ahora pasarían meses, sin embargo aquí estaba. Él abrió la puerta al no recibir respuesta, como siempre, haciendo lo que le daba la gana, sin embargo se vio obligada a admitir que tenía un aspecto estupendo, se había cambiado de como iba vestido en la tarde: camisa negra con el cuello abierto, vaqueros, botas negras, chaqueta de cuero negra. Síp, se veía abrumadoramente guapo y el aroma de su loción…*Dios*. Tragó saliva en seco, sintiendo un nudo en el vientre y un calor recorriéndola como pequeñas descargas.

—¿Te asusté? —preguntó ahora con esa voz sensualmente aterciopelada.

Brie quería rechazar lo que sentía cada vez que lo miraba, pero se estaba volviendo imposible; todavía no encontraba su voz, por lo que solo atinó a negar con la cabeza—. ¿Estabas hablando con el bebé?

Ella seguía aturdida, parpadeó sin comprender a dónde quería llegar con todo esto, no obstante, cuando él suspiró mortificado, logró sacarla de ese estado de tonta y enfurecerla.

—¿Qué?, ¿decidió dirigirme la palabra otra vez? —preguntó sonando petulante mientras se pasaba una mano por los ojos fingiendo cansancio, él elevó una ceja, su boca curvándose en una media sonrisa.

—No, en realidad no. —La joven cerró los ojos inspirando hondo por la nariz, no iba a dejarse llevar por las hormonas, no lo haría… esta vez.

—Entonces ¿qué quiere, Jared?

—Es que yo… ¿estabas llorando?

—No —mintió mientras se tallaba los ojos—. Solo tengo sueño. —Él entrecerró los ojos.

—Sé que has estado saliendo con Nicole, ¿te trata bien? —El giro de la conversación la tomó desprevenida.

—S-Sí, ella es muy linda.

Tosió aclarándose la garganta repentinamente seca. Bajo la tenue luz de la pequeña lámpara, el cabello negro de Jared brillaba de forma increíble, quería mirar ese cabello un poco más, Brie estaba segura de que estaba desarrollando

un serio fetiche con él. No sabía si quería peinarlo o solo deslizar los dedos a través de él.

—¿Qué han hecho?

—Fuimos de compras… para el bebé —gesticuló, apuntando hacia una esquina donde estaba la flamante cuna que Nicole se había empeñado en comprar, así como los montones de bolsas llenas de ropita.

Jared siguió su mirada y el rostro le cambió por completo. Abrió los ojos como platos al ver la cuna, por supuesto, si la visitara se habría percatado de eso antes, pero al ver su reacción…

—Lo siento, debí preguntarle…

—No, es solo que es… —balbuceó, caminando en dirección hacia la cuna —, es jodidamente enorme. Nicole tiene muy buen gusto.

—La escogí yo —murmuró. Él elevo una ceja mirándola de forma extraña, después suspiró observando el resto de la habitación, hasta posar sus magníficos ojos en ella.

—¿Qué tienes ahí?

—Ah, ¿esto? —preguntó tomando el cuaderno, él asintió—. Estoy en clases extracurriculares de dibujo, me gusta dibujar.

—¿Qué dibujas?

Se sentó en el borde de la cama, y Brie sintió que los colores la inundaban.

Lo dibujaba a *él*. Desgraciadamente los diferentes matices de su cabello, las diferentes escenas de él peleando, o la forma en la que curvaba sus labios en esa arrogante sonrisa, todo aquello plasmado en las hojas de su gastado cuaderno indicaban que estaba desarrollando una obsesión y no se había dado cuenta hasta hoy. Sí, Dios, era patética al dibujarlo en secreto.

—Cosas que están en mi cabeza —contestó, apretando el cuaderno contra su pecho, como si él fuera capaz de leerle la mente y de esa forma pudiera impedir que lo hiciera.

—Cuando estuve en la preparatoria, mi clase extracurricular era de música, tocaba el piano.

La nueva información la hizo abrir los ojos como platos y por alguna razón su mirada se disparó directo a esas grandes manos. Tenía los nudillos maltratados y algunas cicatrices, nunca se imaginó que usara las manos para otra cosa que para hacer daño, claro… salvo cuando las usaba para sujetarla, o cuando las paseaba por su cuerpo. Ruborizada se mordió el labio, ¿por qué todos sus pensamientos tenían que conducir a cosas eróticas? Odiaba hoy más que nunca las hormonas.

Se regañó mentalmente y trató de concentrarse en ésta extraña situación, no sabía por qué Jared estaba aquí o qué quería, pero claramente era su manera sutil

de hacer las paces, obvio que las palabras "me equivoqué" o "perdón" eran desconocidas en su lenguaje de ogro.

—No todo el tiempo fui esta… especie de luchador. Debbie se esforzó porque canalizara mi energía en otras cosas, como el piano.

—¿Quién es Debbie?

—Mi madrastra. —La joven trató con todas sus fuerzas de no lucir tan sorprendida. Por fin le iba a hablar de lo que tanto quería saber—. ¿Recuerdas el señor rubio que estaba con nosotros en la limusina cuando fui por ti a la cafetería?

—Brie asintió—. Él es mi padre, William.

—No sabía… es decir que… bueno, sus papás estaban divorciados. —Estuvo a punto de cometer el error de decir que era adoptado, y en el último minuto se había salvado. Iba a suspirar aliviada pero una risa ronca y mordaz abandonó los labios del joven haciéndola estremecer.

—Mis papás jamás se casaron, Brielle. —La castaña se quedó callada, esperando, muy consciente de lo mucho que quería saber de él, pero claro, Jared no agregó nada más.

—¿Su mamá murió? —Él abrió y cerró las manos en ese gesto que usaba cuando estaba molesto, y se preguntó si no se estaba portando como una imprudente.

—Lo único que sé de ella, es que me *regaló*. Así que pensándolo puñeteramente bien, sí está muerta, para mí está muerta y espero nunca volver a verla en lo que me resta de la puta vida. —Y con eso, se puso de pie saliendo de la habitación.

Jared ardía en deseos en ese momento más que nunca en tener un poco de heroína. Estaba tratando de dejarla, pero a veces tenía ataques de taquicardia, como justo en este momento, con esas jodidas preguntas. Así que no lo pensó dos veces cuando encontró un porro de marihuana en su chaqueta, lo prendió y comenzó a fumarlo en la terraza, era mejor esto que nada. Inmediatamente se sintió relajado, sus pulmones se expandieron absorbiendo en lo posible, de manera larga y lenta.

Desgraciadamente y dado su estado de ánimo, no se sintió nada mejor. Puta mierda, por el contrario rápidamente se vio embargado por los recuerdos.

—¿Pero qué dices, Caleb? ¡Si es todo un amor! —canturreó una señora de cabello oscuro y largo, el hombre a su lado hizo una mueca.

—¿Está más grandecito que la última vez, no crees, Julie?, ¿de verdad crees que podré… educarlo a esta edad? —El hombre lo miró con desdén.

Llevaba traje y corbata, haciéndolo parecer todo un ejecutivo.

Jared miró hacia sus pies, donde tan solo tenía puestos unos tenis tan gastados que a veces le dolían las plantas cuando corría. Suspiró incómodo, no le gustaba cuando iban a verlo las personas, se sentía como algún animal del zoológico, no quería irse de este lugar, le gustaba vivir aquí con todos los niños, sobre todo con Zack y su papá.

—¿Entonces, tomaron una decisión? —Aaron Miller entró con un montón de papeles—. Saben bien cuánto tiempo llevan ya en espera, no es un proceso fácil y precisamente vino una familia también el día de ayer para ver a Jared… —agregó, y aunque era cierto, lo comentó a modo de presión.

—No es necesario, hemos esperado mucho como bien dices y si nuestros papeles están en regla, Jared se irá con nosotros en cuanto lo autorices… —afirmó Caleb, mirándolo con una turbadora sonrisa.

—Me quiero quedar contigo, Aaron. Por favor no me dejes tú también… —El niño cerró los ojos intentando con todas sus fuerzas no llorar. Aaron se arrodilló a su lado, sujetándolo por los pequeños hombros.

—Es una hermosa familia, Jared. No tengas miedo, te harán muy feliz.

Pero para Jared la felicidad terminaría al dejar el orfanatorio. No importaba lo que Aaron dijera, no era bienvenido en ningún lado. Y lo peor, estaba por conocer el verdadero infierno al lado de la familia Baker.

Jared continuó de esa forma, sentado en la jodida terraza, fumando y perdiéndose en pensamientos de mierda por suficiente tiempo, hasta que se olvidó de dónde estaba, hasta que comenzó a sufrir jodidos escalofríos, se había ido a terrenos muy oscuros por lo que cuando escuchó la puerta abrirse, no pudo evitar estremecerse de miedo como un marica. Sin embargo, ordenó a todos sus músculos a malditamente relajarse, no necesitaba voltear para saber que era ella. Cerró los ojos deseando que se fuera junto con su jodido olor a lavanda y sándalo. Todavía le costaba entender por qué se empeñaba en torturarlo, ¿acaso ya se le había olvidado lo que le había dicho?, ¿que deseaba mucho más que su compañía?

Brie se sentó con cautela a su lado, envolviendo los brazos alrededor de sus piernas. Llevaba todavía y únicamente su camiseta puesta. Su cabello lleno de ondas suaves, caía por el frente de sus hombros luciendo alborotado y sacudido por el viento, le sentaba jodidamente bien. Sin poder evitarlo, sus ojos volaron inmediatamente a su vientre, no es que lo estuviera buscando, pero no lo había visto bien en las últimas semanas y le parecía más grande, quería… tocarlo.

—No debería hacer eso.

—¿Qué?

—Fumar… eso —susurró. Rápidamente apagó el porro contra el suelo. Lo

último que necesitaba era estar fumando esa mierda al lado de ella y hacerle daño al bebé.

—Es un mal hábito, uno de tantos que estoy tratando de controlar.

—Odiaba cuando trabajaba en el Cooper's, había veces que no podía ver bien a través de la cortina de humo que había. —Tenía razón, el lugar estaba impregnado con ese horrible olor permanentemente, y el hecho de que tuvieran en común esta conversación no le gustó. No le gustaba imaginarla ahí, ni recordarla jodidamente bailando—. ¿Aprendió a fumar ahí?

Eso lo hizo sonreír.

—Hago esto hace demasiados años, no lo aprendí ahí, Brie. Lamento recordarte que cuando tú vas, yo ya vengo —aseguró con una arrogante sonrisa, ella le sacó la lengua y él no pudo evitar sonreírle.

Luego, se quedó mirándola fijamente unos instantes, su amplia camiseta cubría sus piernas, haciéndole imposible ver el vientre pronunciado. Jared se preguntó por qué tendría esta obsesión con ella, y no pudo evitar preguntarse las mismas mierdas que se le habían estado ocurriendo últimamente, como el color del cabello del bebé, y se preguntó otra vez si sería niño o niña, si heredaría ese largo cabello y esos profundos ojos color miel. Eran jodidamente cautivadores.

—Entonces… ¿me va a decir cómo es eso de que lo regalaron? —Jared suspiró, al parecer no iban a dejar de lado esa conversación. Le lanzó una mirada furibunda, detestaba tantas preguntas—. Lo siento, no quería… es decir, no era mi intención…

—Está bien, Brie. ¿Si te lo digo podrás dejar de hablarme de usted?

—Lo… lo intentaré.

—Eso espero —masculló entre dientes—. Mi mamá me dio en adopción cuando tenía siete años. Después, mi papá biológico, es decir William, me encontró en el orfanatorio. Ya estaba casado con Debbie y tenían a Adam. Larga historia.

—Creo que puedo escucharla, tenemos tiempo. —Su voz fue baja y suave.

—Ya me imagino cuánto puñetero tiempo tienes, pero es lo que tengo que decir. —Se quedaron en silencio algunos minutos hasta que Jared suspiró—. Debbie quiere conocerte, vendrá mañana.

Capítulo Ocho

Mientras Brie observaba a Jared tirar de su cabello de esa forma compulsiva por cuarta vez, se preguntó por qué le costaría tanto hablar con ella o expresarle cualquier cosa. Ahora, él tenía los ojos cerrados, su ceño pronunciado como si estuviera muy concentrado. El tatuaje con letras en su antebrazo incluso se veía tenso, y por primera vez pudo leer lo que las hermosas letras cursivas decían: "*Non, je ne regrette rien*".

—No me arrepiento de nada —dijo él de pronto, su voz profunda rasgó el aire.

—¿Cómo? —Brie se sorprendió un poco al sentirse descubierta.

—El tatuaje. —Subió más la manga para que ella pudiera verlo mejor—. Eso dice.

Brie miró del tatuaje a él y, sin pensarlo dos veces, deslizó un dedo por la piel tatuada.

—Es increíble… —Trazó las letras con cuidado, se sentía bien, de hecho demasiado bien, pero muy pronto él retiró el brazo, de nuevo como si no soportara su toque.

La joven suspiró desviando la mirada hacia su vientre y sin poder evitarlo se mordió el labio inferior, no sabía qué pensar con todo esto que estaba sucediendo, como eso de que iba a conocer a la madrastra de Jared y de nuevo vería a ese señor rubio tan serio, tan solo recordar aquellos ojos azules como el hielo le daba escalofríos. ¿Qué le dirían? ¿La odiarían también? *«Quizás ya me odian»*, pensó.

—¿Para qué quiere venir su mamá?

—No lo sé.

—¿Y qué piensa ella que somos?, ¿qué le diré si me pregunta?

—Quedamos en que intentarías quitar esa puta formalidad entre nosotros. — La frustración en su tono era evidente.

—Y yo pensé que usted había dicho que no me tenía asco y me demuestra todo lo contrario. —Él apretó los labios como si no le gustara escuchar eso, pero a Brie simplemente ya no le importaba, total, que de cualquier manera se enojaba por todo…

—Simplemente no puedes entenderlo, ¿verdad? —Su tono aburrido y cansado solo la hizo enfurecer, estaba cansada de que la tratara como una niña.

—No, explíquemelo.

—No hay nada que explicar y, respecto a Debbie, ¿qué quieres que le diga de ti?, ¿que eres una chiquilla insignificante que logró meterse hondo en mi vida?, ¿necesitas etiquetas? —Brie mordió su labio al tiempo que bajaba la mirada, ocultando de esta forma el dolor que esas palabras le habían provocado.

—Nunca he necesitado etiquetas. —Deslizó la mano lentamente sobre su vientre—. Solo me gustaría que por una vez me… *presentaras* como otra cosa además de ser la persona que te arruinó la vida.

Todo se quedó repentinamente silencioso excepto por el sonido del viento colándose hasta moverle las suaves ondas del cabello. Incapaz de contener la curiosidad, elevó la mirada solo para quedarse sin aliento al toparse con esos ojos de color tan extraño, justo ahora se veían azules, oscuros y profundos. Jared tenía un perfil digno de cualquier escultura, su cabello desordenado desplazado suavemente por el viento, sus labios delgados presionados en una fina línea recta, esos ojos aleonados enmarcados por pestañas largas y abundantes que lograban deslumbrarla, solo su nariz estaba ligeramente desviada, quizás producto de algún golpe, y solo si te fijabas tan minuciosamente como lo estaba haciendo ella. De pronto esa boca se curvó ligeramente en una sonrisa, y se encontró con que la había atrapado en su escrutinio, lo que naturalmente la hizo ruborizarse y desviar la mirada.

—¿Con cuántos hombres has estado? —soltó como quien habla del clima, Brie lo miró bruscamente.

—¿Q-Qué?

—Ya sabes, antes de embarazarte, ¿cuántos hombres te habías tirado? —repitió de forma clara y concisa.

De verdad que no debería hacerlo, no debería ofenderle tanto esa pregunta, porque ella trabajaba en un prostíbulo y, sin duda, se había acostado con él como si fuera una cualquiera, pero aun así se sintió ofendida. Mordió su labio en un intento por calmarse, ¿qué pasaría si le decía la verdad?

—¿Ya perdiste la jodida cuenta? —Su voz ahora era un gruñido bajo y sus ojos azules llameaban furiosos—. ¿Acaso fueron tantos?

—¿Para qué quiere saber? Estoy segura que de cualquier forma no me va a creer.

—Necesito saberlo.

—¿Por qué?

—Solo… *mierda*.

Jared tiró de su cabello al tiempo que se ponía de pie, sus largas piernas lo llevaban rápidamente de un lugar a otro. Brie cerró los ojos y tomó aire, no sabía qué responderle, parecía como si todo lo que saliera de su boca siempre estropeara las cosas, no sabía cómo actuar con él ni tampoco qué decir, la verdad

se le hacía ridículo estar hablando de esto… De pronto, las botas que tanto temía se detuvieron frente a ella, Jared apareció en su campo de visión al ponerse en cuclillas sujetándole delicada pero firmemente los hombros.

—Dímelo, maldita sea, necesito saberlo y deja de hablarme así, dijiste que lo intentarías, dijiste que *serías honesta.*

—¡Lo estoy intentando! —gritó exasperada al tiempo que lo empujaba para zafarse de su agarre—. Siempre es tan exigente.

Brie respiró hondo, hacía tiempo que comenzaba a intuir un patrón en el comportamiento de Jared; cuando se enfadaba, se frustraba o irritaba, era mucho más dominante de lo habitual. Intentó incorporarse, pero pisó mal y se cayó hacia atrás. Soltó un grito imaginándose lo peor, pero Jared la sorprendió al pasarle con rapidez un musculoso brazo por la espalda para sujetarla. La atrajo súbitamente contra sí, y su mano permaneció mucho tiempo en la cadera antes de retirarse dando un paso hacia atrás.

—¿Por qué mierda no tienes cuidado? —Otra vez estaba exasperado.

—No voy a hablarle de otra manera, no mientras se siga portando como un ogro.

—Estás evadiendo mi puta pregunta. ¿Por qué no puedes simplemente responderla?, ¿extrañas el Cooper's?, ¿es por eso que me pides tu libertad?, ¿para irte a revolcar con medio mundo? —rugió acercándose a ella de nuevo, sujetándole con algo de fuerza el brazo—. ¿Quién es el siguiente, Brielle? Seguro que es ese chiquillo de mierda, el tal… *Jordan.*

La joven parpadeó ante lo que el joven estaba diciendo, no sabía ni por cuál pregunta ofenderse más. Se sacudió de su agarre y lo miró furibunda.

—¿Eso piensa realmente? ¿Que quiero irme a acostar con quien se me ponga enfrente? —escupió con desdén—. Bien, pues adivine algo, si quiero dormir con media escuela eso haré, ¡para que ahora sí tenga de qué quejarse!

La intensidad de sus ojos azules se sentía al mismo tiempo como un puñetazo en el estómago y una suave, hambrienta caricia. Dios como lo odiaba. Así que dicho eso, dio media vuelta dispuesta a ir… a donde pudiera sin ser detenida por el energúmeno que venía detrás de ella.

Jared no sabía por qué mierda había hecho esa pregunta, pero ahora estaba verdaderamente emputado. Realmente no tenía derecho a estar celoso. Diablos, ni siquiera tenía una razón de peso. Podría ser que ellos tuvieran una química física inexplicable, pero no había nada emocional entre ellos. Nada. Es más, a él ni siquiera le gustaba Brielle.

—No vas a irte a ninguna jodida parte. —Con firmeza, estampó la puerta

que ahora ella estaba abriendo. Brie se giró enfurecida para mirarlo.

—¿Quiere odiarme de verdad? ¡Entonces abra la maldita puerta! Iré a buscar a Jordan…

—¡No! —rugió iracundo. La breve imagen que había tenido en la tarde de ella sonriéndole al imbécil se disparó por su cabeza, prendiendo fuego en su sangre, furioso estrelló con fuerza un puño sobre la puerta haciendo que ésta crujiera al quebrarse un poco.

Brie dio un respingo, se abrazó a sí misma y repentinamente comenzó a sollozar. Jared parpadeó como si hubiera estado abducido en algún jodido trance, por lo general podía controlar su temperamento de mierda, pero ella lograba sacarlo de sus casillas como nadie más lo hacía, aún aturdido se incorporó de forma lenta, sacando su puño repentinamente dolorido de la puerta.

Entonces miró a la niña de grandes ojos, ella era tan frágil y tan pequeña en esa enorme camiseta mientras se sacudía, *puta mierda,* de nueva cuenta la había hecho llorar, le había robado un puñetero susto de muerte. Era peor que su padrastro Hank, era incluso como… Caleb y eso era tan jodido, se estaba convirtiendo en un puto monstruo… En un deliberado movimiento la atrajo contra sí, estrechándola entre sus brazos.

—Suélteme —pidió débilmente, sin hacer nada por liberarse de su agarre.

Jared hundió el rostro en su cabello, olía a flores de lavanda y a sándalo, percibir aquello era una reverenda estupidez, que le gustara era la madre de las idioteces, pero no podía privar de ese aroma a sus sentidos.

—Lo siento, yo… *mierda*. Cuando estoy contigo simplemente no sé qué me pasa, me convierto en un pendejo, no puedo entenderlo, no estoy familiarizado con estos putos sentimientos, los desconozco, y luego vienes y me plantas esa imagen tuya acostándote con medio mundo…

—¿Y qué más le da? —lloriqueó contra su camisa.

—¿Por qué eres tan frustrante? —inquirió enterrando ligeramente la nariz en su cabello—. Solo quiero saberlo, ¿de acuerdo? Estoy jodido. No sé qué mierdas hacer contigo ni mucho menos conmigo, y estoy harto de que mi familia me mire como si quisiera comerte o torturarte. Tal vez ambas cosas. Cuando el único afectado soy *yo,* estoy cansado de que en lo único que realmente puedo pensar es…

—Cerró la boca abruptamente. ¿Qué-jodidos-le-estaba-pasando?

—¿En qué? —susurró elevando la mirada—. Háblame, ¿por qué no me dices qué te atormenta?

Brie era de las pocas personas que podían sostenerle la mirada.

Ni siquiera Zoey. Esa extraña mirada clara y profunda lo cazaba día y noche, justo como ahora, mirando directo a sus ojos como si quisiera ver más

allá, el joven contuvo un escalofrío, ella no podría ver dentro de él, ¿verdad? Se quedaron en silencio, mirándose mutuamente. Jared quería poder entrar en esa cabeza tan confusa y desmenuzar todo lo que ella le ocultaba.

Los ojos de la chica parecían los de una persona mayor en medio de su rostro juvenil, lo cual sugería que debía haber pasado por cosas muy jodidas. Y las cosas jodidas tendían a ser el combustible que avivaba las llamas cuando la gente estallaba, si lo sabía él. Podía devanarse los sesos intentando entenderla, pero simplemente ella no lo dejaba, por el contrario lo hacía perder su autocontrol, quizás lo mejor era dejar que simplemente se fuera…

—¿De verdad quieres irte a casa? Adam me dijo que no comes y no duermes, no quiero hacer de esto que tenemos un desastre peor del que ya es, no quiero involucrar a más personas, mucho menos al bebé.

La liberó y se liberó a sí mismo de esa mirada. Brie se recargó contra la puerta como si necesitara apoyo, no obstante, no dejó de mirarlo con aquellos ojos color miel, profundos y llenos de lágrimas, que de nueva cuenta lo hicieron sentir desnudo frente a ella.

—La mayoría de las veces tengo miedo de estar contigo y quiero irme a casa, pero luego lo pienso mejor y no quiero ir a casa porque todo lo que he vivido es una gran mentira. Mi mamá tiene una forma muy retorcida de *quererme,* y mi padrastro… —Se abrazó a sí misma—. Él volverá a golpearme en cuanto me vea, estoy segura. —Jared se tensó mientras la rabia lo consumía. Ella hizo una pausa para tomar aire—. Debería odiarte, pero en cambio… yo… yo me siento atraída por ti, lo cual está más allá de lo estúpido debido a que eres mucho mayor que yo, y sobre todo porque sé que después que dé a luz a nuestro hijo probablemente me lo quites y desaparezcas. —Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano—. Así que perdóname si estoy un poco inestable emocionalmente en este momento —resopló ella—, además estoy embarazada, tonto.

Jared quiso reírse de sus últimas palabras, pero no pudo. Porque descubrir que la atracción era mutua, lejos de provocarle algún tipo de repulsión por poco le provoca pero una jodida erección.

—No… sabía que te sentías atraída hacia mí —murmuró en voz baja, aunque muy dentro de él sí que lo sabía, y aquello fue un golpe de adrenalina para su ego.

—Solo un poco, tampoco dejes que te aumente el ego, tal vez tengo el síndrome de Estocolmo. —La joven sonrió con tristeza y por loco que pareciera, la entendía más de lo que debería. Sonrió junto con ella.

Brie había entrado en su mundo de la peor manera posible pero, tras un titubeante principio, se estaba amoldando increíblemente bien. Era

desconcertante la forma de pensar de esa chica, por un lado era graciosa y por el otro jodidamente irritante… Jared suspiró rindiéndose, borrando la estúpida sonrisa de sus labios.

Brielle no tenía sentido, ni sus palabras, ni tampoco que sintieran lo mismo. ¿Por qué no solo se alejaba de él corriendo aterrorizada como los demás? Obviamente no lo conocía o su instinto de preservación no funcionaba. Sería mejor para ella y también para él si se seguía portando rudo. ¿Qué diablos le pasaba con ella?

—Seguimos sin ser amigos —aseguró aún pensativo, ella solo suspiró y se quedaron en silencio un par de minutos, todavía incrédulo de que pudiera sostenerle la mirada por el tiempo que fuera necesario—. No me gusta cuando me miras así, me haces dudar de mí mismo y odio desconocerme.

—Yo tampoco sé quién soy realmente. —Bien, ahora con lo que Brie estaba diciendo parecía que iban en el mismo autobús hacia ninguna parte en lo de conocerse a uno mismo—. Pero al menos tú puedes *decidir*, tú siempre tienes la opción de tomar lo que deseas. Además no estás solo, tienes a Zoey.

—Tú tampoco estás sola.

—¿Ah, no?, ¿y a quién tengo, Jared? —Incluso tan irritada como sonaba se veía hermosa, sus mejillas estaban encendidas, y sus ojos chispeaban con furia casi dorada. Quería decirle que lo tenía a él, pero sería una mentira… o al menos eso se repetía.

—No hablemos más de eso. Ni siquiera tienes una puta idea de lo que es desear cosas que no puedes tener. —Ella elevó una ceja.

—Claro que lo sé, más de lo que tú te imaginas. De hecho, creo que tenemos más cosas en común de lo que crees.

—¿Y qué deseas exactamente?

Brie lo miró largamente, el silencio se estableció entre ellos como un manto pesado y el ambiente se volvió, para él al menos, incluso jodidamente difícil de respirar. El sonido de un mensaje llegando a su celular rompió el trance en el que estaban. Jared lo sacó de su bolsillo y leyó el remitente: *Zoey*. Luego volvió la mirada hacia Brielle y supo que ella también sabía de quién se trataba.

—No tiene importancia. —Sacudió la cabeza antes de suspirar mortificada.

Sus ojos se endurecieron, cuadró los hombros y pasó a su lado, Jared simplemente no podía quedarse así, por lo que sujetó su mano haciendo que ella se detuviera, atrayéndola hacia sí.

—¿Estás celosa?

—¿Por qué habría de estarlo?

—No me has respondido —preguntó, sin saber si de verdad quería escuchar más respuestas, o tan solo era un pretexto para poder acercase a ella.

—¿Lo de que quiero acostarme con Jordan? Estás malinterpretando las cosas… y creo que el celoso es otro —sonrió con suavidad.

—No me refería a esa mierda, pero sé que él te desea, lo vi en sus ojos. —Se estaba acercando peligrosamente a esa boca y no podía detenerse.

—Estás loco. —Ella pareció notar su cercanía y se relamió los labios.

—¿Quieres salir con él?, ¿ir a ese puñetero baile?

—Yo… yo… no lo sé —jadeó ahora contra sus labios.

Jared se moría por tocar su vientre, más ahora que nunca, al tenerla presionada contra su pecho podía sentir cuánto había crecido, y de verdad sus manos jodidamente picaban por tocarla, pero sentía que invadía una parte muy personal de ella, ya le había hecho muchísimas cosas y no le quitaría al menos esto... *por ahora*. Lentamente subió una mano hasta su nuca, donde la sujetó, entre sus dedos pudo sentir el pulso desbocado de su corazón y se preguntó si sería por miedo o por lo mismo que él estaba sintiendo.

Cada vez se le hacía más difícil luchar contra sus putos instintos, lo supo cuando se encontró a centímetros de esa boca que lo llamaba, ella suspiró, su dulce aliento lo embriagó por completo, nublándole cualquier pensamiento coherente y dejándole solo uno: tomar lo que de hecho era malditamente suyo. Así que estrelló los labios contra los de ella, saqueando su boca. Como siempre, ese exquisito sabor lo dejó queriendo más. Mucho más.

Internó la lengua para profundizar el beso y casi se carcajea cuando Brielle escondió su lengua de forma tímida, sus labios de hecho apenas se movían contra los suyos, como si no supiera qué hacer. ¿Por qué le gustaba portarse como una jodida inexperta? No debería mortificarle el número de cabrones con los que seguramente ella habría estado, puesto que no la quería, definitivamente la odiaba, y en lugar de estar pensando en esas mierdas lo que debería estar haciendo era desquitar la cantidad estratosférica de dinero que había pagado por ella. Porque sí, había *comprado* a Brielle.

Repentinamente enfurecido, aumentó la presión en sus labios mientras dejaba sus manos vagar; una por su pequeña espalda y la otra hasta su cuello, donde la sujetó firmemente para besarla con intensidad, obligándola a que le correspondiera. Unos instantes después, finalmente Brie se rindió abriendo más la boca, se apretujó contra él y sus dedos se deslizaron con cuidado hasta su cabello, atrayéndolo lentamente, moviendo los labios en sincronía contra los suyos. Debió notar las putas alarmas cuando todo su cuerpo tembló de deseo como un maldito novato. Pero no, por el contrario, Jared se separó de su boca y se repitió mil veces que solo quería probar un poco su piel, así que deslizó tentativamente los labios por su cuello.

—¿Por qué mierda tenías que aparecer, Brielle? —gruñó con una extraña

voz gutural mientras probaba su dulce sabor.

—Lo siento… —susurró, acariciándole el cabello en movimientos circulares que resultaban ser un puñetero masaje, Dios, detestaba cuánto poder tenía sobre él.

—Demuéstrame cuánto lo sientes, demuéstrame cuán jodidamente en serio estás hablando. —Tiró de su cabello para mirarla con verdadera hambre.

Fue entonces que se dijo que debió haber hecho caso a las puñeteras alarmas en su cabeza, porque cuando ella emitió ese jodido sonido, ese entre un ronroneo y gemido, ese que podía disparar la sangre en sus venas, se llevó los pocos retazos de cordura que le quedaban. La presionó contra la puerta, le soltó el cuello e inmediatamente sus manos avariciosas tomaron sus llenos pechos, disponiéndose a llevar las cosas a otro nivel…

El golpe en la puerta fue tan estruendoso que lo sacudió como si hubiera caído en un estanque de agua helada.

—¡Jared! ¿Qué mierda está pasando allí? —Más golpes—. ¿Jared?

Aquello fue como salir de un trance, si Adam no hubiera golpeado la puerta, ella se habría rendido, le habría demostrado cuán en serio lo deseaba y lo sentía.

¿Por qué había pasado todo esto?, ¿de verdad tan fácil había caído en las redes de sus ojos?, ¿en el calor de su cuerpo?

—¿Brielle, estás bien? ¡Jared, ábreme! —rugió, esta vez tratando de abrir la puerta.

—¡Ya voy, con una mierda! —gritó el joven sin soltarla. Sus preciosos ojos llameaban con intensidad, aún estaban clavados en ella mientras respiraba hondo—. Lo… lo lamento. —La liberó con cuidado, luego se pasó ambas manos por el cabello antes de abrir la puerta—. ¿Qué quieres?

Frente a ellos apareció la enorme silueta de Adam enfundado en un traje negro como de costumbre, su rostro impertérrito, y detrás de él, Nicole tenía las manos en las caderas, el conjunto rojo de dos piezas destacaba su rubia melena.

Lucía enojada y arrogante, pero en cuanto sus ojos se cruzaron, pudo ver cómo la rubia respiraba con alivio.

—Escuchamos un golpe y gritos, ¿qué estaban haciendo? —preguntó, mirándolos alternativamente.

—Nada, no estaba haciendo nada.

—¿Cómo te encuentras, Brie? —Adam pasó empujando a su hermano y sujetando sus hombros. La miró de arriba abajo, como si realmente Jared fuera un peligro y buscaba alguna herida o cualquier tipo de daño en ella.

—Bien, ¿por qué no habría de estarlo? De hecho, íbamos a cenar, ¿gustan

que les prepare algo? —mintió casi con naturalidad. Cada vez se le daba horriblemente más fácil. Adam frunció el ceño, Nicole la miró antes de elevar una perfecta y delineada ceja.

—¿Quieres decir que *esto*… es producto de nuestra imaginación? —murmuró, tocando la madera deformada en la puerta.

Jared masculló un par de obscenidades y Brie contuvo el gemido que impugnaba por salir de sus labios. No había visto el puño que había marcado contra la puerta, e inmediatamente su mirada se disparó a la mano de Jared, quien lucía terriblemente frustrado, y no dejaría que siguieran viéndolo de la forma en la que lo estaban haciendo.

—Mierda, hermano. ¿Por qué jodidos lo hiciste?, ¿quieren explicarnos qué está pasando aquí?

—De verdad no está pasando nada —insistió Brielle, su voz sonó extrañamente convincente—. Tan solo nos disponíamos a cenar y si ustedes no gustan… entonces creo que voy a dormirme.

—¿Estás segura? —reclamó Nicole.

—Sí —afirmó, mirando a la pareja. La rubia puso los ojos en blanco y con un bufido salió del departamento, sus tacones golpeando fuerte como si quisiera hacer un agujero en el suelo. Adam suspiró caminando detrás de ella, pero antes de salir se detuvo frente a Jared.

—Si le pones una jodida mano encima, te mato. ¿Escuchaste, hermano? —Su voz fue afilada como una daga mientras empujaba con un dedo el pecho de Jared, lo que la hizo estremecer. Jared, por supuesto, quitó con rudeza su mano.

—Nunca he tocado a una mujer, pero gracias por recordármelo. —Adam

salió chocando fuertemente su hombro contra el de Jared antes de dar un sonoro portazo.

Y entonces se quedaron en silencio, Jared mirando fijamente la puerta por donde su hermano había salido, mientras cerraba y abría las manos en puños, ella mirándolo sin poder dar crédito a todo lo que acababa de pasar. Lo último que quería era que entre hermanos discutieran, quería a Adam y por supuesto a Nicole, lamentaba mucho que las cosas hubieran salido de esta manera.

—Lo siento —susurró, acercándose titubeante hacia él.

—¿Por qué?

—Yo… por todo… tu mano, déjame curarla. —Intentó acercarse a él para sujetarle la mano, pero cuando él se giró para mirarla, de nuevo esos ojos fríos y la actitud distante habían vuelto, paralizándola.

—Estoy bien —dijo restándole importancia, ni siquiera la miró cuando se dio media vuelta para abrir la puerta.

—No lo estás, déjame curarte.

—¿Por qué intentas protegerme? No necesito de ti, no es necesario que sigas fingiendo como es tu costumbre.

—¿Qué estás diciendo? —Él se giró para enfrentarla, le dio una larga mirada como si le tuviera repulsión.

—Trata de no acercarte a mí, Brielle.

Brie lo miró con odio de nuevo. ¿Acaso algún día podría borrar de su rostro esa expresión rabiosa?, ¿por qué otra vez se habían distanciado? De pronto sintió como si se ahogara, como si toda la habitación hubiera subido algunos grados, estaba furiosa, mucho muy furiosa, por lo que clavó la mirada en aquellos fríos ojos, lo trataría como siempre.

—¿Por qué, acaso ya le doy asco otra vez?

—Déjate de estupideces —siseó entre dientes—. Por mí, puedes acostarte con todo el Cooper's o con tus compañeros de clases o con quien te dé la puta gana.

Ante su falta de respeto, Brie sintió ganas de llorar de frustración, quería huir a su habitación y llorar largamente, ese llanto que no le gustaría que los demás vieran, pero por el contrario, se encontró elevando la barbilla para enfrentarlo. Esa actitud injusta de él solo le provocó un enorme coraje, ahora quería abofetearlo, pero no iba a dar un ridículo salto para alcanzarle la mejilla, así que le dijo con toda la mesura de la que se sentía capaz:

—Se lo voy a decir una sola vez y espero no tener que repetírselo jamás. No me interesa estar con nadie, con ningún hombre de hecho, *nunca*. Preferiría morirme antes que volver a pasar por esa horrible y dolorosa experiencia.

—¿Estás hablando del sexo? —Jared se cruzó de brazos como si no la entendiera—. Esa es tu culpa, no sé con qué tipo de sujetos te hayas metido.

—Solo he estado con un hombre en toda mi vida y ese ha sido *usted* —exclamó furiosa tratando de ignorar la expresión de él—. Quizás ya lo olvidó porque tan solo fui una más, pero créame que yo no, y fue espantoso, lo peor que me ha pasado en la vida.

—¿Estás de broma? ¿Pretendes que te crea esa mierda?

—Sabía que no lo haría, por eso no puedo entender su insistencia en saber.

—No puedes estar jodidamente hablando en serio, ni siquiera sangraste y yo…

—Y usted estaba *drogado*. Así que si quiere creerme, bien, pero si prefiere vivir engañado, adelante, ya me da lo mismo.

Y con eso, fue ella la que lo dejó. Aun así en cuanto llegó a su habitación con la respiración desbocada y la mente dándole vueltas, escuchó el tintineo de las llaves mientras él se iba y se le estrujó un poco más el corazón, era demasiado temprano para que se dirigiera al Cooper's. Pero al menos no estaba

llorando. No iba a llorar por ese voluble ogro, que se largara con Zoey o que se metiera con quien quisiera, no derramaría una lágrima por él.

La rabia la animaba a seguir caminando de un lado para otro. ¿Cómo era posible que Jared la tratara como si realmente le importara pero al segundo la odiara? Era un maldito loco y sin duda… Respiró hondo tomando aire. No iba a seguir por ese camino, no la conducía a ninguna parte y no quería que le llegara todo esto al bebé. Comenzaba a calmarse cuando su celular destelló iluminando la habitación y un mensaje apareció en la pantalla, lo abrió rápidamente:

Hola, torpe, ¿hoy irás a las bodegas?

El mensaje era de Zack Miller. Brie cerró los ojos y se imaginó esa cálida sonrisa, suspirando decidió contestarle.

No, estoy cansada. ¿Tú estás bien?

Mejor sería pecado, ¿crees que podemos vernos? Sí, sé que me leo como un puto acosador, pero qué le vamos a hacer… ;)

La castaña mordió su labio, por un lado era estúpido estarse mensajeando con Zack, pero por el otro, era estúpido seguir pensando en que Jared pudiera sentir algo por ella. No cuando seguro estaba con Zoey… haciendo el amor. El puro pensamiento le provocó náuseas y se encontró corriendo hacia el baño, devolviendo al instante lo poco que había comido. Todavía se sentía mareada mientras se lavaba los dientes, regresó a su habitación y contempló su cuaderno de dibujos.

Estiró la mano y lo sujetó, al abrirlo encontró esos ojos azules cálidos que nunca había visto. Estaba dibujando una mentira, Jared no era eso que estaba plasmado. Él no era bueno, no era bondadoso ni cálido. Era frío, era malo. Así que furiosa, arrancó las hojas y las arrugó para luego lanzarlas hacia algún lugar en la habitación. Una vez que se hubo calmado, tomó el celular.

Sí, yo te digo a dónde pasar por mí. También quiero verte.

El rostro de ira mezclada con decepción de Adam ya ni siquiera le hacía sentir nada. Durante años había lidiado con esas miradas, había sido la puta oveja negra que desgració a la familia. Así que a estas alturas era bastante capaz de ignorar a todo mundo y arreglárselas solo. Además, era sorprendentemente liberador no tener que preocuparse por la opinión de nadie. Eso dejaba su mente libre para alimentar su violenta obsesión…

—¡Levántate, hijo de perra! —Jared lanzó una patada con todas sus fuerzas hacia el costado izquierdo del pobre chico que estaba hecho un ovillo en la arena.

—Será mejor que te calmes, *Frío*…, es solo un entrenamiento. —Gary

intentó acercase a él, pero Jared lo miró como si fuera otro contrincante, haciendo que astutamente el joven se detuviera—. ¿Por qué mejor no fumas un poco?

Gary se llevó las manos al bolsillo y Jared pudo observar el polvo blanco que había en la pequeña bolsa que el joven sostenía para él, sería fácil perderse un poco, liberarse de otra manera. La piel le picaba en ansiedad y la boca se le hizo agua ante la idea de probar la cocaína. Dio un torpe paso hacia Gary cuando el chico que estaba tirado en la arena se puso de pie.

—Maldito adicto, casi me matas —tosió, escupiendo un poco de sangre.

Jared se detuvo por completo, las imágenes chocando contra su mente de forma tan fuerte que se sentían como jodidos puños directo a la boca de su estómago, tan fuertes que comenzó a hiperventilar.

…

—¡Eres un maldito adicto! —gritó un jadeante Jared, sus rodillas parecían de gelatina de tanto que temblaban, aun así se negaba a caer frente a él. Caleb

sonrió, sus dientes llenos de sangre le produjeron náuseas.

—¡Y tú un puto débil!, ¿acaso no puedes defenderte nunca? —rugió, tomándolo por sorpresa, embistiendo con una patada certera en el abdomen. El dolor fue tan intenso que lo dobló, el aire explotó en sus pulmones, la visión se le nubló y todo comenzó a dar vueltas mientras sentía el áspero suelo chocar contra su mejilla—. Eres un inútil, ¡levántate, cabrón!

Caleb empezó a patearlo una y otra y otra vez. El joven comenzó a toser de forma angustiosamente violenta en busca de aire, con cada patada se iba un poco más del preciado oxígeno en sus pulmones, con cada golpe sentía algún órgano de su cuerpo acomodado en un lugar diferente. Cerró los ojos, la sangre en su boca sabía a fierro, espesa, caliente. Quería gritar hasta destrozarse la garganta, quería desaparecer, sin embargo el dolor en todo el cuerpo le tenía bastante lúcido, alterado. Su padrastro continuó con sus acometidas y con cada golpe, el joven no podía evitar pensar ¿cuánto podía soportar el cuerpo humano?

Para su suerte, el dolor gradualmente dejó de sentirse y mientras su cuerpo seguía sacudiéndose presa de los golpes, una extraña paz lo embargó recorriéndolo por completo, de pronto ya no necesitaba tanto aire, de pronto ya no era tan doloroso. Quizás esto era morirse.

—¡No te atrevas a desmayarte, maldito afeminado de mierda!, ¿me escuchas?

—Le tiró con fuerza del cabello hasta sentarlo—. Vas a seguir luchando, ¿entendido?

…

—¿Frío? —Jared parpadeó saliendo de ese trance, miró hacia todos lados como si de pronto tuviera quince años y de nuevo estuviera en ese lugar encerrado con Caleb—. ¿Quieres inhalarla aquí mismo?

El joven miró a Gary y a la bolsa en su mano, entonces negó torpemente.

—No, yo solo… beberé algo.

—Está bien, iré más tarde a buscarte a los reservados.

Mientras caminaba fuera de las bodegas, su cordura comenzó a regresar lentamente. Abrió y cerró las manos en puños una y otra vez. Aquel estúpido aturdimiento fue sustituido por su habitual ira gradualmente. Las personas literalmente se lanzaban fuera de su camino. Qué lástima, daría todo por una jodida y buena pelea. En cuanto se sentó en el área VIP, colocó las manos sobre sus rodillas y de forma tensa se pasó una mano por el rostro, gruñendo en frustración.

Caleb no iba a seguir atormentándolo, y la culpa de estar recordando esas mierdas la tenía ella. Esa chiquilla de mierda lograba que sus emociones se descontrolaran, que cosas que había enterrado salieran como si nada, ella lo había hecho venir corriendo a desfogarse, ella que lo trataba como un imbécil, pensando que podía engañarlo otra vez…

"Solo he estado con un hombre en toda mi vida y ese ha sido usted."

«Y también eres la madre Teresa de Calcuta, seguro.» ¿En qué retorcido mundo Brie podría haber sido virgen cuando se metió con él? De todas las mierdas que Spencer haría, nunca podría hacer algo tan estúpido, por supuesto que no. Le había mandado a una de sus profesionales para drogarlo y embaucarlo, le había mandado desgraciadamente a la que había visto de forma distinta y Jeff tenía que ver en ello. De ninguna jodida manera habría mandado a una virginal e inexperta Brielle para…

—Bourbon, cortesía de Gary. —Jared elevó la mirada bruscamente ante el sonido de esa voz.

Las caderas de la joven destacaban por su micro falda de cuero, la cual a duras penas le cubría las nalgas, la blusa morada llena de lentejuelas dejaba ver la curva de sus generosos pechos, así como el piercing en su ombligo. Su cabello negro, lacio y bien peinado, sus enormes ojos eran azules y misteriosos, con sus movimientos de bailarina, Katie robaba miradas lascivas a su paso.

No a él.

—¿Ahora te mandaron a ti a drogarme?

—¿De qué rayos estás hablando?

—No te hagas la estúpida. Seguro que tú también sabías del trato que Spencer hizo con esa ramera para separarme de Zoey.

—¿Te refieres a Brie? —Elevó una delineada ceja negra.

—Sí.

—Te recuerdo que es la madre de tu hijo, ya es hora que dejes de portarte como el mártir, ¿no crees? —siseó malhumorada.

—¿Qué mierda dices?

—La verdad. ¿Acaso crees que para Brie fue fácil estar contigo? ¿Nunca te has preguntado qué la orilló siquiera a fijarse en un hijo de puta como tú? —Lo miró con repulsión.

—Su deseo enfermo de tener un hijo para salir de aquí, ella me lo dijo.

—Y tú le creíste, claro está —inquirió sonando como si le estuviera hablando a un pendejo.

—¿Qué se supone que debo hacer? Es una maldita mentirosa, ya no sé qué de las cosas que dice son ciertas, incluso hoy me salió con la mamada de que era virgen. —Se rio con desprecio—. ¿Tú crees posible esa mierda?

—Absolutamente —aseguró con una extraña contundencia, Jared bufó frustrado.

—Eres igual de perra que ella, son unas mentirosas, son un maldito problema para la sociedad.

—El único problema aquí eres tú. No te quieres sentir atraído por ella.

—¿Qué putas estás diciendo? Yo no me siento atraído por ella…

—Brie no es lo que tú piensas —lo interrumpió—, ha pasado por muchas cosas que no puedes comprender porque definitivamente no la conoces.

—Ni me interesa conocerla.

—Y la verdad no sé si esté bien que te sientas atraído por ella, sé que es la madre de tu hijo, pero tú no vales la pena. —Jared se levantó furioso para encararla, le arrebató la botella y se impuso con su enorme estatura y musculatura haciéndola retroceder.

—Escúchame bien, perra. Solo hay una mujer en mi vida y se llama Zoey.

—Repítete lo que quieras, bastardo arrogante. Pero ambos sabemos que si eso fuera cierto, estarías con ella y no aquí pidiéndome explicaciones sobre Brielle.

Y con eso, la mujer dio media vuelta bamboleando sus caderas y desapareciendo con gracia entre la multitud. Genial, ahora todo mundo lo dejaba parado como imbécil. Frustrado, se iba a pasar una mano por el rostro cuando se dio cuenta de que la botella aún seguía en sus manos.

A Jared definitivamente nunca le pillaban por sorpresa, porque había estado expuesto a muchos peligros y vivido muchas putas experiencias de mierda a lo

largo de su vida, gracias al destino y también gracias a que su personalidad se prestaba para pelear. Sabía navegar con todo tipo de rivales, manejarse en toda clase de situaciones… excepto en ésta de tratar a las mujeres, evidentemente. Pues parecía que alguien acabara de golpearlo en la cabeza con un bate de béisbol dejándolo aún más puñeteramente confundido.

Y mientras bebía de la botella se dijo que se iba a poner a tomar, porque jodidamente se le antojaba, no por ahogar sus penas y mucho menos por una mujer.

Claro que no.

—Te ves fatal.

—Gracias, Zack. Tú también te ves bien. —Brie le sacó la lengua, pero cuando el chico se acercó a ella dándole un fuerte abrazo, no pudo más que hundirse en él.

La chaqueta de cuero de Zack se almizclaba con el olor natural de él: fresco y natural. Como el suave olor de verano en el bosque. Brie cerró los ojos y respiró hondo, sintiéndose relajada a pesar de estar con un hombre gigante y mayor que ella, quizás al final ya se estaba acostumbrando a todo esto.

—¿Tienes hambre, vamos a comer algo? —Zack le abrió la puerta de lo que parecía un Honda viejo.

—Sí, un poco… vayamos.

La castaña se subió sintiéndose fuera de lugar, no debería estar haciendo esto. Después de haber visto cómo el ogro se ponía al mencionar a Jordan, no quería ni imaginarlo si se enteraba que salía con el que consideraba su enemigo, pero ahora no quería detenerse a pensar en eso ni en *ese*. Zack era bueno y amable con ella, la hacía sonreír y…

—Pasar tiempo contigo es igual de divertido que estar con un montón de ropa secándose.

—¿Cómo?, ¿por qué? —preguntó repentinamente exaltada al haber estado perdida en pensamientos.

—Porque no dices nada, solo estás ahí.

—¿Secándome?

—Secándote —aseguró con humor haciéndola sonreír.

—Lo lamento… —Se ruborizó mirando hacia sus manos—. Es que… tuve una pelea con Jared, estoy un poco… no sé, rara. Supongo que te estoy aburriendo mucho, podemos volver y…

—¿Qué clase de pelea?

—Una sin trascendencia, no quiero hablar de eso.

—Bueno, si no quieres hablar de eso… —Zack suspiró pero cambió por suerte el tema.

Le platicó de su día y cómo es que se había molestado con una viejecita que manejaba muy lento. Por lo general, en Las Vegas el tráfico era frenético cuando las personas se ponían a tomar fotos o se detenían cada vez admirando el lugar. Le contó cómo reparó un motor que le había costado semanas, incluso se encontró sonriendo cuando le hablaba de caballos de fuerza con la naturalidad con la que se habla del clima.

Sin darse cuenta, rápidamente llegaron a su destino, un pequeño café ubicado muy cerca del centro, por supuesto, dentro de un hotel. Y como la primera vez, Zack descendió rápidamente para abrirle la puerta antes de que ella se bajara del auto.

—Tan caballeroso. —Brie se reía al tiempo que descendía del auto.

—Nah, es que estás embarazada, si no fuera por eso dejaría que te bajaras sola —comentó socarronamente mientras le guiñaba un ojo.

Sus amplios hombros se marcaban incluso a través de la chaqueta, y el talle bajo de sus vaqueros azules era peligrosamente bajo, su voz un tanto ronca, lograba que varias chicas se rieran como tontas mientras lo observaban, pero Brie estaba segura de algo, él no se daba cuenta de absolutamente nada. Solo la miraba a ella y no por que estuviera en su presencia y estuviera fingiendo, es que él siempre era así.

Zack desplegaba una sensualidad innata que llamaba a todas las mujeres como si fuera un imán. ¿Podría también incluirse ella misma en esa lista?

Tratando de no mirar mucho esos ojos café oscuro, se fijó en el pequeño y acogedor lugar al que la había llevado. El suelo era de madera y las enormes ventanas daban una espléndida vista hacia el boulevard, conocido mejor como el Strip de Las Vegas, una calle bastante transitada e iluminada por las noches. Cuando respiró hondo, el olor de las galletas y postres la aturdió, ¿cómo estaría su propia cafetería ahora que ella no podía atenderla? Matt le había dicho que las cosas estaban bien y que Hank había contratado a otra joven llamada Gina, a la cual por supuesto gritoneaba y mal pagaba.

—Quiero unos nachos, una hamburguesa con doble carne, un refresco extra grande de *Coca Cola* y uno de estos panecillos —dijo Zack al mesero mientras apuntaba con el dedo la imagen del postre que pensaba comerse.

—Vaya, menos mal que yo soy la embarazada —canturreó mirándolo con diversión, él solo torció la boca.

—Yo también estoy desarrollándome, ¿ves? —Se palmeó uno de sus enormes brazos.

—Sí, ya lo creo. Yo quiero un té y un sándwich de pollo por favor. —En

cuanto el mesero tomó su orden, Brie dobló y desdobló una servilleta, nerviosa ante la pregunta que quería hacer—. Y… ¿cómo fue que tú y Jared eran amigos, también eres adoptado?

—¡No! —Se rio mientras negaba con la cabeza—. Mi papá fundó el orfanatorio donde lo conocí, es lo que mi mamá siempre había querido. Jared, bueno, su mamá… lo dejó como si fuera solo un cachorrito sin hogar.

Brie suspiró, él ya le había mencionado que había sido regalado, pero ante lo que Zack estaba diciendo, la imagen de un pequeño niño de cabello negro y ojos azules la sacudió.

—¿Por qué lo abandonó?

—Seguro era tan insoportable como lo es ahora. —Zack le guiñó un ojo pero al instante se puso serio—. En realidad creo que era una hippie, lo tuvo muy joven y dijo que era una carga.

—¿Ella dijo, qué? Yo también soy muy joven y mi bebé no es ninguna carga.

—Instintivamente se llevó las manos al vientre, nadie nunca le podría quitar a su ángel.

—No todos son tan maduros como tú, Brie. —La joven suspiró mientras deslizaba las manos una y otra vez acariciando su pancita.

—¿En dónde está el orfanatorio?

—En un suburbio del condado de Clark.

—¿Y qué haces viviendo aquí, en Las Vegas? —Zack se encogió de hombros.

—No lo sé, supongo que lo mismo que Jared. De niños escuchábamos sobre la vida en Las Vegas y la suerte… todas esas mierdas. —Brie suspiró.

—¿Por qué dijiste que tu mamá siempre había querido fundar un orfanatorio? ¿En dónde está ella?

—Murió cuando yo tenía tres años. —Se encogió de hombros, restándole importancia.

—Lo lamento, Zack. ¿Puedo saber de qué murió?

—En un accidente automovilístico. Ellos habían salido al cine y cuando iban por mí a casa de mi abuela, un camión de carga no respetó la luz en rojo, los arrastró bastantes metros. Mi papá quedó inválido por muchos meses, pensó que nunca más iba a caminar. ¿Qué hay de tus papás?

Brie tuvo que tomar un buen trago a su refresco. O ella era de las que se impresionaban con facilidad, o todos los hombres a su alrededor hablaban de cosas tan serias como si hablaran de cambiar una llanta. Ella aún seguía estremeciéndose ante el recuerdo de su papá, aún tenía la capacidad de asombro pese a todo lo que le había pasado en la vida.

—Mi papá también murió en un accidente, en una obra que estaba supervisando.

—Vaya que tenemos vidas trágicas, cuando quieras podemos comenzar con la novela —comentó, antes de soltar un sonoro suspiro.

—Ni que lo digas.

—¿Entonces vivías con tu mamá o dónde está ella? —Brie sonrió con algo de amargura.

—Aquí, vive con su nuevo esposo.

—¿Y cómo diablos fue que acabaste metiéndote con ese hijo de puta de Jared? —La joven abrió los ojos como platos ante el giro de la conversación, no quería hablar de eso por lo que se removió incómoda en el asiento.

—¿Podemos no hablar de *él?*

—Quiero ser tu amigo, puedes contarme lo que sea. Sé que quizás no te inspiro confianza y eso pero…

—Me inspiras demasiada confianza para tu propio bien —lo interrumpió con una triste sonrisa.

—¿Entonces? —Brie se mordió el labio, ¿por qué se sentía tan bien con Zack?

—Mi padrastro, Hank, es un amante de las apuestas y creo que consume drogas, se envició demasiado en el Cooper's…

—¿Es… es por eso que trabajabas como bailarina? —susurró con el rostro ahora pálido.

—Exacto. Hank había empeñado todo lo que tenía de valor para pagarles, y cuando iban a quitarnos la cafetería que mi mamá había abierto con el dinero que le dieron por la muerte de mi papá, se le hizo fácil… *empeñarme.* Me dejó a mí trabajando en el Cooper's a cambio de que se le perdonara la vida. —Zack la miró largamente, con una extraña expresión en el rostro.

—Hijo de puta, lo siento, lamento mucho haber pensado… estupideces.

—¿Cuáles? —preguntó con dulzura, se sentía mal de que Zack se viera tan devastado.

—Pensé que… yo pensé que trabajabas por dinero, como todas esas chicas… ¿Entonces te acostaste con Jared a cambio de que liquidara la deuda de tu padrastro? —Brie abrió los ojos como platos.

—No. —Mordió su labio, odiaba las mentiras. Podría decirle que sí y salir de problemas, ya que Jared sí había pagado por ella, pero para *quedársela*. No obstante, por alguna razón se rehusaba a que Zack lo odiara más, en todo caso preferiría que la amistad que estaba haciendo con él terminara aquí y ahora—. Aquí la única estúpida soy yo, Zack, quizás después de lo que te diga me odies como lo hace él.

—Yo no podría odiarte, Brie —Estiró su mano y tomó la suya. Sus manos eran grandes y la hacían sentirse terriblemente pequeña y frágil—. No importa lo que hayas tenido que hacer, lo entenderé. —La joven esperaba que así fuera, respiró hondo antes de soltarle otra verdad.

—Spencer me ofreció la libertad a cambio de acostarme con Jared. Lo detesta y lo quiere ver lejos de su hija, que yo saliera embarazada solo fue un plus.

Es por eso que Jared me odia demasiado. Pero como no he logrado separarlos, Spencer me volvió a amenazar… —En eso, el mesero apareció oportunamente trayendo su pedido.

—Spencer, ese cabrón, ¿cómo pudo siquiera pedirte eso? —respiró hondo con algo de dificultad—. Dios, Brie, pero en qué lío te ha metido, debe ser horrible estar con Jared sin quererlo, y lo peor, cuando está más claro que el agua que él tampoco siente absolutamente nada hacia ti. —La joven desvió la mirada. Saberlo era una cosa, pero escucharlo de otros labios era peor.

«Él no quiere nada de ti, no significas nada más que la mujer que lleva a su hijo, ni siquiera te quiso hace rato, cuando casi te le ofreciste…», le recordó su voz interna. Brie se sacudió. En realidad no tenía derecho a molestarse, pero maldita sea, le había dicho que le gustaba pensando que al menos compartían una atracción mutua dada la forma en la que la besaba, en la que presionaba esa dureza contra ella… pero claro, solo eran alucinaciones, él la había apartado inmediatamente para irse con Zoey.

—Brie, infórmate cuánto debe tu padrastro. Puedo conseguir más dinero, te lo aseguro. Así dejarás de recibir amenazas de Spencer que es de quien realmente debemos tener cuidado, en cuanto a ese loco del *Frío,* puedes dejarlo y...

—Estoy bien, no te preocupes —interrumpió—. Jared nunca me ha hecho nada, y en cuanto nazca el bebé tendrá que decirle a Zoey, entonces quedaré totalmente libre del trato con Spencer —zanjó, tomando un poco de su té.

—Qué jodida mierda —murmuró pensativo. Después comieron en silencio y Brie comenzó a sentirse nerviosa, no deseaba que Zack se estuviera haciendo un lío en su cabeza.

—Y cómo se llaman tus amigos a los que les dices… ¿Frenos? —preguntó tratando de desviar el tema, pero se asustó cuando de pronto Zack soltó una carcajada que retumbó con fuerza en su amplio pecho, sus ojos se estrecharon haciendo que se le vieran pequeñas arrugas mientras se reía.

—*Ghetto,* no es que los llame así, es que pertenecen a una pandilla.

—¿Una pandilla?, ¿son muchos?

—Pues, a ver… —Miró hacia el techo—. Benjamín, Joseph, Logan y a

veces se nos une David.

—¿Y todos ustedes pelean en el Cooper 's?

—Claro, es nuestra vida pelear… bueno, en realidad también tenemos un taller de reparaciones mecánicas... pelear es nuestro hobby. Comenzamos cuando estábamos en la preparatoria, quisimos armar una banda, no de esas de rateros más bien…

Y mientras Zack también le contaba sin ninguna reserva su vida y la hacía reír con sus anécdotas, sin ninguna razón en particular, pensó en el ogro. Jared era como un día de tempestad con nubarrones oscuros, granizo y su presencia era como respirar aire cargado de electricidad. Zack, en cambio, era como un día soleado, brillante y cálido. Brielle suspiró mientras veía los ademanes que hacía él al explicarle cómo dar un gancho directo a la mandíbula y sonrió, se preguntó qué le gustaría más: ¿la tempestad o el día soleado?

Pero casi inmediatamente se dio cuenta de que ninguna de las dos cosas estaba a su disposición, así que no importaba.

Se había excedido.

Otra vez se había jodidamente excedido. Lo supo porque se sentía torpe, embotado y medio grogui. Jared inhaló aire bruscamente mientras trataba de juntar lo que quedaba de sus sentidos y los reunía para pelear. Se había bebido toda la puta botella, y en algún punto entre que Jeff le gritaba y Gary trataba de levantarlo, le habían hecho jodidamente inhalar cocaína con la intención de enfocarlo en las peleas.

Frente a él, Andrew White, cuya piel lucía demasiado cenicienta, lograba que su cabello oscuro hiciera un contraste tan raro que parecía un puto muerto viviente, buscaba venganza por tercera vez en lo que iba del año. A pesar de todo, tenía los ojos vidriosos y algo desorbitados, y en algunas zonas la piel morada por los golpes, sangraba. Así que no todo estaba perdido…

Luego, todo ocurrió tan rápido que de ninguna puta manera lo habría evitado.

El sujeto *no-estoy-tan-débil-como-aparentaba,* se lanzó con un despliegue de fuerza extraordinaria contra él, golpeándolo con fuerza en la mandíbula. Jared sintió el dolor explotar en su cabeza, como si se la hubiera fracturado y se vio repentinamente envuelto en una sucesión de patadas y puñetazos, cuando menos pensó, se encontró arrinconado contra una esquina del octágono y Andrew estaba totalmente sobre él. El joven intentó quitárselo de encima pero no pudo, el tipo enroscó las manos alrededor de su cuello como si fuera una puta cadena y comenzó a ahorcarlo, suspendiendo el oxígeno que llegaba a sus pulmones, la

respiración e incluso la voz.

Y mientras sus rodillas golpeaban con torpeza el suelo de la lona, se desconectó de todo, los sonidos se cortaron y por alguna loca y jodida razón, su mente voló a *ella*. A esa niña de profundos ojos como la miel. Su olor de aroma dulce, sensual, floral, malditamente exótico pero a la vez muy delicado, lo rodeó como si estuviera a su lado. Por alguna razón se la imaginó mientras jugaba con un hermoso niño: *su hijo.*

Entonces se dio cuenta que los putos delirios eran producto de la falta de oxígeno, se estaba jodidamente muriendo. Los rugidos ensordecedores de la multitud se mezclaban con los bramidos de Jeff exigiéndole que se levantara. Jared podía morirse de muchas formas todos los días, pero sin duda, no de ésta puta manera. De alguna forma, alcanzó a elevar el puño y lo estrelló con todo lo que le quedaba de fuerza en las bolas del pobre imbécil, era un golpe bajo al que definitivamente no recurría, pero era eso o morir por lo que se diagnosticaría como estrangulamiento por una puta anaconda.

En cuanto el aire regresó a sus pulmones, el joven parpadeó jadeando al poder respirar. Como Andrew seguía aturdido por el golpe que sin duda lo había dejado estéril, aprovechó para respirar profundamente, aunque le ardía la puta garganta con cada bocanada de aire. Una vez que sintió la adrenalina volver a correr por sus venas, la cocaína aún tenía su corazón al máximo, sujetó a Andrew

por el cuello con ambas manos y elevó la rodilla, estrellándola con fuerza una y otra vez en el jodido rostro del tipo, quien lucía ahora totalmente confundido, como si las reglas del juego hubieran cambiado y nadie le hubiera jodidamente avisado.

Sangre comenzó a salir a borbotones de su boca, y contra su rodilla sintió quebrarse la nariz de White, salpicándole y llenándolo de sangre.

Dios, si hubiera un réferi daría por terminada la pelea justo ahora, pero no en las *bodegas,* y ciertamente *no* algún hermano Cooper. Mientras Andrew gruñía y su cuerpo comenzaba a colapsar ante cada contundente golpe, Jared se preguntó si no se habría vuelto como el jodido de su padrastro, ese que se había jurado nunca imitaría.

Zack la llevó relativamente temprano a casa y quedó en hablarle al día siguiente. Brie fue incapaz de decirle que no, ya que gracias a él se sentía mucho mejor, había comido, se había reído y aunque no había olvidado la discusión con Jared, sin duda ya no estaba enfurecida, por el contrario, se sentía ligera como si se hubiera quitado un enorme peso de encima. Se acostó pensando que quizás no

podría conciliar el sueño pero, por el contrario, se asustó abriendo los ojos abruptamente por haber caído profundamente dormida. Todo estaba oscuro, sin saber bien qué altas horas de la noche eran cuando escuchó un estruendo.

Despavorida, tiró de las mantas hasta su barbilla.

—¡Puta mierda!, ¿quién puso esto aquí? —El sonido de otra cosa al quebrarse la hizo dar un respingo—. Hijo de puta, ¿qué mierda se me atravesó ahora?

Mientras Jared seguía maldiciendo, seguía quebrando cosas a su paso, por lo que con un suspiro resignado, la castaña empujó las mantas hacia un lado y bajó las piernas, sus pies descalzos tocaron el suelo frío y se quedó así por unos minutos.

¿Qué se suponía que estaba haciendo? Lo detestaba, eso se merecía después de haberse metido con Zoey, como seguramente habría hecho, pero entonces pensó que él nunca venía en ese estado… al menos después de venir con ella, o eso creía.

El sonido de más cosas quebrarse le recordó que la mamá de Jared vendría a visitarlos ese mismo día más tarde. ¿Qué impresión se llevaría al ver todo destruido? Se repitió que solo por eso iría a ver qué estaba pasando, no porque le preocupara.

Abrió la puerta de su habitación para ir en su búsqueda pero inmediatamente después ahogó un grito.

Capítulo Nueve

—*Brielle*.

Su voz fue como un murmullo ronco y pesado que le acarició la piel como una cálida mano. De cualquier manera, la castaña instintivamente dio un salto hacia atrás al verlo tan cerca. Había esperado encontrarlo en la sala y no fuera de su habitación.

—¿Q-Qué le sucedió? —medio jadeó asustada antes de aclararse la garganta de pronto seca. El joven tenía el rostro golpeado, y los hematomas en su cuello sin duda esta vez no eran producto de una mujer.

—Ya sabes, *cariño*… lo de siempre —arrastró las palabras avanzando hacia ella como un enorme león dando tumbos.

Su cabello oficialmente era un desastre, sus preciosos ojos lucían turbios, y el rostro magullado sin duda era una estampa que no querrías ver a una cierta hora de la noche. Tenía las venas de los brazos demasiado marcadas, y su respiración era irregular. Se veía demasiado acelerado, como si no pudiera con tanta adrenalina en su cuerpo. Mientras retrocedía, Brie esperó a que el terror la asaltara, detestaba cuando las personas se ponían así de drogadas o ebrias. Le recordaban cuando Hank

llegaba a casa en ese estado. Si por error ella se atravesaba en su camino, él terminaba golpeándola, y si estaba de buen humor se iba directo hacia su habitación, donde con horror escuchaba sus jadeos y el llanto silencioso de su madre.

Por estar perdida en sus pensamientos, presa de esos azules ojos, no se dio cuenta hasta que ya era demasiado tarde, que la parte posterior de sus rodillas chocó contra la base de la cama, su cuerpo se balanceó torpemente hacia atrás, por lo que asustada lanzó los brazos para amortiguar la caída la cual afortunadamente fue blanda y tan solo quedó sentada. Jared quedó de pie junto a ella. Era como una enorme torre de músculos, tan alto que sintió que su estatura podía devorarla en tan solo un segundo; sin embargo, por extraño que pareciera, no sintió ni una gota de miedo.

Elevó el rostro para mirarlo y vio que la herida en su ceja era bastante pronunciada, y la sangre se veía aún fresca, brillando con la tenue luz de la habitación. En su labio se percibía una cortada y su pómulo derecho lucía hinchado y rojo, había estado peleando.

«Obvio, ¿no querrás un premio?», murmuró su voz. Brie la espantó

diciéndole que regularmente él no volvía con este aspecto a casa.

—¿A qué se refiere con lo de siempre?, ¿esto se lo hicieron en…

las *bodegas*? —Él soltó una carcajada, la cama se hundió con su peso cuando se sentó a su lado.

—Sí, es la primera vez que me toman con la puta guardia baja.

—¿Lo… toman?, ¿peleó contra *varias* personas? —Jared lucía extraño, sus manos no dejaban de moverse y su ceño de pronto sumamente profundo como si estuviera muy concentrado.

—Haces muchas preguntas, tu boca se mueve… se mueve mucho... —Elevó rápidamente una temblorosa mano, lo que la hizo cerrar los ojos instintivamente y retroceder… pero nada ocurrió—. ¿Brie?

Su voz, ahora suave, la trajo de vuelta. Él *no* era Hank, Jared nunca le había hecho daño, al menos físico.

—S-Será mejor que se vaya de aquí —cuchicheó, odiando la nota temblorosa en su voz. Él se acercó más, su escrutinio la estaba poniendo de nervios.

—Has vuelto a las formalidades. —Sonrió de forma involuntariamente sensual, lo que la hizo parpadear sintiéndose deslumbrada. Enfurecida por las reacciones de su traidor cuerpo, se cruzó de brazos.

—Y a usted le volvió la repulsión que siente hacia mí.

Inmediatamente que saliera eso de sus labios se arrepintió, pero ya era demasiado tarde. Al parecer no tenía conectado el filtro de sus pensamientos con el cerebro. Él la miró largamente, sus ojos azules indescifrables y su postura un tanto agresiva, finalmente sacudió la cabeza.

—¿Por qué te asustaste cuando elevé la mano? —Brie suspiró incapaz de responder. Jared se arrastró un poco más hacia ella y deliberadamente la atrajo hacia sí, hundió el rostro en su cabello inhalando su aroma, lo que la tomó con tanta sorpresa que se paralizó.

Brie parpadeó entre esos fuertes brazos. Se obligó a enfocarse y no hundirse en el aturdimiento que él le provocaba, también podría haberse apartado. De hecho, *debería* hacerlo. Pero, por primera vez en mucho tiempo, se sentía segura.

¿No era una auténtica locura sentirse a salvo entre los brazos de un hombre que la podía matar con un simple golpe?, ¿un hombre al que todo el mundo temía?

—Yo… tan solo olvídelo, me siento segura con usted. Solo fue una reacción a algo que tengo años manejando. —Aquella confesión pareció desagradarle a Jared porque su cuerpo se tensó y, cuando lo miró, su boca dibujaba una fina línea y en sus ojos había un brillo asesino. Asustada, rápidamente se apresuró a

cambiar el tema—. ¿Esta vez sí puedo curarle las heridas? —Tuvieron que pasar algunos minutos para que se relajara un poco y finalmente contestara.

—Por favor —pidió ahora con una sonrisa que le robó el aliento—. ¿Por qué esa cara?, ¿qué no es así como se dice? —Brie parpadeó incrédula.

—¿Está jugando conmigo? —Él solo se encogió de hombros.

—Supongo que finalmente me volví bipolar.

La joven todavía no podía creerlo mientras humedecía una toalla en el tocador, a pesar de la hora, de la condición de Jared y de la extraña situación, no podía borrar la estúpida sonrisa de su rostro. Cuando volvió a su habitación, esa sonrisa cayó rotundamente al suelo. Jared parecía una enorme roca sentada al borde de su cama, era de hecho como una sombra misteriosa, como un centinela con los antebrazos apoyados en las rodillas, sus anchos hombros tan hundidos como su rostro, parecía como si estuviera viendo un hoyo en el suelo y quisiera ser tragado por él mágicamente. Brie se quedó a mitad de un latido cuando de pronto esos ojos ahora oscurecidos, profundos y tristes la miraron.

—No recuerdo cómo llegué aquí. —Bajó la vista hacia sus pies, que estaban enfundados en esas pesadas botas de combate—. Mierda, ni siquiera me cambié de ropa antes de venir. —Su voz sonaba extrañamente vacía, como si darse cuenta de eso lo hubiese dejado en shock—. Debería haberme cambiado antes de... venir.

Hablaba tan bajo, tan lleno de pesar. Su mirada perdida y su postura tensa, le indicaron que se estaba yendo a lugares muy oscuros en su mente, lo sabía porque ella misma podía perderse así. *«Ve con él»*, le dijo su vocecita molesta. *«No te quedes solo ahí, dile algo.»*

—Debería irme, tienes que descansar. —Su voz era baja—. Tengo… que cambiarme, no soy… no soy una buena compañía en este momento, no deberías estar conmigo, ni ahora ni nunca.

Brie respiró profundamente al tiempo que se animaba a llegar hasta él, con cuidado se arrodilló entre sus piernas y tomó una de sus enormes manos. Estaba fría, demasiado para cualquier ser humano. Por un momento pensó que él se enfurecería y retiraría su mano, pero cuando lo miró Jared parecía no notar nada, ni siquiera la estaba viendo.

—No diga eso, sé que usted no me haría daño. —Sus ojos finalmente la miraron en aquella oscuridad, él esbozó una sonrisa triste.

—Qué clase de fe tan barata pones en un monstruo.

—Usted no es ningún monstruo. Si lo fuera, ya hubiese cumplido todas esas amenazas que me hizo aquella noche cuando fue a la cafetería. —Jared se sacudió de su toque, sus ojos se volvieron dos piedras insondables.

—¿Y quién te dijo que aún no puedo cumplirlas? —La sujetó por los

hombros antes de inclinarse hacia su oreja—. Tengo problemas, Brielle, grandes y puñeteros problemas, destruyo todo lo que toco y eso te incluye a ti. Puedo joderte la vida aún más, quiero destruirte y desaparecerte de mi vida para siempre, nunca lo olvides.

—Al menos no lo hará mientras esté esperando a nuestro hijo —aseguró contra su oreja.

Él se separó abruptamente, liberándola. Tenía los ojos dilatados antes de desviar la mirada, no lo suficientemente rápido como para que ella no pudiera ver aquel tormento que traía arrastrando consigo. Pasaron unos minutos, horas, una eternidad sin que él dijera nada, solo abría y cerraba las manos en puños.

Finalmente Brie se armó de valor para hablarle de nuevo:

—Le ayudaré a quitarse la camisa, ¿está bien? —Jared asintió con la cabeza pero no se movió, y antes de que ella se diera cuenta de lo que hacía, le estaba quitando la camiseta como a un niño pequeño.

Su gran cuerpo fue quedando al descubierto, lucía terriblemente grande junto a ella, su pecho amplio, tatuado. Las costillas como el estómago seguían un magnífico patrón de ondulaciones y aunque estaba muy golpeado su piel era suave, muy suave y tatuada.

—Estoy tan lleno… de sangre, hay tanta sangre —murmuró al tiempo que sacudía una mano contra sus vaqueros oscuros, como si quisiera limpiarla, pero allí no había nada.

—No la hay…

—Es demasiada, debería haberme bañado antes. —Comenzó a temblar ligeramente.

—Jared, míreme…

—Muchísima sangre, en mis rodillas, en mis puños, en el suelo… tengo que lavarla… —Ahora su voz se estaba tornando histérica, así como sus movimientos, lo que significaba que las cosas podían empeorar.

—Míreme, míreme solo a mí. —Le sujetó el rostro con ambas manos—. ¿QQuiere bañarse? —Jared se quedó quieto, sus ojos estaban vidriosos y algo desenfocados. La castaña se aferró a ellos hasta que él asintió lentamente con la cabeza. Se estaba levantando de forma torpe cuando Brie se apresuró a ayudarlo, pero él elevó una mano.

—No me apoyaré en ti, no voy a dañar al bebé… Oh, puta madre, *seré papá*… —Una sombra embrujada cruzó por su rostro, y aunque a la joven le recorrió un escalofrío, lo tomó de la mano como si así pudiera traerlo de vuelta, y solo cuando sus desenfocados ojos estuvieron de nuevo sobre ella, lo guio hacia el baño.

Cuando llegaron, lo soltó para prepararle la ducha. El agua golpeando

contra los finos azulejos del ostentoso baño fue el único sonido que se escuchó por algunos segundos, cuando consideró que estaba perfecta, un poquito más fría que a su gusto ya que recordaba que a los hombres por lo general no les gustaba el agua caliente, decidió girarse para llamarlo.

—Listo, Jared, ya puede… —se interrumpió al mirarlo.

Él estaba viéndose fijamente al espejo, su postura rígida e imponente, con las manos apoyadas en el lavamanos, tenía los ojos clavados en su reflejo con una expresión extraña, como si no reconociera a la persona que ahí veía. Se acercó más a su reflejo, mirándose con un detenimiento desconcertante, la joven se abrazó a sí misma al reconocer esa mirada, era la misma de odio que tenía justo cuando iba a pelear.

—¿Jared? —No respondió, su mirada aún clavada en el espejo—. ¿Jared, puede desvestirse?

—Estoy lleno de tanta sangre, soy un… soy un…

—Por favor, necesita bañarse, quería un baño, ¿lo recuerda? —Angustiada, lo tomó de la mano, él parpadeó un poco, saliendo al parecer del trance pero sin dejar de mirar su reflejo—. ¿Quiere que… le ayude a desvestirse?

—Tengo tanta… sangre —repitió, hundido de nuevo en pensamientos.

Brie suspiró acercándose a él y, con manos temblorosas, comenzó a desabotonarle los vaqueros, tiró con fuerza del cinturón, haciendo que el enorme cuerpo de Jared se moviera como si fuera nada más que un maniquí, sin embargo, volvió a asombrarse de lo sólido que era, entonces se dio cuenta de que en su estado y con su tremendo peso, sería imposible continuar con esto.

—¿Puede ayudarme? Es que… no sé si deba hacer tanto esfuerzo, por el bebé. —Jared echó la cabeza ligeramente hacia atrás como si lo hubiera abofeteado.

—Sí… yo, sí. —En un fluido movimiento que la tomó por sorpresa, lanzó las botas lejos de sus pies y se bajó los vaqueros llevándose también el bóxer.

Brie boqueó como un pez fuera del agua. Ruborizada, inmediatamente desvió la mirada de su tonificado pecho cubierto de tatuajes, sin embargo no pudo evitar jadear al ver sus rodillas. Se veían ligeramente hinchadas y estaban cubiertas por sangre seca, tal como él decía. No pudo asombrarse por más tiempo ya que él pasó desnudo a su lado y se perdió dentro de la ducha. La castaña no sabía qué hacer, por lo que regresó a su habitación sintiéndose torpe, nerviosa. No podía entender por qué él estaba en ese estado, tan golpeado, tan… fuera de sí. Mucho tiempo pasó para que Jared volviera, y cuando lo hizo, solo llevaba envuelta una toalla en las caderas. Había empujado su cabello hacia atrás luciendo de esa manera muy oscuro. Por su poderoso cuerpo se deslizaban diminutas gotas de agua, que por alguna ridícula razón envidió.

—¿Puedo… seguir aquí? —preguntó con esa voz extraña, rasposa y vulnerable. Atónita, Brie solo fue capaz de asentir. Sin mirarla, se recostó a su lado en la cama, la cual se veía incluso pequeña con él ahí—. Si no te sientes cómoda lo entiendo, ¿preferirías que me fuera?

—¡No! —medio gritó, haciendo que él sonriera, ruborizada sacudió la cabeza tratando de despejar su mente—. ¿Puedo preguntarle algo?

—No mientras me hables de usted —gruñó, poniéndose un brazo sobre el rostro como si le molestara la luz, fue así que pudo ver mejor todos sus tatuajes.

—Lo siento, de verdad lo estoy intentando… —Él suspiró.

—Dispara. —Brie sonrió ampliamente.

—¿Qué te ocurre?

—¿Qué no es obvio? —Hizo un gesto hacia su cuerpo—. Peleé con un bastardo muy fuerte.

—Además de eso, algo te ocurre… ¿qué es?

—Siguiente pregunta —gruñó.

—Cuéntame, por favor…

—No te va a gustar la respuesta.

—Pensé que habíamos pasado la etapa de las evasivas. —Él suspiró con mortificación.

—Estuve pensando en lo que dijiste, que… eras virgen.

—Esa es la verdad.

Jared guardó silencio haciendo evidente que aún no le creía, y defender ese punto en este momento no le pareció lo más adecuado, porque al parecer tan solo recordarlo logró ponerle al joven el cuerpo tenso y en alerta, así que decidió que distraerlo era el mejor camino.

—¿Qué significa este diseño? —Lentamente trazó el símbolo que tenía en la parte interna de su brazo.

La intrincada águila lucía como si estuviera a la caza, bordeada por lo que parecían ramas que subían a lo largo de todo el escudo hasta rodear el casco de un guerrero medieval. El cuerpo de Jared pareció aliviarse ligeramente con el cambio de tema.

—Es el escudo de mi familia, los *Brown.* —Se rio de forma despreocupada y el sonido la recorrió de arriba abajo—. Adam insistió en que nos lo tatuáramos.

—¿Adam también tiene este tatuaje? —preguntó asombrada, Adam no le parecía de los que se anduvieran tatuando, y bajo todos esos trajes caros que siempre usaba era lo último que se imaginaría que hubiera.

—Sí, pero él se lo tatuó en la espalda. Cuando éramos más jóvenes su insistencia en que somos hermanos y no *medios* hermanos, se le subió a la cabeza —suspiró al tiempo que se quitaba el brazo del rostro. Sus largas y

espesas pestañas se veían impresionantes mientras veía un punto fijo en el techo —. Así que…

digamos que lo complací. Nunca me he sentido ni un Brown ni mucho menos un Smith. A veces… —se cortó a mitad de palabra.

Brie supo que de nuevo él no quería hablar. Eso no debería de extrañarle, pero curiosamente se sentía mal por Jared. ¿Por qué no podía explicarle todo? Así podría entenderlo mejor, viendo el hermoso tatuaje deseó poder poner los labios allí, sobre la insignia de su familia, pero se limitó solo a acariciarle el cabello húmedo, dándole un masaje con los dedos haciéndolo cerrar los ojos.

—Cada parte del escudo tiene un significado, otro día que esté más… *estable* te contaré qué significa —dijo con una extraña sonrisa, como si le gustaran los suaves masajes que estaba recibiendo.

—¿No quieres contarme?

—¿No quieres *tú* contarme algo? —Sus facciones cambiaron por completo, ahora era evidente que sentía rabia—. Como por ejemplo, ¿qué te pasó en la mejilla? Y te lo advierto, no estoy de humor. Quiero saber la jodida verdad. —Brie se mordió el labio, él no era el único con secretos. Si quería que él siguiera hablando, claramente era su turno.

—Una compañera… me lanzó el balón con demasiada fuerza.

—¿A propósito? —La joven detuvo sus caricias y se sacudió al recordar la risa estruendosa de Madison Harris, no encontró su voz para contestar, por lo que solo fue capaz de asentir—. Maldita perra, ¿cuál es su nombre?

—Ya olvídalo…

—No voy a olvidarlo, ¿qué no lo puedes entender? —Se incorporó apoyándose en un codo para mirarla, sus ojos eran zafiros oscuros y helados—. Por tu culpa caigo en esta espiral de violencia, cada nervio en mi cuerpo quiere romper cosas o herir personas, o hacer todas las cosas malas posibles para poder sentirme bien y ¿qué tan enfermo me hace eso?

—Eso quiere decir que sigues enojado conmigo —aseguró en un susurro.

Jared avanzó hacia ella haciendo que se recostara torpemente, y quedara de alguna manera bajo su cuerpo.

—Por supuesto que sigo enojado contigo, porque estar cerca de ti me vuelve loco, y porque malditamente no estarlo me vuelve loco… y, *mierda.* —Su respiración ahora era agitada, aquellos ojos deseaban traspasarla, como si quisiera leerle el pensamiento. Brie se mordió el labio sintiéndose nerviosa por sus extrañas reacciones, incluso teniéndole un poco de miedo. Finalmente él sacudió la cabeza antes de susurrarle al oído—: Distráeme, por favor.

Lentamente delineó con la nariz su cuello hasta el rostro, pasando por sus labios robándole un cosquilleo. Esto era como caer mágicamente a sus pies, era

la verdad. Por más que la razón le gritara a su corazón que no debía acelerarse, simplemente no había manera de que siguiera negando lo que sentía cada vez que él la tocaba. Y, espera, ¿quién estaba distrayendo a quién?

—No quisiera asustarte, como verás tengo problemas con mi puto genio, Brie, solo… ¿podrías distraerme? —pidió con la voz extrañamente ronca—. Porque si no lo haces, mi mente vuelve a todo lo que hice en el Cooper's, a todo lo que hiciste, pienso en la forma en la me estoy convirtiendo en lo que más odio en el puto mundo, es decir, en mi padrastro Caleb, y no puedo jodidamente soportarlo.

Sus preciosos y atormentados ojos mirando no a ella sino sobre su hombro.

Como si se hubiera transportado a otro lado, oscuro y miserable. Claramente estaba tratando de controlarse, de luchar contra la rabia, y Brie… bueno, ella lo iba a ayudar, abrió ligeramente las piernas dejando que se colara entre ellas, armándose de valor, de alguna forma se acomodó mejor bajo su enorme cuerpo, tratando de no pensar en lo increíblemente bien que se sentía tenerlo de esa manera.

—¿Qué significan estos símbolos? —Delineó los complicados diseños que comenzaban desde la clavícula y bajaban como llamas por su brazo derecho.

—Son solo símbolos tribales.

—Y estas letras, ¿qué significan? —Deslizó con suavidad los dedos por su costado, haciéndolo estremecer de forma involuntaria.

—*Las personas viven de los actos, no de los sueños* —murmuró en tono bajo y sombrío.

—¿Qué significa éste? —Con cuidado, la joven deslizó una mano hacia su hombro izquierdo donde trazó con las yemas el tatuaje. Jared tenía el rostro rígido, pero contestó:

—Como los eclipses, soy un desastre natural —bufó con sarcasmo—. Las personas le temen a lo desconocido, y lo que no está dentro de sus estándares es rechazado o temido, los eclipses son tomados como presagios de que algo malo va a suceder. Conmigo pueden esperar lo mismo. —Y dicho eso, se movió de encima de ella, pero solo para recostarse a su lado.

—Otra vez te enojaste.

—Solo soy fatalista. —La castaña suspiró.

—Pero además te enojaste. En cuanto tus ojos se oscurecen, lo veo venir.

—Lo siento, no es que me enojara… yo ah… —Se quedó callado, luego se puso las mantas encima—. ¿Podemos dormir? Me siento muy jodido.

Estaban recostados de lado, mirándose el uno al otro, sus ojos ya no lucían tan distantes y, por primera vez en lo que parecían años, el azul había vuelto luciendo tan brillante que logró deslumbrarla. Justo así, Jared se veía sumamente

joven… y apuesto.

Brie suspiró, pensando en su propia edad. No estaba muy segura si sería una buena madre o no; incluso si, de haber sido mayor, quizás hubiera tenido la opción de elegir si hubiera querido tener hijos o no. Pero ahora, el saber que *él* sería el padre de su bebé ya no la atemorizaba. Debería odiarlo, sin embargo, por alguna loca razón no lo estaba haciendo. Ese hombre voluble y sexy como el infierno despertaba cosas extrañas en ella, haciendo que su cuerpo lo anhelara en lugar de repelerlo. No estar con él pronto no sería una opción para ella, y sin duda eso estaba muy mal.

—Será mejor que me vaya, no voy a soportar otro de tus desplantes por la mañana —balbuceó mirándolo. Él sacudió la cabeza y después tiró otra vez de su mano. Brie suspiró mientras se acercaba a él—. Descansa, Jared, luces muy cansado… —Pero él no la dejó seguir hablando, se le cortó la respiración cuando la rodeó de nuevo con esos fuertes brazos y la arrastró hasta su pecho. Tiró de otra manta y la arropó hasta que parecía estar dentro de un capullo.

—Duérmete ya, no pienses tanto, *cariño* —susurró en su oído en forma juguetona.

Jared se despertó con un sabor agrio y ardoroso en la boca. Mierda.

En realidad la sensación se extendía por todo su cuerpo, como si alguien le hubiese dado a tomar cloro y se explayase por todo el interior de su piel quemándolo todo a su paso. Sentía los ojos pegados. El estómago parecía una bola de plomo. Los pulmones se inflaban y se comprimían con el mismo entusiasmo que podía esperarse de un puto drogadicto. Encabezando la marcha de desastres estaba su cabeza, que evidentemente debía haber sufrido un paro total y al parecer todavía no había resucitado, a diferencia del resto de su dolorido cuerpo.

Aunque también el pecho parecía bastante dormido. O… ¿por qué sentía tanta presión? Obligándose a despegar los ojos y tratar de incorporarse, con horror se dio cuenta del pequeño cuerpo acurrucado a su lado. Brie tenía el cabello sobre el rostro, uno de sus pequeños brazos rodeaba su pecho, y tenía las piernas enredadas en las mantas, estaba lo más cerca que podía de él, tanto, que podía sentir el vientre más grande de lo que hubiese imaginado presionado contra sus costillas.

Jared parpadeó otra vez, quizás estaba… en una *pesadilla*.

¿Cómo mierdas había llegado a su habitación? Ella no podía estar así, no con él, por Dios era tan solo una niña y, lo peor, no debería gustarle la sensación pero malditamente lo hacía. Sin detenerse a pensar qué mierda hacía su mano, se

encontró retirándole el cabello con suavidad de la cara para poder ver mejor su juvenil rostro. Su mejilla estaba ligeramente morada, y si no había soñado las cosas, una perra de mierda le había lanzado un balón en el colegio. El mero pensamiento de quien fuera provocándole daño, le hizo ver todo rojo.

—Hola. —Su voz ronca y adormilada lo recorrió como una caricia, se vio en la penosa necesidad de incorporarse, no quería que su maldito pene ya medio despierto hiciera totalmente acto de presencia. Además, con horror descubrió que tan solo estaba cubierto por una puta toalla que no le cubría más que las caderas.

—¿Q-Qué pasó anoche? —Cristo, ¿qué tanto habrían hecho? Se aclaró la garganta mientras se sentaba lejos, al borde de la cama. Puta madre… ¿y si había sucumbido nuevamente a ella?

—Llegaste borracho o drogado, o quizá ambas. —Jared se frotó ambas sienes.

—Mierda, lo siento.

—¿Ya quieres salir corriendo? —preguntó apoyándose en un brazo. El cabello le caía de forma seductora y sus ojos se iluminaron al retarlo. Si hubiera pasado algo más ella estaría atemorizada, ¿no? Suspiró al tiempo que pellizcaba el puente de su nariz.

—No… creo que no. ¿Y tú?

—Yo no tengo opción, soy tu prisionera, ¿recuerdas? —Él bufó mientras se ponía de pie. Por supuesto que lo recordaba, le había dicho que la obligaría a tener sexo cuando a él se le pusiera, pero nunca lo había cumplido, así que eso sin duda no la hacía una condenada presa de mierda.

—No eres mi prisionera.

—¿Entonces puedo salir?

—No.

Brie puso los ojos en blanco y se dio la vuelta para levantarse, no le extrañó cuando ella dio un portazo encerrándose en el baño. Él también se fue hacia su habitación y se quedó tumbado en la cama, pensando en la noche anterior y todas las pendejadas que había hecho en tan solo unos segundos. Recordó con dificultad cómo de drogado estaba al llegar a casa, si Brie no lo hubiera ayudado…

Brielle. Dios, toda la sangre en su cuerpo se calentó y su pene se sacudió al recordarla, la deseaba tanto, pero también era más que eso. Anoche, cuando había sentido que de nuevo lo absorbía la oscuridad, ella había estado ahí. Ayudándolo como a un puto infante a ducharse y acostarse, había estado preguntándole por sus tatuajes, y curiosamente lo había calmado y no solo gracias a la charla. La misma presencia de esa niña lo aliviaba, desde su aroma a

flores y sándalo, sus suaves caricias, hasta su voz dulce y baja. Nadie, ni Zoey ni siquiera Debbie, había logrado tranquilizarlo cuando estaba así, nadie más había logrado que se fueran esos pensamientos y su pecho se relajara al grado de que había podido dormir.

Brie era capaz de todo eso, lo que solo significaba una cosa: A estas alturas la deseaba como nunca había jodidamente deseado a nadie, con todas sus fuerzas, y la deseaba para que estuviera cada instante de su muy miserable vida, lo que resultaba tan equivocado como beber vinagre. Se suponía que la odiaba, se recordó que lo había engañado, pero por más que intentó, la rabia no volvió para joderlo con la misma fuerza de siempre, tan solo era un eco lejano de lo que alguna vez sintió.

Tratando de no pensar en esa mierda tan rara, se dio una larga ducha y decidió no afeitarse. La barba le oscurecía el rostro y le cubría mejor los golpes y raspones. Se enfundó en una camisa gris de cuello alto, tratando de esa forma que Debbie le viera lo menos posible todos los tatuajes… o los golpes, unos vaqueros negros, botas negras; y cuando llegó a la cocina, se encontró con la menuda figura de Brie. El delantal abrazaba su cintura, y los rayos de sol que se colaban por la ventana hacían que su cabello se viera excesivamente brillante. Algo que nunca había notado, y por eso lo supo. Supo que estaba surgiendo un cambio en su interior, y también supo que esa mierda no tenía por qué estarle pasando. Maldijo en voz baja que ella tuviera ese efecto en él.

—¿Qué estás haciendo?

—Haré una comida especial, ¿creíste que recibiría a tu mamá así nada más?

—Su voz fue suave, y cuando la vio sobre su hombro guiñándole el ojo, lo sacudió un escalofrío de deseo. La deseaba justo aquí y ahora. Contra la barra del comedor, inclinada para recibirlo… sacudió la cabeza.

—¿Puedo ayudarte en algo? —Su voz sonó extrañamente ronca. Quizás porque ayer casi muere por asfixia. No por lo que estaba sintiendo, claro que no.

—¿Ayudarme? —Se giró para verlo completamente, su sonrisa fue frágil y se alarmó.

—¿Estás bien? —Lucía pálida, exhausta, y aunque seguía siendo muy hermosa, eso no estaba bien.

—Sí, solo tuve las náuseas habituales y me siento un poquito cansada. —Le restó importancia girándose de nuevo hacia la comida.

Seguro era su puta culpa. La había desvelado, importunado en su cama, acosado estando tan drogado y ahora la tenía preparando puñetera comida para su amena familia. De pronto sintió una profunda admiración por ella, una que solo Dios sabría de dónde había venido. Quizás porque solo tenía diecisiete y se portaba más adulta que Zoey. Quizás porque aún frágil y joven llevaba a su hijo.

Podía admirarla sin que ello significara que le importaba una mierda, ¿verdad?

—¿Cómo quieres ayudarme? —curioseó, sacándolo de su estupor.

—Pues, ya sabes… picando fruta o qué se yo, esas mierdas.

—¿Puedes… recoger la estancia?

—Claro. —Jared se dio inmediatamente la vuelta, tratando de esa manera de ocultar el estúpido rubor que ahora tenía, seguro había…

El desastre monumental en la estancia le confirmó sus temores. Había hecho que pareciera como si un tornado hubiera arrasado el lugar. Varios jarrones estaban desperdigados en el suelo y una pequeña mesa estaba volteada al revés, algunas cortinas estaban tiradas… ¿y por qué putas había hecho tantísimo desmadre? En realidad no quería recordar lo que había pasado anoche, ni contra quién había peleado, ni lo que había tomado, mucho menos lo que había… *consumido.* Sabía que las personas bebían café u hacían otras cosas para evitar el estrés, y naturalmente, Gary le había dado su calmante de marca personal: la cocaína.

Tratando de sacar esa noche de su mente, se concentró en el caos de la sala y, mientras barría, observó la hora. Inmediatamente se puso nervioso.

Y así, como por arte de magia, el puto timbre sonó anunciando la puntual llegada de su familia. El joven abrió y cerró las manos en puños, ¿por qué había accedido a esto? Terminó de recoger la sala cuando escuchó de nuevo el timbre, entonces supo que si no abría la puerta, comenzarían a aporrearla y cada golpe sería como un martillo contra su cabeza. ¿Para qué mierda había dicho que sí? Lo mejor sería hacer como que no estaban, tarde o temprano se irían, pero después del tercer timbre, cerró los ojos esperando el sonido.

—¿Jared? —Golpe—. ¿Estás ahí? —Otro golpe. Síp, ese era Adam—. *Sé* que estás ahí, abre. —Y su hermano, a diferencia de los demás, no se iría. Mortificado, abrió la puerta.

—Pensamos que no estabas, ¿por qué tardas tanto? —William apareció frente a él, era casi de su estatura y su cabello rubio estaba perfectamente acomodado, al igual que su traje de abogado.

Sus ojos azules siempre lograban estremecerlo, aunque no se lo dijera a nadie, y tampoco aceptaría que por alguna loca razón, verlo siempre le daba un poco de paz. William era el recuerdo de que no estaba solo en el mundo, de que aunque no quisiera, era el único miembro de su familia que conocía, y lo había rescatado de un infierno mucho peor que el que vivía ahora.

—¡Mi cielo! —Debbie saltó a sus brazos sacándolo del trance. Y aunque estaba rodeado por su hermano y su molesta esposa, se permitió estrecharla ligeramente y sonreír—. ¿Por qué estás todo golpeado, qué ocurrió?

—Hola, Debbie. Tanto tiempo… no me pasó nada.

—Si no exijo un día contigo, tú no te dignas a verme —reprochó mientras entraba a la casa, pero se quedó quieta a mitad de la sala—. Huele delicioso, entonces es cierto.

—¿Qué es cierto? —preguntó al tiempo que cerraba la puerta. Nicole, Adam

y William ya habían entrado, y todos tenían una expresión sombría salvo su madre.

—Que estás con una mujer, que serás padre.

Jared suspiró, eso de ser *padre* aún se le hacía tan jodidamente raro, sintiéndose de la misma forma miró a su madrastra. Debbie Brown era una mujer impresionante, con esos sabios y profundos ojos verdes, tenía el cabello rubio oscuro, cayendo en ondas por sus hombros, era perfecta. Incluso así, vestida informal en comparación de su padre. Al principio la había detestado, como a todos los demás, pero ahora no podía salvo pensar en belleza y bondad con tan solo mirarla.

—¿En dónde está? Me dijeron que es muy… *joven* —reprochó, poniendo ambas manos en su cadera. Jared odiaba ver esa mirada, la había defraudado, de toda su familia la única opinión que le importaba era la de ella. Se frustró en ese mismo instante y, como siempre, solo conocía un modo para enfrentar situaciones como ésta.

—¿Le dijeron eso también? —Miró a Adam enfurecido—. ¿Le dijeron que *ella* intentó quitarme a mi hijo? —De pronto William carraspeó.

Jared elevó la mirada siguiendo la de su papá. Al fondo del pasillo estaba ella, Brielle, taladrándolo con odio. Se había cambiado y ahora llevaba unos vaqueros ajustados, solo Dios sabría cómo había entrado en ellos, una suave blusa azul que disimulaba su vientre, y los tacones tan altos que no pudo evitar un escalofrío. Su largo cabello sujeto en una alta coleta se mecía con cada paso que daba, y sus ojos, normalmente limpios de cualquier maquillaje, llevaban sombra oscura que le daba un aspecto sensual que nunca había visto. Inmediatamente se endureció.

—Buenas tardes —saludó, deteniéndose a su lado. Todo mundo lo miró como esperando que la presentara, pero estaba tan absorto mirándola tan atractiva y enfurecida, que se encontró balbuceando como pendejo:

—Ella es… —se aclaró la garganta—. Es Brielle.

—Me alegro de volver a verte, Brielle. —William dio un paso y extendió con precaución su mano. Su padre no era ningún tonto, y la única vez que él y Brie se habían visto no había sido precisamente en buenos términos.

—Igualmente, llámeme Brie, por favor. —Debbie sonrió dando un paso en dirección hacia ella.

—Brie, eres… eres tan joven y hermosa. —Su voz se rompió un poco mientras estrechaba la mano de la joven.

—Gracias —susurró.

Y ahí estaba Jared, sintiéndose en un puto cuento de terror donde todos estaban por saltarle a la garganta, menos Debbie. Solo ella parecía feliz de este encuentro, todos los demás parecían haber asistido a un velorio.

—¿Cómo estás, Brie? —Nicole también caminó hacia ella, le dio un fuerte abrazo como si fueran grandes amigas.

—Bien, estoy muy bien… no he tenido náuseas hoy —mintió, *para variar*.

—No me refería a eso, sino a lo de anoche. —La castaña se tensó, a su lado Jared inmediatamente se puso rígido.

—¿Qué pasó? —preguntó una afligida Debbie.

—¿No lo sabes, Debbie? —La rubia le sonrió a Jared de una forma escalofriante—. Ella no está aquí por su gusto, Adam y yo la escuchamos anoche pidiéndole a tu hijo que por favor la dejara irse. —Su hermano se acercó a ella y la rodeó por la cintura.

—Amor, no creo que sea momento…

—No. —Se sacudió de su agarre—. Deja que Jared nos cuente su versión de los hechos. ¿No quieres, Jared? Explícanos a todos cómo ultrajas a las personas.

—¿No estás aquí por tu gusto? —le preguntó su madrastra sonando confundida y alterada. Brie mordió su labio y miró hacia el suelo.

—Anoche no ocurrió nada, ¿qué no lo entiendes? —Exasperado, el joven pellizcó el puente de su nariz.

—Si nos hubieras dicho realmente lo que ocurrió, no estaría preguntando.

—Nicole lo miró de nuevo con aquellos ojos verdes, fríos como el hielo.

—¿Brie? —Debbie no podía dejar de verla.

—Yo… estoy bien, no pasó nada. —Un rubor coloreaba sus mejillas y su vista estaba firmemente clavada en el suelo.

—¿Pero cómo está eso de que estás aquí contra tu voluntad? —insistió su madrastra—. Quiero que me expliquen bien lo que está pasando.

—Jared secuestró a Brielle, la sacó de su casa y la trajo a vivir con él.

—*«Muchas gracias por el resumen, Nicole»,* pensó el joven lanzándole dagas con la mirada.

Jared se cruzó de brazos, esperando a que Debbie le diera el mismo sermón que los demás, retándola con la mirada a hacerlo. Pero ella solo suspiró mientras negaba con la cabeza, se acercó a Brie y puso la mano sobre su vientre.

—¿Cuánto tienes?, ¿estás bien?

—Yo… yo tengo diecinueve semanas y estamos bien…

—Estarías mejor si Jared no te hubiera secuestrado como un cavernícola —

aseguró la rubia, furiosa.

—¿Quién te pidió tu puta opinión? —bramó furioso.

—A ver, chicos, por favor. Vamos a hablar en otro lado, Brie. No se puede con todos gritando y poniendo sus malas caras. —Debbie miró a la joven, quien sonrió tímidamente antes de caminar hacia su habitación.

—¿Mamá? —Jared sujetó la mano de Debbie y tiró de ella hacia otro lado.

—Oh, Jared. —Enmarcó su rostro con dulzura—. Nunca me llamas así.

—Las cosas no son como piensas… Brie… tan solo no la alejes de mí, por favor. —Jared tenía la postura rígida y agresiva, ya que para no variar, con ella se sentía vulnerable.

—Nunca, mi cielo. —Le pasó una mano por el cabello y gentilmente le estrujó una mejilla—. Me debes muchas explicaciones, ¿está claro? Ahora vuelvo.

Con pasos temblorosos Brie iba caminando hacia su habitación. Detrás de ella, Debbie la seguía.

Claro que conocer a los padres de tu… bueno, lo que fuera, siempre ponía de nervios a cualquiera, pero este encuentro simplemente se había salido de todo contexto. Al llegar, la dejó pasar primero y después cerró la puerta. Debbie comenzó a caminar de un lado a otro tranquilamente mientras observaba la habitación. Era tan perfecta, con su cabello en cuidadosas ondas las cuales caían inmaculadamente sobre sus pequeños hombros, sus penetrantes ojos verdes que destacaban con suma inteligencia.

—Entonces, Brie. —Deslizó una mano por la cuna antes de enfrentar su mirada—. ¿Cómo te sientes?

—Yo… ah… —se aclaró la garganta, no todos los días se hablaba con una mujer tan hermosa, vestida con atuendos tan caros—. Bien. —*«¿Bien, solo eso? Idiota.»*

—¿Y el bebé? —Su mano cayó automáticamente a su vientre.

—Hambriento.

—Me imagino que sí. —Sonrió con dulzura mientras se acercaba a ella—. Jared te…

—Él no me lastimó —se apresuró a decir.

—No iba a decir eso, te iba a preguntar si te tiene aquí por la fuerza. Sé que él no te lastimaría, de hecho, es un tanto *protector* cuando se trata de ti. —Brie abrió la boca y la cerró de nuevo, incapaz de ordenar bien sus ideas.

—Jared me odia —se escuchó decir. Debbie rio mientras negaba con la cabeza.

—Te mira como si estuviera dispuesto a que un camión lo arrollara con tal de protegerte.

—Es por el bebé…

—Sé que eso parece, se la vive diciéndolo y pregonándolo, incluso no dudo que se lo diga a sí mismo con la intensión de creérselo. Pero no solo es por eso que lo hace. —Brie suspiró.

—Eso lo dice porque usted es su madre, lo está defendiendo.

—¿Piensas que soy ingenua?, ¿que me ciego con eso del amor de madre? —La joven mordió su labio—. Confía en mí con esto, he visto los demonios que Jared guarda en su interior. Sé que consume cosas que no debería y que mucho menos lleva una vida decente, no soy ninguna madre que se ciega ante las cosas, pero él ha sufrido mucho. No es el monstruo que parece, te lo aseguro.

Brie suspiró de nuevo, ¿podría ella estar en lo cierto? Si bien ya había notado que entre sus arrebatos a veces era… bueno, se podría decir que gentil, en cuanto se daba cuenta de que estaba bajando la guardia, inmediatamente subía sus muros y la expulsaba de su vida.

—No me deja conocerlo, no me habla de sí mismo.

—Al menos te habrá dicho que no es mi hijo. —La castaña elevó la mirada, Debbie sonrió mientras se sentaba en la cama.

—Sí, eso lo supe ayer… pero solo porque usted iba a venir a visitarnos.

—Samantha, la madre de Jared, llamó una tarde a casa preguntando por William. Esa mujer hablaba de Jared como quien habla del clima. Así de simple nos soltó que tenía un hijo que había dejado en un orfanatorio. Ella era muy joven, no quería esa responsabilidad, nunca la quiso. William me explicó que la había conocido en un concierto, y como jóvenes que eran, habían terminado en un motel, nunca más había sabido de ella hasta ese día.

—¿Cómo pudo rechazarlo? —preguntó incrédula mientras acariciaba su vientre.

—No lo sé, pero yo insistí en que fuéramos a ese orfanatorio, William

estaba seguro de que ella había mentido, pero ante mi obstinación, fuimos. Tan solo ver a Jared supe que lo amaría, fuera hijo de mi marido o no, lo quise al instante. — Sonrió acariciando el borde de la cama—. Él era tan pequeño y dulce, su cabello negro y esos enormes ojos azules y brillantes mientras se escondía detrás de un niño de su misma edad.

—¿Qué pasó entonces para que cambiara tanto? —inquirió la castaña, intrigada.

—El tiempo —suspiró con pesar—. Aunque yo lo quería llevar con nosotros, mi marido insistió en hacer pruebas de paternidad, Jared no se parece a él, más bien es el reflejo de su madre, los papeles tardaron demasiado y, cuando

por fin se entregaron y William comprobó que su propia sangre estaba en adopción, se volvió loco de furia. —Desvió la mirada hacia la ventana—. El tiempo que demoramos con todos los trámites fue la condena de Jared.

—¿Por qué?

—Lo adoptó una familia de apellido Baker. Ellos habían entregado papelería falsa, y después de ganar la custodia de Jared les perdimos el rastro. Pasaron ocho largos años para que supiéramos de Jared y poder tenerlo de vuelta, pero para entonces él ya no era el mismo. Sus brillantes ojos ahora eran duros como el acero, odiaba que lo tocaran, y se había recubierto en una coraza imposible de romper.

—Debió sufrir mucho.

—Aún lo hace, por eso te pido que tengas paciencia en su relación. —Brie se rio con amargura recordando lo que él había dicho sobre las etiquetas.

—Nosotros no tenemos ninguna *relación.*

—Van a ser papás, es la relación más íntima que pueda existir.

—Quizás para las personas normales, no para nosotros.

—¿Entonces cómo sucedió todo esto? ¿Cómo terminaron así? —preguntó con preocupación.

—Eso no tiene importancia, fue un error. No el bebé, nunca el bebé, es solo que yo…

—Ustedes podrán hacerlo juntos, Brie, lo sé.

—¿Cómo puede saberlo? Ni siquiera sé cómo ser mamá… —¿Y qué pasaría cuando el bebé creciera y Jared le explicara lo que ella había hecho?, ¿la forma en la que había sido concebido? El niño la odiaría al igual que el padre.

—Nadie lo sabe. —Debbie tomó sus ahora temblorosas manos—. Adam me comentó de la propuesta de adopción que les hizo, pero conozco a Jared y no deja ir las cosas tan fácilmente, una vez que se ha metido en serio con algo, no lo dejará ir. Ahora veo en sus ojos que desea más que nada ser padre, solo trata de ser amable con él.

—*¿Amable?* —jadeó—. Pero si él es tan enérgico, tan duro, solo…

Olvídelo. —Sacudió la cabeza.

—De todas las personas que conozco, él es el más vulnerable. De verdad te necesita.

—No entiendo cómo.

—Para que una relación sea ideal, se pasa por muchas cosas y no es fácil. — Se puso de pie—. ¿Vamos a comer?

Brie la miró aturdida, ¿por qué Debbie insistía en llamar "relación" a lo que tenía con Jared? Porque, si por *relación* era llevarse mal el uno con el otro, vivir en tensión y odio, entonces eran tal para cual, no había manera de que ellos

fueran de otra forma compatibles.

Mucho menos pensar que tuvieran otro tipo de *relación.*

La pelea empezó con Nicole, luego con Adam por gritarle a su esposa, siguió con su papá por lo de siempre y, finalmente, terminó con un puto dolor de cabeza terrible para cuando Debbie y Brie aparecieron por el pasillo de nuevo.

Rápidamente la miró, buscando en su semblante algo que hubiera cambiado, odio, frustración… nada. Quizás todavía no era tiempo para que saliera corriendo fuera de su vida.

—Preparé la comida, ¿gustan sentarse? —susurró Brie con su voz tímida, Jared estaba seguro de que Nicole diría que no, pero para su sorpresa, Adam se adelantó:

—No veía la hora en la que pasáramos a ese tema. ¡Andando, amor! —exclamó con entusiasmo mientras tiraba la mano de la bruja. Ella negó, tal como Jared lo supuso.

—Preferiría que nos fuéramos.

—Y yo preferiría comer —sugirió, pero Nicole volvió a negar.

Con un suspiro, su hermano la tomó en brazos, y con un grito de sorpresa, la rubia pasó una mano detrás de su cuello y le acarició la oreja con la nariz mientras se reía. Jared sintió un estremecimiento a la altura del estómago al ver aquel gesto. ¿Anhelo? ¿Envidia? Zoey no era una mujer cariñosa. Detallista sí, pero no habían compartido momentos íntimos como ése.

Entonces observó a Brie y tuvo que tragarse el jodido nudo que le constriñó la garganta. Su turgente vientre apenas y destacaba entre su ropa, sus ojos eran brillantes y limpios.

Deja de ser un marica.

Todavía podía oír el grito de Caleb cuando le cruzaba la mejilla con el puño cerrado. El recuerdo del cabrón aún tenía el poder de ponerle en su lugar. Un par de minutos después todos comenzaron a alabar la comida de Brielle, empezando por su hermano:

—En verdad eres perfecta, cocinas delicioso, te ríes por todo, eres tan alegre. —Nicole se soltó riendo mientras ponía los ojos en blanco y le daba un ligero codazo. Jared lo odió en ese momento.

«Por Dios santo, Adam es tu hermano», le decía una vocecita interna.

«¿Y qué?», se respondía a sí mismo.

Amargado por envidiarle tener esa relación con su esposa y esa admiración para con Brie, desvió la mirada, no iba a desmoronarse por completo y empezar a dar síntomas de esquizofrenia.

—Sí, mi hijo tiene razón, cocinas exquisito, Brie. Es simplemente delicioso —alardeó su padre con una sonrisa, de verdad se sentía complacido.

—Tendrás que pasarme la receta. —Debbie le guiñó un ojo de manera cómplice, haciéndola ruborizar.

La escena le pareció tan jodida a Jared que se sintió hasta claustrofóbico, no veía la hora en la que todos se fueran de su vista. Excepto quizás Debbie, tenerla cerca era como un rayo de sol en medio de una profunda noche oscura, en un mundo jodido donde todos te odian, tener a alguien como ella era toda una bendición.

Debbie le sonrió en ese momento, se veía tan orgullosa. En algún momento de la comida le había dicho que se dejara de cosas y disfrutara de su paternidad, como si fuera tan fácil. Aunque bueno, definitivamente quería ser padre. Eso era algo que nunca se le pasó por la mente, había estado perdido y jodido por tantos años que, cuando lo supo, fue una verdadera sorpresa, una que nunca pensó que desearía tanto… hasta que ya estaba en ese barco.

Si alguien le hubiera preguntado hacía tan solo un par de meses sobre esta situación, habría dicho que estaban jodidamente locos. La respuesta a si quería un hijo habría sido no, absolutamente no, jamás, en ningún universo, ni en éste ni en uno paralelo, y muchísimo menos de alguien de quien no estaba enamorado ni conocía, menor de edad y *virgen*… según ella.

Pero bueno, ahora las cosas eran distintas. El bebé era su futuro, su razón con más peso, y única en realidad, para seguir adelante. Últimamente sentía un enorme vacío y ni siquiera el sexo sin sentido, las peleas, la droga o los excesos podían llenarlo, nada. Tenía una vida miserable y vacía, esa era la verdad.

—Claro que sí. —Brie sonrió cálidamente a su mamá y aquella escena le gustó, la guardaría para más tarde, cuando necesitara recordar que no debía odiarla tanto.

Luego, la castaña le sonrió a él, específicamente a él. En sus profundos ojos ya no había enojo, se veía preciosa. Jared desvió la mirada tratando de ocultar lo que sus ojos seguramente reflejaban, a pesar de que esa traición le iba a dar lo que inesperadamente deseaba más en la vida, y tan furioso como estaba porque ella lo hubiera utilizado para tener un hijo, a su vez se sentía ridículamente ilusionado por tenerla embarazada.

—¿Y qué quieres estudiar, Brie? —preguntó Debbie, que claramente había notado que ni siquiera estaba en la universidad.

—Me gustaría quizás estudiar dibujo —comentó con las mejillas encendidas.

—¡Eso es maravilloso! —aplaudió su madre.

—Mucho mejor que ser abogado —comentó Adam, haciendo que William

sonriera.

—O que buena para nada. —Nicole le lanzó una mirada envenenada—. Es bueno que *tú* sí tengas deseos de ser alguien. —En las últimas semanas, su cuñada había desarrollado una extraña relación protectora hacia Brie, ahora podía notarlo con más claridad.

—No voy a ser lo que otras personas quieren que sea… —empezó el joven.

—En la escuela llevo buenas notas, a lo mejor pida una beca —comentó la castaña, interrumpiendo lo que seguramente sería una pelea.

—¿Y tus padres, saben de esto? —preguntó repentinamente Debbie, haciendo que la joven se tensara.

—Sí, mi mamá está enterada —susurró. Jared abrió y cerró las manos en puños al recordar eso: el maldito bastardo de Hank poniéndole precio, Brie llorando por ver a su madre, ¿cómo podría querer verla?

—Bueno, supongo que será mejor que nos vayamos, fue un placer visitarlos, espero que vayan ahora a casa, hijo. —William lo miró, y por primera vez sus ojos brillaron con ¿orgullo?

—Será un gusto —contestó Brie por él.

—¿Segura que estarás bien? —Nicole se acercó a ella y se lo preguntó en una forma para nada discreta.

—Claro, estaré bien. —Por alguna razón, aquello le enorgulleció. Brie en su actitud de actriz lograba convencer a cualquiera, incluso lo estaba convenciendo otra vez a él.

Después de que se la viviera pidiéndole que la dejara libre, al parecer ella estaba entendiendo que estaba embarazada y, mientras lo estuviera, sería su trabajo cuidar de ella. Fin de cualquier puñetero intento de escape.

—Oh, Brie. No sé si Jared te contó sobre el baile de beneficencia, es solo una sencilla cena en un par de semanas…

—Debbie… —reprochó Jared, negando con la cabeza.

—Tú sabes que es importante, espero verlos ahí. —Jared no respondió nada, no quería comenzar otra pelea. El resto de la familia se despidió, saliendo finalmente de su departamento.

—Gracias a Dios —farfulló, azotando la puerta.

—Creo que no salió todo tan mal —comentó ella encogiéndose de hombros.

—Pues si por no tan mal te refieres a Nicole ladrando insultos y a que me la viva gritándole a mi familia, entonces estás jodidamente en lo correcto. —Ella solo sonrió.

—¿Cuál baile de beneficencia decía Debbie? —preguntó mientras recogía los platos.

—No le hagas caso, no iremos. —Brie suspiró.

—Cada vez que intento hablar contigo, algo sale mal…

—No es eso —bufó sintiéndose frustrado—. Es solo que ellos… bueno, dan un fuerte donativo cada año a casas hogar. No me gusta ir porque algunas personas saben mi historia y quieren que dé un testimonio de lo que es la adopción. Piensan que soy un puto modelo a seguir, sin saber lo jodido que estoy, no soy lo que esperan y detestaría que dejaran de donar por ello —respiró hondo—. Además no quiero vivir bajo las expectativas de nadie, ¿comprendes? No voy a cambiar lo que soy y…

—Y yo tampoco quiero que lo hagas. Podemos ir y puedes *no* hablar. —Jared se quedó estático por unos minutos, era increíble la forma en la que ella podía sacarlo de terrenos pantanosos.

—¿Te estás invitando? —inquirió después con sorna elevando una ceja.

—Puede ser. —Le sonrió de una extraña forma sensual que le calentó la sangre.

—Eres rara, hay algo malo en ti, ¿lo sabías? —comentó con una estúpida sonrisa.

—Tal vez tengas razón —canturreó, pero de pronto ella palideció excesivamente, tambaleándose un poco en su lugar.

—¿Te encuentras bien? —Estaba aterrado mientras se acercaba para sujetarla.

—Sí, solo estoy sintiendo mareos. Dios, es como si tuviera calentura —susurró, tocándose la frente de pronto perlada en sudor.

—¿Quieres que te lleve a tu alcoba?

—No, yo puedo sola. —Jared puso los ojos en blanco al tiempo que la tomaba en brazos. Brie ahogó un gritito, pero inmediatamente se abrazó a su cuello.

Ya en la habitación, en cuanto la puso de pie ella volvió a tambalearse, por lo que Jared la sujetó por la cintura, sintiéndose tan raro cuando tocó cerca de su vientre, en consecuencia actuó como un puto imbécil liberándola como si quemara.

Mierda. ¿Por qué deseaba tanto tocarle el vientre?, ¿por qué no podía tan solo…

malditamente pedirlo?

—¿Jared? —Inmediatamente elevó la mirada hacia sus ojos—. ¿Quieres tocar?

—No… yo… ah… —Genial, ahora había perdido el vocabulario. *Imbécil.*

—Así. —Ella tomó su mano y, en un movimiento deliberado, la llevó hacia su vientre.

Capítulo Diez

En ese momento todo tembló dentro de su cuerpo y no producto de ningún mareo, era tan solo por verlo a él. Ese hombre peligroso y oscuro estaba perdido como ella ante un bebé que ni siquiera había nacido, que apenas estaba dando signos de vida.

Mientras Brie observaba maravillada los profundos ojos de Jared, pensó que quizás entre ellos había algo mucho más fuerte que una atracción sexual. Tal vez Debbie tenía razón, tenían un vínculo más allá de lo físico, uno que se había completado en cuanto él la había tocado. El aire entre ellos se cargó, como si una corriente eléctrica se estableciera y fueran encerrados en una burbuja, una solo para ellos tres.

—Recuéstate, traeré una toalla húmeda, te la pondrás sobre la frente, así te sentirás mejor.

Una que se reventó cuando Jared habló con esa voz ronca y distante, retirando la mano, rompiendo el contacto visual y dejando en su lugar un espacio frío y vacío. La castaña suspiró mientras veía su enorme silueta oscura desaparecer.

Se sentía un poco mareada, quizás por todos los acontecimientos que habían pasado en las últimas y extrañas horas. Lo que era mucho decir, teniendo en cuenta que estaba embarazada, la habían vendido, y tenía todavía un trato que cumplir.

Jared volvió a los pocos minutos, y para su asombro, se tumbó a su lado. De forma increíblemente suave colocó la fresca toalla sobre su calentada frente y estuvo recorriéndole el rostro, una y otra vez.

—¿Ya te sientes mejor?

—En realidad no. Me duele mucho la cabeza, todo da vueltas —confesó mirándolo. Él se inclinó más sobre ella, frotando la fresca toalla ahora por el cuello. Mientras lo hacía, pudo ver que la camiseta se tensaba en sus fuertes hombros, sin duda era una sólida montaña de músculos y su aroma la tenía sumergida en un trance.

—Inclina la cabeza hacia adelante. —Era una orden. Una orden brusca como todo en él. Pero sus manos eran suaves.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no me gusta que me hables así? —suspiró ella.

Él llevó la mano hasta su barbilla y le alzó el rostro. Tenía los ojos

entrecerrados, de modo que a Brie le fue imposible descifrar lo que decía su lobuna mirada, pero creyó que le contestaría. Sin embargo, Jared se limitó a soltarle el cabello, luego le pasó los dedos alisándolo con movimientos suaves y pausados, como si temiera hacerle daño con su toque. Brielle suspiró, nadie nunca había sido tan cuidadoso con ella, mucho menos él.

Jared estuvo mucho rato masajeándole la cabeza con esos meticulosos y largos dedos. Esos que había visto tantas veces golpear a los demás, hoy eran suaves y lánguidos contra su piel. Poco a poco se le volvieron pesados los párpados, cerró los ojos mientras apoyaba el rostro de lado en la suave almohada, y notó poco a poco cómo se le aflojaban todos los músculos. Aquello era muy tranquilizador pero, al mismo tiempo, el pulso tronaba en sus oídos y corría acelerado en sus venas. Ese fuego extraño que anidaba entre sus muslos crecía cada vez más.

—Debo tenerlo como un nido de pájaros —musitó ella en forma burlona.

—Sí —respondió. ¿Era su imaginación o la voz de Jared había sonado ronca?—. Soy muy minucioso y tú tienes todo el cabello enredado.

—Mmm... Si tú dices… —canturreó de forma socarrona, tomándole el pelo.

Jared retiró la mano y una esquina de sus labios se curvó en una sonrisa torcida.

—¿Tengo que acariciar alguna otra parte de tu cuerpo que te duela? —preguntó, en lo que sin duda intentó ser un tono burlón, pero resultó en una voz gutural.

Brie abrió los ojos de golpe y, aunque sus labios formaron un rotundo *no*, de su boca solo salió un sonido estrangulado. Jared clavó la mirada en ella. Esta vez su expresión sí que fue como un libro abierto. Sus ojos azules llameaban de puro anhelo y la mantuvieron presa, haciéndola dolorosamente consciente de la creciente excitación que había entre ellos.

Se humedeció los labios logrando que él bajara la mirada para observar ensimismado cómo se movía su lengua. En el interior de la mente de la joven solo flotaba la idea de que no la besara. Pero, aun así, fue ella la que alzó la cara.

—Esto es una locura, sabes que te detesto —murmuró Jared, inclinando la cabeza lentamente hasta que solo unos centímetros separaban los labios de ambos.

—Seguro no más de lo que te detesto yo a ti —aseguró Brielle, uniéndolos.

Sin embargo, no había odio entre ellos cuando sus labios se tocaron, de hecho, fueron muy suaves, dulces. Al principio él se limitó a rozar su boca, tan solo conociéndola, pero ese simple contacto hizo que una infinidad de escalofríos le recorriera la espalda como de costumbre cuando él se acercaba, electrizando todo su cuerpo. Ya no se acordaba del dolor de cabeza o las náuseas,

solo pudo concentrarse en cómo se espiraba e inspiraba.

Jared comenzó a incrementar la presión en su boca, como siempre, tomando el control. Alternando besos suaves con otros más profundos y acariciándole los labios con la lengua. Brie gimió, y aquel gesto fue como un detonante para él, pues fue todo lo que necesitó para besarla con más intensidad, su lengua exigiendo entrar, su cuerpo duro y musculoso se apretó más contra ella, presionándola, sujetándola, Jared tenía todo el control.

Santo Dios, nunca antes la habían besado pero se imaginó que los besos por lo general no eran así de intensos. Jared era mucho mayor y por lo tanto experimentado. Sus besos eran cadentes, con tal maestría que no podía salvo responderle de forma titubeante, temerosa a arruinarlo, y sus caricias… El joven le agarró el cabello haciéndolo un puño y con la otra mano le rodeó la cintura para pegarla todavía más a su cuerpo sin dejar ni un milímetro de separación entre ellos.

Brie se aferró a ese cuerpo duro, clavándole los dedos en los brazos, sintiendo que si no hacía eso, se caería a un precipicio sin fondo.

Jared se coló de nuevo entre sus piernas, teniendo, como antes, cuidado en no poner ni un gramo de su peso sobre ella, entonces Brie se preguntó si volver a estar con él era una opción. Si le gustaría o lo odiaría, porque la única vez que habían estado juntos había sido como un borrón, claro que recordaba el dolor durante y después del acto, la culpa de haber hecho eso, pero la droga que Spencer le había dado la había mantenido en un estado de inconsciencia todo el día siguiente, después, se había sentido tan terrible que había llorado por noches seguidas.

El joven onduló el cuerpo y esa dureza volvió a golpear donde más lo necesitaba, robándole otro gemido, él gruñó haciéndolo nuevamente. Una vez más pensó que debería detener esto porque estaban yendo demasiado lejos… El solo pensamiento por poco le roba una risa histérica porque, sin duda, ya habían ido demasiado lejos.

—Esto está tan jodido, eres tan joven pero… puta mierda, hueles tan bien que se me hace agua la boca. —Su voz era un murmullo, y mientras paseaba una mano sobre su blusa, recorriendo el borde de sus pechos, deslizó el pulgar rozando su pequeño pezón haciendo que se irguiera aún más bajo su tacto.

Brie jadeó, estaba lista para morir de alguna combustión espontánea. Lo que resultaba más que raro, volvió a esperar a que la repulsión que antes sentía por él volviera, que algo de aquello se manifestara, pero no lo hizo. Entonces para su desgracia lo entendió. No tenía caso seguirse engañando. Jared era el padre de su bebé y lo quería, realmente lo quería y deseaba.

Durante toda su corta vida se la había pasado obedeciendo y dejando de

lado sus sentimientos, había puesto una barrera entre lo que estaba bien o lo que estaba mal, de esa forma pudo trabajar en el Cooper's, de esa forma había sido capaz de engañar a Jared, con la mente concentrada solo en el presente. De alguna manera también se había vuelto una máquina, no podía detenerse a pensar todas las locuras que había tenido que hacer, porque le daban ganas de morir.

Pero ahora, mientras sostenía el enorme cuerpo de Jared, mientras deslizaba las manos por algunas cicatrices, por las venas intrincadas sobre sus poderosos bíceps, sintió que por una maldita vez sería egoísta y haría esto para ella únicamente. Y porque quería. No porque perteneciera a Jared, no porque él la forzara o porque Spencer se lo exigiera. Se animó entonces a ir más allá, deslizando una mano por debajo de su camisa, impresionada de cómo se flexionaron los músculos de su estómago y se estremecieron bajo su tacto.

—*Brie.* —Su cálido aliento golpeó contra su piel, y la vibrante voz atravesó su cuerpo en una erótica oleada, sin poder evitarlo se aferró a esa tonificada espalda.

—¿Mmm?

—Están tocando la puerta, tengo que ir.

—No —gimió estrechándolo con fuerza, haciendo que una risa ronca abandonara sus labios.

—¿Y si es Adam?

—Que se espere.

—Creo que él y Nicole siguen enojados porque te rapté. —Su voz golpeaba dulcemente contra la calentada piel de su cuello.

—Sobrevivirán —refutó mortificada, haciéndolo reír otra vez. Por Dios, lo que daría por escuchar ese sonido más seguido.

—Saben que no voy a liberarte. —Movía los labios contra los suyos haciéndola desfallecer—. Pero pueden pensar que te estoy matando, como cada vez que no abro la puerta en cuanto tocan. —Brie suspiró soltándole, y tratando de calmarse cerró los ojos—. No me tardo.

¿De verdad esa voz aterciopelada y esa mirada eran de Jared? Incrédula, respiró hondo cuando él se levantó. ¿Podía acaso haber cambiado su opinión de ella?, ¿era esto otro comienzo?

Mientras Jared caminaba hacia la puerta, se sentía como si hubiera esnifado una enorme cantidad de heroína. Brielle lograba eso, embotarle los pensamientos de manera que su cerebro salía gustoso por la ventana, dejándolo con un jodido cuerpo encendido lleno de deseos primitivos.

Mierda. No quería detenerse a pensar qué hubiera pasado si no llamaban a la puerta, porque sabía perfectamente bien la respuesta. Pero es que haber hablado con Debbie lo había ablandado y después, todo pasó demasiado rápido, él poniendo su mano sobre ese redondeado vientre, el calor recorriéndolo de arriba abajo, conectándolo para siempre y de una forma que nunca podría describir con ella. Ahí estaba creciendo su hijo y el lazo que sintió en ese momento fue irrevocable.

Cuando fue capaz de elevar los ojos hacia Brie, se encontró con que una suave sonrisa se extendía por todo su juvenil rostro. Dios, en ese momento pensó que nunca había visto nada tan hermoso como ella.

Gruñendo, abrió y cerró los puños tratando de pensar en otra cosa, cualquier cosa menos...

Había tocado su vientre, eso había sido toda una nueva revelación, un golpe brutal a todo su sistema. Después de esa conexión que surgió entre ellos, Brie habría podido pedirle que se suicidara y él lo habría hecho con gusto. Pero entonces una pequeñita parte de su mente le gritó: *¿Acaso eres un puto idiota?, ¿qué tal que es otra de las trampas de Brielle?* Jared sacudió la cabeza, ¿acaso podría ser tan calculadora? ¿La estaría subestimando? Los insistentes golpes lo trajeron de vuelta, se pasó una mano por el cabello sacudiendo de su mente ese pensamiento.

Tan solo abrir la puerta, pensó que a veces estamos en el curso de una colisión y no lo sabemos. En cualquier otro momento el joven la habría visitado, o habría contestado sus insistentes llamadas y así ella no lo habría buscado, en otra situación habría sabido cómo manejar esto, pero ahora, mientras observaba su curvilínea figura enfundada en pantalones de cuero negro, supo que estaba perdido.

—Con que aquí vives. Eres la persona más impredecible que he conocido en mi vida, nunca creí que fueras a aceptar la ayuda de Adam. —Zoey se escabulló sonriendo dentro del departamento—. Te he estado llamando y no respondes, ¿qué está pasando, bebé? —Se giró para enfrentarlo y solo Dios sabe qué vio en su rostro, porque la joven retrocedió—. ¿Qué ocurre?

—¿Cómo me encontraste? —Sentía la garganta seca.

—¿Por qué? —acusó girándose hacia él, Jared no pudo decir nada, los preciosos ojos verdes de Zoey se estrecharon—. ¿Qué me estás ocultando?

—Escúchame… —Se acercó con cautela a ella. Con esos ojos encendidos, su melena roja y su postura rígida, Zoey parecía un feroz jaguar herido.

—¿Es… estás con otra mujer?

—No, Zoey, por favor…

—¿Por favor, qué? —rugió furiosa—. ¿En dónde está esa puta? —Se lanzó

por el pasillo—. ¡No la escondas, Jared!

Y claro, con su puta suerte, fue la habitación de Brielle la primera en revisar.

Zoey se quedó en el umbral de la puerta, su respiración era jadeante y cuando entró, Jared salió de su estupor y corrió tras ella.

—¿Quién eres? —inquirió Brie con rostro confundido, las manos le temblaban mientras se abrazaba a sí misma. Lo buscó con la mirada desconcertada, su cabello ahora suelto caía en largas ondas suaves por sus pequeños hombros.

Justo en ese momento, al ver sus enormes ojos claros luciendo como los de un cervatillo encandilado, Jared lo comprendió todo. Ella lo engañó, *otra puta vez.* Pensó que lo había salvado, que lo quería y por eso cuidó de él y lo atendió, incluso mostró remordimiento por cómo se dieron las cosas entre ellos.

Y entonces, como un pendejo, empezó a confiar en ella, contándole cosas que nunca le reveló a nadie, le presentó a Debbie, rio con ella, se puso duro solo por ella. Claramente todo fue parte de su trato con Spencer y ahora, finalmente, lo había logrado.

El rostro de Jared se endureció al ver su actuación de niña asustada, fingiendo nunca haber visto a Zoey en toda su puta vida, eso logró que su corazón se congelara, una extraña furia lo recorrió de arriba abajo y la miró con todo el desprecio del que fue capaz.

—¿Quién es esta niña, Jared? —La voz de Zoey se escuchó ahogada detrás de sus manos.

—Ella es… Brielle. El *regalo* que tu padre envió para separarnos. —La decepción en el rostro de la castaña fue evidente, y Jared sintió una pizca de placer en provocársela.

—¿Mi papá? ¿Qué estás queriendo decir? Yo no… no puede ser… —Jared se giró para mirarla y sujetó las manos de la pelirroja.

—Tienes que entender esto, Zoey. Spencer me drogó hace un par de meses y *esa* niña… —apuntó con desprecio y sin mirar en dirección de Brielle—, fue la encargada de hacerlo todo.

—¿Qué? No entiendo —sollozó Zoey, y odió la forma en la que sus preciosos ojos estaban empañados de lágrimas. Deseó poder abrazarla y alejarla de esta situación, pero se encontró diciendo:

—Lo jodí, Zoey, estropeé todo y ahora voy a ser padre.

Zoey miró a Jared atónita y, por un momento, Brie se preguntó si estaría viendo lo mismo que ella: una cara de piedra con ojos fríos e inquebrantables. El

chillido que escapó de la garganta de la chica la perseguiría por muchas noches. La pelirroja lo abofeteó con fuerza.

—De todas las mierdas por las que me has hecho pasar, Jared, ésta es la definitiva, la última que te tolero, podrás drogarte, podrás ser un loco de mierda, sin control y sin estribos, pero esto… —sollozó—, no, ¡suéltame!

—Zoey…

—¡No! —increpó mirándola a *ella* con odio—. ¿Y tú qué tienes que decir, niña, de dónde saliste?

Brie boqueó como pez fuera del agua, sin saber qué decir o cómo actuar.

Buscó a Jared con la mirada para pedir ayuda, pero el hombre que había confiado en ella acerca de sus tatuajes, que la había atendido hacía apenas unos minutos con tanto cuidado… solo desapareció, siendo reemplazado por el *Frío.*

—Ella trabajaba para tu papá. Me drogó para estar juntos, quería tener un hijo. —El tono de Jared estaba lleno de odio y la decepción la taladró profundo.

Ella quería al Jared de antes. Con ese Jared se había sentido casi cómoda. Éste la asustaba casi tanto como cuando la había obligado a vivir con él.

—¿Y ahora qué?¿Piensas que puedes traer al infierno un pedazo de cielo, Jared? —rugió la pelirroja, frustrada y con lágrimas.

De alguna manera se zafó del agarre del joven y salió disparada de la habitación. Las lágrimas comenzaron a descender por los ojos de la castaña, Jared apretó los puños y salió detrás de ella. Después, cuando el sonido de cosas quebrarse, gritos e insultos llegaron a sus oídos, se abrazó a sí misma con más fuerza.

Entonces se quedó ahí, con los ojos cerrados, sin moverse. No tuvo noción del tiempo y mientras frotaba su vientre, no supo a ciencia cierta cuánto duró en la misma postura. Cuando escuchó la puerta azotar con un sonoro golpe, pensó que por fin estaba sola y fue hasta que no pudo contener las ganas de ir al baño que se obligó a levantarse. Una vez que terminó, se lavó las manos, pero fue incapaz de mirar su reflejo frente al espejo. Estaba segura que el maquillaje se le había corrido, que luciría espantosa, pero no le importó en lo absoluto.

Cuando salió, ahogó un grito al ver a Jared recostado junto a la puerta de la habitación. Era enorme, y por supuesto, lo rodeaba un aire misterioso y oscuro. No se acercó a ella, sino que permaneció con el gesto ceñudo, en su mano derecha sostenía una botella de cerveza. Sus orbes eran turbios y parecía estar contenido, su cabello caótico destellaba con los últimos rayos del sol antes de ocultarse… *Dios*, aunque furioso no dejaba de ser algo así como un ángel caído. Brie de alguna manera se obligó a ir a la cama, donde se sentó en el borde y bajó la mirada, concentrándose en las mantas. Desdoblando y doblando el borde, desdoblando y dobla…

—Ya estarás jodidamente contenta —espetó con brusquedad, haciéndola dar un respingo.

—Sabes que no lo estoy —susurró a la espera de que él se pusiera a gritarle cuánto la odiaba, quizás era lo mejor, que se desahogara. Pero cuando él no dijo absolutamente nada, tuvo que obligarse a mirarlo.

Seguía ahí, con la postura tensa y ojos fríos. Dio un largo sorbo a su cerveza mientras la miraba como si nunca la hubiese visto, como si fuera una completa extraña, aquella mirada le dolió más que las palabras. Era como una maldita agonía, y el dolor agudo la hizo removerse con incomodidad.

—¿En qué estás pensando? —indagó en voz baja y suave.

—No quieres saberlo.

—Sí lo quiero saber.

—Un día de estos tus preguntas te van a meter en más problemas.

—Aun así quiero saberlo —susurró con nerviosismo. El joven terminó su cerveza y lanzó la botella vacía despreocupadamente al suelo, se cruzó de brazos y luego la miró.

—Bueno, tal vez te plazca saber que estoy pensando que quizás deba guardar energías para atormentar a Zoey un poco más, hasta que no quede ni un retazo de su cordura. También me di cuenta… con qué puta facilidad me manipulas. —Cuando Jared se incorporó y dio la media vuelta para marcharse, Brie tuvo el presentimiento de que no lo volvería a ver jamás, y aquello se sintió como un golpe al estómago.

—Jared, espera por favor. —Su voz sonó ronca mientras se ponía de pie para seguirlo—. Nunca quise manipularte, de verdad… tienes que creerme por esta vez. Solo… no quería que tuvieras que pasar por esto.

Él la miró sobre su hombro con ojos inexpresivos.

—¿Sabes qué? A la mierda con todo *esto*. Ahora de verdad no sé quién está mentalmente más desquiciada, si tú o Zoey, porque nadie en su sano juicio haría lo que tú hiciste para estar conmigo.

—¡Tenía que hacerlo! —sollozó—. Te ruego que me entiendas…

—¿Acaso no existía otra manera que embarazarte del peor hombre sobre la puta Tierra?, ¿y que además estaba con otra mujer? —Brie mordió su labio, preguntándose si lo mejor sería explicarle cómo Spencer la había literalmente obligado.

Incluso cómo la había amenazado para que lo enamorara, pero entonces, Jared pensaría que todo lo que ella había hecho como reconfortarlo, cuidarlo, solo serían parte de su trato con Spencer. Tenía que seguir fingiendo, y la respiración se le desbocó al borde del llanto.

—Jared, eso no es verdad. Es solo que no pensé… tan solo quería huir,

tienes que entender que me equivoqué…

—Y todavía tienes el maldito descaro de defenderte, ¡de decir que eras jodidamente virgen!

—¡Lo era! —sollozó abrazándose a sí misma.

—¡Ya deja de mentir! No te bastó solo con embarazarte, sino que buscaste enredarme, mentirme con tu jodida cara de niña y tus putos modales de sumisa, fingiendo que me querías y… —Tomó aire mientras abría y cerraba los puños, estaba visiblemente tratando de controlarse—. Con esto te demuestro el grado de tu puto trastorno mental.

—¡Eso no es cierto! —gritó de pronto furiosa, cerrando las manos en puños a sus costados—. Puedes pretender que sabes todo lo que quiero y que conoces todo lo que hago, pero nunca jamás te atrevas a decir que sabes cómo me siento, porque no sabes.

—Sé perfectamente lo que sientes y también sé que no estaba en tus malditos calculadores planes, pero ahora estás enamorada de mí. —Enfurecido, Jared se giró para mirarla a la cara, sus ojos lucían negros. Brie retrocedió asustada, pero él la sujetó con firmeza por la cintura—. No te molestes en negarlo y hacerte la indignada, me lo dejaste bastante claro antes de que llegara Zoey, te ibas a entregar a mí de nuevo.

—¡Suéltame, te odio! —Se sacudió furiosa.

—Me alegra, porque si antes no lo hice, me aseguraré de que de ahora en adelante tu puta vida sea un miserable infierno, desearás haberte quedado en el Cooper's antes que haberme conocido. —Brie trató de empujarlo de nuevo pero no pudo, por lo que solo lo miró con lágrimas furiosas.

—Tampoco te viene mal a ti saber que eres un morboso y quizás el masoquista en esto —dijo al tiempo que movía la mano entre ellos—. Estabas tratando de meterte conmigo siendo que soy una *niña* como me describes, creo que soy la droga con la que te torturas últimamente, eres un egocéntrico que piensa que es el único hombre en el mundo al que le pasan cosas y te tengo noticias: ¡no eres el primero ni el último!

—¿Yo, torturarme? ¿Como con qué puto sentido?

Brie iba a gritarle más, pero un fuerte dolor le atravesó la espalda baja.

Jadeó asustada mirando hacia abajo. Los ojos de Jared se desorbitaron como si él también hubiera recibido un golpe, y justo cuando pensó que la regañaría enfurecido, la sujetó delicadamente del brazo, conduciéndola hacia la cama. Brie se encontró jadeando un poco en busca de aire, Jared la miraba absorto, ahora estaba en cuclillas frente a ella y sus ojos bailaban angustiados.

—¿Estás bien? —Su tono era más suave ahora, atenuado por la preocupación.

—Yo… creo que mejor me recostaré. —Él solo asintió poniéndose de pie.

Una vez que estuvo acostada, parpadeó confundida al verlo aún en la puerta —. Ya me siento mejor —aseguró, deseando por alguna extraña razón reconfortarlo a pesar de todo lo que se acababan de decir.

Pero Jared no se movió, se quedó allí junto a la ventana, reclinado sobre la pared más alejada, guarecido en las sombras. Su rostro era severo y mantenía una postura tensa. La contempló sin despegar los labios. La castaña se acobardó a la espera de una diatriba verbal que no se produjo. Él se limitó a seguir mirándola, es posible que demasiado enfadado para articular palabra, ¿ahora qué seguía? Suspiró sintiéndose un poco angustiada.

—Hay algo en lo que no tienes razón, Brielle. —Cuando habló al fin, su voz fue ronca y baja—. No te equivocaste, no provocaste esto entre nosotros por un simple error, los errores no existen, nos definen como personas y por ellos estamos donde nos encontramos ahora, pero… —suspiró—, esto está fuera de control, no podemos seguir así, mi hijo es el único verdaderamente lastimado en todo esto. — Se giró dándole la espalda y sus grandes botas hicieron ruido mientras se marchaba.

Brie debería dejarlo irse, de hecho gritar y pedir auxilio pero… *Santo Dios*, quizás era una masoquista cuando dijo:

—Tú también sientes algo por mí, estoy… estoy segura, Jared. Es solo que te cuesta tanto salir de esa enfermiza relación que tienes con Zoey…

—Solo hay algo que siento por ti, y es puñetera pena —la interrumpió sin mirarla—. Eres una pobre niña víctima de todas las circunstancias. Desde ahora, Nicole estará al pendiente de ti.

Y con esas palabras, salió de la habitación cerrando la puerta sin hacer ningún sonido. Salió también del departamento, de su vida y la dejó sola. Brie se hundió contra las almohadas, y mientras imágenes de lo sucedido la embargaban, rogó para que ésta fuera la última vez que se desmayara.

Jared estaba fuera de sí.

Lo que en realidad no era nada nuevo, ni raro. Pero… mierda. No podía dejar así las cosas con Zoey, tenía que seguirla, encontrarla y decirle… *¿qué?*

"Tampoco te viene mal a ti saber que eres un morboso y quizás el masoquista en esto…

… Creo que soy la droga con la que te torturas últimamente…"

¿Torturarse? mientras encendía la moto se quedó a horcajadas sobre ella, escuchando únicamente el sonido que hacía su Harley, era como el ronroneo de una bestia contenida. Pensativo encendió un cigarrillo, y la luz naranja iluminó

un poco el garaje. Dio una fuerte calada, el humo invadiendo su sistema, y lo retuvo todo el tiempo posible antes de exhalar largamente.

Hacía un par de horas cuando vio a Zoey con las mejillas encendidas, llenas de lágrimas, con aquel cabello derramándose como lava ardiendo por entre su rostro y pechos, había mirado sus ojos afilados como dagas mientras lo amenazaba con matarse, mientras lanzaba todas las cosas que encontraba a su paso y maldecía su nombre… No sintió nada. En realidad Jared solo se dedicó a mirarla taciturno, como en cámara lenta. *Torturándose.* ¿A eso se refería esa niña?

Ahora podía verlo con mejor claridad, esto no era nuevo, así habían sido todos estos putos años con Zoey, una tortura. En un momento gritaba en voz alta que lo amaba y al otro se portaba demasiado fría. Él había accedido a eso, lo buscaba, *necesitaba* de esto para no estar solo, odiaba sentirse tan jodidamente solo, pero ahora, era impresionante el puto desastre en el que se encontraban. Había buscado mil veces que Zoey sacara el aire de sus pulmones cada vez que ella lo necesitara, que le enterrara una daga al corazón cada vez que le gritaba que estaba loco… para sentirse bien. Lo que sin duda lo convertía en un puto masoquista.

Sacudiendo la cabeza, dio otra fuerte calada al cigarro antes de lanzarlo a un lado, se ajustó el casco, y cuando arrancó la motocicleta, las llantas chirriaron dejando marcas antes de salir disparado como un bólido. Los automóviles pasaban como borrones a su lado, el viento helado cortaba donde su piel no estaba cubierta, y mientras aceleraba al máximo su Harley, pensó que todas las mujeres eran unas perras de mierda.

Fuera del Cooper's había una larga fila, las personas llegaban temprano con la intención de poder entrar. Jared lanzó las llaves a Owen y entró literalmente como si hubiese llegado a casa. En uno de los privados, Gary no se midió con la dosis de cocaína que puso frente a él, y mientras observaba la droga que quedaba y acariciaba lánguidamente la espalda desnuda de la puta de Allison, se preguntó cuánto más podía perderse a sí mismo. Torturarse.

—Sabía que ibas a regresar conmigo —ronroneó la rubia paseando esos labios llenos de algún corriente labial por su cuello—. Todos regresan.

«Todos regresan. Esa puta tiene razón, Frío. Cae más pronto un hablador que un cojo… ¡ah! Pero para que repetírtelo si eso ya lo sabes, ¿o no?» Fue el turno de su voz interior de manifestarse.

Allison le restregaba sus siliconados pechos en la cara, haciendo que su aroma a perfume barato se colara por todos sus sentidos. Frustrado, desvió un poco la mirada solo para encontrar una silueta pequeña y curvilínea observándolo desde una esquina. Katie lo miró con tanta desaprobación, que por

primera vez sintió remordimiento.

Rápidamente lo espantó de su mente, como si tan solo fuera una mosca molesta. Gary tenía listas ya varias líneas en la mesa y Jared no perdió el tiempo, arrojó a Allison sin cuidado a un lado para inclinarse hacia la droga y aspirar con fuerza. Tosió ligeramente mientras se limpiaba la nariz, su cuerpo comenzó a calentarse y relajarse a la vez, el corazón comenzó una loca carrera mientras la nariz se le adormecía. La droga funcionando inmediatamente, como debía ser. La sensación que lo embargó después fue casi de felicidad, y eso empezó a jodidamente asustarlo.

¿Por qué todas las cosas que podían matarlo lo hacían sentirse vivo? ¿Hasta cuándo iba a seguir torturándose? O… dejar de pensar en ella. *Brielle.* ¿De verdad era un puto masoquista? Inhaló otra línea antes de impulsarse torpemente hacia uno de los sofás. Las luces neón en colores naranja y verde comenzaron a recordarle al circo, estaba mareado, o quizás alucinando con tantos colores y sombras. La droga comenzó a circular con rapidez en su sistema poniéndolo eufórico y acelerado, ansiaba por algo sin saber el qué… se inclinó hacia el palco desde donde podía observar los sudorosos cuerpos de las personas restregándose unos contra otros, en un baile entre lo erótico y vulgar... ¿Qué era lo que tenía esa niña? Antes de irse pudo verla furiosa… ¿Qué lo atraía? ¿La quietud de su cuerpo o el salvajismo en su mirada? Entonces comenzó a reírse como un idiota.

Virgen. Había dicho que era una maldita virgen. Definitivamente ella era de esas que atraían a los hombres que querían aprovecharse de una chica que fingía ser tímida o virginal. Lástima por ella, Jared ya no caería en sus putas trampas. Pero entonces, aunque no quisiera aceptarlo, también conocía el nerviosismo en esos enormes ojos color miel, y a veces escuchaba la nota de miedo en su voz.

No podía entender por qué una parte profunda y oscura de él se despertaba cada vez que discutían, si bien la lucha lo excitaba, por lo general era la física, nunca peleaba antes de acostarse con nadie. Pero con ella… *puta mierda.* Era como estar frente a uno de sus rivales en las bodegas, la emoción de la caza y la persecución se apoderaba de él cuando estaban juntos. Quería cazarla, quería desaparecerla, quería cogérsela despacio y concienzudamente mientras le susurraba al oído cuánto jodidamente la odiaba.

Y entonces entendió, mientras bebía alguna mierda que Gary le había dado, que Brielle era un pequeño impulso, apenas un murmullo en la jodida piscina de letargo en que había estado ahogándose y por eso deseaba poseerla, tenerla solo para él, porque ella así lo pidiera, no porque él la obligara, y se moría por escucharla gemir su nombre. Por escucharla suplicando por más.

—¿Jared? ¿Quieres unirte? —Allison ahora estaba frotando los pechos de

Layla. Lillian quien le estaba hablando, sonrió pícaramente antes de lanzarse a su regazo.

—¿Quién te dio permiso de acurrucarte aquí, perra?

Quiso sonar molesto, pero su voz incluso sonó ronca y sin fuerza. La joven lo tomó como broma, lo ignoró mientras se frotaba contra él. Y aunque su mente estaba embotada, muy lejos de ese lugar, su cuerpo, particularmente su miembro, estaba más que dispuesto a unirse a la fiesta.

La silueta oscura de Katie gruñó antes de darse la vuelta furiosa, ¿por qué estaría enojada? ¿A esa pequeña zorra enana qué más le daba? Sin saber por qué mierda, se encontró quitándose a Lillian de encima y dando tumbos en dirección de la pelinegra, torpemente la siguió como un perro por las escaleras, la pista de baile, las mesas de juego, hasta los camerinos.

—No me voy a acostar contigo, bastardo asqueroso. ¿Por qué no solo te pierdes? —murmuró la enana deteniéndose contra la puerta de su camerino. Estaba vestida en aquellas diminutas prendas de cuero negro, su cabello lacio y su silueta de bailarina. Katie era una cosa pequeña y perfecta, todo un contraste en aquel lugar.

—¿Por qué mierda te has enojado? Siempre estás mirándome con odio.

—Eso es porque realmente te odio.

—¿Y puedo saber por qué?

—No. —Abrió la puerta y cuando intentó cerrársela en la cara, Jared la empujó con demasiada fuerza haciendo que la joven trastabillara hacia atrás.

—Dímelo.

—¿O qué? —retó, elevando una delicada ceja—. Estás tan jodidamente drogado, ya ni siquiera puedo ver el azul en tus ojos, ahora son negros —No me cambies el puto tema, todos esos bufidos y resoplidos, ¿son por Brielle? —La chica desvió la mirada, suspiró antes de sentarse en su vieja cama haciendo que chirriara con su escaso peso. Comenzó a ignorarlo mientras se quitaba los altísimos tacones y cuando vio que definitivamente no se iría hasta obtener una respuesta, elevó el rostro enfurruñada.

—Sí, es por ella. Tan solo es una niña, me da asco pensar que te acuestas con ella mientras te tiras a la puta de Allison, o a alguna de las gemelas.

—Nunca he tocado a Brie… bueno, después de… ya sabes —justificó de forma torpe y brusca.

—¿Estás diciendo que solo vives con ella?

—¡¿Por qué mierda lo preguntas como si fuera increíble?! —rugió de pronto exasperado—. Fue ella la que puso de cabeza mi jodido mundo, fue ella la que pidió esto, la que se metió conmigo. ¿Por qué la pintas como una samaritana?

—¡Porque lo es! ¿Acaso te es tan difícil entenderlo? Es una niña, Jared. No es como tú o como yo, la obligaron a trabajar aquí, jamás lo hizo por gusto, notenía-

elección, su mente no está desviada como la nuestra. —Jared se soltó riendo con amargura.

—Hoy, esa *niña* como la llamas, me tendió una trampa de nuevo. Citó a Zoey para que nos encontrara en el departamento. ¿Qué tan *ingenua* la hace eso? — Katie, quien parecía no estarle prestando atención, en ese momento elevó bruscamente la mirada.

—¿Qué estás diciendo? —Jared tomó otro sorbo de la botella que venía cargando.

—Lo que escuchaste. ¿Quieres oír los detalles?

—No, gracias.

—¿Segura que no quieres más té? —preguntó Nicole.

—Solo me siento algo cansada. —La rubia suspiró mientras le quitaba la pequeña taza de sus manos temblorosas y la ponía en la cómoda a su lado.

—Brie… ¿cuánto más vas a soportar a Jared?, ¿no tienes familia?, ¿no quisieras mejor estar con tu mamá? —inquirió con voz consternada. Brie ahogó un sollozo mordiéndose fuertemente el labio.

—Tengo que seguir aquí.

—¿Por qué?

En realidad esa era una muy buena pregunta, *¿por qué seguía aquí?* El que Jared hubiera cambiado en los últimos días, o que la acariciara como si fuera a quebrarse, o que la mirase como si la deseara, que durmiera con ella, solo eran claras desviaciones. Hoy le había dicho trastornada y estaba lo que le sigue de ofendido. Nunca había pensado en marcharse lejos de él hasta hoy que realmente lo estaba considerando.

—Jared dijo que me buscaría si me marchaba, no quiero más problemas — respondió finalmente.

—Yo me encargaré de que te deje en paz. —La castaña no respondió nada por lo que Nicole prosiguió—: Me preocupa ese malestar que sentiste, el bebé es lo primero, así que mañana temprano haré una cita con la doctora Emma.

—No fue nada, no te preocupes, además tengo clases.

—Pero, Brie…

—Te prometo que iremos, solo… saliendo de clases, ¿sí? Estoy por terminar y ya he faltado demasiado, no quiero echar todo a perder. Yo te llamo en cuanto termine mi última hora.

—Necia. —La rubia le sonrió cálidamente antes de darle un beso en la mejilla—. ¿Segura que estarás bien?

—Segura.

—Entonces descansa, pequeña, mañana te llamaré para ver cómo siguió todo… incluso si puedo te llevaré a la escuela. ¿Te parece bien?

—Te lo agradecería… yo… sí, de verdad te lo agradecería —murmuró, mirándose las manos.

—Jared… estaba furioso cuando llegó al departamento a pedirme que viniera a verte. ¿Puedo preguntarte por qué fue la pelea esta vez?

—No quisiera hablar de eso —susurró, ahora abrazándose a sí misma.

—Sus ojos… tenía los ojos oscuros y dementes, ese idiota logra aterrarme.

No puedo entender por qué Adam lo quiere cerca de nosotros, es tan destructivo, tan nocivo, cuando me dijo que estarían viviendo en el mismo pasillo que nosotros, casi me desmayo. —Sonrió con culpa.

—No te molestes con Adam… o con Jared, la culpa la tengo yo, Nicole. Hoy nos encontró su novia Zoey, y el resto… pues te lo puedes imaginar. —La rubia bufó.

—Aquí el único culpable es Jared, no entiendo esa absurda insistencia de tenerte con él si lo que en realidad quiere es estar con esa perra loca de *Zoey* —escupió literalmente el nombre—. Es la única mujer que sé ha aguantado a Jared todos estos años, son tal para cual, ni te sientas mal, al rato se contentan.

Y si sentir aquello como una bofetada no era de trastornados, entonces no sabía qué lo sería. Nicole la obligó a comer un sándwich y poco antes de las once de la noche se fue finalmente, prometiendo llamarla temprano. Brie se recostó, poniéndose la camiseta oscura del ogro y nada más, miró hacia el techo mientras acariciaba su vientre de arriba abajo, luego al observar la hora en su teléfono, vio que tenía un mensaje:

«Torpe, ¿estás bien? No supe nada de ti hoy, cualquier cosa llámame. Para algo tenemos que servir los acosadores, ¿o no?»

Zack

La joven se quedó observando el mensaje que había llegado hacía un par de horas. Zack era definitivamente como respirar aire fresco, como detenerse a tomar agua después de un largo camino, suspiró antes de decidir no contestarle, no necesitaba más problemas.

Brie despertó asustada, su corazón acelerado golpeaba contra sus costillas.

Todavía jadeando por el susto, volvió a escuchar los ruidos y risas. Con los sentidos embotados por el sueño, se levantó con torpeza. ¿Qué tal que Jared

estaba mal otra vez? No podía soportar verlo lastimado o desorientado como aquella ocasión, por lo que tomó su celular y se dirigió con cautela a la puerta. La abrió tratando de no hacer ningún ruido y después intentó que la pequeña lucecita de la pantalla en su celular, iluminara algo en el pasillo, sin embargo no logró ver nada, todo estaba muy oscuro. ¿Estaría alucinando? Se abrazó a sí misma mientras caminaba en busca de los sonidos, y cuando llegó al frente de la habitación de Jared, se detuvo y se quedó observando los paneles de madera.

Era un excelente trabajo el que había hecho Adam en todos los condominios, haciendo todo de manera minimalista y elegante, la pintura era impecable, sin ningún brochazo que dañara la superficie de las puertas. El picaporte parecía de plata, también era muy bonito y brillaba tanto como una moneda… Tan silencioso como estaba todo, alcanzó a oír un ruido. Brie frunció el ceño mientras se disponía a abrir, hasta que se dio cuenta de qué era lo que estaba escuchando. Solo había una cosa que produjera esa clase de sonido rítmico…

"Haré de tu vida un verdadero infierno…"

Desconcertada, Brielle retrocedió y se estrelló contra una de las mesitas con jarrones que estaba justo detrás de ella, haciendo que todo se tambaleara peligrosamente. Entonces sus pies comenzaron a avanzar a trompicones hacia…

ninguna parte, o hacia cualquier parte que estuviera lejos de allí. Cuando llegó a la estancia, miró hacia atrás para revisar el largo pasillo que acababa de recorrer.

No sabía cómo había podido moverse tan rápido, dado el dolor sordo y agudo que sentía en el pecho, era increíble, pues estaba segura de que le acababan de enterrar una estaca directo al corazón. Se quedó quieta sintiendo que el mundo se derrumbaba bajo sus pies, y justo cuando pensó que realmente se iba a desmayar, con dedos temblorosos, comenzó a marcar un número, él le contestó al cuarto timbrazo.

—*¿Brie?*

—Zack —sollozó—, ¿puedes venir por mí?

—*Yo… por supuesto.* —Se escuchó el suave roce de sábanas y algunas cosas caerse—. *¿A dónde?*

—A los departamentos *Insignia*, están al norte, ¿tienes en qué anotar?

Después de darle la dirección a Zack, se quedó unos segundos paralizada en la estancia. Una parte de ella pedía a gritos salir corriendo y esperarlo afuera, no iba a poder soportar más de ese infierno por el que ese frío y horrible hombre pretendía hacerle pasar, la otra parte de su cerebro le dijo que estaba descalza y hacía un frío espantoso afuera, el bebé podía enfermarse. Haciendo caso a la segunda opción, volvió rápidamente a su habitación donde se puso una chaqueta,

los vaqueros seguido inmediatamente de sus gastados *Converse*. Tomó la mochila de la escuela y nada más, no había nada allí que le perteneciera, que quisiera, o tuviera cabeza de llevarse.

Jared estaba desnudo, apretado contra el cuerpo de su chica, sintiendo la piel con olor a limón de ella y oyendo sus gemidos, mientras acercaba la mano a uno de sus turgentes pechos. Cabello rojo… un manto de cabello rojo cubría la almohada… esa hermosa melena roja se enrollaba ahora en su grueso antebrazo.

Cerró los ojos, podía sentir los pezones duros contra su pulgar y sus labios suaves bajo los suyos mientras se besaban profunda y lentamente. Cuando ella estuviera lista para él, la tomaría desde atrás, penetrándola con fuerza y manteniéndola fija al sujetarla por las caderas hasta casi hacerla sollozar.

A ella le gustaba sentirlo de esta manera posesiva. En su vida cotidiana, Zoey era una mujer independiente, con un carácter fuerte y tan testarudo como el de Jared. Pero en la cama le gustaba que absolutamente todo el control lo tuviera él. Lo que era perfecto y de hecho la única opción, Jared necesitaba tener siempre el control.

Deslizó la boca hacia los senos de ella, chupándole el erguido pezón, acariciándolo con los dedos, besándolo.

—Jared…

—Shh… déjame saborearte, déjame demostrarte cuánto lo siento.

—Jared… —insistió tirando de su cabello, frustrado elevó la mirada.

—¿Qué? —Zoey tenía los ojos anegados en furiosas lágrimas.

—Me llamaste Brielle.

El joven despertó abruptamente.

De todos los errores de mierda que había cometido en su vida, *ese*, quedaría sin duda para la posteridad. Aquella noche había llamado a Zoey incluso drogado, convencido de que esa chiquilla estaba equivocada, así que le había insistido a la pelirroja en que le diera otra oportunidad y ella curiosamente, le había respondido que se la daría.

—Está bien, Jared. Te la daré siempre y cuando me demuestres cuánto lo sientes… en la cama…

—Claro que te lo demostraré en la cama, donde sea. Solo espérame, ya estoy yendo a tu…

—No, no cualquier cama, quiero que sea la que está en tu departamento. Quiero que me lo demuestres allá.

Ahora estaba seguro de que su novia fue demasiado cruel, tan herida como

estaba, hizo lo posible para que Brielle los escuchara, esa era su venganza. Ahora también sabía que Zoey no estuvo tomando su medicamento en meses, estaba desquiciada, fuera de sí, por eso había aceptado cualquier cosa con tal de herir a la estúpida niña que los había separado.

Jared no lo comprendió de esa forma en ese momento, tan embotado, borracho e imbécil como estaba, solo pensaba en una cosa: *sexo*. Necesitaba sexo.

Duro. Sin reservas. Lo necesitaba con urgencia, necesitaba de otro olor, de otro cuerpo, necesitaba odiar a Brielle de nuevo. No la quería, no le importaba y mucho menos la amaba. Sin embargo, aquello les había costado caro a los dos.

Pellizcó el puente de su nariz mientras recordaba el despertar después de aquella jodida noche. Zoey se había ido a alguna hora incierta, y al principio, cuando entró a la habitación de Brie y vio el desorden, trató de calmarse repitiéndose que tenía que haberse ido a clases. Seguro que no se había ido del departamento, no podía volverse realidad una de sus peores pesadillas: *perderla a ella y al bebé.* Sin embargo, de nada sirvió marcar el puñetero número de Brielle, por supuesto, nunca le contestó. Cuando fue por ella al colegio, jamás apareció, cuando buscó a Nicole, no lo quiso recibir. Adam tampoco, y entonces comenzó a volverse demente.

En ese momento, mientras encendía un cigarrillo a las malditas seis de la mañana, en aquella terraza descalzo y vestido con tan solo unos vaqueros, dejó que el viento helado le desgarrara la piel y el jodido humo le perforara los pulmones.

Los días pasaban demasiado aprisa, no tenía ni siquiera fuerzas para volver a las bodegas, no sentía furia, no sentía rencor… lo que sentía era un puto miedo, uno que desde su adolescencia no sentía, y con cada día, hora, minuto que pasaba sin noticias de ella, se volvía cada vez más loco, irracional y voluble.

Era extraño cuánto se había acostumbrado a vivir con ella. A desayunar juntos, a pelear durante la comida y cenar sus deliciosos sándwiches. A su maldita boca rápida o a su altanera barbilla. A su olor, a sus escasas sonrisas… Era jodidamente raro que solo pudiera pensar en ella…

—No. Está. Aquí. —La voz cansada de Adam no alcanzó a penetrar bien en su cerebro a pesar de que le dijo las palabras como si tuviera algún retraso.

—¿En dónde mierda está, Adam? Tengo tres putos días sin saber de ella. No te hagas el pendejo conmigo, sé que si tú no lo supieras no estarías tan tranquilo.

—Ya déjala en paz, hermano, ya tienes muchos problemas encima para que ahora te busques de índole legal, ¿tengo que recordarte que es menor de edad? Deja de buscarla.

—Fui a donde vivía con sus papás pero me encontré con que el hijo de perra

de Hank vendió la casa. ¿A dónde se mudaron? ¡Dímelo, maldita sea!

—Que no lo sé, si te sirve de algo, habla todos los días con Nicole, sigue yendo a la escuela y fueron al médico. —El rostro de Jared se puso lívido.

—¿Le… le ocurrió algo a mi bebé?

—No, solo fueron por un chequeo de rutina.

—¿Por qué no la encuentro cuando voy a buscarla a la escuela? Si no me dices dónde mierda se está quedando, voy a entrar a su salón a buscarla personalmente, sabes que soy capaz de cualquier cosa para arrastrarla de vuelta, no se va a escapar con mi hijo.

—¿De verdad estás haciendo todo esto solo por el bebé? —inquirió al tiempo que estrechaba los ojos.

—Por supuesto que sí —ladró.

—Te estoy diciendo que está bien, que está tranquila, necesita descansar de ti.

No te atrevas a buscarla en la escuela, está por terminar el semestre, no arruines más su vida. ¿Por qué no puedes entender que ella se niegue a verse metida en disputas entre tú y Zoey? Estuve platicando con ella y me pidió que te dijera que no quiere meterse en problemas contigo. —Sonrió como si la estuviera recordando—. Solo quiere estar tranquila, deja esto ya, Jared. Entretente con otra cosa, busca a Zoey, reconcíliate, creo que eso es lo mejor.

—Desde que estás aquí, no ha llovido ni una sola vez. —Natalie deslizó con delicadeza los dedos a lo largo de su cabellera castaña.

Brie suspiró en el regazo de su madre. Cuando era niña, su mamá pasaba horas acariciándola de esta manera. Ambas esperaban impacientes la llegada de su papá. Cuando las luces de su coche iluminaban parte de la sala, Brie corría ansiosa hasta la puerta para recibirlo con un abrazo tritura huesos. La risa de Mark era alegre y contagiosa mientras en una mano sostenía hamburguesas y con la otra palmeaba su pequeña espalda.

"—Te amo, campanita —canturreaba levantándola en brazos."

—¿Por qué todo lo bueno tiene que acabarse? —susurró la joven con voz amortiguada.

—¿No eres feliz, bebé? Pensé que ese hombre… Jared, te estaba haciendo feliz. —Y así, con la sola mención de ese nombre, las lágrimas traidoras comenzaron a deslizarse por sus mejillas. Agradeció estar tumbada sobre las piernas de su mamá, así no pudo verla.

—Solo… discutimos, nada de importancia —aseguró tratando de no preocuparla—. ¿Cómo te has sentido con las quimioterapias?

—Como siempre, con ganas de vomitar, cansada y las piernas… Dios, últimamente me están matando. —Brie se incorporó bruscamente.

—Lo siento…

—No, no te preocupes, hoy no me duelen, bebé. Estoy feliz de que hayas vuelto.

La joven suspiró mientras miraba a su alrededor. La casa que Hank había comprado era muy hermosa y amplia, no como el pequeño lugar en el que había vivido con Natalie antes de que ella se casara con Hank. De dos pisos, la casa tenía varias habitaciones, y según le había contado su mamá, su padrastro había contratado a alguien para ayudarla con la limpieza. Los pisos de madera olían a limón y las cortinas azules le daban vida y color. Estaba ubicada en medio de la nada, cerca de las orillas de la ciudad, Brie se arropó un poco, el frío era más intenso aquí.

—Es muy bonita tu nueva casa, mamá, solo que está un poco alejada de todo.

¿Y si te sientes mal? —preguntó, mirando por la ventana el crepúsculo, el sol lanzaba sus últimos destellos mientras se ocultaba detrás de los enormes árboles—.¿Y si sale algún animal salvaje?

Natalie se rio mientras ahora le acariciaba la mejilla. Su semblante estaba bastante desmejorado, su piel cenicienta, y en la cabeza llevaba un pequeño gorro que cubría la falta de su hermosa cabellera antes castaña.

—A Hank le gusta vivir aquí, es espacioso y queda cerca de las montañas, ya sabes que trabaja cerca de aquí en las mañanas.

—Pero está tan lejos de la cafetería…

—¿Y a ti qué más te da? —Hank apareció de la nada, sus botas de trabajo sucias no hicieron ningún ruido para advertirles de su presencia. Su mamá se congeló en su sitio y Brie sintió un nudo en el estómago que por poco la hace vomitar, inconscientemente se abrazó a sí misma—. Pensé que el *Frío* se iba a quedar contigo, ni siquiera para eso eres buena.

—Tengo tarea, iré a mi habitación. —Se puso de pie ante el asentimiento de su madre, le dio un beso en la mejilla, pero cuando pasó al lado de Hank, éste la sujetó con demasiada fuerza del brazo.

—¿Por qué sigues aquí?

—Solo será en lo que…

—Cuando el *Frío* te encuentre nos volverás a meter en jodidos problemas.

¿Hasta cuándo te piensas quedar?

—Ya déjala, Hank, ésta también es su casa —contraatacó Natalie.

—Entonces que me haga la cena. —No era ninguna petición, y el agarre en su brazo le hizo saber que tampoco había opción—. En realidad, se me antoja

que cocines bistec, la nueva cocinera no tiene una puta idea de qué es eso. Cocina para mí, Brielle. —Ahora era una orden haciendo que Brie contuviera las lágrimas al tiempo que asentía.

No podía dejar de temblar mientras preparaba la cena, varias veces se le cayó el cuchillo y en alguna ocasión se cortó el dedo. No pudo evitar pensar que por esto no quería venir, por Hank. Pensó que podía volver, que las cosas quizás estarían mejor, pero ahora, mientras sentía su intensa mirada clavada en su figura, no podía dejar de temblar. De alguna manera se las ingenió para terminar todo y su padrastro le regaló una amarillenta sonrisa cuando puso el plato frente a él, y mientras comía, no dejó de observarla como si ella fuera la comida.

—Luces bien, el embarazo te está quitando lo esquelética. —Brie no respondió nada, un nudo se formó en su estómago mientras jugueteaba con la cuchara en su plato—. ¿Dónde vives con el *Frío?*

—Eso no tiene importancia.

—Claro que la tiene, ¿crees que no sé que ese pendejo nada en dinero?, ¿en dónde jodidos te tiene viviendo? —Brie mordió su labio, quería decirle que en aquel departamento horrible donde la había llevado la primera vez, así su padrastro dejaría de molestar y…—. ¡¿No vas a contestar, maldita puta?! —Hank se levantó bruscamente lanzando el plato hacia adelante, haciendo que se derramara lo poco que quedaba.

—L-Lo siento, señor… —Aterrada, se quedó paralizada en su lugar mientras lo veía venir hacia ella como un furioso toro en el rodeo.

—¿Te crees mejor que nosotros porque estás con ese Brown? —Enfurecido, la sujetó de la muñeca y la levantó con demasiada fuerza.

—Déjala ya, Hank. Brie tiene demasiada tarea… —La castaña cerró los ojos al escuchar la suave voz de Natalie.

—¿Por qué jodidos no habías venido antes? ¿Acaso no te importa tu madre?

Hemos pasado por muchas carencias desde que rompiste el puto trato con Spencer, estamos batallando todos los días.

—¡Que la sueltes! —Su mamá se puso de pie, su respiración era agitada mientras sus ojos lanzaban dagas a Hank, él pareció solo pensárselo un poco.

—Está bien —bufó liberándola—, estoy demasiado cansado para sus putos dramas.

Hank no permitiría que esa chiquilla volviera para joderle la vida, el dinero que el *Frío* le había dado ya se le estaba terminando, entre la nueva casa, las mejoras a la cafetería, la droga y las apuestas, así que vería esto como una oportunidad, iría un paso adelante de lo que de todas formas era inevitable. Tomaría ventaja de esto. Aún iba refunfuñando mientras salía de la cocina, a los pocos segundos se oyó el sonoro golpe que dio al salir por la puerta principal.

—¿A-A dónde va? —preguntó Brie, sintiendo el color volver a sus mejillas, torpemente se volvió a sentar en el comedor.

—Seguro al Cooper's. —A la joven se le revolvió el estómago.

—¿Sigue apostando?

—No lo sé —comentó su mamá desviando la mirada.

—¡¿Por qué lo sigue haciendo?! —rugió repentinamente furiosa—. ¿Qué no aprendió la lección?, ¿qué acaso no vio de lo que son capaces? —Natalie no contestó nada, su mirada seguía perdida en el suelo, como si estuviera viendo una mancha horrenda y estuviera muy concentrada en pensar cómo lavarla—. ¿Mamá?

¿Por qué sigues con él?

Natalie cerró con fuerza los ojos, sus manos se hicieron puños.

—No quiero volver a estar sola, ¿lo entiendes? Cuando tu padre murió, una parte de mí murió con él. Sé que Hank no es perfecto pero es algo, es mejor que nada.

—¿Cómo puedes decir eso, mamá? ¿Cómo…? —Natalie comenzó a toser, al principio un poco, pero cuando no dejó de hacerlo, ni siquiera cuando Brie le trajo agua, comenzó a asustarla—. ¿Mamá? —Siguió tosiendo y con horror vio algo de sangre en sus manos—. ¿Qué pasa, mamá?

—Es solo… —Tomó más agua—. Es esta maldita enfermedad, no sé cuánto tiempo me quede, Brie. Lo que me reste, solo quiero ser feliz contigo y con Hank, ¿puedes concederme eso?

La castaña miró los profundos ojos de su mamá, estaba frustrada y un tanto furiosa, deseaba continuar con esta pelea. Algo había cambiado dentro de ella desde su partida, desde que había vivido con… *él*. Ya no se sentía tan pequeña y deseaba conocer las verdaderas razones que tenía su mamá para portarse de ese modo. Brie, a pesar de su edad no era una niña, incluso iba a ser madre, y como tal, ella no permitiría que su angelito cayera en manos de un padrastro como Hank.

Pero mientras acariciaba suavemente su pancita, pensó, ¿quién era ella para juzgar a Natalie por enamorarse de un idiota? No cuando ella misma estaba irrevocable y desgraciadamente enamorada de uno.

—*¿En dónde putas estás?* —La voz angustiada de Gary solo logró hacerlo suspirar. Dio una fuerte calada a su cigarrillo y sin soltar el humo respondió:

—¿Qué quieres?

—*Jeff está furioso.*

—Esa puta familia siempre está furiosa —murmuró, poniendo los ojos en

blanco al tiempo que soltaba lentamente el humo por la nariz.

De nuevo estaba en la terraza, el viento movía su cabello, la suave melodía de Debussy se oía dentro de la casa, calmándolo un poco, se imaginaba a su bebé tranquilo al escucharla.

—*Spencer quiere hablar contigo, dice que tiene algo que te puede interesar.*

—Spencer no tiene nada que me pueda interesar, nos vemos Gary.

—*¡Espera!* —gritó, haciendo que se despegara el celular de la oreja—. *Es sobre tu mujer, sobre Brielle.* —Jared iba a decir que *no* era su mujer, hasta que procesó de quién estaban hablando.

—¿Brie? ¿Qué tiene? —Un sudor frío lo recorrió, ¿acaso estaría haciendo otro trato con él?, ¿involucrarían a su bebé? *Mierda.*

—*Dijo que te espera hoy en su despacho, mejor ven, ya sabes cómo es… Nos vemos más tarde, Frío.*

Si algo definitivamente no tenía Jared, era paciencia. Así que naturalmente no esperó ni un segundo, tomó su chaqueta de cuero y salió disparado en su Harley con destino al Cooper's. Necesitaba saber de Brielle, algo, lo que fuera. El ridículo pasillo forrado con la alfombra roja por poco lo hace desistir. Odiaba ir a la oficina grecorromana de Spencer, era tan malditamente excéntrico que le daba asco. Ni siquiera se molestó en tocar, simplemente abrió la puerta. Encontró ahí a los dos hermanos.

—Los modales son algo que nunca aprenderás, ¿verdad, *Frío?* —murmuró Jeff entre dientes, su cabello rubio caía ridículamente brillante por sus hombros.

—Tampoco sabe lo que son los compromisos. Por su puta culpa el Red's nos está superando —se quejó Spencer, su cabello en ondas hasta sus hombros. *¿Qué mierda les pasaba a estos hermanos con el cabello?*

—Y yo no vine a escuchar sus quejas de maricones —interrumpió Jared.

—No, de hecho… —Spencer se sirvió de ese maldito vino con color como sangre del que siempre estaba tomando—. De hecho viniste porque quieres saber dónde está *Porcelana*, ¿no es así, Jared?

El joven no permitió que un solo músculo de su cuerpo se moviera, no mostraría nada. Incluso cuando por dentro estaba rugiendo de rabia. *¿Porcelana?* Quería saltar sobre la garganta de Spencer y estrangularlo hasta que le pidiera perdón por semejante apodo de mierda. Respirando lentamente, se obligó a controlarse, no podía demostrar frente a ellos cuánto le importaba Brie y no solo el bebé.

—Y tú ya estarás contento, ¿o no? Lograste que esa puta rompiera mi relación con Zoey. —Spencer sonrió mientras negaba con la cabeza.

—No lo sabía, pero me alegro. —Jared puso los ojos en blanco ante su hipocresía—. Y cuéntame, ¿cómo perdiste a esa niña?, ¿qué no era tu prisionera

o algo así?

—No.

—¿No la estás buscando? Entonces no te interesará saber que hoy me vi con *Hank*. —Esas palabras tomaron desprevenido a Jared, Spencer lo notó y sonrió con sorna.

—Se cambiaron de casa, no he podido encontrarlos —habló entre dientes.

—Ya veo, y… ¿para qué quieres verla?

—Está esperando un hijo mío.

—Ajá… —Movió la mano izquierda, instándole a seguir hablando. El joven abrió y cerró las manos en puños deseando golpearlo, sabía bien lo que seguiría a continuación y ya se estaba odiando por ello.

—¿Qué mierda quieres para decirme dónde está?

—Hank me pidió un crédito ilimitado a cambio de darme la información sobre el paradero de su pequeña hijastra, imagínate lo que quiero de ti —comentó en voz baja y oscura, sus ojos negros parecían dos profundos huecos, era como ver un maldito monstruo sin alma.

Su corazón golpeó con fuerza contra su esternón, Dios, odiaba las bodegas.

No que odiara pelear, eso no, odiaba hacerlo por obligación. Odiaba a los jodidos Cooper, cualquier cosa que tuviera que ver con ellos… pero entonces la recordó a *ella*, a su puto aroma a flores silvestres, a sándalo, su menuda figura dentro de su amplia camiseta negra, la calidez de su redondeado vientre contra su mano, *su hijo* estaba creciendo dentro de ella y no estaría presente para verlo, el solo pensamiento le detuvo el corazón.

—Volveré entonces —se escuchó decir.

—Bien. —Spencer sonrió con suficiencia—. Pero esta vez no me interesan solo tus promesas, si decides largarte a la mierda sin avisar otra vez, no me voy a quedar cruzado de brazos. Tampoco te quiero cerca de mi hija.

—No lo haré, además ella no quiere verme —gruñó.

—Eso espero, y en cuanto a desaparecerte, te lo advierto. Será Brie quien pague las consecuencias de tus actos, Jared, y tú mejor que nadie sabes que siempre cumplo lo que prometo, y te juro que la cazaré como a un maldito venado si te vuelves a desaparecer de aquí.

Capítulo Once

—¿Me prometes que no está Matt?

—No, ya te dije que está en la universidad. Regresa como hasta dentro de dos horas.

Brie suspiró mientras miraba a Katie. El cabello negro y lacio parecía siempre estar bien, como si nunca estuviera despeinada. Hoy llevaba unos ajustados vaqueros y una blusa morada llena de lentejuelas, sus ojos azules lucían cansados, haciéndola parecer más grande de lo que en realidad era.

Ambas estaban comiendo en la cafetería de Hank, ahora que la castaña había regresado a casa, también habían regresado sus obligaciones. Al menos su padrastro la había puesto de cajera, así que no hacía muchos esfuerzos. Katie estaba comiendo una hamburguesa con patatas fritas y Brie… simplemente no tenía hambre.

—Está bien, bueno, yo venía a comentarte que el *Frío* está actuando peor que un lunático, y eso ya es mucho decir. —La castaña mordió su labio mientras desviaba la mirada hacia una pareja de edad avanzada, ambos estaban comiendo un poco de pastel.

—Lo que él haga ya no me interesa. Lo único que puede preocuparme… es que me encuentre. Eso sí me roba el sueño.

—Lamento decirte que eso justo está por hacer, nena. No sé si comprendas lo que es ser un lunático, pero yo sí, y de primera mano. Ese hombre me tiene alucinando con todas las preguntas que me hace sobre tu paradero y no solo a mí, estoy segura de que Spencer lo va ayudar. —Brie la miró nerviosamente.

—Yo… yo le dije a Adam que le pidiera que me dejara en paz, no quiero volver con él al departamento. No quiero volver a verlo, ni… a su novia. —Incluso pensar en aquello le revolvía el estómago al punto de las náuseas. Tan solo pensaba en esos dos, e inmediatamente la embargaban aquellos sonidos, las risas…

Sacudiendo la cabeza decidió no ir a ese lugar otra vez—. Solo te pido que me avises en caso de que sepa mi nueva dirección, tengo otro lugar a donde ir en caso de emergencias.

—Te prometo que nunca le diré al *Frío* de tu paradero, pero creo que el siguiente paso es que vaya a buscarte a la escuela.

—No sé cuánto tiempo más pueda saltarme la última clase… —suspiró preocupada.

—Ese lugar de emergencia que tienes, ¿involucra a ese *insolente*? —preguntó, mientras se llevaba a los labios una patata.

—¿Cuál insolente?

—Zack o como se llame. —La castaña se soltó riendo.

—¿Por qué te cae tan mal?

—Es solo que no quisiera que te relacionaras con ningún hombre que hayas conocido en el Cooper's. ¿Quién te garantiza que no esté metido también en drogas?

Todas las personas que van a ese lugar están podridas. Antes de que se volvieran amigos, yo misma llegué a verlo en un privado con una tal Vanesa, no es ningún santo, Brie.

—Zack me ha ayudado mucho, lo que haga con su vida… sexual, no es de mi incumbencia, solo es mi amigo —aseguró con las mejillas encendidas.

—No existen los amigos —farfulló Katie en tono molesto.

—¿Lo dices por Matt? —Su amiga desvió la mirada mientras negaba.

—No solo por él, los hombres no saben diferenciar la mayoría de las veces esa delgada línea.

—Bueno… en eso te doy un poco de razón, no me gustaría que Zack

malinterprete mi comportamiento… es solo que me siento muy segura con él, es de las pocas personas con las que puedo contar. Y sí, fue quien me pidió que dejara la casa de Hank, que viviera con él.

—Estás consciente que si el *Frío* se entera lo va a matar, ¿verdad?

—Lo… lo que yo haga no debe importarle.

—Por favor, Brie. No puedes pensar así, desde que vas a tener un hijo suyo, todo lo que hagas tiene que ver con él, además, ese hombre lunático desgraciadamente está loco por ti, solo que no lo quiere aceptar… Supongo que como parte de su locura, no lo sé…

Mientras Katie seguía balbuceando, el corazón de la castaña dio un vuelco, haciéndola ruborizar. Rápidamente se obligó a centrarse en el presente, sentir algo por él solo la había dejado herida y con un dolor intenso en el pecho. Había sido definitivamente una tonta al pensar que… ese ogro pudiera sentir aunque sea un poco de lo que ella sentía por él, nunca más volvería a albergar esa esperanza, furiosa con ella misma y con toda la sarta de tonterías que estaba asegurando Katie, decidió arremeter contra ella:

—Pues entonces padece del mismo mal que tú, ¿hasta cuándo vas a darle la vuelta a Matt? —Katie parpadeó sorprendida ante el giro de la conversación. A Brie le dolía lastimar a su amiga, pero también Matt era su amigo, y el sentimiento de amor no correspondido era algo que compartía con él.

—Solo quiero que sea feliz, quiero que se gradúe, que tenga una novia

bonita y de clase, será un gran doctor. ¿Qué papel crees que puedo jugar yo en ese tipo de vida?

—Pero a Matt no le importa…

—Lo hará, créeme que le va a importar. No quiero que un día mire hacia atrás y vea que pudo tener algo mejor, mucho mejor que yo.

—Pero, Katie…

—Imagina el día en que sus "colegas" le digan que tiene una *puta* por novia, ¿te imaginas que uno de sus amigos haya sido mi cliente?

—Estás exagerando…

—¿Crees tú de verdad que me lo perdonaría? —exclamó frustrada, con los ojos llenos de lágrimas.

—Katie…

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—No, no estoy de acuerdo en que pienses así de ti misma, ni tampoco que te adelantes al futuro. Si quieres disfrutar un tiempo con Matt, entonces disfrútalo, no permitas que nadie decida por ti, mucho menos tus complejos, no te prives de cosas cuando tienes total libertad para hacerlas —susurró lo último desviando sus grandes ojos claros hacia la ventana.

Katie suspiró mientras miraba a su amiga frotar inconscientemente su pronunciado vientre. Entonces, sin previo aviso, tuvo lo que hace mucho tiempo no tenía: un recuerdo de su pasado.

—¿Estás bien, Katie? —preguntó la castaña preocupada mientras sacudía su hombro.

—Claro, claro, solo pediré más refresco. —Y sin decir más, se levantó a buscar al mesero.

Todavía estaba temblando mientras recordaba que cuando era niña, después de la muerte de sus padres en aquel fatal accidente, su depresión y autoflagelación solo habían logrado que su abuela la internara en un psiquiátrico. A sus dieciocho años, cuando por fin pudo salir de ahí y alegar que era mayor de edad para decidir qué hacer con su vida, se encontró sola y sin dinero. También se encontró con el ojo observador de las personas al conocer su historial médico, y solo en el Cooper's había encontrado trabajo.

La vida le había golpeado, pero en lugar de acobardarse por ello se había vuelto más dura. A estas alturas, aunque tan solo tenía veinticuatro años, no podía permitirse soñar con un futuro diferente al que conocía. De la chica frágil y temerosa que había sido, ya no quedaba nada. Sin embargo, mientras miraba a Brie sonriendo al tiempo que acariciaba su vientre, pensó en sus palabras. Pensó en la inocencia y la fragilidad, le pareció en ese momento que la vida se la pasaba cometiendo crímenes. Entonces la comparación de sí misma con el *Frío*,

como había apuntado su amiga, de pronto no le pareció tan descabellada, y por extraño que pareciera, entendió un poco a Jared.

—Tienes razón —murmuró tomando asiento de nuevo—. Pensaré en darle una oportunidad a Matt.

—¿De verdad?

—Creo que sí, ¿sabes? Cuando vives tantos años manejándote en un mundo lleno de violencia y depravaciones, es difícil entender que pueda haber cosas mejores. Que de verdad exista la felicidad. —Brie sonrió tomándole la mano.

—Matt se pondrá feliz.

Mientras atravesaba la manada humana, Jared tenía la mirada salvaje, los músculos tensos y avanzaba con paso feroz intentando salir de ahí cuanto antes, sin preocuparse una mierda de no dar codazos a los que se atravesaban. En realidad casi alojaba la esperanza de que alguno se quejara de eso para poder darle una patada en el culo.

Pero no.

La mayoría de las personas, aunque drogadas, tenían el instinto de supervivencia activado y saltaban literalmente de su camino. Llevaba la camiseta salpicada de sangre ya que acababa de pelear contra un jodido bastardo cuyo nombre ni siquiera recordaba, pero no había sido suficiente. Sus puños dolían placenteramente, tenía la mejilla cortada y un dolor punzante en las costillas. Sin embargo, la necesidad de violencia, de descargar adrenalina y sobre todo, de esnifarse algo, lo estaba llevando a cotas de desesperación impensables.

Hacía ya muchos años había pasado por aquí, había golpeado hasta matar, había despertado en alguna jodida cama con una o dos mujeres desconocidas, otras había despertado en hospitales o algún callejón sucio y vacío, por eso odiaba estar cayendo otra vez en los putos excesos. Pero más odiaba que Spencer manipulara su puta y miserable vida a su antojo, haciéndolo pelear por más de una maldita semana como prueba a su fidelidad.

Los Cooper lo habían hecho pelear todos y cada uno de los días para sentirse satisfechos, solo para alimentar su ego o quizás solo por verlo sangrar, pero eso iba a terminarse hoy mismo. El fuerte pisar de sus botas de combate ya hacía el suficiente ruido como para avisar su llegada, por lo que simplemente abrió la puerta y se encontró a una joven de ojos oscuros hincada entre las piernas de Spencer, su larga cabellera negra caía por su espalda desnuda mientras le hacía una mamada a su jefe. La chiquilla se asustó al verse descubierta e intentó retroceder y cubrirse, pero Spencer sujetó con fuerza su cabeza, forzándola a quedarse justo donde estaba.

Aquello normalmente no le habría causado ni repulsión ni asombro, pero ahora, al ver a esa mujer tan joven, pensó en *ella*. Nunca le había preguntado qué le habían hecho los Cooper, nunca le preguntó si la habían jodidamente forzado, si su padrastro incluso la habría violado, solo le había preocupado saber con cuántos hombres se había acostado, imaginándose siempre lo peor de ella, nunca imaginándose aquella niña angelical que Katie se empeñaba en meter en su cabeza.

—Continúa con tu trabajo, Giovanna…, si me agrada lo que haces te quedas esta misma noche. —La joven asintió torpemente al tener la boca llena y continuó con su trabajo, haciendo que Jared cerrara las manos en puños—. ¿Cuándo vas aprender a tocar, hijo de perra?

La voz de Spencer era afilada y sus ojos lo miraron de forma sombría y helada. No que le importara una soberana mierda. ¿Habría tenido que hacer *ella* lo mismo? Dios, el puro pensamiento rugió en sus venas y se encontró abriendo y cerrando las manos en puños. Un ruido sordo comenzó en su pecho subiendo por su garganta, constriñéndola, haciendo difícil tragar saliva. Un ruido con el que si no controlaba su temperamento, resultaría en un bramido. Si se enteraba de algo, cualquier vejación, él mismo mataría a todos los Cooper, de eso ni siquiera quedaban dudas. Spencer elevó una ceja, estaba a punto de echarlo de ahí, así que trató de recomponerse.

—¿Y si hubiera sido Zoey la que entrara?

—Ni Zoey, ni Anna están en la ciudad. No tengo de qué preocuparme, además, Owen me habría advertido.

—Eres un puto degenerado.

—Y tú un cabrón imprudente, ahora, si solo viniste a fungir como *voyerista* toma asiento, si no, ¿qué esperas para largarte a la mierda de mi vista?

—Dame la maldita dirección de Brielle. —Incluso pronunciar el nombre en voz alta le retorció las entrañas.

—Ya te dije que eso no es negociable, te la diré cuando yo crea conveniente.

—Sonrió sin mirarlo mientras le marcaba a la chica con una mano el ritmo que quería sentir sobre su erección.

—Hoy es más que conveniente para que me lo digas, Spencer. Si no me la dices, me largaré a la mierda efectivamente y contrataré a un puto detective, haré cualquier cosa por encontrarlos. —Spencer puso los ojos en blanco y no supo si de mortificación o de placer.

Pasaron unos incómodos minutos donde solo se escuchaba el rozar de los labios de esa chica sobre Spencer, era desagradable y ya tenía suficiente de eso. Dio la media vuelta y estaba a punto de salir cuando escuchó:

—Está bien, pero ya te dije lo que pasará si no regresas. Iré tras Brie y tu

hijo, ya sabes que nosotros no amenazamos en vano.

No necesitaba recordárselo, con las manos cerradas en puños y la mandíbula tensa, asintió solo una vez. Spencer esbozó una sonrisa de suficiencia antes de volver toda su atención a Giovanna.

Una hora y media más tarde, oculto entre los árboles como algún puto delincuente, mientras el frío viento le calaba hondo en los huesos, la lluvia fresca resbalaba por su chaqueta de cuero, deslizándose por las heridas en su rostro y manos, Jared se encontraba mirando la enorme casa en medio de la nada. ¿De verdad vivía aquí?

Todas las luces estaban apagadas y, salvo un viejo Toyota destartalado, no había ningún otro auto… Si Spencer le había mentido… Tratando por primera vez en su jodida vida de ser positivo, comenzó acercarse a la casa, sus botas crujían contra el suelo irregular a cada paso que daba. Se asomó con cuidado por las ventanas, observando la cocina y después la estancia. Suspiró mortificado al no ver nada, forzar la puerta le pareció para nada adecuado, por lo que más que enojado miró hacia arriba, donde estaban las habitaciones. Había una ventana con balcón en el segundo piso, tendría que subirse como un maldito simio por los árboles para poder ver aunque fuera a los habitantes en la primera habitación.

Mientras escalaba, definitivamente se dijo que como detective privado se habría muerto de hambre. Sus pesadas botas de combate lograron aferrarse a cada rama que escalaba y el dolor en sus manos fue agradecido, era mínimo, comparado con todos los golpes que había dado y recibido esa misma noche. Finalmente llegó a la puta ventana, donde se balanceó cayendo en un sonido pesado y sordo que fue cubierto apenas por el estruendo de un trueno. Se quedó agazapado maldiciendo todo, quizás alguien lo habría escuchado, pero después de unos minutos en la misma posición resolvió que no, así que cuando intentó abrir la puerta corrediza y ésta cedió, agradeció la inesperada suerte.

No necesitó de luz ni de más investigaciones. El olor cálido y abrumadoramente tranquilizador, lo abrazó con fuerza colándose por cada uno de sus muertos poros haciendo que perdiera el balance, sus huesos traquetearon de placer ante el aroma a flores y sándalo. *Puta mierda*, estaba en la habitación de ella.

Paralizado y con el corazón en una loca carrera, intentó divisarla en la cama, no quería asustarla, era malo para el bebé, por lo que trató de ser cuidadoso…, pero en cuanto logró distinguirla se quedó sin aliento, en sus vaqueros su miembro inmediatamente se endureció.

Parecía una princesa, realmente una belleza de los jodidos cuentos que nunca leyó. Su cabello largo y abundante estaba esparcido por la almohada y parte de su rostro, impidiendo que pudiera verla bien. Llevaba puesta *su*

camiseta negra, lo que por alguna jodida razón lo hizo sonreír por primera vez en lo que parecía una puta eternidad. Una mano acunaba protectoramente su vientre, mientras que la otra medio caía por el borde de la cama, sus pechos se veían majestuosos aún tras la camiseta, invitándolo a acercarse. Las piernas largas y cremosas, enredadas en las sábanas.

Desvió la mirada sintiéndose un puto enfermo. Antes de tomar alguna decisión se paseó por aquella habitación con las manos enterradas en su cabello húmedo. Observó la vieja mochila roja que estaba en una esquina junto a un escritorio. Se acercó para ver qué había, pero solo encontró un montón de libros apilados y papeles esparcidos, no era una habitación sucia, solo desordenada… *Diablos,* ¿pero qué mierda estaba esperando? Tenía que llevársela de ahí de una maldita vez, se giró en redondo justo al tiempo que un rayo iluminaba la habitación, iluminándola a ella.

Entonces, ahí encerrado en ese aroma, en esa noche de tormenta, la vio de verdad. Dormida de forma pacífica y casi angelical, Brielle le pareció hermosa.

Una parte de su mente le gritó que la tomara en brazos y la sacara a rastras, incluso una pizca de regocijo brotó en su pecho. La había encontrado, ella-era-suya.

Sin embargo, así como vino, el mero pensamiento lo asqueó.

Verla ahí, con su mano sobre ese vientre donde habitaba su bebé, evaporó todo el odio, la desesperación y la rabia que lo había contaminado durante todos estos días. Para colmo de males, su olor concentrado en aquella habitación causaba estragos en sus hormonas, se la imaginó debajo suyo, desnuda. Besándolo.

Lamiéndolo. Poniendo esos carnosos labios en cada punto sensible de su cuerpo.

Saber que ella iba a tener a su bebé le hacía cosas, y quería estar con ella.

Era sexy como el infierno y su cuerpo la anhelaba. Se repitió que venía por ella solo porque pretendía negarle ver a su bebé crecer. Sin embargo, mientras se acercaba a la cama y pensando de forma racional, llevársela ahora solo sería un acto de capricho, un peligro para la salud de su bebé y, definitivamente, Jared no sería como su madre: caprichoso y pensando solo en él mismo.

—Segura que nada de mareos.

—Nada, Adam. Estoy bien.

Las costuras de su traje se veían visiblemente a prueba con tantos músculos.

Si no supiera que era sumamente tierno y agradable, Brie correría despavorida lejos de él. A su lado, Nicole parecía una modelo sacada de alguna

revista, con su cabello rubio cayendo en suaves ondas por sus hombros y su traje oscuro de marca, era simplemente impresionante. Ahí, entre esos dos, Brie se sentía como una tonta niña.

—Y… ¿tu familia te trata bien? —indagó el joven mientras daba un sorbo a su café.

—Sí… ¿por qué? —contestó con aquella seguridad que había adquirido a base a mentir.

Brie mentía tanto que por alguna razón aquellas mentiras comenzaron a volverse realidad. Mentir como experta había logrado que hasta ella misma se las creyera.

—Por las marcas en tu muñeca. —Apuntó sutilmente con un gesto de mano.

Brie ni siquiera parpadeó, no desvió la mirada, no dejó que sus dientes presionaran su labio. Los ojos azules de Adam analizaban cada movimiento que hiciera, ejerciendo claramente su función como abogado en busca de culpables.

—Fue en Educación Física. Estoy pensando que necesito un justificante urgentemente.

—¡No puedo creer que sigas yendo a Educación Física! —chilló Nicole, quien había permanecido callada hasta este momento.

—Lo sé, ¿pero qué se supone que diga? No tengo manera de saltarme esa clase —cuchicheó nerviosa.

—Buscaré a un cliente mío que es doctor. Le pediré un justificante —murmuró Adam, tomando la mano de una alterada Nicole.

—Gracias, eso será genial. En la escuela no saben de mi embarazo, no quiero ocasionar un revuelo y un justificante solucionaría todo, te lo agradecería infinitamente.

—¿No has visto a mi hermano? —interrogó abruptamente. Nicole puso los ojos en blanco y Brie se removió incómoda en su silla.

—No.

—No has contestado sus llamadas y la verdad creo que está… en una situación complicada. Tengo miedo de que vaya a buscarte a la escuela y todo mundo se entere que estás embarazada por él y no por ninguna clase. —Brie mordió nerviosamente su labio, Adam le estaba diciendo las mismas palabras que Katie.

—Es que no quiero hablarle, me odia. Me dijo que Nicole estaría siempre cuidándome, ¿qué lo hizo cambiar de opinión?

—Que es un maldito bipolar como su novia, ese hermano tuyo está enfermo —masculló la rubia en tono severo.

—No seas tan ruda con mi hermano, solo está asustado, por favor…

—¿Asustado? Qué va a tener de asustado ese hombre, por Dios, Adam.

Jared está mal de la cabeza, no quiere a nadie, ni siquiera a tu padre, no te quiere a ti o no te haría pasar por todo esto y…

—Nicole —la interrumpió—. No conoces a mi hermano, no es que Jared no quiera a nadie, es que *no sabe cómo*. Además, ¿cómo va a saberlo si ha tenido una vida de mierda?

—Solo quiero que me deje tranquila —susurró la castaña, sintiéndose abrumada y confundida.

—Brie, por favor. ¿Serviría de algo si te explico por qué mi hermano parece siempre tan lleno de odio?

La castaña mordió su labio. No quería saber. ¿Pensaría lo mismo de su hermano si le decía que llevó a Zoey a casa?, ¿que se acostó con ella con la intención de herirla? Así que no, de verdad no quería explicaciones, no quería saber nada del ogro. Elevó la vista donde se encontró con aquellos expresivos ojos de Adam, parecía dolido, lleno de nostalgia, podía ver ahí un profundo amor hacia su hermano. ¿Cómo destruir la confianza de la única persona —al parecer — que creía en Jared? Seguro que si decía lo que le había hecho, perdería también a su hermano, además, Adam siempre la había respetado y cuidado, no quería herirlo.

—Quizás… si me lo explicas… Debbie me contó que llevó una vida difícil al lado de sus padres adoptivos…

—¿Difícil? No, Jared estuvo en el infierno, calcinándose por ocho largos años.

—¿A qué te refieres con eso? —cuestionó extrañada Nicole, apartando la taza de café que se había estado tomando.

—Cuando yo conocí a Jared, era un niño pequeño, tímido, de ojos expresivos y mejillas rojas, estaba más que feliz de tener un hermano, un verdadero hermano…, pero mi papá no estaba seguro de que fuera su hijo.

—Tu mamá me comentó que perdieron tiempo en la adopción y eso cambió las cosas —murmuró la castaña. Adam se aflojó un poco la corbata.

—Efectivamente, cuando volvimos a ver a Jared no fue en la casa de adopciones del señor Aaron. A mi hermano acababan de transferirlo de la Correccional de Attica hacia la Correccional Clinton, en el estado de Nueva York.

—No me extraña que a Jared lo hayan tenido preso, está loco. —Adam ignoró olímpicamente a Nicole y continuó hablando.

—Caleb, como se llamaba su padrastro, le enseñó a pelear desde que tenía diez años o algo así... en realidad, Jared nunca me ha querido contar sobre eso, ni tampoco por qué estaba en la cárcel cuando papá lo encontró.

—Y tan terco como es, en lugar de agradecerle a William su ayuda, lo odia

como a nada —farfulló la rubia.

—No es que lo odie, mi papá pidió su custodia para sacarlo de la correccional y a su vez sacarlo de Nueva York, sin embargo Jared le tiene resentimiento por haber engañado a Debbie con Samantha.

—Pero… Debbie me explicó que eran muy jóvenes cuando ocurrió eso…

yo… yo asumí que fue antes de conocer a tu mamá —susurró confundida, Adam

solo puso los ojos en blanco.

—A mi mamá no le gusta dar muchas explicaciones de eso, a mí me tuvieron cuando tenían apenas diecinueve, mi papá no estaba muy en control de su persona a esa edad, así que… en resumidas cuentas, mi papá ya estaba casado cuando engañó a mi mamá. Claro que, cuando llegó esa tal Samantha diciendo que tenía un hijo, yo aún era un niño y no entendí otra cosa, salvo que tenía por ahí un hermano perdido, un hermano al que me moría por conocer. Sin embargo, el que Debbie sea para Jared como la mamá que no tuvo, hace que odie a William por engañarla, por eso se llevan tan mal.

Brie respiró hondo, recordando aquel día cuando Jared le había contado sobre el tatuaje de los Brown. El cariño que Adam expresaba por su hermano era muy grande, lo que la hacía sentirse vacía y sola al no tener ni siquiera un hermano en quien apoyarse. Además, el pasado del joven parecía haber sido mucho peor que el suyo, complicado y oscuro. Sin embargo… eso no cambiaba nada.

—Ahora bien, quiero que entiendas que no estoy excusando su mala educación. Solo te estoy contando quién es, lo amo pero no me ciego —dijo Adam

rompiendo el silencio—. Estoy seguro de que no sabrá manejar esto de la paternidad, de verdad no quiero que mi sobrino pase por el infierno que inconscientemente Jared está forjando para ustedes.

—Nuestra propuesta sigue en pie, Brie. Si sientes que no puedes más, realmente nosotros estaríamos encantados de poder ser padres.

Y cuando Brie miró a Nicole, se preguntó realmente si su bebé no estaría mejor con ellos, eran una pareja sólida y con posibilidades de darle un futuro mejor que el que se vislumbraba para ella. Y ahora que entendía por qué Adam le había ofrecido la posibilidad de adoptarlo, contuvo las lágrimas mientras se abrazaba a sí misma. ¿Acaso estaba siendo egoísta? ¿De verdad podía ella darle algo diferente al infierno a su ángel?

I am, little bit of loneliness, a little bit of disregard, a handful of complaints,

but I can´t help the fact, that everyone can see these scars...

Sus puños ardían, sus pies dolían, el sudor recorría su frente y bajaba por su cuello. Mientras Jared golpeaba con furia el saco de boxeo, escuchaba la canción de *Faint* de Linkin Park, permitiendo que la melodía lo consumiera, era eso o ahogarse con sus jodidos pensamientos. Siguió golpeando y entrenando cuando por el rabillo del ojo vio pasar una pequeña silueta, era ella, esa enana.

—¡Katie! —gritó al tiempo que se quitaba los audífonos. La aludida no detuvo su paso—. Escúchenme, pendejos, sigan entrenando, no me tardo —ladró a los mocosos que tenía por "estudiantes" y salió apresuradamente por el pasillo, era increíble como esa enana parecía flotar con aquellas enormes plataformas—. Que te detengas, con una mierda. —Tiró de su brazo.

—Suéltame, idiota. —Se sacudió de su agarre—. ¿Qué quieres?

—¿De dónde vienes? —Ella elevó una ceja.

—¡¿Qué?! ¿Ahora eres mi padre?

—Ganas no me faltan de nalguearte —escupió con desdén—. ¿Estabas con *ella?*

—*¡Frío!* —gritó Allison desde el otro lado del pasillo, sus tacones repiqueteando mientras corría hacia ellos—. Me alegra encontrarte. —Katie le lanzó una mirada turbia y envenenada en cuanto lo abrazó.

—¿Para qué, Allison?, ¿querías comprobar de primera mano que Zoey sí dio con el departamento de Jared? —La rubia abrió los ojos desmesuradamente.

—No… no sé de qué hablas —susurró colgada aún de su brazo. Jared sintió cómo algo se desconectaba de él y la furia se apoderaba gradualmente de su cuerpo.

—¿Fuiste tú? —siseó entre dientes.

—No, claro que no… *Frío*… déjame explicarte…

—¡Fuiste tú, maldita puta de mierda! —rugió furioso, acorralándola contra la pared.

Allison retrocedió aterrada, su espalda chocó violentamente contra la pared sin dejarle espacio para escapar, tenía los ojos llenos de pánico. ¡Había sido ella! La maldita causante de que Zoey se hubiera ido de la ciudad, la maldita razón por la que Brielle había huido. Cegado por la furia, Jared estampó un puño con rudeza contra la pared haciendo que la rubia dejara escapar un alarido, asustada al casi recibir ella el impacto.

—Te diré dónde está Brie, pero por favor ¡no la mates! —gritó la enana.

Jared parpadeó atónito ante aquellos gritos exagerados. *Dios*, las mujeres siempre hacían un puto drama.

—¡Ma-Maldito imbécil! —sollozó una asustada Allison mientras se dejaba caer al suelo. Jared se puso en cuclillas, justo frente a la rubia. Sujetó su mentón

con fuerza, obligándola a mirarlo.

—¿Qué ganaste con eso, perra? —La rubia sollozó mientras las lágrimas corrían por sus mejillas estropeándole el maquillaje y dejando surcos negros en su rostro.

—S-Solo quería que volviéramos a e-estar juntos. Fuiste muy cruel conmigo… —lloriqueó intentando tocarlo. Jared empujó su cabeza hacia atrás sintiéndose asqueado.

—Eres una pendeja de mierda, dale gracias a la enana que "salvó tu vida".

Espero que ya estés satisfecha, no quiero que te me vuelvas a acercar nunca. No creo que tengas tanta suerte la próxima puta vez. —Se incorporó encarando a Katie quien tenía sus grandes ojos azules abiertos de par en par, incluso retrocedió tropezando con sus pies de bailarina.

—Lo siento… si te asusté. —Elevó las manos tratando de calmarla—. ¿Sabes lo que me costó que esta puta le dijera a Zoey dónde encontrarme?

—L-Lo sé. —Tosió aclarándose la garganta—. Solo que… no debiste ser tan brusco. —Jared suspiró mortificado, ¿brusco? *Por Dios*—. Sígueme. —La siguió como un maldito perro hasta su camerino donde se sentó de nuevo en aquella fea cama y se quitó las plataformas. Y sin poder soportarlo más, soltó lo que estaba pensando decirle desde hacía unos minutos.

—De cualquier manera, ya sé dónde está Brielle. —El rostro de la joven palideció aún más.

—No le hagas daño, te lo suplico…

—¿Daño? —inquirió extrañado—. Jamás tocaría a Brielle, de ninguna manera. He decidido que… voy a dejarla tranquila, como me lo pidió. Lo intentaré… siempre y cuando tú me mantengas al tanto.

—¿Estás diciendo que no la forzarás a estar contigo? —Elevó una perfecta ceja.

—Es una promesa. Solo… la seguiré viendo aunque sea a la distancia, no puedo evitarlo. Pero no le hablaré, ni me acercaré, no si eso es lo que desea.

—No entiendo muy bien por qué haces esto.

—No tienes que entenderlo, tan solo quiero lo mejor para… mi bebé —balbuceó como idiota. Katie entrecerró los ojos, no la iba a dejar imaginarse cosas estúpidas donde no las había, por lo que desvió el tema—. ¿Cómo supiste que Allison le dijo a Zoey dónde encontrarme?

—Supe que la dejaste muy dolida una vez, la rechazaste. Juró que se vengaría de ti, no hay que ser muy listos para adivinarlo. En realidad solo solté una mentira y salió con una verdad, le pusiste un buen susto.

—Eso no es nada —masculló poniendo los ojos en blanco.

—¿Pensabas ahorcarla o algo peor?

—Es un buen comienzo, la hubiera ahorcado y luego habría aventado su cadáver a las afueras de Las Vegas… cerca de la casa de Brie. —Katie palideció de nuevo—. Solo estoy bromeando, por Dios.

—Que… raro humor el tuyo.

—¿De qué hablaron? —Se sentó en el suelo—. ¿Está bien? Es decir… ¿mi bebé?

—Conmigo no necesitas fingir, *Frío*.

—No me digas ese puto apodo.

—Pensé que te gustaba, que era como tu marca registrada, a los hombres les encantan los apodos…

—Mataría al imbécil que me lo puso, casi creo que fue Spencer.

—Estaría encantada con esa muerte —susurró con una sonrisa tímida, por extraño que pareciera, Jared le devolvió la sonrisa. Aunque ¿quién no sonreiría al imaginar muerto a ese Cooper?

—Y… ella… ¿sigue yendo a la escuela?

—Sí.

—¿No sabes si Hank la ha… tocado? —preguntó, tratando de sonar controlado mientras abría y cerraba los puños.

—¿Sabes que su padrastro la golpeaba?

—Sí. —Pasó una mano por su cabello—. Odio que esté ahí, tengo que sacarla de ese lugar, es por eso que te necesito.

—¿A mí? —Katie sonaba demasiado extrañada, como si no pudiera creerle nada.

—Me iré del departamento. —De su bolsillo sacó las llaves del departamento en Insignia—. Dale esto, dile que me iré de ahí. Que por favor regrese, Nicole estará siempre al tanto de ella… —Respiró un tanto agitado—. Si Hank la toca, lo voy a matar, Katie. Necesito saber que mi bebé estará a salvo. —La joven estiró la mano aceptando las llaves—. No me apareceré por ese lugar, ya saqué mi ropa. Solo… dile que necesito saber que lo hará. —La joven le regaló una extraña e indescifrable mirada antes de asentir.

La clase de Biología nunca sería de sus favoritas. Brie suspiró mientras veía en el pizarrón la siguiente práctica que harían en el microscopio.

—Hola, pareja. —Jordan se deslizó rápidamente a su lado.

—Hola, ¿de verdad no quisieras otra compañera?

—Nop, ni para la práctica, ni para el *baile* —aseguró, sonriendo mientras ajustaba el microscopio, la castaña suspiró.

—De verdad deberías ir con alguien más, alguien como Madison, ella se

muere porque tú la invites, te lo juro.

Los ojos de Jordan chispearon sorprendidos con la nueva información, desvió su atención hacia donde Madison estaba lanzándole esas miradas fulminantes, que mágicamente cambiaron a tiernas y amables en cuanto vio que él la miraba. Él le sonrió de vuelta, pero inmediatamente después regresó su atención a Brie.

—Pero ella no me interesa. Quiero ir contigo, ¿por qué te niegas? Dime la verdad, ¿es que vas a ir con alguien más? Acaso… ¿es ese señor que vino por ti el otro día? Tiene que ser una broma… —expresó con el ceño fruncido. Brie trató de poner sus emociones a raya.

—Estás sacando todo de quicio —susurró mientras hacía falsas anotaciones en su cuaderno—. ¿Podemos hablar de esto más tarde?

—Definitivamente más tarde, jovencitos, cuando salgan de mi clase —regañó Thompson, el profesor de Biología.

—Sí… lo siento —murmuró ruborizada. Jordan solo sonrió antes de guiñarle un ojo.

—Seguiré insistiendo —cuchicheó divertido.

Brie mordió su labio mientras pensaba ¿por qué todo mundo hacía tanto alboroto por un baile? Ella nunca había asistido a uno, cuando estaba en secundaria y comenzaban las fiestas, Hank se encargó de matar cualquier ilusión que pudiera tener de ir. En la preparatoria, todos estos años había sido exactamente igual… Así que por primera vez en su vida, mientras Jordan canturreaba un montón de cosas de la práctica y hacía anotaciones, se permitió desvariar, transportándose a otro lado, se imaginó vestida con algún vaporoso atuendo de graduación, sostenida firmemente por unos musculosos brazos, llenos de tatuajes, de cicatrices de…

combate.

Jared la sostenía firmemente contra su duro cuerpo, su loción peculiar a limpio, a lilas en primavera, rodeándola como una manta. Cerró los ojos recostando la cabeza en ese amplio pecho, sintiéndose pequeña mientras él arrastraba los labios por su cuello hasta llegar al lóbulo de su oreja donde lo succionó suavemente antes de susurrar: *«Si quiero coger estarás lista… siempre que yo quiera»*. Su voz sensualmente áspera retumbó por todo su cuerpo y, aunque era una fantasía, en la realidad se sacudió ante el recuerdo.

Abrió los ojos sintiendo la respiración desbocada, los sonidos llegaron a sus oídos otra vez: el murmullo de sus compañeros, el hojeo de los libros, Jordan diciendo cosas como “fiesta después del baile”, la voz del señor Thompson… ¿Qué estaría haciendo Jared? Seguro durmiendo con Zoey, por lo que semejante escena imaginaria le pareció tan ridícula y graciosa que tuvo que apelar a todas

sus fuerzas para no dejar escapar la risa histérica que amenazaba con soltar, definitivamente se estaba volviendo loca.

—¿Brie?, ¿me estás escuchando? —La aludida parpadeó e inmediatamente notó que los profundos ojos de Jordan estaban clavados en ella… otra vez. La verdad es que no acababa de acostumbrarse a ser el objeto de tanta atención, así que inquieta se abrazó a sí misma.

—Perdón, Jordan. ¿Qué decías?

—Que creo que ésta es una bacteria, no me estás poniendo atención.

—Es que… estoy un tanto desvelada, es todo. Necesito tomar un poco de aire o me quedaré dormida.

—Terminemos pronto para salir de una vez —sugirió antes de poner los ojos en blanco.

Efectivamente, cuando por fin pudo poner a sus neuronas a trabajar y a sus hormonas a dormir, fueron los primeros en salir de clases. Y en el estacionamiento, Jordan estuvo bromeando como siempre con ella. A su lado estaba Aly y los demás chicos. Todos estaban hablando sobre el baile y la fiesta que se haría al terminar el evento. Brielle de verdad quería poner atención, sonreír ante las ocurrencias de sus amigos, pero se sentía… acechada. Miró hacia el final del estacionamiento, donde las sombras de los árboles no dejaban ver nada más que oscuridad. Frunció el ceño, percibía una mirada intensa clavada en su figura.

Una mirada que había advertido hacía mucho tiempo en el Cooper's, de alguien de quien definitivamente no quería saber nada. Un escalofrío la recorrió lentamente y no supo si de miedo o de otra sensación a la que no le quería poner nombre. Como en un trance, comenzó a caminar hacia ese lugar.

—¿Qué dices, Brie? ¿Irás entonces conmigo? —Jordan interrumpió su camino, se plantó delante de ella y deslizó un mechón de su cabello detrás de la oreja, trayéndola abruptamente de vuelta a la realidad.

—No… yo no creo que me dejen ir. Además mamá quiere ir a Álamo.

—¿Qué no pueden ir otro día?

—Haz el esfuerzo, Brie. ¡Será inolvidable! —canturreó Javier, justo al momento que una fuerte lluvia se abría paso cayendo sobre ellos, haciendo que todo mundo saliera despavorido a refugiarse.

Jordan dio un paso decidido hacia ella.

—¿Quieres que te lle…?

—¡Brie! —gritó una voz familiar.

Varias chicas desviaron la mirada, riéndose nerviosamente entre ellas mientras lo veían trotar. Zack era una obra de arte, con su cuerpo tonificado y su amplia sonrisa, se lo imaginó como la luz en aquel turbio lugar. Jordan se

interpuso ligeramente entre ellos.

—¿Y éste quién es? —inquirió, mirándolo de arriba abajo. Zack elevó una ceja, era absurdo comparar el físico del capitán de americano contra el de su amigo.

Un boxeador sacado del ring.

—Me llamo Zack, imbécil. ¿Y tu nombre es?

—Jordan. —Su amigo puso los ojos en blanco.

—El nombre perfecto para el *chico* —escupió socarronamente. Brie sonrió acercándose a Zack.

—¿Qué haces aquí?

—Vine por ti, no quería que fueras a mojarte.

—¿Sí? —balbuceó como tonta. La verdad era que le encantaba aquella voz.

—Eh… sí. ¿Nos vamos? —La joven asintió torpemente.

Jordan soltó un resoplido mascullando entre dientes un "te veré mañana"

mientras Zack le abría la puerta del auto. Éste arrancó rápidamente fuera del colegio. El único ruido que los acompañaba era la leve pero incesante lluvia, así como el sonido del limpiaparabrisas. Brie respiró hondo, dejando que el aroma fresco de su amigo la inundara. Rebuscó en su mente algo con que matar el tiempo mientras avanzaban, pero solo se le venían estupideces respecto al clima, al final optó por la verdad. Esa que cuando estaba con Zack, afloraba naturalmente.

—Me alegra que vinieras, ese Jordan me tiene alucinada.

—¿Te gusta? —exclamó horrorizado, haciéndola reír.

—No, qué va. Solo que es muy insistente, quiere que vaya con él a un estúpido baile.

—Dile que se vaya a la mierda, que si vas a ir algún lado solo será conmigo.

—Brie volvió a reírse, y cuando su estómago rugió, se ruborizó a grados insospechados. Zack se echó a reír—. Seguro no has comido, ¿hace cuánto no te invitan a algún lado? —La joven parpadeó mirando el rostro de su amigo.

—¿Invitar?

—Como-una-cita —lo repitió haciéndolo sonar como si tuviera algún retraso.

—Yo… —Se ruborizó desviando la mirada.

—Eso es un nunca. Es por eso que detesto a Jared, toda la puta posesión territorial en lo que a ti respecta me enerva la sangre.

—¿Piensas que… que él no me llevaba a ningún lado para que nadie me viera? —indagó asombrada.

—Claro —aseguró como si no fuera obvio, Brie soltó una carcajada.

—Pero es que nunca salimos, no porque a él le diera miedo que alguien me

viera, simplemente es que yo no era su novia. Nunca… él no me quería de esa manera.

—Mejor para mí, estaba pensando en llevarte a mi taller. No precisamente para que conozcas de herramientas y automóviles, yo… cocinaré algo.

—¿En serio cocinas? —cuestionó con una sonrisa.

—Claro, soy el mejor cocinando y arreglando automóviles... y de verdad me alegra ser el primero que te lleva a una cita. —Su tono era alegre y en sus ojos oscuros brillaba el verdadero afecto.

Brie mordió su labio al pensar en lo que había dicho. Una cita. Una cita de verdad. Miró hacia su vientre, donde acarició la tela que lo cubría y pensó en las palabras de Zack, se dijo que ya tenía que dejar de arrastrarse por un amor no correspondido.

—¿Cómo sabías que no le había llamado a nadie para recogerme en el colegio?

—No lo sabía, tenía la esperanza de encontrarte y salvarte. —Brie se echó a reír.

—Como siempre haces.

Y mientras Zack continuó hablando pestes de Jordan, le contaba vivencias de su juventud en la escuela y demás, la joven pensó que esto en realidad ya era una cita. Un diálogo mediante mensajes ocultos, gestos malentendidos y comentarios que decían una cosa cuando en realidad querían decir otra.

La sensación de picor que producía la aguja sobre su piel era un placer.

Jared cerró los ojos mientras sentía aquel instrumento deslizarse detrás de su nuca. Necesitaba de nuevo esto. Cada tatuaje le recordaba cómo había llegado a donde estaba y porqué. Los tatuajes eran el símbolo de que las cosas habían llegado ahí por alguna jodida razón y así debían quedarse: permanentemente. Mirarlos era crucial en su vida, sobre todo cuando sentía que estaba caminando sin razón entre las demás personas.

—¿Qué dicen esos símbolos? —preguntó una vez que salieron, el másmolesto-

que-una-mosca, Gary.

—Dicen: *vete a la mierda.*

Gary suspiró conteniendo el deseo de mandarlo a la mierda también. El joven tenía la espalda amplia y atlética, así como el resto de su constitución. Su cuerpo al ser grande, distribuía adecuadamente sus músculos, repartiéndolo a lo largo de sus huesos de manera que aunque era un luchador, tenía la apariencia más bien fibrosa pero igual de imponente. Los círculos negros que ahora

habitaban permanentemente bajo sus ojos le daban la apariencia de un asesino en serie. Así que no, decidió mejor contestar otra cosa.

—Y… ¿qué vas a comprar aquí? —Jared se encogió de hombros mientras miraba a su alrededor.

Habían salido ya de la tienda de tatuajes y continuaban vagando por la gran plaza, quizás una parada en la tienda de Steve Madden, Dios sabía que nunca era suficiente con un par de botas…

¿Qué estaría haciendo ahora Brielle? *Mierda.* El que decidiera dejarla tranquila no significaba que dejara de verla. Jared necesitaba saber de ella, necesitaba ver aunque fuera a la distancia el progreso de su embarazo, asegurarse de que estaba bien. Así que la espiaba todos los putos días, incluso visitándola por las noches en su alcoba. De hecho, ya la había visto varias veces en la semana sonriendo y conviviendo fuera de la escuela. Hoy se había quedado paralizado cuando ella lo miró, Brielle miró directamente a sus ojos aunque ella no lo supiera, y cuando comenzó a caminar hacia él, se encontró a su vez caminando a su encuentro… hasta que el puto de Jordan se interpuso.

Ese chico ponía aprueba todos los días su autocontrol, hoy por ejemplo se había abstenido de romperle el puto cráneo a ese imbécil cuando deslizó un mechón detrás de su oreja, en ese momento, se había obligado a marcharse. No quería más escenas con drama, se fue repitiéndose como un mantra que ella merecía eso: ser feliz, convivir con personas de su edad, divertirse y no pasar malos ratos todo el tiempo y por su culpa. Dios, no estaba familiarizado con esos jodidos sentimientos… un golpe en su hombro lo hizo despabilarse.

—¿Qué? —preguntó irritado.

—Eso mismo te iba a preguntar yo a ti —murmuró Gary con una ceja levantada—. Llevas parado aquí como veinte minutos.

Jared miró a su alrededor con el ceño fruncido, y entonces el estómago se le fue al suelo. Había ropa de bebés, cunas, biberones, toallitas, zapatos, caballitos y… *mierda*, ¡extractores de leche! Aterrado, retrocedió torpemente.

—Estaba distraído. —Dio la vuelta solo para chocar con una gran carriola.

—¡Oye! —gritoneó la señora que venía empujándola.

—Vámonos de una puta vez —siseó para Gary, aunque en realidad sonó para sí mismo.

En cuanto llegaron al Cooper's, los hermanos los estaban esperando en la oficina de Spencer. Jeff le informó que el Red’s había contratado a un nuevo chico muy bueno y ya conocido por matar a sus contrincantes: Lucas Young.

—Esos pendejos se la viven buscando nuevos adversarios, pero ese mentado Lucas parece ser todo un descubrimiento, esta semana mató a dos a golpes — aseguró Jeff—. Si pelea contra ti quizás debas matarlo, ¿por qué nunca

has matado a nadie, *Frío*? —preguntó tan casual que le robó un escalofrío.

—*Jamás* he matado a nadie.

—Por eso te lo pregunto, aquí han ocurrido incidentes, lo sabes. No te pasaría nada, los accidentes pasan y si lo hicieras mataríamos dos pájaros de un tiro. Con Lucas muerto, el Red's cerraría sus puertas, es su única estrella.

—¿Y qué beneficio obtengo yo?

—Reconocimiento por parte de todos, serías una puta leyenda.

—Por favor, Jeff. Ya no veas tantas películas de Disney, te están friendo el puto cerebro —bufó con sarcasmo, el hermano Cooper no respondió nada, solo lo miró de aquella forma ilegible que lo caracterizaba.

—Entonces asegúrate de al menos darle la paliza de su vida, tenemos que demostrar que somos mejores que ellos.

Jared suspiró con cansancio, como si no entrenara todos y cada uno de los putos días. Así que eran ya las tres de la madrugada cuando salió de aquel lugar, por primera vez en mucho tiempo, condujo despacio hasta su antiguo y desgastado departamento. Aquel lugar realmente se estaba cayendo a pedazos, y si no tuviera la reputación de matón, seguro que ya le habrían robado su preciosa Harley.

Lanzó las llaves despreocupadamente sobre la mesa y anduvo deambulando por el pequeño espacio. No tenía hambre así que se tumbó en aquella jodida cama fría y vieja, de su bolsillo sacó dos cosas: un cigarrillo y un dibujo. Mientras daba una fuerte calada, pensó que la nicotina ya no servía para calmar sus nervios. Luego su atención se posó en aquel dibujo, en realidad era como una fotografía, una de su reflejo.

Soltó el humo lentamente mientras observaba la imagen, ella lo había plasmado a la perfección, dibujado hasta el más mínimo detalle. ¿Por qué? La verdad no podía entenderlo, había encontrado en su habitación aquel dibujo arrugado y lanzado hacia cualquier lado. Seguramente la habría hecho enfurecer para que arremetiera contra el pobre trozo de papel, y por primera vez se permitió sonreír mientras se la imaginaba haciéndole vudú o alguna mierda. Brie siempre le había parecido un tigre oculto detrás de su imagen de gatito. Guardó el dibujo y sacó su celular, necesitaba hacer una llamada.

—*Deja. De. Acosarme*. —La voz de la chica intentó sonar molesta, pero en estos días que llevaba tratándola, percibió por su tono que seguro estaba sonriendo.

—Solo quiero saber si ya le entregaste las llaves.

—*No, Jared. No todos los días puedo verla, pero te prometo que lo haré pronto. Ella está bien, te lo aseguro.* —El joven suspiró ante lo que Katie decía, quería confiar en ella, de verdad que sí… pero no podía confiar en Hank.

—Bien, te veo mañana. —Colgó.

Volvió a quedarse en silencio y se removió con incomodidad, no podía estarse en paz. Ni siquiera porque había entrenado todo el día, o porque además ya la había espiado temprano, éste jodido lugar ya no era su hogar. No lo era desde hacía años, cuando se había mudado con Zoey, pero ahora se sentía diferente. No olía… a frutas. Respiró profundo y en su chaqueta crujió algo, lo que lo hizo abrir y cerrar los puños al recordar qué era. Llevaba un poco de cocaína y la piel le picó de ansiedad. Lo de drogarse se le estaba saliendo de las manos. Estaba tratando de no hacerlo desde aquel día, donde por culpa de esa mierda había hecho puras pendejadas.

Así que, sin detenerse a pensar qué mierdas estaba haciendo, se levantó y tomó sus llaves. El camino largo y fresco no logró despejar su mente, ni siquiera se detuvo a pensar sus actos de mierda mientras trepaba ese estúpido árbol. Y cuando por fin llegó a donde quería estar, recordó sus palabras: *"...creo que soy la droga con la que te torturas últimamente"*. Sí, ella debía tener razón, porque esto, el olor y la calidez de su presencia, era su nueva droga.

Se sentó como siempre en una vieja mecedora cerca de ella y se dedicó a observarla, la verdad le resultaba fascinante, la miraba largo rato pensando cuánto había cambiado desde que la había conocido, lo que resultaba tan jodidamente raro.

Quizás por su edad era que se notaba más cómo poco a poco iba transformándose.

Desde el pronunciado vientre hasta los rasgos en su rostro. Un rayo iluminó la habitación, proyectando sombras oscuras e indefinidas, haciéndole recordar aquellas noches oscuras y llenas de tormentas en el condado de Clark.

Cuando vivía en el orfanatorio, Aaron cada domingo después de llevarlos a la iglesia organizaba un día de campo en el Jardín Botánico Alan Bible. Los huérfanos se reunían y jugaban al fútbol, montaban en unos hermosos caballos siempre supervisados bajo el ojo de Aaron. Comían ricos bocadillos y grandes cantidades de golosinas.

Y mientras todos se reían y la pasaban bien, Jared siempre acababa llorando y con raspones al finalizar el día. Daba igual la cantidad puñetera de veces que le explicaran las cosas, nunca podía. Era demasiado pequeño y torpe. Su piel, a diferencia de los demás chicos de la comunidad en su mayoría conformados por hispanoamericanos, era demasiado pálida por lo que se ponía morada con facilidad ante los golpes. Aaron regañaba a los que se metían con él, de modo que finalmente los demás niños decidieron relegarlo, dejándolo a la sombra de un frondoso árbol.

Obligado a ver el juego desde lejos, el joven observaba cómo jugaban los

otros niños y niñas. Oía sus risas traídas por la brisa mientras a él le llevaban sándwiches para que comiera solo.

El único que se quedaba con él la mayoría de las veces era Zack Miller.

Su amigo siempre sonreía y hacía bromas, era feliz. ¿Cómo no iba a serlo si a él su papá sí lo quería? Jared siempre había deseado que su mamá regresara, y en momentos de soledad como aquéllos, ese deseo lo consumía. Incluso más que dejar de ser un puto llorón para poder jugar con los otros pequeños, deseaba una familia, deseaba que Samantha volviera, con todas sus fuerzas. Ella era su mamá, y desde que lo dejó le parecía vivir eternamente en una pesadilla. Cerraba los ojos anhelando pertenecer a alguien.

Quería que alguien le dijera: Eres mío.

Pero claro, Jared nunca se caracterizó por ser de esos cabrones que tenían suerte en la vida, y cuando *perteneció* a alguien, resultó ser un demente. Por eso ahora, mientras veía a Brielle dormir con tanta tranquilidad, se dijo que nunca la obligaría de nuevo a ser suya. Y dejando de lado todas las putas razones que tenía para odiarla, se repitió que ella merecía lo que él no pudo tener. Una vida normal.

Alejarla de sus amigos, de sus seres queridos no era opción. Se estaba volviendo como Samantha, y ponerla en peligro con su temperamento, con sus adicciones o su forma de vida, era igual que ponerla a vivir con el hijo de perra de Caleb. Entonces ahí, bañado en la oscuridad y rodeado por el aroma frutal, se devanó los sesos tomando una decisión, y al final, cuando emergió de aquella terrible indecisión, se dio cuenta de que de alguna manera, ya nunca sería el mismo.

Capítulo Doce

Brie parpadeó ante lo que Katie sostenía para ella: Un par de llaves con el logotipo de Insignia. Miró de vuelta a su amiga, sintiéndose terriblemente confundida.

—¿Qué es eso?

—Unas llaves. —Puso los ojos en blanco.

—Es decir, ¿p-por qué? ¿Por qué… él me mandó esto?, ¿se fue? O… ¡no pienso volver con él! Si eso es lo que pretende enviándome esto…

—No te alebrestes, Brie. Jared ya no está en ese lugar, se fue.

—¿A dónde? —preguntó al tiempo que sentía un pinchazo de dolor. ¿Se habría ido a vivir con Zoey?

—No lo sé, pero me dijo que no quiere que vivas con Hank. Realmente ha jodido mucho con que te dé esto, quiere que estés a salvo. Me dijo que no volverá por allá, solo quiere que no vivas con tu padrastro —comentó Katie, pero Brie no podía dejar de imaginárselo viviendo ya con esa mujer.

—Si necesito irme de mi casa, prefiero irme con Zack antes que con él. —Katie bufó.

—¿Qué has pensado respecto a que te vea con el *insolente*?

—Nada, no tengo por qué darle explicaciones.

—Creo que estás tentando mucho tu suerte. ¿No dijiste que le pagó a Hank

para comprarte? ¿Qué tal que un día cumple sus promesas? Sabes que puede hacerlo, denunciar a tus papás o algo mucho peor. —La joven mordió su labio.

—¿Tú crees?

—No lo sé, solo estoy suponiendo.

—Bueno… —Tomó las llaves—. Pero solo me iré en caso de que sea necesario, de momento Hank solo se ha dedicado a mirarme con odio y gritonearme a veces. Quiero disfrutar de mi mamá todo el tiempo que pueda…

antes de… ya sabes. —Ni siquiera pudo seguir, un nudo se había formado ya en su garganta como un alambre de púas doloroso.

—Tómalo con calma, amiga. —Katie se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros—. Ya no llores, le puede hacer daño al bebé.

—Ni que lo digas, Brie últimamente ha pasado por demasiado estrés. —Matt

llegó hasta donde estaban, Katie le sonrió cálidamente mientras Brie se limpiaba las lágrimas.

—Me alegra verlos juntos.

—Así que digas tú que estamos juntos… —empezó Matt, pero Katie lo interrumpió.

—Nos estamos conociendo apenas, ahora déjanos ayudarte, ¿está bien? —Brie asintió devolviéndoles la sonrisa y limpiando sus lágrimas.

Los días continuaron su curso, Natalie se veía débil y cada vez más enferma.

Hank cada día se presentaba menos, quizás perdiendo todo el tiempo y dinero en el Cooper's, de cualquier manera, en cuanto la joven escuchaba la vieja Volkswagen, corría a su habitación donde se encerraba a pensar que tampoco había noticias de… *él.*

No que quisiera saber algo.

Es solo que, por alguna loca razón, cada vez que estaba en su habitación le parecía percibir su aroma, desde que estaba embarazada sentía como si pudiera oler más los aromas, y sin duda, podía olisquear el de *él*, como si de alguna manera hubiese estado ahí. Lo que definitivamente la estaba convirtiendo en una loca. En la escuela iba bien en sus notas, justo ahora estaba escuchando en Literatura sobre el amor imposible de Romeo y Julieta. Quizás por eso, inconscientemente dibujaba corazones rotos al final del cuaderno, quizás por eso estaba fantaseando con *él*... otra vez. *«Vaya idiota»*, le gritó furiosa su voz interna.

Furibunda consigo misma, se dijo que ya no quería escuchar la clase, arrancó la hoja y sin poder soportarlo más se levantó para ir al baño. Una vez ahí, Brie salpicó su rostro con agua fresca a pesar de que hacía demasiado frío, agradeciendo inmediatamente la sensación en su calentada piel. El cabello largo y rizado se coló frente a sus hombros mientras intentaba acomodárselo. La calefacción en el salón de clases le parecía sofocante y sentía bochornos. Las risas estruendosas en el salón, los gritos, la insistencia de Jordan… de pronto todo aquello la tenía abrumada.

Además, Dios, cada vez se sentía más pesada y adormilada. Suspirando, miró hacia abajo, donde pudo ver su vientre ligeramente sobresaliente, asustada se abotonó rápidamente el gastado abrigo naranja. Sabía que nadie sospechaba de su embarazo, no se podía saber a menos que tuviera tontos descuidos como éste. Dio la media vuelta dispuesta a volver al salón cuando el rechinido de la puerta al abrirse dio paso a dos sombras familiares, haciéndola detenerse en seco.

—Aquí está —canturreó Madison, su sonrisa por alguna extraña razón le

pareció turbia y escalofriante.

—Te lo dije. —Evelyn venía tras ella, su risa maliciosa solo empeoró el panorama en donde, repentinamente, Brie se encontraba acorralada. Miró hacia la derecha solo para comprobar que estaba sola en el tocador.

—¿Q-Qué necesitan? —preguntó, odiando el tono vulnerable en el que se escuchó su voz.

—Que desaparezcas, ¿qué acaso no te lo pedí por las buenas? Te hubieras quedado en el puto infierno de Los Ángeles.

Madison se acercó un poco más hacia ella, su diminuta falda de porrista ondeando exageradamente por el movimiento de caderas. Evelyn se recargó contra la puerta del baño bloqueando así cualquier intento por escapar que hubiera cruzado su mente.

—Vamos, ya déjense de esto, el semestre está por terminar…

—Exacto, el baile está cada vez más cerca y Jordan no me ha pedido que sea su pareja. Pero no tiene caso que te lo explique, ¿verdad? Tú sabes mejor que nadie por qué no lo ha hecho. —*Dios*, ahora Brie sabía por qué no le gustaba hacer amigos en la escuela, siempre hacían un drama y se morían por nada, haciendo de todo una confusión—. Porque se la vive pidiéndotelo a ti, perra ofrecida.

—Eso no es cierto, además no aceptaré…

Brie retrocedió ligeramente, el aroma de Madison la golpeaba con fuerza, era demasiado dulce y empalagoso, haciendo cosquillas en su nariz y estragos en su estómago. El que Jordan Sanders, mariscal y conquistador del instituto, estuviera malditamente encaprichado con ella le había resultado curioso, incluso halagador al principio. Claramente debió dejarlo de lado, ignorarlo como al resto del mundo y alejarse de él cuando pudo.

Tan distraída en pensamientos como estaba, no vio venir la bofetada que le cruzó violentamente la mejilla. Aún estaba medio atontada y sorprendida cuando la rubia literalmente se abalanzó contra ella provocando que su espalda chocara dolorosamente contra los lavamanos, inmediatamente después le enterró las uñas en los brazos, en las manos, en cualquier parte que Brie intentaba cubrirse. Madison no paraba, incluso comenzó a tirar de su cabello con la intención de tumbarla al suelo.

Protegiéndose únicamente el vientre, Brie estaba aterrada, pero no por el daño que le estaban haciendo a ella, y mientras sentía la piel desgarrarse entre las malditas garras de esa mujer, mientras escuchaba la risa escandalosa de Evelyn, o sentía el cuero cabelludo desprenderse de su cabeza, solo podía pensar en una cosa, una cosa que complicaría de nuevo su vida. No tenía otra opción.

—Suéltame, por favor —gimió, sacudiéndose con violencia.

—¡Defiéndete, perra! —Otra fuerte bofetada—. Te dejaré irreconocible, no solo Jordan dejará de verte, ¡te desfiguraré para que nunca nadie te vuelva a mirar!

—¡Estoy embarazada! ¡Suéltame! —rugió, empujándola ahora con todas sus fuerzas.

Los gritos y las risas cesaron, solo quedó la respiración jadeante de ambas.

Los ojos azules de Madison estaban dilatados mientras la veía de forma incrédula.

—Niño problemático, hay algo que tengo que decirte.

Jared se permitió una media sonrisa otra vez al ver a la enana. Nunca pensó que aquello de la amistad fuera cierto, le parecía un mito, un cuento inventado por gente necesitada de compañía. Pero ahora, mientras veía sus curvas balancearse de un lado a otro, su pequeña falda o su cabello desordenado, realmente no pensó en otra cosa que… amistad.

O si no amistad, al menos era una tregua.

—¿Qué tienes que decirme? ¿Ya le diste las putas llaves? —Katie se soltó riendo.

—Eres tan fino. Sí, ya se las di. —Jared iba a abrir la boca para preguntar algo, pero Katie elevó una mano deteniéndolo—. Y antes de que te pongas como energúmeno, te advierto que no se irá a vivir allá hasta que lo considere necesario.

—¿Por qué mierda es tan testaruda? ¿Qué es lo que quiere?, ¿que la lleve a rastras?, ¿que la obligue?

—Quiere estar con su mamá, entiéndela. Natalie tiene cáncer, no sabemos cuánto le quede de vida, le doy la razón en ese aspecto. Solo quiere tenerla todo el tiempo posible.

Jared se pasó nerviosamente una mano por el cabello.

—Mierda, no lo sabía.

—Te dije que no la conocías. —Y por alguna razón, aquella aseveración lo emputó.

—¿Y cómo se supone que la conozca si se la vive mintiendo? —Katie suspiró.

—Quizás deberían ustedes dos sentarse a platicar, las cosas no son como crees…

—Te tengo noticias de última hora, enana. ¡No sirvió de nada! Ella me dijo que se embarazó para salir de aquí, fin de la puta discusión. Si eso resulta no ser cierto, solo sería una mentira más a su colección, así que prefiero no hablar. —

La joven suspiró.

—Tienes un temperamento muy explosivo, si te comportas así con Brielle, no me extraña que saliera corriendo lejos de ti. —Jared desvió la mirada al tiempo que abría y cerraba los puños—. ¿Nunca has pensado en salirte de las peleas? Aquí todo es tan… *bestial.* Todos se comportan como si fueran unos gladiadores, es absurdo.

—Sé que te resulta difícil de comprender —suspiró mientras la miraba—, pero aunque no lo creas, para mí la violencia ya no es jodidamente nada. Eso pasa cuando se crece viviéndola día a día. Sé que como tú, muchas personas piensan que no tengo sentimientos, que no valoro la vida.

—¿Y lo haces? Porque cuando te veo peleando, parece que ves a tus adversarios como comida rápida y te estuvieras muriendo de hambre.

—¿Me has visto peleando? —preguntó extrañado, Katie se tensó al parecer por ser descubierta.

—Un par de veces. —Se encogió de hombros restándole importancia—. Es por eso que no entiendo tu estilo de vida.

—No, lo que no entiendes es que pelear le da un sentido muy fuerte a mi realidad. No es un estilo de vida. Y ya que soy incapaz de soñar, me enfoco en esto.

—Estiró los brazos abarcando el espacio—. Es parte de la naturaleza, o al menos de *mi* naturaleza.

—Pero es violento —insistió.

—No desde mi punto de vista. —Katie suspiró.

—Al menos haces lo que te gusta —farfulló.

—¿Qué tú no?

—Pues me gusta bailar, pero… —Se ruborizó—. Odio prostituirme —confesó, asombrada incluso de haberlo expresado en voz alta, al instante se arrepintió y miró a Jared horrorizada. No iba a soportar una mirada de lástima, pero lo que encontró ahí no fue eso, fue absoluta comprensión, sin embargo, no lo dejaría abordar este tema. Irguiendo rápidamente sus paredes, preguntó otra cosa—:

¿Y qué has pensado de Zoey?, ¿seguirás con ella?

—Eso no te importa —refunfuñó, un tanto desconcertado por el cambio de tema. Nervioso, tomó una gran bocanada de aire antes de sacar un cigarrillo, lo encendió dando una fuerte calada en cuanto estuvo en sus labios—. Pero ya que estamos en confianzas, ¿estás saliendo con ese rubio de mierda?, ¿el que trabajaba en la cafetería?

—Matt.

—Ese cabrón. —Soltó lentamente el humo a través de sus labios —Sí. ¿A

qué viene eso?

—¿Alguna vez fue novio… de Brie? —Katie lo miró confundida.

—¿Cómo se te ocurre? —chilló, golpeando el suelo con uno de sus impresionantes tacones de plataforma.

—Por la cercanía que tenían cuando los conocí… Yo…

—¿Acaso estás… *celoso?* —preguntó con una estúpida sonrisilla.

—Limítate a malditamente contestar.

—¿Eres todo un mandón, a que sí? —El joven la miró estoico, Katie bufó —. Nunca han sido más que buenos amigos, Brie es muy dulce, ¿quién no querría ser su amigo? —Jared puso los ojos en blanco—. Claro, todos menos tú.

—No me interesa ser su puñetero amigo.

—Eso es porque lo que te interesa es ser algo más —insinuó, dando unas ridículas piruetas, como si estuvieran en el colegio.

—Ya deja de joder. —Inesperadamente, le puso una enorme mano en la cabeza y le alborotó el cabello. Ella dejó de bailar y lo miró de forma indescifrable.

—Eres todo un estuche de monerías, Jared. No eres tan *frío* como aparentas.

—Cuando quieras puedo putear a tu noviecito para que vuelvas a odiarme — comentó con una arrogante sonrisa para después darse la vuelta y dejarla sola. Sin embargo, sostuvo la estúpida sonrisa incluso mientras escuchaba los gritos indignados que Katie le aullaba a lo lejos.

—¡Seguro vas a buscarla a la escuela! ¡Eres un puto loco y un acosador! —gritaba irritada a su espalda, Jared elevó la mano mientras caminaba, pero no para despedirse, sino que le mostró el dedo corazón. Síp, era un puto acosador y su mente estaba ya en ese colegio.

—Te espero en la noche en las bodegas, te encantará verme pelear —gritó sobre su hombro.

—Está mintiendo… —susurró Evelyn—, solo quiere que le tengamos lástima, termina con esto de una vez, Madison.

La rubia cambió su expresión aturdida por su habitual sonrisa de suficiencia, varios mechones se escaparon de su coleta mientras avanzaba hacia ella. Entonces Brie supo que la pelea no había terminado y que seguirían atacándola, así que con manos temblorosas y los ojos llenos de lágrimas, se desabrochó el gastado abrigo naranja.

Su pequeño pero bien formado vientre quedó a la vista de ambas mujeres, y mientras Madison retrocedía como si estuviera viendo al anticristo, Brie frotó con delicadeza su pancita de la que estaba tan orgullosa, prometiéndole a su bebé

en silencio que esto no volvería a pasar.

—¿D-De quién estás embarazada? —jadeó la rubia.

—Te aseguro que no es de Tyler, ni de Jordan, ni siquiera está en esta maldita escuela. —Su voz era entrecortada al igual que su respiración—. No estoy desesperada por salir con nadie, ¡nunca! No me interesa ningún hombre de aquí, ni siquiera del mundo. —Comenzó a abotonar su abrigo—. Ya tuve suficiente con uno.

Brielle las miró de forma contúndete dejando a las porristas de piedra, mirándose una a la otra de forma desconcertada. El corazón de Brie estaba tronando ahora contra sus oídos, incluso los objetos ahí presentes comenzaron a verse borrosos, además detestaba la forma en la que las lágrimas furiosas no dejaban de correr por sus mejillas. Por un momento hasta deseó haber devuelto bofetadas, al menos le hubiera gustado no estar llorando.

—Eso te pasa por puta, lo tienes bien merecido —aseguró Madison rompiendo el tenso silencio, sacudiendo las inexistentes arrugas de su falda, una sonrisa cruel llena de suficiencia se dibujó en su rostro—. Ahora, solo te resta explicárselo a Jordan y a toda la escuela antes de que lo hagamos nosotros. —Evelyn de nuevo se soltó riendo antes de darse la vuelta.

La castaña se tambaleó ligeramente al quedarse sola. Como pudo, salió a trompicones de aquel lugar y se dispuso a ir a hacia su refugio detrás del colegio, bajo la sombra de un gran árbol. Solo que, para variar, en Las Vegas el calor era incendiario en el verano, pero el frío demasiado cruel en el invierno, justo como ahora. Suspirando, caminó rápidamente hasta un par de árboles, y aunque estaba demasiado helado, no le importó.

Cuando su celular comenzó a sonar, lo miró con manos temblorosas, era Zack, pero no podía contestarle, si lo hacía seguro su voz la traicionaría diciéndole a su amigo que algo malo había pasado, por lo que puso el celular en silencio. Lo llamaría después cuando se calmase, respirando entrecortadamente, intentó doblar las piernas contra su pecho y abrazarse, pero ya no podía, su vientre se lo impedía.

Así que estiró las piernas mientras veía las montañas tratando de tranquilizarse, sorbiendo su nariz miró hacia la izquierda, donde estaba el estacionamiento y… su corazón comenzó a latir deprisa. De nuevo esa sensación de sentirse acechada la invadió. Ahí, en las profundidades del bosque ensombrecido, pudo distinguir una sombra oscura.

Asustada, se levantó de inmediato, temerosa a que fuera algún matón enviado por Spencer y se metió casi corriendo a clases. El resto del día le pareció un borrón, como aquella vez que había sido drogada y, cuando menos pensó, era hora de salida. A esas alturas el rumor estaba expandiéndose como el maldito

cáncer por las paredes del colegio, algunas personas comenzaban a mirarla diferente, cuchicheando al verla, ni siquiera quiso pensar en lo que le esperaría el día siguiente.

En el estacionamiento el frío era increíblemente peor, más intenso. ¿O era ella? Suspirando, miró hacia el bosque, no había ninguna sombra, ningún indicio de algún loco enviado por Spencer, se estaba acomodando el gorro de su chaqueta cuando alguien la sujetó del brazo, haciéndola gritar terriblemente asustada.

—Dios mío, Brie, solo soy yo. —La joven parpadeó quitándose el gorro antes de abrazarlo fuertemente por la cintura.

—Gracias por venir, Zack.

El aludido se sorprendió ante la inesperada reacción. Un escalofrío lo recorrió por entero mientras la estrechaba entre sus brazos, deseaba cuidar de ella, protegerla. Su amiga era pequeña y delicada, pero siempre tenía un semblante fuerte y alegre, así que verla triste y hasta asustada lo estaba volviendo loco.

—Te marqué pero no contestabas, y decidí venir por ti… —soltó angustiado desde las alturas. Dios, era tan alto. La castaña a duras penas le llegaba a la altura del pecho. Zack la miró fijamente, luego entrecerró los ojos—. ¿Qué te pasó?

Solo hasta ese momento, Brie recordó que hoy había pasado por demasiadas cosas… como la pelea en el baño. Bajó la mirada mordiendo su labio.

—No es nada, solo una tontería.

—¡Y una mierda! —rugió furioso, sujetándole el mentón para que lo observara—. ¿Quién jodidos te golpeó?

—Por favor. —Con las manos aún temblorosas sujetó las de su amigo—. No me preguntes qué pasó, no volverá a ocurrir.

—¿Fue ese padrastro que tienes? —La joven sacudió la cabeza.

—No, no fue él. ¿Podemos irnos?

Zack se encontraba furioso al tiempo que pisaba con fuerza el acelerador, haciendo que salieran proyectados por la carretera dejando atrás el colegio.

Mientras su amigo manejaba a toda velocidad con el gesto visiblemente crispado y todos esos músculos tensos, Brie no sintió miedo ni tampoco ganas de seguir llorando, con un fuerte suspiro estiró la mano y la puso sobre la palanca de velocidades, justo sobre la de Zack.

—Gracias por todo, nunca voy a terminar de agradecer todo lo que haces por mí.

—Como salvador, creo que me estoy volviendo todo un profesional —canturreó con voz un poco más ligera, devolviéndole el apretón en la mano.

Brie suspiró al observar sus manos unidas. Pensó que al tocarlo no fue eléctrico, sino suave y cálido. Todo en Zack era cálido. Hasta su piel.

—Tienes razón, eres muy bueno sacándome de apuros —murmuró con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—¿Quién te hizo eso, Brie? —preguntó retomando el tema.

—¿Podemos no hablar de ello en estos momentos? —Intentó soltarle la mano, pero el joven la sujetó impidiéndoselo.

Zack volvió a mirar hacia el frente. No quería arriesgarse a que Brie se enfadara, la joven ya tenía demasiados problemas como para seguir atormentándola, pero simplemente no podía dejar pasar esto. Así que con mucho cuidado comenzó a trazar círculos en su palma con el pulgar para intentar reconfortarla.

—Podemos, pero insistiré hasta el fin de los tiempos. —La castaña suspiró mirando fijamente por la ventana, pasaron algunos minutos en los que pensó que no le diría nada hasta que balbuceó:

—Fue en la escuela, unas chicas me atacaron porque piensan que les quiero robar a sus novios.

—¿Y te defendiste? —Brie negó mientras se mordía el labio—. ¿Por qué no?

—Porque no soy como ellas, la violencia ya de por sí solo genera más violencia. Además, no quería ponerme a su nivel y hacer de adolescente embarazada hormonalmente enfurecida. —Se estremeció—. Sin embargo, no puedo dejar de asombrarme de que la gente sea tan desagradable, de que realmente exista el *bullying.*

—Y esa práctica solo termina poniendo un alto, debiste devolver un par de golpes.

—¿Por qué debería ser como ellas? Quiero creer que el silencio puede hacer más daño que los golpes… ¿no crees? Pienso que de esa forma quizás se darán cuenta de lo brutales y despiadadas que están siendo si logran escucharse a sí mismas.

—Eres muy noble —suspiró Zack negando con la cabeza—. Ya sabes que yo lo resolvería en un ring, pero supongo que me veo como un hombre de las cavernas.

—Es diferente —comentó ella encogiéndose de hombros.

—Eso sí, quizás si fuera chica también estaría angustiada, eres malditamente hermosa. Toda una digna rival para un baile de graduación. —Brie se ruborizó mientras sonreía—. Ya en serio, si vuelvo a ver esto…

—Las matarás —sentenció Brie, poniendo los ojos en blanco al recordarlo a… *él.*

—Pensaba molestarlas o acusarlas con el director, pero si eso quieres… —Ella por fin sonrió mientras negaba con la cabeza—. Y… ¿a dónde quieres que te lleve? ¿Al infinito y más allá? —Volvió a sonreír ante la estupidez que acaba de decir Zack, y por alguna razón, siguió riéndose y riéndose como demente.

Y mientras lo hacía, sentía cómo se transformaba en otra versión de ella misma, esa que afloraba cuando estaba con Zack. Se sentía como la adolescente que era, joven y hasta irresponsable. Alguien que haría algo realmente estúpido, como ir a lanzar huevos contra la casa de Madison, o fingir que iba a atropellar a Evelyn y girar en el último momento, claro, todas esas cosas sugeridas por Zack.

—¿Me vas a decir por qué la risa de histérica? —preguntó, sin poder ocultar su propia sonrisa.

—Solo estoy feliz, ¡qué bien se siente ser libre! Llévame a donde sea.

—Entonces espero que te gusten las cosas dulces, compré helado. Lamento que quizás hoy no podamos pasar mucho tiempo en casa… quedé de ir con los chicos a las bodegas.

En cuanto llegó al Cooper's, Jared empujó a todo pendejo que se atravesaba en su camino mientras daba largas y grandes zancadas hacia el camerino de Katie, respiraba pesadamente y por sus ojos literalmente lanzaba hielo. Sus botas hacían el suficiente ruido mientras caminaba como para espantar a todo mundo.

—¡Katie! —rugió con la voz ronca. La aludida dio un respingo, se encontraba sentada frente a su tocador y estaba aplicándose maquillaje.

—¡Mierda, Jared! —Se llevó una mano al pecho, como si de esa forma pudiera controlar los latidos de su corazón—. ¿Qué te pasa?, ¿por qué rayos entras así?

—Brie —susurró con la voz jodidamente ronca. Katie palideció un poco abriendo mucho los ojos.

—¿Q-Qué le pasa?

—Estaba llorando, estaba malditamente triste hoy en el colegio. ¿Qué mierda le pasó? ¿Qué le hicieron? ¿Fue Hank? Seguro fue ese bastardo. —Se pasó una mano nerviosa por el cabello caminando de un lado a otro como un león enjaulado—. Voy a matarlo si se atrevió a ponerle una puta mano encima, soy capaz de…

—¡Detente! —gritó Katie frente a él, Jared la miró desconcertado, ¿a qué hora se había levantado para sujetarle los brazos? Sus manos eran pequeñitas y se veían incluso ridículas intentando sostener sus poderosos antebrazos.

—¿Por qué estaba llorando?

—No lo sé, Jared. ¿Cuándo vas a entender que no puedo estar sobre ella

todo el tiempo?

—¿Mi bebé estará bien?

—Mira, la llamaré en este momento, ¿quieres eso? —interrogó en tono tranquilizador, la mente del joven zumbaba cargada de furia y nervios, por lo que solo fue capaz de asentir—. ¿Brie? —Pausa—. Bien, oye, nena… ¿y tú estás bien?...

Sí, es solo que tuve un presentimiento de que las cosas quizás fueran mal… —Otra pausa—. Ya me conoces, ¿y bien? —Silencio demasiado prolongado para el gusto de Jared—. Esas hijas de perra, es hora de que alguien las ponga en su lugar… — Katie abrió mucho los ojos y caminó en otra dirección, como si no quisiera que Jared escuchara lo que sea que Brie estaba diciendo, unos minutos después colgó.

—¿Qué mierda pasó? —exigió en cuanto Katie volvió a su lado.

—En la escuela unas tipas la molestaron, descubrieron que está embarazada.

Jared sufrió un escalofrío y, por alguna razón de mierda, deseó salir disparado hacia Brie… ¿Para qué?, ¿para reconfortarla y decirle palabras dulces?

¡Y una mierda! Ella se había embarazado porque quiso, ahora que lidiara con las putas consecuencias. En eso estaba pensando cuando unos fuertes golpes llamaron a la puerta, al abrirla se topó con los ojos azules y acuosos de Gary.

—Será mejor que te apresures, *Frío*, Spencer está buscándote como loco. —Jared puso los ojos en blanco.

—Cuándo no. —Suspiró antes de apuntar amenazadoramente a la enana—. Me contarás el resto más tarde, tengo que irme.

Ella asintió despidiéndose de forma extraña, no con su habitual golpeteo de tacones contra el suelo o gritos porque la había amenazado, más bien lucía como si estuviera malditamente nerviosa, y aquella ansiedad por alguna razón lo recorrió entero, dejándole una sensación amarga en todo el cuerpo. Siguió a Gary y en cuanto entró al centro de entrenamiento, Jared sacó un cigarrillo de su chaqueta y lo encendió. Los hermanos Cooper podían elevar sus niveles de estrés a grados increíbles.

—Se supone que debías entrenar a estos pendejos desde las cuatro —escupió Spencer—. Son ya las seis y media.

—¿En serio? —Soltó el humo despreocupadamente.

—Hice bien en mandar a Zoey lejos de ti, eres un puto irresponsable, como padre seguramente serás la misma mierda.

Aquel comentario no debería haberlo encabronado, ya que sin duda fue lanzado con esa intención. Pero cuando se trataba de cuestionar sus capacidades para ser padre, el efecto era jodidamente inmediato, eso sumado a pensar que unas pendejas de mierda habían insultado a Brie quizás por el mismo motivo…

No supo a qué hora se encontró sujetando con violencia el cuello de Spencer y estampándolo contra la pared.

—Nunca hables de mis putas capacidades porque justo ahora estoy seguro de que puedo mandarte directo al infierno —rugió furioso golpeando con fuerza su cabeza contra la pared.

Spencer jadeó intentando quitárselo de encima pero no pudo, justo en ese momento, Jared escuchó el sonido característico de las armas ya cargadas cerca de su cabeza, Jeff estaba listo para matarlo. No que le importara mientras miraba con odio a Spencer, mierda, lo odiaba muchísimo, sin embargo, la fría mirada del Cooper era como una pesadilla de lugares oscuros sin esperanza, como del mismo infierno. Sus ojos eran lo más aterrador de él. Y estaban dilatados, fijos en él como si se estuviera imaginando diferentes escenarios de tortura y lo estuviera disfrutando.

Soltarlo ahora sería un error, no soltarlo sería una muerte segura.

—Estás acabado —aseguró Spencer a través de los dientes apretados.

—¡Suéltalo, ahora! —rugió Jeff, presionando el arma fuertemente contra su sien. Spencer esbozó una forzada pero escalofriante sonrisa. Casi no podía respirar, pero se las ingenió para decir:

—Porque tú estás… —Comenzó a reír con dificultad—. Estás malditamente…

Las vibraciones de su risa se sentían a través de su garganta y contra sus dedos. Aquella risa perturbada lo tomó por sorpresa y aflojó el agarre, oportunidad que tomó Jeff para apartarlo con rudeza, sin embargo no con la suficiente fuerza para lanzarlo hacia ningún lado.

—¿Tanto te faltó el oxígeno al cerebro? —espetó el joven abriendo y cerrando los puños. Spencer siguió riéndose incluso tosiendo, una extraña risa rayando en la histeria. Se calmó un poco antes de tomar aire y mirarlo.

—Comienza a calentar, Steve está por llegar. Quiero que si eres tan marica como para no atreverte a matarlo, al menos hagas un puto espectáculo, ¿entendiste, *Frío?* —amenazó Spencer aun sonriendo.

—No voy a tolerar este tipo de actitudes, ¿escuchaste, *Frío*? —amenazó Jeff antes de seguir a su hermano y marcharse del centro de entrenamiento.

Jared parpadeó confundido de que las cosas hubieran dado ese giro, conociendo a Spencer podía esperarse lo peor y a su gusto esto había sido demasiado tranquilo. Seguro que sí le había faltado oxígeno al cerebro, encogiéndose de hombros se giró hacia su casillero y se encontró con miradas perplejas.

—¡Pónganse a entrenar, cabrones! —rugió furioso. Varios dieron un respingo y volvieron a sus actividades.

Jared sacó de la maleta sus vendas de algodón y comenzó a vendarse las manos, eso protegía sus tendones y músculos, dándole a la vez soporte a sus muñecas. Terminó asegurándolas con velcro e inmediatamente después se puso los audífonos. De pie frente al saco de boxeo y con la canción de *St. Anger* de Metallica tronando en sus oídos, comenzó a golpearlo sin ninguna puta piedad, imaginando que era quienquiera que importunó a Brie, imaginándose al imbécil de Spencer.

—Ah… yo, sí, me encantan las cosas dulces. No te preocupes, Zack, lo entiendo. —Brie se removió, por alguna extraña razón, incómoda en el asiento—. ¿Quién pelea?

Zack guardó silencio demasiado tiempo como para que la castaña lo mirara, justo estaba pensado que quizás no la había escuchado y pensaba preguntarle de nuevo cuando él respondió:

—Steve Dawson es el que retará. Se ha ido abriendo camino en las peleas clandestinas, escuché que mató incluso a su último contrincante. —Brie se estremeció.

—¿Y alguno de tus amigos va a pelear contra él?

—No, claro que no. Luchará contra la "estrella" de Spencer —farfulló, deteniéndose afuera de su casa. La joven palideció.

—¿T-Te refieres a… a Jared? —El nombre quemó en su lengua, pero la curiosidad había sido más grande.

—A quién más sino a ese imbécil. —Zack no dijo otra palabra y bajó del auto.

Mientras entraban a la casa de Zack, Brie se abrazó a sí misma y no por producto del frío. ¿Él iba a pelear contra un matón? ¿Y si lo vencían?, ¿y si no volvía a verlo jamás? El dolor que le causó aquel pensamiento se abrió paso a través de su pecho como si lo hubieran partido en dos, y jadeó en busca de aire.

—¿Qué pasa, Brie? —Angustiado, Zack le tocó el vientre en busca de algún malestar—. ¿Es el bebé?

—No. —Sacudió la cabeza—. Es solo que… recordé que ahora todos saben que estoy embarazada, y estoy tan nerviosa… —Bueno, en parte era cierto, pero no era por eso que estaba jadeando y con los ojos llenos de lágrimas.

—Todo estará bien. —La estrechó—. Yo te protegeré. —Suspirando, Brie dejó que los largos y musculosos brazos de Zack la reconfortaran.

La levantó delicadamente en brazos y la llevó a su habitación. El departamento de Zack era modesto pero muy acogedor, todo denotaba masculinidad y estaba impregnado de su aroma. Cerró los ojos mientras la

depositaba con cuidado en su cama, y se preguntó si no se estaba volviendo loca por lo que estaba a punto de pedir.

—Zack…

—¿Sí? —preguntó mientras le acariciaba con ternura la mano.

—¿Tú… tú me harías un favor?

—Los que quieras. Sabes que sí.

—¿Entonces me llevarías a las bodegas hoy contigo? —indagó, abriendo los ojos y encontrándose con aquellos enormes ojos color miel, él parpadeó sorprendido.

—¿A qué mierda quieres…? —se interrumpió antes de soltarle la mano bruscamente—. ¿Quieres ir a verlo? —Brie mordió su labio, sorprendida por la intensidad del disgusto de su amigo. Podía mentirle y decir que solo quería distraerse un poco, pero sería absurdo.

—¿Solo podrías llevarme?

—Estás embarazada, justo acabas de sentirte mal, ¿por qué quieres ver a ese cabrón que ni siquiera se ha aparecido en todos estos días? —Brie se abrazó a sí misma al tiempo que desviaba la mirada—. Mientras tú estás aquí preocupada, seguro Jared está revolcándose con Zoey…

—Que no te importe por qué quiero ir —lo interrumpió, repentinamente furiosa—. Si no puedes llevarme, llamaré a Katie —aseguró exasperada.

Zack respiró hondo, no quería arriesgarse a que se enfadara más. Con mucha prudencia, se acercó y le volvió a tomar la mano. Tenía miedo de que la apartara en cualquier momento por lo que la miró verdaderamente arrepentido.

—Tienes razón, no tengo por qué meterme en lo que no me importa. —Le dio un casto beso en la mejilla haciendo que se ruborizara, antes de ponerse de pie —. Descansa un poco y vendré a despertarte cuando sea hora de irnos.

Brie habría querido pedirle disculpas a su amigo por semejante arrebato, a veces las hormonas la dominaban, como hoy, pero se encontró con que él tenía razón y estaba demasiado cansada para explicarse. No supo cuánto tiempo se quedó dormida, hasta que escuchó a Zack llamarla.

El camino fue silencioso, como si su amigo aún siguiera un tanto sentido por lo que había pasado, y además, mirando su mandíbula tensa podía ver que no estaba de acuerdo en traerla. Suspiró tratando de remediar esto, no soportaba estar enojada con él.

—Vi las motos en el taller, son preciosas. —Él parpadeó antes de mirarla.

—Gracias, Benjamín y yo tenemos tiempo especializándonos en reparaciones…

Así de fácil era con Zack aligerar el ambiente, él comenzó a parlotear alegremente de sus amigos y ella se encontró a su vez preguntándole cosas, no

porque necesitara sacar plática, sino porque realmente le interesaba saber y se sentía curiosa.

—Odio ser tan platicador, te juro que solo me pasa contigo —refunfuñó, después de que le contara cómo Joseph se había conseguido una novia que al parecer no lo quería.

—Qué va. Adoro escuchar las historias que me cuentas, yo no tengo mucho que platicar salvo que hoy me llamaron puta y casi me matan. —Zack frunció el ceño mientras buscaba su mano y le daba un apretoncito.

—Aún puedo ir a recordarles que tienes quien te proteja —amenazó en tono duro, sin embargo su mano seguía siendo cálida contra la suya.

Al llegar al Cooper´s, dos hombres enormes los estaban esperando debajo de un poste de luz. Brie se encogió un poco sintiendo miedo, pero la risa burbujeante de Zack la reconfortó mientras tiraba de su mano. El chico más delgado deslizó interrogante la mirada de Zack hacia ella, mientras que el más musculoso no dejó de verla, una sonrisa lenta y arrogante dibujándose en sus labios.

—No sabía que podíamos traer compañía —censuró el musculoso.

—Joseph, Logan, les presento a Brie. —La joven iba a decir hola, pero se interrumpió al ver la mirada cómplice que estos dos se intercambiaron.

—¿Trabajabas aquí, no? —preguntó el chico más delgado.

—Ya no —susurró, sintiendo un rubor intenso en el rostro.

—Vaya que eres bueno iniciando conversaciones, Joseph —regañó Zack.

—¿Y qué te trae por aquí? —Fue el turno de Logan.

—Me gusta el boxeo, quiero ver la pelea de hoy.

Quizás la palabra *boxeo* era mágica, porque los chicos comenzaron a hablar de la pelea casi olvidándose de que ella venía con ellos, continuaron hablando mientras entraban, la mayor parte de la charla iba de ganchos a las costillas a patadas certeras en el rostro, la testosterona rebosaba en ellos. Tan inmersos estaban en su conversación, que no vieron cuando Owen la detuvo por el brazo.

—Brie, que gusto que vinieras… pero sabes que tengo que preguntarle a Spencer si te deja pasar.

—Por favor, no… —susurró con el corazón encogido.

—Eres menor de edad, nos podrían clausurar si te ven. —Brie suspiró mientras lo veía alejarse para llamarlo, a los pocos minutos volvió—. ¿Qué crees?

Spencer está feliz de que vinieras, me pidió que te diera un lugar en el palco especial en las bodegas, dice que como agradecimiento por cumplir ¿tu parte del trato?

Un escalofrío la recorrió por completo al pensar sobre lo que se refería

Spencer, Zack apareció en ese momento, mirando fijamente a Owen.

—¿Ocurre algo?

—Para nada, ¿vienen contigo? —inquirió Owen, mirando a los tres enormes hombres que la rodeaban, Brie asintió—. Entonces síganme, los llevaré a su lugar.

A Brie no le gustó que Spencer se enterara de su visita, mucho menos que le dieran un lugar especial para ver la pelea, pero no dijo nada, tan solo quería verlo… a él. Al entrar a las bodegas, el rugido de la multitud, el olor a droga e incluso sexo le revolvió el estómago en ansiedad. No quería sentirse preocupada, lo había visto pelear antes. Pero según los pronósticos que venía escuchando de Joseph, ese tal Steve tenía grandes posibilidades.

—¿Quieren una jodidamente buena pelea? —rugió Gary por el altavoz, el corazón de Brie se desbocó al saber lo que seguía.

Mientras las personas comenzaban a aventarse unas a otras para acercarse a la bodega donde pelearían, Zack le pasó un brazo por los hombros, protegiéndola como si fuera un poste sólido en aquella marea y guiándola rápidamente hacia donde Owen los conducía. Resultó ser un palco que permitía ver perfectamente la arena, no estaba muy elevado, por lo que daba la impresión de estar con los demás, salvo que tenía mejor vista. De pronto los gritos histéricos de las chicas la alertaron, miró hacia esa dirección… y entonces lo vio.

Esta vez era él, ninguna alucinación, ni tampoco estaba dormida. No importaba que no estuviera cerca, que incluso ni siquiera la viera por lo que era, Brie podía sentir aquella oscuridad, esa violencia y rabia que emanaba de su imponente cuerpo, y desgraciadamente, aún rodeado por todo aquello, Jared le resultaba chocantemente hermoso. Con esa mandíbula tan afilada que podría cortar con facilidad el papel y con esas pestañas ridículamente largas. El joven no llevaba camiseta mostrando todos sus tatuajes, caminaba con paso seguro hasta una esquina del octágono, sus enormes hombros, sus caderas apretadas, y sus poderosas piernas prometían cosas que sin duda todas ahí estaban imaginando.

—Se cree el rey del sexo —escupió Joseph con desdén. Logan soltó una risilla tensa, pero Brie ni siquiera los miró, no podía dejar de ver a Jared.

El gancho de izquierda llegó por el aire tan rápido como una pelota de béisbol, y Jared no hizo nada para evitarlo. El grueso puño de ese imbécil le golpeó a un lado de la mandíbula y le echó la cabeza hacia atrás. Una punzada de dolor explotó en su cara. Una fina línea de insolente sangre descendió por la comisura de sus labios, rodando libremente hasta caer sobre su pecho desnudo.

Jared se limpió el labio con el puño cerrado, y al ver el rojo, sonrió torcidamente antes de escupir la sangre.

La risa de Steve resonó haciendo que el joven lo mirara, frente a él había un tipo mayor que él, quizás rondando por los treinta y cuatro años. Su complexión musculosa era respetable, pero la cicatriz que cruzaba su ojo izquierdo le daba un toque escalofriante. Se rumoreaba que Steve había matado infinidad de veces. A Spencer le había parecido buena idea que se enfrentaran como entrenamiento antes de la pelea con Lucas.

¿Y adivinen qué? Al parecer el cabrón había tenido razón, mientras las personas rugían su puto apodo, *"Frío"* extasiadas, el aire se iba cargando más y más con violencia y sed de sangre. Las apuestas se movían a su favor y en su contra, el estruendo de la música de *Painkiller* era ensordecedor, volviendo todo de alguna manera más frenético.

—Desfiguraré tu cara de niño bonito —farfulló Steve mientras movía la cabeza hacia los lados, haciendo que tronaran un par de huesos en su cuello.

Jared no solo tenía una cara bonita, de hecho, Steve sabía que era el mejor combatiente del Cooper's y quizás de todo Nevada. A pesar de ser joven, se estaba convirtiendo rápidamente en una jodida leyenda, todos los chicos que aspiraban a pelear querían ser como él, y era bien sabido que cualquier mujer estaría dispuesta a lamerle más cosas que solo los pies. Y cuando el joven lo buscó con la mirada, contuvo un escalofrío. Sus ojos azules se habían oscurecido, y la tranquilidad en su rostro era más bien una concentración letal, tenía una expresión como si hubiera hecho esto de toda la vida y, aunque sabía que el *Frío* normalmente no mataba a nadie, por un momento dudó. Sacudiendo la cabeza, Steve resopló concentrándose en su objetivo: hacer una réplica de sí mismo en esa maldita cara, al menos se había propuesto desfigurársela a como diera lugar. Le enervaba ver tanta belleza y poder en un solo lugar, no cuando él tenía que vivir con la cara marcada.

—Contigo como un jodido monstruo tenemos, muchas gracias. —Steve cerró las manos en puños, no iba a caer en sus burlas, elevó una ceja retándolo.

—¿A qué hora te volviste comediante, *Frío?* —Sabía que Jared odiaba ese apodo y, efectivamente, la sonrisa arrogante desapareció, sustituyéndola por una mueca casi imperceptible.

—Hoy mismo, tu puta cara es mi inspiración.

Sin decir otra jodida palabra, Jared embistió contra el hombre cargando toda la fuerza en su hombro derecho, ambos cayeron en un sonido seco en la arena mientras se liaban a golpes, Steve le dio un fuerte codazo en el abdomen, consiguiendo escapar de su agarre. Aparentando suficiencia se levantó mientras saltaba de un pie a otro, como si estuvieran todavía jodidamente calentando. Por

Dios, al joven le encabronaban los preliminares, no le gustaba jugar con su presa...

Estaba llorando.

El pensamiento llegó de ningún lado, sacudiéndole con fuerza y dejándolo plantado en la arena con los puños a la altura del rostro. Brie estaba llorando. Había estado observándola desde las sombras con la esperanza de verla al salir de clases, pero para su sorpresa, ella había salido a mediodía, estaba llorando mientras intentaba recoger sus piernas contra su pecho. Y luego… lo había visto de nuevo.

Cuando sus ojos se cruzaron, se imaginó todo menos que ella saliera corriendo aterrada.

Ver esa reacción le había resultado… doloroso. El miedo en su rostro, sus lágrimas… ¿tanto lo odiaba?, ¿realmente lo habría visto? Tendría que preguntarle a la enana si Brie ya estaba enterada de sus visitas a la escuela, o de qué mierda había hablado con ella… Pero eso tendría que esperar, Steve plantó el pie izquierdo en el suelo, elevando su pierna libre con destreza para golpearlo con violencia en la pantorrilla, logrando que se tambaleara. *Mierda*, Brie era una maldita distracción, lo hacía perder el control de su cuerpo, de su mente, de su concentración.

Steve dio otra patada beneficiándose de la situación, pero esta vez, Jared le sujetó la pierna aprisionándola entre su brazo y costado, y al quedar el joven apenas de pie, aprovechó para arremeter contra él haciendo que ambos cayeran. De vuelta en el suelo, el joven le presionó una pierna con la rodilla, y mientras Steve se revolvía intentando zafarse, comenzó a golpearlo con los puños en el rostro.

Una y otra vez estrelló los puños contra su nariz, contra la ceja ya abierta, sin piedad. La sangre comenzó a salpicar la arena, Steve logró asestarle otro puñetazo en el labio, que lo hizo probar el sabor de la sangre en su lengua al tiempo que un dolor punzante le recorría. Eso solo avivó su ira. Los ojos cafés de su contrincante comenzaron gradualmente a revolotear, estaba por perder el conocimiento, sus anchos brazos cayeron inertes a los lados de su cuerpo, y por más que Jared deseara que saliera de las bodegas en una bolsa de plástico, al final sabía que no era capaz de hacerlo… otra vez.

Le valió una mierda los abucheos de los presentes o los suspiros mortificados de los hermanos Cooper que se morían por ver un encuentro con algún fallecido. Empapado en sudor, la cabeza dándole vueltas, frenético, tomó una bocanada de aire y el olor a sudor y cocaína lo estremeció, el deseo de esnifarse era fuerte, pero en la mente de Jared ahora solo había una cosa, una necesidad apabullante que necesitaba saciar inmediatamente, y no era la droga,

necesitaba a Brielle.

La necesitaba bajo su cuerpo, necesitaba de sus gemidos, de sus pequeñas manos, de su cálida risa, necesitaba hundirse en ella y cuanto antes mejor.

—¡Fraude! —rugió… ese puto de Logan. Reconocería a cualquier *Ghetto* o sus malditas voces en cualquier lado, miró hacia esa dirección que resultó ser la zona VIP, pero lo que vio lo dejó paralizado.

No debería haber sentido nada, ciertamente los odiaba a los dos. El problema es que cada vez que veía a ese jodido hombre, sentía que recibía una patada directa a los huevos. Lo que era otro de sus muy normales casos de locura, Zack no le había hecho en realidad nada malo… *hasta hoy.*

Debajo de su enorme brazo estaba una hermosa morena, el cabello castaño y largo en ondas caía como cascada por sus pequeños hombros, sus enormes ojos color miel parecían aterrados mientras se encontraban sus miradas. ¿Qué significaba esta mierda? ¿Realmente habría ganado la pelea o lo habrían noqueado y ahora estaba alucinando? Porque no había manera en el jodido mundo para explicar por qué mierda estaban abrazados como si fueran putos amantes. O por qué estaba ella en las bodegas, *con él.*

Jared era levemente consciente de lo que estaba haciendo, de los ruidos, del nivel que su furia había alcanzado mientras daba largas zancadas hasta esos dos, aventando personas y empujando a otras de su camino. Mierda, su piel se sentía como keroseno.

—*Puta mierda.* —Cuando los ojos de Zack lo encontraron empujó ligeramente a Brie hacia un lado, sacándola de la trayectoria de bala en la que se había convertido Jared.

Al fondo escuchó gritar a Katie su nombre antes de que se desatara el caos, Owen, quien no había visto que estaba ahí, sujetó a Logan por los brazos, otro guardia del equipo de seguridad contuvo a Joseph. No que importara que contuvieran a esos *Ghetto*, Jared se abalanzó hacia el palco de un salto, el cual por no ser muy alto logró escalar con facilidad, cayendo directamente sobre Zack, atacándolo con una ferocidad sobre la que había oído a los demás mencionar…, pero que en realidad nunca había sido consciente. Una brutalidad que ciertamente nunca había experimentado como hoy.

—¡Jared! —gritaba alguien en forma histérica su nombre.

El choque entre ellos fue como la colisión de dos poderosos trenes, y mientras golpeaba a Zack y recibía golpes por igual, tenía la visión borrosa, los músculos llenos de furia, la mandíbula dura. La energía que producía aquel odio ciego, no lo dejaba pensar ni detenerse, tenía las manos convertidas en puños como el acero, esa energía descendía por toda su espina dorsal hasta convertirse en patadas. Por primera vez en su vida, la mente no dominó sobre la materia.

Hoy no era solamente el *Frío*, era un terrorífico monstruo infernal.

Brie no podía dejar de temblar y llorar. En cambio las personas comenzaron a rugir felices ante la inesperada pelea, incluso empezaron a vitorear "*Frío*". Las lágrimas caían por su rostro mientras veía el peligro que Jared representaba no solo para el mundo, sino para ella y su bebé. Zack sangraba ahora profusamente y sus ojos estaban inyectados de sangre producto de los golpes. Parecía un pequeño cervatillo intentando quitarse de encima a una furiosa bestia.

Su enorme cuerpo, el cual normalmente presumía, se veía diminuto en seguida del de Jared, no porque Zack fuera menos voluminoso que el horrible ogro, el problema es que los movimientos de Jared eran fluidos, certeros… casi mecánicos. Las patadas y los puñetazos hacían un horripilante eco en los oídos de Brielle, los jadeos y los gruñidos le erizaban la piel, gimoteó una vez más pidiendo ayuda, hasta que un fuerte golpe contra el suelo la hizo volver a mirar la escena. Su amigo yacía en el suelo. Iba a morir si ella no hacía algo. Zack estaba respirando entrecortadamente, como si cada vez le fuera más difícil introducir el aire a sus pulmones, la sangre salpicaba todo su rostro y había manchado ya todo el suelo, pero para Jared nada de eso era suficiente, no cuando se dejó caer sobre él con las manos en su garganta, bloqueando su respiración.

Su hermoso rostro lucía salvaje, su cabello húmedo por el sudor, sus enormes y fuertes manos robando la vida de quien se había convertido en su mejor amigo. La castaña empezó a ver todo borroso, como si estuvieran presionando también su garganta comenzó a faltarle el aire, cayó torpemente de rodillas al suelo.

Se sentía morir, porque después de todo, esto había sido todo por su culpa, y mientras sollozaba y se abrazaba a sí misma, gritó una vez más por ayuda.

Desgraciadamente todo el equipo de seguridad estaba inmerso en la pelea y el escándalo que hacían Logan y Joseph para zafarse, así que nadie la detuvo cuando se arrastró hasta Jared.

—Suéltalo —pidió con voz estrangulada tirando de su enorme brazo, Jared ni siquiera se inmutó, Brie apretó los labios intentando controlarse a sí misma, recolectó sus piezas y sacó un desconocido valor cuando volvió a gritar—. ¡Suéltalo! —rugió, sintiendo renovadas energías al ver a su amigo luchando por su último aliento.

Comenzó a pegarle al joven en los brazos con todas sus fuerzas, aunque fueran mínimas, aunque seguro Jared las sintiera como plumas cayendo por su piel, e incluso comenzó a arañarlo en su histeria.

Jared estaba inmerso en la batalla, la furia ciega le gritaba que lo matara.

Ensuciarse las manos de sangre otra vez no se veía tan descabellado. Sin embargo, algo lo estaba alejando de su objetivo, arañando la superficie de su piel, rugiendo en su cerebro como un maldito zumbido. Jadeando, aflojó un poco el agarre en la garganta, y entonces parpadeó sin noción del tiempo, ni siquiera recordaba qué había hecho o en dónde estaba, el sonido del zumbido se transformó en una voz, una dulce voz suplicante que consiguió penetrar vagamente en la furia que recubría su conciencia, sacudiéndolo, deteniéndolo al fin. Zack tomó aire a grandes bocanadas, su tos era ronca y jadeante. Jared se dejó caer torpemente hacia atrás, sujetándose con fuerza la cabeza. Un buen rato después, años después, quizás una vida, miró hacia ellos tomando una fuerte bocanada de aire.

—¡Casi lo matas! —sollozaba Brie con Zack ahora medio en sus brazos.

Jared parpadeó mirándolos. Grandes lágrimas bajaban por el bello rostro de Brielle mientras sostenía al perro como si la vida se le fuera en ello. Su corazón volvió a latir con fuerza, ella malditamente lo quería. Cerró las manos en puños sintiendo de nuevo la furia cegándolo, se puso de pie sintiendo la violencia apoderándose de él.

—¿Son amantes? —se escuchó decir.

De pronto, un alboroto más estalló al fondo cuando los malditos *Ghetto* lograron quitarse de encima a los guardias de seguridad. Gary entró a trompicones hasta llegar a su lado, empujándolo ligeramente al estrellarse contra él.

—¡Mierda, *Frío!*

—Busca mi puta ropa…

—Pero, Spencer dijo…

—¡Trae mi jodida ropa en este momento!

—¡Déjenme pasar! —Logan había logrado liberarse, y aunque Brie lo miró aterrada pensando que golpearía a Jared, la sorprendió ayudando a Zack a levantarse. Ella se puso de pie de inmediato y comenzó a seguirlos, sin mirar hacia atrás.

La multitud se quitaba del camino dejándolos pasar para su asombro, Zack

iba jadeando mientras era cargado por sus amigos, quienes ni siquiera la miraron, casi estaban fuera cuando de pronto un impresionante agarre la detuvo. Brielle gritó pero el sonido murió entre la multitud, la sombra la empujó con fuerza pero con cuidado hacia un lado, metiéndola hacia un lugar oscuro. La joven dejó de gritar antes de parpadear confundida, no distinguía nada con la

poca luz que había, y además no conocía este lugar, era como un centro de entrenamiento. El pánico comenzó a trepar por su piel mientras tomaba aire a bocanadas, estaba hiperventilando hasta que él dio un paso hacia ella.

La escasa luz que se colaba por las ventanas, bañó aquel hermoso pero magullado rostro. Jared llevaba ahora una playera sencilla negra. Los vaqueros oscuros terminaban en unas pesadas botas cruzadas de combate. El cabello negro lucía más largo, tenía los hombros tensos y los tatuados brazos cruzados sobre su pecho, una de las comisuras de su labio aún sangraba, hiperventilando, Brie por fin se animó a mirar sus ojos, tenía el ojo derecho cerrado, pero aun así, jadeó retrocediendo al ver el azul ardiente y atormentado.

El rubor que estaba intentando controlar la consumió por completo, dejándola con las mejillas calientes y el corazón desbocado. Era hermoso en su furia. Jared era una criatura salvaje, exótica, algo digno de contemplar incluso cuando bien sabía que éste era su final. Él la había encontrado, como el león encontraría a su presa, la tenía acorralada.

—No hagas esto —pidió Brielle con un hilo de voz. El corazón tronaba con fuerza en sus oídos provocándole un zumbido.

—¿Por qué no? *Eres mía*, ¿recuerdas? —Su voz sonó como un gruñido—. Pagué por ti, me perteneces. —A Brie se le atascó la respiración mientras la recorría un escalofrío, tenía que tomar control de sus emociones, no podía sentirse así.

—N-No te pertenezco.

—¿Qué mierda estabas haciendo en ese lugar? —escupió cambiando el tema —. Con ese pendejo, además.

—Yo… —Se abrazó a sí misma antes de relamerse los labios repentinamente secos—. Vine con Spencer, él me mandó a llamar… esto no es lo que sea que te estás imaginando… —Jared se acercó a ella, lo suficiente como para hacerla retroceder, sin embargo estaba contra la pared. *Sin escapatoria.*

—Te quiero lejos de ese imbécil. Voy a hacerle pagar esto. —La joven se llevó una mano a la boca conteniendo un jadeo, Zack no iba a ser otra víctima de sus errores. *No*.

—No sé de qué estás hablando, pero te odio, ¡eres como un animal! —chilló furiosa—. Te odio…

—¿De dónde mierda lo conoces? —Brie mordió su labio, estaba aterrada ante aquella oscura mirada, pero sentía el cuerpo caliente y la furia bullía por su piel.

—¿A quién?

De pronto, una de sus fuertes manos la sujetó por la nuca, mientras que con la otra empujó sus caderas, presionándola totalmente contra la pared. A Brie se

le escapó una exclamación y se le desbocó la respiración al sentir su dura erección presionando contra su vientre. Sin pensarlo, cerró los ojos absorta en las sensaciones, cada centímetro de su cuerpo volviendo a la vida, su temperatura se elevó. Y entonces se odió por reaccionar así ante él. Porque la furia y la lujuria se engarzaran dentro de su sangre mandando escalofríos de placer por todo su cuerpo.

De inesperado, suaves labios como el terciopelo tocaron el lóbulo de su oreja.

—No confíes en mí. Ódiame. Me importa una mierda. Pero deja de malditamente mentirme. —Inspiró con fuerza contra su piel húmeda, como si fuera a succionarla.

—Suéltame —pidió esta vez con la voz ronca, débil, cargada de una extraña excitación que se acrecentaba entre sus muslos.

—¿De verdad quieres que te suelte? —Sus labios recorrieron su mandíbula, erizándole la piel—. Porque por el contrario a lo que dices, me da la impresión de que podría meterme bajo tu falda en este momento y tú no me rechazarías, ¿verdad?

No, probablemente no lo haría.

Dios, ¿por qué simplemente no podía odiarlo?, ¿por qué no podía pelear contra él?, ¿por qué cada vez que sus manos estaban sobre ella se sentía lánguida y débil? Porque era una *idiota.* Jared la dejaba sin fuerzas, la manipulaba con sus malditos encantos. La boca del joven descendió por un lado de su cuello antes de lamerle ligeramente su calentada piel, continuó torturándola con los labios, enterrando el rostro en su cuello como si quisiera quedarse ahí para siempre, como si la hubiese echado de menos dada la fuerza con la que la estrechaba entre sus brazos, casi dolorosa.

Brie sollozó odiando sentirse así, aborreciendo que jugara así con ella, renegando de todo lo que sentía cuando estaba con él. Tenía que ser firme, tenía que ver más allá. Y aunque pensó que le dolería más, de pronto la realidad de lo que estaba a punto de hacer no le pareció tan insoportable. Era como sumergirse en agua helada. Una vez que pasa el primer impacto, te vas acostumbrando.

—No nos convienes —balbuceó finalmente contra el cabello de Jared, los fuertes músculos de su espalda se tensaron, acto seguido se irguió en toda su gloria para mirarla fijamente, sus ojos azules eran brillantes, cargados de un anhelo que por poco la hace retractarse de lo dicho.

—¿A quiénes? —Bella se relamió los labios.

—A mí y a mi angelito. —Lo miró con los ojos anegados en lágrimas. Él abrió la boca, demasiado sorprendido para decir algo, pero luego la cerró. Brie se removió de entre sus brazos, asombrada de que él no hiciera nada por detenerla,

aprovechó para lentamente deslizarse hacia la puerta sin dejar de mirarlo—. Eres peligroso, por favor, tienes que dejarnos.

Jared parpadeó viéndose visiblemente aturdido, su enorme cuerpo de hierro estaba firmemente plantado en el suelo. Los puños cerrados a los lados en ese gesto de ansiedad que lo caracterizaba.

—¿Eso es lo que piensas? —preguntó con la voz ronca. Ella asintió con el corazón en la garganta, pasaron un par de segundos antes que él pudiera volver a hablar, y cuando lo hizo, sus ojos eran duros, fríos—. Tienes razón, soy un peligro.

Brie contuvo el deseo de reconfortarlo que picaba en sus manos, porque justo ahí en ese momento, le pareció un pequeño niño herido. Jared desvió la mirada, clavándola en el suelo, Dios, tenía que hacerlo, tenía que lograr que él la dejara ir.

—Además, tú quieres estar con Zoey… —Él no respondió, ni siquiera la miró. O estaba muy aturdido o simplemente ya no le interesaba escucharla. Brie apoyó la mano en su estómago y frotó con el pulgar hacia atrás y adelante. Esa era justamente la razón por la que necesitaba irse. Tenía que proteger a *su* bebé, y sabía que su papá no iba a estar presente porque seguiría con Zoey, con su vida, así que dejarlo no debería ser gran cosa—. Yo, hum, si no es mucho pedir, quiero suplicarte algo…

Los ojos de Jared por fin buscaron los suyos, y lo que ahí vio, detuvo sus balbuceos en seco. Eran volcánicos, azules, ardiendo, consumiendo todo el camino hasta su alma. Brie se quedó sin aliento ante aquella mirada. El aire a su alrededor cambió, cargándose de un invisible magnetismo y la temperatura repentinamente descendió volviéndose gélida. La castaña se estremeció mientras se abrazaba a sí misma. Ella sabía que la naturaleza de Jared siempre había sido tema de discusión con todos, le habían dicho una y otra vez, cuán voluble e inestable era pero al menos, nunca había presenciado esto, se veía tan violento justo ahora, que se sentía a punto de ser devorada por un depredador. De nuevo él parecía estarla acechando, cazando.

—¿Qué quieres pedirme? —Su voz fue seca, carente de toda emoción.

—Por favor, ya no busques más problemas, no… no te drogues más. —Por un momento, le pareció ver remordimiento en esos ojos azules antes de que desviara la mirada—. ¿Jared, entiendes lo que te pido? —Él solo asintió sin siquiera parpadear—. A cambio te prometeré algo, te garantizo que podrás ver al bebé, podrás seguir con tu vida adelante.

—¿Solo al bebé? —preguntó elevando una ceja, ella asintió.

—Sí, yo me desapareceré de tu vida para siempre, te lo prometo. Será como si estuviera muerta para ti.

Capítulo Trece

—Supongo que… eso es todo, no te molestaremos más.

Si Jared la estaba entendiendo o no, era algo difícil de saber. Abría y cerraba los puños mientras que sus ojos, Dios, sus ojos. Orbes azules brillando llenos de tanta furia que, sí, sin lugar a dudas había entendido, alto y claro. De hecho, era ella quien no había puesto atención a las señales. No había que ser muy lista para saber lo que iba a pasar a continuación y la certeza la hizo sudar frío.

La respiración se le desbocó mientras la realidad caía sobre ella como una jarra de agua helada, temblando, Brie buscó a tientas con una de sus manos la puerta que estaba tras ella. Sentía las oleadas de tensión que emanaban de él, provocándole náuseas porque comprendía que el tiempo se le estaba acabando. Tenía que salir cuanto antes.

Pero cuando Jared comenzó a caminar con determinación hacia ella, su corazón se detuvo, haciendo que sus movimientos se volvieran increíblemente torpes, apresurada y con manos temblorosas, encontró el picaporte, lo giró para poder salir de ahí… La fuerza con la que un enorme brazo estampó la puerta cerrándola, la hizo soltar un grito y cerrar los ojos aterrada.

—No lo hagas, por favor déjame ir —gimoteó con voz entrecortada.

Cuando no hubo respuesta, abrió los ojos de nuevo y jadeó ante la visión frente a ella. El hermoso rostro de Jared estaba inclinado hacia ella, su sonrisa torcida le mandó una descarga de miedo directa a la espalda.

—¿Para irte con ese imbécil? —Su voz aterciopelada era terriblemente inquietante.

—Por favor… —susurró.

—No —contestó tranquilamente, poniendo ambas manos a los lados de su cabeza, encarcelándola. Aquella pasividad tuvo el efecto contrario en Brie.

—¿Es que no lo entiendes? ¡Te odio! —chilló golpeándolo con fuerza en el pecho.

—Como si fuera la primera vez que me lo dices. —Le sujetó las muñecas impidiendo que siguiera con los golpes—. Se te olvidan las cosas con mucha facilidad.

—Quiero irme, déjame, no…

—¿De verdad creíste que con haberme dicho ese estúpido sermón voy a dejarte ir?, ¿pensaste que me harías entender tus razones de mierda?, ¿creíste que iba a pedirte perdón y asegurarte que de ahora en adelante seré jodidamente

mejor?

—siseó bruscamente, la calma que aparentaba su cuerpo era muy diferente a la tormenta que rugía tras sus ojos azules. Brie bajó la mirada, no quería verlo, pero Jared sujetó con fuerza su mentón obligándola a mirarlo—. No, Brielle, estás muy equivocada. ¿Cuándo jodidos vas a entender que aquí tú no eres nada?

Nada.

Solo Dios sabría por qué aquello le sentó como un golpe al estómago, a Brie se le llenaron los ojos de lágrimas mientras la furia por la impotencia comenzaba a sustituir su raciocinio. Las manos comenzaron a picarle en ansiedad de nuevo, se moría por abofetearlo, respiró pausadamente tratando de encontrar la manera de tomar algo de ventaja, sabía que llevaba las de perder y no le convenía enfurecerlo más.

—Suéltame, me lastimas. —No era cierto, pero necesitaba espacio. Él estaba presionándola contra la puerta, estaba totalmente sobre ella.

Jared gruñó una maldición y, aunque siguió presionándola, le liberó el mentón. Brie respiró profundamente, sus ojos brillaron con miedo ante aquel letal y enorme cuerpo, pero no obstante se rehusaba a ser *nada* frente a él, así que le sostuvo la mirada, incluso mientras se inundaba de su aroma a sudor mezclado con jabón. Dios, ¿ahora qué? Claramente no era momento de soltar más discursitos, Jared se encontraba bastante furioso y solo lograría empeorar las cosas. Como lo que había ocasionado con Zack. El recuerdo de su amigo la estremeció. Lucía bastante mal, ensangrentado, y estaba segura de que su rostro en agonía mientras jadeaba por aire la perseguiría por noches. Lágrimas comenzaron de nuevo a bajar por sus mejillas.

—Deja de llorar, no quieras engañarme de nuevo haciéndote la mártir.

—Por favor, tienes que dejarme libre —pidió de nuevo, sin saber bien por qué insistía con eso, conocía perfectamente la respuesta.

—*Traté* de dejarte libre, te juro que lo intenté. Incluso intenté que llevaras una puñetera vida normal, con gente de tu edad. —Brie frunció el ceño sin comprender nada de sus palabras—. Pero entonces, me sales con esta mierda, metiéndote con *ese perro.* Trayendo a nuestro bebé a este infierno, ¿y todavía dices que yo soy el peligroso? —rugió haciéndola dar un respingo.

—Nunca me pondría en peligro…

—¿Ah, no? Porque de hecho me da la impresión de que no puedes vivir si no estás involucrada en algo peligroso. ¿Tanto te gustan los chicos malos?, ¿es que acaso no soy lo suficientemente hijo de puta para ti?

La castaña parpadeó sin comprender el sentido de sus palabras… ¿Acaso él quería agradarle a su manera retorcida? No, seguro solo estaba hablando por hablar, siempre acostumbrado a ganar, por supuesto más aún si se trataba de

Zack.

Por eso hizo caso omiso del tono autoritario de sus ojos y su voz, porque, aunque la había abandonado el valor, la desesperación le dio la fuerza que necesitaba.

—No sé qué quieras decir, pero Zack solo es mi amigo, y a diferencia de ti, él no es peligroso —balbuceó mientras sorbía su nariz. *Por Dios, ¿cómo estaría Zack?*

—¡Y una mierda! —gruñó furioso, mientras se pasaba una mano por su caótico cabello.

La paciencia nunca había sido una de sus putas virtudes.

Es más, Jared dudaba tener alguna jodida virtud. Sin embargo, estaba recurriendo a cada retazo de control que le quedaba, apelando a su lado más noble para no lanzarse a golpear hasta la mierda cualquier cosa. La adrenalina aún corría fuerte por sus venas. Normalmente antes de una pelea, se esnifaba un poco de cocaína y al terminar las peleas, se iba directo a casa de Zoey a saciarse hasta quedar agotado, inconsciente, pero justo ahora, no podía tener ni una cosa ni la otra, de hecho estaba demasiado consciente para su salud mental, así que sí, estaba al borde de sus límites, necesitaba salir de este lugar de mierda cuanto antes.

—Vámonos. —Tomó con fuerza la pequeña mano de Brie y abrió de un tirón la puerta. Ella comenzó a resistirse, así que Jared la sujetó con delicadeza, pero firmemente, por los hombros—. De nada sirve que hagas eso, ocasionas el efecto totalmente contrario en mí, ¿sabes? —La acercó contra su pecho antes de restregarle de forma lasciva las caderas—. Así que si sigues con esta mierda, te llevaré a casa aunque sea malditamente arrastrando, y no precisamente para sermonearte, tú decides.

Ella estaba furiosa e indignada, con el cabello largo pegado a su cara. Su pecho subiendo y bajando agitadamente mientras le lanzaba dagas por los ojos.

Abrió y cerró la boca, como si no pudiera dar crédito a sus actos, para luego desviar la mirada. Jared respiró profundamente el aroma floral que desprendía, mientras el delicioso peso de la desesperación y ansiedad por hundirse en ella volvía a instalarse en su estómago. Pensó estúpidamente que Brie era aquel dolor punzante que necesitaba para seguir vivo.

Abrió y cerró la mano que tenía libre, necesitaba jodidamente calmarse. No estaba ciertamente pensando con claridad, estaba absolutamente cegado, y por eso estaba actuando como un hombre de las cavernas. Porque si bien era cierto que era un tipo grande, un guerrero temido, frente a ella quedaba reducido a un

puto saco lleno de emociones que no conocía. Brie se estaba mordiendo el labio en un acto visible por contener sus emociones, Dios, por alguna razón se moría por abrazarla.

La idea de perderla, de verla irse corriendo a los brazos del *perro* —aunque quizás solo fuera una hipótesis— lo ponía mal hasta lo insano.

—Te prometo que no haré ningún escándalo —susurró Brie con un hilo de voz—, me iré contigo a donde sea, no intentaré escapar, siempre y cuando me dejes hablar con Zack para saber cómo está.

—No estoy negociando.

—¡Lo dejaste moribundo! —rugió furiosa intentando soltarse de su agarre, ya varias personas comenzaban a verlos, pero no se atrevían a decirle nada. Bien.

—Perdona mi desconsideración con *Zack*, pero… vas a hablarle sobre mi puto cadáver.

—Tú… tú me repugnas —dijo, mirándolo furiosa.

—Me tiene sin cuidado.

Brie lo miró con aquellos grandes ojos chispeando en calor, respiró hondo como si también estuviera tratando de controlarse, tuvieron que pasar unos minutos y, cuando habló, fue como si se hubiera pensado muy bien sus siguientes palabras.

—Zack es mi amigo, Jared.

—¿Amigos? ¿Podrías siquiera explicarme de dónde mierda lo conoces? —Ella mordió su labio desviando la mirada… y el tema.

—Sé que he hecho un montón de cosas mal con ambos, pero esta vez tienes que dejarme hacer las cosas bien. Se metió en todo este lío por mi culpa… no puedo dejar las cosas así…

—Tendrás que aprender a vivir con ello. Está totalmente fuera de discusión que le hables, mucho menos que vayas a verlo.

—Eres un… —Apretó sus pequeñas manos en puños—. Te odio.

—Bien. ¿Vas a caminar ya o quieres seguir parloteando otro poco? —La joven de nuevo lo miró con rencor, cosa que le importaba una soberana mierda.

Tomó nuevamente su mano, pero no habían dado ni dos pasos cuando una figura de bailarina se plantó frente a ellos, Jared pellizcó el puente de su nariz.

—Por mi salud mental, quítate, Katie.

—Jared, tienes que calmarte, ¿podemos hablar?

—Pudimos hablar esta mañana, cuando te conté que Brie me ocultaba cosas y no dijiste puñeteramente nada. —Elevó un dedo indicándole que se callara cuando claramente iba a interrumpirlo—. Debí ser más listo y comprender que no venías sola a verme a las bodegas. —Tiró más de la mano de Brie para acercarla—. Brielle venía contigo, todo este puto tiempo, ¿no es así? Son iguales

de… —Suspiró negando con la cabeza.

—*De perras*, vamos, sé que quieres decirlo —lo retó elevando una ceja, Jared la miró estoico—. Tienes razón, debí contarte algunas cosas, pero para ser completamente honesta, ni en un millón de años me imaginé que podría tolerarte, mucho menos me vi explicándote cosas. Así que… —Caminó un poco más hacia ellos, Jared sujetó a Brie por la cintura sintiendo como si la enana quisiera arrancársela a la más mínima distracción—. ¿Por qué no nos sentamos todos y platicamos como personas civilizadas?

—No hoy.

—Jared, por favor…

—No estoy diciendo que no, solo estoy diciendo que hoy no. Así que ahora vete a la mierda, quiero llegar a casa.

Katie lanzó a Brie una mirada preocupada que la castaña devolvió con un suspiro cansado y un asentimiento de cabeza. No que Jared necesitara algún pase para largarse de ahí, sin decir nada pasó a un lado de la enana, fulminándola con la mirada, a ella y a cualquiera que osara interferir otra vez en su camino, mientras se abría camino innecesariamente dando codazos.

A pesar de eso, el género femenino no le temía y se lanzaban a su paso, para tocarlo o intentar deslizar su número de teléfono dentro de su chaqueta, lanzándole miradas provocadoras o sonrisas de mierda. Y si no fuera por el estruendo de la música, hubiera jurado que Brie había dicho *«zorras»*. Maldiciendo, recordó que venía en la motocicleta, por lo que tuvieron que esperar un taxi. Fuera del Cooper's, el ambiente fresco le despejó un poco la mente, a Brie se le erizó la piel, por lo que tiró de su gastado abrigo tratando de cubrirse. Jared se quitó la chaqueta y se la ofreció, pero ella ni siquiera lo miró. Cuando se la puso sobre los hombros, ella se sacudió haciendo que cayera al suelo.

—No necesito tu compasión. De hecho, no te necesito para nada.

—Por supuesto que no —espetó mordaz—. Me queda muy claro lo suficiente que eres, incluso me apartaste de *mi hijo* sin importarte absolutamente una mierda lo que yo pensara.

—Y por eso me secuestraste y te has dedicado a hacer mi vida miserable.

El joven cerró los ojos al tiempo que pellizcaba el puente de su nariz, que se lo llevara el diablo si ella estaba pensando que le pediría perdón por eso. Tendrían que arrastrarlo hasta las profundidades del infierno antes de que le confesara incluso lo ansioso que estaba desde que ella le había dicho que era un peligro.

Mientras esperaban el taxi en silencio, no pudo evitar mirarla de reojo. La falda de su uniforme ondeaba suavemente con el viento, atrayendo

invariablemente la vista a esas largas y bien formadas piernas, Brielle era tan pequeña a su lado y estaba tan furiosa… Por alguna razón detestaba estar así con ella, porque en realidad sí la había… a la mierda, la había malditamente extrañado, pero recordarla al lado del *perro*… Dios, odiaba esa costumbre que tenía de retorcer las cosas, quizás por alguna puta razón en la alineación de las constelaciones, era verdad que tan solo eran amigos. Abrió y cerró las manos en puños, estaba perdiendo lo que le quedaba de paciencia a la velocidad de la luz, ya no se creía capaz de soportar por este día más estrés, salvo que… sí que podía.

Durante años vivió con Caleb, ese cabrón. Años de entrenamiento con él, conociendo todos y cada uno de los niveles de la tortura, pasando por el dolor físico, mental, llegando a la cúspide de la humillación y la total degradación, todo eso lo habían hecho quien era ahora. Así que una chaqueta en el suelo, una mujer insufrible y un puto perro, definitivamente no eran nada.

Brie mantuvo la mirada clavada en la ventana del taxi viendo como en un trance las pequeñas gotas de lluvia que se adherían celosas al frío vidrio. Cualquier cosa era una buena distracción del ogro que venía a su lado… *Iba a volver con él.* ¿Cómo fue tan tonta como para pensar que Jared simplemente se daría por vencido?

En cuanto llegaron a casa, bajó dando un sonoro portazo, tomando ventaja de que Jared se había quedado pagando al chofer. No pasaron ni dos segundos cuando sintió esa poderosa aura detrás de ella, se abrazó a sí misma conteniendo el escalofrío que la recorría siempre que sentía que él estaba mirándola fijamente.

Cuando llegaron a su piso, Jared abrió la puerta y ella se apresuró a escabullirse.

Necesitaba un baño con urgencia, luego se dormiría todo lo que pudiera, a ver si así despertaba de ésta horrible pesadilla.

—¿A dónde crees que vas? —Una fuerte mano la sujetó por el brazo, haciéndola soltar un gritito. Furiosa porque estuviera tocándola y arrinconándola por todos lados, se sacudió de su agarre.

—Eres un idiota, ¿lo sabes? —gritó furiosa, sin embargo él sonrió de forma torcida.

—Eso no pensabas mientras me montabas en el Cooper's. —Ella boqueó un poco, se ruborizó de furia y de vergüenza por igual, sin embargo, rápidamente retomó la compostura.

—Te recuerdo que era para poder salir de ese lugar, solo te utilicé. —Los

ojos de él llamearon con odio, aunque intentara ocultarlo lanzándole una de sus habituales miradas frías.

—¿Será? Porque me da la impresión de que te gusta mucho cuando te toco.

—Brie juntó fuerzas para pasar a su lado directa hacia el baño, intentó incluso ignorar esa estúpida sonrisa plasmada en sus arrogantes labios, pero tan furiosa como estaba, cuando llegó a su destino se giró para encararlo, su orgullo tomando posesión de su lengua.

—Tienes razón, me atraes, ¿qué no te lo he dicho ya? —Deslizó la mirada desde sus anchos y musculosos hombros, hasta la punta metálica en sus botas—. La verdad no estás tirado a la basura, tienes buen cuerpo y eres oscuro justo como me gustan los hombres, *peligrosos.* —Sonrió al ver la furia hirviendo en aquellos ojos azules—. Así que tienes razón, de todos los hombres asquerosos en ese lugar, *tú* me resultaste, al menos a la vista, lo más rescatable para engendrar un hijo, ahora si ya elevé tu ego lo suficiente… con tu permiso. —Azotó la puerta.

Dentro del enorme e inmaculado baño, Brie abrió las llaves de la regadera, y cuando se aseguró que había el suficiente ruido, se derrumbó. Deslizándose lentamente a lo largo de la puerta hasta quedar sentada. Ocultó sus sollozos con ambas manos mientras trataba de recuperar el aliento, esperaba que Jared no la escuchara. Ya se encontraba demasiado humillada como para que él se alimentara de eso.

Una vez que se hubo calmado, acarició con suavidad su vientre, negó suavemente y con un suspiro se puso de pie, se metió en la ducha y duró lo que pareció una eternidad sin moverse, disfrutando únicamente del tan ansiado baño caliente, del agua cayendo por sus hombros, humedeciendo su cabello, recorriendo cada centímetro de su entumecido cuerpo, cerró los ojos tratando de desconectarse del mundo que la aguardaba afuera aunque fuera unos minutos.

Una vez que hubo terminado, se secó tan lento el cuerpo como pudo.

Demoró poniéndose crema en abundancia sobre su vientre y secándose el cabello.

Qué lástima que no se pudiera vivir en el baño, porque sin duda parecía un buen lugar para permanecer por un tiempo… quizás eterno. Maldiciendo en silencio, se acomodó bien la toalla, había estado tan furiosa que no había metido con ella un cambio de ropa y la que llevaba puesta estaba sucia.

Abrió con mucho cuidado la puerta, pidiendo a Dios que por algún milagro él estuviera dormido. El pasillo estaba oscuro, sin embargo lograba ver algo con la tenue luz del alumbrado público que se colaba por las cortinas, con sumo cuidado abrió la puerta de la que era su recámara, pero contuvo un grito cuando se encendió una pequeña lámpara iluminando la habitación… *y a Jared*. Él

estaba tendido despreocupadamente en el centro de la cama, su cabello estaba oscurecido producto de la ducha y no llevaba camisa, los tatuajes en sus anchos brazos resaltaron cuando se cruzó de brazos sobre el pecho. El corazón se le trasladó a la garganta, Dios mío, aunque lo detestara era absolutamente glorioso.

Y cuando le sonrió torcidamente, supo que estaba en problemas. Su mirada la traspasó como si estuviera hambriento, haciendo que repentinamente se sintiera desnuda, por lo que aferró más la toalla a su pecho.

—No necesitarás la toalla para lo que voy a hacerte —murmuró con aquella voz baja y ronca. Brie mordió su labio intentando contener un jadeo.

—Tú no, no… no lo harías…

—¿Por qué no? —Se estiró por la cama como una enorme pantera, de manera que quedó sentado al borde—. Dijiste que no te soy desagradable a la vista, además es hora de que pagues todo el dinero que me costaste.

—No tenías porqué comprarme —balbuceó mientras retrocedía.

—¿Estás diciendo que habrías venido voluntariamente conmigo? —Ladeó la cabeza mientras la retaba con la mirada. Ella no respondió—. Eso me imaginaba.

Brie suspiró antes de armarse de valor y caminar hacia el armario para buscar algún pijama de los que él le había comprado. De ninguna manera le iba a pedir una camiseta, aunque durmiera cómoda con ellas.

—¿A qué hora piensas irte de mi habitación? —preguntó como quien no quiere la cosa.

—¿De verdad estás esperando que te deje tranquila? —Brie elevó una ceja mientras seguía buscando una camiseta, estaba cansada de tener que soportar su arrogancia.

—¿De verdad piensas que me asustas? Porque lamento estropear tu ilusión, pero no me das miedo —mintió con aquella voz firme que le salía cada vez con más naturalidad. Tranquilamente sacó una camiseta nueva, luego se giró para mirarlo—. De hecho, no me asustas en lo absoluto.

Él arqueo una ceja, su mirada brilló con excitación robándole el aliento, de pronto una sonrisa verdaderamente ancha se dibujó en sus labios, mientras le recorría el cuerpo como si estuviera muriendo por inanición.

—No deberías haber dicho eso. —*Y no*, definitivamente no debería seguir provocándolo, pero estaba más allá de lo racional para detenerse a pensar en cómo comportarse.

—Tampoco debería haberme metido contigo y heme aquí, al parecer no me van las cosas convencionales.

Un jodido reto.

Brie era tan malditamente testaruda y con aquella diminuta toalla que la hacía verse absolutamente caliente, le ocasionó un cortocircuito a su cerebro. El deseo de cazarla, de consumirla y destrozarla como si fuera un maldito rival en la arena, lo consumió por completo. No supo cuándo se encontró poniéndose de pie, en un ágil y suave arrebato la levantó. Quizás Brie balbuceó idioteces o incluso le gritó, cosa que no le importó mientras la llevaba al centro de la cama.

Con cada forcejeo la toalla iba perdiendo su agarre. Subiéndose indebidamente por sus cremosos muslos hasta casi taparle nada. La presionó contra el colchón para luego cernirse sobre ella, lo hizo con cuidado para evitar que no tuviera que soportar ni un gramo de su peso. Le sujetó los brazos por encima de la cabeza y la miró con lujuria. Ella le devolvió la mirada, alzando su altanera barbilla.

—No es que importe, pero espero que estés lista para esto. —Empujó su dolorosa erección contra ella, haciéndola jadear—. No prometo ser… *gentil.*

—¿D-De verdad me vas a obligar?

—No es nada que desconozcas, tú me obligaste a mí primero. —Ella abrió la boca como si fuera a decir algo, pero en el último momento se arrepintió cerrándola de golpe. Jared le soltó una mano y, al ver que ella no lo arañaba o intentaba zafarse, le recorrió el suave cuello rodeándole la garganta, su pulso podía sentirse con fuerza a través de su mano—. ¿Te he dicho que despiertas en mí a un ser totalmente desconocido?

—¿Un monstruo? —preguntó ella con un jadeo ronco. Jared sonrió torcidamente mientras se acomodaba mejor entre sus piernas. La toalla perdió totalmente su agarre, abriéndose como una flor. Entonces sintió la suavidad de sus senos contra su pecho desnudo, y aquello hinchó su erección hasta lo imposible.

—Algo así —murmuró, deslizando por alguna razón de mierda la nariz por su cuello. Dios, olía maravilloso, tan fresca como el sándalo.

—¿Vas a seguir con esto? —Se removió incómoda, haciendo inconscientemente que la presión fuera incluso más placentera.

—¿Por qué me lo preguntas, quisieras que fuera Zack? —Ahora estaba emputado, no debió traer al perro a colación pero, aparentemente, tenía ya el cerebro totalmente desconectado de la boca.

—Si fuera mayor de edad, te habría denunciado. Estoy contando los días para que finalmente llegue la fecha —siseó, como el gatito enfurruñado que era.

—¿Por qué insistes en ponerme como villano? —Deslizó lentamente los dedos por su clavícula, disfrutando al ver cómo se le erizaba la piel.

—Porque lo eres.

—Creo que estás confundida. Si en primer lugar tú no me hubieras seducido, nunca habrías estado aquí, lloriqueando por ser menor de edad. —Le mordisqueó el cuello para luego aliviar la sensación con la lengua—. Así que deja ya esa mierda de que eres la adolescente en apuros.

Estaba perdiendo el control a pasos agigantados, pero es que sentir todo su cuerpo desnudo por primera vez… sí, porque ésta era la primera vez. Casi no recordaba aquella noche en el Cooper's, es más, ni siquiera se habían desnudado completamente esa vez, y ella había estado encima, pero ahora, sentir cada curva amoldándose perfecto a él, lo hacía delirar y querer enterrarse en ella cuanto antes, como si fuera lo único en lo que su cerebro pudiera pensar, dejándolo con unos estúpidos instintos carnales y no de supervivencia, que era claramente lo que necesitaba más.

—Estoy encontrando tu silencio como una rendición. ¿Finalmente estamos de acuerdo, Brielle?

Le soltó la otra mano para apoyarse en un codo, ella de nuevo no se movió, solo lo miraba con aquellos enormes y expresivos ojos color miel. Con premura, deslizó su palma entre sus generosos pechos, bajando por sus costillas, evitando tocar su vientre mientras llegaba a una de sus piernas, acarició lánguidamente el muslo. Brie cerró los ojos y un involuntario suspiro abandonó sus labios, entonces no supo qué maldito demonio lo había poseído cuando se acercó a su tentadora boca, le recorrió los carnosos labios con la punta de la lengua. Dejó que su mano siguiera vagando a lo largo de su pierna hasta la rodilla, donde enroscó la mano en torno a su pantorrilla.

—No lo hagas… —El sonido ronco de su voz se abrió camino de forma eléctrica, recorriendo todo su cuerpo hasta llegar a su ya muy dolorido pene.

—Eso sonó como una exigencia. Pídemelo por favor.

—Jared… —gimió, llevando las manos a su cabello, enredó los dedos ahí y tiró suavemente—. Quítate, por favor, no quiero que me veas, ya no soy… no soy como antes.

El frunció el ceño mirándola por primera vez. El embarazo había puesto un poco de peso adicional aquí y allá, pero a él eso no le importaba. Le había gustado su hermoso cuerpo, curvilíneo y esbelto enfundado en pequeña lencería antes, pero la nueva y leve redondez le daba una apariencia más suave que se adaptaba a ella, a esa extraña pureza que aparentaba.

Sin embargo, lo que verdaderamente llamó su atención fueron las marcas, los arañazos y algunos moretones. Tan jodidamente absorto como había estado, no había prestado atención a las múltiples heridas.

—¿Qué es esto? —preguntó con brusquedad, mientras trazaba uno de los golpes que se apreciaban en la blanquecina piel de su brazo. Brie se enderezó,

tirando de la olvidada toalla para cubrirse.

—¿Qué es qué? —inquirió, ocultándole su desnudez.

—¿Quién mierda te hizo esto? —Se sentó a su lado y, delicada pero firmemente, le sujetó el brazo para observar de cerca los golpes. La joven solo guardó silencio, sus hombros se hundieron como alguien que ha luchado demasiado y simplemente ya se diera por vencido.

—Si… si te lo digo, ¿puedes por favor no hacer nada? —Su voz era baja, y si no estuvieran tan cerca no la habría escuchado. Jared se alarmó mirándola de pies a cabeza, había más arañazos en su cuello, y en su cara… La furia comenzó a cegarlo.

—*¿Quién?* —ordenó entre dientes apretados. No tenía por qué prometerle nada, pero si quería que ella le dijera, tenía que empezar a hacer que confiara en él a la de ya. Si Hank la había tocado, lo mataría. Así que necesitaba saber en calidad de obligatorio qué mierda había pasado. Respiró profundamente pensando muy bien lo que iba a hacer—. ¿Dime en qué piensas, Brie? Puedes contármelo, te prometo que entenderé.

Para su sorpresa, la joven suspiró, se acercó un poco más a él como buscando apoyo, su brazo rozó con el suyo y de pronto ella estaba jugueteando con su mano derecha, como en alguna ocasión ya lo había hecho. Todo el enfado y el estrés que estaba sintiendo se evaporó como por arte de magia al ver sus profundos ojos claros, ella desvió la mirada y mordió su labio, por lo que tuvo que tomar su barbilla para elevar su rostro. Mierda, necesitaba saber y ella estaba encerrándose en sí misma.

—Es una vida dura, ¿no? —le preguntó, mirándola fijamente.

Brie no respondió nada, pero pensó que sí lo era.

Era una vida difícil, estaba cansada y aterrada. No quería pensar en lo que había ocurrido en la escuela. Así que guardó silencio, concentrándose en las cicatrices de sus manos, o las líneas de venas que intrincaban sus poderosos antebrazos. Jared elevó su mano libre hacia su rostro, y por alguna razón se encogió, haciendo que él parpadeara confundido y dejara caer la mano.

—No temas —murmuró con voz aterciopelada e involuntariamente seductora—. Te juro que nunca te haré daño.

Parecía más preocupado de convencerse a sí mismo que a ella. Suspiró pasando la mano por su caótico cabello.

—Al menos no temas nunca de mí, sería incapaz de hacerte daño —dijo en un susurro, y luego comenzó a hablar apresuradamente—: Cuando me dijiste que era peligroso, tenías razón, lo soy, pero puedo controlarme. Y sí, también tienes

razón con lo de las drogas, de hecho, no he vuelto a probar nada desde que te fuiste.

Sé que puedo hacerlo por nuestro bebé, fue simplemente… Es que me has pillado jodidamente desprevenido hace rato. Verte con Zack Miller… —Su voz se había vuelto dura y tuvieron que pasar unos segundos antes de que hablara de nuevo—. Ahora seré mejor.

Esperó, pero Brie todavía era incapaz de hablar. Estaba sorprendida, es más, ni siquiera recordaba haber escuchado su voz aterciopelada durante tanto tiempo sin que le gruñera.

—Hoy no te forzaré a tener sexo. —Le guiñó el ojo—. Después… *quizás.*

Ante eso, a la castaña no le quedó otro remedio que reírse, aunque el sonido fue tembloroso y jadeante.

—¿Quién te hizo esto? —preguntó suavemente, mientras elevaba con cuidado la mano para trazar con el dedo un arañazo en una de sus mejillas. Brie cerró los ojos sintiéndose ridículamente tranquila mientras Jared la acariciaba, suspiró sujetando su fuerte mano. Necesitaba juguetear con algo para lo que iba a decir.

Alzó la vista y miró esos ojos azules, claros como el agua y tan limpios de todo rencor, que no pudo evitar lo que estaba sintiendo, desnudar su alma era algo muy difícil de hacer con él, pero realmente estaba cansada de huir, Jared tenía razón no le había hecho daño nunca, incluso en sus peores momentos. ¿Qué pasaría si confiaba en él? Suspiró pensando que no quería que la odiara más, así que finalmente le sonrió con timidez.

—¿Cuál era la pregunta? —balbuceó ruborizada, su aliento mentolado la tenía mareada.

—Bueno, mientras me portaba como los hombres de principios del siglo pasado, me fije en esto. —Trazó de nuevo sus moretones.

—Ah, sí.

—¿Y bien?

Los recuerdos de lo que Madison y Evelyn le habían causado por la mañana, estaban enredados con los maltratos que le había causado también Hank a lo largo de los años. Y la forma en la que Jared jugueteaba con sus dedos tenía a su corazón corriendo un maratón. ¿Iría a buscar venganza? ¿Por ella?, ¿o solo por el bebé? Por primera vez en su miserable vida, Brie deseó que fuera por ella, nadie nunca había demostrado más que compasión, y ahora quería más. Quería amar y ser amada.

¿Tan malo era eso?

Miró hacia sus manos unidas. Aunque pareciera raro y de lo más extraño, porque no hacía ni una hora estaba furiosa con él, ahora solo podía pensar que

Jared le había ofrecido más de lo que nadie le había ofrecido nunca. Una casa con lujos, una vida mejor, la dejaba seguir yendo a la escuela y además la protegía. Y todas esas cosas no se hacían a alguien a quien odiabas, y aunque él no se diera cuenta, lo hacía de forma incondicional, sin abrigar ninguna esperanza de que ella le hablara con la verdad y sin que ese gesto implicara ningún cambio en sus emociones. Lo cual le causaba a Brie un gran dolor. Sabía muy bien que le había arruinado la vida, tenía una novia y era feliz a su manera, también sabía que odiaba a Zack por razones desconocidas, y sin querer se había hecho amiga de él. Era su turno al menos de ceder un poco.

—Fue Madison, esa chica del colegio. Ellas… bueno, discutimos y las cosas se salieron de contexto… —Inesperadamente, Jared la acercó contra su pecho hasta sentarla en su regazo.

—¿Qué te hizo? —preguntó con voz brusca y cortante, sin embargo sus manos eran suaves mientras frotaban su espalda.

—En realidad no fue gran cosa, solo peleas por tonterías. Nada de qué preocuparse… —Brie utilizó un tono suave y tranquilizador, pero de ninguna manera logró calmarlo.

—¿Y la mejilla? ¿Y los brazos?

—Eso, bueno es que… en realidad es muy tonto. No quisiera hablar de ello…

—¡Te dieron una paliza! —rugió furioso. La movió de su regazo, incapaz de estar tranquilo se puso de pie mientras tiraba con fuerza de su cabello—. ¿Te tocaron también el vientre? Si llegaron a tocar a mi bebé…

—¡No! Cálmate, me dijiste que te controlarías.

—¿Cómo mierda quieres que me calme? ¡Te golpearon! Esas hijas de puta…

—Furioso, comenzó a caminar de aquí para allá abriendo y cerrando los puños como era su costumbre.

Estaba perdiendo el control. Cuando se volvió para mirarla, lo hizo con los pies bien plantados en el suelo, ligeramente separados, y se dio cuenta de que estaba listo para el combate. Brie tragó duramente saliva, no le tenía miedo. Y definitivamente estaba loca, porque simplemente verlo así de preocupado y protector, le resultó increíblemente seductor.

Jared estaba tratando de controlarse pero, cuando se giró para mirarla, Brie tenía los ojos muy grandes, mirándolo de una forma indescifrable, no era temor, no… ¿Acaso le gustaba lo que veía? Ella tenía esos ojos color miel oscurecida y el labio inferior presionado entre los dientes.

Recordó que Brie lo veía pelear en las bodegas, ¿podía acaso gustarle? ¿No le echaría un sermón sobre lo malo que era eso? Porque si no la conociera mejor, juraría que esa mirada estaba cargada de deseo. *Mierda*, un escalofrío lo sacudió llevándose toda la rabia que sentía, se desinfló como si fuera un globo pinchado por un alfiler. La tensión entre ellos cambió de rumbo, el aire se volvió espeso y eléctrico, de tal modo que su cuerpo comenzó a arder por otra razón muy distinta pero igual de poderosa.

—Jared, necesito que te calmes.

Él necesitaba otras cosas, *definitivamente.*

Ella se ajustó bien la toalla alrededor de su cuerpo cuando se puso de pie, luego caminó lentamente hacia él como quien camina hacia un animal rabioso y bastante peligroso. Su olor floral intensificado por la reciente ducha le golpeó los sentidos cuando estuvo frente a él. Jared estaba paralizado ante su belleza, su menuda figura, su largo cabello resaltando su cremosa piel. *Puta madre,* quería hacerle tantas cosas… así que obligó a sus músculos a contraerse y no moverse ni un centímetro, o de lo contrario no podría responder de sus actos.

Brie elevó la mirada, y aunque titubeante, uno de sus dedos trazó como una suave pluma los tribales en su brazo, siguiendo las líneas en un movimiento relajante y despreocupado, que naturalmente le hizo contener el aliento.

—Esas mujeres son unas idiotas, no volverán a acercarse a mí. —Jared tuvo que aclararse la garganta, de pronto sentía como si hubiera tragado tierra.

—¿Por qué mierda te tocaron en primer lugar? —De nuevo ella mordió su labio, bajó la mirada concentrándose ahora en el tatuaje que estaba en su costado.

—Ellas… bueno, están celosas.

—¿De qué?

—Tonterías —murmuró encogiéndose de hombros. Su delicado dedo continuó delineando las letras, robándole un escalofrío.

—¿Qué putas tonterías? ¿Quieres dejarte de rodeos? —Ella dio un respingo ante su tono grave, quedándose muy quieta como si estuviera en shock. Jared suspiró pellizcando el puente de su nariz. Dios, ¿cómo era posible que lo perturbara de esta manera? *¡Contrólate, imbécil!*—. Brie, es que logras alterarme tanto con tus evasivas. Por favor… ¿Podrías decirme qué tipo de tonterías de mierda lograron hacer que unas pendejas te hicieran esto?

Ella suspiró, una comisura de sus labios se curvó en una tímida sonrisa. De verdad Jared no la entendía, y justo cuando iba a presionarla un poco más, ella habló:

—Están enojadas porque Jordan y Tyler no las han invitado al baile. Juran que es mi culpa.

—Ese puto de Jordan, siempre tiene la culpa de todo. —De cualquier manera ya lo tenía en la mira, y saber que por su culpa habían tocado a Brielle…

—¿Y él por qué? —preguntó, sin poder ocultar un tono de risa en su voz.

Jared puso los ojos en blanco y cambió el tema.

—Mañana iré a tu colegio a levantar una queja. Nadie debería golpear a un ser indefenso, nunca. No permitiré que nadie te haga pasar a ti por esa mierda, si vuelven a tocarte te juro que…

—No vas a hacer nada. Olvídalo por favor, estoy segura de que no volverán a tocarme, les dejé claro que estoy embarazada. Quisiera ya no hablar de eso, tengo otras cosas de qué preocuparme en estos momentos, como pescar un resfriado. — Se giró hacia el guardarropa—. Voltéate, tengo que cambiarme.

—No hay nada que no haya visto antes —comentó en tono oscuro.

—Voltéate —exigió, mirándolo fijamente. Jared puso los ojos en blanco pero la obedeció mientras caminaba hacia la cama, esta charla no se había terminado, así que no se iría.

Una vez que se hubo recostado, cerró los ojos, tan solo necesitaba descansar un poco. Le dolía todo el puto cuerpo, incluso ahora que se había relajado, comenzaba a sentir los estragos de la pelea.

Suspiró profundamente, Dios, seguro no llevaba ni dos putos segundos con los ojos cerrados, pero sería mejor que se fuera. Jared abrió los ojos repentinamente alarmado, la habitación estaba ahora a oscuras. Miró hacia la enorme ventana, donde el amanecer comenzaba a aclarar el cielo. ¿De verdad se había quedado malditamente dormido en esa posición? Se incorporó un poco y estiró los brazos. *Mierda,* todos sus huesos se quejaron, incluyendo los de su cuello.

Abrió la boca para bostezar con pereza y se quedó a mitad del bostezo al verla. Brielle estaba hecha un ovillo a su lado, su larga cabellera le cubría el rostro y una de sus manos estaba sobre su vientre, de forma protectora. Sintiéndose como un puto necesitado, estiró la mano con cuidado para retirarle el cabello de la cara. Y luego, se congeló cuando ella susurró:

—*Jared.*

¿Acaso soñaba con él? O quizás eran pesadillas. Tomó aire profundamente, ni siquiera en sueños podía dejar de atormentarla, ¿verdad?

—Lo siento soy un imbécil —murmuró, trazando con delicadeza su mejilla lastimada—. Es solo que... me emputas a veces. De verdad quiero odiarte, pero no puedo.

En realidad ya ni sabía lo que quería hacer con ella. Bueno, sí sabía un poco, quería meterse dentro de las sábanas con ella y abrazarla, quería protegerla a ella y a su bebé de todos. Como de hecho se suponía que debería haber estado

haciendo.

Pero seguro que se horrorizaría al despertarse entre sus brazos, es más, justo ahora parecía estar teniendo una maldita pesadilla, por eso lo había nombrado.

Y maldita sea… ¿por qué mierda estaba pensando todo esto? No podía permitirse sentir algo por ella, ¿qué tal que le salía con otra mamada?, ¿qué tal que le gustaba Zack Miller? Sacudiendo la cabeza, se puso de pie con cuidado y salió de la habitación. No había llegado al pasillo cuando su celular comenzó a sonar, ¿quién mierda podía estarlo llamando a las seis de la mañana? Miró la pantalla y bufó mientras pellizcaba el puente de su nariz.

—¿Qué quieres?

—Anoche te escuchamos llegar, ¿trajiste a Brielle?

—Por eso me diste un puto departamento en Insignia, ¿verdad? Para estarme espiando como un maldito enfermo.

—Hermano, no empieces con tus paranoias, ¿ella está bien?

—Sí.

—¿La obligaste a volver contigo?

—Sí, y antes de que empieces a joder el alma, quiero que le digas a tu mujercita que esté literalmente sobre ella.

—¿Y eso?

—Brie… bueno, ella digamos que iba a verme pelear.

—¡¿A esas bodegas de mierda?!

—Sí, y no quiero que se ponga en peligro yendo a ese lugar. Al parecer lo hacía frecuentemente.

—¿Y tú por qué sigues yendo a ese lugar? Jared, no habíamos quedado en que…

—Yo no quedé en nada, tú y William querían algo que yo no quiero.

—Sabes que esos son unos mafiosos, tienes que dejarlo. Si no por ti, hazlo por tu hijo. ¿Acaso quieres que crezca en ese ambiente? Lleno de drogas y violencia. —Jared abrió y cerró los puños sintiéndose increíblemente frustrado.

—No quiero tener esta conversación ahora. Tengo cosas más importantes de qué preocuparme, como Brie juntándose con una bola de perros.

—¿Qué dices?

—Se hizo amiga de quien no debería, por así decirlo. De hecho es algo que tenemos pendiente de discutir.

—¿Por qué no la dejas descansar de peleas aunque sea por un maldito día?

Creo que con lidiar contigo ya es más que suficiente. —Jared puso los ojos en blanco.

—Bueno, pues en otro tema, quería ver si podías prestarme de nuevo el

Mazda.

—Hum, sí, ¿vienes para darte las llaves?

Brie se estiró como un gato perezoso y luego parpadeó confundida unos segundos, hasta que recordó en dónde se encontraba. Rápidamente se irguió recordando que se había acostado al lado de Jared… El dolor taladró su cabeza y mareada cayó de nuevo sobre la cama. Diablos, no debió levantarse tan precipitadamente.

Suspirando, se quedó ahí unos segundos esperando a que las náuseas pasaran… pero no fue así. A trompicones entró al baño y devolvió todo lo que tenía. Dios, la doctora volvería a regañarla por su bajo peso. Todavía se sentía mareada mientras salía de ahí, tenía que comer algo… Caminó con dirección a la cocina, pero al ver la puerta de la habitación de Jared abierta, no pudo evitar mirar de reojo. Él no estaba ahí, ¿se habría marchado temprano?

—¿Jared? —llamó elevando la voz, pero él no estaba. Empujó la puerta y vio todo increíblemente ordenado.

¿De verdad la iba a dejar sola en este lugar? No… él no podía secuestrarla y luego dejarla así, ¿verdad? Sintiendo una opresión en el pecho, comenzó a abrir cajones con la esperanza de ver algo de ropa, pero lo que encontró en uno de los cajones la dejó sin aliento.

Era una fotografía, una hermosa mujer de increíbles ojos azules miraba fijamente a la cámara. Era increíble, con su mirada lobuna e intensa y su extraña sonrisa, el cabello negro le caía en pesadas ondas hasta el regazo, donde se encontraba un niño pequeño, sus ojitos estaban entrecerrados mientras una enorme sonrisa cubría su rostro. *Era Jared*. Brie contuvo el aliento mientras acariciaba la fotografía, le dio la vuelta y se sorprendió al ver la hermosa caligrafía escrita.

Bebé, siempre estaré contigo, no lo olvides. Te amo, mamá.

En realidad la castaña no podía comprender nada, ¿no se suponía que no lo quería y por eso lo había abandonado? ¿Cómo se atrevía a dejarle un recuerdo así?

Confundida y llena de curiosidad, buscó más cosas en el cajón, encontrándose con otras fotografías de esa mujer.

—¿Encontraste lo que sea que estabas buscando? —Su voz baja se filtró a través de la habitación, resonando con fuerza a pesar de que apenas había sido un murmullo. Brie dio un respingo y se le cayeron todas las fotos al suelo.

Jared estaba recargado contra el marco de la puerta. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y una mirada acusadora en sus ojos. Con manos

temblorosas se inclinó para recogerlas mientras se disculpaba.

—Yo… lo siento… es que yo, no sabía dónde estabas y…

—¿Y decidiste violarme otra vez? —Brie abrió mucho los ojos, se quedó quieta, en realidad horrorizada. Elevó la mirada para encontrarse con aquellos orbes.

—¿Q-Qué dices? Tan solo estaba buscando…

—Mi pasado, estabas hurgando en mi pasado y en mi habitación sin mi puto consentimiento. Tomaste de nuevo algo mío sin pedirme permiso. Esto definitivamente es un hábito para ti, ¿no?

El corazón se le oprimió a Brie, haciéndola jadear. Dios, no. ¿Por qué todo tenía que salir de esta manera?

—Lo lamento tanto, Jared. No era mi intención… esto, te lo juro. No volverá a pasar… —balbuceó, retomando la tarea de juntar las fotos, con cuidado las puso en el cajón de donde las había tomado. Él se acercó, su enorme silueta oscura llenando toda su vista.

—Lo dudo, parece que decirte que *no lo hagas*, simplemente no funciona en ti.

—Lo siento tanto. Creí que me habías dejado, estaba preocupada… No sabía qué hacer así que entré a tu habitación buscándote, pero no te encontré y luego no vi nada de tu ropa, por lo que comencé a preocuparme y entonces comencé a buscar algo que me dijera que vivirías aquí, con… —Se abrazó a sí misma—. Con nosotros, así me encontré con esas fotos… Yo solo... tenía curiosidad de conocer un poco de ti.

—¿Conocerme?, ¿qué querías saber? No piensas en mí como una persona normal, ¿no es así? —Brie tragó duro, estaba cautiva en su mirada, cuando lo más sensato era salir corriendo de ese lugar—. Es verdad, ¿cómo lo fui a olvidar? Me ves como un puto monstruo, sin alma. Tienes razón en tener curiosidad, ¿qué puedo ser además de un puto boxeador drogadicto?

—Jared, ayer estaba furiosa, no quise decir eso… —aseguró, pero por alguna razón, retrocedió con miedo al verlo aproximarse —Sí, sí quisiste decirlo y haces bien en verme como un jodido monstruo, soy una máquina de matar.

—Tú no eres eso.

—¿Eso piensas? Porque créeme que mataré a cualquiera que quiera alejarme de mi hijo y no me arrepentiré nunca. —Brie se quedó sin aliento ante el fiero brillo en sus ojos y sus torpes pasos la hicieron chocar contra la pared—. Así que adelante, ódiame.

Tras decir aquello, se dio la vuelta para alejarse, pero Brie lo retuvo por el codo.

—Espera.

—¿De qué más tienes curiosidad, Brielle? —masculló el joven con sarcasmo, tensándose por completo.

Santo Dios, de eso se trataba, ¿verdad? Nadie le había tratado como otra cosa que como un monstruo, ¿no era así? ¿Cómo se iba a ver a sí mismo de una manera diferente?

—Tienes razón —admitió—. Lamento haber hurgado en tu pasado, y también lamento mucho lo que… tuve que hacer para salirme del Cooper's. Por favor créeme cuando te digo que no te veo como un monstruo o una máquina de matar.

—Qué agradable por tu parte —se burló él—. Pero te equivocas. No puedo permitirme el lujo de ser otra cosa. —A ella se le oprimió el pecho. ¿Cómo era posible que Jared creyera eso sobre sí mismo?

—Sí que puedes. —Él lanzó una seca carcajada, como si lo que ella había dicho fuera absolutamente ridículo.

—¿Vas a darme lecciones de vida? ¿Qué putas puede saber una mocosa como tú?

—También mi vida ha sido difícil —susurró abrazándose a sí misma—. Cuando Hank me vendió al Cooper's, nunca me consideré una… una *cualquiera*, odiaba eso, odiaba que los hombres me miraran con lascivia, de hecho odio todo en lo que me convertí por su culpa. Sé que piensas que soy una puta, pero no lo soy. — Lo miró con una extraña determinación. Jared abrió los ojos, luciendo sorprendido.

—Yo no dije que fueras eso…

—¿Ah, no? —Lo retó con la mirada, logrando por primera vez que él la desviara primero.

—Cámbiate, llegarás tarde a la escuela. —Se dio la media vuelta sacándose la camiseta en el camino. Brie miró fijamente su amplia espalda, tenía el cuerpo más esculpido que hubiera visto nunca, sin duda todas esas peleas, todo ese entrenamiento habían trabajado muy bien su cuerpo… entonces vio las letras. La frase: *Finchè c'è vita c'è speranza* estaba trazada a lo largo de su espalda, justo debajo de su nuca. Sin detenerse a pensar, caminó atraída hacia él como un imán.

—Te hiciste un nuevo tatuaje —susurró. Jared no se esperaba que ella siguiera aún en la habitación, y se tensó al escuchar su voz.

—Sí.

—¿Qué significa?

—Donde hay vida, hay esperanza. —A la castaña se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Lo… lo hiciste por el bebé?

—Sí, *solo* por el bebé, él es mi esperanza —aclaró, como si ella se estuviera

haciendo ilusiones de otra cosa.

—Claro que es solo por el bebé, sé bien cuánto quisiste mantenerme en secreto. De hecho, sé que hubieras sido muy feliz en tener oculto todo lo relacionado a nosotros.

—No tienes ningún derecho a juzgarme, tenía una vida antes de ti.

Brielle se abrazó a sí misma. Dios, ¿por qué se sentía como si hubiera recibido una dura bofetada? Incluso se sentía entumecida. Cerró los ojos intentando no quebrarse frente a él, pero de pronto unas fuertes manos cayeron sobre sus hombros, dejándola atónita. Se quedó congelada en el suelo, el temblor del miedo hizo que sus músculos se estremecieran. No pensaba que él le haría daño, no físicamente, pero sus palabras podrían ser más cortantes que cualquier cuchilla.

—Yo… bueno… —Pellizcó el puente de su nariz—. *Mierda*. Tan solo quería que supieras que mi ropa está en mi antiguo departamento, la saqué toda para que vinieras a vivir aquí, sin que te sintieras mi prisionera, acosada o alguna de esas mierdas. —Ella lo miró confundida—. Pero la traeré más tarde, viviré contigo.

—¿Por qué me mandaste las llaves?

—No quería que siguieras viviendo con Hank, ahora cámbiate. Es tarde.

Brie suspiró y después asintió, porque para peleas matutinas, ya había tenido una buena dosis. Sin embargo, salió de la habitación de Jared aún aturdida por su extraño comportamiento, por un lado le decía que no hacía nada por ella más que por el bebé, pero por el otro le daba explicaciones de sus actos como si estuviera arrepentido. Dios, de verdad ese hombre la iba a volver loca, en el mal sentido.

Ya en el auto el silencio reinaba sobre ellos, pero no le resultaba incómodo.

Brie se abrigó bien con la costumbre de que no se notara su pancita, pero luego pensó que estaba por demás continuar con eso. A estas alturas ya todos sabrían, y mientras entraban al estacionamiento, observó la menuda figura de Alyssa, iba caminando al lado de Javier. Al verlos juntos una sonrisa involuntaria se formó en sus labios.

Sí, un puto enfermo. *Eso* era precisamente en lo que se estaba convirtiendo.

Eso de estar lanzando miraditas hacia Brie lo estaba volviendo loco, ¿por qué tenía esa necesidad de estarla mirando? Justo ahora ella estaba sonriendo mientras entraban al colegio, ¿cómo podía sonreír al llegar al hervidero de víboras? Siguió su miraba y vio a unos estudiantes. Una chica sumamente delgada que usaba lentes iba mirando hacia el suelo mientras otro mocoso igual

de delgado y alto hablaba gesticulando mucho con las manos.

—¿Por qué sonríes? —Brie dio un respingo, visiblemente absorta en pensamientos. Sus grandes ojos se enfocaron en él y de pronto se ruborizó. Jared elevó una ceja ante su raro comportamiento.

—Yo… ah, no es nada. Tan solo estaba viendo cómo una amiga por fin se acercó al chico que le gusta, es todo.

—Ah… —comentó mirando a la pareja una vez más.

Por un fugaz momento se preguntó si a ella le hacía ilusión ese tipo de mierdas. Ir tomada de la mano, quizás al cine, ir al jodido baile de graduación… El suspiro que ella soltó le dijo que quizás sí. Después de todo Brie era una adolescente, había muchas cosas que estaba perdiendo pero… eso no era su jodida culpa.

—Vendré por ti a las dos, cualquier cosa quiero que me llames, ¿está claro?

—Sí, papá —murmuró entre dientes al tiempo que se bajaba del auto.

Jared suspiró tratando de ignorar ese último comentario y condujo directo al Cooper's. Al llegar al estacionamiento desierto, Owen elevó una ceja.

—¿Y ese auto?

—Ni lo menciones —murmuró, mientras le lanzaba las llaves. No había dado ni dos pasos dentro del centro de entrenamiento cuando Gary se lanzó en su dirección.

—¡Puta madre, *Frío*! Anoche le sacaste hasta la mierda a Zack, ¡nos dejaste malditamente impresionados! Todos te ven como un Dios.

—¿Quieres callarte? —pidió al tiempo que pellizcaba el puente de su nariz.

—¡No! Fue impresionante cómo saltaste como una maldita pantera hasta donde estaban y luego…

—No es necesario que le refresques la memoria, Gary. —Una voz suave y cantarina lo interrumpió. Jared abrió los ojos para encontrarse con la mirada glacial de Katie, quien llevaba una diminuta falda azul y una blusa blanca que no dejaba nada a la imaginación.

—Hola… *putita* —ronroneó Gary mientras se remojaba los labios. Sin pensarlo, Jared agarró el cuello de Gary y lo estampó con rudeza contra la pared.

—Nunca vuelvas a llamarla así, ¿escuchaste, pendejo de mierda?

—P-Pero si eso es lo que es… —balbuceó, con los ojos dilatados por la droga.

—No, eso *no* es lo que es. Se llama Katie y jamás volverás a faltarle el respeto en mi jodida presencia, incluso cuando no esté. Lo mismo va para todos ustedes, cabrones —rugió, haciendo que todos volvieran al entrenamiento.

—Gracias por el despliegue de fuerza, Jared. Ahora ponlo en el suelo para que podamos hablar.

—Espero que te haya quedado muy claro. —Fulminó una última vez a Gary con la mirada mientras lo bajaba al suelo, luego tomó la mano de Katie, quien se quejó quedamente—. Me debes una explicación, enana.

Katie no dijo nada mientras Jared tiraba de su mano, sabía que era un voluble de lo peor, y para qué negarlo, aún tenía miedo de lo que acababa de ver. En cuanto llegaron a su camerino, el joven azotó la puerta.

—¿Cómo está Brie?

—Bien. Ahora dime, ¿desde cuándo es amiga del imbécil? —Katie se miró las uñas oscuras como restándole importancia.

—¿Por qué, estás celoso?

—¡Desde cuándo! —gruñó, caminando hacia ella.

—¡Ay, pero que estrés! Desde hace un par de meses, lunático. Se conocieron en una de tus peleas.

—¿Y por qué mierda venía ella a verme?

—¿Qué no está claro? —Elevó una ceja retándolo, pero Jared siguió sin comprender—. En fin, no hay peor ciego que el que no quiere ver. Solo te digo que nunca estuve de acuerdo con su amistad, pero eso no significa que no sea bueno para ella.

—¿Qué de bueno puede traerle ese pendejo a su vida? Es un malnacido como yo, ¡somos exactamente iguales!

—Bueno, pues es obvio que Brie no piensa así. Parece que no sabe todavía diferenciar lo malo, de lo peor.

—*Gracias.*

—Cuando quieras —comentó, guiñándole un ojo. Jared suspiró moviendo a los lados su cuello extremadamente tenso—. No debes volver a portarte así frente a ella, sé que te dio mucho coraje verlos juntos, pero te aseguro que Brie solo piensa en ti.

Eso definitivamente no debió sentirse como se sintió. ¿Qué era esta mierda recorriendo su pecho? ¿Alivio, tranquilidad?

—No me interesa en lo que piense Brielle. Zack Miller me odia y no dudo que esté haciendo todo esto para joderme la existencia.

—Pues para solo joder, ya son muchos meses sin que supieras. Creo… que él la quiere realmente, aunque no sé si solo como amigos o como algo más. —Aquello le sentó como una patada en el estómago—. Por todo lo que Brie me ha contado, es muy bueno con ella.

—Me importa una mierda si es un santo o no —siseó abriendo y cerrando las manos en puños—. No quiero volver a verla junto a él.

—¿Y quieres que Brie sufra? Porque justamente eso es lo que va a pasar.

—Qué va a andar sufriendo, te lo demostraré. Creo que ambos solo lo hacen

por fastidiarme. —Katie puso los ojos en blanco ignorándolo.

—Egocéntrico —bufó.

Pero Jared no le estaba prestando atención, ahora en su mente estaba más claro que el agua lo que Zack Miller quería hacer, y definitivamente no dejaría que nadie, ni siquiera un *perro,* se entrometiera de nuevo entre él… y su familia.

Capítulo Catorce

—*Entonces ya volviste con ese chico, me parece bien, nena* —comentó Natalie en una extraña voz ronca—. *Ayer me quedé muy preocupada cuando no llegaste a casa.*

—Sí, perdóname, mamá… ya arreglamos nuestros problemas. ¿Tú cómo te encuentras?

—*Bien, dentro de lo que cabe, ¿te veré pronto?* —Brie mordió su labio nerviosamente.

—Eso espero… —susurró. El timbre de entrada a clases sonó con fuerza haciendo que soltara un suspiro.

—*Te dejo para que vayas a clases, cielo, llámame en cuanto puedas.*

—Sí, te quiero, mamá.

En cuanto colgó, Brie se quedó mirando fijamente la pantalla de su celular.

No le gustaba mentirle a todo mundo, pero ¿para qué preocupar a Natalie? No tenía ningún sentido decirle que de nuevo Jared la había llevado a la fuerza a vivir con él.

Mucho menos contarle cómo había golpeado a su amigo Zack, al cual, antes de ir a clases había estado intentado llamar sin éxito, la llamada saltaba directo al buzón.

Suspirando, miró el enorme instituto frente a ella como si se dirigiera directo a la cámara de torturas. Dios, el que dijera que daría todo por volver a ser joven, no estaba en sus zapatos. Ella no veía la hora de salir de ese lugar. Por pura inercia cerró todos los botones de su chaqueta naranja y acomodó bien la mochila sobre su brazo mientras comenzaba a caminar. Sabía bien lo que le esperaba ahí dentro, para muestra ahora mientras caminaba por los pasillos, escuchaba risitas y sentía miradas curiosas sobre ella, tan solo poner un pie en el salón escuchó la chillona voz de Evelyn, estaba rodeada por varias chicas mientras platicaba.

—Es decir, no voy a abrirme de piernas solo porque Tyler sea uno de los jugadores de fútbol del momento, ¿saben? Además, todo el mundo dice que será el próximo mariscal que no tiene tiempo para ir al baile —comentó, mientras jugaba con un mechón de su cabello.

—Te entiendo perfecto, Evelyn —secundó Madison—. Tampoco voy a invitar a Jordan, está igual de ocupado. ¿Y abrirme de piernas para que vaya conmigo? —Sonrió de forma turbia mientras Brielle pasaba a su lado—. Lo

último a lo que quisiera pertenecer es a una de esas estadísticas donde la chica ingenua va a una cita, se besuquean, nueve meses después están esperando un bebé y él no quiere tener nada que ver con ella y todo el mundo la juzga… Así que prefiero que no me invite.

Después de eso, todas las chicas a su alrededor asintieron y miraron "curiosamente" a Brie de soslayo. La castaña cerró los ojos mientras se sentaba en su lugar, tratando todo lo posible de ignorar a esas mujeres que se habían ubicado detrás de su mesa, y estaban haciendo absolutamente todo lo posible por fastidiarla.

—No les hagas caso, Brie. Sabíamos que esto iba a pasar, estoy contigo, amiga. —Alyssa se deslizó a su lado en la mesa y le dio un apretoncito en el hombro intentando reconfortarla. Brie suspiró sonriendo levemente, pero más bien pareció una mueca.

—Sí, lo sé… es solo que no estoy segura si solo estarán con indirectas durante el resto del semestre o realmente ya lo divulgaron.

—Solo están molestando, ignóralas. Hablemos de otra cosa.

—Bueno… —suspiró mientras la miraba—, hoy cuando venía te vi con Javier.

—Sí, me fue a buscar a mi casa —respondió sin evitar mirar hacia donde estaba Javier—. Este último año escolar ha sido bueno para él, ¿no crees? Se ha vuelto más grande, con más músculos. Es difícil de creerlo siendo solamente estudiante de preparatoria.

—¿Eso crees? —preguntó pensativa.

La imagen que tenía de un hombre corpulento estaba más allá del prototipo que Alyssa tenía en mente. Tan solo esa misma mañana había visto la musculosa y tatuada espalda de Jared, de la cual no le quedaban dudas era doblemente la de Javier. Alyssa se encogió de hombros mientras cerraba su libro.

—Sí, creo que ha cambiado mucho.

—¿Te gusta?

—No lo sé. Tal vez. Es lindo, ¿no lo crees? —La castaña siguió los ojos de su amiga.

—Si te gusta, deberías invitarlo al baile. —Su amiga soltó un sonido estrangulado.

—De ninguna manera. Él nunca saldría conmigo. No soy su tipo, estoy segura que solo me ve como su amiga.

—¿Por qué dices eso?

—He visto la forma en que mira a Madison… Y aunque justo esté dándose golpes de pecho, estoy segura que ella les da a todos los chicos lo único que yo no estoy dispuesta a dar. —Brie se tensó a su lado. Alyssa abrió mucho los ojos

mientras la abrazaba fuerte—. No… no quise decir todo eso, Brie… Sé que tú no…

diablos, yo… —Brie le regresó el abrazo mientras se reía.

—Eres tan dramática, Alyssa. En serio, si él te gusta, dáselo a entender o algo.

—No, eso no va a suceder. —Brie suspiró mirando de reojo hacia donde estaba el chico.

—No mires ahora… —dijo, pero por supuesto Alyssa se dio la vuelta y así descubrió a Javier mirándola. Ruborizada, se hundió en el asiento.

—¡Me estaba viendo! —chilló, ocultando el rostro entre sus manos.

—Así es y… ahora viene para acá… diablos, y no viene solo. —Su amiga se hundió aún más en la silla mientras dos pares de piernas bien formadas se detenían frente a ellas.

—Hola, chicas… Jordan y yo queríamos ir al cine… y nos preguntábamos si tú y Alyssa ya vieron la película *"Golpes de muerte"*. —La castaña suspiró pensando que la había visto ya en vivo y a todo color en ciertas bodegas—. Nos apetece ver un poco de acción, algo de vísceras y sangre.

—No la he visto. ¿Vamos, Brie? —canturreó de pronto Alyssa a su lado mirándola emocionada, la castaña abrió la boca lista para soltar una de sus famosas mentiras, cuando Evelyn se detuvo junto a su mesa.

—¿Están planeando una salida, Javier? —El aludido puso los ojos en blanco.

—Sí, estás en todo, ¿no, Evelyn?

—No —aseguró la mujer—, solo que pensé que a estas alturas del embarazo de Brie, seguro es difícil andar caminando de aquí para allá, ¿no lo crees, Brielle?

Los ojos de Jordan y de Javier se ampliaron mientras la observaban como si tuviera otra cabeza, Brie se ruborizó mirando hacia su vientre, cerró los ojos deseando con todas sus fuerzas que solo se tratara de la continuación de su pesadilla.

—Deja de decir tonterías, Evelyn… —comenzó Alyssa.

—¿No escuchaste, Brielle? —Fue el turno de Madison. Varios compañeros dejaron de hacer lo que estaban haciendo para escuchar lo que parecía ser un buen chisme.

—De cualquier manera, no me dejarán ir al cine. Pero gracias, chicos —balbuceó Brie sin atreverse a mirar a nadie. Tenía que terminar con esta conversación cuanto antes.

—¿Entonces no es verdad lo que dicen? —insistió un confundido Jordan.

—A ver, jóvenes, todos poniendo atención al frente —llamó el profesor

Mason, quien venía llegando tarde a clase de Matemáticas.

Brie no respondió a Jordan, y por suerte la mirada reprobatoria del profesor hizo que varios alumnos guardaran silencio, sin embargo se las arreglaron para seguirla mirando, claramente todos estaban esperando a que se defendiera.

—¿No vas a responder, Brielle? —reclamó Madison, su tono fue alto con toda la reprobación y conmoción de la que fue capaz. En un radio de tres sillas, todos se volvieron para mirarla.

—Ya cállate, Madison —murmuró Alyssa en tono realmente enfadado. Brie se abrazó a sí misma, era estúpido seguir con esto.

—Pues entonces ¡que deje de ocultarlo!

—A ver. —El profesor Mason ahora estaba entre ellos—. ¿Puede decirnos, señorita Brielle, qué es lo que está ocultando para que así podamos seguir con nuestra clase?

—N-No es nada, lo siento.

—¡Está embarazada! ¿Por qué no puedes aceptarlo? —acusó Madison.

El jadeo colectivo le hizo saber que si alguien no se había enterado, claramente ahora ya lo había hecho. El profesor se quedó mirándola como embobado, haciendo que Brie se ruborizara hasta sentirse mareada, finalmente se aclaró la garganta.

—Señoritas Harris y Evans, a dirección inmediatamente.

Brie sentía que todo daba vueltas, su respiración se había desbocado ante el giro que había dado toda ésta estúpida conversación y, mientras empujaba la silla hacia atrás para ponerse de pie, rogó porque el día terminara de una vez por todas, aunque una vocecilla molesta en su interior le dijo que no, que de hecho apenas iba comenzando.

—Lucas Young dice que te hará polvo.

Jared miró a Gary de forma cansina, sus ojos azules estaban de nuevo rojos y turbios, seguro había estado drogándose, y la necesidad de esnifarse algo lo sacudió como un cable eléctrico.

Un sudor frío lo recorrió en forma de recordatorio. Llevaba ya dos putas semanas limpio, pero cada día le costaba más pasar por alto la droga, la falta de sexo, hasta la maldita bebida. Y para colmo, no tenía el desfogue de una buena pelea hasta el encuentro con Lucas…, lo que sí tenía eran problemas y frustraciones, *muchas frustraciones.*

—Ese cabrón habla mucho —aseguró mientras esquivaba un golpe de Derek, que sin duda había estado mejorando en las últimas semanas.

—Deberías matarlo, así dejaría de decir tanta mierda.

Matarlo. En el Cooper's las personas hablaban de matar como de cambiar de puta, era todo tan bizarro, quizás porque ninguno de ellos realmente cargaba con la culpa de matar a nadie, o quizás solo él era el único que sabía lo que era cargar con esa culpa a través de los años.

—Nunca he matado a nadie.

Y por alguna razón, repetir esa mentira habitual esta vez lo hizo sentir vacío… El gancho derecho de Derek le dio de lleno en el ojo sin previo aviso. El dolor explotó haciéndolo ver montones de flashes, como si estuviera encandilado.

La escandalosa risa de Gary llenó el repentino silencio.

—¡Lo tomaste desprevenido, qué buen putazo, Derek!

Ni siquiera había terminado de decirlo para cuando Jared arremetió contra su mandíbula, noqueándolo literalmente, terminando así con el entrenamiento, agrandando la cara de desconcierto de los demás y borrando la sonrisa de Gary.

—Exactamente, nunca te descuides. —Jared escupió con desdén hacia un lado.

Dos horas después de eso, el Mazda ronroneaba como una fiera contenida mientras intentaba abrirse paso con dificultad en medio de todo el tumulto de estudiantes, Jared bufó fastidiado al tiempo que se detenía cerca del colegio. Pensó que jodidamente nunca terminaría de acostumbrarse a venir por ella a este lugar.

Había pasado de ser un boxeador a volverse un puto niñero… Respiró profundamente intentando calmarse, en su cabeza resonaron las palabras que Adam

le había dicho antes de darle las llaves del auto:

—¿Puedo hablar contigo afuera? —Adam en realidad le ordenó que salieran al pasillo, quizás con la intención de que Nicole no escuchara.

—No le haré nada a tu puto auto.

—No es el auto lo que me importa. —Lo taladró con unos serios ojos azules —. No sé lo que está pasando entre ustedes dos, pero esa mujer de ahí dentro lleva a tu hijo y ha tenido una serie de sustos por tu culpa. Es frágil físicamente y también emocionalmente, así que deja-de-ser-un-imbécil.

Jared apretó los puños a los costados para evitar romperle los dientes a su propio hermano de un golpe.

—No tienes ni idea de lo que hizo esta vez.

—Y no me importa una mierda. Ahora lo único que me interesa es su salud y la salud del bebé.

—No te voy a dar a mi hijo, así que no jodas con lo mismo…

—Ni siquiera estoy hablando de eso, lo que estoy tratando de explicarte es

que no tienes que perdonarla, o convertirla en tu pareja, tampoco te estoy diciendo que le pongas una aureola y la llames santa. Estoy diciendo que necesitas evitar estresarla hasta que el bebé nazca. Después de eso, haz lo que jodidamente te dé la gana. Pero si quieres un bebé sano, tienes que dejar esta mierda de una vez por todas, no empeores más las cosas para ella.

Aún molesto por los recuerdos, descendió del auto, pero en cuanto lo hizo, varios estudiantes se giraron para mirarlo, no era de extrañarse que su altura de más de un metro noventa los asustara, tampoco le sorprendía que comentaran sobre sus tatuajes o lo señalaran como un maleante. Y mientras las chicas porristas pasaban a su lado moviendo el culo de forma provocativa y lanzaban los pompones para llamar su atención, dio gracias a los cielos por no tener diez años menos.

Suspiró cansinamente cruzándose de brazos, era jodidamente difícil encontrar a Brie entre la multitud. La buscó con la mirada ignorando a la insistente porrista rubia que intentaba llamar su atención con su estruendosa voz o sus movimientos de puta, no había otra colegiala que le interesara, muchas gracias. Al fin la encontró saliendo del último edificio, la falda lisa de su uniforme ondeaba con cada paso que sus largas y torneadas piernas daban, el viento jugaba con su cabello. No hacía frío, pero aun así ella se ajustó la chaqueta a su pequeña figura.

Y oficialmente era un maldito pervertido, ¿cómo podía calentarle la sangre de esa manera una niña? En ese momento ella elevó la mirada y sus ojos se encontraron, un escalofrío habitual de deseo lo sacudió, pero también percibió su tristeza. Sus hombros hundidos solo eran otro signo de su incomodidad. Se descruzó de brazos debatiéndose entre la indecisión de alcanzarla o mejor esperarla. Al final ella llegó hasta su lado, y mientras le abría la puerta no le pasó desapercibido sus ojos llorosos o su nariz roja.

—¿Estás bien? —preguntó, aún a sabiendas de la respuesta.

—Sí, solo estoy cansada. —*He ahí la ganadora al Oscar por mejor actriz,* apuntó su voz interna. El joven apretó los puños con fuerza, logrando que sus nudillos se pusieran blancos.

—Y una mierda —siseó frustrado. El camino fue en completo silencio hasta que llegaron a Insignia, estaba abriendo la puerta cuando ella volvió a hablar.

—¿Y a ti qué te pasó en el ojo? —Inconscientemente se tocó el área lastimada.

—Estuve entrenando.

Abrió la puerta del departamento y la dejó entrar primero, luego se condujo hacia el baño para ducharse y Brie se perdió en la cocina. Bañarse a veces más de tres veces en el día sin duda era un enorme desperdicio de agua, pero mientras

se enjabonaba los bíceps, pensó que ojalá pudiera deshacerse de los remordimientos, de la culpa o de los putos recuerdos, tan fácil como enjabonarse la sangre.

Duró mucho tiempo bajo el chorro de agua, abriendo y cerrando los puños, moviendo el cuello en círculos con la intención de relajarse. Nada sirvió. Después del golpe que recibió por culpa de estar distraído durante el entrenamiento de hacía rato, estaba al límite. El sexo siempre lograba liberar sus frustraciones, y si no podía tenerlo, entonces drogarse lo mantenía a raya. Cuando estaba con Zoey las cosas eran más… *fáciles*. Aunque pareciera imposible, así era. Si estaba de humor podían comer juntos, coger hasta tarde y al final quizás ver una película. Si no estaba de humor, simplemente ni siquiera lo recibía.

La relación con Zoey era fácil porque no había muchos sentimientos mezclados entre ellos, de hecho nunca había pronunciado un te amo o esas mariconadas. Con Brie, por el contrario, estaba toda esa mierda de sus mentiras, sus hormonas, estaba su bebé en camino, su amistad con el *perro*. Todos esos jodidos cambios de humor y silencios, estar con ella era tan complicado como si de nuevo tuviera que revivir su ya muy pasada y traumática adolescencia. Frustrado, cerró las llaves del agua. Sin Zoey, sin nada de drogas, sus recuerdos estaban a flor de piel y sus jodidas emociones totalmente descontroladas.

Una vez que salió, se vistió únicamente con unos vaqueros y caminó descalzo hacia la terraza, necesitaba fumar. Brie se apareció a mitad de su camino, aún vestía el maldito uniforme y su cabello largo la hacía parecer un ángel, lo miró y le sonrió tímidamente, en su mano llevaba una bolsa con hielo.

—¿Para qué llevas eso? —preguntó deteniéndose extrañado.

—Te estaba… esperando.

—¿Para?

—Tienes un fuerte golpe, hay que bajar esa hinchazón —susurró, mientras se acercaba a él de forma titubeante.

—¿Desde cuándo te importa tanto lo que me pase?

—Debes curarte los golpes, Jared —suspiró—, ¿quieres quedar con cicatrices?

—Ya tengo demasiadas —confesó enfadado—. ¿Qué es lo que estás tramando? —Ella se ruborizó y sus ojos chispearon enfadados.

—Tan solo quiero ayudarte, pero si vas a empezar con esa actitud…

Se movió sin pensarlo, su cuerpo dirigiéndose hacia ella antes de que su cerebro incluso reaccionara, y lo siguiente que sabía, era que estaba sobre Brie, presionándola entre su cuerpo y la pared. La agarró por la cadera con una mano y su cuello con la otra, inclinándole la cabeza para que sus labios rozaran su

oreja.

—¿Ayudarme? ¿Sabes lo que realmente me ayudaría? —Aspiró ese aroma a sándalo con fuerza—. Desnudarte completamente para poder hundirme entre tus piernas y lamerte hasta que grites.

Brie tragó con dificultad, incluso dejó caer nerviosamente la bolsa con hielo.

—C-Creí que me odiabas.

—Y aún lo hago —aseguró con voz áspera, enterrando el rostro en la curva de su cuello.

Dejó que sus manos vagaran por su cuerpo sin prisas mientras le mordisqueaba suavemente el cuello. La castaña tentativamente puso las manos en su cintura y le susurró contra la mejilla:

—Estoy cansada de luchar contra ti. —*Eso* era totalmente lo peor que pudo haber dicho. Un gruñido sacudió su pecho al mismo tiempo que restregaba su erección contra ella.

—Tienes que seguir luchando contra mí, Brielle. Porque no te haría las cosas fáciles. —Aspiró profundamente, recogiendo su aroma a flores y sándalo—. Antes de que pudieras siquiera gritar, estaría hundido en ti, te cogería hasta llenarte tanto de mí que me sentirías durante semanas.

Su gemido de necesidad abrió una grieta en su precario control. Le sujetó el cuello con ambas manos para sostenerla, y mientras la besaba con ardor, empujaba contra ella, deseando que estuvieran piel contra piel.

—Jared… —Sus senos se frotaban contra su pecho desnudo y sus dedos picaban en su cintura, iba a arrancarle la ropa con los dientes.

Loco por la necesidad, arrastró la mano por sus suaves pechos hasta su vientre. Donde estaba creciendo su bebé y… y maldita sea, no podía hacer esto. Con un gruñido se apartó de ella. Su pene palpitaba y le dolían las bolas, en sus venas fluía lava en lugar de sangre. Ella lo alcanzó, por lo que la enfrentó furioso.

—Más vale que me sueltes —siseó como un enjambre de abejas, pero Brie no se amedrentó ante su tono.

—¿A dónde vas? —preguntó frustrada. Dios mío, estaba terriblemente acalorada, sentía que sus hormonas estaban al límite de sus capacidades, y Jared no le estaba poniendo las cosas nada fáciles.

—¿Qué te importa? No tengo que darte explicaciones así como tú no me das explicaciones de tu vida.

—¿A qué te refieres?

—Estuviste llorando en la escuela, ¿me vas a mentir diciendo que no? —Ella se tensó mientras jugueteaba ahora con el dobladillo de su falda. Mentirle ya no era opción, no al menos si quería retenerlo.

—Sí, estuve llorando. —Él la miro de una forma… bueno, realmente se veía sorprendido.

—¿Por qué?

—En la escuela… tuve problemas. —Eso logró tensarlo de nuevo, sus músculos se endurecieron, se veía inconscientemente listo para pelear.

—¿Te volvieron a tocar esas pendejas? —Brie sacudió la cabeza.

—No, pero la directora se dio cuenta que estoy embarazada… en realidad todos ya se dieron cuenta. Citó a mi mamá para mañana o no me dejará entrar a la escuela.

—Iré yo a hablar con ella.

—¡No! —chilló escandalizada—. ¿Qué no ves que si lo haces pueden denunciarte por abuso? —Jared elevó una ceja ante su arrebato.

—No tienes nada de qué preocuparte, ya he estado en la cárcel. —La castaña se mordió el labio.

—¿Qué fue lo que hiciste? —Los ojos de él se oscurecieron y una sombra cruzó su rostro, a Brie le dio un escalofrío.

—Eso ya no importa, así que mañana iré a tu escuela.

—Ya te dije que no harás eso, solo que mi mamá no puede ir a la escuela tampoco, está muy enferma. Tendré que decirle a Hank.

—No vas a volver a ver a ese cabrón, ¿acaso estás demente? Insistes en poner en peligro a nuestro hijo, no mides las putas consecuencias… —Se pasó una mano por el cabello—. En todo caso, seré yo quien hable con él.

Imaginarse a Jared enfrentando a Hank de nuevo, la sacudió con violencia.

Brie comenzó a respirar agitadamente y pronto unas solitarias lágrimas abandonaron sus mejillas. Si iba con Hank y lo hacía enojar, después él se vengaría con ella, haría algo para desquitarse. ¿Y si la directora se daba cuenta de todo el problema? Podrían correrla de la escuela y a él meterlo a la cárcel, ante eso comenzó literalmente a hiperventilar. De pronto Jared la rodeó con sus brazos, haciendo que una corriente cálida recorriera su cuerpo y la tranquilizara casi al instante.

—No quería gritar, es solo que yo… Todo estará bien. —Frotó su espalda, hablando en voz baja y suave—. No pasará nada.

—¿Y si me corren de la escuela? De verdad quiero terminar, es muy importante para *mí.* —Su voz se quebró al final.

—Nadie hará eso.

—¿Me lo prometes? —gimoteó.

—Te lo juro.

Finalmente, los tensos músculos de Brie cedieron mientras acomodaba la cabeza contra ese amplio pecho. En un acto por demás extraño, el joven la rodeó con sus brazos y hundió el rostro en su cabello.

La castaña no supo cuánto tiempo estuvieron en esa postura sin moverse.

Ella abrazándolo, él acariciándole suavemente la espalda. Pudieron ser horas, pero Jared no se movió ni ella le dirigió la palabra mientras la sostenía.

¿Cómo explicar lo que sentía por Jared sin verse como una tonta? Dios, ¿a qué hora se había enamorado tanto de él? Elevó la mirada y lentamente rozó su mejilla acariciando el golpe en su ojo.

—Déjame curarte. —Él suspiró al tiempo que cerraba sus ojos, en un gesto implícito de rendición.

Brie entonces recogió la bolsa con hielo, la presionó delicadamente sobre su ojo y aprovechó para delinear las sombras oscuras que se formaban debajo, siguiendo el perfil de su rostro hasta sus labios entreabiertos. Cuando dejó de tocarlo, finalmente él abrió los ojos y había hambre en ellos. No la suficiente para atemorizarla, pero lo bastante para que a Brie se le hiciera un nudo en el estómago y el pulso se le acelerara.

—Querría —susurró—, querría que pudieras sentir la confusión... que tengo, que pudieras entenderme. —Llevó la mano a su cabello alborotado y luego recorrió su rostro.

—Dímelo —pidió él con una extraña voz gutural.

—Ya te lo he dicho, pero nunca me pones atención. —Jared iba a decir algo cuando el estómago de ella rugió haciendo que se ruborizara, pero por el otro lado agradeció la distracción. No quería volver a confesarle lo que sentía y que él nuevamente la rechazara—. Vamos a cenar algo, muero de hambre. —Caminó hacia la cocina tratando de ignorar los escalofríos que sentía al saber que venía detrás de ella.

En cuanto llegaron, él se sentó en un taburete para observarla. La joven trató de ignorar su presencia mientras hacía los sándwiches, luego picó fruta y después sacó un yogurt del refrigerador, cuando se giró, lo encontró observándola con curiosidad.

—¿Qué?

—Nada. —Ella elevó una ceja, ocultando la sonrisa que le provocaba verlo tranquilo.

—¿Me vas a decir cuándo surtiste toda la despensa?, ¿acaso querías alimentar a un batallón?

—No lo hice solo, le pedí ayuda a la enana. —Brie se tensó un poco, ¿a quién se refería? Jared pareció notarlo y soltó un bufido—. *Katie*, esa enana,

además de pedirle que te entregara las llaves, le pedí que me ayudara a comprar todo lo necesario para que vivieras aquí por tu cuenta.

—Tú… ¿de verdad le pediste eso? —Él se encogió de hombros mirando fijamente la barra, y si no supiera que era imposible, juraría que estaba avergonzado—. ¿También pastel? —preguntó incrédula.

—Dijiste que te gustaban las cosas dulces.

—Sí, y no debería, pero te juro que el bebé deja enormes huecos en mi estómago cuando se trata de cosas dulces. —Los ojos habitualmente fríos de él se iluminaron, y un atisbo de sonrisa curvó sus labios.

—También compré varios tipos de helado, no sabía cuál podía gustarte.

—Gracias, pero me conformo con un trozo de pastel… por el momento —canturreó. Estuvieron cenando en un cómodo silencio, y cuando por fin se sintió satisfecha, sonrió contenta—. El pastel estaba delicioso…

—Me alegra que al menos eso te gustara. —Brie se puso de pie y comenzó a recoger los platos, cuando estuvo frente a él murmuró:

—Con los dulces no tengo problemas, el problema es con las cosas amargas —tarareó guiñándole un ojo. Jared elevó una ceja, lo que la hizo morderse nerviosamente el labio, ¿qué mosco le había picado para decir algo tan imprudente?

Él se puso de pie y su enorme estatura la intimidó, haciéndola retroceder levemente. Tratando de controlarse dejó los platos sucios en su lugar, pero no pudo comenzar a lavarlos porque dos enormes brazos cayeron a los lados, encerrándola como si estuviera en una jaula. Asustada, se giró para enfrentarlo y ahogó un grito al verlo tan cerca de su rostro.

—¿Me llamaste *cosa amarga?* —Su belleza la deslumbró al grado que incluso olvidó cómo respirar.

—No… yo ah… —Se abrazó nerviosamente a sí misma. En un inesperado movimiento, Jared sujetó sus manos obligándola a dejar de abrazarse, y sustituyó con sus manos aquella sensación de vacío, haciéndola ruborizar.

—Haces mucho eso cuando estás nerviosa.

—Me siento protegida —balbuceó, mirando sus orbes intensamente azules.

Durante un largo minuto se quedaron mirando, hasta que por fin él se aclaró la garganta.

—Conmigo no hay nada de que protegerse, Brie. Entiéndelo. Cuando miro tu vientre… veo más allá de la violencia. Verte… es decir, ver a nuestro bebé creciendo dentro de ti, me proporciona una paz que no recordaba desde que era niño.

—¿Tuviste una infancia demasiado difícil? —preguntó. Porque la verdad, hasta hacía unas horas antes de ver las fotografías, le resultaba imposible

imaginárselo como un niño. Haciendo cosas normales como jugar… o reír.

—La peor. —Una sonrisa irónica curvó las esquinas de su boca.

Brie se acercó más y rozó con la punta de sus dedos su mejilla cubierta por el oscuro hematoma que había resultado de su pelea con Steve, o quizás con Zack.

No se detuvo a pensar por qué lo hacía, solo quería seguir transmitiéndole el mayor tiempo posible algo de paz. La mirada de Jared capturó la suya, sujetándola con una intensidad que la hizo ruborizarse. El deseo latió en sus venas, encendiéndola tan fácilmente como cada vez que él la miraba de esa forma. Incluso cuando estaba enfadado, el poder que emanaba de él funcionaba como un afrodisíaco en ella.

Definitivamente las hormonas la estaban volviendo extraña… o loca.

—¿Cuándo fue la última vez que fuiste feliz? —Su voz era apenas más fuerte que un susurro, pero el joven se estremeció como si ella hubiera gritado.

—Ni siquiera lo recuerdo —dijo con voz ronca, y su corazón se rompió por él. De alguna forma, tenía que encontrar una manera de traer un poco de felicidad a su vida—. ¿Y tú?

—Pues, cuando supe que sería mamá… —suspiró mientras lo miraba fijamente y se hundía en el agua de sus ojos—. Claro que tenía muchísimo miedo, lo sigo teniendo, pero… en ese momento estaba también muy feliz de que por fin tendría algo que sería mío.

—También estabas feliz porque saldrías del Cooper's —le recordó en un gruñido. Brie parpadeó confundida, había olvidado que él seguía pensando esa estupidez de que se embarazó para salir de ahí. Bajó la mirada sin saber qué más decir—. Hubiera querido que me avisaras y no tener que enterarme como lo hice.

—No quería que pensaras que tenías que quedarte. Incluso ahora, si quieres irte, si quieres seguir adelante como si nada hubiera sucedido, ya te dije que voy a estar bien. Estaremos bien. —Puso la mano en su estómago. La pequeña y redonda, pero notable, pancita apenas se escondía detrás de su mano.

—Creo que te he dejado bastante claro que quiero ser padre. —En un movimiento inesperado, él puso su mano suavemente sobre la suya, tocando entre los dos su vientre.

Brie mordió su labio sin decir nada, no quería interrumpir esto, no podía engañarse diciendo que no le gustaba la sensación, porque la verdad, no recordaba haberse sentido tan completa nunca. Pasaron algunos segundos para que se animara a seguir preguntado, tenía por fin esta oportunidad de conocerlo y no pensaba desaprovecharla.

—Hablando de papás… ¿por qué te llevas tan mal con el tuyo? —Jared

bufó dando un paso hacia atrás, claramente estaba listo para irse, cosa que Brie no iba a permitir, así que aferró la mano que tenía aún sobre su pancita.

Él suspiró al tiempo que deslizaba su dedo pulgar de arriba abajo sobre su vientre, y la caricia recorrió rápidamente todo el camino hasta su alma. En ese instante Brie comprendió que aunque no quisiera, estarían unidos por una soga imaginaria para siempre, y la sensación cálida que ahora la embargaba era realmente adictiva. Se preguntó si cuando el bebé naciera sería igual.

—William es una persona con doble moral.

—Debbie dijo… —Inmediatamente Brie se llevó ambas manos a la boca, no quería descubrirla o poner en peligro la buena relación que ellos llevaban.

—Sí, imagino que ella te contó lo de las pruebas de paternidad. —La castaña suspiró sintiéndose un poco aliviada—. Pero no es por ese papeleo que lo detesto, en realidad no soporto que me diga cómo manejar mi vida, cuando él no es el mejor ejemplo a seguir.

—Tengo que darte la razón con eso, a nadie le gusta que le digan cómo manejar su vida… como bien comentas.

Su cabello, lleno de ondas suaves, rozaba el cuello alto de su blusa mientras negaba con la cabeza. Y por mucho que le gustara la forma en que su temperamento agitaba su sangre, no le gustó lo que había dicho. Ella estaba completamente equivocada, su situación no era la misma, jamás lo sería.

—¿Te gustaría que te dejara libre para irte con el *perro?* —Dio un paso más hacia adelante, presionándola contra la encimera.

—Solo te pido verlo una vez, tienes que confiar en mí —pidió con ojos suplicantes.

—No. —Brie bajó la mirada mordiendo su labio.

Sin pensarlo, extendió la mano y apartó un sedoso mechón detrás de su oreja. Las puntas de sus dedos rozaron la suave piel de su mejilla. Ella elevó la mirada y, Dios, cuando sus ojos se encontraron, fue como si no hubiera nada entre ellos. Nada podía detenerlo de tirar con fuerza de ella contra él y hacerle lo quería desde hacía tanto tiempo.

Mientras la acercaba a su pecho, su corazón retumbaba detrás de sus costillas, golpeando dolorosamente, fuerte y rápido. La respuesta intensa que siempre tenía hacia ella le sorprendió de nuevo. Brie era el enemigo. Esto estaba tan mal. El argumento era débil y lo sabía. Brielle podría no ser una amiga, o incluso una parte neutral, pero no era el enemigo.

Sin poder evitarlo, se acercó más. La tensión floreció en el espacio entre ellos, intensa y caliente, como la tormenta que ahora golpeaba con fuerza contra

las ventanas. Su respiración se hizo pesada y sus ojos brillaron con fuego destellando en un crudo deseo. Dejó que sus manos deambularan por su cuerpo, robándole un escalofrío. Lentamente se acercó a su rostro y ella cerró los ojos. Jared se detuvo a centímetros de sus carnosos labios.

—Dime que me detenga y lo haré.

Al menos le estaba dando a Brie la oportunidad de utilizar su voz. Si ella le pedía que la dejara sola, lo haría. Diablos, le daría lo que quisiera. Tan solo quería...

¿qué?, ¿una disculpa? Sí, tal vez eso era todo. Claro que anteriormente ella lo había intentado, le había pedido perdón, incluso le dio la impresión de que se lo intentó demostrar, pero en aquel entonces estaba tan furioso con ella que no se lo tragó.

—Brie, si no quieres esto lo entenderé, solo dímelo en voz alta —susurró, empujando ligeramente las caderas contra ella, dejándole sentir su dura erección, así como sus intenciones.

Brie no pudo evitar el gemido apagado que abandonó su garganta. Dios, de verdad que lo deseaba, lo deseaba como nunca había deseado nada en el mundo. A estas alturas su cerebro había gritado horrorizado y estaba escondido en un rincón muy profundo de su mente, dejándola con el cuerpo acalorado y tan dolorido. Jared ahora estaba besándole el cuello, sus manos estaban sobando suavemente sus pechos, provocándola una y otra vez, incapaz de soportarlo más, tiró con fuerza de su cabello para mirarlo.

—Hay cosas que no sé si podré darte… —balbuceó acalorada.

—¿Y qué estás dispuesta a darme? —preguntó con una voz ronca y necesitada. Brie se mordió el labio, no estaba segura en realidad de qué quería darle… pero entonces el recuerdo de él con Zoey la aguijoneó con fuerza.

—En realidad no quiero darte nada, y estoy segura que de cualquier forma tú nunca lo aceptarías.

—Sí hay algo que quiero de ti.

Aquello la hizo respirar entrecortadamente. Dios mío, tenía unos impresionantes ojos que brillaban lujuriosos. Se sentía terriblemente abrumada con su tamaño, con su presencia, con su aroma a limpio, tan masculino. Tenía que recordarse porqué debía odiarlo, pero no pudo seguir pensando ya que Jared sujetó su rostro con aquellas enormes manos y comenzó a besarla.

¿Y a quién quería engañar? Al menos, no a sí misma. Amaba sus besos, incluso cuando él se dio cuenta y tomó ventaja de ello, abrió gustosamente la boca para que pudiera deslizar la punta de su lengua dentro, así lo hizo,

tentándola una y otra vez mientras alternaba los besos con pequeños mordiscos a su labio inferior.

Jared la estaba poseyendo, en todos los aspectos que alguien puede apropiarse de otra persona y, por loco que pareciera, no se resistió, porque muy dentro de ella anhelaba por fin pertenecer a alguien.

Su respiración se convirtió en roncos jadeos cuando se perdió en aquel enorme cuerpo y lo atrajo más contra sí, necesitando borrar cualquier distancia, lo necesitaba completo. Todo sentido del tiempo, del odio, cualquier porqué salió sobrando mientras se besaban. Poco a poco comenzó a dolerle el pecho, y solo hasta ese momento se dio cuenta de que no estaba respirando, a regañadientes rompió el beso, pero Jared continuó besándole el cuello.

—Lo que quiero de ti no solo es nuestro hijo —aseguró con la voz áspera —. ¿Entenderías si te dijera que solo soy un hombre? —Ella mordió su labio mientras lo miraba—. ¿Te sigo repugnando?

—Siento haber dicho eso —admitió sin aliento—. Es que… yo… es que tú me estresas —dijo al fin, después se quedaron así por unos segundos, mientras él le recorría con premura las costillas y con la otra mano le acariciaba el cabello, los movimientos eran increíblemente relajantes, seductores.

—Y tú a mí, pero al igual que tú, estoy cansado —dijo con una mezcla de enojo y dolor en la voz. Aquello la hizo sentirse sin aliento, y se le cerró la garganta al sentirse rechazada de nuevo.

—Entonces será mejor que me dejes… —Intentó empujarlo pero él sujetó con fuerza su rostro, sus ojos llamearon con calor mientras se cernía contra ella.

—No sé cuánto más pueda contenerme contigo, Brielle. —Su voz aún ronca la sacudió como si hubiera sujetado un cable de alta tensión—. Ya no puedo soportarlo, no tenerte me está volviendo loco, estoy subiéndome por las paredes, cada día es peor.

Ella parpadeó, hundida en sensaciones desconocidas, y mientras el calor inundaba sus mejillas se encontró diciendo:

—No tienes por qué seguirte conteniendo, también quiero tenerte. —*¿Esa voz baja y decidida era la suya?*

Él se inclinó, inmovilizándola. Sus senos se frotaron contra su duro pecho, volviéndose repentinamente sensibles. Inhalando un jadeante aliento, Brie se atrevió a deslizar sus pequeñas manos hacia arriba a su cuello, y cuando pasó sus uñas sobre la piel de su garganta, él dejó salir un gutural gemido alentador. Su beso se volvió urgente, posesivo. Deslizó la lengua dentro de su boca para encontrarse con la de ella en una fiera y húmeda batalla mientras la alzaba sobre la encimera, donde se colocó entre sus piernas.

Jared era justo como ella se lo había imaginado, crudo y áspero, el tipo de

hombre que perdía toda pretensión de educación y pensamientos, por cómo estaba tirando de su blusa, se lo imaginó del tipo que rasgaba ropas o hacía saltar botones.

Intenso. Con ese borde afilado y peligroso. Él volvió a mecerse contra su cuerpo, haciendo que lo ansiara.

Se arqueó hacia él, robándole un siseo cuando sus caderas se frotaron contra la protuberancia en la bragueta de sus vaqueros. Jared deslizó una mano entre sus cuerpos y comenzó a desabrochar sus pantalones, aquello la tensó y buscó su mano para detenerlo.

—Jared, yo… no sé lo preparada que estoy para algo más que esto —susurró, sintiendo el rubor colorear sus mejillas—. No sé si estoy lista para soportar tanto dolor de nuevo.

Aquellos ojos azules cargados de lujuria parecieron apagarse.

—¿Dolor?

No, quizás había entendido mal. ¿Qué tenía que ver el dolor en todo esto?

—¿A qué te refieres?

—T-Tú sabes —balbuceó toda ruborizada—. Se siente doloroso cuando se hace… *eso.*

Virgen.

Ella le había dicho que era virgen, flashes de ella cabalgándolo mientras *sollozaba* le vinieron a la mente, y se enfrió por completo. *Puta mierda*, quizás no había mentido, al menos con eso. Dios, ella definitivamente no estaba lista para recibirlo. Y él estaba preparado. Tan jodidamente duro que sus bolas se sentían como si fueran a explotar en cualquier momento.

Miró aquellos ojos claros y se sintió culpable por no parar de juzgarla, pero su ridículo hombre de las cavernas interno rugió de alegría al entender que era el único en la vida de esa jovencita. Entonces, también pensó por primera vez que podía ser otra cosa además de un puto arrogante. Podía ir lento, ¿verdad? Siempre que pudiera controlarse. *Mierda*, la palabra *lento* nunca había sonado tan pretensiosa.

—Lo siento —aseguró determinado, empujándose hacia atrás.

Caminó cual zombi directo a su habitación, no podía hacerle esto. No podía seguir abusando de ella de esa manera, necesitaba calmarse, necesitaba ir a golpear algo, necesitaba una buena cogida, necesitaba de Zoey. *Mierda*. Abriendo y cerrando los puños se obligó a tranquilizarse, a controlarse. Lo cual era como tratar de reducir la jodida velocidad de un tren con un freno de mano, pero finalmente la sangre comenzó a aplacarse en su interior, trayendo un poco

de sensatez a su sistema.

Cuando abrió los ojos y volvió a la realidad, seguía sintiéndose intranquilo, sus instintos necesitaban ser saciados en otro lado. Brie era peligrosa para él. Si le afectaba de esa forma sin encontrarse ni siquiera en la misma habitación, no quería ni imaginarse qué hubiera pasado si no hubiera sido capaz de retirarse de su puto olor a sándalo. Mierda, ella podía ser perfectamente su detonador, por así decirlo.

Su vía directa hacia la autodestrucción.

Jared se pasó una mano por el cabello. Qué maldita ironía que deseara a esa niña como a ninguna otra mujer. Caminó decidido al guardarropa buscando alguna camiseta, cuando se abrió la puerta haciéndolo fruncir el ceño. Brie caminó hacia él dubitativamente. Como siempre, iba abrazada a sí misma en ese gesto nervioso, haciendo que se sintiera peor.

—¿Qué ocurre? —gruñó mirándola.

—¿A dónde vas? —Sus ojos volaron a su camiseta.

—Voy a salir.

—¿A dónde?

—Probablemente al Cooper's. —Brie dio otro paso y cerró la puerta detrás de ella, haciéndolo elevar una ceja.

—¿A qué vas a ese lugar?

—¿Por qué siquiera estamos teniendo esta puta conversación?

—Porque quiero estar contigo. —Su voz decidida y sus ojos llameando ardientes lo hicieron estremecerse. ¿De verdad estaban hablando de lo mismo?

—¿Por qué querrías estar con alguien como yo?

—No me hagas decírtelo —pidió con voz apagada. Caminó hacia él, y en un movimiento desprevenido lo rodeó por la cintura, haciendo que el deseo se anudara en su estómago.

—Brie… nunca creí que diría esto, pero debes dejar que me vaya.

Ella lo miró y lentamente se relamió los labios, sus pequeñas manos se arrastraron por su piel hasta llegar el botón de sus pantalones.

—Hazme el amor, Jared… por favor. —Las fosas nasales del joven se dilataron, y todo su cuerpo se sacudió como si hubiera recibido una descarga.

—Brie…

—Por favor, lo quiero tanto que me duele... —pidió ruborizada. La respiración del joven se desbocó mientras hacía lo que nunca pensó que haría. Dio un paso atrás.

—No voy a volver a tocarte, tú… tú nunca has estado realmente con nadie.

—Ella sonrió con tristeza al tiempo que daba un paso hacia él.

—No, no había estado con nadie antes de conocerte. Pero ahora… no quiero

estar con nadie que no seas tú. —Jared soltó el aire bruscamente.

—¿De verdad solo quieres coger, Brie? Porque eso es lo único que puedo brindarte.

—Tienes mucho más que brindarme...

—¿Más que eso?, lo dudo mucho.

—Tú has sido muy bueno conmigo. Me has cuidado. Me has protegido y me has consolado...

—Pero no querrás sentirme dentro de ti, te lo aseguro.

—Es que ya te siento dentro de mí… —Tocó su vientre ligeramente—. ¿Qué no lo puedes ver?

Jared cerró los ojos y los puños a los lados de su costado. No podía volver a acostarse con ella, hacerlo sería como sucumbir, como perder una maldita batalla, y él *nunca* había perdido; sin embargo, cuando trató de rechazarla de nuevo, ella lo agarró por las caderas y presionó su vientre contra él. Al sentirlo, todavía tuvo un retazo de conciencia y quiso rechazarla nuevamente, hasta que ella palmeó su entrepierna de forma torpe.

En ese momento un sentimiento totalmente desconocido y nuevo lo embargó. ¿Ternura?, ¿compasión? Abrió los ojos y vio el deseo en los de ella, realmente Brie quería estar con él, pero no sabía cómo iniciar el sexo. Cuando habían estado en el Cooper's, él recordaba que ella lo había violado, pero ahora, si se esforzaba, podía recordar vagamente cómo ella no había podido cabalgarlo al principio. *Porque no sabía cómo.* En realidad, ninguno de los dos era virgen, pero ¿emocionalmente? *Mierda*, sentía jodidamente como si lo fuera.

Claro que había cogido, había sido mamado, había hecho demasiadas mierdas indecentes a lo largo de su puta vida como para asombrarse de algo nuevo, sin embargo, nunca le había hecho el amor a alguien.

La miró a los ojos buscando alguna señal de arrepentimiento, pero aquellos ojos inocentes lo miraban con una desesperada honestidad. Su fuerza lo abrumó, lo consumió, y en ese momento quiso hacerla realmente suya, sin importar perder una batalla.

—*Mierda* —gruñó tomándola en brazos y recostándola en el centro de la cama. Su cerebro se había apagado dejándolo en piloto automático.

Brie no se resistió a nada, su pecho subía y bajaba con la respiración acelerada, su piel blanquecina estaba totalmente ruborizada por la excitación. Le tomó todo el jodido control que tenía no arrancarle el puto uniforme y ayudarla a desnudarse, él por su lado solo llevaba los vaqueros, así que los pateó fuera de sus piernas con facilidad.

Cuando volvió a centrarse en ella, miró su cuerpo desnudo y se quedó boquiabierto. Era jodidamente perfecta, con todas esas curvas nuevas, su cuerpo

estaba cambiando a pasos a agigantados, dejando de lado a la jovencita que siempre pensó que era. Frente a él no había ninguna niña, Brielle era toda una mujer… una que estaba esperando un hijo suyo. En ese momento mandó a la mierda sus pensamientos, sus porqués, y mientras la miraba fijamente, perdió su autocontrol.

Brie comenzó a removerse con incomodidad por su escrutinio, así que inclinándose hacia delante, agarró sus tobillos, usando sus pulgares para frotar ligeros círculos. Cerró los ojos tratando de calmarse, no iba a joder esta mierda, así que dejó que sus labios bajaran por su muslo, con las manos le abrió más las tensas piernas para poder colocarse entre ellas, trató de que se relajara mientras trabajaba un camino por sus piernas con su boca y hacia arriba por sus pantorrillas con las manos. Entonces Brie se volvió ligera, incluso comenzó a retorcerse de placer.

La rigidez abandonó por completo su cuerpo y hundió con fuerza los dedos en su cabello mientas la besaba y lamía, masajeaba y acariciaba.

—¿Te gusta esto? —inquirió cerca de su sexo, el olor de su excitación le hizo agua la boca, y se preguntó cuánto más lento podría ir. Ella clavó las uñas en su cuero cabelludo.

—Sí… yo… sí.

—Ésta es la última vez que te lo digo, puedes arrepentirte de toda esta mierda en este momento.

—No lo haré. —Aunque su voz era temblorosa, sus ojos eran decididos.

Eso le dio entonces carta abierta para probarla y… maldita sea. Era tan jodidamente bueno, justo como se imaginó que sería: dulce y cálida. La más dulce miel llenó su boca y jodió su cerebro. El sabor de ella era una droga, a la cual se hizo instantáneamente adicto, necesitaría de esto todos los días. Varias veces durante el día. En la mañana y en la noche. Tal vez al mediodía también. La lamió tentativamente, usando su lengua para empujar dentro, sin dejar de acariciarle los muslos. Luego, deslizó las palmas bajo sus caderas y la levantó hacia su boca, obligándola a abrir más las piernas, exponiéndola a su ataque.

Entonces la cubrió de nuevo con la boca, lamiendo y mordisqueando. *Mierda*. Nunca se había sentido así antes, con ninguna mujer, ni siquiera con Zoey. La respiración de ambos se desbocó cuando se aventuró a deslizar un dedo dentro de ella. Brielle era jodidamente estrecha, y no pudo evitar rodar los ojos hacia atrás. Jared sintió que algo le explotaba en la cabeza cuando su aroma le llegó en una fresca oleada.

Ya se encontraba peligrosamente cerca del orgasmo, con su miembro preparado para explotar y el cuerpo temblándole por la urgencia de poseerla. Llevó la mano a sus muslos. Estaba tan húmeda, tan jodidamente húmeda para

él. ¿Y los sonidos?, los putos sonidos que Brie gemía entrecortadamente lo recorrían llevándolo al punto de la locura. Se moría por jodidamente enterrarse ahí cuanto antes, pero aunque estaba malditamente ansioso, se repitió que quería demostrarle que esto no se trataba de dolor, así que se limitó a atacarla como si se estuviera muriendo de hambre.

Brie se mordió el labio mientras miraba el cuerpo de Jared, ese inmenso cuerpo de guerrero, con todos esos músculos. ¡Dios... realmente se estaba preparando para recibirlo! Se retorció insegura de cómo manejar esta situación que se formaba bajo su pelvis, donde Jared estaba abriendo su carne hinchada para embestirla con su lengua. Obviamente no tenía experiencia alguna respecto al sexo oral, así que no tenía ningún marco de referencia cuando se trataba de habilidades.

Sin embargo, cuando Jared hundió un dedo dentro de su centro y empujó sus labios sobre su clítoris, lo catalogó como espectacular.

La castaña cerró los ojos, dejando que las olas de placer estallaran sobre su piel, alcanzando la cúspide cuando él se pegó nuevamente a su clítoris y chupó fuerte. Se agitó y retorció bajo su agarre, y estalló en el orgasmo que había estado avivándose. Su cuerpo asumió todo el control, sacudiéndose y retorciéndose mientras olas de placer la sacudían de arriba abajo, dejándola medio inconsciente.

Luego, cuando aquellas descargas entre sus piernas terminaron, se quedó laxa, sin fuerzas ni para abrir los ojos. Se sentía tan confundida, si bien Jared quería al bebé que llevaba en su interior, su obligación con ella concluía con tan solo darle protección.

Hacerla sentir bien era una ofrenda que solo él podía darle. Y a estas alturas era algo que deseaba únicamente de él. Mientras trataba de recuperar el aliento, pensamientos confusos se agolpaban en su mente, nunca pensó que esto fuera el sexo, pero ahora entendía perfectamente por qué todo mundo quería volver a hacerlo, por qué pagaban incluso por ello. Perezosamente, abrió los ojos y se quedó sin aliento al ver dos zafiros azules llameando en deseo, un lento escalofrío comenzó bajo su nuca y siguió todo el camino por su cuerpo. Ahora no sabía qué hacer y se sentía sumamente nerviosa.

¿Y si no lograba satisfacerlo?, ¿y si no era lo suficientemente buena para retenerlo cuando Zoey volviera? Porque algo dentro de ella le decía que esa mujer volvería… De pronto, él estaba encima de ella, su hermoso cabello negro cayendo sobre su frente haciéndole cosquillas, la punta de su pene suspendida en su entrada.

Por Dios, definitivamente esto debía de ser a lo que la gente se refería cuando se ponía eufórica por tener sexo. Dejó de cuestionarse la extraña necesidad de tenerlo dentro de ella, únicamente sabía que moriría si él no lo hacía. Ya.

—Bésame —medio ordenó, haciendo que una risa ronca abandonara los labios de Jared. Por suerte, él la complació de inmediato y como pudo se abrazó con fuerza a su cuello, pero él se mantuvo a una prudente distancia de su cuerpo, sin poner peso encima de ella. El esfuerzo era evidente en sus antebrazos donde las venas se marcaban.

Durante un tiempo estuvieron besándose de forma salvaje, frotándose el uno contra el otro tan solo para provocarse. Brie ligeramente abrió más las piernas, quizás como una reacción natural de las sensaciones, lo necesitaba dentro, y cuando él se acomodó entre ellas, sonrió satisfecha al poder acunar su enorme cuerpo.

Jared respiró hondo antes de mirarla fijamente a los ojos, de verdad había intentado ir lento, había intentado todos los jodidos métodos para ir suave, pero ahora estaba malditamente excitado y ella estaba tan húmeda… El joven dejó caer la cabeza dentro de su perfumado cuello. Lentamente, echó hacia atrás la cadera y la punta de su pene se deslizó hasta la posición correcta, ajustándose a ella a la perfección, penetrándola finalmente de una sola estocada. Brie jadeó mientras sentía cómo su cuerpo parecía rebelarse contra la presión y el ensanchamiento. A pesar de que estaba dispuesta a recibirlo, Jared constituía una invasión, pero la verdad era que le encantaba lo que estaba sintiendo, en especial cuando él dejó escapar el aire que tenía en el pecho y se estremeció. Brie le acarició los hombros, sintiendo sus músculos y el calor que despedían.

—¿Estás bien? —Él estaba quieto, sin moverse ni un milímetro más, como dándole oportunidad a su cuerpo para que se acostumbrara a su invasión.

Aparentemente, él estaba tranquilo, bajo control, pero el ligero temblor en su voz lo delató. Esto lo estaba afectando tanto como a ella.

—Sí —resopló por la sensación de sentirse tan llena y estirada, pero definitivamente no era una sensación desagradable como lo había sido la primera vez.

Ahora era justo lo contrario, cuando él comenzó a moverse lentamente al principio, se aferró a él con todas sus fuerzas, aprisionándolo y arqueándose para que él pudiera llegar más profundo en su interior, para que comenzara a moverse con mayor rapidez.

—Tan... apretada... —Su voz era ronca y grave, Brie sabía que él estaba luchando por controlarse—. No hagas esa mierda, no quiero lastimar al bebé.

Déjame ir despacio…

Brie apenas y pudo asentir mientras dejaba que el vaivén tortuoso de Jared la llevara hacia un camino de no retorno, que no estaba segura de poder soportar. Él descendió aquellos suaves labios por su cuello, besando todo el camino hasta sus pechos donde se introdujo un pezón a la boca, comenzó a atormentarlo con la lengua como si ella necesitara más estimulación.

Sus embestidas adquirieron más urgencia, y una oleada de calor erótico se derramó sobre ella en sacudidas cada vez más intensas, creciendo con cada estocada, gimió, pero el sonido no fue de dolor, no. Brie se sentía tan llena de placer, todo era tan diferente a la primera vez, tan nuevo y abrumador, que cuando el deseo comenzó a construirse rápida y nuevamente dentro de sus muslos, no lo reprimió. Con un grito alcanzó la tan ansiada liberación, sus músculos internos se contrajeron en torno a su miembro, y entre la bruma intensa del placer en el que había sucumbido, lo escuchó maldecir.

—*Puta mierda* —jadeó, empujando con mayor decisión.

A la castaña la cabeza le daba vueltas, literalmente el orgasmo había arrasado con todos sus pensamientos, nunca se había sentido así en su corta vida.

Jared gruñó en su cuello, arremetiendo con más fuerza contra ella, pronto su enorme cuerpo se tensó mientras lo sentía convulsionar en sus brazos. Luego, se quedaron allí, quietos, sus respiraciones irregulares ahogando la tormenta que golpeaba los cristales con fuerza.

Jared permaneció dentro de ella, pero sosteniéndose con sus antebrazos, sin depositar ni un gramo de su peso sobre ella, parecía una hermosa estatua incapaz de moverse o desplomarse. La joven respiró profundamente tratando de calmarse, nunca había experimentado algo así, porque aunque ya habían tenido sexo una vez, ambos habían estado drogados y ella había estado tan nerviosa y asustada…

Esta había sido la toma real de su virginidad.

Lentamente, Brie deslizó las manos sobre sus poderosos músculos, acariciando suavemente su espalda le agradeció sin decir palabra alguna, ya que eso había sido... extraordinario. Al parecer él también estaba satisfecho, porque comenzó a besar perezosamente la piel de su cuello, y en ese momento un extraño instinto posesivo se irguió sobre ella, y lo estrechó lo más que pudo.

La castaña sabía mejor que nadie que el camino que restaba al lado de él sería difícil, sin duda. Ambos ocultaban cosas, ambos tenían un pasado escabroso.

Brie todavía tenía cosas que resolver con Spencer, Jared todavía seguía peleando para ese horrible lugar de mala muerte y sin embargo, aquí estaban, compartiendo de nuevo un momento increíble que había dado lugar a una vida formándose dentro de ella, un pequeño ser que a pesar de los problemas parecía

crecer saludable dentro de su vientre. Entonces, la castaña pensó que de alguna manera lograría que Jared cambiara, y no porque Spencer así lo hubiera pedido. Lo haría por ella, lo haría para su hijo.

Le enseñaría a quererla tanto como ella lo quería a él.

Un vistazo al pasado

—Zack, odio la oscuridad —balbuceó, sosteniendo con fuerza la manta entre sus manos, tenía las mejillas encendidas y los ojos llorosos.

—Entonces ¡corre! —El niño abrió su casa de campaña para dejarlo pasar —. Yo también le temo, pero mi papá dice que no pasa nada mientras esté aquí, los espíritus nos protegen.

Jared sonrió mirando a su alrededor, Zack vivía en la mejor habitación de todo el orfanatorio: una hermosa casa de campaña verde. Dentro de ella tenía algunos atrapasueños que su papá había hecho para él, otro tipo de colguijes y una linterna. Zack era su mejor amigo y también el niño más valiente que conocía.

Los días a su lado eran fáciles y llevaderos, no recordaba todo el tiempo a Samantha y, si lo hacía, Zack le platicaba de cómo su mamá había muerto. Así que compartían el dolor de estar solos, aunque eso no era precisamente cierto. Zack

tenía a su papá, y aunque no hacía mucho Aaron le había dicho que el señor rubio que los había visitado al parecer era su verdadero padre, Jared no creía que lo fuera, ni siquiera se parecían.

Sin embargo, le había gustado la señora que lo acompañaba, su cabello era del color de los caramelos, y el niño que venía con ellos se veía demasiado grande y lo había asustado, aunque había sido amable.

«Ojalá pudiera tener una familia, ojalá volviera mamá.» Ese era su único pensamiento, no obstante. Años después, pensaría que había que tener cuidado con lo que deseas.

En cuanto Jared vio en el suelo la manzana y el sándwich que Julie le había preparado, suspiró. Tenía hambre pero podía aguantarse, lo que nunca vio venir fue la patada de su compañero, Collin. Tampoco pudo hacer mucho por salvar la pequeña lonchera que terminó rota y en girones en medio de la pelea.

—¡Miedoso! ¡El adoptado es un miedoso! —gritaban varios niños alrededor de él y Collin.

El niño cerró los ojos, no le importaban los insultos, tampoco su desayuno.

Lo que le importaba era su defensa, era pésima, estaba recibiendo demasiado daño y eso no era bueno. Después, con el ojo morado, raspones en sus manos y el hombro adolorido, sollozó mientras miraba al director.

—No me gusta pelear —susurró tan bajito que apenas se escuchó su voz. Sus pies, que colgaban de la silla, llegaban apenas al suelo.

—Y haces bien, Jared. Ya llamé a tu padre para que venga por ti.

Al niño se le desbocó la respiración, al tiempo que un escalofrío lo recorría, y si no estuviera tan golpeado como para poder abrir bien los ojos, los tendría grandes como platos, eso era peor, mucho peor.

—¡Por favor no le diga a mi papá que me dio miedo! —gimoteó bordeando en lo histérico, el director frunció el ceño ante su arrebato mientras intentaba calmarlo, se puso en cuclillas a su lado.

—Claro que no le dijimos eso, pero sí le advertimos del mal comportamiento de Collin, no tienes nada de qué preocuparte, tú no tuviste la culpa, Jared.

El director jamás se imaginó que sus palabras, como: *"Jared no tuvo la culpa", "no se defendió porque no le gustan las peleas"*, o "*necesita terapia*" fueran como latigazos para el orgullo de Caleb Baker, quien toda la vida había soñado con tener un varón, un fuerte y gran sucesor. Desafortunadamente, había sido injuriado con un montón de niñas, estaba rodeado de malditos coños para donde quiera que volteara. Mientras respiraba hondo y trataba de parecer concentrado en las palabras del director, pensaba que de qué servía engendrar entonces.

Baltazar Baker, su orgulloso padre, siempre le había inculcado el valor de la sangre y de la persistencia. Nevada parecía tranquilo, cuando en realidad era un lugar terrible. Su papá se había visto obligado a crecer en calles violentas, las cuales se estaban volviendo una verdadera epidemia, había salvado a su madre de cualquier ladrón, drogadicto y violador al vivir en los límites del condado. Caleb

había aprendido a muy corta edad a defenderse a sí mismo, así como lo que era suyo.

Era aún muy joven cuando comenzó con el mercado de las drogas.

Comercializarlas al principio no fue fácil. Muchas veces se vio en medio de enfrentamientos entre distribuidores, salió herido por bala y terriblemente golpeado en numerosas ocasiones. Abrirse paso en un mundo donde ya existía líder fue de lo más difícil, pero no imposible. En el camino hizo un montón de dinero, y aunque sus padres ya habían muerto a manos de un ladrón una noche en el maldito barrio marginado en el que vivían, juró frente a su tumba que él sacaría en alto su apellido.

Así que con muchos esfuerzos compró una ostentosa casa nada más y nada

menos que en Las Vegas.

Le iba bien con el negocio del narcotráfico y comenzó a desenvolverse en fiestas de clase alta, podía darse el lujo de que las personas creyeran que venía de fuera, de una familia adinerada, así que un par de años después conoció a Julie, la hija de uno de los apostadores más acérrimos y con suerte en Las Vegas. Fue una fortuna que por cómo era la gente de Las Vegas, confiada y poco interesada en informarse quién era quién mientras trajera dinero, Julie no tuvo manera de saber cómo Caleb había ido escalando en la sociedad, no es que a la mujer le importara.

Era fría y calculadora, su belleza morena solo le sumaba puntos. El resto es historia, se podría decir que era feliz, pero claro, no todo podía ser perfecto. No había hombres en su descendencia.

Sin embargo, hacía no menos de un año por fin la suerte le había sonreído al concederle la adopción de un niño. Cuando lo conoció, lo primero en que se fijó era en su estatura, demasiado alto para su corta edad y su cuerpo no era esquelético, se veía fuerte y saludable. Pero ahora, mientras veía las lágrimas de Jared, o escuchaba los sollozos del niño viendo sus heridas, sentía todo aquello como si le cayera ácido en la piel. Detestaba que llorara como marica, detestaba su puta debilidad, su carácter pasivo y hasta retraído, cada vez que lo miraba, odiaba el transparente de sus azules ojos, llenos de paz en lugar de sentir rabia por lo que sus estúpidos compañeros de escuela le habían hecho.

Maldita sea, era como haber engendrado otra niña. Apretó con fuerza el volante, conteniendo la violencia que su cuerpo desprendía en grandes olas, y condujo a gran velocidad serpenteando la carretera, no obstante apenas se estacionó fuera de la casa lo miró iracundo. El pequeño tenía el rostro enterrado en las rodillas, los pies llenos de lodo malditamente arriba del asiento mientras se abrazaba con fuerza las piernas intentando convertirse en algo así como una jodida pelota. Incapaz de contenerse, le dio un fuerte golpe al volante haciendo que incluso el carro se sacudiera.

—¡Otra vez te putearon, Jared! —rugió lleno de odio. El insolente niño se estremeció antes de apretar con todas sus fuerzas los ojos.

—N-No fue mucho, señor, esta vez intenté defenderme…

—¡Mientes, cabrón! ¿Crees que estoy ciego? ¡Te estoy viendo todo el puto ojo morado! —Furioso se bajó del auto, su gabardina negra ondeaba a cada zancada que daba hacia la puerta del copiloto.

Abrió con fuerza la puerta y sujetó al niño con rudeza del brazo a sabiendas de que lo tenía lastimado. Podía verlo en sus malditos harapos rotos, luego tuvo que darle algo de crédito ya que Jared no se quejó mientras lo arrastraba hacia el granero, le valió absolutamente una mierda el reguero de útiles escolares y

cuadernos que fueron dejando a su paso mientras lo arrastraba, ya que el inútil de Jared había intentado traerse con él la mochila.

—Pero no me duele, lo prometo… Por favor —suplicó, plantando los pies todo lo que pudo con la intención de que no lo llevara a ese lugar.

Eso solo incendió por completo su mente, lo destrozaría. En su familia, la cobardía no era opción. Era defenderse o morir.

La paliza fue brutal. Como siempre.

A sus diez años, Jared no pudo entender la compleja mente de Caleb, no entendía por qué tenía esa obsesión porque en la escuela fuera él quién golpeara y no ser el golpeado. Detestaba la violencia. No era lo que Samantha le había enseñado, mucho menos Aaron. Pero de cualquier manera, ambos lo habían abandonado lanzándolo a los brazos de éste cruel padrastro.

Jared, a sus ahora catorce años, se sentía herido en lo más profundo de su corazón, y recordaba particularmente aquel día cuando Caleb lo había golpeado hasta dejarlo inconsciente. Se podía decir que no era extraño que crecería con odio hacia él, pero no obstante conservaba un poco de su alma de niño, por eso, justo ahora seguía acariciando con absoluta reverencia el álbum de fotos que le había regalado su mamá, su único recuerdo antes de abandonarlo. Y a pesar del sabor agridulce que le provocaba tener aquello en sus manos, lo necesitaba para no sentir que se estaba convirtiendo en un monstruo, alimentado por el odio, cegado por la ira. Ese álbum era el único lazo que le quedaba de su verdadera familia y el último retazo que le quedaba de cordura.

Porque los Baker no eran su familia, en cuatro años no había aceptado que ellos eran sus papás y no lo haría ahora. El álbum era pequeño y lo escondía como su mayor tesoro debajo de una tabla vieja bajo la cama de su habitación, porque si su padrastro lo llegaba a encontrar, sus días estarían contados. Tan solo pensar en Caleb se le puso la piel de gallina, su presencia le inspiraba miedo por dos razones:

por su tamaño, y porque su actuar no era previsible. Siempre tenía un humor cambiante y sus estados de ánimo eran violentos, caprichosos, aleatorios.

A cuatro años de haber caído en el infierno, naturalmente Jared fue cambiando. De ser un niño tímido y reservado, de ser aquel al que le gritaban y lastimaban, a convertirse en un adolescente violento. Cualquier cosa que no le parecía, lo arreglaba a golpes, tal como le había enseñado Caleb, aunque no era esa la forma en la que le gustaría resolver las cosas, su padrastro no le dejaba otra opción. Eran esos chicos lastimados o él y con el tiempo, aquello ya no le pareció malo, por el contrario, le pareció lo lógico de hacer.

Esa tarde todo estaba muy silencioso en casa, Julie había salido con sus hijas al centro y Caleb tenía desaparecido todo el día. Cuando comenzó a llover le dio un poco de miedo, la casa era malditamente grande, y sola proyectaba sombras terribles, decidió ir a su habitación y encerrarse, pero en el camino vio una puerta entreabierta, una que siempre estaba cerrada.

Así fue como conoció la heroína.

Caleb era un traficante de drogas, y Jared después se enteraría que manejaba toda la red de narcotráfico en Las Vegas y parte de California. Con el tiempo, a Jared no le fue difícil caer en la adicción, lo que sí le resultó difícil fue esconderla, era muy joven y descuidado. Aquel martes de octubre estaba tan drogado que no fue capaz de levantarse para ir a la escuela, se había quedado en una especie de trance observando sus fotografías, martirizándose con el recuerdo de Samantha, pensando en qué la habría impulsado a lanzarlo a un maldito orfanatorio.

Caleb entró de improvisto y como un huracán a su habitación, sin darle tiempo a nada, sin respirar siquiera cerró el puño y lo clavó en el costado del joven, que tuvo que soltar su álbum pues el impacto le sacó el aire de los pulmones.

Mientras jadeaba, pateó como pudo aquel álbum, intentando meterlo debajo de la cama.

—Párate, si quieres tener una puta esperanza de vida, será mejor que te pares. —Lo escupió en la cara, luego lo agarró por el cabello y lo arrojó lejos de la cama, como si fuera un desecho.

—¡Tan solo me quedé dormido! —Tosió, respirando con dificultad sujetándose las costillas.

—Desearía creerte, hijo, pero no. Esa mierda blanca que tienes en tu nariz te delata, esa mierda que me cuesta sangre y esfuerzo conseguir, tú la aspiras sin ninguna reserva, sin ningún puñetero esfuerzo.

—Tú la has puesto en mi camino, así de sencillo —respondió, mirándolo con odio.

—Bueno, pues de ahora en adelante si la quieres tendrás que aprender a ganártela. —Jared parpadeó, no estaba muy seguro de estar entendiendo.

—¿Quieres decir que no me lo prohibirás?

—¿Para qué hacer esa estupidez si sé que lo seguirás haciendo? —El joven miró a Caleb, luego hizo un esfuerzo para sentarse, pero no se podía imaginar cómo iba a hacer para ponerse de pie—. Si quieres algo de eso, pelearás por ello.

—¿Cuál es tu problema? —Su padrastro sonrió, respirando hondo mientras cerraba los ojos.

—Te he dicho que mi papá era un guerrero, yo lo soy y tú malditamente lo

vas a ser. Nuestro apellido quedará grabado en la conciencia de todos, ¿me escuchaste? ¡Nadie se va a meter con un Baker! —El joven finalmente logró ponerse con dificultad en pie—. Siempre te toman con la guardia baja, eres un puto descuidado…

Jared plantó los pies en el suelo y reuniendo todas sus fuerzas, le dio un fuerte puñetazo a Caleb en la mandíbula, a pesar de que siempre luchaban, su padrastro no se lo esperaba y retrocedió luciendo sorprendido, se llevó el puño a la comisura de los labios encontrando su propia sangre.

—Yo no soy un Baker y tú ¡solo serás un maldito adicto! —gritó un jadeante Jared, sus rodillas parecían de gelatina de tanto que le temblaban, pero aun así se negaba a caer frente a él. Caleb sonrió, sus dientes llenos de sangre le produjeron náuseas.

—¡Y tú un puto débil!, ¿acaso no puedes defenderte nunca? —rugió, tomándolo por sorpresa, embistiendo con una patada certera en su abdomen. El dolor fue tan intenso que lo dobló, el aire explotó en sus pulmones, la visión se le nubló y todo comenzó a dar vueltas mientras sentía el áspero suelo chocar contra su mejilla—. Eres un inútil, ¡levántate, cabrón!

Caleb empezó a patearlo una y otra vez, Jared comenzó a toser de forma angustiosamente violenta en busca de aire, la sangre en su boca sabía a fierro, pero el dolor en todo el cuerpo le tenía paralizado. Su padrastro continuó con sus acometidas, y con cada golpe, el joven no podía evitar pensar *¿cuánto podía soportar el cuerpo humano?*

Para su suerte, el dolor gradualmente dejó de sentirse, y mientras su cuerpo seguía sacudiéndose presa de los golpes, una extraña paz lo embargó, por lo que cerró los ojos. Quizás esto era morirse.

—¡No te atrevas a desmayarte, maldito afeminado!, ¿me escuchas? —Le tiró con fuerza del cabello hasta sentarlo—. Vas a seguir luchando, ¿entendido?

Esperaba que con los años Jared acabara muriéndose en una de esas jodidas peleas, pero para su absoluto asombro, no lo hacía. A cambio de darle un poco de droga, su hijo peleaba en cualquier callejón de mala muerte. Había muchos cabrones que le debían dinero y no le pagaban, entonces, a Caleb se le ocurrió que podía cobrarles usando la fuerza de Jared. Así que habían hecho un acuerdo tácito, Caleb le proporcionaría raciones de cualquier droga y a cambio Jared cobraría a sus deudores, aquel acuerdo lo cerraron con un apretón de manos y una mirada a los ojos. Como malditamente debía ser.

Mientras veía caer al maldito rubio con la mirada perdida y la boca llena de sangre, Caleb sonrió. Había que darle algo de crédito a su hijo, estaba mejorando

con los años, y su patética adicción lo hacía parecer un maldito león a la caza, a pesar de sus escasos diecisiete años, Jared había sacado hasta la mierda de todos sus deudores y había hecho correr a dos más.

Por primera vez se sintió orgulloso, finalmente su apellido estaba recibiendo la reputación que quería. Baker era sinónimo de dolor y miedo, así que tan contento como se sentía, Caleb condujo al orfanatorio. Mensualmente enviaba dinero, pero esta vez quería agradecer personalmente a Aaron el haber puesto a Jared en su vida.

—¡Caleb! Qué gusto que vinieras. —El hombre con acento latino salió a su encuentro, se veía realmente feliz de verlo.

—Lamento no haber venido antes, Aaron —murmuró, estrechando su mano —. Había estado muy ocupado.

—Sí, de cualquier manera quiero que sepas que nos han estado llegando tus generosos donativos.

—Me alegro —asintió complacido.

—Toma asiento, ¿dónde se habían metido? No había manera de contactarles… —Caleb se tensó un poco.

—No veo para qué, no me gusta alardear de lo que hago.

—Bueno… —Aaron carraspeó—. Por supuesto quería contactarte para agradecerte, pero también para preguntarte por Jared. Le perdimos totalmente la pista. —Caleb frunció el ceño.

—¿Para qué quieres saber de mi hijo?

—Además de que es mi obligación saber cómo siguen las cosas… bueno…

lo que pasa es que su madre biológica estuvo por aquí y no venía sola… —El hombre se puso de pie, golpeando el escritorio de Aaron con ambos puños.

—Esa mujer no tiene ningún derecho a pararse por aquí preguntando por *mi hijo* —rugió. Esa puta drogadicta no se iba a volver a aparecer nunca más, de eso estaba seguro.

—Lo sé, pero tú sabes también que siempre puede ocurrir eso, además el padre biológico de Jared exige verlo, no estaba enterado de su existencia y me presentó una demanda con la custodia, pero ustedes simplemente desaparecieron del mapa.

—¡Jared no tiene otros padres que nosotros! —bramó violento, la cara amable de Aaron se descompuso y se removió incómodo en su silla.

—Él tiene derecho a saber…

—No, no tiene ningún derecho a saber nada, lo único que debe saber es que es mi hijo y soy todo lo que tiene, esta conversación ha terminado.

Mientras salía hecho una furia de ese puto orfanatorio, Caleb no podía creerlo, simplemente no podía. Tantos años criando a Jared, tantos años

enseñándole cómo jodidos defenderse, cómo abrirse paso en el mundo… para que la puta de su madre quisiera recuperarlo, no conforme con eso, había recurrido a su maldito padre.

Se irían de la ciudad esta misma noche, pero antes… Sacó de su costoso abrigo su celular y marcó un número. Le contestaron al segundo timbre.

—¿Liam? Necesito que te encargues de una puta, quiero que la asesines esta misma noche. Su nombre es Samantha Smith.

Jared estaba acostado en el suelo de su habitación mirando el álbum, sí, otra puñetera vez. Sin embargo, esta vez la cocaína lo tenía peor que de costumbre.

Demasiado nostálgico para ser sinceros. Tan distraído estaba acariciando el hermoso rostro de su madre, que no escuchó a Caleb entrar.

—¿Qué haces aquí? ¿Leer jodidos libros? —El joven se puso de pie rápidamente, aunque no lo suficiente para deslizar el álbum de fotos a su escondite —. ¿Qué es esa mierda que está atrás de ti?

—No es nada y no me pongo a leer nada…

—Yo creo que sí, y creo que debes dármelo de inmediato. —Le tendió la mano de forma impaciente—. Me estás haciendo enfurecer.

Jared vaciló solo un segundo que bastó para que recibiera una bofetada tan fuerte que lo tumbó contra el suelo. Al inclinarse hacia atrás trató de ocultar su álbum, la sangre que le goteaba de la nariz manchó su camiseta.

—¿Tendré que golpearte de nuevo? ¿O ahora sí me darás lo que te he pedido? —Caleb se lo pidió con un tono de voz aburrido. Cualquiera de las dos opciones que le había dado a Jared le parecía aceptable, pues los dos le harían daño y le producirían satisfacción a él.

Jared miró hacia su gastado álbum y sintió que el pecho le rugía de dolor al despedirse de su tesoro, más específicamente de Samantha. Las emociones eran tan jodidamente inservibles, ¿no es así? Aquellas fotografías que él tanto quería estaban a punto de ser destruidas de alguna manera. Y eso iba a pasar en aquel preciso instante, independientemente de lo que pudiera hacer, así que en ese momento entendió que de hecho ya era como si no existieran.

Elevó la mirada y se encontró con los ojos oscuros de Caleb, llevaba una larga gabardina negra y pantalones seguramente igual de costosos que terminaban en unos relucientes zapatos negros. Y justo ahí, de rodillas ante Caleb, con la nariz goteándole sangre mientras miraba el álbum, comprendió una verdad que cambió su vida. Su padrastro iba a destruir cualquier maldita cosa o a cualquier persona a la que Jared quisiera. Ya lo había hecho mil veces y de innumerables maneras, y seguiría haciéndolo.

Darse cuenta de eso hizo que todo el dolor agudo en su pecho desapareciera.

Como por arte de magia. Para él, establecer algún lazo emocional con otra cosa de ahora en adelante sería inútil, pues estaba comprobado que era un punto débil en su coraza, Caleb lo utilizaría como una muy buena fuente de dolor cuando esa cosa le fuera arrancada.

Así que ya no se apegaría a nada, ya no sentiría malditamente nada.

Jared se puso de pie, recogiendo su álbum que había acunado en sus manos durante horas y horas, donde había venerado a una madre que no se lo merecía y había soñado con otro futuro. Caminó hasta encararse a su padrastro, observó la mano que Caleb le tendía y sin pensarlo entregó lo que había considerado su salvavidas, y mientras lo hacía, no sintió ningún dolor o apego por las fotografías.

Era como si nunca antes lo hubiese visto.

Caleb esbozó una enorme sonrisa que se congeló a medida que ojeaba las fotografías, página a página su rostro se iba descomponiendo, tornándose de un intenso rojo carmesí, comenzó a pasar con furia por las fotografías, haciendo que el viejo pegamento de aquel álbum cediera y comenzaran a caer una que otra alrededor de sus pies.

—¿Qué putas es *esto*?

—Es mi madre.

—¿Con que tu madre… ah? ¿Sabes? —Deslizó sus largos dedos dentro de sus pantalones de marca y sacó un fino cuadrado de plata con las letras *Zippo* talladas—. Veo que no ha servido de nada los esfuerzos de Julie o míos por ser tus padres durante estos malditos años, ¿o sí? —Abrió aquel cuadrado que resultó ser un encendedor y le prendió fuego a una vieja orilla del álbum.

Caleb entrecerró los ojos al ver que Jared respiraba tranquilamente pese a que estaba quemando los recuerdos de su madre, su mirada era cautelosa, lo estaba estudiando cuidadosamente, esperando una reacción. Pero mientras veía el álbum

calcinarse, Jared se dio cuenta de que ya no sentía odio. Por lo general, cuando su padrastro le daba la espalda, o lo llevaba para que cobrara lo que las personas le debían, aprovechaba para dar rienda suelta al desprecio que sentía por él. Pero ahora no sintió nada. Fue igual que cuando le entregó el álbum. No sintió…

absolutamente nada.

—¿Qué es esa mirada vacía, Jared? —preguntó el hombre sonriendo—. ¿Estás demasiado drogado como para sentir algo?

—Ya no me interesa lo que hagas, nada puede lastimarme —contestó en tono aburrido, Caleb cambió su expresión irónica por una de absoluto odio.

Lanzó el álbum que seguía ardiendo hacia un lado.

—¿Nada? —Comenzó a remangarse la camisa por los codos—. ¿Estás seguro, hijo?

—*No* soy tu hijo, y si te vuelves a acercar a mí, te voy a romper ambas piernas y brazos, y ten por seguro que me aseguraré de que nunca más vuelvas a respirar. ¿Está claro? —Su padrastro elevó ambas cejas mientras sonreía.

—Has aprendido bien, del mejor. Pero ¿qué pasa si esta vez no me detengo a tiempo y te mato? —preguntó, caminando en forma decidida hacia él. Jared intuyó que no había marcha atrás, así que deslizó los pies a los lados plantándose en posición de combate.

—¿Y qué pasa si yo no me detengo tampoco? —Caleb soltó una carcajada.

—Entonces supongo que serás libre.

El chico abrió los ojos, aún con esa sensación de desapego que revestía su cuerpo, sentía que no había nada que no fuera capaz de hacer, ningún trabajo que no pudiera lograr, ningún medio al que no recurriera para alcanzar sus propósitos.

Obtener la libertad, era una expresión de la que un hombre preparado para cualquier cosa podía enamorarse. Producía un sonido oscuro, suavemente siniestro… *serás libre.*

Caleb le lanzó un duro puñetazo a la mandíbula, y después de eso, el combate resultó ser más bien un concurso de esquivar golpes, en el cual Jared sentía que se defendía con torpeza a causa de la droga, mientras su padrastro hacía un despliegue de ataque. Caleb era bueno, demasiado bueno para haber pensado en salir airoso de esa pelea.

Sin embargo, su velocidad ya no era tan buena como antes, y después de siete años de combatir contra él, a Jared le resultaba más fácil predecir sus movimientos, porque aunque su padrastro era muy fuerte, cada vez que peleaban le había dejado un conocimiento, y ahora casi podía leerle la mente. Las patadas y los puñetazos resonaban por la habitación, mientras el fuego que había generado el álbum comenzaba a expandirse por todo el suelo de madera.

Sobrepasado en fuerza y velocidad, un jadeante Caleb sacó un arma y apuntó directamente al pecho del joven.

—Eres un hijo de puta —masculló entre sus dientes sangrientos.

—¿No dijiste siempre que las armas eran el último recurso del débil? —preguntó deliberadamente, dando un paso más hacia adelante provocando que el arma se hundiera más en su pecho.

Ya no podía abrir un ojo y sentía quizás hasta una costilla rota, un hilillo de sangre bajaba por su frente y le dolía cada parte de su cuerpo, así que en ese momento no había otra cosa que Jared deseara más que terminar de una vez por

todas con su miserable y jodida vida.

—¡Caleb! ¿Qué está pasando ahí dentro? —gritó Julie, aporreando frenéticamente la puerta—. ¡Nos estamos incendiando, ya avisé a los bomberos!

Caleb murmuró un par de maldiciones mientras guardaba el arma. El joven respiró hondo, sintiendo como los ojos se le llenaban de lágrimas furiosas, habría preferido morirse en ese momento que seguir viviendo en el infierno. Soltó un tembloroso suspiro cerrando con fuerza los ojos.

En su descuido, Caleb aprovechó para darle un fuerte puñetazo en el abdomen, pero tan frenético como Jared se encontraba, cerró la mano derecha en un puño y lo descargó con toda su fuerza sobre la cabeza de su padrastro.

Ni el rugido de las llamas, ni el humo envolviéndolo, o el latido doloroso de su corazón contra su pecho, haría que Jared olvidara jamás ese momento. El cuerpo de quien lo había apaleado por años, de quien le había hecho temblar innumerable cantidad de veces, cayó en un sonido seco al suelo. Julie, acompañada por los bomberos, abrió en ese momento la puerta y todo pasó a cámara lenta.

Los gritos, el personal apagando el incendio, el intento por auxiliar a su padrastro… *nada*. Caleb estaba muerto y, aunque pareciera ridículo, Jared nunca pensó que sentiría tanto alivio de saber que finalmente saldría de ese infierno, y aunque iría a otro, prefería mil veces la cárcel. Donde permanecía hasta que el sonido de la fusta de un guardia de seguridad golpeando contra los barrotes de su celda, lo sacó de sus recuerdos.

—Oye, chico, tienes visita. —Jared elevó una ceja, en casi dos años habían venido a visitarlo una cantidad impresionante de pandilleros *Ghetto* que había conocido en el orfanatorio.

Aunque no eran los únicos, algunos padres adoptivos del orfanatorio también habían venido a maldecirlo, a joderlo diciéndole que era un ser oscuro y retorcido que había asesinado a su madre biológica y luego a su padrastro, un ser desagradecido y que merecía pudrirse en la cárcel. *«Nada mal para comenzar a ser una leyenda»,* pensó, sonriendo torcidamente. Nunca se había molestado en aclararlo, ni dar explicaciones. Ni a las autoridades, ni siquiera a Aaron. No veía el sentido.

Había soportado en silencio todas y cada una de las preguntas. Muchos internos hasta pensaban que era mudo, pero cuando alguno quiso hacerlo hablar, se encontró con un puño enterrado en la cara, o convaleciente en algún rincón. Nadie se metía con Jared.

—No quiero ver a nadie —murmuró, mirando hacia el suelo.

—No se trata de que quieras. —El guardia abrió la celda y le puso las esposas a la fuerza, no sin antes forcejear por un buen rato, hasta que el joven se

aburrió y prefirió ceder. Entre más rápido fuera a recibir a quien sea, más rápido estaría en su celda.

Pero en la pequeña sala para visitas no era ningún padre enfurecido o pandillero quien lo esperaba. El señor que se puso de pie en cuanto lo vio entrar era alto y rubio, llevaba un impecable traje negro que resaltaba sus azules ojos, ojos que lo miraron con… un enorme pesar mezclado con lástima. *«A la mierda»,* no había otra cosa que Jared pudiera soportar menos. Prefería las maldiciones, los insultos, los golpes, cualquier otra mierda a ese tipo de miradas.

—¿Quién eres y qué mierda quieres? —El rubio elevó ambas cejas, una extraña sonrisa curvándose en sus labios.

—¿Ya no me recuerdas? Soy William Brown, y tú, Jared, eres mi hijo —sonrió ampliamente—. Al fin te encontré y vengo para sacarte de este infierno.

Jared se quedó de piedra, recordando a ese mismo señor visitándolo en el orfanatorio muchos años atrás. Luego sintió que las comisuras de su boca se curvaban en una extraña sonrisa, y de pronto, una risa histérica comenzó a burbujear en su pecho, amenazando con dejarlo internado ahora por locura.

Qué puta ironía. ¿Hasta cuándo dejaría de pertenecerle a alguien?, ¿a qué nuevo infierno lo llevarían esta vez? Y lo más importante: ¿tendría una oportunidad de ser realmente libre alguna jodida vez?

Nota para el lector

Me gustan y me enojan las series casi en la misma medida. Porque por un lado me alegra leer algo y saber que continuará, pero por el otro lado odio la espera. Sé que me entienden y me habría gustado poner todo en una sola bandeja, pero vamos, se me fue la mano y quedó bien largo, así que entre mis compañeras de edición y yo, optamos por dividirlo en dos partes.

Jared y Brielle se encuentran en un término medio, donde los dos han llegado a un acuerdo silencioso de convivencia. Brie se ha propuesto conquistar a Jared porque así se lo dicta su corazón, pero sabemos que sigue siendo un requisito de Spencer. Ambos protagonistas le deben algo a ese mafioso, así que la siguiente parte estará llena de intriga, violencia y celos donde también se ve involucrado un gran amigo de la castaña, Zack Miller.

¿Qué pasará si Jared se entera de otra mentira más por parte de Brielle?

Además, su oscuro pasado vuelve para atormentarlo; un torneo es el requisito para salir de ese lugar mejor conocido como las "bodegas". Jared se verá obligado a escoger entre lo que siempre soñó ser, o vivir el destino que le ha sido marcado.